EL ENCARGO DEL MAESTRO GOYA
X PREMIO DE NOVELA HISTÓRICA CIUDAD DE ÚBEDA
Santander, 1810.
Una joven pintora acepta una arriesgada misión en plena guerra napoleónica
ELENA BARGUES

1810.

En plena guerra napoleónica, Mercedes Velarde emprende un viaje a Santander junto con sus hermanos, Salvador y Marta, para tomar posesión de una herencia. Marta es sordomuda y discípula aventajada del pintor Francisco de Goya, quien, aprovechando el desplazamiento de los hermanos al norte, les encomienda un increíble y arriesgado encargo.

El coronel de la Gendarmería Imperial Claude Cornulier llega a Santander para investigar una serie de denuncias por abusos en el seno del propio ejército de ocupación y resolver el malestar de los civiles franceses afincados en la ciudad, cuyas protestas, por el perjuicio que les causa el gobernador Barthélémy, han llegado a París. Además, al frente del regimiento de la gendarmería, Courlier debe mantener abiertas las rutas de comunicación en la provincia y organizar las escoltas a las columnas de avituallamiento. En un desplazamiento a San Vicente de la Barquera, coincide en el coche de línea con una misteriosa mujer: Mercedes Velarde.

El teniente de navío Alfonso Bustamante vive retirado en el valle de Liébana a causa de las heridas recibidas en la batalla de Trafalgar. Las lesiones no le permiten tomar las armas, pero sí organizar una red de informadores para acosar a las fuerzas invasoras desde el cuartel general de la División Cántabra, ubicado en Potes. Junto a Porlier y Llano Ponte, dirige las guerrillas que acosan al ejército francés en la región. Su vida solitaria se ve alterada cuando se cruza con los hermanos Velarde y su extraño encargo.

Las vidas de todos estos personajes se entrecruzarán en un tiempo de guerra en la que la avaricia, el odio, el miedo y el hambre dictan las leyes, y en el que cada uno lucha por sobrevivir y mantener sus ideales.

Elena Bargues

El encargo del maestro Goya

ePub r1.0
numpi 19.01.2023

Título original: *El encargo del maestro Goya*
Elena Bargues, 2021
Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO
Fotografía de la modelo: Nomadsoul1/Depositphotos.com

Editor digital: numpi
ePub base r2.1

Este galardón se lo dedico:

A mis incansables colaboradores: este premio es tanto vuestro como mío.
A mis lectores, que me habéis animado a no desistir con vuestros comentarios.
A mi familia, que me arropa, con entusiasmo, en esta aventura.

NOTA DE LA AUTORA

El título de la novela y la trama se deben a la curiosa historia de un cuadro: *Santa Casilda*, de Francisco de Zurbarán. Este lienzo, que hoy forma parte de los fondos del Museo del Prado, se cree que, por sus medidas —184 × 98— y su temática, pertenecía a una serie de cuadros de santas que pintó el maestro para el Hospital de la Sangre de Sevilla y que sufrió el pillaje napoleónico.

Desapareció del hospital, y se desconoce el paradero hasta que reaparece inventariado en 1814 en el Palacio Real, en la Sala de la Chimenea. En 1828 pasó a formar parte de la colección del Museo del Prado.

Era costumbre en el siglo XVII que las jóvenes de la alta sociedad sevillana desfilaran en las procesiones con los atributos de santas. Zurbarán retrató a algunas de estas jóvenes —de ahí la riqueza de los ropajes y de las joyas con las que se engalanaban y que pregonaban la importancia de la familia— para una serie de cuadros que le habían encargado para el hospital con unas medidas específicas. Por esta razón, se sabe que el lienzo de *Santa Casilda* sufrió, en algún momento, un percance, pues ha perdido más de diez centímetros en el ancho del margen izquierdo.

Debo señalar que la santa del retrato, al que hago referencia en la novela, estuvo identificada como santa Casilda hasta una fecha reciente en la que han considerado que es mucho más probable que se trate de *Santa Isabel de Portugal* —título con el que figura actualmente—. Cuando Zurbarán representa a la joven princesa mora, la pinta muy joven, casi niña, con el cabello suelto y sujeto por un hilo de perlas (*Santa Casilda*, colección particular, Barcelona). Por el contrario, la santa del Museo del Prado es una dama de más edad y de porte majestuoso, viste atuendo áulico y lleva una corona real.

La confusión se debe en parte al «milagro de las rosas» común a santa Isabel de Portugal, a santa Casilda y a san Diego de Alcalá.

Si a la rocambolesca historia del lienzo le añadimos la propia historia de santa Casilda, poco más tuve que añadir de mi cosecha para confeccionar una narración que espero que esté a la altura de la expectativa del lector.

1

MAYO DE 1810

Mercedes cambió de postura otra vez. Al cabo de una hora ni el cojín más grueso conseguía amortiguar el impacto del camino en sus huesos, sin tener en cuenta que el ladrillo sobre el que descansaban sus pies, abrigados con caros botines forrados de borrego, estaba tan frío como el aire que respiraba. No se habían atrevido a llevar un brasero por miedo a que se incendiase el coche con tanto traqueteo.

—A ver si paras de una vez —gruñó Salvador adormilado.

Mercedes resopló al tiempo que volvía los ojos al techo del carruaje. Todavía se preguntaba cómo se había dejado convencer por su hermano para realizar un viaje tan peligroso. Marta, más lista, se había echado sobre el asiento, tapada con la manta y con las piernas encogidas. La cabeza descansaba sobre el regazo de doña Elvira, y dormía el sueño de los justos. El cabello, castaño claro, lo llevaba recogido en un moño alto, y dejaba despejado el rostro de piel blanca en el que destacaban la nariz recta y bien proporcionada y unos labios rojos y bien perfilados. Era la belleza de la familia.

Hacía más de una semana que habían salido de Madrid, escoltados por una columna de soldados franceses que se desplazaba a Valladolid. Desde allí, siguieron solos hasta Palencia. Salvador viajó en el pescante junto a los dos cocheros que habían contratado, y ellas con las pistolas a mano. Los campos y los páramos estaban poblados por las guerrillas, los desertores y los bandoleros. La guerra se había convertido en la pesadilla de cualquier español. En Palencia perdieron un par de días para unirse a una caravana militar de abastecimiento que se dirigía a Reinosa, con tan mala suerte que los sorprendió una gran nevada primaveral. El sentido común recomendaba esperar a que pasara el temporal y se derritiera la nieve, pero el avituallamiento no podía retrasarse, y

salieron detrás de él encomendándose a Dios.

La constante presencia de los soldados la ponía nerviosa: las miradas, algunas frases sueltas, pero eso era mejor que el tramo que realizaron en solitario. Fue tan tenso que acabaron agotados. Mercedes y su hermana se cubrían la cabeza con la capucha de la capa cuando bajaban del coche, pero a los hombres tanto les daba que fueran guapas o feas: eran mujeres españolas, y con eso bastaba. Habían pasado noche en Herrera, en una posada de postas, y, ahora, ascendían a la cordillera por el Camino Real hacia Reinosa, tras una breve parada en Aguilar.

Cuando Salvador propuso el viaje, Mercedes se negó en redondo; sin embargo, su hermano arguyó muy bien en su favor: que si ya era primavera; que una columna salía hacia Valladolid y podían viajar bajo su amparo; que no debían dejar escapar la oportunidad, pues necesitarían el dinero si la guerra se prolongaba… Este había sido el quid de la cuestión: el dinero; y, de rebote, el encargo de Goya, que coronó el pastel. El propio maestro solucionó cualquier impedimento, como el del coche y los cocheros. El maestro se había enterado de que el general Barthélémy buscaba un coche adecuado para los desplazamientos de su esposa y, de este modo, se lo hacían llegar.

Mercedes había quedado bien provista a la muerte de su marido, pero no había sucedido lo mismo con sus hermanos a la muerte de su padre —el gobierno de Bonaparte no reconocía ninguna pensión a los militares muertos el 2 de mayo, se los consideraba traidores—, y se encontró manteniendo a sus dos hermanos. Pero la fábrica de paños había sido requisada por los franceses para abastecer a las tropas de uniformes, y, aunque pagaban bien, la materia prima comenzó a escasear y los trabajadores se ausentaron para atender a sus familias o bien, para alistarse en el ejército patriota. Actualmente, la fábrica permanecía cerrada, a la espera de tiempos mejores.

La noticia del fallecimiento de la tía Herminia, hermana de su padre, y el aviso del abogado sobre la herencia que les correspondía ante la ausencia de hijos de aquella supusieron un alivio hasta que se dieron cuenta de que había que desplazarse al norte para tomar posesión de esos bienes. Salvador lo propuso e insistió, pero quien realmente los empujó fue don Francisco de Goya, pintor de la corte

y maestro de Marta. Los convenció, pero ahora, en plena aventura, Mercedes cobraba consciencia de la insensatez que estaban cometiendo.

La necesidad de moverse era muy grande, el traqueteo del carruaje la estaba matando, pero temía que Salvador se enfadara si lo despertaba otra vez. Era cuatro años mayor que ella y, tras una demora de dos años, había terminado los estudios de leyes. Según él, el esfuerzo había sido tan grande que se merecía un año sabático, desoyendo las quejas de su padre, que había consagrado su sangre a la milicia. El levantamiento de mayo y la muerte del progenitor fueron las nuevas excusas de Salvador para haraganear y, suponía, para calentar lechos de viudas, y no deseaba enterarse de quién más. Salvador, físicamente, era más parecido a ella que a Marta. Le faltaba altura, pero era delgado y elegante en el movimiento y las maneras; de pelo castaño y ojos marrones, muy del Mediterráneo; destacaba en la esgrima, en los naipes y en la buena vida. En otras circunstancias, no le hubiera importado a lo que se dedicara, pero estaba Marta, sordomuda de nacimiento. La casa paterna le correspondió al primogénito y único varón, y la vida disipada que llevaba no era lo más apropiado para su hermana, así que la invitó a vivir con ella en Segovia.

Y allí deberían seguir, si no hubiera sido por la carta que había recibido Salvador, a quien faltó tiempo para personarse en su casa y proponer semejante locura. Por si no hubiera sido suficiente, don Francisco se presentó una noche, envuelto en el mayor de los secretismos, y les confió la causa de sus desvelos: había recibido la orden, como pintor de la corte, de seleccionar cincuenta obras de siglos pasados para enviarlas a París, para mayor gloria de Francia. Aparte del flagrante robo al patrimonio español, que indignó al maestro, y al que, como funcionario, no podía negarse, lo que verdaderamente lo inquietó fue una obra en concreto: *Santa Casilda*, de Francisco Zurbarán, un pintor extremeño muy prolífico del siglo anterior que se dedicó a dejar plasmado sobre lienzo monjes, cristos crucificados, vírgenes y santos, para retablos de innumerables iglesias y monasterios, tanto de la Península como de los virreinatos americanos.

Don Francisco desenrolló un lienzo con las mismas dimensiones del cuadro en cuestión y apareció el esbozo, o lo que Marta llamaba

«infrapintura», en tonos ocres, de una muchacha de la alta sociedad sevillana, a juzgar por la riqueza de los ropajes que vestía, y mostraba un manojo de rosas entre los pliegues de la falda. Cuando el maestro les narró la razón de su santificación, Mercedes no pudo evitar el recuerdo de santa Isabel de Portugal, y pensó que el Señor no se caracterizaba por la imaginación a la hora de ofrecer sus milagros.

Santa Casilda era hija de un emir árabe de Toledo, allá por el siglo XI. Convertida al catolicismo en secreto, suministraba alimento y consuelo a los prisioneros. Algún envidioso la delató ante su padre, y este interceptó su paso y le exigió que le mostrara lo que llevaba escondido en los pliegues de la falda: los alimentos se habían trocado en rosas. Tiempo después, la joven cayó enferma y el emir pidió permiso al rey cristiano para que dejara pasar a su hija, con un pequeño séquito, al famoso pozo de San Vicente, en Briviesca, donde se bañó y se curó. Casilda, agradecida, se quedó a vivir cerca de allí como eremita hasta su muerte.

Mercedes suspiró ante ese recuerdo, muy bonito, aunque la religión la hastiaba: se vivía tan a flor de piel, estaba tan enraizada en las costumbres, en el lenguaje y en el pensamiento, que las misas, los rosarios y demás zarandajas la asfixiaban. Creía en Dios porque el mundo existía, pero no comprendía tanta resignación y tanto dolor si la propia vida ya te lo proporcionaba en grandes cantidades.

Observó a Marta, dormida y sumida en su mundo silencioso. No le gustaba en absoluto que don Francisco le llenara de tonterías la cabeza, que le diera esperanzas. Les explicó que ese cuadro era especial, que había que evitar que saliera del país, que había que recuperarlo, y se le había ocurrido que Marta, su alumna más aventajada, lo falsificara; de hecho, su hermana ya había realizado otras falsificaciones para personas de la nobleza que deseaban guardar de la rapiña las obras originales.

Antes de empezar la invasión ya merodeaban saqueadores de arte, como Jean Baptiste-Pierre Le Brun, quien las adquiría a buen precio y las sustraía del país a escondidas. Con la invasión, la rapiña se hizo oficial con un decreto el 20 de diciembre de 1809, bajo el argumento de salvar el arte. Se formaron comisiones dirigidas por Frédéric Quilliet con el fin de localizar las obras más importantes en

monasterios, edificios públicos y palacios reales. Se sirvieron del Diccionario histórico de las Bellas Artes, de Ceán Bermúdez, publicado en 1800. Así fue como Marta se inició en la falsificación, no con carácter delictivo, sino para preservar el patrimonio.

Para este encargo en concreto, al carecer del original, don Francisco le había llevado una muestra con los colores y de cómo era el resultado final. No importaba que no fuera idéntico: se trataba de que no lo echasen en falta hasta que se encontrasen en manos del receptor, que bien podía ser un lego en arte y no descubrirlo. Había oído que los generales franceses, muchos de origen humilde, carecían de educación y solo les importaba la suma de dinero que les reportaría la venta.

La familia Velarde se hallaba en deuda con el maestro, ya que, aunque no le gustaba la enseñanza, había aceptado el pupilaje de Marta a pesar de ser mujer, siempre y cuando se mantuviera en secreto. Nunca esclarecieron si por afinidad con la sordomuda, pues Goya se había quedado sordo a causa de una enfermedad, o por la impresión que le produjo la habilidad de la muchacha. Y una cosa llevó a otra, y don Francisco, con su elocuencia, porque él mismo también lo creía, había atrapado a Marta en una esperanza disparatada: el lienzo, que se hallaba en el Hospital de la Sangre de Sevilla, era conocido por haber sanado a varios enfermos que rezaban habitualmente ante él. Uno de ellos, que había quedado sordo al reventar un cañón, había recuperado el sentido perdido.

Notó el silencio que los rodeaba y se asomó a la ventana. Se extrañó al no divisar los carros de abastecimiento ni la escolta militar. La nieve, virgen a los lados, aparecía pisada y sucia en el camino por las rodadas de las pesadas carretas, señal de que habían pasado por allí. En un principio, el oficial se mostró renuente a permitirles que se sumaran a la columna; sin embargo, Salvador lo llevó a un aparte y consiguió convencerlo, siempre y cuando se mantuvieran los últimos. Al parecer, los cocheros se habían distanciado de la tropa en aquel tramo en el que el valle se estrechaba, la cuesta se pronunciaba y los montes parecían más cercanos.

—Salvador —acompañó la llamada con un codazo—, averigua qué sucede. Hemos perdido de vista a los militares.

—Mmm. Ya voy —respondió espabilando de pronto.

Tocó con la pequeña aldaba para que se detuviera el coche. Marta y doña Elvira se despertaron al notar movimiento en el receptáculo.

—Aprovechad para aliviaros mientras hablo con ellos —sugirió Salvador a la vez que abría la puerta y entraba el aire gélido de la montaña.

El asunto de las necesidades era bastante complejo con los soldados pendientes de ellas, así que aprovecharon la soledad antes de alcanzarlos. Además de las gruesas capas de lana, se habían provisto de bufandas, con las que se embozaron para descender del coche. Debajo llevaban cómodos vestidos de viaje y medias de lana embutidas en los botines para resguardarse del frío y de la nieve. Se retiraron detrás de una peña por el lado que menos nieve acumulaba para no hundirse demasiado y mojarse las faldas. Se ayudaron para agacharse y mantener el equilibrio mientras se aliviaban, y se aguardaron a recomponerse antes de abandonar el amparo del peñasco.

Mercedes oyó el resuello de más caballos y pensó que algunos soldados habían vuelto grupas para ayudarlos. Cuando estuvieron listas, salieron de detrás de la peña al camino. La bufanda con la que se embozaba se le resbaló sobre la capa.

—¿Su familia? —preguntó un hombre sin uniforme que apuntaba con una pistola a Salvador. Los compañeros, mal vestidos, peor aseados, de gesto hosco y sobre el caballo, encañonaban a su vez a los dos cocheros.

Instintivamente, Mercedes buscó la pistola que llevaba cebada en el ridículo, debajo de la capa de piel y oculto a la vista de los hombres. Una idea absurda, pues ellos eran ocho, pero le daba confianza para afrontar lo que fuera.

Antes de llegar al coche, estalló el infierno un kilómetro adelante, a juzgar por el sonido: gritos, disparos y relinchos resonaron ampliados por el eco de las montañas. Se miraron asustadas al comprender que una guerrilla atacaba a los franceses.

—¡Rediez! ¡Los lebaniegos! —exclamó uno de los hombres que seguían a caballo.

—¡Vamos! ¡Rápido! La bolsa, si no quiere que secuestremos a una de las mujeres —apremió el que apuntaba a Salvador, quien metió la mano en el bolsillo, sacó una bolsa y la arrojó a los pies del

hombre.

—¡Más! Lo que ha escondido. Esto son las migas para los ladrones. ¿Acaso se emprende un viaje con la familia sin dinero? ¡Dese prisa! —ordenó, visiblemente nervioso.

Dos de los hombres a caballo se aproximaron hacia ellas, que se juntaron más. Mercedes apretó la culata de la pistola, dispuesta a disparar si fuera necesario. Doña Elvira era cuarentona, y se notaba la edad. Marta iba bien embozada, así que los dos hombres centraron la atención sobre su persona. Salvador soltó un reniego.

—¡Ni se les ocurra tocarlas! —gritó, frenético—. Está en uno de los baúles —confesó.

El desconocido echó una ojeada al voluminoso equipaje.

—¡No lo dirá en serio! —objetó el hombre con impaciencia—. En ese caso, nos llevaremos a una de las mujeres y nos enviará su rescate.

—¡No! —gritó Salvador, exasperado, e hizo amago de lanzarse sobre el desconocido, pero las escopetas de los compañeros lo disuadieron.

—¡Pedro! Coge a una de las mujeres. Dentro de tres días lo espero aquí mismo con dos mil reales.

—Llévese el baúl —ofreció Salvador.

El bandolero ni se molestó en contestar tan absurda idea, sino que prestó atención al sonido creciente del chacoloteo de caballos al galope e hizo una señal a los dos que las vigilaban.

—Tiene dos opciones: se viene por las buenas o le disparo en un pie a la niña y se viene igualmente —amenazó el que estaba más cerca.

Mercedes, consciente del nerviosismo de los asaltantes por la llegada de tropas, aunque se ignorase si eran españolas o francesas, optó por mantener a salvo a los suyos y aceptó la mano mugrienta que le ofrecía el hombre, con la que la izó a pulso y la sentó delante de él. El miedo quedó borrado por el tufo de sudor, de cuero y aliento agrio del individuo, quien arreó el caballo y salió al galope.

Detrás quedaban los gritos y maldiciones de Salvador, y la mirada de angustia de Marta. Con un puño en la garganta, no se abandonó a la desesperación ni al temor; por el contrario, evaluó rápidamente las posibilidades con una mano sobre la culata de la pistola. Al menos, no habían tenido tiempo de registrarla, aunque,

tarde o temprano, lo harían. De momento, la necesidad de alejarse del escenario de los hechos le permitió elaborar planes, a cada cual más alocado, para escapar o dejar la piel en el intento.

Llegó a la conclusión de que cuanto más se alejaran más le costaría regresar al camino y de que no se le ofrecería mejor oportunidad que en plena fuga, cada uno ocupado en salvar el pellejo sin prestar atención a los compañeros. Además, lo agreste del terreno en el que se internaban entre los montes podía favorecerla en la huida.

La acción era arriesgada, y había muchas posibilidades de que perdiera la vida o saliera mal parada, pero, si lo pensaba, se acobardaría y perdería la oportunidad, por débil que esta fuera. Como el caballo acusaba el exceso de peso, se fueron quedando los últimos, y lo consideró una ventaja.

Cerró los ojos, se concentró en amartillar la pistola, tomó aire, se giró entre los brazos del hombre, ocupados en mantenerla sujeta y en las riendas, y, sin sacarla del abrigo de la capa, dirigió el cañón hacia el pecho del bandolero. Por primera vez, lo miró a la cara, barbudo y desaseado, con el gorro de lana calado hasta las cejas. Le sonrió el bandolero al darse cuenta de que lo escrutaba y dejó al aire los pocos dientes que le quedaban, amarillos y negros, por los que se escapaba el aliento fétido. Mercedes oyó el estampido amortiguado por la capa. La sonrisa del hombre se trocó en sorpresa e incomprensión, el caballo relinchó nervioso y se encabritó. Ante la falta de fuerza de los brazos, el bandolero se cayó de la montura y la arrastró, y tuvo Mercedes la suerte de caer encima de él. Al encontrarse sin jinete, el caballo aflojó el paso y acabó por detenerse.

El resto de la partida, si algo escuchó, pensó que sería fuego lejano y siguió adelante, más pendientes los hombres en las dificultades de los caballos, que se hundían en la nieve, que en lo que sucedía en la retaguardia.

Mercedes se levantó y comprobó que el hombre había perdido el sentido. En ese momento escuchó la alarma de uno de los compañeros del muerto. Sin tiempo para cargar la pistola, echó a andar, hundiéndose en la nieve hasta la pantorrilla, hacia la ladera del monte, que quedaba a la izquierda según subían, y, a grandes trancos, tanto como le permitía el vestido de viaje, comenzó a

descender por la pendiente, consciente de que los caballos no podrían seguirla por allí. Los primeros pasos salvaron las dificultades, pero terminó por enredarse con las faldas y bajó rodando en medio de un revuelo de nieve. Afortunadamente, no topó con ningún obstáculo, y, un poco mareada y bastante mojada, logró ponerse de pie.

Divisó, con la mirada todavía borrosa y jadeando por el esfuerzo, a los hombres que habían desmontado e iniciaban la persecución. El único camino que le quedaba era monte abajo, hasta el encajonado valle, y, después, ya vería. No se detuvo a pensar en la estupidez que estaba cometiendo por temor a rendirse, y ya era tarde para eso. Esquivó peñas, evitó arbustos, se arañó, se lastimó hasta que la nieve le fue entrando en los huesos y ya no sintió nada, ni dolor ni escozor. Cada paso que daba le costaba más, pues el frío, además de indoloro, entumecía la circulación. Se negó a dar tregua al cuerpo y llegó hasta el arroyo; observó la dirección del agua y siguió la corriente con la esperanza de que desembocara en el río que los había acompañado parte del camino desde Aguilar.

Al cabo de un rato se detuvo y escuchó. Aparte del ruido del agua, el silencio era total. Arrancó a andar sin decidirse si sentir alivio porque no la perseguían o si mostrar recelo ante la posibilidad de que la esperasen al final de la corriente. Ellos conocían el terreno, y ella no; ellos estaban acostumbrados a orientarse y sobrevivir en los páramos, y ella no. Eso la llevó a considerar otro problema más peliagudo: estaba mojada y carecía de lo elemental para encender un fuego si se le echaba la noche encima. Apretó los dientes y se negó a que los pensamientos discurrieran por ese camino. Debía confiar y seguir adelante, costara lo que costase, hasta que diera con alguna cabaña o algún pastor que se apiadase de ella.

Ignoraba si había avanzado mucho, porque cada vez le costaba más dar un paso. Mercedes, despreocupada de sus perseguidores, luchaba con tenacidad para no detenerse y se concentraba en el terreno virgen que pisaba para evitar las piedras sueltas bajo la capa de nieve. El arroyo parecía que no llegaba a ninguna parte, pero la impresión de no haberse alejado mucho del Camino Real, cuando se liberó, persistía y la empujaba a no rendirse. Llegó un momento en que se detuvo para tomar aire y levantó la cabeza. El

valle se ensanchaba y se abría a un valle mayor. ¿Sería el Camino Real? ¿Lo habría conseguido? La esperanza la reconfortó y le dio ánimos para realizar el esfuerzo final. Entonces, vio al jinete, recortado sobre el blanco manto, entre los álamos, y el tiempo se detuvo, como su corazón.

2

En el exterior del torreón del Infantado, con los Picos de Europa coronados de nieve como fondo, se concentraban los soldados y una docena de húsares de la división militar de caballería, restos del infortunado ejército español que buscaba rehacerse para luchar contra el invasor. Se disponían a salir para asaltar una columna de avituallamiento francesa de la que habían tenido conocimiento por los espías que vigilaban el Camino Real. Esta ruta, que pasaba por Reinosa, les quedaba cerca de su refugio, el valle lebaniego, en el que no se atrevían a entrar el ejército francés ni los josefinos, como denominaban al ejército español que defendía los intereses de José I, el Intruso, y que luchaba junto a las fuerzas invasoras.

Alfonso montó el caballo que le sujetaba un soldado y se dirigió al oficial de infantería:

—Sargento, avance hacia Piedrasluengas. Me adelantaré con los húsares para reconocer el terreno y calcular nuestras posibilidades. —Levantó un brazo y los húsares lo siguieron en dirección a Cervera.

Alfonso sabía que los franceses se consideraban seguros hasta Aguilar, por lo que relajaban la vigilancia. Eligió un cerro para pasar la noche desde el que se distinguía el Camino Real, a la altura del convento de Santa María de Mave.

—¡Tirso! —llamó Alfonso a su asistente. El aliento dejó un rastro de vaho.

—¡Señor! —Acudió un joven a su lado, envuelto en el capote y con la gorra calada hasta las orejas.

Tirso de la Riva era hijo de un pastor de Espinama. El padre de Alfonso lo contrató para que atendiera el ganado, hasta que descubrió una mente inusualmente despierta en el chico y le proporcionó una educación y los estudios de leyes. A la muerte de su padre, Alfonso siguió cubriendo los gastos y Tirso terminó con muy buenos resultados. Eso sucedió el mismo año que regresó

herido de Cádiz. Al empezar la invasión francesa, Tirso había escapado por los pelos de las levas forzosas de las tropas josefinas y había buscado refugio en Potes, junto a la partida de militares y rebeldes patriotas que reunió Porlier el año anterior en el valle lebaniego.

El joven resultó un lastre como soldado por su torpeza; sin embargo, la mente aguda y pragmática le vino muy bien a Alfonso para que lo ayudara en la labor de espionaje y en la administración de los recursos de la red que estaba tejiendo para controlar los desplazamientos de tropas enemigas e interceptar los mensajes. Arrieros, vendedores ambulantes, tratantes y pastores, es decir, personas conocedoras del terreno y en constante movimiento se convertían en informadores de lo que sucedía en aldeas y caminos y, sobre todo, de los movimientos de las fuerzas francesas.

—Que nadie encienda un fuego. Atraería la atención de los exploradores franceses. Aguantaremos la helada bajo estos matorrales; organice las guardias y oculte los caballos en la hondonada que hay ahí detrás.

Ya entrada la mañana, divisaron la columna formada por cuatro galeras con escolta y un coche civil en apariencia, ya que podrían viajar en él altos cargos del ejército. En ese caso, conseguir rehenes sería un punto a favor a la hora de liberar prisioneros patriotas. Se retiraron hacia Cervera, donde los aguardaba el resto de la partida: los soldados de infantería, que más parecían una banda de facinerosos por la mezcolanza de su vestimenta. La ocupación francesa les había impedido el acceso a las fábricas textiles, y muchos de ellos carecían de uniformes. Se dirigieron a la subida de Matamorosa, en la que los carros hallarían mayor dificultad para salir de estampida.

Escondidos en la brecha de un arroyo, mimetizados con el paisaje por el color pardo que predominaba en la vestimenta, aguardaron la presa. Los hombres sin insignias ni distintivos, armados con trabucos, no se diferenciaban de los bandoleros, de ahí la confusión entre la población. Procuraban pertrecharse con las prendas y las armas de los franceses caídos, a los que abandonaban desnudos en los eriales: era una cuestión de supervivencia. Las esperas eran lo más duro para los soldados porque daban lugar a pensar, y en la guerra no era bueno: había que actuar sin calibrar el

riesgo para no dejar la piel en el ataque. No obstante, desde que formaba parte de la partida lebaniega, las vigilias se sucedían inevitablemente, formaban parte de la vida guerrillera.

Cuando les llegó el ruido de los arreos, el bufido de las caballerías por el esfuerzo del ascenso y el chirrido de los ejes, aferraron los fusiles y apretaron los dientes, pendientes de la orden. Alfonso, tenso, se concentraba en los sonidos, y, en cuanto pasaron los dos primeros carros, dio la orden de fuego.

La primera descarga cogió desprevenida a la escolta; cayeron dos soldados heridos y los caballos se encabritaron. Se abalanzaron sobre los demás al tiempo que desenfundaban los cuchillos para no darles la ocasión de disparar, aunque algunos lo consiguieron con escasa fortuna. El asalto duró unos minutos; se rindieron enseguida ante la superioridad numérica de los españoles.

—Haceos cargo de las carretas y desarmadlos —ordenó Alfonso —. ¿Y el coche civil? —preguntó a uno de los franceses, quien se encogió de hombros y señaló el camino.

—¡Tirso! Organiza todo y regresa a Potes con el botín y los prisioneros. Yo voy en busca del coche con la mitad de húsares.

No perdió el tiempo en esconderse y tomó el camino, más despejado por el paso de la columna, lo que facilitó el galope. Vislumbró el coche detenido y a tres hombres que se afanaban por desenganchar los caballos. No vestían uniforme militar. Según iba aproximándose, distinguió a dos mujeres embozadas que se abrazaban.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó el hombre, nervioso y con la escopeta en alto.

—Hombres de buena fe —contestó Alfonso—. Baje el arma. Venimos a ayudarlos.

—¿Quién me lo asegura? Acaban de asaltarnos y se han llevado a mi hermana para exigirme un rescate. Estamos desenganchando los caballos para salir en su persecución.

—¿Son ustedes de la zona?

—No. De Madrid.

—Se perderán. Yo iré tras ellos. ¿Cuándo tuvo lugar el asalto?

—Se inquietaron cuando oyeron los tiros, y, ante la imposibilidad de conseguir más dinero, se llevaron a mi hermana poco después.

Alfonso no tenía la menor duda de quién era el autor de la fechoría: Manuel García, alias el Torancés, por ser ese su valle de origen. Era una molestia para las partidas de tropas regulares, ya que abusaban de los campesinos, quienes se quejaban a las autoridades de los robos de raciones de boca, de los cálices de las iglesias y, al no ser capaces de distinguir entre los bandoleros y las tropas patriotas, culpaban a las últimas.

—Les dejo dos de mis hombres para que los ayuden a reanudar el camino. —Señaló a dos de los húsares que lo acompañaban y desmontaron para echar una mano—. Yo los alcanzaré con su hermana de regreso. ¿Hacia dónde se dirigen?

—A Santander. Tenemos asuntos familiares que solucionar —explicó innecesariamente el hombre, totalmente desquiciado ante la imposibilidad de ayudar a la hermana.

—Siga camino y ocúpese de las otras dos mujeres. Yo me encargo de… ¿Cómo se llama?

—Mercedes. Mercedes Velarde —matizó.

Con los cuatro hombres que le restaban se internó en el páramo y siguieron la senda que habían abierto los caballos en la huida. No le sacaban mucha ventaja, y le sería fácil alcanzarlos con semejante rastro, aunque no ignoraba que, en el momento en que vadearan un arroyo, los perdería. Sin embargo, pronto descubrió que el Torancés se debía de sentir seguro, pues comenzó el ascenso hacia la Brañosera. Eran ocho caballos, y uno de ellos, con doble peso, por cómo se hundía en la nieve.

—Avanzaremos con cuidado para no alertarlos de que los seguimos. Mantened tranquilas las monturas —indicó a sus subordinados.

Mientras anduvieran en camino, la mujer no corría peligro, así que podían tomárselo con calma, ya que estaban en desventaja numérica. Los gritos que rompieron el silencio le indicaron que se encontraban más cerca de lo que pensaba. Ignoraba la causa, así que espoleó al caballo, y los húsares lo imitaron. En una revuelta de la subida se le ofreció un espectáculo espeluznante. Uno de los hombres yacía tendido en el suelo y corría ladera abajo la mujer, quien terminó por caerse y rodar hasta casi el río. El Torancés gritó una orden y sus hombres abandonaron la persecución bajo la mira de las armas de los lebaniegos, que se mantenían a una distancia

prudencial. Los bandoleros, por descuido, las habían dejado en las monturas.

—¡Ahí la tiene! —gritó el Torancés—. No hay cuentas con nosotros, así que déjenos recoger a mi hombre y marcharnos.

—Le costará el caballo. Lo necesito para la mujer.

—¡Malditas sean ella y toda su ralea! Una mujer no vale un caballo.

—Ya conoce el dicho: la avaricia rompe el saco —sentenció Alfonso.

—No necesita el caballo —insistió el Torancés—. Se habrá roto el cuello o se habrá congelado dentro de un rato.

—Eso es asunto mío, mientras esté viva. Si muere, le costará caro.

El Torancés era ladrón, oportunista y mentiroso, pero no asesino. Al menos no había noticia de ello, así que lo vio marchar. En esa guerra tan compleja nunca se sabía a quién se podía necesitar en un futuro.

Una vez resuelto el problema con los bandoleros, se centró en la mujer, quien no había dudado en dejar fuera de combate a su raptor y huir a la desesperada por un paraje desconocido. Si no se daba prisa, sucumbiría al frío.

Uno de los hombres, que no la había perdido de vista mientras pudo, le indicó la dirección del río hacia el Camino Real. Recogieron el caballo del caído y deshicieron lo andado sin perder el curso en el fondo del valle, que se estrechaba y ahondaba en la roca. Espoleó a la montura para adelantarse y esperarla al final del tramo, si es que conseguía llegar sin novedad. Aunque admiraba la decisión y el valor con el que se enfrentaba a la desesperada situación, también se preguntaba qué había cruzado por la mente de esa mujer para que prefiriera arriesgar la vida.

Cerca del Camino Real, apostó a los hombres de guardia, pues la probabilidad de que hubiera tropas francesas buscando la columna palentina era muy alta, y se acercó a la salida del valle, lo más próximo a la corriente de agua y en un lugar visible. No olvidaba que la mujer iba armada y que no le temblaba el pulso a la hora de disparar.

Al cabo de un rato la vio avanzar con dificultad, con la cabeza gacha y las faldas en alto para liberar los pies. Por el movimiento,

dedujo que se hallaba agotada y que todavía no se había percatado de su presencia. Dio unos pasos más, levantó la cabeza para calcular lo que le faltaba y se detuvo: lo había visto.

Como no se movía, azuzó al caballo para que se aproximara y, cuando llegó a una distancia prudencial, gritó:

—¡¿Mercedes Velarde?! ¡Me envía su hermano!

Alfonso contempló cómo la mujer se desplomaba en el mismo sitio al que se había anclado. Desmontó y llevó de las riendas al animal hasta ella. Se sorprendió cuando la alzó en brazos y comprobó lo poco que pesaba. No era muy alta, y el hueso fino acentuaba la sensación de delgadez. Le pareció un milagro que hubiera soportado el frío y la marcha por un lugar tan agreste. Se le cayó el chal con el que se cubría la cabeza y descubrió a una mujer joven de rasgos tan perfectos que no parecía humana.

—Lo siento, señorita, pero debo subirla de alguna forma.

Se disculpó con la mujer sin sentido antes de tratarla como un fardo. La dejó boca abajo, cruzada sobre la silla, y se agachó para recoger la prenda, que podría hacerle falta más adelante. Luego, de un impulso, subió él. Le llevó un rato luchar con el cuerpo inerme, colocarlo de forma más cómoda delante de él y arrear al caballo para reunirse con los hombres. Pero fueron estos quienes acudieron en su busca.

—Los gendarmes de Reinosa rastrean el Camino Real.

—¡Qué fastidio! Esta mujer no está bien, y habremos de llevarla con nosotros. No está en condiciones de montar sola, así que deberemos detenernos para cambiar de montura. En fin, no se puede hacer otra cosa. Volvamos a casa.

El hecho de cargarla con ellos planteó inconvenientes. Las ropas de la mujer estaban empapadas y ella, fría como un témpano. Les acuciaba llegar a Cervera para pasar la noche en la cabaña de Engracia, la mujer de un pastor de Fuentes Carrionas. Ella podría echarles una mano para cambiarla de ropas y mantenerla caliente; en caso contrario, no daba un real por su vida.

Ya había oscurecido cuando llamaron a la puerta de la cabaña. Engracia, mujer práctica, no perdió el tiempo con preguntas vacuas y se hizo cargo de la mujer. Uno de los húsares buscó leña, y avivaron el fuego, por lo que Alfonso salió al exterior: sus pulmones no soportaban el humo en sitios cerrados, así que buscó un lugar

para pasar la noche bajo el colgadizo en el que guardaban los aperos de la huerta y servía de leñera. Se cercioró de que los caballos habían abrevado y los dejó trabados y ensillados por si hubiera peligro; sacó la manta y la estiró como lecho, el petate lo usó de almohada y se arrebujó con la capa. No era la primera vez que dormía al raso. Rememoró las largas vigilias sobre la cubierta de un barco, el frío o el calor, según la latitud, y la humedad, una humedad mucho más perjudicial que la de la montaña. Se removió para buscar la postura más cómoda y contempló el humo que ascendía de la chimenea de la cabaña, que lo transportó a sus años juveniles.

Desde muy pequeño le atrajo el mar, y su padre, militar de profesión, lo envió a la escuela de guardiamarinas en Cádiz. El desastre del cabo de San Vicente, en el que la Armada inglesa derrotó a la española, supuso un fuerte revés para la política y la economía coloniales. Personalmente, le defraudó la ilógica política del rey y de su gobierno, que firmaron el Tratado de San Ildefonso con Napoleón, quien los obligó a luchar en unas batallas que no les incumbían a los españoles, como la batalla naval de Trafalgar, en la que participó con veintitrés años y con el grado de alférez.

Todavía arrastraba alguna pesadilla, se despertaba sudoroso y con los oídos ensordecidos por los cañonazos y los gritos de los hombres. La sordera pasajera era un reflejo traumático, y, según recobraba la consciencia, se le pasaba. Las heridas fueron graves, y salvó la vida de milagro. En lugar de condecorarlo, lo ascendieron a teniente y le ofrecieron la desmovilización con una pensión.

La mayor secuela no fue la pérdida de un ojo ni las feas cicatrices que lucía la parte derecha de su cuerpo, producidas por una miríada de astillas, sino que la inhalación de humo de la madera del barco incendiado le afectase a los pulmones: la menos visible era la que le dificultaba la vida. Reticente a dejarse vencer y a ser considerado un tullido, se ejercitaba en la esgrima y en el tiro al blanco para contrarrestar la pérdida del ojo y realizaba largas caminatas por el monte para recuperar un poco de capacidad pulmonar, pero era lento y se desesperaba en muchas ocasiones. Aun así, no cejaba en su empeño.

Los húsares no tardaron en salir y acompañarlo.

—Nos ha ofrecido un caldo —explicó la tardanza uno de ellos.

El caldo era un agua con el jugo de las verduras. Estaban acostumbrados a la pobreza de las gentes humildes, pero al menos calentaba el estómago.

—La mujer… ¿volvió en sí? —preguntó preocupado.

—No. Engracia ha puesto a secar la ropa que llevaba y la ha dejado bajo unas mantas junto al fuego. En cuanto se entibiara, si despertaba, intentaría darle el caldo.

No podía hacerse más; ahora quedaba en manos de Dios. Al poco rato, los compañeros se sumergieron en un sueño reparador mientras que él permanecía insomne. Hacía tiempo que no abrazaba a una mujer de su nivel social. Desde que había sido herido y había quedado marcado, las señoritas lo miraban con aprensión; lo leía en sus ojos, aunque intentasen ser educadas. Incluso las criadas de los mesones lo evitaban. ¿Qué hacía esa familia cruzando el país en plena guerra? Eran personas de calidad, dedujo, pues poseían coche propio y conservaban los caballos, sin olvidar que viajaban al amparo de los franceses, aunque estos los hubieran dejado rezagados. El Torancés lo había olido; en caso contrario no se habría arriesgado a secuestrar a una de las jóvenes.

Y volvió al punto de partida. La mujer, ligera, de piel blanca, cabellos caoba y bellísima, le había recordado los años en los que señoritas como ella se lo disputaban cuando lucía el uniforme de oficial de Marina, apuesto y con la gracia de la juventud. No sería el primer militar tullido que se quedaba solo, al amparo de la familia, aunque a él ni esa compañía le había sido concedida: una epidemia de cólera acabó con dos de sus hermanos; un mal parto, con su madre y el nonato, por lo que su padre lo envió a Cádiz, y tres años después le informaron de su muerte a causa de unas fiebres tifoideas. Él mismo, primogénito de la familia Bustamante, hidalgo del solar de Mogrovejo, había estado a punto de no contarlo en Trafalgar.

Uno de sus compañeros comenzó a resollar, ya que no se podía considerar ronquido el ruido que producía, y el aullido de un lobo llenó la soledad nocturna. Las estrellas titilaban en un cielo despejado e iluminaban el silencioso manto de nieve tardía. La helada de la madrugada sería dura. Y otra vez el rostro de la mujer. ¿Qué sucedió realmente para que se arriesgara a huir? ¿Se propasaría el hombre que la llevaba? Y ella le disparó. ¡Increíble!

¡Qué valor! Si no la hubiera encontrado, habría muerto. Estaba al borde de la extenuación y no habría sobrevivido a la noche, aunque eso estaba todavía por ver. Igual, al final, sí que le costaba la vida su osadía y, si sobrevivía, ¿qué haría con ella? No podían quedarse allí, y tampoco podía dejarla con Engracia; no sería justo para la mujer cargar con un enfermo. Su familia ya habría llegado a Santander, y estarían preocupados por su suerte. No le quedaba otra alternativa que acogerla en Mogrovejo y esperar a que se recuperase para trasladarla a la capital. Cuando fuera posible, enviaría una nota al hermano comunicándole su estado.

La guerra, siempre la guerra trastocando el curso de la vida… Francia, España e Inglaterra, aliadas y enemigas alternativamente, ¿podrían vivir en paz algún día? Conocía muy bien la historia, y no recordaba la mera convivencia entre las tres potencias europeas. Hacía tan solo cinco años que había luchado en Trafalgar junto a los franceses contra los ingleses. Ahora, los ingleses eran los aliados y él luchaba contra los franceses. Y mañana…

Una patada lo despertó. Abrió los ojos y notó que el cielo clareaba. Se incorporó y vio a Engracia, que destacaba sobre la nieve, envuelta en sus ropajes oscuros y aumentados por los refajos con los que se abrigaba. Ella lo había despertado. Recordó de golpe a la mujer y se levantó lo más rápido que le permitieron los miembros entumecidos. No le hacía mucha ilusión entrar en la cabaña llena de humo de leña, pero siguió a la labriega hasta el interior. Aguantó el golpe de calor y se agachó junto a la joven, a la que encontró vestida. La cara congestionada y el sudor revelaban la calentura.

—¿Ha despertado?

—No, pero tragó. Es la fiebre la que atrapa su mente. Cuando llegan soldados, me escondo en las brañas. No puede quedarse.

—Comprendo. Gracias por sus cuidados y por secarle la ropa.

Engracia hizo un gesto vago con la mano y se acercó a la pequeña chimenea en la que humeaba una olla.

—Tomen caldo para calentar el cuerpo antes de partir.

—Gracias, muy considerado de su parte. No sé qué habrán capturado, pero le haré llegar un poco de harina.

Engracia no realizó un afectado rechazo. El orgullo quedaba relegado ante el hambre que imperaba en la zona.

Ayudaron a Alfonso a subir a la joven delante de él e iniciaron el regreso al valle de Liébana por el puerto de Piedrasluengas. Al llevarla recostada sobre el pecho y entre los brazos para que no se cayera, notaba perfectamente cuando recobraba, más o menos, la consciencia. El aire helado de la montaña le había bajado la temperatura lo suficiente como para que recuperase algo de lucidez.

—¿Quién es usted? —le oyó preguntar en una ocasión.

—Teniente de navío Alfonso Bustamante, para servirla. Formo parte de la División Cántabra acuartelada en Potes. Somos una partida de militares, o de guerrilleros, como prefiera llamarnos, que nos oponemos a los intrusos.

Ante la falta de respuesta, no estaba seguro de si se había enterado de que se encontraba en manos amigas. Haciendo malabares con una mano, se retiró un guante con ayuda de los dientes y la posó en la frente de la muchacha: seguía caliente, pero no ardía, y eso era bueno. Con la misma dificultad se calzó de nuevo el guante.

En el puerto de Piedrasluengas se detuvieron para descansar y cambiar de caballo. Lo ayudaron a bajar a la mujer, quien parecía lúcida, pues fue capaz de mantenerse sentada sobre un peñasco. Sacó una cantimplora con agua y se la ofreció al tiempo que se acuclillaba delante de ella. Era la primera vez que lo veía de frente y notó el temor de ella por su aspecto. A pesar de que estaba acostumbrado, le molestó.

—No sé si me escuchó antes. Mi nombre es Alfonso Bustamante y formo parte de la división lebaniega. La conducimos a Potes ante la imposibilidad de llevarla a Santander con su familia a causa de su estado y de que los franceses andan un poco soliviantados con nosotros porque les hemos robado el avituallamiento.

—Sí, lo oí. Me siento muy cansada —respondió en un hilo de voz que obligó a Alfonso a aproximarse más para no perder una sílaba.

Ella cerró los ojos, y Alfonso lo interpretó como una forma de no ver el parche ni la cicatriz que corría desde la cuenca ocular hasta el mentón. Apretó los dientes, frustrado por el rechazo, y se retiró para evitarle el desagradable espectáculo.

Cambió de montura y subieron a la joven de nuevo con él. No se quejó durante el camino, lo que fue de agradecer. La nieve, según descendían al valle, fue desapareciendo. Caía la tarde cuando

entraron en Potes y desmontaron ante la puerta de la Torre del Infantado, sede del cuartel general de la División Cántabra o de la partida de los lebaniegos, como los conocían popularmente.

—Avisa al doctor —ordenó a uno de los húsares que lo acompañaban— y tráelo.

Bajaron a la joven, que, apoyada en uno de los soldados de guardia, se mantuvo de pie.

—¡Señor! —llamó Tirso, quien llegaba a la plaza en ese instante —. Me alegro de que haya encontrado a la muchacha.

—Ha cogido frío y tiene mucha calentura.

—¡Vaya por Dios! ¡Qué mala pata! Los hermanos siguieron el camino muy preocupados por su suerte y me dieron su dirección por si no los alcanzábamos. Ha sido una buena captura: harina, lentejas y garbanzos, huevos y varias jaulas con gallinas, sal de La Bureba, patatas…

—Pare, pare, que llevo horas sin comer —protestó Alfonso.

—Ahora le acerco un cuenco a su despacho —ofreció, solícito, el ayudante.

—No, dejaremos a la señorita en el despacho para que disfrute de un poco de intimidad mientras la reconoce el galeno. En cuanto la vea don Hilario, sigo camino a Mogrovejo. Estará mejor atendida y más segura allí que aquí con tanto soldado yendo y viniendo. Pero no rechazo el cuenco; llévelo a su escritorio.

Tomó el relevo para que se asiera a su brazo y la condujo al interior. Su despacho se hallaba en la primera planta. Sin pensárselo dos veces, la cogió en brazos, subió las escaleras y siguió adelante hasta sentarla en la poltrona. La joven no emitió ni un sonido; se abandonaba, falta de ánimo, para imponer su criterio. Alfonso no pidió permiso ni se disculpó, no se encontraban en un salón social, y se imponía el sentido práctico.

—¿Es esta la señorita? —indagó don Hilario desde el umbral.

Era el doctor de la zona lebaniega desde hacía veinte años. Peinaba canas, pero se hallaba ágil y seguía atendiendo el valle. Había perdido peso, como todos, y suplía los medicamentos con las plantas medicinales que producían en Mogrovejo. Era un lujo para la División contar con su experiencia.

—Sí, pase, por favor.

Se retiró a un lado y aguardó.

—Ya sé que es su despacho, pero ¿no tiene nada que hacer en otro lado?

—Disculpe, me aguarda la comida. No se vaya sin hablar antes conmigo.

—Por supuesto —contestó el galeno.

Tirso le entregó el cuenco de cocido según asomó por la puerta.

—Mañana habrá pan —anunció como si fuera un acontecimiento.

—Estaré en Mogrovejo. Encárgate de que me llegue algo, y también a Engracia, la de la cabaña: le prometí harina a cambio de su ayuda con la mujer. ¿Hay noticias de Porlier o de Asturias?

—No. Y tampoco de nuestro hombre en la capital.

—No me gusta el general Barthélémy. Ha sido una decisión desacertada por parte del general Bonnet el nombrarlo su sustituto como gobernador militar en la ciudad, aunque tampoco es él un santo.

Tirso de la Riva no replicó a algo con lo que estaba de acuerdo. Guardó silencio mientras Alfonso rebañaba el cuenco, indicio de que se había quedado insatisfecho. Antes de que Tirso le ofreciera algo más, oyó la llamada del galeno y salió a su encuentro.

—La calentura ha remitido a causa del frío del viaje, pero volverá. Es un enfriamiento importante. Necesita mucho reposo y cuidados. Insiste en llegar a Santander, pero yo no aconsejo un viaje; no lo resistiría. Escribiré una receta de hierbas para aplicarle en el pecho; le facilitará la respiración. Mucho líquido: sopas, caldos con algo de sustancia, si encuentra con qué —añadió, irónico—; zumos, si consigue fruta, y agua abundante, en pequeñas dosis y constantes.

—La voy a instalar en Mogrovejo, un lugar más tranquilo, y Pepa cuidará de ella.

—¿En ese caserón helado? —criticó don Hilario, dubitativo.

—Acaba de reconocer que el frío ha mantenido la calentura a raya. La abrigaré bien, no se preocupe. Le prometí a su hermano que se la devolvería.

—¿De cualquier manera o salva? —cuestionó don Hilario, mordaz.

—No lo hablamos. Corría prisa seguir la pista —replicó Alfonso con el mismo sarcasmo.

—Si no me requiere ninguna otra urgencia, llevaré la receta en persona y le explicaré el preparado a Pepa —claudicó el galeno, conocedor de la tozudez de los Bustamante.

Se despidieron y, al volverse para entrar en el despacho, descubrió en el pasillo a Basilio, un tratante de ganado que solía obtener información sustanciosa. Le indicó que aguardase y entró en el escritorio de Tirso, se sentó y se adueñó del recado de escribir.

—Comentaste que la familia de la mujer te facilitó su dirección. Encarga a Basilio que les entregue esta nota sobre su estado. —La selló con lacre, la dejó sobre la mesa y regresó junto al tratante.

Tras despachar a Basilio, Tirso le echó una mano para trasladar a la mujer hasta el caballo.

—¿No sería mejor un carro?

—No. Ya está oscureciendo y quiero llegar cuanto antes. Un carro nos retrasaría: demasiado lento.

La ayudaron a subir y a acomodarse delante de él, en esta ocasión con un capote militar por encima de la capa de ella para resguardarla de la humedad.

—¿Vamos solos? —preguntó la joven, inquieta.

—El valle es seguro y no está lejos. Aquí no hay bandoleros ni franceses, no se preocupe.

Emprendieron el camino bajo las estrellas y sobre un fino manto de cristal, efecto de la helada. Liébana disfrutaba de un clima benévolo, resguardado por los montes de los vientos desapacibles. En las cumbres se quedaba el frío mientras que la primavera entraba de lleno en las hondonadas, donde ya había concluido el deshielo. No la veía de tan tapada como iba, pero notaba las formas de su cuerpo. Casi mejor, pues le turbaba cómo un rostro tan perfecto observaba el suyo tan maltratado.

3

Mercedes solo deseaba dormir, y que cesaran el movimiento y el dolor en el pecho. Oyó en la lejanía la voz de su desfigurado compañero de viaje, notó que la apretaba y que la cogía en brazos al bajar del caballo. Si abría un poco los ojos, la oscuridad la cercaba. Voces, un crujir de madera y el resuello del militar. Sintió unas manos que la liberaban de las capas, del chal de la cabeza y de las botas. Carecía de fuerzas para impedir que siguieran desvistiéndola, y, con alivio, comprobó que la tendían sobre un colchón de verdad y que la tapaban. ¡Qué descanso! Por fin calor, quietud y silencio. Dormir.

La luz del día le lastimaba los ojos, sombras, unas manos que la incorporaban, la obligaban a abrir la boca y a tragar un líquido caliente con un fuerte sabor a ajo. Solo quería descansar. Suspiró cuando dejaron de molestarla y la tendieron de nuevo. Dormir. Un olor a tomillo, a laurel, a campo le llegaba de algún sitio, sentía una opresión en el pecho. Oscuridad, el sonido de una respiración cercana, calor, las sensaciones se sucedían sin orden, de forma inconexa, abrumadoras, relajantes a ratos, entre nieblas, iban y venían. El rostro desfigurado se mezclaba con el de una mujer de pelo entrecano, estirado y recogido en un moño. Olores a campo, frío y calor.

Abrió los ojos y una tenue claridad los hirió. Sin moverse, recorrió con la mirada la desconocida estancia en la que se encontraba. Era un lugar agradable con paredes de mampostería y un zócalo de madera oscura hasta media altura. Unas robustas vigas de roble atravesaban el techo encalado. Reconoció una construcción sólida y noble. Examinó la cama con dosel sobre la que yacía, las sábanas de fino lienzo que la resguardaban de la aspereza de varias mantas de lana y apreció el colchón bajo el agotado cuerpo. Ya no sentía calor a pesar del abrigo. Movió con cautela una mano y se la llevó al pecho, sobre el que sentía el peso, y tropezó con un

emplasto envuelto en una tela. *Una cataplasma*, se dijo; *de ahí el olor a hierbas, a campo*. Comprobó que le habían puesto un camisón.

Para continuar con el reconocimiento, giró la cabeza y descubrió que no estaba sola: sobre un largo sofá de estilo imperio dormía el inquietante salvador. Un marino, creyó recordar. Le daba la espalda, así que siguió con su paseo por la habitación. Junto al sofá, sobre una silla había dejado la casaca militar, la camisa y las botas. Le asaltó el pudor al caer en la cuenta de que estaba desnudo en la misma estancia que ella. ¿La habría desvestido ese hombre? ¿De quién era el camisón? Procuró apaciguarse y no pensar en esas cosas cuando ya era tarde para remediarlo. Una chimenea apagada, un armario ropero, un lavabo con cajones y un espejo completaban el sobrio mobiliario.

El hombre respiró fuerte y se movió bajo la manta que lo cubría. Asustada, cerró los ojos y simuló dormir. No estaba preparada para hacer frente a la realidad; necesitaba tiempo y fuerzas. Se sentía desmadejada y algo desorientada, ya que no lograba recordar imágenes coherentes de la llegada durante la noche. Lo oyó bostezar y siguió mentalmente sus movimientos por los ruidos. Intuyó en qué momento la escrutaba y cómo se inclinó sobre ella; sin embargo, el contacto de su áspera mano sobre la frente la pilló desprevenida, y se estremeció.

—Bueno, bella durmiente, parece que has derrotado a la fiebre.

Hablaba solo. La voz grave y de una tonalidad cálida, de esas que transmiten tranquilidad, le agradó. El hombre se retiró y Mercedes escuchó el ruido de ropas, pero no se atrevió a mirar por temor a que la estuviese observando mientras se vestía. Cuando los escalones del exterior crujieron bajo su peso, abrió los ojos y se enfrentó a la estancia vacía y a la soledad. ¿Qué les habría sucedido a sus hermanos? ¿Habrían llegado ilesos a Santander?

De nuevo pasos por la escalera. Cerró los ojos creyendo que regresaba; sin embargo, estos eran más leves y rápidos. Cuando tiraron de la ropa de cama, los abrió de golpe y se enfrentó a la mirada recelosa de la mujer del sueño, delgada, con un mandil negro y recosido sobre una sencilla falda de color pardo. El corpiño negro contrastaba con la sencilla camisola blanca y el pañuelo rojo, anudado por encima de la frente, completaba el atuendo que

denunciaba el origen labriego.

—¿Me entiende? ¿Me reconoce? —preguntó la mujer.

—¿Por qué no habría de entenderla? ¿Y por qué habría de reconocerla?

—Al menos lo que dice es coherente. Ahora será más fácil alimentarla. Voy a cambiarle la cataplasma. ¿Necesita aliviarse?

—No.

—Es lógico. Lo ha sudado todo y no ha comido nada sólido.

Al retirarle el emplasto, sintió levedad y frío, aunque duró poco; enseguida le colocó el nuevo, caliente y aromático.

—Los remedios tradicionales: laurel, mejorana, corteza de sauce y flor de saúco, todo bien machacado —explicó la señora mientras actuaba.

—Gracias. ¿Dónde estoy?

—En Mogrovejo, valle de Liébana. El señor la rescató de un secuestro. ¿Lo recuerda?

—Por supuesto, y anoche me trajo a esta casa. Gracias por acogerme. ¿Usted me cambió? Si me devuelve las ropas, me visto y me voy. He de buscar la forma de llegar a Santander.

La mujer la observó meneando la cabeza.

—Usted no se mueve de esa cama hasta que lo diga don Hilario. Voy a traerle algo para desayunar.

—¿Así se llama el oficial que me rescató? —preguntó a la espalda de la mujer, que se retiraba.

—Don Hilario es el médico —respondió por encima del hombro, sin volverse, y desapareció por la puerta. Las escaleras crujieron, y los pasos resonaron hasta que se perdieron en algún punto de la casa.

Al cabo de un rato oyó puertas, pasos y las escaleras de nuevo. No era la mujer; ¿el médico o el militar? No tardó en recortarse en el umbral la figura del inquietante teniente de marina. El parche y la cicatriz no ofrecían una imagen muy tranquilizadora del hombre. El único ojo que la contemplaba, oscuro como un pozo, la taladraba fiero, salvaje, en medio de la parte indemne del rostro, de rasgos varoniles y con una incipiente barba.

—¿Cómo se encuentra?

En mangas de camisa permaneció en el umbral, como si no quisiera molestarla con su cercanía. Era alto y había necesitado

inclinar la cabeza para librar el dintel.

—Bien. Gracias por su hospitalidad. La mujer me ha dicho que no puedo abandonar la casa hasta que me vea el médico.

—Es Pepa. Sirve a la familia desde muy joven. Dudo mucho que pueda ponerse de pie cuando la visite don Hilario: lleva una semana postrada por las fiebres.

—¡¿Una semana?! —se alarmó Mercedes—. ¿No fue anoche cuando llegamos?

—Es obvio que no —ratificó el hombre.

—¡Dios mío! ¡Mis hermanos! —se lamentó Mercedes.

—No se preocupe. Les he enviado una nota informándolos de que se encuentra a salvo y de que llegará cuando sea posible.

—Gracias. Ha estado pendiente de todo. Le debo mucho. Procuraré ponerme bien cuanto antes para liberarlo de mi inoportuna presencia.

Comenzó la frase en tono adecuado y la terminó en un susurro según se le agotaban las fuerzas.

—Será mejor que la deje. Dentro de un par de días, en cuanto esté un poco más recuperada, hablaremos largo y tendido. Hay muchas preguntas que debe contestar.

Se dio la media vuelta y agachó la cabeza de nuevo al salir. De espaldas, Mercedes apreció un cuerpo bien formado y sin grasa, aunque eso era fácil con el régimen forzoso que imponía la guerra. Después se entregó a la reconfortante duermevela hasta que regresó Pepa con una sustanciosa sopa de ajo, quien la ayudó a incorporarse y a comer, acto que la dejó tan extenuada que la hizo sumirse en un apacible sopor hasta que la buena mujer regresó con un tazón de migas mojadas en leche.

—Está oscuro. ¿Tanto he dormido?

—Ahora el sueño es una bendición, tranquilo y reparador. Según gane fuerza permanecerá más ratos despierta.

—¿Pan? Hacía tiempo que no lo comía.

—Ni nosotros. Es de la columna francesa de avituallamiento que aprehendieron el día que la trajeron. Así que aproveche: durante unas semanas comeremos delicias.

Conoció a don Hilario, quien indicó que siguiera con las cataplasmas para curar el frío de los pulmones. Al día siguiente, pasó más tiempo dormitando que despierta, consiguió levantarse

para realizar sus necesidades y constató lo débil que seguía encontrándose, así como lo sucio que tenía el cabello. Le planteó a su guardiana la posibilidad de un baño.

—Pregúntele a don Hilario en la próxima visita. Yo no soy quién para decidir.

—Tiene una fe ciega en ese doctor.

—Atiende a las gentes del valle desde joven. Se le respeta y se le obedece —replicó Pepa en su sencillez.

—Pues con don Hilario o sin don Hilario, yo debo asearme para quitarme este olor a enfermedad. Hace frío; metida en la cama y bien abrigada no me había dado cuenta. ¿Por qué no enciende la chimenea?

—No hay leña, y el carbón es caro. —Ante la mirada incrédula de Mercedes, Pepa prosiguió—: El señor fue herido gravemente en la batalla de Trafalgar, y, desde entonces, no puede respirar el humo de leña porque se incendió el barco y sus pulmones quedaron afectados.

—¡Cuánto lo siento! Así que es un héroe —constató Mercedes admirada.

—Sí, señorita. Estamos muy orgullosos de él.

—Señora —corrigió Mercedes—, aunque viuda. Y no, antes de que me lo pregunte, mi marido falleció porque se partió el cuello al caerse de un caballo. La guerra no había comenzado.

—Lo siento. Es muy joven para estar viuda. ¿Hijos?

—No, no dio lugar, aunque mantengo a dos hermanos desde que mi padre murió el 2 de mayo, que viene a ser lo mismo.

—¡Ah! La familia puede llegar a ser una carga. Su padre también es un héroe.

—A ojos de la gente, seguramente, pero a los míos fue un irresponsable, aunque qué se le puede pedir a un militar si no es morir por la patria. Detesto la violencia.

—Curiosa afirmación de alguien que disparó a bocajarro a su raptor. —La presencia del militar, todavía con la capa puesta, cortó las confidencias de las mujeres—. Está muy parlanchina —continuó —. ¿Podemos mantener esa conversación pospuesta durante días?

Se quitó el capote y el sombrero de tres picos con la escarapela roja que lucían los militares y se los entregó a Pepa, quien se apresuró a dejarlos solos. El hombre ignoró el sofá y cogió una silla

que situó a la vera de la cama, frente a ella.

—¿Qué es lo que le apremia saber? —preguntó Mercedes, inquieta por la proximidad mientras él se sentaba y se inclinaba hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas.

—Lo natural: ¿quién es usted? ¿Por qué viajaban en compañía de los franceses? ¿Cómo es que disponen de coche propio y de caballos?

—A condición de que usted satisfaga mi natural curiosidad: quid pro quo. Todavía no nos hemos presentado.

—Me parece justo, aunque creo que ya ha sonsacado a Pepa. Teniente de navío Alfonso Bustamante del Carpio, y se encuentra en la casa familiar.

—Mercedes Velarde, viuda de Felipe Hontoria.

—¿Su marido era militar?

—No —suspiró cansada del mismo cuento—. Se rompió el cuello al caerse de un caballo antes de la guerra. Como verá, una muerte de lo más trivial y estúpida.

—Lo lamento. ¿Tiene hijos?

—¿Eso también es importante? Dan mucha importancia a los hijos por aquí —replicó Mercedes reticente a que hurgaran en su vida—. No —contestó al fin.

—Tiene usted razón, perdóneme. No procedía la pregunta —admitió nervioso, y a Mercedes le divirtió haberlo puesto en un brete. Estaba acostumbrada al acoso de los hombres, como si fuera un pecado permanecer viuda y sin hijos, y, entre ellos, su propio padre.

—¿Por qué emprendieron un viaje tan arriesgado?

—Viajaba a Santander con mis hermanos, Salvador y Marta, por razones personales: una hermana de mi padre ha fallecido y somos su única familia y, por tanto, los herederos.

—Había dos mujeres en el camino —recordó Alfonso.

—Doña Elvira. Es la acompañante de Marta. Mi hermana es sordomuda.

Mercedes notó un sutil cambio en la intensidad del único ojo que la observaba.

—¿Y los caballos?

—No lo sé. Salvador se encargó de conseguir los permisos de viaje, los caballos y la protección francesa. —Calló la intervención

del maestro Goya en la consecución de lo necesario para viajar—. Llegamos hasta Valladolid con una división que se trasladaba, seguimos solos hasta Palencia, donde aguardamos varios días a que salieran los carros con el avituallamiento. Creímos que sería más seguro; a la vista está que nos equivocamos.

—No está mal ideado. El error fue elegir que fueran de abastecimiento: son los más peligrosos porque son los más codiciados. Tanto las tropas y las partidas de patriotas como los bandoleros estamos necesitados de todo lo que nos roban: ropa, municiones y comida; de ahí que también estuviera allí el Torancés.

—¿Quién es el Torancés?

—El hombre que los asaltó y la secuestró.

—¿A qué llama «partidas»?

—Militares sin división o compañía fija. Estamos tratando de rehacer el maltrecho y disperso ejército patriota para resistir al ejército josefino y al francés.

—¡Ah! El ejército fiel al rey José. He oído hablar de él a los operarios del taller. Creo que no resultan de mucha ayuda a los franceses.

—¿De qué taller? —Alfonso cambió de postura y se apoyó en el respaldo y en uno de los brazos de la silla.

—Mi marido poseía una fábrica de tejidos en Segovia, donde resido. Al fallecer él, me hice cargo de la dirección y de la producción. En cuanto estalló la guerra, los franceses requisaron el taller sin darnos tiempo a deshacernos del producto ya elaborado. Los operarios fueron desapareciendo y el capataz me instó a cerrar hasta que terminara el conflicto, ya que no quería trabajar para el invasor. Ante la posibilidad de que robaran la maquinaria, la estropeamos adrede, de forma que pudiéramos recuperarla cuando quisiéramos.

—¿Y no se dieron cuenta del sabotaje? —interpeló el guerrillero, visiblemente interesado.

—Sí, pero lo achacaron a los trabajadores patriotas. Yo realicé una actuación de pobre mujer con una hermana sordomuda que sería la envidia de la más famosa actriz.

—Don Alfonso, la señora debe comer y descansar. Basta por hoy —ordenó Pepa, irrumpiendo en la estancia con un cuenco humeante en las manos.

Mercedes sonrió a su salvadora, aunque el cansancio se debía a la tensión de tener a Alfonso tan cerca. A pesar de la desfiguración, emanaba fuerza de su mirada, de su voz, de sus maneras. El principal escollo era acostumbrarse al parche y a la blanca línea que cruzaba su mejilla.

—He de bajar a Potes. Regresaré mañana y continuaremos nuestra conversación. Que descanse.

—Gracias. Voy a desgastar esa palabra de tanto usarla.

Y entonces sonrió. El rostro maltrecho mostró una cicatriz más profunda de lo habitual al replegarse, mientras que el lado indemne se iluminó y suavizó la mirada penetrante en algo más dulce. Mercedes tomó conciencia de que aquel gesto marcaba una nueva amistad, alguien en quien confiar.

Alfonso abandonó la habitación con el corazón ligero. Tantos días velando su sueño y su fiebre, tantos días observando su rostro, aprendiendo sus facciones, y ahora, por fin, habían cobrado vida, una forma deliciosa y delicada de sonreír, de fruncir el ceño cuando se molestaba. No era una mujer corriente, frágil e inocente. Conocía el placer del lecho, se había movido entre hombres para dirigir un negocio, había disparado a su secuestrador y había escapado por los pelos de una muerte cierta sin mostrarse aturdida ni escandalizada, aunque no habían llegado a hablar de ello todavía.

Reconocía que se había excedido en el interrogatorio, pero no por deformación profesional, sino por interés personal. Ese contraste entre el aspecto angelical y la fortaleza para hacer frente a la adversidad lo atraía y lo repelía a la vez: no era la idea que había concebido sobre una mujer. Comprendía que corrían tiempos duros en los que la debilidad no tenía cabida, y menos si no había un hombre que la defendiera. ¿De qué pie cojeaba el hermano que arriesgaba de esa forma a sus hermanas?

Antes de marcharse, saqueó la cocina de Pepa y tomó nota mentalmente de si hacía falta algo. Pepa se defendía bien y conseguía mantener la alacena bien provista. Aunque no había dicho nada, sabía que la buena mujer escatimaba en las raciones que entregaba al ejército, como cualquier lugareño. Hacía la vista gorda: la necesidad de sobrevivir era humana.

Salió al exterior y echó una mirada al cielo despejado. Tras el inoportuno temporal de nieve, la primavera había regresado y las

lluvias se hallaban a la vuelta de la esquina con las consabidas inundaciones que embarraban los caminos y dificultaban los traslados, más a ellos que a los franceses, ya que las guerrillas se desplazaban a través de los montes por veredas y trochas desconocidas para los invasores. Bajó a Potes, acompañado por las cumbres nevadas, enhiestas y orgullosas de su blanca corona, en vivo contraste con el verdor del valle, y llegó a la Torre del Infantado, donde se asentaba el cuartel general de la División Cántabra. Se trataba de una edificación medieval sólida sobre un basamento fortificado al que se accedía por unas escaleras; encima de la entrada principal colgaba un balcón corrido de hierro forjado que enmarcaba dos puertas; los vanos restantes eran bastante discretos. Situada en el centro de la plaza y entre los ríos Deva y Quiviesa, representaba el poder militar en el valle.

—¡Señor!

Entregó las riendas al soldado de guardia para que se ocupase de la montura y se volvió a quien lo llamaba.

—Pronto ha regresado. Vamos adentro y me cuenta qué tal le ha ido.

Basilio Vega era un hombre lleno de recursos y gran conocedor del terreno y de la provincia en general: una joya para el cuerpo de espionaje de Alfonso. Como tratante de ganado, conocía los pueblos y los caminos como la palma de su mano. Muchos se habían relacionado comercialmente con él, aunque nadie facilitaba datos concretos sobre su vida, por ser tan errante. A Alfonso le agradaba el aire de labriego tranquilo, vestido con las ropas sencillas de un aldeano, una chaqueta de borrego, un zurrón al hombro y la boina negra, porque no llamaba la atención. Bajo y con corpachón, caminante incansable con piernas esculpidas en los pasos montañosos, montaba a caballo o guiaba un carro como si hubiera sido un arriero toda la vida.

Entraron en su despacho, un gabinete en la primera planta con una pequeña ventana. Una amplia mesa de roble y una incómoda silla de brazos, en la que se había sentado la joven cuando la reconoció el doctor, ocupaban la mayor parte del espacio, mientras que las paredes albergaban estanterías llenas de legajos y planos. En lugar de una silla para las visitas había un sencillo banco, en el que cabían tres personas si se apretaban un poco.

—No fue difícil encontrar la dirección. Era una señora conocida en el ámbito conservero, y la herencia sería sustanciosa si no corrieran los tiempos que corren.

—Ahórrese los detalles —apremió Alfonso sentándose. Basilio permaneció de pie ante su superior y continuó:

—Hablé con el hermano y se hizo cargo de la situación. Comprendió que no sería posible informar sobre el estado de la hermana, aunque, si sucedía lo peor, se le comunicaría sin falta.

—Perfecto.

—¿Sabía que la más joven es sordomuda?

—Muy observador —contestó de forma vaga Alfonso.

Demasiada información sobre la familia de Mercedes sin que hubiera sido requerida. La labor de Basilio era de espionaje sobre los movimientos franceses, y le molestó que hubiera fisgado más allá de sus atribuciones.

—Tómese un día de descanso y luego realice la ronda por las poblaciones en las que recaba información —ordenó Alfonso.

El hombre abandonó la estancia y Alfonso contempló la labor administrativa sobre la mesa: lo suyo era la acción, no la burocracia. Echaba de menos la cubierta de un barco; no se le daban muy bien las relaciones en tierra, y se encontraba desubicado. Desde los catorce años no había vuelto por Liébana. La falta de familia había sido otra razón para no volver. Pepa era su ancla en Mogrovejo y quien lo mantenía a flote.

—Señor, hay nuevas —comunicó Tirso, irrumpiendo en el despacho.

—¿De Porlier?

En el mes de febrero el general Llano Ponte, al frente de la partida lebaniega, había sufrido un revés ante las fuerzas del general francés Bonnet y, a consecuencia de la derrota, los soldados se diseminaron por las cuatro villas, y tan solo habían quedado doscientos hombres en Potes, con los que había asaltado la columna de abastecimiento. Ansiaba el retorno de Porlier porque había reunido de nuevo la División.

—Sí. Son del día 18. Se ha enfrentado en inferioridad de condiciones en Cangas de Tineo al ejército francés. Tocó a degüello desde el primer momento y obligó a los franceses a replegarse sin perder un hombre.

—Audaz, como siempre: un gran estratega —elogió entusiasmado Alfonso—. Esperemos que regrese pronto y ponga un poco de orden por aquí. Mientras tanto, a lo nuestro.

—Anda un poco caótica la provincia. El bandolerismo ha aumentado y en Escalante han robado unos cuatro mil reales. Acusan a las partidas en general, pero ya sabemos que se trata de bandoleros, desertores y oportunistas. A río revuelto… —sentenció Tirso con desaprobación—. Pero lo más inquietante es que he notado un descenso de los correos entre Santander y Madrid. O se nos escapan o han encontrado otro medio para comunicarse.

Alfonso meditó la noticia y ponderó las posibilidades. Obviamente, por necesidades estratégicas la comunicación era primordial. Los franceses se hallaban en terreno hostil y las tropas, para resultar efectivas, debían comunicarse.

—Han hallado otra forma. Habrá que averiguar cuál y pronto si no queremos perder eficacia, además de pasar hambre.

—Lo mismo he pensado, pero cualquier otra opción supone una pérdida de tiempo considerable. Los correos, para ser operativos, deben atajar y ser rápidos.

—Cierto; por lo tanto, siguen la ruta habitual —analizó Alfonso pensativo—, pero no lo vemos.

—¿Qué es lo que no se ve? —cuestionó Tirso.

—¿Cómo? —se sorprendió Alfonso—. ¿Qué es lo que no se ve? —repitió lentamente con el ojo entrecerrado—. Aquello que es habitual, que forma parte de lo que estés observando. Destaca lo diferente o los cambios.

—La gente que viene y va y es conocida en los caminos —propuso Tirso.

—¿Traidores?

—No necesariamente. Hambrientos, necesitados si pagan bien. Las razones pueden ser múltiples, incluso obligados —planteó Tirso.

—No podemos quedarnos con la hipótesis; habrá que comprobarlo. Llévese unos hombres de paisano y desarmados y, en Reinosa, creo que es un buen sitio, dedíquese a hablar con los viajeros y los vendedores ambulantes.

—Sí, señor, me pongo con ello.

—Vaya trucos que emplean algunos para librarse del papeleo —se quejó en broma Alfonso.

—Le cambio el puesto —ofreció, esperanzado, Tirso.

—No, no puedo. Tengo una invitada —se excusó.

En realidad, no era necesaria su presencia en la recuperación de la joven, pero deseaba indagar más sobre ella. Era consciente de que no le resultaba atractivo con esa cicatriz, pero, por desgracia, la guerra no le había arrebatado el gusto por lo bello. Al caer la tarde abandonó su puesto y emprendió el regreso a Mogrovejo siguiendo el curso del río Deva. El ancho valle por el que se internaba le pareció diferente y se le hizo corto; era un reflejo de su estado de ánimo ante lo que le esperaba en casa. La torre medieval era lo primero que se divisaba y en la base sus ancestros habían construido la casa, que destacaba por el mirador de madera que abarcaba el ancho de la fachada. Completaban el conjunto un establo, un hórreo para el heno y el grano y una curiosa construcción acristalada donde Pepa cultivaba hierbas medicinales: era el capricho y el tesoro de Mogrovejo. Un poco más abajo, a su pie, se arracimaba el caserío de la aldea, dispuesto en bancales sobre la ladera.

4

En el establo aguardaba Lino, un chico de doce años al que Pepa había contratado como mozo para atender las necesidades de la montura, pues los mayores de catorce eran atraídos por las voces de los reclutadores, y resultaba imposible encontrar ayuda de otra edad.

Entró en la casa por la cocina y encontró a Pepa ocupada con la cena.

—Buenas tardes. ¿Qué tal está la enferma? —se interesó.

—Buenas tardes, señor. A juzgar por el trabajo que ha dado, mucho mejor —renegó la buena mujer—, pero ahora lo está pagando: lleva dormida desde media tarde. ¡Loado sea el Señor! Tendré que despertarla para que tome algo, y miedo me da. A ver qué se le ocurre.

Alfonso pasó de largo hacia la sala principal, se desembarazó de la capa, la tiró sobre una silla y se sentó junto a la chimenea apagada. La sala estaba fría en comparación con la caldeada cocina, pero se había resignado a vivir así desde que había comenzado el conflicto, a la espera de mejores tiempos y de que bajara el precio del carbón.

—Me parece muy frágil para que despliegue tanta energía. ¿Qué ha sucedido? —inquirió cuando entró Pepa con un plato de queso que dejó sobre la mesa, muda invitación a que lo degustara y aplacara el hambre hasta la cena.

—Engaña la mosquita muerta —ponderó mientras permanecía de pie—. No ha cejado hasta que le he preparado un baño en la cocina, sobre el trébede. —Ante el asombro de Alfonso prosiguió Pepa—: Calenté agua, por supuesto, se bañó y se lavó el pelo, pero el esfuerzo la dejó exhausta. Es tan cabezota como los Bustamante.

—Esperemos que no empeore —rogó asustado.

—La lumbre llevaba rato encendida con la olla del agua, y calentó el suelo del trébede, del que retiré la mesa y el banco y puse

el barreño en su lugar. Casi muero de un sofoco de calor. Me aseguré de que no permaneciera mucho tiempo mojada. Encargué a Máximo más leña y encendí la chimenea de arriba un rato. Ya está apagada.

—Muy bueno el queso. ¿De dónde ha salido?

—De la cueva —informó de manera vaga, y abandonó la sala.

Por supuesto que ha salido de una cueva, pensó Alfonso, divertido, pero Pepa no iba a traicionar a sus paisanos por el simple hecho de que se librara una guerra. Tampoco él iba a insistir, y ella lo sabía. Haría lo que fuera para mantenerlo alimentado, pero no traspasaría la barrera de la confianza. Pepa era un personaje importante en Mogrovejo. Acostumbrada a vivir sola en el caserón señorial, iba y venía y hacía y deshacía a su antojo desde la muerte de los señores y mientras él servía a la patria. Ahora, aunque había regresado para quedarse, ya era tarde para atarla en corto; además, no había razón para ello: su lealtad estaba por encima de cualquier duda.

Lealtad. ¿Quién o quiénes servían de correo a los franceses? Tendría que escribir a los colaboradores independientes. Aparte de la red oficial, contaba con personas que trabajaban por su cuenta, generalmente bien situados en la administración josefina y cuya identidad solo él conocía, por lo que el riesgo de que los denunciaran era mínimo. Los mensajes con estas personas eran cifrados y no llegaban directamente, una dificultad más para localizarlos, de lo cual se sentía muy orgulloso.

Se terminó el queso y, una vez saciado el gusanillo del estómago, decidió probar suerte y subió a la habitación de la enferma. Notó la estancia caldeada en su ausencia. Seguía dormida, pero había cambiado su aspecto. Las facciones, más serenas y no sofocadas por la fiebre; el pelo, de color caoba, brillaba a la luz del quinqué que iluminaba la habitación, más suelto en lugar de pegajoso por el sudor; todavía perduraban las violáceas ojeras y se le marcaban los pómulos, pero la piel mostraba un color más sano: estaba fuera de peligro. Con una semana de convalecencia se recuperaría y se marcharía.

No le gustó el último pensamiento, y se apartó del lecho. Crujió una madera bajo su peso y la mujer abrió los ojos.

—Señor Bustamante.

—Señora de Hontoria.

Ella sonrió lánguidamente, bajo los vapores del sueño del cual despertaba, y Alfonso se enterneció.

—¿No le parece demasiado largo el tratamiento? No estamos en sociedad, y, aunque seamos desconocidos, ¿qué le parece si prescindimos del tratamiento formal mientras compartimos el mismo techo?

—Es más práctico, indudablemente. Llámeme Alfonso.

—Mercedes.

—¿Qué tal se encuentra después de haber transgredido las medidas de precaución? Pepa está muy disgustada por el trabajo que le ha dado hoy.

—Lamento haber abusado de su buena disposición, pero el baño y el cambio de sábanas ha supuesto un avance notorio en mi estado de ánimo. Es como si la fiebre se hubiera quedado en el barreño. El descanso ha compensado el esfuerzo.

—La comprendo, pero creo que ha sido demasiado pronto, y se ha arriesgado a una recaída.

Se oyó abajo la llamada de Pepa.

—La cena. Antes de acostarme me pasaré de nuevo, si le parece bien.

—Perfecto. Si estoy dormida, no dude en despertarme.

Era cierto lo que había dicho sobre el ánimo, aunque Mercedes se calló que se había cansado más de lo que había imaginado. Le dolía el cuerpo y un poco la cabeza, y el deseo de cerrar los ojos era muy fuerte. Se tocó la frente y se notó un poco calenturienta. Se sintió culpable al pensar que se había precipitado y no había valorado debidamente su estado de salud. Pepa seguía con las cataplasmas, y, cuando le subió el puré de verduras, se obligó a acabarlo. La subida de temperatura y el calor del puré y del emplasto la sumieron en un profundo sueño.

El ruido y el movimiento en la estancia de al lado la despertaron. La tenue claridad del amanecer le indicó que había dormido la noche de un tirón. Se tocó la frente y comprobó que volvía a estar fría, tan fría como la habitación, así que metió de nuevo la mano bajo las mantas. Al cabo de un rato, se abrió una puerta en el pasillo y siguió, guiada por el sonido, los discretos pasos del militar escaleras abajo. No había cumplido su promesa de despertarla.

En cuanto Alfonso abandonó la casa, apareció Pepa.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra? Ayer le subió la fiebre.

—Bien. Ahora no tengo. ¿Y el sofá?

—Lo bajamos anoche a la sala, que es su sitio. Ya no es necesario aquí.

—He debido de dormir como un lirón; no me enteré.

—Se excedió y lo pagó, pero de nada sirve lamentarse.

Pepa la ayudó a levantarse y a sentarse en el asiento del orinal, y entretanto la mujer aireó la cama, le trajo agua caliente para asearse y encendió la chimenea. Mercedes desayunó un cuenco con gachas de avena y leche.

—Se acabó el pan. Ese no dura mucho —comentó.

Para Mercedes supuso un esfuerzo tanto movimiento, por lo que se quedó en la cama, desde la cual oyó a Pepa trastear por la casa, y se sumió en un sueño tranquilo y reparador hasta el mediodía, en que regresó la eficiente mujer con unos garbanzos en un mar de repollo. El día se le antojó aburrido hasta que el sonido de la puerta principal y los pasos fuertes y seguros del militar anunciaron su presencia, y el corazón se le aceleró. Desechó la sensación de que había estado aguardándolo; no le apetecía pensar en las posibles razones que había detrás.

Se colocó bien el cabello suelto y se incorporó un poco para que la encontrara bien despierta y no pasara de largo. Los peldaños crujieron, y regresó la inquietud ante el encuentro. Le sorprendió verlo vestido de civil: una levita de buen paño azul oscuro con doble abotonadura hasta la cintura por delante y con faldones por detrás, camisa con encajes en los puños y, en el cuello, un sencillo lazo sujetado con un alfiler de oro. Los calzones de color beis se ajustaban a las fuertes piernas y lucían abotonadura a un costado, por encima de las botas. Llevaba el sombrero de picos en la mano y el redingote sobre el brazo.

—Buenas tardes. Voy a dejar esto en mi habitación y, si se encuentra con ánimo, conversaremos un rato.

—Buenas tardes. Cuando usted quiera —respondió con una sonrisa amable.

Era la primera vez que lo veía tan elegante. ¿Adónde habría ido para cuidar tanto el atuendo? La anchura de hombros y la altura se acentuaban con la sencilla chaqueta; por el contrario, las formas se

perdían bajo la casaca militar. Sería un hombre apuesto si el parche y la cicatriz no lo asemejaran a un bandolero de la peor catadura.

—¿Qué tal ha pasado el día? —preguntó a la vez que agachaba la cabeza para librar el dintel. Traía un quinqué que aportó mayor iluminación a la estancia. Lo dejó sobre la mesa, junto al otro que ya había, buscó la silla, la aproximó a la cama y se sentó frente a ella.

—Bien. Un poco aburrida. Me conozco todas las vetas de las vigas del techo.

El marino sonrió, y se le pronunció la cicatriz.

—Hay una pregunta que me ronda la cabeza desde que la hallé en aquel paraje.

—Usted dirá.

—¿Por qué disparó al hombre que la retenía?

Mercedes se quedó unos segundos desconcertada.

—No comprendo la pregunta. ¿Me está diciendo que debía dejar que me raptaran?

—El Torancés no le habría hecho daño. Entiendo que usted estuviera asustada.

—No busque una disculpa. Fue un tiro calculado y cuando me pareció el mejor momento, antes de alejarme demasiado del Camino Real y de que pudiera perderme en aquel paraje agreste.

—Eso he deducido, pero ¿por qué jugarse la vida cuando no corría peligro?

—En eso discrepamos. Ese bandolero le exigió un rescate a mi hermano.

—Si se trató de una cifra desorbitada, le aseguro que se avienen a menos con tal de deshacerse de usted: para ellos representaba un engorro. Solo querían dinero u objetos de valor.

—Ese era el problema. Salvador carece de ingresos. Mi padre cayó el 2 de mayo y no les concedieron una pensión a mis hermanos. Hasta que no pase la guerra, en Madrid no atienden esas demandas de los que consideran traidores, y, después, Dios dirá. Dependen de mí económicamente, de ahí la necesidad de tomar posesión de la herencia de nuestra tía, razón por la que emprendimos el viaje. Salvador hubiera tenido que pedir un préstamo con el tibio aval de mi posible liberación y que yo lo devolviese después.

—¿Dice que calculó el momento de disparar?

—Nos quedamos los últimos porque el animal acusó el peso. En cuanto nos rezagamos un poco y vi que se adentraban en los montes, busqué el terreno apropiado que me permitiera distanciarme de ellos. No llevaba ropa adecuada para montar, así que, cuando se presentó aquel terraplén hacia el arroyo, con la inclinación suficiente para que no pudieran perseguirme con los caballos, me decidí a intentarlo.

Mercedes no supo cómo calificar la extraña mirada de aquel inquietante ojo. ¿Estupor? ¿Admiración?

—Todo un razonamiento —concedió al fin—, de lo que deduzco que mantuvo la sangre fría para trazar ese plan.

—Contaba con la sorpresa —añadió Mercedes—. Ignoraban que tenía una pistola.

—Se equivoca. La sorpresa fue que usted reuniera el valor suficiente, hiriera a uno de sus hombres e intentara escapar. Se lo aseguro, a mí también me impresionó.

—¿Por mi estupidez? —retó Mercedes.

—Se ha traicionado usted misma. Si piensa eso, es porque, en algún momento, se percató de que no era tan sencillo como su mente lo elaboró.

—Lee en mí como en un libro abierto —reconoció Mercedes.

—No poseo poderes sobrenaturales. —Esbozó una media sonrisa que le favorecía más que la sonrisa abierta, pues ascendía por la mejilla sana y estiraba la lacerada—. Esa situación me es familiar porque la he experimentado en más de una ocasión. Trazamos planes por encima de nuestras fuerzas, y, en medio de la desesperación, nos parecen factibles antes que resignarnos. Y darnos por vencidos.

—Cierto. Lo ha descrito muy bien —alabó Mercedes, aliviada al comprobar que la estupidez era algo corriente—. No recuerdo los rasgos del hombre al que herí.

—Porque no lo miró una vez caído. Por lo que me cuenta, imagino que andaba más pendiente de los otros y del terraplén por el que iba a descender. Había muchos factores que la distrajeron, y no se detuvo a contemplar su obra.

—¿Le parezco una persona sin alma?

—No se martirice por no sentir remordimientos. Su mente es

fuerte y lógica, y le ha disculpado de la carga con la necesidad de vivir. Hay soldados que regresan a sus casas con la sensación de haber cumplido con su deber y olvidan; y otros vuelven rotos por el miedo, la violencia y la angustia.

—Creo que a eso lo llaman sensibilidad.

—Los militares, debilidad —replicó Alfonso—. Necesitamos una coraza para mantener la humanidad en casa y la violencia en el campo de batalla.

—¿Lo consigue?

—Sí, hasta… —El tiempo se detuvo. Se recostó contra el respaldo de la silla y la observó con el ojo de halcón—. Me cuesta deshacerme de la impresión de lo que me ocurrió; creo que en parte se debe a las secuelas, que no me permiten retomar la vida con normalidad.

Mercedes lo miró atónita. Pocos hombres confiarían ese tipo de problemas a una mujer; por el contrario, estarían más preocupados por esconder las debilidades y mostrarse fuertes y protectores; al menos, así se habían presentado ante ella desde que quedó viuda, como si una mujer no fuera capaz de sobrevivir sola o de continuar con el negocio familiar.

—Permita que le exprese mi más sincera admiración —continuó Bustamante—. Es usted muy joven para cargar con la responsabilidad de un taller y de sus hermanos; además de valiente y decidida en la adversidad.

Mercedes notó cómo se sonrojaba, y no por causa de la fiebre. Intentó quitarle un poco de trascendencia a la declaración del hombre.

—Espero no tropezarme con una rata, porque daría al traste en cinco segundos con esa imagen que se ha forjado de mí.

La risa, franca y fuerte, del militar llenó la estancia y ensordeció los oídos de Mercedes, acostumbrados al silencio de la soledad diurna. Pepa subió en una bandeja lo mismo que habían comido a mediodía, pero había cambiado la presentación, en puré. Resultaba ingeniosa la elaboración para que no pareciera una repetición. El teniente se despidió hasta más tarde y bajó a cenar. Cuando regresó con un vaso de orujo en la mano, entraron en un tema en el que el marino se sentía cómodo, y Mercedes lo dejó hablar.

—Desde los catorce años he estado sobre la cubierta de un barco

y he recorrido las colonias, sobre todo la zona del Caribe.

Había sido un niño arrancado del entorno familiar y echado a un mundo extraño e inhóspito; aun así, la educación era cuidada y los valores, sólidos. Alfonso le presentó un mundo lleno de curiosidades tales como los peces voladores que caían sobre la cubierta del barco o los indígenas que poblaban las selvas y que conservaban un estilo de vida prehistórico; o bien, las diferencias de acentos, aunque todos hablaran el castellano.

En ese mundo extraño había superado dificultades, había perseverado y se había labrado una carrera que se vio truncada en Trafalgar. Mercedes no se atrevió a indagar sobre esa batalla: no había llegado a tal grado de intimidad. El tenerlo delante durante tanto rato le permitió acostumbrase a su aspecto físico y a interpretar los gestos y ademanes. Lo rejuvenecía la chispa que brillaba en el único ojo cuando rememoraba el pasado, tiempos en los que debió de despertar más de una pasión en alguna mujer con ese tono grave y ese sentido del humor que se guardaba muy dentro, pero que afloraban cuando narraba sus aventuras, igual que fluía el vocabulario marinero, tanto el técnico como el tosco, del que se disculpaba frecuentemente. Debió de ser muy duro acostumbrarse a un nuevo semblante y a sentirse delicado de los pulmones. ¿A qué se dedicaba desde que se había licenciado de la Marina? ¿A la vida contemplativa? No le parecía que fuera un hombre que se quedase encerrado en casa; se volvería loco.

—La estoy cansando. Le ruego que me disculpe. Me emociono cuando traigo a colación esos recuerdos.

—En absoluto. Por un rato me ha trasladado a esos países cálidos que me parecen de cuento. Por esta razón me pregunto cómo ha afrontado su nueva situación de civil.

No había terminado de hablar cuando se arrepintió de su curiosidad. El rostro del hombre se ensombreció y su voz se revistió de seriedad. Se rompió el delicado hilo de un ambiente agradable.

—Mal, pero cuando la vida se vuelve adversa no queda más remedio que amoldarse a las circunstancias. Estos valles ofrecen un clima muy peculiar, a resguardo de la brisa marina. Son feraces en frutas y recursos naturales. Antes de la invasión francesa, me dediqué a recuperar el patrimonio, bastante descuidado a causa de las largas ausencias, y me involucré en actividades industriosas:

quesos, miel, hierbas medicinales…, cualquier cosa que se pudiera vender y reportara dinero contante y sonante para reinvertir en un establo y ganado.

»En noviembre de 1808, Soult entró en Potes y se llevó un gran botín de zapatos y capotes, muy necesarios para nuestros hombres, que habíamos reunido en previsión de un futuro ejército que les hiciera frente. Dejó a los generales Leval, Sebatier y Mermet para saquear la comarca y se retiraron el 23 de diciembre. Son fechas que no se olvidan. Así que… la guerra ha barrido lo poco que había logrado —concluyó resignado.

—Excepto el dinero —puntualizó Mercedes.

—Había olvidado que usted entiende de administración.

Mercedes reconoció el destello de interés en el ojo oscuro.

—El taller está cerrado, pero dispongo del capital que ha generado. Por el momento, eso no nos lo han arrebatado.

—Necesario para reiniciar el trabajo cuando consigamos derrotar a Napoleón. De lo que deduzco que lo lleva encima. Le daré un consejo: entiérrelo en cuanto llegue a casa y olvídese de él, porque le puede costar la vida. En estos tiempos no se puede presumir de bonanza, ya que los generales están exprimiendo a las gentes de Santander como si fueran limones. Es el tercer año consecutivo que se dedican a expoliar la provincia, y no queda nada.

—Lo seguiré, se lo agradezco. Ha sido muy inteligente en no dedicarse a la agricultura —retomó el tema Mercedes— y en diversificar las inversiones en empresas que generen dinero de una forma continua. Así que la miel y el queso que comemos son fruto de su trabajo…

—No exactamente. Yo no lo realizo personalmente: hay personas en el valle mucho más capacitadas que yo. Me limitaba a administrar y vender no solo lo mío, sino también la producción de algunos vecinos. La miel sí procede de mis colmenas, pero las vacas y el queso se los ofrecí a la partida de Porlier. La cueva está actualmente vacía, y en los establos solo queda una vaca que proporciona leche a unas cuantas familias de Mogrovejo, con quienes la compartimos a cambio de garbanzos y hortalizas. De eso se ocupa Pepa.

—Por lo que ha dicho antes, deduzco que la ciudad lo está pasando mal.

—Los pocos vecinos que han quedado atrapados allí. La mayor parte abandonó la ciudad cuando entraron los franceses: unos aguardan en los valles a que sean derrotados para regresar y otros emigraron a las colonias, a casa de familiares afincados allí.

—Y ahora…

—Ahora se ha hecho tarde —cortó, molesto—. Ha sido una conversación muy entretenida e ilustrativa, pero debe descansar. —Recuperó el quinqué que había llevado en la primera entrevista—. Que duerma bien.

—Muchas gracias por dedicarme su tiempo y compartir los conocimientos de otros mundos. Hasta mañana.

Alfonso cerró la puerta al salir, y Mercedes lo oyó entrar en su estancia. Las maderas crujieron un rato hasta que se hizo el silencio. Alfonso dejó la lámpara sobre el escritorio de su habitación. Había sido un día muy largo, ya que había cabalgado hasta Cades. Normalmente llegaba hasta San Vicente para realizar ese tipo de recados y pasaba la noche allí, pues los caminos no estaban muy transitables, pero le había llegado la noticia de que el coronel Cornulier, su rival francés en reunir información sobre el enemigo, se desplazaría a la zona. Alfonso dedujo que el robo de las municiones no les había hecho ninguna gracia; el de los víveres paliaba el hambre, pero los lebaniegos no podían matar franceses con ellos. De todas formas, la mujer de Cades era de confianza, y le debía muchos favores.

Se había dado cuenta de que la guerra no era una mera cuestión de patriotas o de afectos a José I, sino, más bien, de lazos de parentesco y de cadenas de favores, de gente en la que se podía confiar. La red de espionaje oficial era más endeble por trabajar estrechamente con el ejército de patriotas, unas veces disperso y otras reunidos en partidas y siempre dependiendo de la ayuda inglesa. Había mucha información en venta.

Se desvistió en medio del ambiente frío, apagó el quinqué y se introdujo en la cama. Los pies tropezaron con el caneco de barro, todavía tibio, que había metido, antes de retirarse, Pepa, a quien no había oído de tan entretenido como estaba. Lo sacó y lo depositó sobre el suelo. La mujer lo intrigaba. Cuando creía que había satisfecho su curiosidad, surgía una nueva sorpresa. Era inteligente y de razonamiento ágil, con buena memoria, entre otras cosas.

Se dio media vuelta buscando la postura para que el sueño llegara; sin embargo, las facciones embelesadas de la joven mientras le hablaba de los viajes llenaron su mente. ¿Cuánto tiempo hacía que no abrazaba a una mujer que lo mirara con arrobamiento, que sintiera algo real por él? Recordó la pregunta sobre cómo había hecho frente a la situación como civil. Se había limitado a describirle la adaptación al nuevo trabajo, pero no le comentó la depresión, la larga convalecencia de las heridas del cuerpo y del alma, la soledad más absoluta entre aquellos montes y prados. Había echado de menos el cariño, el apoyo, la compañía y le habían sobrado la compasión, la pena que veía reflejada en las miradas de los que se cruzaban con él, la falsa alegría de quien trataba de convencerse de que no pasaba nada, de que así era la vida y de que había que conformarse y vivir con lo que le tocaba a uno.

Mucho tiempo le llevó admitir eso, superarlo, formar una costra impenetrable y adoptar una postura que transmitiera, a todo aquel con el que se relacionaba, que no pasaba nada, que lo había asumido, hasta el punto de que llegó a creérselo él mismo. ¿Qué había cambiado en esos días? Ella, la cara angelical y la fuerza espiritual, el afán de conocer y su risa, sus manos suaves, su piel blanca y el cabello caoba. Ella había conseguido que la soledad regresara, que se viera como en el pasado, desfigurado y desvalido, que fuera más consciente de las carencias que de los logros.

Según avanzaba la conversación, comprendió que no era solo una cara bonita, y deseó despertar su interés. ¡Qué agradable sería contar con una compañera! Aunque la viuda no entraba en los valores que buscaba en una mujer: demasiado independiente para su gusto. Sonrió en la oscuridad del cuarto, una sonrisa triste, la sonrisa irónica de un iluso. Daba igual cómo fuera: se contentaría con una que lo mirase como hombre.

Con esa inquietud entró en un sueño extraño que lo condujo a revivir la pesadilla de la explosión: el humo lo rodeaba y lo ahogaba, entre jirones distinguía los cuerpos mutilados de sus hombres, la sangre que inundaba la segunda cubierta; al mismo tiempo, los gritos, el retumbar de los cañones y el crepitar de las llamas lo ensordecían. Y una mano que se aferraba a él en medio del mar flotaba entre los restos del hundimiento. Se despertó a medianoche, sudoroso, jadeante y sordo.

A la mañana siguiente se levantó y se aseó, con el ánimo bajo y dolor de cabeza, como le solía suceder cuando se repetía la pesadilla. Bajó a desayunar con el humor turbio y escapó a Potes a sumergir su miseria bajo un montón de papeles y de órdenes.

5

La fiebre remitió paulatinamente en los días sucesivos. Al caer la tarde regresaba el estado febril, pero nada contra lo que no pudiera lidiar el cuerpo. Mercedes se había acostumbrado a la soledad, rota por los momentos puntuales en que Pepa la atendía, pues andaba muy ocupada. El señor de la casa no volvió. Según la mujer, eran frecuentes las ausencias sin previo aviso, ya que se debía al cumplimiento del deber.

—Creí que se había retirado por la lesión pulmonar.

—Y así fue, pero esta guerra no perdona. Realiza labores de despacho y de organización, por lo que cuenta. No entiendo mucho de esas cosas. Reconozco que es un alivio saber que no se encuentra de nuevo en el frente.

Pasó la mañana atada al lecho. Dormitaba y elucubraba qué estarían haciendo sus hermanos, y se sentía culpable por la preocupación que sufrirían por ella. Le parecía increíble el cúmulo de circunstancias y casualidades que los habían conducido a aquella esperpéntica situación, jugándose la vida por una vana esperanza. Cuando invitó a su hermana Marta a vivir en Segovia con ella para alejarla de los tumultos de la villa, ya estaba todo liado y acordado, para su desesperación: su hermana ya había realizado varias falsificaciones por encargo. Con Marta no se podía enfadar, porque era una ingenua; pero el maestro don Francisco sí era consciente de la magnitud y de las consecuencias de semejante locura. No, al maestro Goya no lo perdonaba, ni al tarambana de Salvador, que lo había secundado.

Por la tarde se levantó por primera vez. La habitación se abría a una larga galería de cristal desde la cual se divisaban la aldea y el verde valle que se extendía al pie de la casa. Las cumbres que los rodeaban, abruptas y amenazantes, exhibían orgullosas sus tocados de nieve. La vista era espectacular. A esa misma galería daba otro dormitorio, el de él. Se asomó por la puerta de cristal al interior y

descubrió una decoración igual de espartana y rústica. En lugar de una mesa para acicalarse, había un palanganero con espejo en el que destacaban los útiles de afeitar y, a los pies, el cajón de encerar las botas. La amplia cama con grandes almohadas era el único lujo a la vista. Salió de la galería y entró en su cuarto, y de allí al pasillo.

En la planta baja se hallaban la biblioteca y el salón. Por este último se salía al exterior, a la solana. La planta inferior, sin salida por delante, sino por detrás a causa del desnivel, la ocupaban la cocina, la alacena, un trastero, una leñera y una zona de lavado que ya conocía, porque allí se bañó.

La modernidad del salón chocaba con el ambiente rural. Los muebles seguían la moda francesa, estilo imperio, de líneas rectas y poco recargadas, aunque las telas historiadas de la tapicería eran gobelinos. El sofá, que había servido de cama en su cuarto, se situaba frente a la enorme chimenea. Las paredes encaladas en blanco contrastaban con el zócalo oscuro de madera y desprendían el aroma de la cera de abeja con el que lo trataban. Además del tresillo y un par de veladores entre los asientos, había una mesa redonda con faldones de la misma tapicería y cuatro sillas alrededor. Un aparador con la porcelana y la cristalería cubría una de las paredes. No había nada especial, pero resultaba cómodo e íntimo, una habitación agradable para la vida familiar, solo que no había familia que lo disfrutara.

En una ocasión Mercedes quiso alabar el gusto de la mujer, pero ella le explicó que había estado la casa tanto tiempo vacía que los muebles se habían estropeado. Cuando el teniente regresó herido, se sintió como un león enjaulado, acostumbrado a viajar y a los espacios libres. Un día se marchó a San Sebastián y regresó con un largo carro lleno de muebles, vajilla, ropa de cama y toallas y tiró casi todo lo que había. Arriba habían quedado tres habitaciones desnudas, hasta que le diera otro arranque.

Al día siguiente, Mercedes se sentó en la cocina para charlar un poco; así fue conociendo a los vecinos de Mogrovejo. A Máximo, que trabajaba para el señor manteniendo las colmenas y recogiendo la miel y, desde que había empezado la guerra, ayudaba a Pepa en las labores más pesadas a cambio de un plato. Al joven Lino, al que habían empleado como mozo. Pepa, además de las labores de la casa, era la encargada del invernadero, cuyas plantas

comercializaban y eran muy solicitadas por los galenos de la zona ante la dificultad de adquirirlas en mercados. Bajo la construcción acristalada, se extendían los semilleros que regaba y limpiaba con verdadera dedicación.

—Se salvan de la devastación de los soldados porque no se comen —comentó orgullosa—, y porque desconocen el valor de las plantas. Don Hilario viene con el bolsillo lleno de reales de los médicos ingleses.

—¡Mmm! Eso me suena a tráfico.

—Eso suena a necesidad —corrigió Pepa sin amilanarse—. No hacen más que exigir contribuciones, tanto de comida como de dinero, y telas para vestirse. No sé qué va a quedar como se prolongue mucho esto.

Era la terrible interrogación de cada español. Llevaban dos años de guerra y Napoleón, lejos de flaquear, ampliaba los horizontes. José I se había puesto al frente del ejército y había conquistado Andalucía, a excepción de Cádiz, y había regresado a Madrid acompañado por el fervor del pueblo. ¿Cuánto tiempo podrían soportar la presión francesa? En comparación con Europa, los españoles eran un puñado de desharrapados, sin armas ni medios, que hacían frente a un poderoso ejército. En la mente de Mercedes resonaban las hazañas de don Pelayo, entre esos mismos montes que velaban su sueño y que, mucho antes, también trajeron de cabeza a los romanos. La historia se repetía, y se habían convertido en una china en el zapato de Bonaparte. Su boca esbozó una sonrisa, provocada por el orgullo.

Subieron las temperaturas y se inició el deshielo en los altos picos. Las lluvias tiñeron los prados de verde lujurioso y las cumbres dulcificaron el semblante de roca bajo un tapiz verdoso, y se recortaban en un cielo indeciso, entre azul, blanquecino y grisáceo.

Llegó la noticia de que los franceses habían pasado en desbandada por la costa hacia San Vicente. Alfonso pensó que no tardaría en aparecer Porlier pisándoles los talones, y eso significaba acción. Tirso regresó a Potes con unos mensajes que le pasaron en el mercado y la noticia de que en la semana entrante saldría un coche correo de San Vicente a Santander. No era raro, pero tampoco usual, por lo que era una oportunidad para que Mercedes llegara a reunirse con sus hermanos en Santander.

En su gabinete, fuera de ojos indiscretos, Alfonso abrió las cartas. Dos no eran importantes, y se las pasó a su ayudante, pero con la tercera frunció el ceño:

«Está en lo cierto. Yo no les dedicaría más tiempo a los humildes repollos, y me interesaría por los nobles calabacines.
El Hortelano».

Si alguien encontraba el mensaje, podía interpretarlo por un interés en la agricultura, y, con imaginación, se podía leer como un mensaje entre enamorados subido de tono.

—¿Cómo van las pesquisas por Reinosa? —le preguntó a Tirso.

—Mal. No hemos encontrado nada llamativo, pero no desistimos.

—¿Se desplaza mucha gente importante de Madrid a la provincia o viceversa?

—No tanta. La falta de seguridad los convierte en el blanco de los bandoleros. Procuran desplazarse con cierta seguridad: el coche correo que lleva escolta o algo por el estilo.

—¿Alguno que haya repetido mientras usted vigilaba?

—Un par de oficiales franceses, pero a esos no podemos controlarlos. ¡Ah! El primo de Sárraga, un comerciante al por mayor de Santander, bastante ambicioso, pues aspira a la intendencia del ejército francés. Evité interrogarlo directamente, ya que me habría reconocido, y lo hizo uno de mis hombres. Entabló una conversación fortuita mientras se calentaban con un caldo en la mano en la casa de postas.

—De acuerdo. No es necesario tanto despliegue en vista de la normalidad. Deje un escucha que ponga especial interés en las personas importantes y que tome nota de los que acostumbren a viajar una vez al mes por lo menos. No hace falta que los interroguen: podría ser peligroso y los alertaría.

Se quedó solo, y comenzó a rumiar la información. Sárraga era un oportunista que no dudaría en ayudar al enemigo si eso le favorecía económicamente. Las dispersas tropas defensoras del país carecían de dinero, por lo que dependían de la caridad y del patriotismo de algunas gentes de relevancia. El mensaje sobre los calabacines tenía su lógica: solo una persona de alta posición

viajaría con ciertas garantías de éxito y se movería por las esferas de los oficiales franceses. Un labriego no tendría acceso a un oficial, y el servicio de mensajería requería gente preparada.

Decidió darle la buena noticia del coche correo a Mercedes y regresó a Mogrovejo. Le entregó al chico la montura y entró en la cocina.

Sorprendió a Pepa colgando un saco de tela fina que chorreaba un líquido blanquecino que recogía en una olla.

—¿Haciendo queso fresco? —La boca se le hizo agua al pensar en el queso con miel.

—Y el suero que suelta, para hacer requesón —añadió Pepa.

—¿Qué hay de nuestras posesiones?

—Las colmenas han sido un acierto. Son las que más producen en estos tiempos. Entre la miel, la fruta de Genaro y la huerta de Severo podremos hacernos con un lechón en septiembre.

—¿Un lechón? Para tener un lechón hacen falta dos cerdos.

—Como comprenderá, no pienso delatar a la persona; deseo seguir viva cuando termine la guerra.

—Tenga cuidado. La gente mataría por llevarse algo a la boca.

—Lo sé. Somos un grupo de confianza, nacidos en estos montes —le oyó decir a su espalda.

Se encaminó al salón y halló a Mercedes, que reclinaba la cabeza a un lado, sobre el respaldo tapizado del asiento. La inmovilidad le reveló que dormitaba con un libro abierto en el regazo. Se quitó el sobretodo y el sombrero y los dejó sobre una silla. Se acercó con cuidado de no despertarla y la contempló a placer. Había ganado peso, se le habían rellenado las mejillas y habían desaparecido las ojeras.

La entrada de Pepa con la cena la despertó, y se sentaron a la mesa.

—Imagino que le agradará saber que la semana que viene habrá un coche correo que cubrirá la ruta desde San Vicente a Santander. Es su oportunidad para salir de este agujero —comentó Alfonso.

—¿No hay una línea regular? —se atrevió a preguntar Mercedes.

Alfonso removía la sopa para que se enfriara un poco.

—La guerra trastoca todo, y una línea regular es fácil asaltarla. Sabemos que habrá un coche, pero ignoramos la hora y el día.

—Será una buena ocasión para visitar la conservera y la casa de

mi tía.

—¿La conservera de San Vicente era de su tía? —se asombró Alfonso.

—¿La conoció? —se interesó Mercedes.

—No. He estado encerrado en el valle desde antes de la guerra, y cuando esta empezó, Bonnet se rompió un tobillo y la ocupó varios meses. Sin embargo, conozco a doña Eladia, que dirige la conservera y alquila una habitación en su casa a personas de confianza. —Alfonso dejó la cuchara en el cuenco vacío y se concentró en la conversación—. ¿Y son ustedes sus herederos? Debió de ser una mujer muy popular y con cierto peso en la sociedad.

—Sí. La recuerdo con unos ojos inteligentes y una voz enérgica, acostumbrada a gobernar. Se quedó viuda pronto, pero no tan joven como yo —matizó Mercedes—. Dios no le concedió la facultad de engendrar, y creo que no se planteó casarse de nuevo.

Alfonso le alcanzó el tarro con miel, y endulzaron la rebanada de pan negro.

—Me pondré en contacto con doña Eladia para que le reserve la habitación, y así podrán hablar —le ofreció Alfonso.

—Gracias. Será interesante este viaje. —Y Mercedes abordó un tema que venía inquietándola por lo que había oído a Máximo y a Pepa—. Tengo el vago recuerdo de una torre de piedra cuando llegamos al valle. Le pregunté a Pepa y me dijo que es Potes, la población más importante del valle y que sirve de refugio a los patriotas rebeldes. ¿Son todos militares? ¿Se está formando un ejército en el norte?

—Nos llamamos la División Cántabra, y está formada por oficiales del desmadejado ejército español. Bernardo Crespo es el oficial de mayor graduación al frente del puesto de mando de Potes en ausencia del brigadier Porlier, que es quien ha reunido esta división. Sin embargo, no hay ejército todavía. Los generales Llano Ponte, Renovales y algunos otros lo intentan, pero lo cierto es que no podemos hacer frente al disciplinado y veterano ejército de Napoleón.

—Si ya se da por vencido, ¿qué objeto tiene seguir luchando?

—¡No, no! Una cosa es que reconozca la preparación de los franceses y otra, que me dé por vencido. La principal misión de la

División Cántabra es la de molestar a los franceses y evitar sus correrías por la provincia, así como la de abastecerse tanto de pertrechos «de guerra» como «de boca».

—¿Molestarlos? Creí que era una guerra.

—¿Se ha asomado a la ventana? ¿Qué ha visto?

—Montañas: altas, agrestes, con profundos valles —contestó Mercedes sin moverse del asiento.

—El terreno no permite el combate de dos ejércitos y, en campo abierto, los regimientos de Napoleón son invencibles; sería suicida enfrentarse a ellos. Lo más inteligente son las guerrillas, la pugna entre compañías de un centenar de hombres como mucho. Ahora mismo, las ciudades están en manos francesas, pero no pueden moverse libremente por la provincia: entre Asturias y Reinosa dominamos los lebaniegos y en la zona oriental, la partida de Campillo y de Longa. Interceptamos los correos, asaltamos el abastecimiento, robamos y hacemos prisioneros en cuanto se descuidan. Les recordamos que no están en su tierra.

—En Madrid se habla de que los ingleses están en Portugal, pero la ayuda no llega.

—También están atrincherados en La Coruña y en Gijón. Y sí, sí ayudan, aunque tienen la fea costumbre de cobrar por las ropas, municiones y víveres que solicitamos. No ofrecen nada gratis. La división, aquí, en Liébana, cuidamos de no excedernos con las exigencias y dejar que se recuperen las cosechas y los animales para seguir compartiéndolos. Así que nos vemos obligados a robar a los franceses, quienes, a su vez, exprimen a los labriegos con impuestos y pagos en especie para mantener a las tropas. Un auténtico círculo vicioso.

—Es terrible. —Mercedes se hizo cargo de la situación.

—En su viaje a Santander pasará por Torrelavega. Allí es donde han establecido los almacenes. Hay que reconocer que logísticamente es brillante. Se encuentra en el centro de la zona, y desde allí reparten víveres o municiones para abastecer a los regimientos destacados en Santander, y por la costa oeste hasta San Vicente de la Barquera, y por el este hasta Santoña.

—Deduzco, por sus palabras, que los están volviendo locos y que les falta mucho para hacerse con el control real de la población —resumió Mercedes—. En ningún momento ha mencionado a los

seguidores del rey José. En Madrid había que hablar con cuidado, porque se encontraban en todas las esquinas. ¿No goza de las simpatías de los norteños?

—En los núcleos importantes y con puerto de mar; en el campo no, por eso no me preocupan. Los franceses creyeron que con ocupar las ciudades ya habían ganado. Para mí, el josefino es un hombre oportunista o alguien obligado por las circunstancias. Son pocos los convencidos y muchos los que trabajan para los patriotas en cuanto tienen ocasión. Los franceses lo saben, pero no les queda más remedio que trabajar con españoles; no abarcan todo el trabajo de la administración civil.

—¡Qué complejo es someter a una nación! ¿No son conscientes de ello? —se admiró Mercedes.

—Lo consiguieron los romanos y los árabes anteriormente. ¿Por qué no los franceses? A Napoleón le va bien en Europa —reflexionó Bustamante.

—¿Hasta cuándo? —planteó Mercedes—. Y, al final, esas conquistas se perdieron. ¿Sabe hablar francés?

—Sí. ¡Qué remedio! Llevamos muchos años luchando codo con codo con Francia hasta que estalló la Revolución.

—Cierto. También yo lo hablo. —Mercedes observó que Alfonso la miraba con redoblado interés—. Me preguntaba si, cuando regrese a Santander, consiguiera enterarme de algo importante, ¿a quién se lo haría saber?

Las facciones de Alfonso se tornaron serias, y su único ojo se entrecerró. Mercedes supo que estaba procesando la propuesta. Ignoraba cuál sería su posición en la ciudad, pero la tía Herminia era una mujer importante. Seguramente, se presentarían las amistades y se moverían entre la burguesía de la ciudad.

—A nadie, y le recomiendo que no comente que ha pasado una semana en el valle.

La negativa fue tajante y no admitió réplica, porque Alfonso se levantó, dando por terminada la velada; aun así, el hombre sintió la necesidad de aclarar algo más:

—No niego su valentía, pero reconocerá que es bastante imprudente. Usted es mujer y debe velar por una familia con la que pueden extorsionarla para obligarla a hacer lo que deseen, ¿no se da cuenta? Eso, si no la fuerzan a pasar de cama en cama, y

perdone la grosería, pero creo que usted es capaz de entender el significado.

—De cualquier manera, ignoro si podría acceder a esa información —reconoció Mercedes.

—Con el general de brigada Barthélémy como gobernador militar y su cara, sería muy fácil, pero lo dicho: echaría a perder su reputación y su alma. Por lo que tengo entendido, sus fiestas son un escándalo, y la buena sociedad las evita. Quíteselo de la cabeza.

Mercedes notó la vehemencia y el desprecio que le suscitaba el general galo a Alfonso.

—Es tarde. Ha sido muy amable por dedicarme su tiempo libre —agradeció Mercedes.

—El placer ha sido mío, créame.

Alfonso la siguió con la mirada hasta que se perdió escalera arriba. Se sentó de nuevo, nervioso. Mercedes lo había cogido desprevenido con el ofrecimiento para pasar información, pero ni muerto pondría en peligro a una mujer.

—¿Por qué no? —preguntó Pepa junto a él—. Tiene valor y no es tonta.

—¿Me vigilas? —le reprochó—. Que me hayas limpiado los mocos no te permite tomarte ciertas libertades. Ni a mis padres les hubiera tolerado inmiscuirse en mis asuntos.

—La guerra es asunto de todos, y la necesita —contestó sin hacer caso del réspice.

Alfonso resopló cansado.

—Lo que debe hacer es pasar lo más desapercibida posible ante esos militares hambrientos. Su talón de Aquiles es la familia, más concretamente, una hermana sordomuda que depende de ella.

—Muy caballeroso por su parte, pero es un lujo en medio de una guerra —recriminó Pepa, y se dio la media vuelta y salió del salón.

6

Alfonso entró en la casa, que olía al potaje de garbanzos, legumbre que arraigaba bien en el valle y era la base del sustento de los lebaniegos, aunque un poco sin sustancia por la ausencia de matanza.

—Por el camino he visto los cerezos bien cargados. Comentan que será un buen año para ellos.

—¿Eso lo dice el militar o el civil?

—Pepa, ya hemos discutido eso —dijo con tono cansado Alfonso —. Los soldados necesitan comer y son hijos de gentes como las de esta aldea. Entiendo que le molestara entregarles las raciones a los franceses, pero no es el caso en este valle.

Mercedes se dirigió al salón para poner la mesa en tanto ellos seguían con la discusión en la cocina.

—Es la única diferencia, porque, por lo demás, pasamos la misma hambre que en cualquier otra parte —replicó, terca, la mujer mientras él se quitaba la casaca y se quedaba en mangas de camisa.

—Hoy ha venido pronto —inició Mercedes la conversación.

—Ha llegado Porlier, y usted deseaba presentarse en San Vicente un par de días antes de que saliera el coche correo de San Vicente.

A Mercedes se le ensanchó el pecho al pensar en sus hermanos, en que iba a seguir con su vida, detenida en aquel valle durante unas semanas, y en que podría variar de vestuario.

—¿El brigadier Porlier es el hombre al que esperaban con tanta impaciencia? ¿De qué parte de las colonias proviene?

—Nació en Cartagena de Indias y vino a España como oficial de la Marina. Lo conocí en Cádiz, unas semanas antes de la batalla de Trafalgar. Estaba embarcado en el Príncipe de Asturias junto con su tío Rosendo Porlier y, tras el desastre, solicitó el traslado de la Armada al ejército.

Mercedes experimentó un escalofrío. Trafalgar había quedado grabado a sangre y fuego en la mente de los españoles. Intuía que

sería una de esas batallas que no caería en el olvido, como Lepanto, la Felicísima Armada o Pavía: unas, por triunfo, y otras, por desastre, pero heroicas por las pérdidas humanas.

Comieron en silencio, y Mercedes degustó el cocido de garbanzos como si no lo hubiera probado en días: las buenas noticias le habían abierto el apetito.

Una vez recogida la mesa, se sentaron frente a la chimenea apagada y Alfonso amplió la información.

—Con Porlier y las tropas por la zona, podrá desplazarse con alguna seguridad, y, cuanto antes, mejor; más adelante, los caminos estarán vigilados e impracticables por los destacamentos militares y las acciones de guerra; aun así, no estará exento de peligro el viaje.

Mercedes, por un lado, sintió cierto temor, y, por otro, la embargó la inquietud por sus hermanos y por sobre cómo habrían resuelto el encargo que arrastraban desde Madrid. Cada vez que pensaba en don Francisco de Goya se estremecía de furia. No aprobaba cómo se había servido de la ingenuidad de su alumna ni cómo los exponía al peligro.

—Le agradezco los cuidados que me ha dispensado. —Mercedes se volvió a Pepa—. Es una pena que no podamos mantener una correspondencia para saber cómo se encuentran.

—No —atajó Alfonso, conciso.

—Aunque será muy agradable recibir noticias cuando termine la guerra —recalcó Pepa, insumisa—. Ahora el valle está muy animado por la presencia de tropas, pero no es así habitualmente.

Mercedes captó un gesto de reconvención por parte del marino y una mirada retadora en la sirvienta.

Se levantó antes del alba, y no hubo problema con un equipaje inexistente. Bajó a desayunar por última vez con el vestido de viaje, limpio y remendado, y, colgando del brazo, la capa y el ridículo que llevaba el día que la secuestraron.

—Buenos días les dé Dios —saludó según entró en el salón iluminado por una vela.

Pepa terminaba de preparar la mesa redonda para el desayuno y Alfonso aguardaba de pie, apoyado en la repisa de la apagada chimenea. Lucía el uniforme de la Armada.

—¿Ha descansado bien? ¿Nerviosa? —se interesó por ella.

—Sí, gracias. Y la contestación a la segunda pregunta también es

afirmativa. Echo de menos a mis hermanos, y me preocupa la situación en la que los pueda encontrar.

—Es comprensible —suspiró Alfonso—. Le devuelvo su pistola; espero que no la necesite en un futuro.

La cogió de la repisa y se acercó a la mesa con ella en la mano. Era una pistola con llave de percusión y balas de diez milímetros cuyo cañón se ensamblaba en una estructura de madera labrada. No era grande, pero tampoco discreta.

—¿No encontró algo más apropiado? —preguntó Alfonso a la vez que se la tendía.

—Es la más ligera que hallé en el arsenal de mi padre.

—¿Le enseñó a disparar?

—Sí, a los tres, aunque no nos dejaba las armas al alcance. Decía que nunca se sabía cuándo podría ser útil. Nos enseñó a disparar, a cazar, a montar y a manejar un carruaje; además de las materias culturales y de administración más básicas.

—Le proporcionaré algo más adecuado para una mujer —dijo, y le entregó un cuchillo de mesa—. Parece inofensivo, pero… —Presionó el lomo, la parte contraria al filo, y liberó la hoja del mango, aunque no fue así del todo, sino que se trataba de una funda que se desprendió de la virola y descubrió un cuchillo muy afilado, un puñal cuya hoja destelló al incidir la luz de la vela—. ¿Ve? Tiene un resorte que encaja en esta melladura —le mostró—, y, al presionarlo, lo libera. Está prohibido llevar armas, pero este cuchillo se lo permitirán para cortar queso o una manzana, porque es romo, aparentemente.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Es un puñal dentro de un inofensivo cuchillo de mesa.

—Y resulta mucho más discreto que un disparo, según donde se encuentre.

—Gracias. ¿No lo necesitará?

—Tengo más. Los adquirí hace tiempo en Toledo.

Se sentaron a la mesa, y Mercedes se preparó una rebanada de pan de salvado con queso fresco y miel, productos de la zona.

—Un hombre práctico y poco convencional al educarlos de la misma forma —retomó la conversación Alfonso, sirviéndose leche para mojar las migas con miel.

—Cierto, pero fue más bien la ausencia de una esposa lo que lo

empujó a unificar el esfuerzo de educarnos. Siempre vivía en cuarteles y daba órdenes, así que dos hijas representaron un serio conflicto para él, y lo resolvió de la mejor forma que pudo. No le guardo rencor por no haber recibido clases de piano; de otro modo no hubiera sido capaz de hacerme cargo del taller de telas de mi marido.

Guardaron silencio mientras comían. Mercedes, consciente de que no realizaría ninguna otra comida a lo largo del día, aprovechó lo que tenía al alcance. ¿Qué comerían en la ciudad? ¿Habría suficiente para todos? En Mogrovejo se abastecían de lo que ofrecía la tierra y repetían los garbanzos de todas las formas posibles o la berza y el repollo, pero comían. Estaba segura de que echaría de menos los garbanzos, la miel y la leche.

Alfonso salió a preparar el carro y Pepa entró con una caneca y un paño anudado en forma de saco.

—Esto es para el camino. No lo lleve a la vista: incitaría a que se lo robasen. La caneca contiene orujo, que sienta bien cuando hay hambre o frío. —Se dirigió al perchero y descolgó un morral de cuero—. Lo meteremos aquí y se lo colgará del hombro, debajo de la capa.

—¿Cree que no habrá comida en la ciudad?

La mujer se encogió de hombros como respuesta.

—¡Ah! Se me olvidaba. Estoy de acuerdo en que no debe escribirnos abiertamente, pero, si se enterara de algo importante para salvar a los patriotas o para derrotar a los galos, acuda al mercado de verduras y busque a la Merodia. Con la excusa de comprar garbanzos, es la única que los tendrá; pásele el mensaje, verbal o escrito: no sabe leer, pero tiene buena memoria. No le comente nada de esto al señor: se enfadaría si supiera que se lo he dicho.

—Gracias, Pepa. Descuide, guardaré el secreto. Y gracias por las provisiones para el camino. El futuro es incierto, pero me gustaría volver a verla.

—Quede con Dios, y no tiente a la suerte. Acaba de salir airosa de una —advirtió Pepa, visiblemente afectada para ser una mujer que se guardaba sus emociones.

Mercedes salió al exterior en cuanto oyó el ruido de los arreos del carro delante de la puerta. Alfonso le tendió la mano para

ayudarla a subir al pescante y emprendieron la marcha hacia Potes. La cima de los montes comenzó a recortarse con la luz de la alborada. Intentó llenar el silencio con una conversación sobre las probabilidades de expulsar a los franceses, pero acabó rindiéndose ante las escuetas contestaciones del militar. A pesar del temor inicial, había congeniado, y lo apreciaba por la entereza con la que afrontaba la vida tras quedar mermadas sus habilidades. Inteligente, bien dispuesto a luchar por la patria y trabajador. Una serie de prendas que no adornaron a su marido ni de las que hacía gala su hermano. Sumida en estos pensamientos, se le hizo más corto el camino, acompañados por el rumor de las aguas del río Deva, hasta que divisó el caserío de Potes sobre el que destacaba la Torre del Infantado, que apenas recordaba por encontrarse bajo los efectos de la fiebre y del frío. Entraron en Potes y, aunque no se veía el sol, era de día y la población se hallaba en plena efervescencia.

—¡Cuánta gente! —exclamó, admirada, Mercedes, tras tantas semanas recluida en el monte.

—No es habitual. Imagino cuál es la causa, aparte de que ya han llegado las fuerzas de Porlier, pero estas acampan en los prados de alrededor. Han apresado al alcalde del Valle de Cabuérniga bajo el cargo de colaboración con el enemigo. Los ánimos andan muy soliviantados en tiempos revueltos.

El militar condujo con destreza el carro entre los soldados que se arremolinaban en grupos. Se abrió paso hasta el pie de la escalinata de acceso a la explanada, al pie de la torre.

—No se baje. Estará más segura aquí. Voy a buscar a mi asistente, quien habrá arreglado su traslado a San Vicente. Enseguida vuelvo —añadió innecesariamente.

Mercedes asintió y lo siguió hasta que lo engulló el edificio de piedra. Entonces pasó a entretenerse contemplando a los jóvenes soldados de los que dependía el futuro de España, mozos en edad de vivir, de cortejar, de divertirse, vestidos con harapos unos y otros con ropas que no eran suyas a juzgar por el tamaño, pero ropas, al fin y al cabo.

Delante del torreón apareció un pelotón de soldados con un oficial al mando y se hizo el silencio alrededor, interesados en lo que sucedía arriba. Afortunadamente, ella se encontraba en lo alto del carro, a la altura de la explanada, por lo que veía perfectamente

las maniobras del pelotón. Notó cómo se movía el carro y se percató de que algunos soldados se habían subido y se aferraban a los varales para disfrutar de una mejor vista. Animada, aguardó expectante lo que fuera a suceder, como testigo en primera fila.

Entre dos soldados trajeron a un individuo maniatado. Era un civil, a juzgar por el pantalón y la chaqueta de paño burdo. Cuando vio que lo ponían delante de la línea de formación de los soldados, un escalofrío le recorrió el cuerpo al comprender de golpe lo que esperaba la multitud congregada: una ejecución.

Los minutos pasaban y nada sucedía; la tensión aumentaba, y se le hizo insoportable solo de pensar cómo se sentiría ese hombre. ¿Qué había hecho para merecer semejante castigo? La puerta del Torreón se abrió y comenzaron a salir oficiales bien uniformados y con la seriedad de la muerte en el semblante. Los soldados mencionaron al brigadier Porlier y a Bernardo Crespo. Detrás, entre varios oficiales de menor grado, asomaba Alfonso con su asistente, al que recordaba vagamente, con el gesto serio y el ceño fruncido. Sus miradas se cruzaron por encima del pretil de la muralla. La de él de angustia, la de ella de incomprensión. ¿Por qué lo iban a fusilar?

—¡Mira! ¡Es aquel! ¡El tuerto! —gritó uno de los soldados, que había trepado sobre un compañero que permanecía abajo—. Ese es el que recaba información. A él le tienes que ir con el soplo.

Un oficial se adelantó y leyó, a voz en grito, los cargos contra el individuo: el más importante, el de colaboracionista. El hombre, todavía sujeto por sus guardianes, gritó su inocencia, suplicó clemencia y maldijo a los presentes cuando entendió que nadie atendería su demanda. El oficial se retiró y dio la orden de apuntar, y la fila de soldados se echaron el fusil a la cara y montaron el percutor. Mercedes sintió el miedo, el odio, la inminencia de la catástrofe, de la muerte irrevocable. Los dos guardianes se apartaron y lo dejaron solo.

Mercedes, horrorizada, no conseguía apartar la mirada del hombre, quien se mantenía derecho y sereno ante lo inevitable. ¿Así se habría comportado su padre cuando se enfrentó al batallón de fusilamiento? La descarga tronó como una sola, y, hasta que no afloraron los rosetones sangrientos en la camisa del reo, no se desplomó el cuerpo. Cerró los ojos y rezó un avemaría por el alma

del desconocido. Tardó unos segundos en reaccionar el público, que empezó a despejar la zona una vez terminado el espectáculo. Por lo menos, no había habido aplausos ni hurras, y habían respetado la trascendencia de la muerte.

Mercedes vio a Bustamante, que se abría paso hacia ella, pero aquel fue interceptado en el camino por el soldado que lo buscaba. Atendió a lo que le contaba y asintió. Intercambió unas palabras con su ayudante y siguió adelante.

—Lamento que haya presenciado la ejecución. No esperaba que se resolviera tan rápido —oyó la voz de Alfonso entre los demás hombres—. Baje, se lo ruego.

Mercedes abrió los ojos y aceptó la mano del militar, quien la condujo escaleras arriba hacia la explanada. En el entretanto, habían retirado el cuerpo sin vida, pero la sangre permanecía en el suelo, triste testimonio de lo que había sucedido unos minutos antes. ¡Qué rápido y qué fácil era terminar con la vida de un hombre! Ya no existía, ya no era nadie. Como una sonámbula, se dejó conducir al interior de la Torre, subió a la primera planta y le ofrecieron un asiento en un despacho.

—En media hora estará preparado el caballo y la escolta que la conducirá hasta San Vicente de la Barquera. Tirso, mi asistente, le ha reservado una habitación en casa de una familia en Herrerías para pasar la primera noche. ¿Se encuentra bien, Mercedes?

Alfonso se había agachado delante de ella y le había tomado las manos, frías al contacto con las de él, ardientes. La escrutaba preocupado y trataba de distraerla con las disposiciones de su marcha.

—Creo que sí. Me ha afectado porque me ha traído el recuerdo de mi padre. También lo fusilaron.

—Lo olvidé, pero no es lo mismo: él murió defendiendo la patria y este, por traicionarla —explicó Alfonso sin mucha fortuna.

—Pero el resultado es el mismo: los dos están muertos, privados de la vida en un segundo. Resulta muy inquietante. ¿Quién era? ¿El alcalde de quien me habló?

—Sí. El juicio fue rápido; un consejo de guerra, en realidad.

—¿Y después de San Vicente? —Mercedes se esforzó en recuperar la normalidad y centrarse en el futuro inmediato.

—El coche correo hará sucesivas paradas en las postas de relevo

de caballos, pero no se aleje de ellas. Me temo que pasará la noche en el coche; creo que es lo mejor. No podemos asegurarle un buen sitio para dormir en Torrelavega: está en manos de los franceses.

—Estoy de acuerdo.

—He de advertirla de que a lo largo del viaje estará expuesta a cualquier imprevisto, pero ha demostrado ser fuerte en circunstancias adversas, y la creo capaz de resolver cualquier problema.

—Gracias por su fe en mis capacidades. Me da ánimo para enfrentarme al viaje.

—Ha habido un cambio de última hora: tendrá que acceder a la población a pie. No me hace ninguna gracia que camine sola, pero me acaban de comunicar que se encuentra en la villa un alto cargo de la Gendarmería Imperial. No pueden arriesgarse mis hombres.

—Lo comprendo. No se angustie por mí.

Mercedes mantuvo la mirada fija en el único ojo de Alfonso, la última vez que se verían en mucho tiempo o, tal vez, nunca más. No imaginó que iba a experimentar el calor y el abrigo que le proporcionó esa mirada del color de la madera, tan oscura, tan arcana como el propio árbol del que tomó la coloración. Sucumbió al impulso de besarlo en la mejilla sana aprovechando que quedaba a su altura. Fue un beso rápido, ligero.

—Gracias por todo —repitió para justificar la licencia que se había tomado y que no fuera malinterpretada.

El hombre se puso de pie, aturdido, sin dejar de mirarla. Abrió los labios para decir algo, pero su asistente irrumpió como un vendaval.

—¡Ya están el caballo y la escolta! —anunció Tirso—. Cuanto antes salga, mejor. No son caminos para que les sorprenda la noche, y, en cuanto se extienda la noticia de la presencia de Porlier en la zona, será peligroso viajar.

Mercedes, aliviada por la interrupción, se puso de pie y se encaminó hacia la salida. La precedía Tirso y cerraba la marcha el marino. El muchacho se adelantó para hablar con la escolta y Alfonso le ofreció el apoyo con las manos unidas para auparla hasta la silla mientras un soldado aguantaba las riendas. En cuanto se acomodó, el marino le ajustó los estribos.

—No me gustan las despedidas; son como cerrar una puerta a la

esperanza —declaró Alfonso.

—Si no nos despedimos, le ruego que se mantenga con vida; no es agradable perder a los amigos.

El semblante de Alfonso se expandió entre sorprendido y feliz.

—Buscaré noticias de su familia cuando termine la guerra. Vaya con Dios.

Se retiró y sus miradas quedaron enganchadas hasta que el sargento, que estaba al frente de la escolta, dio la orden de partir. Salieron de la villa de Potes y se internaron en el valle hacia Herrerías, a orillas del Nansa. Mercedes se sumió en un análisis sobre sus sentimientos por el marino. ¿Estaba enamorada o simplemente atraída como consecuencia del encierro de semanas en el caserón de Mogrovejo? El hombre, empujado por el apremio, le había hecho una promesa. Mercedes suspiró y tiró de las riendas para que el animal no se distrajera del camino. No era algo que tuviera que dilucidar en ese momento: la guerra imponía una pausa en la vida y su corazón permanecía incólume y cerrado a los admiradores; después, ya se vería qué quedaba en pie.

Se adentraron en un angosto desfiladero de paredes rocosas, desnudas y amenazantes de lo próximas que se alzaban. Por en medio discurría el Deva, espumoso y alegre, entre las piedras caídas desde lo alto. En más de un ocasión esquivaron alguna roca o un saliente de la pared. Aquel desfiladero representaba la vida para Liébana, pues la protegía de la invasión y la convertía en un reducto rebelde, un paraíso perdido entre los montes. Tomaron el desvío hacia el valle vecino del río Nansa, donde pasarían la primera noche.

Claude de Cornulier se agachó junto a su caballo. No cabía duda: se le había infectado la herida de la pata y el animal sufría ya los primeros espasmos. Sacó la pistola, la cebó y le disparó en el oído.

—Es triste —comentó el gendarme a su lado a modo de epitafio.

—Búsqueme otro animal, si es que queda alguno en este pueblo.

—No nos tienen mucha simpatía, coronel. El año pasado, el general de división Bonnet se alojó aquí con ocho mil hombres para contener el avance de los asturianos y prolongó su estancia en el verano porque se dislocó un tobillo. Dirigió las operaciones militares desde esta villa, y parte de la tropa se instaló en la ermita de la Barquera. No la dejaron en muy buenas condiciones, y ya sabe

cómo son los españoles en estos asuntos: como si se les hubiera deshonrado a una hija.

No, no sabía cómo eran, ya que tan solo llevaba un mes en el país. Claude se había acercado desde Santander con algunos de sus hombres siguiendo la pista de los enlaces de la División Cántabra, acuartelada en el valle de Liébana. Necesitaba informadores urgentemente, porque la guerrilla se dedicaba a desbaratarles los planes y a interferir en las comunicaciones al detener a los correos.

Se hallaba al frente de la Gendarmería Imperial, y su obligación era crear un servicio de información en las zonas conflictivas, mantener el orden dentro del propio ejército, velar por la tranquilidad en los caminos y conservar abiertas las comunicaciones y vías de acceso al ejército; sin embargo, entre aquellos montes, se había convertido en una misión imposible. Carecían de una cartografía detallada y los guías no eran fiables. Nada en aquella tierra era fiable.

Había concebido una idea totalmente diferente de España y de los españoles: un país abrupto y desolado, con un clima extremo, clérigos con sombreros de teja, bandidos, toreros, gitanos y ruinas árabes. Por el contrario, se enfrentaba a un infierno verde y rocoso, donde las gentes arrastraban una pobreza secular y una tradición supersticiosa y asfixiante, las iglesias románicas y las ermitas sustituían a las reliquias árabes, que brillaban por su ausencia, y la vista se perdía en masas de bosques caducifolios y no en olivares polvorientos. Una imagen estimulada en parte por los relatos de Hervé Sologne, el hijo de su protector, quien estuvo destinado en Andalucía.

Abandonó el establo y la brisa del norte le azotó la cara. Recorrió con la mirada los muros del castillo medieval de San Vicente de la Barquera, que lo protegían del viento y de la humedad salitrosa del mar que los rodeaba. Otro aspecto de esa tierra hostil: el mar, que tanto servía para protegerlos como para mantenerlos prisioneros.

—¡Coronel! —Uno de sus hombres se acercó por la explanada de piedra—. Ya hemos dado con el espía lebaniego, un tal Basilio, tratante de ganados.

—¡Buena caza! —felicitó Claude, satisfecho—. Vamos a ver si conseguimos un trato con ese hombre.

—¿Se fía de los españoles? —inquirió el soldado.

—Ni un pelo, pero no nos queda más remedio que intentarlo. El problema es que nosotros los necesitamos más a ellos que ellos a nosotros.

—Veo enemigos en todas partes —confesó el soldado.

—Porque lo son. Usted está pisando su suelo, robando su comida. ¿Qué haría si fuera al revés y los españoles invadieran Francia?

—¡Imposible!

—No sea tan contundente. Cosas más raras se han visto, como que los reyes fueran guillotinados —sentenció Claude, hastiado de la fe ciega en Bonaparte de los soldados que lo rodeaban.

René Sologne, su tutor, era un abogado de París que supo nadar por las turbulentas aguas de la Revolución y salir indemne. Se quedó viudo muy joven con un hijo y no volvió a contraer nupcias. René era un hombre que iniciaba la década de los cuarenta. De apariencia bonachona e inofensiva, encerraba una brillante mente al servicio de las leyes y despertaba las simpatías allá donde fuera. Llevaba los asuntos de la familia Cornulier, y Claude lo conoció cuando acompañó a su padre a París para solventar los asuntos del patrimonio.

Quiso la mala suerte que los sorprendiera allí la caída de los girondinos y el ascenso de los jacobinos, el período más sangriento de la Revolución. Su padre fue reconocido, detenido y encerrado en la Bastilla, donde falleció aquejado de unas fiebres que lo libraron de la ignominia de la guillotina. Ante las arbitrarias actuaciones del Comité de la Salud Pública y el terror que se desató por las delaciones, el viajar por Francia de regreso a casa quedó fuera de las posibilidades de un niño de nueve años.

El abogado lo cobijó bajo su ala, lo presentó como un sobrino llegado de una remota provincia y lo obligó a ejercer como ayudante en el despacho a la vez que iniciaba los estudios de Leyes, ya que su hijo Hervé aborrecía el trabajo de despacho y se había alistado en la Armada Naval para realizar su carrera como oficial.

En los ratos libres acudía a una escuela de esgrima para formarse de acuerdo con la posición que ocuparía algún día. Fueron tiempos raros, entre felices y amargos, en los que perdió a su padre y el contacto con su madre y sus hermanas, quienes tuvieron que ponerse a salvo. Incluso el padre Bizeul, quien lo instruyó en su infancia, se refugió en Santander con otros sacerdotes refractarios,

como denominaron a los que no juraron fidelidad a la república, hasta que se restableció la sensatez en el mes de termidor. O eso creyeron en un principio, ya que enseguida se desató otra ola de terror, pero a la inversa: los moderados se tomaban la revancha, y persiguieron los jacobinos.

Cumplió los dieciocho años con un título en Leyes en su haber, pero se comportaba como un león enjaulado en el despacho, por lo que René le propuso entrar a formar parte del ejército revolucionario —al fin y al cabo, a su hijo Hervé no le había ido tan mal—, hasta que las aguas regresaran a su cauce y pudiera reclamar los bienes confiscados a su familia.

Las nuevas normas de ascenso en el ejército revolucionario permitieron que la carrera de Cornulier resultara meteórica. Tras cinco años de haber mostrado su arrojo, en 1804, por su estatura, sus conocimientos en escritura, aritmética, derecho e idiomas, le propusieron formar parte del ejército de élite: la Gendarmería Imperial.

Salió Basilio de la habitación y Claude se quedó pensativo. No las tenía todas consigo acerca de que lo volviera a ver, y, si fuera así, siempre dudaría de su lealtad. Sobre los asaltos y los movimientos de los guerrilleros no consiguió nada que no supiera: que eran imprevisibles y que improvisaban sus apariciones, según se les ofreciera la oportunidad. La novedad era que habían fusilado a un colaboracionista, una forma de advertir a los que los ayudasen de que Porlier se hallaba en Potes, aunque la División permanecía en Asturias. Quería apresar a ese hombre, escurridizo como una anguila. Representaba el modelo guerrillero con el agravante de que sus golpes eran certeros y victoriosos.

—Permiso, coronel —solicitó uno de los soldados del establo en el umbral.

—Adelante.

—No hay caballos. Los que no ha confiscado Bonnet se los han llevado los lebaniegos o los bandoleros. Están muy solicitados esos animales. Sin embargo, nos hemos enterado de que llegará de Llanes un coche correo con despachos para Bonnet, que se halla en Torrelavega, y que seguirá hasta Santander.

7

Tras una ardua jornada, al atardecer, la vista de San Vicente de la Barquera le agradó. Un peñasco de roca se introducía en el mar, sobre el cual se asentaban el castillo y la iglesia mayor de Nuestra Señora de los Ángeles. En torno a ellos y dentro del recinto amurallado, se apiñaba el caserío.

La escolta se quedó en las afueras de la villa y Mercedes recorrió a pie el kilómetro y medio de distancia. De vez en cuando, divisaba a algún labriego segando con el dalle o agachado entre los sembrados. A la vista del recinto amurallado, comenzó el empedrado que conducía al interior. Procuró tranquilizarse a medida que se aproximaba a la puerta y se recompuso el chal con el que se cubría la cabeza. Una mujer con un cesto salió de una casa cercana y se le adelantó en la cuesta. Tuvo la suerte de que se detuviera a cruzar unas palabras con el guardia y le mostrara la cesta, momento que aprovechó para pasar con la férrea voluntad de mantener el paso y no echar a correr. Una vez dentro, buscó la casa que le describiera Alfonso con todo lujo de detalles. El ruido de la aldaba resonó como único testimonio de vida y Mercedes se sobrecogió. Se abrió una ventana de arriba y se asomó una mujer de mediana edad.

—¿La viuda de Hontoria? —preguntó con voz insegura.

—Sí, ¿y usted Eladia Enterría?

—Ahora bajo. ¿No trae equipaje? —se extrañó la mujer.

—No. Mis cosas han llegado a Santander, soy yo la rezagada en este caso —reconoció, resignada. La mujer se perdió en el interior.

No deseaba dejar pistas sobre el secuestro. Serían muchas las preguntas que debía responder, y ello implicaba explicar quién la había auxiliado, y podía ponerlo en peligro si se conocía su implicación en la guerra. Recordaba que Alfonso le había comentado que, a ojos de la administración josefina, era un militar tullido que dependía de una pensión, la cual seguía recibiendo en

consideración de que la lesión la había recibido luchando junto a los franceses. Trafalgar era una espina difícil de superar. Por esa razón, no había constancia de que colaborase con los patriotas.

—Corren malos tiempos para viajar. Pase, por favor. —Se apartó para franquearle la entrada y echó los cerrojos a su espalda—. Imagino que la necesidad obliga —continuó la mujer con su cháchara—. Suba; le mostraré su cuarto.

Mercedes obedeció las indicaciones. Se trataba de una casa de dos plantas de apariencia robusta y amplia. El mobiliario del zaguán era rústico, de madera basta, pero muy pulcro. La habitación, por el contrario, contaba con una ventana al exterior, una buena cama, un biombo que ocultaba la silla orinal, un palanganero de espejo con un lienzo limpio que colgaba de uno de los lados y una silla tapizada.

—Es una estancia muy completa. Le agradezco que me la haya alquilado.

—Al señor de Bustamante no le puedo negar nada; le debo algunos favores. Además, este cuarto me proporciona unos buenos reales para completar la exigua paga de la conservera. El marino, un héroe, suele ocuparla cuando viene por aquí. Por desgracia, también se aloja aquí el general de división Bonnet: un tirano, pero gracias a eso me permiten mantener la casa amueblada.

—¿Trabaja en la conservera? —Mercedes simuló que no estaba en antecedentes.

—Sí, desde hace años. Soy la encargada. Sin embargo, desde que falleció la dueña y con la maldita guerra, los gabachos nos roban el producto y nos exigen pagos en metálico. Es un desastre.

—Doña Herminia era mi tía, por parte de padre —declaró Mercedes.

—¿Es usted la heredera que esperaba el administrador? —inquirió, recelosa, la mujer.

—Una de las herederas. Tengo dos hermanos que me aguardan en la capital, de ahí que haya llegado mi equipaje antes.

—¡Cuánto me alegro de conocerla! Los esperábamos como agua de mayo, pero no sé si podrán poner algo de orden con las exigencias de raciones por parte de los ejércitos contendientes. —A Mercedes no le sonó muy sincera la declaración.

—Los civiles hemos quedado a la espera, tanto nuestras vidas

como nuestros negocios, aunque lo más terrible es para los que mueren, ya que nunca se reincorporarán cuando llegue la ansiada paz —replicó de forma ambigua Mercedes.

—Tendrá hambre. Deje aquí su capa y lávese las manos. La aguardo en la cocina. Por cierto, qué despistada soy: llámeme Eladia.

—Y a mí, Mercedes —correspondió a la atención de su casera.

Oyó cómo bajaba las escaleras y suspiró en la soledad del cuarto. Así que el señor Bustamante en persona le había conseguido aquel cuarto, preocupado por su bienestar… Sonrió con cierta inquietud al recordar la despedida. ¿Desde cuándo se había vuelto tan emotiva?

Bajó y, como la puerta del salón estaba cerrada, se dirigió a la cocina, que resultó tan rústica como la de Mogrovejo, pero práctica, como correspondía a la dependencia de la casa en la que más horas pasaba la dueña.

—Espero que no le moleste cenar en la cocina. Es más cómodo.

Mercedes restó importancia con un ademán y se sentó a la mesa. Compartieron un guiso de pescado.

—Está delicioso —alabó Mercedes, agradecida por cambiar de régimen alimenticio.

—¡Cómo se nota que viene de tierra adentro! Aquí estamos hartos de pescado; nos sale por las orejas.

—Es un defecto de cada región. Yo estoy cansada de las legumbres y de los caldos de verduras.

Rieron ambas.

—Las piezas buenas se las llevan los señores del lugar y los franceses. A nosotros nos queda la parrocha, los peces demasiado pequeños y de diferentes calidades que solo sirven para dar sabor a las patatas o a la legumbre que haya en el huerto.

Mercedes condujo la conversación hacia lo que le interesaba: los bienes que les había dejado la tía. Eladia la informó del tamaño y del rendimiento de la conservera antes de la invasión: era un buen negocio, y a la vista estaba cómo había vivido doña Herminia.

La mujer se mostraba colaboradora, seguramente de cara a congraciarse con los nuevos dueños para seguir al mando. No obstante, Mercedes detectó cierto nerviosismo, aunque no consiguió descubrir la razón.

—Me gustaría que mañana me enseñara la conservera.

Mercedes expresó su deseo de la forma más amable, aunque acababa de decidir que, una vez allí, echaría un vistazo al libro de contabilidad, sin previo aviso.

—Por supuesto. Imagino su impaciencia. Su tía tiene una casa aquí y otra en Santander, supongo que usted está informada de ello. ¿Dónde vivirán? Igual es pronto para decidirlo, aunque la ciudad, para jóvenes como ustedes, ofrece más alicientes.

—Sí, es pronto. La casa de mi tía ¿se encuentra dentro la muralla?

—Por supuesto, en esa misma calle. Extramuros viven las familias humildes —explicó doña Eladia—. Es de piedra y cuenta con cuatro amplias estancias en el piso superior. Abajo se hallan la sala, el despacho y la cocina con horno, leñera, alacena y lavadero. Acudía con frecuencia para poner al día a doña Herminia de las cuestiones de la fábrica. Sin embargo, me temo que los oficiales franceses, que exigían alojamiento a los regidores, no lo han dejado muy habitable, y robaron lo que se les antojó.

—Mañana lo comprobaremos —decidió Mercedes.

Ayudó a recoger y se retiraron pronto. Mercedes reflexionó sobre lo bien que se había apañado doña Eladia para sortear a los militares de ambos bandos. Recordó las palabras de Alfonso sobre las dobles lealtades.

Se quitó el vestido y lo sacudió del polvo del camino y lo dejó sobre una silla para que perdiera el olor a caballo. La casa era buena para una operaria, aunque podía tratarse de la casa familiar; aun así, no se correspondía con un exiguo salario, tal y como lo había calificado. Se acostó con la vaga sensación de que no le había hecho gracia a doña Eladia su presencia.

Amaneció despejado. Se vistió y bajó con sigilo al salón. Las habitaciones cerradas guardaban secretos detrás de las puertas, y ella era curiosa por naturaleza; y más cuando deseaba conocer a la persona de la que dependía un negocio suyo.

Abrió la puerta y se detuvo en el umbral asombrada. La estancia estaba amueblada: las tapicerías, a juego con las cortinas, estaban desgastadas y una mullida alfombra de lana cubría el suelo. Aunque no hubiera sido renovado, destilaba buen gusto y una buena inversión de dinero. Le llamó la atención el pequeño escritorio que

había en un rincón con un recado de escribir en plata. Cruzó la habitación y se sentó para admirar el trabajo en madera de palosanto. No pudo resistirse a la tentación de abrir algunos de los pequeños cajones. Recordó que ese tipo de escritorios solían tener un compartimento secreto e inspeccionó con cuidado, presionando aquí y allá, pero no dio con él.

—¡Ah! Está aquí —exclamó doña Eladia, nerviosa.

—Perdone mi intromisión, pero los escritorios son mi debilidad. Es precioso.

—Sí. Yo tampoco puedo resistirme ante una pieza tan delicada. Tengo una hermana en Cuba y me lo envió.

—¡Ojalá me hicieran a mí semejante presente! Es afortunada.

Terminaron de desayunar y el carro de la conservera las aguardaba fuera. Salieron del recinto amurallado, rodearon el castillo por abajo y cruzaron el puente hacia el muelle adornado de redes tendidas.

—La conservera está al lado de la ermita de la Barquera, de la que recibe el nombre la villa —indicó doña Eladia.

La fábrica estaba a pleno rendimiento con las capturas de sardinas, caballa y atún. La presentó ante el personal y recorrieron la nave. Entraron en el despacho de doña Eladia y Mercedes comprobó que era el feudo de la mujer, desde donde regía con mano de hierro el trabajo de las operarias. Doña Eladia se sorprendió cuando se sentó ante la mesa y le pidió los libros.

—No se preocupe —dijo Mercedes con una sonrisa—, no soy ninguna lega en dirigir una empresa. Soy dueña de un taller textil en Segovia y la contabilidad no me es ajena.

A doña Eladia le cambió el semblante, pero no se atrevió a desobedecer. Al cabo de un rato, Mercedes se dio cuenta de que los números se detenían el día que falleció su tía.

—Si se fija, ya en los últimos asientos hay discrepancias —explicó doña Eladia—. El municipio comenzó con las requisas para mantener el ejército francés, y yo dejé de tomarme la molestia de consignar los desaguisados. A esto hay que sumar que no pago a las operarias, quienes prefieren cobrar en especie.

—A partir de ahora quiero que se consigne todo: las raciones entregadas al municipio y las que se lleven las operarias —exigió Mercedes—. Es importante para conocer el rendimiento,

independientemente de que se obtengan o no beneficios.

La visita a la casa fue igual de desoladora, aunque muy reveladora. Doña Eladia no había sido muy cuidadosa en su robo del mobiliario, y Mercedes descubrió un pequeño escabel astillado en un rincón con el mismo tapizado que lucía su salón. No se dio por enterada, puesto que no podía hacer nada, y tomó nota para más adelante.

A la mañana siguiente, le sorprendió la espesa niebla que rodeaba el caserío, de ahí la humedad que impregnaba desde la ropa hasta los objetos y la sensación de asfixia al respirar. Se arregló y bajó a desayunar.

—Buenos días. Espero que la niebla no impida que el coche correo salga —verbalizó su preocupación.

—En absoluto. Aquí le decimos bruma porque viene del mar y es tan normal como la lluvia. La vida no se detiene por algo así; solo un temporal tiene ese poder.

Desayunaron sopas de pan de centeno con leche y salieron sin demora hacia la plaza principal. Mercedes adquirió un billete, y, arrebujadas en sus capas para resguardarse de la humedad, se dispusieron a esperar el coche de línea. Eladia no callaba, y Mercedes asentía para no parecer descortés. No le había permitido abonar la habitación porque el señor Bustamante se había adelantado. Oyeron el chacoloteo de las herraduras sobre el empedrado antes de distinguirlo en medio del ambiente lechoso. El coche se detuvo entre las voces del mayoral y el rechinar de los frenos de madera. Mercedes se despidió de la mujer con la seguridad de que se reencontrarían pronto, en cuanto solucionasen el papeleo administrativo de la herencia en la ciudad.

Se acercó al coche correo, bastante modesto y pequeño para lo que era usual, y se sobresaltó cuando surgió de la bruma un oficial francés y le ofreció el brazo como apoyo para subir el escalón y acceder al interior. Alfonso le había parecido alto porque agachaba la cabeza para entrar en las habitaciones, pero debía reconocer que los techos eran bastante bajos y que, en realidad, le sacaba solo una cabeza. Sin embargo, el francés imponía tanto por la estatura —ella le llegaba al pecho— como por la anchura de hombros. El uniforme no le resultaba familiar: calzones, chaleco y guantes, todo en ante beis; la chaqueta era azul con charreteras doradas y profusos

bordados de oro por el cierre del cuello. Alfonso llevaba en la mano el bicornio con la escarapela tricolor. Por estos últimos detalles y por las botas exageradamente altas, propias de los militares a caballo, dedujo que se trataba de un oficial de alto grado.

—Señorita —saludó el francés en español, con la erre engolada.

—Señora —corrigió rápidamente, acostumbrada a emplear el estatus como escudo. Ni siquiera decía viuda porque, ignoraba la causa, daba más pie a que los caballeros intentaran propasarse.

Al ser la primera en subir, escogió el sitio, junto a la ventana y en sentido de la marcha. El oficial, para su contrariedad, se sentó frente a ella, a pesar de disponer del asiento para él solo, pues los otros dos hombres que subieron se sentaron a su lado. El coche, aunque admitía pasajeros, no estaba pensado para su comodidad: primaban la velocidad y el rápido cambio del tiro en las postas, el nombre lo decía todo: coche correo. No había otra forma de desplazarse por España. Mercedes, consciente de que, con toda probabilidad, sería la única mujer en ese viaje, se envolvió en la capa y conservó la capucha sobre la cabeza, a falta de un sombrero que la protegiera. El postillón hizo sonar el cuerno y el coche, entre chirridos y relinchos, sufrió una sacudida en cuanto el tiro de caballos se puso en marcha. La amortiguación mejoró cuando abandonaron el empedrado. Mercedes apoyó la cabeza en la zona acolchada del respaldo y cerró los ojos, ya que no se podía apreciar el paisaje. *Ojalá el cochero sea diestro y evite los baches importantes*, pensó Mercedes.

A diferencia de su hermana Marta, ella nunca conseguía dormirse con el traqueteo y el ruido de los arneses. Fingía hacerlo porque descansaba la vista y resultaba menos violento que observar la cara del viajero de enfrente, y, si hubiera sido una mujer, evitaba una de esas conversaciones vacías que tanto la aturdían. Al principio, fue fácil mantenerse en una duermevela, pero, según iba avanzando la mañana y se disipaba la bruma, el verde paisaje la atrapó. Se detuvieron en Comillas, y subieron tres monjes que se apearon en Cóbreces. En cada parada, bajaban y subían sacas y paquetes que transportaban en la baca.

En Toñanes volvieron a cambiar las caballerías, y Mercedes aprovechó para aliviarse en una de las letrinas de la casa de postas. No se aventuró a probar el potaje del posadero, que, por los

comentarios de los hombres, cobraba a precio de oro. Se mantuvo aparte de sus compañeros de viaje y, en una zona ajardinada junto a un arroyo, a escondidas, extrajo un poco de queso y de pan de centeno que le había metido Pepa en el saco y comió apresuradamente mientras observaba el discurrir de las aguas.

Cuando se giró para regresar, sorprendió al oficial, que la contemplaba a una distancia prudencial. Lo ignoró al pasar a su lado y se aproximó al carruaje. El mayoral no tardó en dar las voces de llamada en cuanto terminó de enganchar los caballos de repuesto y de revisar los frenos de boca. Era un hombre que imponía por su corpulencia, envuelto en un capote de paño rojizo del que asomaba un pantalón enfundado en las sobrebotas de cuero basto; las greñas las escondía bajo un sombrero de fieltro de ala plegada y un poco puntiagudo por delante. Mercedes se adelantó a subir para no dar ocasión al militar a que le brindase de nuevo su ayuda. En esta ocasión, el interior se llenó de hombres que cargaban cestos y jaulas que dejaron en la parte de arriba, junto al equipaje y las sacas de correo. Consciente de que fijaban la atención en ella, no apartó la mirada de la ventana.

El sol lució durante la tarde, y perdieron el referente de la costa. Se detuvieron en Oreña y en Santillana del Mar, una villa en otro tiempo señorial a juzgar por las casas solariegas con escudos y la gran colegiata en torno a la cual se organizaba la vida rural. El interior se aligeró de pasajeros, y quedaron el militar y un señor de negocios.

—La villa de las tres mentiras —rompió el silencio el francés—: ni es santa, ni es llana ni tiene mar.

Ninguno de los oyentes reaccionó. Mercedes había observado al oficial discretamente desde San Vicente. Se había comportado correctamente, sin importunarla con una conversación insustancial, aunque no había perdido el asiento frente a ella. En la posada advirtió que el conocimiento que tenía del español iba más allá de las meras formas de saludo, así que no le extrañó la observación sobre Santillana ni cuando decidió dirigirse a ella abiertamente.

—Imagino que pasará noche en Torrelavega. Si lo desea, puedo indicarle un lugar apropiado para una dama, en el caso de que no la aguarde ningún pariente.

—Gracias por su preocupación. No será necesario —respondió

Mercedes, ambigua y con la suficiente formalidad como para no mostrarse maleducada, pero que dejara claro que no estaba dispuesta a conversar.

El coche arrancó de nuevo y se detuvo en Queveda y Polanco, a las afueras de Torrelavega. Los cocheros los informaron de que otro carruaje acercaría a la población a los pasajeros que desearan pernoctar allí. Volvieron a cambiar de caballos y Mercedes, apartada de la curiosidad de sus compañeros, tomó otro bocado de las provisiones de Pepa. A un grito de uno de los cocheros, regresó a ocupar su asiento y, para su consternación, descubrió que el hombre que se sentaba a su lado no regresó. En ningún momento sospechó que se hallaría en una situación apurada, sino todo lo contrario, que habría problemas para conservar el asiento ante otros viajeros. Parecía que la guerra desanimaba a las personas a desplazarse, o lo hacían por otros medios.

—Mucho le urge llegar a Santander para aventurarse a viajar de noche —observó el oficial—. Sin lugar a duda es una dama; ¿cómo es que viaja sola?

Por toda respuesta, Mercedes cerró los ojos y apoyó la cabeza mientras que debajo de la capa tanteaba el ridículo donde guardaba la pistola y el cuchillo para sentirse, absurdamente, más segura, ya que era consciente de que, en esta ocasión, no se trataba de un bandolero, sino de un oficial francés al que no podría herir sin consecuencias.

—La noche va a ser muy larga —prosiguió el hombre su monólogo—. Solo busco un poco de conversación que me obligue a olvidar los huesos molidos y a desempolvar el español que aprendí. La conversación crea vínculos.

—¿Tiene algún pariente español?

Al hablar, lo miró de frente, y se encontró atrapada en unos ojos aguamarina que la observaban con curiosidad y diversión a la vez. El uniforme lo llevaba con elegancia y sus maneras no eran avasalladoras, como las de otros militares que se creían que eran los amos del mundo y que las mujeres debían caer rendidas a sus pies. Por eso mismo, se le antojó más peligroso.

—No. Francés de pura cepa, como dicen ustedes —se animó el oficial—. Coronel Claude de Cornulier, para servirla.

—Ah, ¿sí? ¿A su padre también lo fusilaron por defender la

patria de los invasores el 4 de mayo? —Ante el silencio del oficial, que la miraba con los ojos dilatados de asombro, siguió—: Entonces dudo que nuestra conversación pueda crear ningún vínculo, y, mucho menos, que pueda usted servirme en algo.

Mercedes confiaba en que, con semejante exabrupto, quedara zanjado el conato de conversación o confraternización, y dirigió la mirada a la ventana en busca de distracción. Comprendió su error cuando se enfrentó a la oscuridad exterior. Suspiró derrotada y sopesó las alternativas que le quedaban: ninguna que no fuera volver a cerrar los ojos.

—A eso le llamo yo concluir una conversación de forma contundente —murmuró el oficial para sí con un deje más de humor que de contrariedad.

Mercedes apretó los labios para evitar una sonrisa. El francés, lejos de ofenderse, se lo había tomado con filosofía, lo que ganaba en su consideración. A través de las pestañas, Mercedes observó los preparativos del hombre para pasar la noche lo más cómodo posible. Apartó el bicornio, se acomodó en una esquina, estiró las piernas, se echó la capa por encima y, tras un inmenso suspiro, cerró los ojos para tratar de dormir. La mortecina luz del farolillo que colgaba en el centro del techo creaba más sombras que zonas iluminadas, por lo que servía de muy poco, y el aire frío de la noche se filtraba por cualquier resquicio.

No era ajena a su atractivo, y estaba habituada a que los hombres la abordaran; sin embargo, la vanidad no era uno de sus defectos. Marta era la belleza de la familia a pesar del problema. Su madre se negó a aceptar que su linda niña fuera sorda, y no la recluyó en la casa de campo, como le había aconsejado la familia. Por el contrario, se esforzó en educarla junto a Mercedes, lo que resultó un acierto, pues, en cuanto aprendió a leer y escribir, Marta se convirtió en una persona con una inteligencia despierta y sentido común. No obstante, estaba condenada a depender de alguno de los hermanos, ya que el matrimonio quedaba fuera de sus expectativas.

Mercedes no se atrevió a echarse, y menos a quedarse dormida a tan escasa distancia de un desconocido, pero no hallaba la forma de entretenerse para permanecer despierta: contó los botones de la tapicería acolchada de cuero, repasó los detalles de la puerta y la ventana del lado contrario y, finalmente, reposó la vista sobre el

oficial, que parecía capaz de quedarse dormido sobre el palo de un gallinero.

Era relativamente joven para ser coronel, pero, desde la Revolución, en el país vecino, los buenos soldados ascendían sin el estorbo de la sociedad privilegiada. Mercedes reconocía algunas ventajas de la nueva forma de pensar, aunque se resistía a los cambios tan drásticos; amaba el orden. Y al final, las mujeres no habían obtenido ningún beneficio legal en medio del caos afrancesado. Sobre eso, ella sabía mucho, ya que había aprendido a marchas forzadas a la muerte de su marido. El Intruso, como apodaban al rey José Bonaparte, había asegurado el acceso de las mujeres a la enseñanza y, en algunos sitios, ya se habían abierto escuelas para niñas, pero era una idea demasiado avanzada para las obsoletas y tercas mentes españolas.

Prosiguió con su inspección: de cabellos castaños, revueltos y peinados hacia delante como exigía la moda; nariz con una grupa que le daba un aire rapaz, labios generosos —«sensuales» los calificaría un francés—; el mentón, ancho y varonil, estaba custodiado por amplias y salvajes patillas al uso… Era muy francés y muy atractivo. Recordó a Alfonso, un militar roto por la cobardía de los franceses: mucha moda, mucha revolución, mucha sensualidad y escaso honor, por no decir ninguno. En España, cualquier empresa o decisión era una cuestión de honor, y nunca se dejaba al compañero en la estacada; y mucho menos se lo invadía y se le privaba de su arbitrio.

En algún momento se quedó dormida, y, cuando los primeros rayos de sol incidieron de lleno en su rostro, pestañeó y notó la rigidez de la postura.

—Buenos días le desea el enemigo. Estamos llegando a Santander. ¿Le supone algún baldón a su honor que le ofrezca mi ayuda en caso de que nadie acuda a buscarla?

Los ojos claros del coronel mantenían la seriedad, aunque sus palabras destilaban una recalcada ironía.

—No le sienta bien hacerse el ofendido. ¿Acaso esperaba que echaran flores a su paso? —Mercedes se estiró, dentro de lo que la buena educación permitía, para recuperar la movilidad de los miembros adormecidos—. Le agradezco su atención, pero sabré valerme por mí misma.

Alfonso le había explicado que la casa de su tía se encontraba más allá de la iglesia de la Compañía de Jesús, en el camino de Santa Lucía, una zona de huertas y casas humildes. También se había ocupado de avisar a Salvador, aunque ignoraba si le llegaría el aviso a tiempo. Se detuvo ante las cocheras de la calle Cervantes, cerca de la puerta de San Francisco, ya que era demasiado grande para circular por las estrechas calles. Mercedes agradeció mentalmente el haber llegado. Lo de sana y salva estaba por ver, pues le dolía el cuerpo tras la dura prueba.

El oficial francés la ayudó a descender, y Mercedes se despidió de él con una inclinación de cabeza. Salvador, que se había mantenido a una discreta distancia, se acercó en cuanto ella se volvió hacia él. Su corazón dio un brinco, y lo abrazó con alegría.

—¡Cómo te he echado de menos! —dijo Salvador con una sonrisa pareja a la suya—. Ha sido un sinvivir.

—Ya estamos juntos de nuevo. Estoy molida y deseando encontrar una cama.

Echó a andar del brazo de Salvador con la sensación de que el oficial no apartaba los ojos de su figura. Repasó mentalmente el atuendo de viaje y no encontró nada atractivo en él, ya que ocultaba perfectamente sus formas, aunque le costaba mantenerse erguida con el peso de la bolsa que ocultaba debajo de la capa.

8

Claude Cornulier se quedó observando a la mujer que se alejaba: era muy bella, y discreta, por lo que no entendía que se hubiera aventurado a semejante viaje sin una señora de compañía por lo menos, aunque, con los tiempos que corrían, de poco le habría servido. Por su forma de hablar y de moverse, dedujo una desahogada posición social, lo que acentuaba la intriga. En cuanto a lo del padre, lo dejaba entre interrogaciones: podría haber sido una treta para cortar su avance. Al principio estaba nerviosa, luego se relajó, pero no confraternizó con ningún viajero ni entró ni comió en las postas. Y ¿desde cuándo una mujer viajaba sin equipaje? Un atractivo enigma, si dispusiera de tiempo para desentrañarlo. El afortunado esposo era bien parecido y el efusivo abrazo, de tan sincero y espontáneo, le despertó una cierta melancolía de aquello de lo que carecía. Si él hubiera sido el marido, no le habría permitido viajar sola.

Se encaminó hacia el convento de San Francisco, donde habían instalado la Gendarmería, muy diferente al palacio de Riva-Herrera en Pronillo, en el que Barthélémy había fijado su residencia, cuya portalada estaba adornada con un magnífico escudo de la familia en la parte exterior y un reloj de sol en la cara que daba al patio interior; aun así, se trataba de una vivienda espartana. Los españoles, a pesar del imperio que habían dirigido, no destacaban por la magnificencia de palacios y casas, bastante humildes al lado de los palacios franceses.

En el pasillo del viejo claustro, en el que se encontraba la estancia que habían destinado para albergar su despacho, lo detuvo el teniente Denis Léry, un joven al que salvó la vida en una ocasión y que, casualmente, se hallaba al frente del regimiento de gendarmes de la ciudad cuando él se incorporó. Procedía de la Provenza, era moreno, de ojos oscuros y sagaces, menudo y musculoso, de inteligencia ágil, y, al igual que él, la guerra no lo

había vuelto insensible: conservaba la humanidad. Desde entonces, se afianzó una fuerte amistad entre ellos. A Claude lo habían destinado a ese lugar, aparentemente, para perseguir y desmantelar las guerrillas de la zona. Sin embargo, su misión era otra muy diferente: se hallaba allí por razón de unas denuncias dentro del propio ejército y de unos fieles josefinos.

—Ha preguntado por usted el perro del gobernador, Linois.

—¿Qué quería? —preguntó mientras, seguido del teniente Léry, entraba en lo que se consideraba su lugar de trabajo: un cuarto de paredes de piedra, limpio y con una ventana a uno de los patios del convento. La mesa de despacho ocupaba el centro de la estancia; una de las paredes se hallaba oculta por estanterías llenas de legajos y planos; en un rincón habían instalado un catre y, a los pies, un gran arcón de ropa hacía las veces de asiento; el aguamanil con espejo completaba el mobiliario. En realidad, vivía allí. No había querido ocupar una casa civil porque temía que los caseros, por muy de confianza que fueran, le rebanaran el cuello mientras dormía. Los abusos de algunos franceses, al final, salpicaban a los demás, pues los medían por el mismo rasero.

—Nada en concreto; creo que vino a husmear.

—¡Mal rayo lo parta! —espetó de malhumor el coronel.

No era del agrado de nadie el hombre que había asignado el gobernador Barthélémy. Cada general se rodeaba de hombres de confianza y los lanzaba como lobos en busca de disidentes o de inconscientes que cuestionaran su mando: desde que los ascensos se debían a méritos, el juego sucio y las zancadillas estaban a la orden del día. Nunca se veía libre de la sensación de precariedad que se instaló en su mente en los días del Terror, el período más crudo de la Revolución. Todavía coleaban los cambios radicales y la nueva aristocracia era militar, hombres afectos a Napoleón.

—Fingió desconocer su ausencia y exigió entrar para buscar no sé qué lista.

—¡Ah, sí! La dichosa lista que no pienso facilitarle. ¡Que la confeccione él! —explotó cansadamente.

Linois era un hijo de la Revolución, uno de esos mediocres personajes salidos de la nada gracias a la traición, a la mentira y a las malas artes que tanto favoreció el Comité de la Salud Pública, la institución creada por los jacobinos para perseguir a los desafectos a

la República. Se trataba de un ser zaino, oscuro y torticero del que había que resguardarse. Se creía inteligente porque carecía de moral y superior porque amedrentaba y extorsionaba a las gentes humildes. Claude se esforzaba en mostrar las mayores indiferencia y frialdad cada vez que se veía obligado a lidiar con tipos de esa calaña.

—¿De qué se trata esta vez? —indagó Denis.

—Es la lista de familias francesas avecinadas en la ciudad para controlar sus movimientos. Barthélémy anda nervioso, y no le falta razón, pero la causa de todos los males es la crueldad y el despotismo con los que los trata.

—La canción de siempre: personas encumbradas por razones equivocadas. El mostrarse el más valiente o el más loco en medio de un campo de batalla no asegura que sea un buen candidato para gobernar —concluyó Denis de pie, ante el escritorio—. Yo también tengo noticias que no le van a gustar.

Solo de pensar en el general de brigada, Nicolás Barthélémy, se le revolvía la tripa. Debía haberse acostumbrado ya a la barbarie, puesto que había vivido en medio de ella y la había sufrido; sin embargo, algo en su interior se resentía; seguramente las enseñanzas del padre Bizeul habían arraigado en su alma más de lo que imaginaba.

Dentro de la sinrazón que se había apoderado de Francia durante la Revolución, él había tenido suerte; o, más bien, su vida había estado jalonada de una serie de casualidades que lo condujeron al estado actual. ¡Vaya burla del destino!

Léry se quitó la chaqueta y se dejó caer en el sillón frailero de cuero, resto del mobiliario conventual, mientras observaba cómo Claude llenaba la palangana de agua en mangas de camisa, sacaba el estuche del afeitado y lo abría. Lo miró a través del espejo y lo animó a continuar.

—Se trata del comandante del puerto, don Lope Quevedo-Hoyos. Ha sido detenido por entorpecer las disposiciones de Barthélémy y por facilitar la huida de patriotas bien como pasajeros; o bien, enrolados como marineros, en los escasos barcos que salen hacia América.

—Ya me extrañaba a mí que tardaran tanto en detenerlo. No era muy discreto que digamos —comentó Claude.

—Cierto, pero nos quedamos sin gente para trabajar. Junto con él han encerrado en la fragata prisión a tres de sus hermanos.

—¿Ese hombre no estaba enfermo?

—Hepatitis crónica, pero es el mayor de trece hermanos, y por eso sigue en activo, aunque en tierra.

—De lo que le sirve… No cobra ningún español, y su situación se vuelve cada vez más penosa. De todas formas, ha tenido suerte: peor le fue a Rigada —comentó Claude con el cuello estirado para pasar la navaja—. ¡Pobre hombre! Creo que todavía no comprende qué sucedió para recibir semejante trato del general. Si no lo evito, lo estrangula allí mismo.

—Es una mala bestia. ¿Qué hizo para sacarlo de sus casillas?

—Nada, porque no era culpable de los hechos. Bonnet pidió cinco lanchas con víveres, y no salieron a tiempo porque la tripulación tardó en presentarse. Barthélémy le arrancó el sombrero de un manotazo, le arrebató la caña sobre la que se apoyaba y lo fustigó con ella sin consideración a sus sesenta años, y luego trató de estrangularlo con sus propias manos.

—Así es imposible que nos miren con simpatía —bufó Denis—. ¿Cómo cree que acabará todo esto? ¿Tenemos alguna posibilidad?

—El mero hecho de que me haga esa pregunta ya refleja su propia percepción de la situación. Coincido con ella; nunca debimos iniciar esta guerra innecesaria: ya estaban de nuestra parte, eran aliados.

—Ya le he conseguido otro caballo. No ha sido fácil —anunció Léry, cambiando de tema.

—Gracias. El viaje ha sido provechoso. Hemos atrapado a un tratante de ganado que entra y sale del valle lebaniego cuando quiere. Me ha descrito a los mandos, las fuerzas que están acuarteladas de fijo, porque la División Cántabra de Porlier se halla en constante movimiento…

—Algo que ya sabíamos —intercaló Léry.

—Cierto, pero también me facilitó un dato que ignorábamos: la descripción de la persona que se encuentra al frente de la red de información. Es un hombre que no pasa desapercibido, aunque me ha asegurado que no suele abandonar el valle. Se trata de un marino, héroe de Trafalgar, lesionado, con un parche en el ojo izquierdo y una cicatriz que le cruza la cara.

—Fácil de reconocer, desde luego, si tuviéramos la ocasión de entrar en ese valle.

—La tuvimos, hace casi dos años, cuando Soult estuvo aquí, pero no creo que se vuelva repetir. Las fuerzas de los patriotas han aumentado y se están organizando como un ejército a pasos agigantados. De ahí que vea más lejana la posibilidad de doblegar este país.

—A un ejército sí podemos derrotarlo —protestó Léry.

—Ya se han dado cuenta de cuál es nuestra debilidad, y no nos darán esa satisfacción.

—Esperemos que regrese Napoleón a poner las cosas en su sitio.

—Por lo que sé, de momento no cuente con ello. Entre la defección de Austria y el nuevo matrimonio con la archiduquesa Marie-Louise para mantener la alianza anda muy ocupado. Por los cotilleos que me han llegado de París, busca un heredero. Necesito comer algo —concluyó. Se lavó la cara para quitarse los restos del afeitado y cogió la casaca.

Salieron de nuevo al claustro, cuyas celdas, además de cobijar el despacho de la Gendarmería, servían de hospital militar. Cruzaron el patio, en el que conversaban al sol varios heridos sentados en el murete que sostenía las arcadas, y atravesaron el pasadizo que se abría a la explanada norte, en donde se alojaba una parte de la tropa y se encontraban la cantina y los establos. En un cercado, una niña de unos diez años cuidaba de los niños, hijos de los soldados y de las *cantinières*, «vivanderas» las llamaban los españoles. Entraron en la cantina, vacía a esas horas, y Babette salió de la cocina. Era una mujer relativamente joven, de unos veintiocho años, aunque aparentaba más. Viuda de un sargento, había conseguido un permiso especial del propio mariscal Soult para servir en la división del general Bonnet y se había establecido en la ciudad hasta que dicha división cambiara de aires. Vestía camisa con un corpiño, en el que llevaba prendida la escarapela tricolor, y faldas con delantal. Lucía con orgullo los medallones y los brazaletes que anunciaban su condición.

—Buenos días, caballeros.

—Buenos días, Babette. ¿Podría desayunar algo? —preguntó Claude.

—Usted siempre es bienvenido, coronel. Ahora mismo le preparo

algo.

—No hay nada como tratar a las personas con amabilidad —comentó Léry en cuanto la mujer se retiró—. Por lo general, tiene malas pulgas.

Claude guardó silencio. Aunque fuera su amigo, el trabajo era el trabajo, y no podía revelar que una de las causas de su estancia allí eran las denuncias de cantineras y soldados sobre abusos por parte de sus compañeros. Tanto los criados como las esposas, los hijos y las vivanderas que seguían al ejército se encontraban bajo las mismas leyes militares, incluso gozaban del derecho de ser atendidos en los hospitales. Para la buena convivencia, la disciplina era estricta en la vigilancia de la moral: las mujeres disfrutaban de libertad, y no se las podía violentar ni ellas ejercer la prostitución.

Regresó Babette con un guiso grasiento de alubias y hortalizas en el que flotaba algo de tocino, y un trozo de pan.

—¿Vino o cerveza?

—Cerveza, y otra para mi compañero.

Claude esperó a ser servido y a que la mujer se perdiera en la improvisada cocina para retomar la conversación con el teniente Léry.

—La niña de ahí fuera ¿es la hija de Babette?

—Sí. Se encarga de cuidar de los niños más pequeños. A partir de los once años, todos tienen alguna tarea asignada: los niños en los establos y las niñas como ayudantes de lavanderas, costureras o cocineras.

—¿Qué ocurre con Yvonne?

—¿Ya le han llegado rumores? No lo sé. Estaba destinado en las provincias vascongadas cuando la provincia de Santander se volvió ingobernable y el general Bonnet solicitó nuestra presencia para mantener abierto el Camino Real con Madrid. Me pasé la mayor parte del año entre Torrelavega y Reinosa. Han debido de pensar que no he sido muy eficaz cuando le han destinado a usted aquí.

—No se menosprecie, Léry. A mí me tienen de aquí para allá. Cualquier día me llegan órdenes para que me presente en otra parte. ¿Y esos rumores?

—Era una chiquilla tan alegre y despreocupada como Alizee, la hija de Babette, pero un día se tornó triste y dejó de hablar. Se pasa la vida en las pilas como lavandera, y he oído que dio a luz un niño

muerto. Igual es por eso.

—¿Tan joven? ¿Dónde está el marido? ¿Cuántos años tiene ahora?

—El cabo Fontaines le podrá informar mejor que yo: conoce a esta gente muy bien. Me retiro a cumplir con mis obligaciones. —Y se terminó la cerveza de un trago antes de levantarse y marcharse.

Una vez solo, rumiaba, pensativo, un trozo de pan. Ahí estaban los hechos y las víctimas. El problema era que alguien declarase, acusase a un compañero, algo impensable si no se quería quedar señalado, que le hicieran el vacío o algo peor, como perder la vida en cualquier esquina. De ahí la impunidad de los infractores y de ahí la dificultad de su labor.

—Coronel, el general de brigada Barthélémy le aguarda —anunció un soldado desde el umbral de la cantina.

—Gracias, Fontaines. Regrese a su puesto.

Imaginaba lo que quería Barthélémy. Su mayor preocupación era la fiesta que le estaba preparando a su joven esposa, una forma más de sangrar a la ciudad y saltarse las leyes, ya que el propio ejército francés padecía del mal uso de las requisas. Las quejas llovían a cántaros en sus oídos. La última, la de Juan Muñiz, uno de los arrendatarios de la sisa de vino, que, a causa de las inopinadas exigencias de Helguera, el administrador general de Aduanas, se quedaba sin nada que requisar y sufría la furia de Barthélémy, quien lo consideraba un inepto. Si trataban así a los escasos españoles dispuestos a cooperar, en un año se quedarían sin simpatizantes, pero eso era algo que a Barthélémy lo traía sin cuidado. Para él la guerra era sinónimo de banca, la que le llenaba los bolsillos.

Se encaminó a la Bolsa del consulado, situada en el muelle, donde despachaba el general y gobernador de la ciudad. Para Claude era la cueva en la que se reunían los perros de Barthélémy: en la planta baja estaban el cuerpo de guardia, el despacho del comisario de policía, Pedro Darripe, y el vicecomisario, Pablo de Villa, quien llevaba a cabo las exacciones por la provincia y robaba a manos llenas, junto con el capitán del Resguardo, José de Argomedo, como había constatado. En el primer piso, junto al despacho del gobernador militar, la mesa del secretario Laboire, otro pájaro de mal agüero, y el ayuda de campo, el sargento de

artillería Linois.

—Adelante, coronel —invitó Barthélémy a la vez que ordenaba despejar la habitación a los suboficiales con los que hablaba. En cuanto se cerró la puerta, entró en materia; no era hombre que se perdiera en rodeos—. Quería comentar con usted el asunto de la seguridad durante la fiesta. La población anda un tanto revuelta. Nunca imaginé que iban a ser tan difíciles estos españoles.

—Esa seguridad no es asunto mío, general. Emplee al ejército. Mis órdenes son otras, y solo cuento con un regimiento para controlar valles, montes y mantener las principales vías de comunicación despejadas.

—Pues ya que lo saca a colación —manifestó Barthélémy molesto—, le diré que cumple muy mal sus órdenes, ya que los correos no llegan y los brigantes, como Porlier, Campillo y Longa, campan a sus anchas por la provincia. Informaré a sus superiores de su ineptitud.

Conocía el carácter irascible del general cuando se le negaba algo o no se le seguía el juego, pero eso no lo amedrentaba.

—Haga lo que considere conveniente, general, que yo haré lo propio.

—Es usted un soberbio. Cabezas más altas han caído.

—Me alegro de que conozca tan bien nuestra historia, general —replicó Cornulier sin pestañear.

—¿Me está amenazando, coronel?

—No, mi general; creo que ha sido usted quien me ha amenazado, si no he perdido el hilo de la conversación.

Barthélémy entrecerró los ojos y decidió pensárselo mejor, porque lo despidió con un gesto de la mano. Claude lo había dejado a punto de ebullición para el próximo que se atreviera a entrar en esa habitación. Cuando bajaba por la escalera se cruzó con un par de gendarmes que conducían a dos mujeres, madre e hija, a presencia del general. Cansado, prefirió ignorar de qué iba aquello.

Para pacificar la región y en especial la ciudad, debía conseguir la destitución de uno de los generales de brigada del ejército de línea que más los soliviantaba: Barthélémy. No estaban bien vistas las disputas dentro del ejército porque transmitían la sensación de división, y había que presentar un núcleo unido ante la opinión pública. Eran los propios colaboradores, españoles y franceses

residentes, quienes pedían la cabeza del general. Esa era la otra razón por la que había sido destinado allí: para investigar tanto lo que realmente sucedía como si debían atenderse las protestas.

En el vestíbulo, se cruzó con el amostazado sargento Linois, siempre mal encarado, como si sufriera de un dolor permanente que le impidiera ser feliz. Con Linois también ajustaría cuentas. Había cierto tipo de personas que el mundo no echaría de menos si faltaran.

9

Mercedes, a pesar del cansancio, se amoldó al paso de su hermano, ansiosa por descubrir la ciudad que sería su nueva morada una larga temporada, según decidiera la divina Providencia.

—En Santander es impensable que una mujer transite sola por las calles, no hay ninguna seguridad. El general no contiene a sus tropas —comentaba Salvador, que se internó entre las calles con la mirada alerta.

—¿Y nadie protesta?

—Incluso los josefinos procuran pasar desapercibidos. Las cosas andan muy mal por aquí.

—Pensé que, al ser una ciudad de provincia, habría más seguridad que en la capital.

—En Madrid manda José I; del Ebro hacia el norte, desde principios de este año, Napoleón ha creado una administración propia y separada del resto del país y ha concedido plenos poderes a los generales de brigada. Barthélémy gobierna como un dictador.

Bienvenida al mundo real, se dijo Mercedes. La seguridad de Mogrovejo había quedado atrás, como una isla mágica entre montes, anclada en el tiempo. Comprobó que abandonaban el resguardo de las calles estrechas y se aventuraban por un camino de tierra en el que las viviendas se dispersaban entre las huertas, separadas por gruesos y altos muros de piedras, superpuestas sin mortero. El paraje la llenó de aprensión ante la soledad que sugería.

—¿La Gendarmería no mantiene el orden?

—¿No sabes con quién has compartido el coche? —Mercedes negó con la cabeza—. Con el coronel de ese regimiento. Creo que es de los pocos militares franceses con cerebro. Hace lo que puede, que no es mucho. Se trata de una cuestión de grados, algo insalvable e incuestionable en el ejército si no se desea terminar ante un pelotón de fusilamiento.

—¡Qué difícil es vivir ahora! —reflexionó Mercedes en voz alta.

Callaron el resto del camino, cada uno sumido en sus pensamientos. Se fijó en la gente con la que se cruzaron, sirvientes y soldados, en la ausencia de carros, de comercio y de mujeres que ofrecieran a gritos su mercancía: era una ciudad fantasma.

—Es aquí —indicó Salvador, y, a través de la verja, alcanzó la campana, que tañó con energía.

Mientras esperaban, Mercedes contempló la edificación rodeada del preceptivo muro de piedra: el piso inferior constaba de una puerta de madera maciza con grandes herrajes de hierro y enmarcada por un arco de piedras de sillería, dispuestas de forma concéntrica en el centro, dos ventanas enrejadas la flanqueaban. El piso superior, escondido bajo el tejado, mostraba unas ventanas bastante más pequeñas y una modesta solana.

—¡Señora! —exclamó emocionada doña Elvira acercándose, a paso vivo, a la verja—. ¡Pase, pase! —urgió a la vez que abría el candado.

Mercedes entró y estrechó a doña Elvira, una vez cerrada la verja.

—No le he dicho nada a Marta —explicó doña Elvira—. Lo cierto es que me he puesto nerviosísima cuando he oído la campana hasta que los he divisado.

—Voy detrás, a trabajar la escuálida huerta, y así habláis a vuestras anchas —comunicó el discreto Salvador.

Mercedes siguió a doña Elvira hasta el estrecho vestíbulo, con grandes losas de piedra grisácea bien pulidas y enceradas por suelo. En el lado derecho, intuyó un salón y a continuación unas escaleras de roble que conducían al piso superior; al fondo, la cocina. Mercedes escogió el acogedor salón, atraída por las grandes vigas de madera que sostenían el piso superior y la chimenea apagada que presidía la estancia. El mobiliario resultaba confortable: una gran alfombra las aislaba de las frías losas del suelo; un sofá y dos sillones frente a la chimenea con un velador en medio completaban la zona de estar; detrás, marcaban el ámbito del comedor una mesa amplia rodeada de sillas y una alacena con la vajilla y la cristalería.

Marta se abalanzó sobre ella en cuanto la vio. Fue un recibimiento mudo, pero lleno de expresividad. Habían aprendido a interpretar algunos gestos acordados y el resto por escrito, pero lo principal lo intuían a la menor señal. Marta le tocó la frente y el

pecho preocupada. Mercedes asintió sonriendo y una mano la desplazó varias veces del pecho hacia fuera para indicar que estaba totalmente recuperada. Su hermana tiró de la cinta que llevaba anudada a la cintura para recoger la pizarra y la tiza con la que se comunicaba y se la entregó nerviosa.

—Sí, sí, ahora os cuento, pero estoy agotada. Desde ayer, que me subí al coche en San Vicente, no he dormido.

Lo escribió en la pizarra y le pasó esta a Marta, quien fingió un puchero de pena.

—Desayune algo y acuéstese. En cuanto llegamos, distribuimos las habitaciones de arriba, y Marta se ocupó en deshacer su equipaje —informó doña Elvira, elevando la voz según se alejaba hacia la cocina.

Marta tiró de su manga para que se pusiera cómoda. Mercedes se quitó la capa, la dejó sobre una silla y acompañó a su hermana a la cocina.

—He traído algunas cosas de Potes —abrió la bolsa sobre la mesa de madera frente al fogón de leña—: queso, miel, orujo, garbanzos y sal de la conservera de San Vicente.

—¡Oh! ¡Qué maravilla! —Doña Elvira contempló extasiada el tesoro—. ¡Mira, Marta! —Siempre le hablaban, aunque no los oyera: bastaba la expresión para que los comprendiera.

Marta acompañó a doña Elvira con un gesto de exagerada felicidad.

—No me explique más. Solo comen pescado —adivinó Mercedes lo evidente.

—¿No se ha dado cuenta de que esto es un puerto? —sugirió doña Elvira, socarrona.

Mercedes observó la cocina: había un fogón, un horno de adobe y una gran mesa de madera maciza para el trabajo en medio de la estancia, y en una de las paredes colgaban las ollas, los pucheros, los cucharones y los cuchillos, limpios y bien ordenados. Sobre un banco de madera se apilaban las rojizas fuentes de barro cocido y esmaltado.

—La casa dispone de un jardín. —Se adelantó doña Elvira y abrió una puerta—. El lavadero está bajo techado, y también se puede colgar la ropa dentro si llueve. La caseta estrecha es una letrina, y, lo mejor de todo, un pequeño invernadero de cristal y

hierro en el lugar del gallinero. Su tía debía de pasar mucho tiempo ahí, pues hay un pequeño saloncito. Mañana se lo enseña Marta. El huerto estaba abandonado, y trabajamos en él para recuperarlo, pero tardará en dar fruto.

Salvador, en mangas de camisa, quitaba hierbajos, y no les prestó atención.

—Doña Herminia era una mujer de recursos y de ideas avanzadas —comentó Mercedes, aludiendo a la letrina y al invernadero.

Cuando se volvió, se encontró en los brazos de Marta, quien no cesaba de transmitirle su alegría. Se sentó y doña Elvira puso un tazón de leche con un bizcocho oscuro delante de ella. Comió con hambre bajo la atenta mirada de las dos mujeres.

—¿Cómo vamos de dinero?

—Bien. Lo he escondido y he tenido que soportar las amenazas de su hermano, pero me he mantenido firme. No sé cuánto nos durará; cada vez está todo más caro. Los productos llegan a escondidas a los mercados, y se abusa de la situación. Si lo quieres, pagas, y, si pagas, se preguntan de dónde ha salido ese dinero. Es peligroso mostrar monedas, joyas, cualquier cosa de valor, y, si no lo tienes, te mueres de hambre.

—Imagino que no habrá sido fácil. He de hablar con Salvador: no me gusta esta sensación de precariedad, de peligro. ¿Adónde conduce el camino que pasa por delante de la casa?

—A las playas, al mar abierto me han dicho; la ciudad se encuentra dentro de la bahía. No nos hemos atrevido a seguirlo porque es frecuente el paso de relevos de los fuertes apostados en la costa. Por esa razón hemos decidido dejar el jardín delantero selvático; las ventanas delanteras no las abrimos, y las hemos cubierto para que no se filtre la luz por la noche. Aunque eso es una utopía, porque carecemos de velas: vivimos con la luz solar. Menos mal que estamos a las puertas del verano. No sé cómo conseguiremos sobrevivir en invierno, sin luz y sin calor.

Mercedes rebañó el tazón y se levantó. Marta la guio hasta la que sería su habitación. En la planta superior se abrían tres habitaciones: la de Salvador y la suya, que se hallaban enfrentadas, y la del fondo, la de Marta y doña Elvira, que compartían la cama más ancha, pues debía de ser la habitación principal.

Las estancias eran amplias, encaladas, con el techo muy bajo y sustentado por gruesas vigas de madera que quedaban a la vista, por lo que había que moverse con cuidado para no lastimarse la cabeza. Las camas eran de verdad, y completaban el mobiliario una mesita con compartimento para el orinal, un armario ropero y un aguamanil con espejo y toalla. Cogió la pizarra de su hermana y escribió:

—«Tía Herminia estaba bien situada. También era propietaria de una casa en San Vicente, aunque está destrozada. He descubierto que la encargada de la conservera roba y que, aprovechando el caos de la guerra, se ha quedado con el mobiliario de la tía».

Marta lo borró y escribió a su vez.

—«Salvador está desesperado por conocer el contenido de la herencia. No creo que reciba esa noticia de buen grado».

Mercedes asintió con gesto resignado, pero, en ese momento, el cansancio se imponía. Marta le sacó un camisón, la ayudó a desvestirse y cerró las contraventanas para tamizar la luz exterior mientras ella se lavaba un poco. Luego la abrazó de nuevo y se retiró. Mercedes se quedó mirando la puerta cerrada por la que había desaparecido su hermana: también la había echado de menos.
Fue una discusión lo que la despertó. La voz de su hermano llegaba inconfundible y alterada, mientras que la de doña Elvira, más baja, suplicaba paciencia. Suspiró. Aunque Salvador era un par de años mayor que ella, el estatus de mujer viuda e independiente le servía para imponerse. Fuera imperaba una realidad desoladora, una guerra, y no estaba dispuesta a tolerar tonterías de nadie.

Ignoraba cuánto había dormido. Retiró las sábanas y se incorporó. La luz exterior que se filtraba ya no era tan brillante. Se aproximó a la puerta acristalada y abrió las contraventanas: sintió la humedad o el frío por el sueño perdido, y pensó que necesitaría un día completo para recuperarse del viaje. Salió a la estrecha solana y se asomó al jardín selvático y a la verja de la entrada y, más allá, vio el camino de tierra por el que había llegado. Diseminados, divisaba otros muros que protegían casitas y huertas. Volvió a cerrar, incluidas las contraventanas, para mantener la apariencia de casa deshabitada. Se vistió, bajó y los encontró en la sala.

—No quise agobiarte a preguntas —dijo Salvador—, parecías

agotada, pero ahora espero que nos cuentes. ¿Qué pasó cuando te llevaron esos hombres?

Mercedes narró sus peripecias y cómo casi perdió la vida en la escapada. La recuperación del frío pulmonar en Mogrovejo, en la que no escatimaron esfuerzos ni el militar retirado ni su ama de llaves, y la larga convalecencia. Doña Elvira escribía resúmenes en la pizarra para que Marta se enterase.

—Fue un alivio recibir la noticia de que estabas a salvo. Nos moríamos de incertidumbre al comprobar que no llegabas y nos temimos lo peor. —Doña Elvira asentía a cada palabra de Salvador —. Ahora que estás aquí, no hay razón para demorar la visita al abogado de la tía, quien no atendió mis razones por encontrarte tú ausente.

—Es lógico. Parece mentira que estudies leyes e ignores lo más elemental —reprendió Mercedes, molesta—. Mañana asistiremos los tres juntos, pues somos los tres los beneficiarios, y, luego, ya decidiremos, según veamos.

—Perfecto —corroboró Salvador, satisfecho—. Y las leyes están para no cumplirlas, y menos en tiempos de guerra. ¿Qué habría sucedido si no hubieras aparecido? Con un testigo que diga que te ha visto muerta, vale.

—¡Qué agradable! —ironizó con el gesto torcido, y cambió de tema—: ¿Qué has hecho durante mi ausencia?

—Confraternizar con los pocos vecinos que quedan en la ciudad; la mayor parte ha huido. Mi amigo Roberto García Robles, compañero de la universidad, escribió una carta a un primo, dueño de una cervecera en Santander, para que nos introdujese en la sociedad.

—¡Qué previsor! —alabó Mercedes—. Eran tantas las preocupaciones que no pensé en ello. ¿Y cómo te ha ido?

—He averiguado bastantes cosas. Los franceses civiles y los josefinos son personas razonables, familiares con grandes intereses comerciales y mucho que perder, aunque el gobernador militar no es bienvenido en los altos círculos de la ciudad, ni siquiera entre sus compatriotas, pero eso son chismes que a nosotros no nos afectan por el momento. Esta casa se les ha escapado en las exacciones por encontrarse un tanto apartada del núcleo de la población y vacía. El caso es que no estamos en el censo de los contribuyentes, ni nadie

ha solicitado que alberguemos a oficiales por el momento.

—No por mucho tiempo —matizó Mercedes, y elevó una ceja, pensativa—. Enseguida correrán las nuevas. Por otra parte, me preocupan este aislamiento y la comida.

—Son problemas para cualquiera, independientemente del bando al que se pertenezca. Barthélémy y su banda, además de las raciones y de las exacciones oficiales, roban a manos llenas allí donde huelen dinero, sea francés o español. De ahí, el descontento unánime.

El resto de la tarde lo pasaron conversando, primando los detalles de su estancia en Liébana. Salvador resultó especialmente inquisitivo, hasta el punto de que a Mercedes le molestó tanta perseverancia. Habló de Pepa y de su lucha por sobrevivir, pero omitió especificar el papel de Alfonso en la División que se estaba formando allí; por el contrario, hizo hincapié en su lesión y el retiro como militar y explicó su presencia el día del secuestro bajo la presión de la necesidad de abastecer a la población de Liébana. Distorsionó lo más posible la realidad con la finalidad de preservar la colaboración de Alfonso con el ejército patriota.

—En parte fue una suerte que nos abandonaran los franceses y no hubiera testigos de tu secuestro. Diremos que te encontrabas convaleciente en San Vicente de la Barquera, en casa de nuestra tía, si alguien muestra interés —comentó Salvador—. Andan muy nerviosos porque, a excepción de unas villas costeras y del camino a Reinosa, no controlan el territorio, y la principal causa son las guerrillas; sobre todo, la que se refugia en Liébana. Si se supiera que has estado allí, querrán mucha información, incluso aquella que no puedas darles.

—Ya. Quieres decir que no me creerían si asegurara inocencia e ignorancia.

—Sí. Por tu seguridad y la de todos, has estado en San Vicente. Allí subiste en el coche correo, ¿no?

—Sí, pero es arriesgado decir que me alojé en casa de la tía. Permanece cerrada cuando no viven oficiales franceses por encontrarse dentro de las murallas, y, al ser la dueña de la conservera, la conoce mucha gente. La noche la pasé en casa de una mujer que es la encargada de la fábrica, Eladia Enterría, que alquila una habitación a mujeres o personas de su confianza. Será más

verosímil decir que me quedé todo el tiempo con ella.

—Bien. ¿Qué tal el viaje en el coche? Imagino que habrás sido la única mujer. ¿Te ha incomodado algún hombre por viajar sola?

—No hubo muchos viajeros, y nadie se dirigió a mí, excepto el oficial francés, aunque no fue desconsiderado, y enseguida lo disuadí de mantener una conversación conmigo.

—¡Ah, sí! El coronel Cornulier.

—Habla muy bien nuestro idioma, aunque se le atraganta la erre —puntualizó Mercedes.

—Como ya te comenté, es el mando de la Gendarmería Imperial en Santander; pertenece al cuerpo de élite. Se dice que está aquí para acabar con las guerrillas —comunicó su hermano—. Rezo por que no lo hayas ofendido. He oído que posee una inteligencia aguda y un sentido del honor acentuado. Su misión es la de proteger las vías de comunicación, informar a los gobernadores y comandantes y dirigir el entramado de informadores en la provincia.

—Traidores —resumió con un escalofrío Mercedes—. ¿Cómo sabes tanto?

—Procuro acudir a la misa del domingo en la catedral. Aquello es el mentidero de la gente bien posicionada en la administración, y he sido admitido en ciertas reuniones clandestinas: está prohibido reunirse en la calle.

—¿Te relacionas con los afrancesados? —se sorprendió Mercedes.

—¡Qué remedio! ¿Cómo pretendes sobrevivir aislada? Necesitamos adquirir comida. No seas tan recelosa. Robles, el primo de mi amigo, me ha presentado a algunas personas a las que ya conocerás. Lo importante ahora mismo es lo que ha llegado a averiguar Cornulier sobre ti durante el viaje.

—Por lo que cuentas, lo suficiente para no desear encontrarme con él —confesó Mercedes—. Le dije que nuestro padre fue fusilado en Madrid, aunque no pareció impresionado ahora que lo pienso, pero lo mantuvo apartado.

—¿Y sobre tu estancia en Liébana?

—Nada. Asistió a mi despedida con Eladia y me ayudó a subir al coche.

—Es un testigo importante de tu estancia en San Vicente; del mal, el menor.

—No entiendo por qué te preocupas tanto. No es mi intención confraternizar con esa gente.

—Ya has comprobado lo complicado que es viajar. Debemos hacernos a la idea de que permaneceremos aquí hasta que los franceses sean derrotados —murmuró su hermano, cansado.

A Mercedes no le interesaba conocer las actividades sociales de Salvador, sino cómo mantenerse a salvo en esa maldita guerra, y no estaba muy segura de las nuevas relaciones: la amistad duraba lo justo, hasta que te convirtieras en alguna amenaza. En Mogrovejo había aprendido que las relaciones válidas eran entre personas ligadas por algún afecto o favor.

—«¿Dónde vas a pintar?» —preguntó mediante la pizarra y también en voz alta a Marta, dispuesta a cambiar de conversación —. «Creo que el lugar idóneo es el invernadero».

—No eres la única que piensa —contestó Salvador, todavía molesto—. Ya está pintando.

Marta le pasó la pizarra a doña Elvira, que leyó:

—«Mañana te lo enseño. Es tarde y la luz es mala, aunque por la humedad no es el sitio ideal».

—Perfecto. Me alegro de que hayáis sido capaces de seguir adelante. Ahora nos falta lo más peliagudo: ¿cómo lo haremos?

Guardaron silencio, cavilosos ante el gran reto que se abría ante ellos. Mercedes suspiró agotada y se retiró a la habitación.

Los graznidos de las gaviotas la despertaron. Prefería a los pajarillos del campo, más sutiles y delicados con los oídos humanos que aquellos desagradables pajarracos. Recordó la visita al abogado y suspiró. Retiró la ropa de cama, se levantó y abrió los postigos de la ventana. Se aseó con el sol bañando la estancia y eligió, por primera vez en meses, un vestido bien confeccionado con algodón de las colonias de color beis. Lo completó con una chaqueta de estilo inglés en color tabaco, ajustada a la cintura, y un sombrero adornado con flores y dos largas cintas de raso en crema.

Con la chaqueta, el ridículo y el sombrero en la mano, bajó a desayunar.

—Buenos días —saludó a sus hermanos, quienes ya se hallaban sentados a la mesa en la cocina. Doña Elvira andaba pendiente de la leche en el fogón.

—Buenos días —contestaron al unísono su hermano y doña

Elvira. Marta agitó una mano y sonrió.

—¡Un desayuno como Dios manda! —exclamó Salvador emocionado.

—¿No hay nada de esto aquí? —inquirió Mercedes preocupada.

—No llega. Ya se encargan Porlier y sus secuaces de robar la harina y las legumbres de Palencia —replicó su hermano.

—No me gusta esa forma de exponer los hechos. Lo primero: los ladrones son los josefinos encargados de las sisas que extorsionan a los campesinos para alimentar al ejército invasor; y lo segundo: Porlier roba a los franceses para alimentar a los patriotas que luchan por recuperar los bienes y el país.

—Ten cuidado con lo que vas diciendo por ahí. Esa forma de pensar nos puede acarrear problemas.

—Estoy en mi casa. ¿Acaso tú no opinas igual? —atacó Mercedes.

—Hay que ser como el junco e inclinarse según el viento que sople —alegó Salvador, satisfecho de su filosofía.

—A eso yo lo llamo oportunismo. —El tono de Mercedes sonó sarcástico y despectivo.

—¿Qué sabrás de política? Eres demasiado emotiva.

—Y tú, demasiado cínico; no quiero discutir hoy —cortó la réplica de Salvador, y se entregó a las sopas.

—Anoche puse unos garbanzos a remojo —comentó doña Elvira para aliviar la tensión—. Si encontrara algo en el mercado que no fuera demasiado caro…

—Echaré un vistazo, no se preocupe —se ofreció Mercedes.

Terminaron en silencio. Mercedes se preguntaba en qué compañías andaba Salvador para pensar como un josefino, oportunistas que esperaban medrar al servicio de los franceses sin importarles sus paisanos. ¿No se daba cuenta de que podría pagar muy cara la colaboración cuando recuperaran la independencia? Porque no le cabía la menor duda de que derrotarían a Napoleón. Alfonso le había contado que se estaba formando un gran ejército de patriotas en Asturias, y los éxitos de Porlier eran bien conocidos. ¿Le habían prometido algún puesto de esos que no deseaba nadie por ser considerado de traidores?

Desechó sus aprensiones y puso orden en las prioridades: el abogado primero y, luego, indagaría sobre la situación en la ciudad.

Salieron juntos y caminaron un trecho en llano y luego una pronunciada cuesta hacia abajo que los condujo hasta la fuente de la Pila. En esa zona las casas eran más frecuentes, así como lo era la presencia de los aguadores. Enfilaron la calle de la iglesia de la Compañía, en la que se encontraba el despacho del señor Ceballos. Él mismo les abrió la pesada puerta después de cerciorarse de su identidad por la mirilla.

—Disculpen la falta de personal, pero la guerra no perdona.

Era un hombre entrado en años, entrecano y sobrado de peso, de aspecto desarreglado, con la camisa arrugada y las zonas de la levita más expuestas desgastadas.

—Lo comprendemos, no se apure —se adelantó Salvador—. Ya nos hemos reunido los interesados; espero que no haya más razones para aplazar el conocimiento del contenido del testamento de nuestra tía.

Mercedes se había acostumbrado a que su hermano destacara por encima de ella, por lo que se mantuvo en el segundo plano que le adjudicaron, sentada junto a Marta, quien observaba concentrada en un intento de suplir con la vista lo que le negaba el oído. En el despacho gobernaba el caos a falta de un ayudante, aunque el señor Ceballos parecía nadar con éxito en medio del desbarajuste. Extrajo un manoseado archivo de una estantería y pasó una serie de hojas hasta que llegó a la deseada.

—Empezaremos por el patrimonio, si les parece bien —propuso el abogado—. La casa en la ciudad se la deja a su sobrino Salvador Velarde, mientras que la casa de San Vicente de la Barquera se la lega a doña Mercedes y a doña Marta, a partes iguales.

—Muy justo —comentó Salvador satisfecho.

—Puede parecerlo, pero le recuerdo que doña Herminia era una mujer peculiar; vivió durante mucho tiempo sola y dirigió un negocio fructífero.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó su hermano intranquilo, mientras Mercedes escribía en la pizarra de Marta.

—La conservera de San Vicente se la lega a las señoras, y a usted, unas acciones de una fábrica de harina en Mave y de una mina en Vizcaya, además del dinero acumulado en el banco.

Mercedes contuvo el aliento y Salvador arrugó el entrecejo.

—Imagino que estamos hablando de mucho dinero —indagó

Salvador.

—En su origen sí, pero ahora no lo sé exactamente. Las fábricas y las minas están en manos de los franceses, que las gravan con exigencias constantemente y estrangulan cualquier posibilidad de beneficio. Lo mismo sucede con la conservera, aunque esta última permite una cierta ganancia para que los operarios sigan trabajando. El depósito bancario dudo que lo pueda hacer efectivo; además, le prevengo de que están obligados a contabilizar el movimiento de dinero y a informar a Hacienda; de esta manera los regidores sabrán, cuando requieran más dinero, a quién exigírselo. Imagino que conocerá las exacciones periódicas que aplican los franceses.

—¿Me está diciendo que, a excepción de la casa, no puedo acceder a la herencia? ¿Y cuando termine la guerra?

—El consuelo es que, para entonces, nadie tendrá un real. Por extraño que parezca, aquellos que hayan logrado conservar la tierra de cultivo o una fábrica podrán remontar, pero partiendo de cero. Mi humilde consejo es que mantenga la propiedad de la casa y, cuando soplen buenos aires, con el producto de la venta de las acciones o de la casa comience algún negocio. Sus hermanas salen favorecidas porque la conservera genera ganancia, aunque en el presente no la disfruten. No está todo perdido. La mayor parte de los españoles aguanta el temporal con la esperanza de levantarse de nuevo.

—¿El consuelo? ¿Su consejo? ¿Aguantar? —repitió Salvador anonadado.

Mercedes creyó que había llegado el momento de intervenir.

—Gracias por todo, señor Ceballos. ¿Cuándo podremos firmar los papeles para tomar posesión del patrimonio?

—Ya. Solo faltan los datos de los beneficiarios y la firma de cada uno, pero los tomaré yo mismo, así que, si no hay inconveniente, lo haremos ahora. Es mi deber advertirles de que, aunque la casa se ha salvado de la rapiña por hallarse apartada, ahora pasarán ustedes a figurar en el censo como propietarios, y, por tanto, que podrían surgir molestias por parte de las autoridades.

—Es una forma muy sutil de exponerlo —ironizó Mercedes.

Contestaron a las preguntas del abogado y Salvador presentó el documento en que se le reconocía como tutor de Marta por ser esta

menor de veintiún años.

—¡Ah! Se me olvidaba. Dejó una caja de música, a la que tenía mucho cariño, y me pidió que se la entregara a usted. Era de su madre, su abuela por parte de padre —matizó nervioso—, y deseaba que permaneciera en la familia y no acabara en un anticuario.

—Gracias. Me haré cargo de ella —se responsabilizó Mercedes de lo que debía de ser una reliquia familiar. Era un bulto considerable, envuelto en un burdo lienzo y atado con cordel.

Mercedes se despidió satisfecha, pues ya se imaginaba que no podrían hacer efectiva la herencia, tan solo ponerla a su nombre. Se había visto obligada a cerrar la fábrica de textiles y la conservera; si no cerraba, o la dañaban, sería un buen negocio y, cuando las cosas retomaran su curso, a juzgar por la posición de doña Herminia, vivirían holgadamente.

—Voy a visitar al banquero —anunció Salvador—. Lo presionaré para que me haga efectiva la mayor parte de la herencia.

Se encaminaron hacia la dársena Chica, esquivando a mujeres con herradas, niños que corrían o jugaban, viejos que se ofrecían para trabajos pesados en los escasos comercios y talleres artesanales abiertos y en estado ruinoso.

—¿Para entregársela a los franceses? —recordó Mercedes—. No seas absurdo. No te interesa que salga a la luz que dispones de dinero. Te perseguirán.

—¿Y tú cómo lo hiciste?

—Porque fue antes de que comenzaran con las exacciones. ¡Por Dios, Salvador! No es buen momento para hacer gala de una buena posición económica, sino de pasar desapercibido.

—Es muy fácil para las mujeres que os encerráis en casa y con un puñado de garbanzos os alimentáis.

—Yo te he dado un consejo. Haz lo que quieras —zanjó Mercedes, cansada de lidiar con la necedad.

—¡Oh! Es Mateo Robles, el dueño de la cervecera —comentó Salvador.

Mercedes se fijó en el hombre que se les aproximaba: bien vestido, con una chaqueta de paño oscuro y pantalón tabaco, de altura media, con el pelo de color castaño claro y a la moda francesa: despeinado y hacia la cara. La traza era de afrancesado. Llegó a su altura, realizó una venia perfecta y, al levantar la cabeza,

mostró unos ojos marrones, como las barricas de su cerveza.

—¡Velarde! ¡Qué bien acompañado le encuentro!

—Le presento a mis hermanas: la señora viuda de Hontoria y la señorita Velarde.

—Un placer —saludó Mercedes. Se acomodó la caja de música bajo el brazo, pues resultaba pesada al cabo de un rato.

—El placer es mío. Me dirigía a la cervecera —comentó el señor Robles, a quien Mercedes calculó no más de veintiséis o veintisiete años—. Hace un día espléndido; si me acompañan un trecho, les mostraré los muelles.

—Nosotras nos dirigíamos al mercado —se excusó Mercedes.

—¿Al mercado? Es obvio que no está familiarizada con la villa. No se preocupe, le conseguiré una merluza o una lubina fresca. Mis hombres pescan en el mismo muelle cada día, algo que no puede controlar Argomedo, como a los pobres pescadores que disponen de lanchas y dependen de las licencias.

Mercedes se vio obligada a aceptar para no resultar grosera ante el ofrecimiento del caballero. Mostraba buenos modales sin llegar a ser afectados. Marta, como era habitual, no perdía detalle de los rasgos del hombre mientras hablaba, pero a Mercedes le preocupó que el señor Robles lo interpretara como un interés personal o una forma de coqueteo, ya que él le devolvía la atención con sonrisas. No sería la primera vez que la belleza de Marta encandilara a un caballero para que, en cuanto se enteraba de su problema, pasara a ignorarla. Mercedes conocía la sensibilidad de su hermana ante el rechazo desconsiderado, aunque estuviera habituada. Se encontraba en esa edad en la que una mujer anhelaba formar una familia o que la contemplasen como una posibilidad, pero para Marta, dicha opción terminaba en cuanto se descubría su defecto.

El señor Robles concentró la atención de sus invitados en el largo muelle. La cervecera se situaba más allá de la muralla y del barrio de pescadores, en Molnedo, junto a una fábrica de harinas, cerrada a falta de producto. Marta y Mercedes iban del brazo. Lo siguieron al interior de la nave y el olor del cereal los envolvió.

—La base de la cerveza es el agua, el cereal y la levadura. Pasaremos a la sala donde se rastrilla el cereal —invitó el señor Robles—. Como estamos en guerra, empleamos el más barato: escanda, alforfón o centeno, que nos llega desde Palencia.

En una sala de techo bajo se hallaba el cereal extendido por el suelo y unos trabajadores lo volteaban a mano.

—Aquí se lleva a cabo el malteo del cereal a temperatura ambiente. El volteo es para que se seque de forma uniforme —explicó el señor Robles.

Recorrieron almacenes de fermentación, calderas de lúpulo, enfriaderos, graneros para el cereal y una zona de fabricación de barriles. Cuando llegó el momento de despedirse, el señor Robles los obsequió con unas canecas de cerveza.

—Por favor, no me delaten ante las autoridades francesas por haber escaqueado unos litros —bromeó—. Y lo prometido es deuda: he enviado a su casa una lubina, así que no tienen que preocuparse de la comida de hoy.

—¡Oh! Eso es demasiado, mi querido amigo —exclamó Salvador, agradecido—. Permítanos corresponder a tanta amabilidad con una invitación a merendar mañana.

A Mercedes se le cortó la respiración, pero comprendió que era lo menos que podían hacer ante tantas atenciones. No le agradaba abrir la casa a desconocidos, por muy educados y recomendados que fueran. No se le escapaba que su hermano no guardaba ninguna prudencia en los terribles tiempos que vivían.

—Perfecto, mañana.

Realizó un besamanos a las mujeres y comentó:

—La señorita Velarde se ha mostrado tan discreta que no ha pronunciado ni una palabra. Espero que mi presencia no haya sido la razón.

—Mi hermana es sordomuda —informó Mercedes—. Se expresa correctamente por escrito, medio por el que nos comunicamos con ella.

Estaban habituados los hermanos a las confusas reacciones de las personas ante la noticia, así que Mercedes apreció la entereza del señor Robles.

—Un lamentable contratiempo, aunque me agrada que no haya quedado su mente envuelta en las tinieblas de la ignorancia y nos permita disfrutar de su presencia.

—Muy amable por su estimación —correspondió Mercedes con una sonrisa: acababa de borrar cualquier reticencia que hubiera en su contra.

10

Hicieron los honores a la lubina y Marta adivinó por los gestos la conversación que se desarrollaba en la mesa. Por la tarde, en ausencia de Salvador, Marta y doña Elvira condujeron a Mercedes al pequeño invernadero. Marta revivió cuando se encontró entre los brazos de su hermana. Había sufrido lo indecible por su suerte, y se había culpado constantemente de la tragedia. Si no hubiera sido por la esperanza que había insuflado el maestro en su mente, no se habrían hallado en esa tesitura. Hasta que no faltó su padre, no cayó en la cuenta de cuánto dependía de la familia, especialmente de Mercedes, y, cuando la raptaron los bandoleros, creyó morir allí mismo.

Había crecido rodeada de cariño. No habían escatimado esfuerzo en su formación y se sentía a gusto; sin embargo, pronto descubrió que era una sensación falsa, porque la gente la admitía por amabilidad o compasión, no porque pensaran en ella como una persona completa. De ahí, que la probabilidad, aunque fuera remota, de un milagro la empujara a perseguir un imposible sin evaluar las consecuencias.

Doña Elvira la sostuvo, la animó y no permitió que la venciera el desaliento. En cuanto tomaron posesión de la casa en Santander, organizó su vida en torno del cuadro en cuestión para distraerla. Doña Elvira era lo más cercano a una madre, pero se hacía mayor. Se quedó viuda, sin hijos y en una situación precaria cuando se enteró del fallecimiento de su madre y de su problema auditivo por los vecinos, por lo que se puso en contacto con su padre, y enseguida llegaron a un acuerdo. Le había contado Mercedes que no se mostró exigente, y se contentó con la manutención y unos reales para ropa.

Doña Elvira gozaba de una educación excelente, como hija de un comerciante, por lo que contribuyó de forma definitiva en su formación cultural. El casamiento de Mercedes mejoró el vestuario

de la familia y de doña Elvira, y poco más, y, ahora, la buena señora dependía de la suerte que corriera la familia de la que ya formaba parte; de hecho, Marta no concebía su vida sin los cuidados de doña Elvira.

Marta señaló las enredaderas que ocultaban, al visitante inoportuno, la actividad que se realizaba dentro del recinto acristalado. Al pie de las hiedras crecían selváticas begonias, geranios y pensamientos, y alegraban con su colorido el exiguo espacio. Una mesa de mimbre y dos hermosos y cómodos sillones, sin duda, el lugar predilecto de la tía en los días soleados, ocupaban el centro de la húmeda estancia. Entre las tupidas plantas habían situado el gran atril con el lienzo en el que trabajaba, cubierto por una larga tela: «*Santa Casilda*», de Francisco Zurbarán, se dijo con satisfacción. El pintor extremeño fue muy prolífico, y le encantaba la ternura que desprendía la representación de San Bernardo entre los brazos de Jesucristo, que abandonó la cruz para sostenerlo.

Notó el tirón de la pizarra que llevaba atada a la cintura, y Mercedes se puso a escribir frenéticamente en ella.

—«Don Francisco ha perdido el juicio. ¿Cómo piensa que vamos a realizar el cambio? Es una locura toda la empresa, desde el principio hasta el final».

—«Pienso lo mismo, pero estoy convencida de que encontraremos el modo. Ya lo hemos hecho en otras ocasiones» —garabateó Marta.

—«No es lo mismo. Se trataba de un encargo de los dueños, de una falsificación para engañar a los franceses y salvar su patrimonio de la rapiña».

Marta le pasó la pizarra con las medidas y obvió las quejas de su hermana.

—«Ciento ochenta y cuatro de alto por cien centímetros de largo. No es demasiado grande para transportarlo».

—«¡Una locura!» —se reafirmó Mercedes—. «Es casi seguro que no podremos hacerlo. ¿Cómo vamos a acceder a los almacenes donde lo guarden?».

Como siempre sucedía, a esas alturas de la conversación escrita, ambas estaban manchadas de tiza de tanto borrar. El trapillo soltaba polvo blanco por doquier.

—«Es pronto para desanimarse. Acabamos de llegar» —

contradijo Marta, lejos del desaliento—. «Además, ¿y la satisfacción de que mi obra luzca en una mansión de un general francés como auténtica?» —contestó Marta con un gesto pícaro.

Mercedes meneó la cabeza, incrédula.

—«¿La vanidad del artista?».

Marta se encogió de hombros, afirmando el hecho como algo inevitable.

—«Espero que no terminemos lamentándolo. ¿La humedad no perjudicará la pintura?» —se preocupó Mercedes.

—«Sí, pero no hay otra opción. Dejo la puerta abierta para que esté bien ventilado mientras pinto. Hemos encargado el marco y los tablones para embalarlo. Goya me proporcionó las medidas y el tipo de madera para que siguiera las pautas de los demás embalajes y no destacara por ser diferente».

—«No habéis perdido el tiempo» —constató con desaliento Mercedes—. «El transporte: otro problema».

—«¿No dispone el cervecero de un carro?».

—«Lo necesita para su trabajo, y los carros no circulan libremente sin llamar la atención de los franceses» —explicó Mercedes al límite de la paciencia.

—«Ya veremos cómo se desarrollan las cosas» —desafió Marta, frunciendo el ceño, tozuda.

Marta se puso el delantal y se acercó al banco en el que se hallaban los jarros de cerámica cocida con los pinceles y la paleta de mezclar los colores para seguir con su obra. Entendía la reticencia de su hermana, pero ella confiaba en la vida, en el futuro y en la imaginación; de hecho, ya había esbozado una idea, aunque no la había expuesto porque era irracional. Aun así, se le había enquistado en la mente.

Retiró la tela y echó un vistazo al lienzo. Zurbarán había pintado una colección importante de santas para los conventos sevillanos. Los del Hospital de la Sangre se caracterizaban por tener las mismas dimensiones y una disposición similar de la figura. Santa Casilda era especial. La enorme falda de seda, entre dorada y cobriza, en la que escondía las rosas, y la blusa azul turquesa llenaban la composición; sin embargo, la mirada seria y directa de la muchacha atrapaba al espectador. Los enfermos del hospital que se habían repuesto de sus incurables afecciones juraban que la mirada había

cobrado vida cuando se había cruzado con la de ellos, y un marino que se había quedado sordo por los cañonazos había recobrado el sentido del oído. De milagrosas habían sido calificadas las curaciones por los galenos. Sus hermanos no la comprendían: ella quería oír, igual que don Francisco. No permitiría que los gabachos le arrebatasen la esperanza.

El maestro le había pasado un dibujo muy exacto del original con un montón de instrucciones. No era importante que fuera una copia perfecta, pues lo verían ojos inexpertos hasta que llegara a manos interesadas y peritas en la materia, y, para entonces, ya sería tarde. Había personas, familias que habían sufrido el saqueo, que deseaban recuperar sus obras por razones sentimentales, pero sin llamar la atención sobre el robo. En Madrid ya había realizado más copias, pero en esos casos, como le había recordado Mercedes, el cambio lo habían realizado los propietarios, quienes habían escondido la original y habían entregado la falsa. Ahora se trataba de un encargo a la desesperada: la obra ya había sido robada, y se hallaba en manos de los franceses. Gracias a los contactos de don Francisco en la corte, había sabido que Santa Casilda saldría por el puerto de Santander, por lo tanto, el cambio había que realizarlo en el camino, ya que los almacenes portuarios se encontraban muy bien custodiados, según las averiguaciones que había realizado Salvador.

Suspiró. Esa maldita idea que le rondaba sin piedad por la cabeza…

Mercedes la dejó con doña Elvira, quien se sentó a coser mientras Marta pintaba, y se encaminó a su habitación: había recordado la caja de música de tía Herminia. En la escalera, el resuello se confundió con un suspiro ante lo inevitable, porque Salvador apoyaba incondicionalmente aquella locura: «*su granito de arena*», decía. Un granito que se perdía en la inmensidad de las cientos de obras, tanto pictóricas como de orfebrería religiosa, que desaparecían de retablos, altares y casas particulares en manos de desalmados que ignoraban el valor de lo que se llevaban, tan solo acuciados por lo que se pagaba por ellas en los mercados clandestinos. Le dolía el expolio tanto como a Marta, pero dudaba de si el peligro que corrían merecería la pena.

Encontró la caja de música olvidada sobre la cama, la

desenvolvió y la dejó sobre la mesa tocador. Era bastante voluminosa para ser una caja de música en la que destacaba la complicada labor artesanal de taracea y el empleo de maderas preciosas de América. De una de las patas colgaba una llave dorada, aunque no le pareció que el cierre de presa la necesitara como comprobó al retirarlo y levantar la tapa: una pareja de enamorados comenzó a danzar al son de un minué. El trabajo de las figuras era primoroso, pero no le pareció lógico que el mecanismo ocupara tanto espacio cuando solían ser muy básicos y pequeños. Examinó la caja y, en un lateral, descubrió la palanca para darle cuerda, aunque no halló el orificio para meter la llavecita dorada.

Intrigada, bajó en busca de su hermana con la caja bajo el brazo. Doña Elvira había entrado en la casa y trasteaba en la cocina. Entró en el invernadero, cogió la pizarra y escribió lo que le extrañaba.

La muchacha dejó el pincel, arrugó el entrecejo y repitió el examen que ya había realizado ella. Marta era muy de palpar y sobar las cosas, así que repasó la caja con los dedos, frunció más el entrecejo, levantó una ceja, cerró un ojo y apretó en un sitio que, como estaba debajo de la yema del dedo, Mercedes no supo que lo había visto previamente. Marta cogió la llavecita y presionó en el lugar que había llamado su atención: una de las piezas de madera incrustada cedió y permitió a la llave introducirse; la giró, sonó un clic y se abrió un cajón en el frente de la caja.

Cruzaron una mirada de asombro, y Mercedes se dirigió a la mesa para posar la caja. El cajón era profundo y forrado en terciopelo. Se trataba de un joyero disimulado y lleno de bolsitas de fieltro, unas más grandes y otras muy pequeñas. Las fueron abriendo y desparramaron el contenido sobre la mesa. Mercedes se mordía el labio inferior para evitar exclamaciones que atrajeran a doña Elvira. No era que no confiase en ella —vivía con ellos desde que Marta empezó a andar y se dieron cuenta de que necesitaba vigilancia permanente—, pero, tal y como estaba la situación, cuantos menos lo supieran, mejor. Eso la llevó a considerar la necesidad de comunicárselo a Salvador.

Marta puso un poco de orden sobre la mesa para apreciar con más detalle las joyas de la tía Herminia. Destacaban, por grandes, un collar de perlas con una pulsera a juego y otra pulsera de eslabones de oro. Lo demás eran finas cadenas con medallas de

Jesús y de la Virgen del Carmen y anillos con diminutos diamantes incrustados en una complicada filigrana y en torno a alguna piedra preciosa engastada: topacio, zafiro, aguamarina, esmeralda, y con pendientes a juego. Las más caras eran las más sencillas: un par de sortijas con solitario y varios juegos de pendientes: pegados al lóbulo o con el diamante colgante. Marta escribió en la pizarra:

—«Son muy grandes los diamantes. ¿Costarán mucho?»

—«Una fortuna» —garabateó Mercedes—. «Será un secreto. No diremos nada a doña Elvira ni a Salvador. Puede ser nuestro futuro cuando termine la guerra».

—«Ahora los malvenderíamos; no hay dinero para pagar esto» —concluyó Marta.

A Mercedes le satisfizo la sensatez de su hermana. Cuando llegó a Segovia, le enseñó contabilidad para que la ayudase con la fábrica, y no solo aprendió rápido, sino que en ningún momento se mostró renuente ni vagueó. Fue una razón más para que se sintieran tan compenetradas y se llevaran tan bien, las unía el mismo entusiasmo por la independencia y por la vida, a pesar de que, en ocasiones, Marta se mostrara vehemente y demasiado inocente, como en el caso del encargo de don Francisco.

—«Aunque conocen su existencia, no la dejes a la vista. Cuanto menos la recuerden, mejor» —aconsejó Marta.

Mercedes asintió y se preguntó dónde la esconderían.

—«¿Enterrada en el jardín?» —propuso.

—«Lo hace todo el mundo» —rechazó Marta—. «Es lo primero que hacen los soldados: cavar como locos». —Paseó pensativa la mirada hasta que su rostro se iluminó ante una idea—. «Las personas guardan los objetos de valor cerca de sí o escondidos. Haremos lo contrario» —escribió; le pasó la pizarra a su hermana y se levantó.

Arrastró literalmente a Mercedes, quien todavía sostenía la pizarra, por el invernadero con la caja en las manos, y se dirigió al rincón en el que habían arrumbado los baúles y sombrereras de viaje junto a tiestos desportillados, regaderas y aperos del jardín. Restregó con tierra la caja para quitarle lustre, reacomodó los útiles de la huerta de forma que la caja quedara cubierta por estos y se volvió sonriente. Mercedes aplaudió sin ruido, satisfecha, un gesto con el que alababa la genialidad de Marta: nadie sospecharía que

había un tesoro allí, y, si daban con la caja, pensarían que la habían desechado por inservible.

Cenaron el caldo de los garbanzos que comerían al día siguiente. Mercedes le explicó a doña Elvira lo que había aprendido de Pepa para aprovechar la comida y la variedad de posibilidades en la presentación para engañar al estómago. También hirvieron las raspas de la lubina, con las que prepararon un caldo para hervir patatas más adelante; la improvisación de nuevos platos era constante.

En la sobremesa, Mercedes arrinconó a Salvador, cuando tomaron asiento en el salón. Se fijó en la chimenea apagada, y le trajo el recuerdo de Mogrovejo y de las veladas con el teniente de la Armada. Quedaba lejos, y debía centrarse en el presente. A pesar de ser verano, cuando caía la noche, notaba la humedad propia de la costa. Se arrebujó en su mantilla de lana.

—Cuéntame, ¿qué has averiguado sobre esta ciudad?

—Bonifacio Rodríguez es el alcalde en funciones, un hombre templado que media entre el gobernador militar y los ciudadanos —comentó su hermano—. Unos lo consideran josefino y otros, patriota.

—¿Y eso es bueno? Me suena a oportunista —objetó Mercedes.

—Muy bueno en una guerra de posiciones, revela su destreza como político —alabó Salvador—. Sin embargo, Joaquín Aldamar, el intendente, es un hombre vendido a los franceses. Pero lo realmente curioso es la población santanderina.

—¿A qué te refieres?

—Hay una colonia de franceses que se asentaron aquí por razones comerciales o porque huían de la Revolución; el caso es que, cuando comenzó la invasión, las autoridades españolas los encerraron en el fuerte de San Felipe, solo por el hecho de ser franceses. Lejos de buscar venganza, una vez liberados por los suyos cuando ocuparon la ciudad, se han mezclado con la población josefina, con la que se llevan bien. Los santanderinos son comerciantes, inclinados a contemporizar con los avatares políticos para no perder sus negocios.

—Lo que llamamos «de dos caras» —concretó Mercedes.

—Eso es hipocresía, yo lo definiría como «prudencia» —matizó Salvador—. Sencillamente, no dicen lo que piensan y capean el

temporal, como dicen por esta tierra. Date cuenta de que están a tiro de piedra de Francia y de Inglaterra, por decirlo de alguna manera, y les afecta cada cambio de aliado que realiza el Gobierno. ¿Podrías decirme cuántas veces hemos cambiado de aliado? Desde que he nacido he presenciado dos: en 1805 luchamos en Trafalgar contra los ingleses, y ahora son nuestros aliados y padre hablaba de otra anterior, y cuando estalló la Revolución francesa colaboramos con los ingleses. En los puertos deben de estar más que hartos con tantos cambios políticos.

—Imagino que tienes razón. ¿Alguien de confianza? —indagó Mercedes.

—Es muy pronto para saberlo; y más con la desconfianza como lema. Otro asunto —recordó Salvador—: el domingo asistiremos a la misa mayor.

—¡Lo que faltaba! —suspiró Mercedes, impotente.

—Estará presente lo más granado de la ciudad, y debemos relacionarnos con ellos si queremos idear un plan para llevar a cabo la recuperación de Santa Casilda.

—Nos convertiremos en objetivo al no pasar desapercibidos.

—Si vamos a residir aquí, tarde o temprano tendremos que dejarnos ver en algún acto oficial. Se puede llamar la atención de las dos maneras: por asomar o por no asomar, lo que daría lugar a habladurías. Ya sabes cómo es la gente para inventar rumores sobre lo que ignora —replicó Salvador.

Mercedes reconoció de nuevo que la razón asistía a su hermano: el misterio era igual de contraproducente.

—Luego, ya estamos involucrados en dos actos sociales: mañana vendrá a merendar el señor Robles, y pasado, la misa en la catedral —resumió Mercedes, resignada.

El señor Robles se presentó puntualmente, con una merluza en esta ocasión, para sonrojo de Mercedes, quien se sintió culpable ante su recelo. Salvador había conseguido chocolate y pan en una tienda de coloniales de un josefino a cambio de un alfiler de oro que perteneció al difunto marido de su hermana. Pasaron a Robles al salón, en donde habían dispuesto la mesa.

—Es una buena casa, discreta y cómoda —alabó el señor Robles —. ¿Cómo se han librado de alojar a un oficial?

—Lo ignoramos —respondió Salvador—. Creemos que por la

situación alejada del núcleo o por un despiste de la administración.

—Han tenido suerte. Las quejas son continuas por los destrozos que causan en las casas que los acogen, con el agravante de que no serán atendidas mientras esté Barthélémy de gobernador.

—Desde que he llegado solo escucho lindezas de ese general —agregó Mercedes.

—Carece de escrúpulos. Es uno de esos franceses nacidos de la Revolución, sin cultura ni principios morales, criados en los campos de batalla y habituados a sobrevivir con la violencia como bandera. La mujer que presenta como esposa es una de esas mujeres que siguen a las tropas, otra arribista.

Doña Elvira trajo la jícara con el chocolate caliente y Marta, la fuente con el pan. Los caballeros ayudaron a sentarse a las mujeres antes de hacerlo ellos. Se hizo el silencio mientras se servían y se pasaban la fuente.

—¡Porcelana! —se admiró Mateo—. ¿No se les ha ocurrido esconderla? ¿De dónde vienen?

—De Segovia —informó Mercedes, atónita—. ¿También les interesa la porcelana?

—Y las sábanas, las mantas, cualquier cosa, y les da igual si hay niños o enfermos en la casa.

—¡Jesús! —Se santiguó doña Elvira escandalizada.

—Segovia está bajo la influencia de José I —prosiguió Mateo—. En su descargo, debo admitir cierto interés por ganarse al pueblo español, pero el norte está bajo la jurisdicción militar, y Napoleón no le permite que se inmiscuya en sus decisiones.

—Es una marioneta —dedujo Salvador.

—Por completo. De todas formas, los anteriores gobernadores no eran como este. De hecho, el propio intendente, Joaquín Aldamar, se queja de los abusos y de las exigencias de Barthélémy, consciente de que son imposibles de satisfacer por las autoridades santanderinas.

—He estrechado amistad con un comerciante de aceite que coincide con esas quejas —comentó Salvador—. A la ciudad de Santander se le exigieron doscientas mulas y cinco mil raciones de galleta diarias. Sin embargo, Barthélémy no respeta el acuerdo y realiza recaudaciones por su parte; incluso permite que los soldados lleven a cabo las suyas sin impedimento. Con semejante saqueo,

¿cómo pretende que se reúnan las cantidades estipuladas?

—Por eso se llama abuso, Salvador —replicó Mercedes—. Los españoles no les importamos.

—Los civiles, en general, sean patriotas, josefinos o franceses —corrigió Mateo—, están descontentos con este gobernador. ¿Van a acudir a la catedral?

—Eso habíamos pensado —confirmó Salvador.

—Escuchen a la gente. Cada vez, a pesar del miedo, se expresan más abiertamente porque están desesperados, sea cual sea su inclinación en esta guerra. Nos reacomodamos sin ningún rubor: es una cuestión de supervivencia —aclaró el señor Robles—: cada uno está a salvar el pellejo.

»El año pasado las tropas patriotas cogieron por sorpresa al general Noirot, tomaron los fuertes de Guarnizo y Peña Castillo y posicionaron cañones en El Puntal y en Pedreña. Noirot escapó con buena parte de sus tropas y llegó a Torrelavega para unirse al general Bonnet. En la ciudad, Ballesteros encerró a cuatrocientos franceses en el fuerte de San Felipe. Los franceses recuperaron la ciudad y nos lo hicieron pagar caro. El problema, en este momento, son los militares, no las personas. ¿Y ese peculiar olor? Hace rato que intento determinar de qué es.

Mercedes olisqueó el aire a la vez que miraba interrogativa a sus hermanos, quienes se encogieron de hombros.

—¡Oh! Puede que mi olfato sea demasiado fino —se disculpó el señor Robles.

—¿De dónde proviene? —indagó preocupada doña Elvira—. ¿Se está quemando algo?

—No, no es ese tipo de olor, sino más penetrante y picante. —Por un instante, Mateo se turbó al fijarse en Marta, y enseguida retiró la mirada, pero Mercedes se dio cuenta—. Está en el aire —concluyó.

—Trementina —desveló Mercedes.

—¡Eso es! —exclamó el hombre.

—¡Ah! —suspiró aliviada doña Elvira.

—Estamos tan acostumbrados que ya no lo olemos —justificó Salvador—. Marta pinta.

—Un entretenimiento muy digno. ¿Paisajes o retratos?

—Lo que se le ocurre, pero no es buena —se apresuró a

responder Mercedes.

La conversación había tomado un sesgo peligroso, pero no contó con Marta, quien, de forma abrupta, se levantó entusiasmada, y, con gestos animó al señor Robles a que la siguiera al jardín. Mercedes tomó la pizarra y escribió alarmada:

—«¿Qué pretendes? No podemos confiar en él».

Marta, en lugar de contestar, sonrió despreocupada e insistió a Mateo, quien se había percatado de la indecisión de los mayores y no se decidía ella. Salvador se encogió de hombros y, con un gesto de la mano, empujó al cervecero hacia la puerta trasera. Mercedes, que iba detrás de él, aprovechó para observarlo mejor: vestía a la moda y el paño de la levita era de calidad, pero sin pretensión, muy de acuerdo con su posición como dueño de un negocio. Indudablemente era uno de esos comerciantes al que le resultaba muy provechoso mostrar dos caras. El hombre, cohibido, mostró su interés por la huerta.

—Les será muy útil si dura mucho más esta situación.

—¿Algún pronóstico? —inquirió Salvador mientras se encaminaban al invernadero.

—¿Sobre la duración? En absoluto. Más que de los ingleses, dependerá de Napoleón, si le interesa esta guerra de desgaste o no. ¡Vaya sorpresa esta casa de cristal!

Mercedes intuía por dónde iban las intenciones de Marta. El día anterior ella se había opuesto a hacer partícipe del secreto al señor Robles y, ahora, ella los obligaba a aceptarlo. Muy lista, la niña.

—Un lugar muy acogedor —expresó Mateo cuando entró y una bocanada de calor húmedo los recibió.

Marta lo aguardaba junto al cuadro cubierto, mientras el señor Robles admiraba las plantas. En cuanto centró su atención en ella, Marta tiró de la tela. Robles se quedó callado, con el gesto pensativo.

—¿Y dice usted que no es buena? No soy un entendido en arte, pero que pueda identificar la calidad de las telas me parece sublime. ¿Es el retrato de un familiar?

—Sí —dijo Mercedes.

Marta, tras leer la pizarra que le pasó doña Elvira, la desmintió moviendo la cabeza negativamente.

—Bueno, no es de por aquí —intentó arreglarlo Salvador.

Mercedes observaba con una ceja levantada a Marta, quien la ignoraba y escribía febrilmente en la pizarra.

—Lo mío son los cereales, la cerveza y los aguardientes —reconoció Mateo.

Marta esquivó a Mercedes, que intentó interceptar el mensaje, y entregó la pizarra al señor Robles, quien leyó sonriente, aunque en sus ojos se reflejaba la perplejidad.

—¿Un sitio discreto, seco y luminoso? ¿Tiene miedo de que le confisquen el cuadro? Lo cierto es que requisan todo lo que se asemeje a una obra maestra, tenga valor o no.

—¡Oh! —Salvador se turbó—. No es el momento de discutir esto aquí. Regresemos a la sala, por favor.

—Por supuesto —aceptó Mateo, pero no secundó con el movimiento la iniciativa de Salvador—. Verán ustedes… —Los observó indeciso antes de continuar—: Uno de los graneros está vacío y cerrado y los vanos están cubiertos por piedra de alabastro en lugar de cristal, que no resta luz al interior, y ahora, en verano, el sol es muy generoso, pero conserva la intimidad de lo que se guarda. Creo que podría ocupar uno de ellos.

—Es usted muy amable. Creo que mi hermana está abusando de su buena inclinación —rechazó educadamente Mercedes.

—Estaremos más cómodos sentados en la sala para mantener esta conversación —insistió Salvador.

Se encaminaron hacia la casa, cada uno sumido en sus pensamientos, y, hasta que no se acomodaron alrededor de la mesa, no retomaron la conversación. Marta parecía molesta con la intervención de Mercedes.

—No entiendo de pintura, como ya les he participado; no obstante, intuyo que la extrema humedad del invernadero no es muy saludable para el lienzo. Insisto en que acepten mi oferta. Mañana por la mañana puedo pasar a recogerlo con el carro después del reparto por los cuarteles y las tabernas que permanecen abiertas.

—Puesto que insiste —decidió Salvador—, creo que deberíamos aceptar su ofrecimiento. Evitaríamos de esta forma llamar la atención de los franceses sobre la habilidad de Marta —recalcó con intención para que Mercedes recogiera la indirecta.

—¿Y esas frecuentes visitas a la cervecería no serían

malinterpretadas? —objetó Mercedes.

—¿Podría pasar por algún tipo de ayuda en la fábrica? —sugirió Robles no muy convencido.

—¡Claro! —exclamó Mercedes—. Me ayudaba con la contabilidad y el papeleo del taller de telas.

—Pues no se hable más: será mi contable. Mañana me paso a recogerlos. Antes de despedirme, les recomiendo encarecidamente que oculten lo que posean de valor, ya sean joyas, dinero o ajuar de la casa; no perdonan nada. Y procuraría no lucir los mejores vestidos, ya que denuncian la posición económica.

—Es curioso, la sociedad vista del revés —analizó Mercedes.

—Cierto. A la esposa de Barthélémy se le antojó un vestido que vio en una de las reuniones que organiza y la pobre mujer hubo de cedérselo. No se detienen ante nada, así que mi consejo es pasar desapercibido y presumir de pobreza.

—Nuestro más sincero agradecimiento por su ayuda —repitió Mercedes, y se puso de pie; los demás la imitaron: era la señal de que la velada llegaba a su fin.

—Mañana les presentaré en la catedral a algunas personas josefinas.

—Si no queda otro remedio, habremos de ser sociables —sonrió Salvador.

Esa es la parte que más disfruta Salvador, pensó Mercedes, *y la que más me cuesta a mí. ¡Qué agotador es mentir!*

Acompañaron al señor Robles a través del selvático jardín delantero hasta la roñosa cancela y lo observaron alejarse a buen paso por el camino de tierra. No era saludable que la noche lo sorprendiera a uno en la calle.

—Ha sido muy amable. Me cae simpático —opinó Salvador de regreso.

—¿Amable? —repitió Mercedes, irónica—. Estamos en guerra, hemos contraído una deuda y nos pasará el recibo, te lo aseguro.

—Es el cuento de nunca acabar —suspiró Salvador.

—Es la necesidad de crear clientelas para ayudarse unos a otros. ¿No deseabas ser sociable? —insistió Mercedes.

—No podemos mantenernos al margen. ¿Tienes vocación de eremita? —se burló su hermano.

—Llevamos dos años en guerra y me parecen dos siglos. Me

gustaría saber cuándo terminará.

—A mí me gustaría saber si acabaré con vida.

Habían llegado a la robusta puerta principal, y Mercedes se volvió hacia Salvador atemorizada.

—No invoques a la Parca —suplicó con un leve estremecimiento.

—¿Sigues siendo tan supersticiosa? No temas: aprecio demasiado mi pellejo.

11

La labor de archivero no era la que más agradaba a Claude, pero reconocía que los mayores descubrimientos los había llevado a cabo cuando revisaba la información. Pasado cierto tiempo, los datos se leían de otra forma y, aunque eran los mismos, ofrecían otra información que anteriormente había pasado desapercibida.

Y eso mismo era lo que acababa de suceder con el informe sobre el asalto a la columna de abastecimiento de Ramón Sárraga, ocurrido hacía algo más de un mes. Este comerciante había pedido, a través del intendente Aldamar, un permiso a Barthélémy para comprar mil fanegas de trigo y doscientas de cebada en tierra de campos para sostén de la tropa, así como la protección necesaria para el traslado hasta Torrelavega. Sin embargo, en aquellos días no se dio importancia a algo tan irrelevante como el permiso concedido por el sargento de la escolta a un coche particular que procedía de Madrid con destino a Santander para sumarse a la caravana.

Buscó los datos de dicho permiso y los encontró entre los papeles del desplazamiento. El permiso estaba firmado, nada más y nada menos, que por el propio marqués de Almenara y extendido a nombre de Salvador, Marta y Mercedes Velarde, esta última viuda de Hontoria, y de una señora de compañía que respondía al nombre de doña Elvira.

Claude se rascó el rasurado mentón pensativo. Así que lo había engañado: no eran marido y mujer, sino hermanos. ¿Lo había engañado o se había engañado porque ella le dijo que era señora? De cualquier forma, era gente importante, con buenos contactos en la corte de José I. La cuestión se centraba en por qué se habían arriesgado a realizar un viaje tan peligroso, cuál era la urgencia que requiriera correr ese riesgo.

Regresó al informe general y comprobó que no se volvía a mencionar el coche en todo el relato sobre el asalto ni el robo de las

mercancías por parte de los lebaniegos, ni siquiera había constancia de su llegada a Santander. Un coche privado no pasaba desapercibido.

—¡Fontaines! —llamó al cabo que ejercía de secretario.

—¿Coronel? —Asomó el aludido por el quicio de la puerta.

—¿Puede consultar los informes sobre el servicio de las puertas de la ciudad en este día? —Le alargó el pliego del asalto—. Busco un coche civil que acompañaba a la columna y que desaparece durante el ataque.

Le constaba que los hermanos habían llegado, pero era difícil que en la ciudad no se hubiera visto el carruaje. Cuanto más lo analizaba, más interrogantes surgían: ¿qué hacía ella en San Vicente? ¿Cómo había llegado allí? El coche correo no era regular, y dependía de los movimientos de las tropas y de que fuera necesario ese desplazamiento, pues era un blanco fácil para los brigantes. ¿Y sola?

—No hay nada sobre ese coche —interrumpió Fontaines sus pensamientos—, ni de entrada ni de salida de la ciudad. Debe de haber ido a otro sitio; a no ser…

—¿A no ser qué? Termine de una vez.

—Que sea el mismo que emplea la esposa de Barthélémy. Llegó en esos días, si no recuerdo mal.

—Gracias, Fontaines.

El coche fantasma, de tan visible, había pasado desapercibido. ¿Dónde se alojaban los hermanos? Y lo más importante: ¿qué hacían en Santander? No deseaba levantar la liebre por el momento, por lo que investigaría él mismo. Si no hubiera creído que estaba casada, habría mostrado más interés en desvelar el misterio de su viaje en solitario. Pero, para su desgracia, había algo en ella que captó su interés, y, por esa razón, intentó olvidarla. Sin embargo, allí estaba de nuevo, despertando algo que lo reavivaba, a su pesar, y lo impelía a desentrañar el misterio que la rodeaba.

—¡Qué barbaridad! —exclamó el teniente Léry, que entró como un huracán para dejarse caer en una silla—. ¡Nos van a despellejar vivos!

—¿Qué sucede? —se inquietó Claude.

—Mejor: ¿qué ha sucedido? —corrigió Léry—. Barthélémy ha desnudado y ha azotado a una muchacha de buena familia.

Claude revivió la imagen de las dos mujeres que se cruzó en el vestíbulo de la Bolsa del Consulado y palideció de indignación.
Mientras tanto, a kilómetros de allí, en lo profundo de un verde valle, Alfonso Bustamante contemplaba los escasos efectivos que habían quedado en Potes para gran alegría de los lugareños, especialmente de Pepa, quien no ocultaba su satisfacción. Levantó la vista de la plaza y la elevó a los verdes montes que los rodeaban, como guerreros vigilantes y protectores. Entraba el verano, y en Asturias había movimiento. Le habían pedido información sobre las posiciones enemigas y los puntos débiles y aguardaba pacientemente los resultados de las pesquisas.

Allí, el tiempo no corría, y los días se sucedían con la lentitud de una tortuga. Echaba de menos una familia, alguien en quien volcar su afecto, sentirse útil, que lo necesitaran. Eran sentimientos olvidados que lo acosaban desde que había cobijado a Mercedes Velarde. No suspiraba por ella, puesto que la consideraba inalcanzable, demasiado independiente y resuelta para su gusto. La admiraba, pero su concepto sobre una esposa chocaba con esa personalidad tan arrolladora. Era la conclusión a la que había llegado cuando la lejanía de la persona y el tiempo transcurrido le permitieron analizar sus sentimientos y profundizar en ellos.

—¿Señor?

Se volvió hacia Tirso, que aguardaba en el umbral de la puerta del despacho.

—Dígame.

—Ha llegado un mensaje de Santander.

Extendió la mano y lo recibió con una cierta ansiedad. Lo abrió y leyó:

«La hermosa coliflor está a buen recaudo. Las mazorcas de maíz escasean por Santoña. El berenjenal está un poco alborotado al cebarse en él una alimaña.
El Hortelano».

—Envíe un mensaje a Porlier: «*Santoña será el objetivo*». Que salga ya —ordenó.

Las berenjenas eran los josefinos, por la famosa orden que había

creado José I, cuya cinta era de ese color, y la alimaña, el general Barthélémy. ¿Qué nueva tropelía habría cometido para levantar a la ciudad en su contra? Se alegró de que Mercedes hubiera llegado sin incidentes y se hubiera reunido con su familia. Se sentó y cogió la pluma.

«En caso de que las mazorcas se multiplicaran por encima de lo previsto o se cultivaran en otros campos, no deje de ponerlo en mi conocimiento.
El Apicultor».

Cerró la nota y le puso lacre. En verano era peligroso abandonar el cobijo del valle con la Gendarmería francesa custodiando los caminos como perros de presa, así que las misivas seguían un curso sinuoso entre la población.

Tirso asomó de nuevo por la puerta.

—Ya ha salido el correo. ¿Habrá acción?

—Por supuesto, pero no como la esperan los franceses. El general Cacault no se mueve de Comillas para prevenir cualquier ataque desde aquí o desde Asturias, así que los sorprenderemos por mar. ¡Cómo me gustaría embarcarme de nuevo!

—Había dicho que, si no podía embarcarse, mejor no ver el mar —le recordó Tirso con sorna.

—Sí, se dicen muchas tonterías cuando los sucesos están recientes, pero el mar tiene un olor y un regusto salobre que son sinónimo de acción, de otros países y otras costumbres. Lo añoro —concluyó—. Sin embargo, nunca eché de menos los montes. Aquí no sucede nada, las horas transcurren como un lento goteo; es como vivir en un convento, en un continuo examen de conciencia.

—Se aburre. No es de extrañar —dictaminó Tirso, comprensivo —. La última vez que salió del valle para apresar aquella columna trajo a una mujer. ¿Qué traería si saliera de nuevo? Pepa lo echaría de casa.

Sonrieron los dos ante la ocurrencia y se enfrascaron en la tediosa burocracia.

—Las colonias andan muy revueltas —comentó Alfonso a la vista de un informe—. Si la administración en la Península ha sido nefasta, en las colonias la calificaría de terrible. No me extraña que

deseen independizarse y abrir sus mercados a otros horizontes.

—Por lo que contaba de allí, creía que ya lo hacían —replicó Tirso.

—Sí, pero bajo cuerda. ¿Qué quedará del reino cuando termine esta guerra? En cada contienda siempre perdemos territorios y nos empobrecemos más.

Dirigió la vista a través de la ventana hacia los verdes pastos, en los que acabaría sus días. La vida se limitaría a los problemas cercanos del campo, del día a día, y restarían relevancia a las noticias que llegaran de más allá de aquellas montañas, siempre y cuando no afectaran al tranquilo devenir de las gentes lebaniegas. La visión del mundo, que había adquirido en la Armada, se reduciría a la pobre mirada de un aldeano que ignoraba lo que no le atañía de cerca.

12

A primera hora de la mañana, Marta sudaba tras haber embalado el lienzo con ayuda de sus hermanos y haber recogido el material para pintar. Ocupó el sitio del falso Zurbarán con un pequeño caballete que utilizaba para las pinturas de menor tamaño, como retratos y paisajes. Los días que, por la lluvia o por otras razones, no pudiera desplazarse a la fábrica, dispondría de un rincón para entretenerse. El señor Robles y dos operarios de la cervecería, que presentó como Félix y Pascual, cargaron con el cuadro y lo deslizaron entre los toneles de cerveza y aguardiente, junto con el enorme atril, los maletines de los pinceles y de las pinturas y los botes de trementina.

Marta observó la operación con cierto pesar, ya que debería limitar las horas de pintura, pero comprendía que representaba un peligro para todos. Se sentía estúpida ante los inconvenientes que tropezaba cualquier plan que se le ocurría. Se había pasado parte de la noche en vela, devanándose los sesos en busca de una solución que no semejara una locura. Se sentía tentada de ceder ante las razones de su cerebral hermana.

En cuanto el carro se perdió de vista, traqueteando por el camino, comenzaron a arreglarse para acercarse a la misa dominical. Siguiendo el consejo del señor Robles, eligieron los vestidos que, por ajados y pasados de moda, empleaban en casa. En lugar de sombreros, se inclinaron por velos de encaje negro que les cubrían la cara.

Había amanecido despejado, y el nordeste rizaba el mar más allá de la bahía. Como era habitual, desde la invasión, los ciudadanos se desplazaban a pie, por lo que coincidieron con más personas que acudían a la misa.

La catedral, de estilo herreriano, en la que imperaban las líneas rectas y la solidez pétrea, se hallaba medio llena. Marta, sumida en su silencio, solo advertía el calor, los olores que despedían los cuerpos sudorosos, el colorido apagado de los vestidos de las

mujeres y las rutilantes galas de los escasos soldados franceses. Doña Elvira le había explicado que, desde la Revolución, el pueblo francés se había vuelto un descreído. Marta apreció que, debajo de ese oropel, se imponía una realidad ineludible: los civiles vestían ropas holgadas que denunciaban la necesidad que pasaban y los soldados mostraban la fortaleza de unos cuerpos bien alimentados.

Como siempre, cuando había una multitud, doña Elvira la asía fuertemente de un brazo y no permitía que la despegaran de su lado. El otro flanco lo cubría Mercedes, aunque de una forma más descuidada, ya que iba pendiente de las caras y de las indicaciones de Salvador. Los altos pilares de piedra que sustentaban la bóveda y separaban la nave central de las laterales eran tan gruesos que impedían la visibilidad. Sus hermanos optaron por ocupar uno de los últimos bancos en la nave central.

Salió el párroco y comenzó la misa de espaldas al público. Marta reconocía cada parte de la misa por los movimientos de la gente; aun así, aunque era creyente, se aburría, y su mirada se extraviaba entre las personas asistentes y su mente divagaba en cosas más mundanas. Se percató de que los soldados franceses se sentaban aparte de los civiles. La misa terminó, el sacerdote se retiró a la sacristía y las autoridades santanderinas se levantaron.

Como si hubieran esperado esa señal, el resto de feligreses se puso en movimiento hacia las naves laterales. Atraída por el colorido y la magnificencia de los uniformes, mientras sus hermanos se detenían a hablar con algunas personas, ella se dedicó a dilucidar qué uniforme era el más bonito. Los más vistosos eran los de caballería: los húsares y los cazadores con el dolmán colgando del hombro izquierdo. Cuando había preguntado por qué no se lo ponían bien, Salvador le comentó que servía para proteger el brazo indefenso cuando atacaban con el sable. Los chacós de piel, tan altos y adornados con aquellas vistosas plumas de diferente color, según la compañía a la que pertenecían, imponían a los enemigos por parecer los soldados más altos de lo que eran en realidad. Se preguntó cómo sería llevar uno de esos sobre la cabeza, lo que pesarían y lo que costaría moverse con ellos. Se sonrió ante la idea.

Sintió que doña Elvira se detenía, y esperaron al abrigo del pilar. No fueron los únicos que aguardaron a que salieran los feligreses para intercambiar noticias con los que se rezagaban adrede. Era una

de las pocas ocasiones, que no podían evitar las autoridades francesas, en las que se formaban círculos, aparentemente fortuitos, y se cruzaban saludos y presentaciones.

El señor Robles apareció por uno de los costados y habló con Salvador. Estaba muy guapo, pero sabía que no era para ella, que, mientras Santa Casilda no realizara el milagro, se quedaría para vestir santos, eso si no perdía a la familia y se veía obligada a refugiarse en un convento. La sola idea le produjo un rechazo instintivo y una tristeza infinita; los hábitos no la llamaban.

Doña Elvira la arrastró, y avanzaron detrás de Mercedes hasta uno de esos grupos rezagados. Se fijó en los nuevos rostros y se mantuvo atenta a las presentaciones para inclinarse a una indicación de su hermano. Habían acordado algunos gestos, cuando se encontraban en sociedad, para facilitarle la relación con desconocidos. En cuanto se sumieron en la conversación, que amenazaba con prolongarse, se entretuvo en observar la mímica exagerada de las personas, las palmadas entre los soldados y las risas. Constató que los civiles seguían sin mezclarse con los soldados y que la tensión entre los dos grupos se podía palpar. Cambiaron de grupo, y hubo nuevas presentaciones, y volvió a perder la mirada entre los pilares de la iglesia.

Como atraída por un imán, volvió la cabeza y sorprendió a un oficial que no le quitaba la vista de encima. Se acaloró ante el descaro del hombre, quien no retiró la mirada como ordenaban las buenas maneras. ¿Y si no era ella el objeto de atención? Aparentemente escuchaba a los que lo rodeaban, pero Marta intuía que no le interesaba la conversación y sí lo que sucedía en su círculo. ¿A quiénes estaban saludando sus hermanos? Tendría que esperar para enterarse; mientras tanto, se fijó bien en el francés para identificarlo cuando le preguntasen. De la forma más discreta que pudo, memorizó el uniforme de gala, con los botones y las charreteras doradas. Vestía pantalón beis con botas altas, de lo que dedujo que iba a caballo, como cualquier oficial, pero no era un húsar, ni tampoco pertenecía a la infantería.

Se puso muy nerviosa cuando comprobó que se despedía de los acompañantes y se dirigía hacia ellos. ¿La habría sorprendido en su repaso? ¿Lo habría interpretado como una invitación para abordarlos? Para cuando llegó, el pulso se le había disparado y el

rostro se le había arrebolado ante el temor a la situación que había provocado su curiosidad. Sin embargo, en cuanto advirtió el gesto de recelo de Mercedes, comprendió que era a su hermana a quien se dirigía y respiró hondo para que se restableciera la normalidad en su cuerpo. Era alguien importante, porque el círculo se abrió para recibirlo en cuanto se percataron de su presencia, y se repitieron las presentaciones.

Mercedes atendió a la presentación del señor Robles de dos matrimonios josefinos de su confianza: los señores Zuloaga, fabricantes de harina, y los señores Molino, dueños de una bodega de vinos a granel. Les comentaron que, al igual que el señor Robles, intentaban capear los desórdenes de la guerra como podían. La ciudad andaba sin ley, a merced de los ambiciosos caprichos de los hombres sin escrúpulos, como Helguera y Argomedo, dos traidores de la peor especie, porque de los franceses no se podía esperar otra cosa, pero de los paisanos…

—Lo más curioso de tan molesta situación —explicaba en voz baja el señor Zuloaga— es que los propios comerciantes franceses también se quejan de lo mismo. No dejan títere con cabeza.

—A la larga, navegamos todos en las mismas aguas —recordó el señor Molino—. Don Bonifacio Rodríguez de la Guerra, nuestro alcalde mayor, se ha ganado el cielo al evitar que Santander ardiera por los cuatro costados en la segunda invasión.

—¿A qué se refiere? —se interesó Salvador.

—Durante los primeros meses de la ocupación, la ciudad fue tierra de nadie. Llegaron fragatas inglesas y españolas y desembarcaron en verano, pero se fueron. Llegó el general Merle y la corporación municipal huyó, y eligieron al pobre don Bonifacio para que le presentara la capitulación de la ciudad, pero el francés se fue también, requerido por el emperador en otro sitio. Así que, en octubre, regresaron tres fragatas inglesas y dos españolas y desembarcaron unos once mil hombres para unirse al general Blake, que fue derrotado en Espinosa de los Monteros por Soult. Este recordó nuestra humilde ciudad y, antes de que llegara, los ingleses embarcaron precipitadamente en las fragatas y nos dejaron un recuerdo inolvidable: como no les dio tiempo a llevarse la pólvora y el armamento, no se les ocurrió otra cosa que volarlo. La explosión fue terrible: se sintió hasta en las zonas más alejadas de los muelles,

y se incendiaron varias casas. ¡Los muy perros!

—El señor Sayús no está seguro de que fueran ellos —medió la señora Molino.

—El 13 de noviembre. No se nos olvidará esa fecha —corroboró el señor Zuloaga—. Ante la nueva desbandada, el señor Rodríguez Guerra pasó a ocupar la alcaldía otra vez.

—Si me permiten —pidió permiso Robles—, deseo presentarles a los hermanos Velarde al alcalde y al intendente de la provincia.

Los dos matrimonios saludaron a las autoridades y se despidieron. Robles actuó como maestro de ceremonias ante las autoridades josefinas de la ciudad.

—Encantado de conocerlos, aunque a usted lo he visto en alguna ocasión en la Casa Consistorial —dijo don Bonifacio Rodríguez dirigiéndose a Salvador—. Lamento tan triste recibimiento. Andamos un tanto alicaídos con la noticia de la última tropelía del gobernador militar.

—¡Una infamia! Llámelo por su nombre —corrigió don Joaquín Aldamar.

—¿Pueden ponernos al corriente, caballeros? —rogó Robles, intrigado.

—Imposible. Hay señoritas delante —negó categóricamente don Joaquín.

—Mi hermana es sorda y yo soy viuda —informó Mercedes—. A estas alturas de los enfrentamientos ya he oído y he visto bastante violencia como para asustarme de algo más.

—¡Ah, señora! Excúseme decirle que nunca se acostumbra uno a escuchar semejantes infamias —advirtió don Bonifacio, un hombre de mediana edad y de apariencia afable, vestido correctamente, sin ostentación—. No obstante, esto correrá como la pólvora, por desgracia. Terrible para una joven que no ha conocido varón. Estoy desolado, porque no puedo hacer nada por evitar esta clase de ignominias a mis gentes.

Mercedes notó que se daban de codazos y tosían para advertirse de un peligro cercano, y la charla cambió de tono de forma brusca, adornada con fingidas sonrisas. Por el rabillo del ojo, el alegre colorido de un uniforme le anunció la causa del desasosiego de sus compañeros de conversación. Don Joaquín Aldamar realizó la presentación, y, en esta ocasión, el envaramiento y la falta de

naturalidad fueron patentes.

—Coronel Cornulier, le presento a los hermanos Velarde.

Realizaron las inclinaciones correspondientes. El coronel aparentaba despreocupación y actuaba como si no se percatase de la tirantez.

—Con la señora Hontoria coincidí en el coche correo desde San Vicente. Una mujer muy audaz para viajar sola —recalcó Cornulier sin dejar de mirarla.

—Mi hermana es muy independiente —intervino Salvador—, y ella entiende más sobre fábricas que yo. Además, debía quedarme junto a Marta.

—La menor es sordomuda —puntualizó Robles.

Mercedes advirtió cómo se volvía hacia Marta y le sonreía, aunque le sorprendió que Marta se ruborizara al ser el objeto de la atención del coronel.

—¿Una fábrica? —se interesó el intendente Aldamar.

—Más exactamente, una conservera —aclaró Mercedes—. Es la razón de que nos hallemos aquí: hacernos cargo de la herencia de nuestra tía. Me desplacé para comprobar el funcionamiento y que continuara contribuyendo al mantenimiento del ejército, algo que ha seguido haciendo durante los meses que ha quedado en manos de la encargada.

—Me siento halagado de descubrir tanta diligencia para que no nos falten raciones —replicó Cornulier con tono serio, aunque lo desdecían sus ojos, que brillaban por efecto de la diversión.

—Entre los españoles cuentan ustedes con muchos apoyos, y más serían si no fuera por los abusos del gobernador militar —se apresuró a matizar el intendente Aldamar, ajeno a la intención de las palabras del coronel.

—Si esas protestas llegaran a los oídos adecuados, por ejemplo, a los del marqués de Almenara, no quedarían sin atender —aconsejó Cornulier, y dejó atónitos a los oyentes por la sugerencia. Don Bonifacio y don Joaquín palidecieron ante la propuesta.

Mercedes notó la intensidad de la mirada del coronel sobre ella, como si esperase una reacción de su parte. Atraer su atención era peligroso, y ella lo había conseguido, aunque no se lo hubiera propuesto. Se lo temía en los círculos de la villa porque a sus oídos llegaba hasta el más leve rumor.

—No se trata de ninguna trampa, señores —explicó Cornulier—. Mi situación no me permite actuar de otra manera, me debo a mi uniforme; es más, si divulgan que la idea ha partido de mí, lo negaré con todo lo que implica.

—Lleva poco tiempo entre nosotros; sin embargo, no es la primera vez que cuento con su inestimable ayuda, coronel —indicó don Joaquín Aldamar.

—No se confunda, intendente: yo no le he ayudado en ninguna ocasión —negó categóricamente—. Digamos que su difícil posición como civil cuenta con mi comprensión.

Mercedes observó que Cornulier se movía con soltura y sin prisa, que prolongaba su presencia en el grupo, cuando, por el contrario, las personas solían mostrarse revestidas de una imaginaria urgencia y evitaban un largo saludo. Resultaba curiosa la contradicción: acudían para informarse, pero no deseaban que los vieran en uno u otro grupo para no dar pie a que los calificaran de fernandinos ni de josefinos. Eran tiempos confusos en los que primaba la cautela.

¿Quién era ese hombre? ¿Cuál sería su historia? La ligera joroba de la nariz rompía la armonía de las facciones correctas, pero no perdía atractivo por esto: lo humanizaba. Debajo del brazo izquierdo cobijaba un historiado bicornio. No podía negar que su figura desprendía fuerza y seguridad.

—Me alegro de los conocimientos tan profundos de los que hacen gala sobre climatología santanderina —decía en ese instante el coronel—; sin embargo, el deber me reclama. Que tengan un buen día.

Inclinó la cabeza a modo de saludo y se retiró. A juicio de Mercedes quedó un vacío en la reunión. Los hombres se distendieron y se miraron en silencio.

—¿Cree usted que lo sabe? —susurró don Bonifacio al intendente, aunque lo escucharon los presentes.

—Indudablemente. ¿Por qué iba a sugerir que nos habíamos equivocado de hombre? —replicó don Joaquín.

—¿Ya han escrito a alguien? —se interesó Robles.

—Por supuesto. Al ministro Urquijo —se inculpó don Joaquín Aldamar—, pero no era el apropiado, al parecer.

—Si lo sabe él… —apuntó Robles, aunque no terminó la idea.

—Es un hombre muy peculiar el coronel, y no está de acuerdo

con el proceder de Barthélémy. No hay comunicación entre esos dos. No creo que debamos temer nada por su parte —defendió don Bonifacio.

—Aun así, el señor Robles tiene razón. Igual que se ha enterado él, puede llegar a oídos del general —señaló Aldamar—. Debemos ser más discretos.

Se despidieron de las autoridades y se encaminaron hacia la puerta. En el claustro coincidieron de nuevo con los señores Zuloaga.

—¿Ya ha escuchado lo de esa pobre chica? —le susurró la esposa.

—¿Lo de que el gobernador militar la ha violado?

—¿Violado? ¡Oh, no! Ha entendido usted mal. Pero lo cierto es que ha sido parecido. El día del Corpus Christi, doña María de Rubayo y Tagle, que es como se llama, cometió una imprudencia. Se cruzó con la criada del capitán de Resguardo, José Argomedo, uno de los «perros» del general Barthélémy, y traía la espada de su señor, que había mandado limpiar para lucirla en la procesión, y no se le ocurrió otra cosa que decirle que «mejor la llevaría atravesada en los riñones». La muy bruja se lo contó a su amo, y un policía se personó en casa de doña María y la condujo a la cárcel. Su madre se personó allí en cuanto se enteró y pidió cambiarse con ella, porque la habían encerrado con delincuentes comunes. Llegó a oídos de Barthélémy, quien mandó que las condujeran a su presencia. Sin más, condenó a doña María a lo que ellos llaman «*claquette de femme*».

—¿Y en qué consiste? —inquirió Mercedes, sobrecogida.

—La desnudaron y le golpearon, allí, delante de todos. Su madre intentó evitarlo y la derribaron de un puntapié. ¡Horrible! De pensarlo me pongo mala.

—¡Pobres mujeres! —se compadeció Mercedes.

—A consecuencia del bochorno, no quiere salir de casa, y quienes la han visitado dicen que no ha quedado cabal de sus sentidos. Por eso hoy no hay jóvenes en la iglesia: no las dejan salir sus familias. Ustedes son las únicas.

—¿Qué cuchicheabais? —indagó Salvador cuando se despidieron de los Zuloaga y de Robles.

—Lo de esa pobre mujer. ¡Qué bárbaros! —Y por el camino le

repitió el relato.

A pesar del cielo despejado, el día no era muy caluroso por el viento del norte que llegaba del mar y refrescaba el ambiente. Cruzaron el puente sobre la dársena Chica, y los efluvios de podredumbre, que emanaban de la basura concentrada en el estrecho canal, se le agarraron a Mercedes a la nariz. Se la tapó con la mano y apresuraron el paso por la calle de La Ribera para alejarse del foco pestilente. Los puertos, y en particular los muelles, no eran el lugar más agradable para transitar, a no ser después de un temporal que se hubiera llevado los desechos que generaba la ciudad. Tampoco era fácil acceder al muelle, sobre el que se acumulaban objetos inservibles procedentes de los barcos, como anclotes, poleas rotas, redes y restos de jarcias.

Tomaron el atajo entre calles hacia las huertas de Santa Lucía. El paseo, bajo los altivos plátanos que sombreaban el camino de tierra, resultó agradable. Mercedes intercambió opiniones con Salvador y doña Elvira sobre las personas que les habían presentado y comentaron las noticias que les habían confiado. Cuando quiso darse cuenta, ya se encontraban delante de la verja de la casa. En el angosto vestíbulo, Mercedes se quitó el velo y se volvió hacia doña Elvira.

—Hay que hacer inventario del ajuar de la casa y dejar a la vista lo más viejo. Haremos lo mismo con nuestras ropas. ¡Incluso los vestidos de baile tienen un precio en el mercado negro! Es increíble que hayamos llegado a esta situación.

—¿Y dónde lo esconderemos?

—Por el momento, metedlo en los baúles que hemos traído —sugirió Salvador—. Serán más fáciles de llevar o traer o de enterrar. Ya veremos qué decidimos.

—Sí, buena idea —aprobó Mercedes.

Doña Elvira informó a Marta y se pusieron manos a la obra. Cambiaron las sábanas de las camas por otras más usadas y en la alacena dejaron los elementos desportillados de la vajilla y retiraron los de mejor estado. Seleccionaron los vestidos que usarían y devolvieron al baúl los más elegantes y de tejido más fino.

—La vajilla podemos envolverla con los manteles y las servilletas de lino —propuso doña Elvira—. Estaba pensando —dijo mientras cerraba uno de los baúles— que mañana me voy a dar una vuelta

hacia arriba, hacia el alto de Miranda. Es necesario conocer a gente; el señor Robles ha sido muy provechoso.

—No creo que haya muchos como el señor Robles —comentó Mercedes, escéptica.

—Seguramente, pero se tiene que vivir de algo, y el trueque es lo más efectivo en estos tiempos.

Por segunda vez, afloraba Mogrovejo entre sus recuerdos. Pepa se encargaba de los trueques y se las apañaba para que en la mesa siempre hubiera algo de comer.

—¿Y qué propone cambiar? —se interesó Mercedes—. Nosotras no producimos nada por el momento —dijo, pensando que al huerto le faltaba mucho para que pudieran vivir de él.

—Objetos. Para nosotras es difícil acceder al mercado negro, pero los vecinos se conocen entre ellos, y tendrán sus fuentes fiables.

—Entiendo: busca un intermediario. Saldrá más caro.

—Depende de cómo lleve el trueque. Si el señor Robles nos sigue proveyendo…

—Imagino que el pescado está al alcance de cualquiera —interrumpió Mercedes—. Lo complicado es la harina, los huevos o la leche, porque los animales han desaparecido.

—Nos conformaremos con fruta, hortalizas y pescado.

—Creo que, aunque no logremos nada, es buena idea. Por lo menos, conocer a quienes viven cerca. La acompañaré —se avino Mercedes.

Se les pasó la tarde en un suspiro, pero concluyeron la labor. Se quedaron las tres mirando los dos baúles cerrados y llenos de ropa, como si la simple contemplación les fuera a traer la idea de qué hacer con ellos y con el de la vajilla, que se había quedado abajo.

—¡Qué curioso! ¿Quién me iba a decir que mis vestidos me darían de comer?

—Ahora o en un futuro —matizó doña Elvira—. Si esta guerra termina, no estaremos mejor. Los campos han sido arrasados, los animales tardan en crecer y Europa entera estará necesitada. No habrá ayuda.

—Napoleón, la langosta —apodó con malicia Mercedes, pero no se rieron.

Claude salió de la catedral y se entretuvo en saludar a los

gendarmes de su regimiento que charlaban en las escaleras. Al cabo de un rato, salieron los hermanos, y los siguió con la mirada. Se percató de que no era el único que estaba pendiente de las dos hermanas. Lo que le sorprendió fue el disgusto que experimentó, cuando él mismo había sido presa de su belleza dentro del templo. ¿Celoso? ¿De qué? Rechazó la idea y se retiró a buscar su caballo.

Se ofrecía un almuerzo en el palacio de Pronillo para los oficiales de los regimientos y las autoridades civiles y eclesiásticas de la ciudad. No le apetecía mucho, pero el rango obligaba.

Barthélémy se comportó como un gran anfitrión y sacó sobre la mesa el producto de sus requisas, y también hizo alarde del comportamiento propio de un soldado raso: bebió y comió más de la cuenta y elevó el tono de la voz, se reía de cualquier tontería y bromeaba de forma soez. Este tipo de actitud en un acto público no fue del agrado de Cornulier; según su opinión, degradaba a la nación francesa, que se ufanaba de ser civilizada y de maneras refinadas, la cuna de las buenas costumbres en la mesa y de los platos más exquisitos, del buen vestir y de la apreciación del lujo.

Procuró ignorar al general y se volcó en conseguir información entre los oficiales llegados de otros puntos de la provincia. Como era de esperar, las noticias no resultaban alentadoras, ya que se encontraban muy lejos de lograr pacificar la zona norte, y el resto del país no marchaba tan bien como intentaban hacerles creer. Los españoles se habían rebelado contra un ejército invicto sin armas ni medios. ¿Locos? Probablemente, pero esos locos los mantenían en jaque. El general de división, Mortier, había derrotado al español Ballesteros en Aracena, y este se había quedado por la sierra sin dar su brazo a torcer. El mariscal Suchet había logrado entrar en Tarragona, pero quedaba Gerona. Nunca se conseguía el éxito completo.

Era imposible dominar un país si los atacaban en cualquier valle desde los montes o si los asaltaban los correos y dejaban aislado a un regimiento sin posibilidad de comunicarse. Y esa era la realidad de Santander y de su provincia: los esfuerzos por mantener el acceso a la meseta por Reinosa y las comunicaciones con San Vicente hacia Asturias y con Santoña en el camino a Bilbao agotaban y consumían a la Gendarmería Imperial.

Los oficiales con los que se había entrevistado conocían la

realidad y la inutilidad de la conquista, pues tampoco habían detenido el avance de los ingleses, ahora aliados de los patriotas. Incluso, de forma queda, algunos de estos oficiales habían revelado el desánimo y el pesimismo que les trasmitían los civiles remisos y la crueldad que se había desatado entre ambos bandos, a raíz del decreto de Soult en Andalucía sobre la exposición en los caminos de los cadáveres de los patriotas fusilados.

Particularmente, ni le iba ni le venía: no la sentía como su guerra, y no le importaban ni el éxito ni el fracaso de esta. En Francia lo esperaban problemas personales más serios que resolver. Si Francia estaba amenazada, ya no era por causa de la Revolución, sino por la ambición desmesurada de Napoleón y de algunos oficiales del ejército, que necesitaban nutrir sus bolsillos y encontrar el reconocimiento y el halago de sus paisanos. No; la conquista de otros países no era por la grandeza de Francia, no se llamaba a engaño. Su tutor, René Sologne, le había advertido del peligro que entrañaba el Emperador, un arma de doble filo: como militar lo admiraba, como civil lo detestaba porque, a la larga, desangraba a Francia, bastante maltrecha de por sí tras la sangrienta Revolución.

Terminó la recepción, y Claude se retiró en cuanto lo permitió el decoro. Regresó al convento de San Francisco, entró en el despacho y se dejó caer en la silla de cuero. Evocó la imagen de la mayor de las hermanas, la que captó su atención por la irritada mirada, por la actitud orgullosa y por otras cosas que se negaba a reconocer. Una pena que la más joven fuera sordomuda, tan atractiva, con esos ojazos grises y esa piel de alabastro. Se parecían, aunque eran dos bellezas diferentes: la mayor, más madura, más mujer, era viuda, y se le notaba mundo; la menor, más tímida, más inocente, más indecisa, custodiada por una guardiana y sus hermanos.

No fue al único a quien le resultó extraño que, en un acto público, exhibieran a la sordomuda. Por la aclaración de Robles y la mirada de desafío de la señora de Hontoria, dedujo que no se avergonzaban de ella. La mirada de la joven era tímida, pero inteligente; de hecho, la sensación que percibió fue la de sentirse desnudo, como si le leyera la mente. ¿Y la pizarra colgando junto al ridículo? ¿Acaso sabía escribir? ¿Era así como se comunicaba? Si su conjetura era cierta, se trataba de una joven cultivada, una idea

extraña para una persona con semejante anomalía. Ahora que lo pensaba, nada en esa familia era normal, y a él lo atraían los misterios. Por de pronto, ya sabía dónde vivían.

—¡Ah! Al fin le encontré —exclamó un alegre Léry.

—¿Qué sucede? Cierre la puerta y siéntese, teniente —invitó.

—Ha llegado de Reinosa uno de nuestros hombres. —Desenganchó el sable, que apoyó contra la pared, se quitó el bolso de cuero, se sentó en la silla de enfrente y se aflojó la chaqueta—. Ha habido quejas en el puesto de Arenas de Iguña. La partida de bandoleros del Torancés ha estado cometiendo saqueos en los puertos y en San Miguel de Aguayo. Conoce muy bien el terreno y es difícil cazarlo. El correo, en esta ocasión, ha pasado.

—Alguna noticia buena había de haber —celebró Claude—. ¿Cerveza?

—Por favor. Eso no se pregunta.

—¡Vaya espectáculo más deplorable que ha ofrecido Barthélémy! —explicó Claude mientras abría la espita del pequeño barril particular.

Había sido una idea de Robles, el cervecero. Había ofrecido a los oficiales superiores un pequeño barril rellenable para consumo propio. Una gran idea, aunque no muy rentable. Podría asegurar que muchos no le pagaban en la creencia de que, por ser quienes eran, estaban exentos de esas majaderías.

—Aldamar ha puesto toda la carne en el asador, y no ha sido escuchado en las altas instancias —comentó Léry con los bigotes manchados del primer trago.

—Hace falta más presión; no era el interlocutor adecuado.

—¿En qué está pensando?

—El encargado de la sisa de vino no alcanza la cuota deseada por culpa de Helguera. Como él, habrá más perjudicados. He dejado caer la idea de una protesta en los oídos adecuados.

—¿Qué tipo de protesta? Se trata de gente que esquiva el conflicto —argumentó el teniente.

—Por carta, como Aldamar. Si comienzan a llegar cartas al marqués de Almenara, nombrarán a un juez instructor para que investigue —propuso Claude.

—Llevará tiempo —objetó Léry.

—Barthélémy ha hablado mucho: no sabe beber y mantener la

boca cerrada. Necesita más dinero; apretará de nuevo al concejo y estallarán desesperados.

—El mercado, a pesar de su precariedad, es un buen mentidero —ponderó Léry—. También he recibido noticias de Basilio: Porlier regresó y se fue de Liébana. No cuenta con suficientes hombres.

—Movimiento de tropas —murmuró Claude, pensativo—. ¿Nada más?

Negó con la cabeza su amigo.

—Ese Basilio no suelta todo —aseveró Cornulier—. ¿A qué ha venido Porlier si no dispone de fuerzas? O las tiene en otra parte. Igual ha venido en busca de más hombres —reflexionó en voz alta Claude.

—¿Informará a Bonnet?

—¿De qué? Bonnet solo quiere acción, y un hombre sin ejército no es nadie. Lo que me preocupa es precisamente eso: ¿qué es tan importante para dejar la tropa en Asturias y presentarse él, en persona, en Potes?

—La información no es reciente, sino de la semana pasada. Basilio se entera de lo que sucede en Potes cuando se acerca —explicó el teniente.

—En resumen, no es un buen informante —concluyó frustrado Claude.

—A esa misma conclusión llegué, por lo que le exigí información sobre el próximo golpe, y lo amenacé con fusilarlo si no obtenía algún resultado. Creo que me dijo lo primero que se le pasó por la cabeza para salir del paso, porque no me pareció realista: que había más informadores españoles que franceses.

—Y no dijo mentira, pero es algo con lo que ya cuento. Por eso no los persigo, no tiene objeto: otros ocuparán el lugar —declaró Claude.

13

Mercedes acompañó a doña Elvira camino arriba, hacia el Alto de Miranda, después de que Salvador saliera con Marta hacia la fábrica de cerveza. El día era soleado, aunque en el norte no resultaban tan calurosos como en Madrid. La primera casa con la que toparon era de dos plantas: la de abajo no era muy alta, y debía de haber cobijado un gallinero en tiempos mejores, a juzgar por el olor; a la de arriba se accedía por una estrecha escalera, y contaba con unos ventanucos para iluminar el interior.

Echaron un vistazo alrededor, pero no apreciaron nada que semejara una huerta. Se armaron de valor y llamaron a la puerta. Aguardaron un rato, pero nadie les abrió. Doña Elvira, más decidida, volvió a golpear la aldaba con más fuerza.

—Están. He visto movimiento detrás de una ventana —comentó convencida.

Iba a insistir cuando la puerta se abrió una rendija, lo suficiente para hablar.

—¿Qué quieren? —inquirió una voz desabrida y carrasposa.

Mercedes, más que ver, intuyó el rostro de una mujer de mediana edad, vestida de oscuro, un color indefinido en la penumbra del interior y de corte rústico.

—Buenos días, señora. Vivimos un poco más abajo, y nos gustaría entablar conversación con los vecinos.

—¿Cómo dice? —Con la sorpresa, Mercedes observó que la mujer ya no carraspeaba y que la voz era más joven—. ¿Vienen de visita social?

Mercedes captó el tono, entre incredulidad y diversión.

—¿A que es de locos con esta guerra? —confirmó—. Si nos dejara pasar…

—¿Dejarlas pasar? Ustedes vienen a robar.

Hizo el ademán de cerrar la rendija, pero Mercedes se lo impidió con una súplica:

—No, por favor, no cierre. Comprendo que desconfíe. Si lo prefiere, hablamos aquí fuera.

—Es lo mismo. Me golpean y entran.

—¿Y cómo habla usted con los vecinos? —preguntó doña Elvira, impaciente.

—¿Con qué vecinos? ¿Con el hojalatero pervertido? ¿Con el zapatero ladrón? ¿O con la cotilla de la lechera?

—¡Oh! ¡Vaya panorama que nos acaba de pintar! —exclamó con desaliento doña Elvira.

—Si esperan enriquecerse con los vecinos, les deseo suerte.

—No es esa nuestra intención. Pretendemos unir a los vecinos para defendernos contra los abusos de las autoridades y no morirnos de hambre.

Por unos segundos, la mujer consideró sus palabras.

—Es una idea estúpida. La gente es muy egoísta, y no se puede confiar en nadie cuando la vida depende de un mendrugo.

—No, no lo es. ¿Tiene familia? ¿Cómo consigue sobrevivir sola? ¿No ha necesitado ayuda en ningún momento?

—Ustedes no son de aquí, ¿verdad? Hacen unas preguntas muy raras.

—Somos sobrinos de doña Herminia.

—¡Ah! Era una buena señora. —El rostro de la mujer cambió, y también su actitud—. Yo limpiaba la casa. Soy Vicen, Vicenta —aclaró—. Pasen, por favor —invitó, y abrió la puerta del todo.

La casa olía a rancio, a humedad, como si el aire no corriera, aunque parecía limpia. Los materiales eran pobres: ladrillo cocido para las paredes y madera de pino para las vigas. El techo era tan bajo que rozaban con él, y creaba un ambiente más agobiante. Entraron en una pequeña sala amueblada con una mesa desnuda y un par de sillas.

—No nos queda mucho —justificó la mujer el espartano mobiliario—. El año pasado los franceses nos hicieron pagar caro el asalto de las tropas patriotas.

—¿Cómo se lo hicieron pagar?

—Además de dinero, exigieron ropa para confeccionar uniformes y para camas en el hospital, donde se hacinaban los heridos. Normalmente, las exigencias no llegan hasta aquí; como mucho buscan el producto de las huertas. Somos gente pobre. Pero en esa

ocasión, todo les parecía poco. Entraron en la casa a viva fuerza, tiraron a mi madre al suelo y se llevaron lo que pudieron de ropa de la casa y lo que encontraron de comida.

—¡Qué horror! —simpatizó doña Elvira—. ¿Y usted?

—No estaba, y no me enteré hasta que regresé.

—¿Y su madre? —se atrevió a preguntar Mercedes, temiéndose lo peor.

—Magullada, pero bien. Está en la alcoba; es muy mayor y duerme más rato del que pasa despierta.

—Después del tiempo que ha transcurrido, ¿han conseguido ropa de cama? —indagó doña Elvira.

—Sí, mantas en el mercado negro.

—¿Saben cómo acceder a ese mercado? —se interesó Mercedes.

—¿Les interesa? No se lo aconsejo. Son unos sinvergüenzas los que andan en él. Abusan de la necesidad y de la desesperación de la gente, y muchos artículos provienen del robo. Puedes encontrarte tus propios enseres allí.

—Por esa razón había pensado en una especie de alianza entre los vecinos para conseguir los alimentos básicos. Quien no conoce a pescadores tiene un pariente en el matadero o en el mercado negro.

—La idea es muy bonita, pero, para que sea efectiva, deben ser personas de confianza. No todo el mundo es leal. Las que soportamos la peor parte somos las mujeres.

—Parece que usted se defiende bastante bien —contradijo doña Elvira.

—Con más miedo que vergüenza. Hace meses que no salgo de casa. Dispongo de un pozo, como ustedes en casa de su tía, y nos alimentamos con lo que cogemos de la huerta.

Mercedes cruzó una significativa mirada y convino con doña Elvira en que la mujer mentía. El color de la piel la delataba y la huerta no la habían visto, pero no dijo nada al respecto, y preguntó:

—¿Tiene en mente a alguien?

—Como les dije antes, todo el mundo cojea. ¿Con quién más han hablado?

—Usted es la primera —confesó Mercedes.

—No sé cómo se las apañan los demás. No nos hemos relacionado mucho por la desconfianza que reina y porque nadie echó una mano a mi madre cuando la agredieron y nos robaron.

Mercedes se planteó si, ante algo así, alguien daría la cara; únicamente si se tratara de un familiar.

—Visitaremos a los demás a ver si están dispuestos a colaborar.

—La lechera, Justina, es una cotilla, pero buena persona, y a Chelo, la pollera, le arrebataron las gallinas y se ha quedado sin sustento.

—¿Y cómo se han alimentado hasta ahora? —se interesó doña Elvira, más pragmática.

—De la huerta. Todo el mundo cultiva una huerta escondida, aparte de la que mostramos a los franceses.

—¿Cómo se esconde una huerta? —preguntó Mercedes, perpleja.

—Entre paredes. ¿No se ha fijado en que las huertas y las casas están rodeadas de muros? Algunos muros no tienen puerta.

—¡Qué ingenioso! —aprobó Mercedes—. ¿Y cómo entran?

—El acceso está disimulado.

—¿Y no lo han descubierto los franceses? —insistió doña Elvira.

—La gente de la ciudad no conoce la zona; se limitan a transitar cuando van al Sardinero en verano y los soldados no se dedican a medir los muros para percatarse de que son más largos por fuera que por dentro.

—No la molestamos más. Seguiremos con nuestras visitas. Ya le informaremos del resultado. —Mercedes se levantó y se reajustó la falda. Se encontraba rara sin sombrero para no llamar la atención. Se había fijado que las mujeres solo lo lucían en situaciones especiales, como la iglesia y el teatro, y a diario se ceñían un pañuelo anudado en la frente o usaban una redecilla.

—Sí, por favor. Será una novedad recibir noticias que no estén relacionadas con las tropelías de los franceses.

Cruzaron el camino, sombreado por los plátanos, árboles fuertes y gruesos para aguantar el invierno. Un poco más arriba, entraron en la parcela de una casa de estructura similar a la anterior: en la parte de abajo había un almacén, que aislaba a la parte de arriba, la habitada, de la humedad del suelo. Subieron las escaleras y llamaron con los puños. En esta ocasión, el inquilino no tardó en abrir. Era un hombre en la treintena, delgado, con algunas canas debajo de la gorra.

—Somos los sobrinos de doña Herminia —adelantó Mercedes la información, para evitar reticencias—. Vivimos más abajo.

—Sí, lo sé. He visto que la casa estaba habitada de nuevo. ¿Necesitan algún caldero? Me conocen por Moncho.

—No. Es otra razón la que nos mueve. Venimos de casa de Vicen.

—La estirada —concretó el hojalatero pervertido, como lo había calificado la estirada. *Aquí nadie se libra de un apodo*, pensó Mercedes.

—El caso es que queremos formar una mancomunidad para auxiliarnos en momentos tan difíciles.

—No sé qué es eso de la mannosequé, pero comprendo lo del auxilio. ¿Qué tipo de ayuda?

Mercedes explicó la idea y el hombre escuchó pacientemente. Cuando ella terminó de hablar, el hombre se rascó el mal afeitado mentón.

—Tengo una mula escuálida, a la que cargo con los pucheros y utensilios varios. Los vendo de puerta en puerta desde Cueto hasta San Román por el camino de la costa. Me utilizan para trueques o para enviar mensajes entre familiares y conocidos. Así me mantengo.

—¿Cómo es que no le han quitado la mula? Creo que son como langostas los encargados de las sisas —indagó doña Elvira.

—Perdonen que no las invite a entrar. Hay un poyo abajo en el que pueden sentarse. —Cerró la puerta y las precedió mientras hablaba—: Es toda una historia. Verán, esta no es mi mula. Yo tenía un borrico que, por pequeño y viejo, no me requisaron. Para tirar de mi carreta con los artículos, suficiente. Siempre hago el mismo recorrido, y conozco a los gendarmes que vigilan los caminos costeros, así como su ruta, para evitarlos en lo posible. Pero cuando Bonnet liberó Santander de los patriotas, los soldados no respetaron nada. Tuve la mala suerte de toparme con un grupo que se ensañó con mi pobre burro, y lo mataron delante de mí entre risas; abollaron la mercancía y me miraban, como retándome a atacarlos y así cobrarse mi vida. Entonces, apareció un oficial con dos gendarmes a caballo que se detuvo al ver el desaguisado, y pensé que me detendrían, pero no: pronunció unas palabras que no entendí y los salvajes se pusieron firmes, lo escucharon y empezaron a recoger lo que habían esparcido y a subirlo en el carro. Mientras tanto, el oficial se dirigió a mí en español y se disculpó por el comportamiento de sus compatriotas. ¡A mí! —

enfatizó—, que no soy nadie, me pidió disculpas, y, al día siguiente, un soldado me entregó la mula que guardo en el establo.

—¡Sí, señor! Es toda una historia —se admiró doña Elvira.

—¿Era un oficial de la Gendarmería Imperial? —se interesó Mercedes, igual de sorprendida.

—Yo, por aquel entonces, no lo conocía, pero luego me dijeron que era el mandamás, el teniente Léry. Ahora hay otro por encima de él, pero tengo entendido que también es buena persona. Mientras no me molesten, voy y vengo a mi aire, aunque procuro no cruzarme en el camino de los perros de Barthélémy y no verme sorprendido por la noche en el camino.

—Eso es interesante, porque puede ser usted nuestro negociador oficial. No confiamos en el mercado negro: creo que es mejor intercambiar cosas útiles entre los vecinos. Por ejemplo, si alguien necesita una manta o una sábana y dispone de miel o de otra cosa que pueda trocar, usted sería quien difundiría la noticia entre los interesados.

—Por supuesto, eso es fácil.

—¿Puede hacer una lista de los vecinos que necesitan algo y de quién puede cubrir esa necesidad?

—Algo de eso ya he venido haciendo. ¿Qué pueden ofrecer?

—Menaje de casa, y necesitamos legumbres, harina, leche, huevos, cualquier cosa que se pueda llevar a la boca.

—No piden ustedes nada. —Se rio el hombre—. Preguntaré y ya les diré.

—¿Qué sabe del zapatero? ¿Estará interesado? Esta zona es muy pobre, y sobreviven con el producto de las huertas escondidas.

—Estoy seguro. No llega el esparto del sur ni la lona de Burgos para hacer alpargatas. Solo tienen trabajo los curtidores, porque los soldados finolis calzan botas de piel. ¡Ya me gustaría a mí! Y encima, no pagan: son unos negreros y unos sangradores. Se llama Jonás; ya hablo yo con él.

—¿Le parece bien una primera reunión mañana por la mañana? Cada uno aporta un excedente de cualquier tipo, y a ver qué puede conseguir a cambio —propuso Mercedes.

—¿En dónde?

—En nuestra casa. Venga con el carro y sus cosas.

Justina, la lechera, una mujer de mediana edad, con el pelo

entrecano y unas arrugas que dejaban entrever que había habido más carne de relleno en otro tiempo, y Chelo, la pollera, igual de enteca que las demás, vestidas de colores pardos, como si fuera el uniforme popular, se mostraron desconfiadas al principio, pero claudicaron ante la promesa del pequeño mercado y la posibilidad de cambiar la dieta o de obtener más semillas.

Cuando regresaron a casa, no habían llegado todavía Marta y Salvador. Decidieron qué ofrecerían en el primer viaje mientras preparaban la única comida del día. Como solo contaban con las velas que habían encontrado en la casa, procuraban comer antes de que oscureciera para no gastar.

—Una sábana vieja, un tronco de leña para cocinar… —propuso Mercedes, poniendo la mesa.

—Solo disponemos de ropa, tanto de casa como de vestidos —añadió doña Elvira—. ¿Será suficiente? Hasta que comprobemos cómo resulta el experimento.

—Sí. Aunque no se coman, son artículos necesarios.

—¡Ya estamos aquí! —gritó Salvador desde la puerta trasera para no asustarlas.

Marta entró con una sonrisa, e instaba a Salvador para que contara por ella.

—Muy amable el señor Robles, y un hombre lleno de sorpresas. El granero de la fábrica que está vacío lo ha sellado, aparentemente. Mantiene uno activo, que es el que controlan los franceses y el encargado de la sisa. Por una puerta pequeña y un poco alta, para impedir la entrada de las ratas, se accede al interior, aislado del suelo por una gruesa tarima de madera que conserva el cereal seco, pero lo curioso es que ha abierto una ventana que ha sellado con una placa de alabastro. Por fuera parece que continúa el encalado, y no se detecta, pero dentro está iluminado, sobre todo cuando el sol incide de lleno. Es un lugar perfecto para que Marta pinte.

—Muy ingenioso. Lo he visto en alguna iglesia —comentó Mercedes.

—Me he percatado de que nuestro amigo acapara bastante cereal, de lo que deduzco que lo debe de vender en el mercado negro.

—No podemos criticar a nadie por ello. Nosotros haremos lo mismo. Mañana nos reuniremos aquí los pocos vecinos a los que

hemos visitado —informó Mercedes—. El hojalatero será nuestro mensajero y el encargado de los trueques. Si hay suerte y sale bien, ¿quién sabe lo que podríamos conseguir?

—¿Cómo va la huerta? —se interesó Salvador.

—No la olvido —respondió doña Elvira—, pero no hago milagros. Las plantas necesitan tiempo. ¿Ha oído hablar de las cosechas? —inquirió la mujer con sorna.

Se sentaron, hambrientos pero ilusionados. Poco a poco, se iban adaptando a la nueva ciudad.

Al día siguiente, mientras ellas aguardaban a los vecinos, Salvador salió hacia la villa para acudir a la reunión clandestina que organizaba don Bonifacio con los josefinos para intentar poner en marcha la idea del coronel. Convenía relacionarse con todo el mundo.

Las mujeres fueron las más madrugadoras, y, a juzgar por los productos de la huerta que aportaban, se les daba bien el cultivo: lechugas, tomates, judías, puerros y zanahorias era lo principal. Las recibieron en el invernadero, el lugar más amplio del que disponían.

—¿Es esa su huerta? —husmeó Justina, la lechera—. No creo que obtengan mucho de ella.

Las otras dos mujeres asintieron, para disgusto de doña Elvira.

—¿Cuál es el problema?

—Falta abono, y han desperdiciado este maravilloso invernadero de cristal con plantas de ornamento —criticó Chelo.

—Recuerdo los semilleros de cuando trabajaba aquí. —Vicen se movió por el invernadero con la confianza de quien conoce el terreno—. Estos son. —Sacó unas bandejas de barro cocido de debajo de unos bancos de diferente altura—. Se llenan de tierra, se ponen las semillas y se riegan. Se dejan sobre estas bancadas para que les dé el sol y el aire.

Doña Elvira y Mercedes se pasaron un rato recibiendo lecciones básicas de cultivo, pues los hombres se unieron en cuanto llegaron. El zapatero, Jonás, era ancho y bajo, de cara redonda y gesto afable, y renqueaba de una pierna, una malformación de nacimiento que lo había liberado de las levas. Lo que en un principio debía haber sido una reunión tensa, el asunto de la huerta y de la siembra soslayó cualquier problema de comunicación, e intercambiaron información sobre cómo limpiar de bichos o cómo evitar el exceso

de agua.

Opinaron que el invernadero era muy interesante porque, gracias a la protección de las variaciones del tiempo, mantener la humedad y el calor de forma constante aceleraba el proceso de germinación y, por tanto, adelantaba la cosecha. Mercedes llegó a un acuerdo con ellos: permitía el uso y el acceso al invernadero y, a cambio, ellos le facilitaban abono y semillas para sacar adelante su huerto escondido. Estudiaron dónde quedaría mejor disimulado el terreno que sustraerían a la mirada de los franceses, y Jonás propuso que robaran parte del jardín al vecino que quedaba fuera de la vista, detrás de la estructura acristalada.

—Murió el viejo Ramón hace dos años, y nadie ha aparecido para reclamar la propiedad, y, tal y como están las cosas, no creo que vengan a solicitarla ahora. Tiene la ventaja de que parte del muro ya está hecho; solo habría que hacer otro para separarlo del jardín y abrir un acceso por aquí, dentro del mismo invernadero para que quede oculto.

—Es una buena idea —corroboró Moncho—. El aspecto selvático del jardín abandonado ayudará a disimular la nueva pared.

—¿Lo harían ustedes? Pagaremos el trabajo —indagó Mercedes, convencida de la conveniencia de la obra.

—A mí me lleva el día el trasiego entre casas —se disculpó Moncho.

—Yo lo haré —se ofreció Jonás—. Aprovecharé lo más posible la vegetación.

Inspeccionaron el jardín del vecino, que ofreció bastante dificultad tras dos años o más de abandono. Vicen aseguró que, en sus últimos años, Ramón ya no trabajaba en la huerta. Encontraron hortalizas de gran tamaño carcomidas y rumiadas por roedores. Chelo se entretuvo recogiendo algunas válidas para replantar; mientras tanto los hombres calcularon el tamaño ideal del nuevo huerto y lo delimitaron con unas piedras. Mercedes acordó pagarle a Jonás con su anillo de casada y una horquilla de perlas que ofreció doña Elvira.

Moncho partió con su mula y el carro lleno de objetos de hojalata y estaño; los productos de las huertas y lo que ofrecieron los Velarde para el trueque los escondieron entre los pucheros. Quedaron en reunirse temprano un día por semana en el

invernadero, ya que debían echar un vistazo a las simientes, realizar los nuevos trueques, recibir noticias sobre las necesidades y conocer el estado del mercado. Chelo, Vicen y Justina se retiraron juntas y Jonás se quedó en el jardín del vecino para investigar de dónde obtendría piedra para levantar la nueva pared sin que se notase.

14

Claude observó el plano de la provincia de Santander extendido sobre la mesa. Había señalado dónde se encontraba cada compañía y cada escuadrón de la Gendarmería Imperial que estaba bajo sus órdenes. Santander se hallaba bien protegido con el general Cacault en Comillas, desde donde controlaba el paso a Asturias y a los valles del Nansa y de Liébana, y el general Roguet en Bilbao. Este se encargaba de mantener despejado el camino a Torrelavega y Reinosa, y para ello había levantado fortificaciones en Puente Arce, Santiago de Cartes, Requejada y Arenas de Iguña.

De la parte de Liébana no había nada que temer, según el último informe de Basilio: Porlier llegó y se fue. Sin embargo, el marquesillo, como apodaban a Porlier, era peligroso por su amistad con el comodoro británico Robert Mends, por las repetidas victorias con sus intervenciones relámpago: golpeaba y se retiraba tras causar graves bajas al ejército francés. Era un militar con formación y experiencia, algo atípico entre las partidas españolas, comandadas por gente del pueblo, inexpertas y sin armas, pero con un arrojo fuera de lo común. Afortunadamente, Porlier andaba en Ribadeo, lejos de su territorio, aunque ignoraba qué se traía entre manos, ya que su red de informadores no llegaba tan lejos.

—Buenos días, coronel —saludó desde el umbral Léry—. El correo ha llegado sin novedad.

—Buenos días, teniente —respondió sin levantar la mirada del plano—. Eso es lo que me preocupa: tanta tranquilidad.

—El torancés y Campillo siguen haciendo de las suyas —contradijo Léry.

—Es el pueblo quien sufre a los brigantes. No son suficientes para temerlos mientras no se unan. El más peligroso es Porlier, porque está organizado y mantiene contacto con los ingleses.

—Preocuparse de antemano no soluciona nada. Creo que Barthélémy se aburre.

—Otro peligro. ¿Qué pasa ahora? —se interesó Claude, consciente de que no le iba a gustar lo que escuchase.

—Está pensando en dar otra fiesta para reclamar una exacción extraordinaria.

—Está loco —dictaminó, molesto.

Sin embargo, no llegó a organizarse la fiesta, y la semana pasó bajo un cielo encapotado, con una llovizna fina y constante que trajo el viento gallego. Cornulier se rascaba la patilla derecha intranquilo: no le gustaba la falta de noticias sobre los patriotas. Los últimos correos aseguraban que se mantenían los efectivos en Asturias, entre Gijón y Ribadeo, por lo que Bonnet se había relajado y el regimiento se concentraba en Bilbao. Tampoco había avanzado mucho en el misterio de los hermanos Velarde. Había descubierto dónde vivían, que habían accedido a una cuantiosa herencia, que dos de los hermanos se desplazaban a la fábrica de cerveza… Había indagado discretamente, y se sorprendió de que la sordomuda llevara la contabilidad de la fábrica. Pero sobre sus contactos en Madrid seguía en vilo. Había estado pendiente del correo que salía de la ciudad, pero ni una carta había sido enviada; como si no hubieran vivido allí, algo de lo más insólito.

El golpe llegó por sorpresa, porque no vino por tierra —de ahí que no lo advirtieran—, sino por el mar. Por primera vez, el sigilo de los patriotas fue efectivo. El 5 de julio llegó un gendarme a uña de caballo con la noticia del desembarco en Santoña: una flotilla de seis fragatas inglesas y ocho lanchas armadas españolas, a cargo del comodoro británico Mends, había desembarcado en la playa de Berria a varias unidades del ejército asturiano y a la División Cántabra de Porlier, quien había conseguido reunir a un millar de hombres.

La guarnición de Santoña se reducía al octavo escuadrón de la Gendarmería, bajo el mando del comandante de la plaza, Clément de Grandprey. Cornulier cabalgó hasta el palacio de Pronillo, donde se hallaba el general Barthélémy, a quien ya oía, desde el pasillo, bramar órdenes.

—No parecen muy efectivos esos informadores suyos —acusó en cuanto lo vio—. Tiene la mano muy blanda. ¿Cómo voy a justificar que uno de los puertos más importantes en el norte estuviera tan desprotegido?

Linois y Helguera se hallaban en la lujosa estancia. Barthélémy no escatimaba medios para vivir a lo grande, aunque no entendiera de arte ni gozara de un gusto fino para la decoración. Lo que le parecía caro encontraba un sitio para lucirlo: tapices, mobiliario, lámparas, alfombras. Resultaba agobiante para la sensibilidad estética de Claude.

—General, es imposible cubrir tantos frentes con tan pocos hombres. Ya lo hemos hablado en otras ocasiones. He enviado correos a Cacault en Comillas y a Roguet en Bilbao. En cuanto a la información —se encogió de hombros—, no siempre llega a tiempo.

—¿No será peligroso? Si mueve a esos hombres, quedarán expeditos los caminos para los lebaniegos en el oeste y las partidas de Campillo y Cuevillas en el sudeste.

—Recemos para que eso no suceda. No hay otra solución, no podemos perder la plaza.

En ese instante, un correo sudoroso se abrió camino hasta el despacho y se cuadró frente a Barthélémy. A una invitación de este, habló:

—El comandante Grandprey me envía a comunicarle que se ha retirado, sin ofrecer resistencia, a Laredo y que está reagrupando los destacamentos que se hallaban dispersos por la comarca para resistir hasta que llegue el socorro. Después, se propone acercarse, personalmente, hasta Castro Urdiales y Bilbao en busca del apoyo del general Roguet.

—Coronel Cornulier, convoque a su escuadrón de Gendarmería; yo reuniré el regimiento a mi cargo: hay que defender el camino de Santoña —decidió el general—. Desconocemos sus intenciones, y pueden intentar un avance hacia Santander. No quiero que se repita el desastre del año pasado. Ya hemos perdido un día, y estas guerrillas se mueven más rápido que nosotros.

Cornulier saludó y se retiró para organizar a sus hombres. Claude confiaba en la profesionalidad de Barthélémy: en el ejército de Napoleón ningún irresponsable llegaba a general: cada uno lo había logrado por méritos propios. Otro asunto era la administración y el gobierno de civiles.

El estado de alerta en la ciudad fue evidente por el número de soldados convocados y los correos que iban y venían. Partirían sin demora al amanecer en ayuda de Grandprey, un compañero y buen

oficial de la Gendarmería. Claude avisó a Léry y envió un hombre a los fuertes de campaña cercanos para sacar soldados de allí. Barthélémy tenía razón: si se trataba de una maniobra de distracción para encubrir algún ataque de los patriotas asentados en los reductos montañosos, se lo iban a dejar fácil. Este tipo de acciones por parte del enemigo evidenciaba la debilidad de las fuerzas francesas para abarcar un territorio tan amplio.

—Vamos a defender el camino a Santoña —informó en cuanto regresó el teniente Léry. Sacó una llave de un cajón del escritorio y abrió el armario armero—. Reparta munición, que cada hombre lleve dos raciones de boca, y, antes del alba, en cuanto lleguen los refuerzos de los puestos cercanos, los quiero formados en Pronillo y dispuestos para la marcha.

Léry no se entretuvo en contestar; se apresuró a coger varias cajas de munición y salió al patio a impartir las órdenes y organizar a la tropa acuartelada. Mientras tanto, Claude se sentó y revisó los papeles acumulados sobre la mesa. Estaba habituado a dejar todo en orden cada vez que salía, por si acaso no volvía, o bien, por si debían abandonar la ciudad. Vivían con lo puesto y trabajaban con lo imprescindible: así de precaria era la vida desde que se había alistado.

Echó un vistazo por la encalada estancia que servía tanto de escritorio como de dormitorio. Junto al baúl en el que guardaba el uniforme de gala y algunas prendas de repuesto había una mochila preparada con lo necesario para sobrevivir en caso de que hubiera de salir precipitadamente. Se acercó a la estantería repleta de archivos, listos para ser transportados o quemados en caso de peligro, y se sirvió una jarra de cerveza de la barrica que había ubicado entre los legajos: era el único lujo que se había permitido.

Encontró la hoja en la que había apuntado la dirección de la familia Velarde y la rompió en pedazos para que no cayera en malas manos. Había realizado las pesquisas, solapadas con otras para no levantar la liebre y que los curiosos se preguntasen por qué se interesaba por esa familia en concreto. Los españoles que formaban parte de la administración no se distinguían por su discreción, y sacaban provecho de cualquier noticia que llegara a sus oídos. La casa, modesta en apariencia y rodeada de huertas y de gentes humildes, había logrado pasar desapercibida. Sin embargo, con esas

dos bellezas de inquilinas, pronto atraerían la atención.

La tentación de ocuparla era grande, antes de que se le adelantaran, pero no se decidía. Hasta el momento, siempre que había sido posible, había residido en los cuarteles. Además del peligro que suponía, le aterrorizaba la atrayente idea de vivir en familia, la sensación de permanencia o pertenencia, aunque fuera una mera ilusión, que le impidiera seguir adelante con sus obligaciones. Pesaban los años en los campos de batalla, y no era el único que los sentía como losas. Los hombres, cuando se emborrachaban, liberaban los sentimientos negados, sepultados bajo la indiferencia y la crueldad. Cada cual sobrellevaba lo suyo como podía.

Sacó el archivo en el que guardaba la documentación personal, la que se debía remitir a René Sologne en caso de fallecimiento, y lo colocó en un sitio visible. Hasta esa posibilidad, ahora, le importaba más que antes. ¿Qué había cambiado? Se sentó y se estiró a esperar el amanecer.

Se quedó dormido sobre la mesa; estaba acostumbrado a dormir incluso de pie. El golpeteo repetido sobre la jamba de la puerta lo despertó.

—Han llegado los refuerzos. Los caballos ensillados aguardan impacientes —informó desde el umbral el teniente Léry, quien lo había sacado del sueño.

—Perfecto. Salimos. —Se puso de pie, abrió la espita del barril de cerveza y llenó una nueva jarra que se bebió, como desayuno, sin respirar. Se alivió en el cubo y se repeinó. Cogió la bolsa, se colgó el sable y se puso el bicornio.

—Está hecho un pincel —evaluó Léry con el gesto torcido antes de girarse y salir. Claude lo siguió al exterior.

El oscuro cielo palidecía por el este y anunciaba la alborada. Había dejado de llover y el cielo mostraba claros. Claude montó en el caballo, alzó el brazo e iniciaron la marcha. Detrás del escuadrón de Gendarmería, se movían dos batallones incompletos del regimiento del general; el tercero se quedaba de retén en la ciudad: en total, habían reunido unos mil hombres.

Rodearon la bahía santanderina y tomaron el camino de la costa hacia el este. Sobre las siete de la mañana se toparon, a la altura de Galizano, con la vanguardia de los desembarcados, que huyó de

regreso a la villa santoñesa. Cortado el avance, aminoraron el ritmo para que no se cansaran los soldados de a pie. Cornulier envió a varios exploradores para despejar el camino al grueso de la tropa. Llegaron hasta Argoños, donde los españoles y los ingleses habían cavado unos fosos y se habían atrincherado en ellos. El teniente coronel al frente de los batallones organizó tres columnas; la tercera, que correspondía al cuerpo de la Gendarmería, se quedó de reserva y avanzó con las otras dos hacia la batería de cañones ingleses, pero, en lugar de atacar a los dos flancos enemigos, concentró las fuerzas en el reducto de la derecha, que resultaron ser los españoles de Porlier.

—¡Mala suerte! —exclamó Léry, con el catalejo pegado al ojo—. Los ingleses se repliegan y dejan que los españoles resuelvan la situación.

—Si pertenecen a la división de Porlier, no se moverán, están bien adiestrados —opinó Cornulier, observando la marcha del encuentro en espera de intervenir si era necesario. No obstante, en cuanto atronaron los cañones ingleses, los franceses se retiraron con cierto desorden que aprovecharon los españoles para hacer prisioneros.

—A simple vista, diría que hemos sufrido más bajas que esos malditos —ponderó Léry sin despegarse del catalejo.

—Habrá que esperar a que lleguen Cacault y Roguet —reconoció Cornulier con un suspiro de resignación.

Se reunió con el teniente coronel de los batallones, y este le comentó que la batería estaba protegida por unos fosos impenetrables, desde donde los podían aniquilar sin perder un hombre. Era absurdo insistir en el avance por el momento. Dispersaron la fuerza para controlar que no saliesen de la villa y se dispusieron a aguardar los socorros.

Cornulier no perdió el tiempo y distribuyó a sus mejores hombres para que vigilaran los caminos que venían de Soba, en previsión de que se unieran a la fiesta las partidas de Campillo y Cuevillas por el sudeste y la de Bernardo Crespo desde Liébana y los sorprendieran por retaguardia. Cacault había salido de Comillas, pero Roguet se lo tomó con más calma y no salió hasta el día siguiente, 7 de septiembre. Afortunadamente, el viento había rolado y soplaba del nordeste, había despejado el cielo, el sol lucía con

intensidad y el calor era soportable por la brisa enfriada que llegaba del mar.

La espera fue larga, tan solo amenizada por el ir y venir de los correos franceses y de las noticias, como la proclama de Porlier para reclutar hombres para la causa patriótica. Por veredas escondidas y caminos olvidados, fueron llegando pequeñas partidas para unirse a la División lebaniega. Léry calculó unos trescientos hombres.

—Como siga así, conseguirán reunir un ejército delante de nuestras narices —se quejó el teniente, sentado junto a Cornulier bajo el único árbol de aquella marisma que los separaba de la villa.

—No se haga ilusiones: no lo pretenden, pero no pueden dejar a los mozos a merced del reclutamiento del ejército josefino. Les va bien con su sistema de guerrillas.

—Pero, picoteando aquí y allí, nunca conseguirán avanzar y derrotarnos.

—Esta gente hace gala de una paciencia y de una determinación que escapan a nuestra comprensión. Su visión es diferente —explicó Cornulier. Se pasó la mano por el pelo y contempló la reverberación del sol sobre las aguas de la marisma. La marea estaba subiendo y cubría los matojos de hierbas y algas; el graznido de las gaviotas que buscaban alimento rompía el silencio de la tarde—. Es lo más inteligente que he presenciado desde que entré en el ejército. Ningún pueblo europeo ha tenido la presencia de ánimo para hacernos frente a costa de la propia vida; los civiles han preferido que quedara la guerra en manos del ejército y se han mantenido al margen. ¿Quién iba a pensar que los españoles reaccionarían de otra forma? Creo que el propio Napoleón no ha sopesado bien el valor de esta gente.

—No lo entiendo tampoco —confirmó Léry—. ¡Si son más pobres que las ratas!

—Precisamente por eso: no pierden nada. En clara inferioridad, sin armas, sin comida, mal vestidos, pero, con ingenio y arrojo, no eluden una confrontación aunque lleven las de perder.

—La única razón por la que aguantan es por el apoyo popular y porque conocen el terreno como la palma de su mano —agregó Léry.

—Y porque renuncian a conquistar terreno: atacan y se retiran. Es un daño constante, permanente, inquietante para nosotros, que

ignoramos cuándo y dónde será el siguiente golpe. Al ser partidas pequeñas, la movilidad es mayor, y les permite atacar en varios puntos distintos un mismo día. Es una lucha de desgaste.

—Ellos también se desgastarán, digo yo —comentó resignado Léry.

—Esta guerra la ganará quien más paciencia tenga —vaticinó Claude—. ¿Cree que nuestro Emperador conoce el significado de esa palabra? Por de pronto, este desembarco ha puesto en jaque a toda la prefectura. Veremos cómo acaba el asunto.

—Lo conozco lo suficiente para saber que ya lo barrunta.

—¡Ay! Mi querido amigo, la guerrilla golpea y se retira.

—Es una flota inglesa, y no han removido y planificado este golpe como para retirarse sin fruto —refutó Léry.

—Está en medio de la nada. Defender Santoña les costaría un río de sangre. No les interesa —dictaminó Claude—. Yo, en su lugar, me marcharía. Ya han conseguido lo que querían: movilizarnos, cansarnos, retarnos, recordarnos que siguen ahí y que pueden golpearnos cuando se les antoje.

—Minar nuestra confianza —resumió Léry.

—Recuerde: una guerra de desgaste.

Tal y como predijo, el día 8 presenciaron cómo retiraban los cañones y reembarcaban las tropas, más aquellos reclutas que se les habían unido, y zarpaban rumbo a La Coruña. Solo una fragata permaneció, a cierta distancia de la costa, para llevar a cabo un intercambio de prisioneros.

Los batallones de Barthélémy regresaron a Santander, pero el escuadrón de la Gendarmería permaneció unos días más como apoyo para Grandprey. Cornulier aprovechó para intercambiar nuevas con el general Roguet, quien corroboró su idea de que, a pesar de las buenas impresiones que generaban en Madrid sobre la conquista de la Península, al menos, en el norte, se hallaban muy lejos de la obediencia, que se reducía a las poblaciones más importantes, reductos de los comerciantes.

—Los vascuences no se muestran más dóciles que los astures o los cántabros —dijo Roguet, sirviéndose más vino.

Se habían reunido en uno de los salones de la casa consistorial de Santoña. Solo quedaban las sillas en torno a una mesa larga. Las paredes lucían desconchadas y desnudas de tapices o cuadros,

robados en distintos momentos por franceses, patriotas, bandoleros e ingleses de forma sucesiva. Nada escapaba a la rapiña de unos o de otros. Fuera, los hombres hacían una relación de los desperfectos en los fuertes, que eran muchos. Cornulier en persona había llevado a cabo el intercambio de prisioneros: dieciséis gendarmes por diecisiete ingleses que habían caído en diferentes emboscadas.

—Es como tener la espada de Damocles sobre el cogote —ilustró Grandprey—. No sé cómo voy a defender el puerto sin cañones: se han ensañado con ellos.

—Es a lo que han venido —declaró Cornulier—. Avanzan, golpean y marcha atrás: efectivo y sin casi pérdidas humanas.

—Sueño con ellos —reconoció Roguet—. Son como diablos: escurridizos y malévolos. No me fío ni de los que me rodean y me alaban. La traición está allí donde menos se la espera. Se lo he comentado a Soult y me ha contestado que la misma impresión le había transmitido al Emperador, pero este lo había trivializado, como todos los que, equivocadamente, desprecian a los españoles. Hay que vivir aquí para saber cómo es esto. Si salgo con vida, no olvidaré España.

Al día siguiente, una vez que dejaron bien protegido a Grandprey y a la villa, recuperada de la conmoción del asalto, el general Roguet regresó a Bilbao y Cornulier a Santander. El único consuelo de aquella aventura había consistido en que las guerrillas del interior no se habían presentado; en caso contrario, se habrían encontrado en un serio aprieto.

Llegaron al caer la tarde, sucios y cansados tras vivir tres días al aire libre. Léry, más joven que él y con mejor humor, lo denominaba «una excursión campestre». Confió el caballo a uno de los mozos de los establos y cambió el exterior por el interior.

—¡Fontaines! —llamó a su asistente, y, en cuanto este asomó—: Prepárame un baño para ahora y el estuche del afeitado para mañana. Llevo cinco días de sudor y polvo encima.

—Estoy en ello, coronel. Enseguida le traigo la bañera.

No quiso mirar la mesa, porque estaba seguro de que los informes habrían aumentado en su ausencia. Procedió a desvestirse y a sacarse las botas. Entre dos hombres metieron el barreño de zinc con respaldo lleno de agua caliente; detrás, Fontaines los seguía con un jarro grande de agua fría que dejó junto a la bañera. Los

soldados saludaron y se retiraron.

—Llévese la ropa y las botas y hágamelas cristianas. No necesito ayuda para bañarme; procuraré no quedarme dormido dentro. Mañana retire la bañera.

—A sus órdenes, coronel.

Fontaines no era un hombre hablador, aunque sí muy eficiente. Lo escogió en cuanto se enteró de que era aprendiz de sastre en la vida civil, pero las levas no le permitieron posicionarse en el oficio, y, como otros muchos jóvenes franceses, vagaba por los campos europeos en busca de una gloria que no llegaba.

Se quedó desnudo y Fontaines se llevó la ropa. Retiró la tapa de madera que impedía que el agua se enfriara demasiado rápido, probó la temperatura del agua y añadió fría del jarro. Se metió dentro y se sentó con las piernas encogidas. No resultaba cómodo, pero era un baño, un lujo con el que no podía contar siempre, por lo que lo valoraba en lo que valía. Se relajó y la imagen de Mercedes lo sorprendió. ¿Por qué se acordaba de ella otra vez? Seguía en el aire el asunto de ocupar la casa.

15

Durante los diez días siguientes a la reunión con los vecinos, el ritmo de trabajo fue absorbente. Mercedes y doña Elvira desbrozaban el espacio que sería el huerto mientras Jonás construía el muro de piedra y reparaba algún otro. La empresa avanzaba, y pronto rastrillarían la tierra para proceder a la siembra.

Lo más complicado fue abrir un estrecho paso desde el invernadero y que quedara bien disimulado. Jonás trajo una serie de tablillas de madera y les dio las instrucciones para construir un enrejado para las plantas trepadoras. La jardinera, en la que se sustentaban las trepadoras, la situaron a un lado, de forma que pudieran desplazar el enrejado y pasar al otro lado, como si fuera una puerta simulada.

Sacaron los muebles de mimbre al exterior y los situaron al abrigo entre el acristalado del invernadero y el muro cubierto de hierbaluisa, una zona protegida del viento salino del norte y expuesta a los rayos de sol. Entre las tres mujeres, Chelo, Vicen y Justina, acondicionaron los semilleros, que ocuparon las bancadas del interior, y añadieron algunos tablones para que cupieran más. El caballete de Marta lo instalaron al final de uno de los pasillos, entre las bancadas. Tampoco faltaba a la cita semanal el hojalatero, quien volvía con casi todos los encargos. Se había corrido la voz por la ruta que solía llevar y lo esperaban en los caminos como agua de mayo para conseguir plantas medicinales, semillas, ropa, utensilios de cualquier tipo o intercambiar productos de la huerta y del campo. El resto de la semana la dedicaba al huerto, como los demás.

De esta forma, la relación entre ellos se fue estrechando, y perdieron el recelo primitivo. Incluso se prestaban servicios, cotilleaban y sonreían. El verano y el buen tiempo contribuían y permitían disfrutar del aire libre y aprovechar la luz al máximo. Mercedes no era tonta, y temía el invierno, largo y duro, sin luz y

sin leña para calentarse, con las labores reducidas a unas pocas horas y la imposibilidad de que Moncho recorriera los caminos en días de tormenta. Desechaba ese pensamiento con la tozudez de centrarse en el presente, pero era inevitable que, de vez en cuando, se planteara el futuro.

Salvador acompañaba cada día a Marta a la fábrica de cerveza, donde le prestaban una caña de confección casera y gusana, y se escapaba al muelle. Allí se mezclaban los de condición más humilde con los más adinerados, porque el hambre era igual para todos, a no ser que estuvieras muy cerca de los franceses y te cayeran las migajas de su mesa. Se había extendido la noticia de una nueva exacción extraordinaria, y había soliviantado tanto los ánimos como había hecho aumentar el resentimiento y la impotencia ante semejante abuso. Como el periódico fundado por Amorós se limitaba a repetir las noticias de la corte madrileña, proclives a ensalzar las ventajas del reinado de José I, los santanderinos se inclinaban por aquellas que corrían de boca en boca, una transmisión más de su agrado.

A pesar del incremento de pescadores, Salvador siempre conseguía algunos panchos o un jargo. Para pescar sardinas había que poseer un bote, y las autoridades controlaban los permisos de pesca y las capturas con red en las zonas de las playas, al otro lado de la península de la Magdalena, lo que los vecinos llamaban «el Sardinero» por el acopio de ellas que se hacía en verano. Le habían contado a Salvador que, antes de la invasión, las pescadoras, con las cestas en las cabezas, vendían las sardinas y los panchos por las calles de la ciudad.

Mercedes estaba tan ocupada en sobrevivir que olvidó la guerra hasta que las campanas de las iglesias repicaron anunciando la incursión de los ingleses en Santoña.

—Se han movilizado con presteza, y mañana salen hacia allá —contaba Salvador entre bocado y bocado, mientras cenaban reunidos—. Hay toque de queda en la ciudad. Zuloaga y Molino aseguran que los gabachos están muertos de miedo ante la posibilidad de que las partidas de patriotas, dispersas por la provincia, se unan y los ataquen por la retaguardia.

—¿Qué pretenden los ingleses? ¿Han comenzado la conquista de territorio? —se inquietó Mercedes.

—No, qué va. Don Bonifacio cree que son pocos para eso.

—Pues vaya. Así nunca conseguiremos que se termine este suplicio —replicó Mercedes, desinflada.

—Los ingleses rechazan un enfrentamiento en campo abierto contra los generales de Napoleón. Prefieren enviar a los españoles a despejar los caminos, a menoscabar la confianza del enemigo, a ponerlo nervioso y a entorpecer la labor de asentamiento.

—Ya. Y cuando el fruto esté maduro, entrarán ellos en acción y se llevarán la gloria —resumió Mercedes con el ceño fruncido—. Por algo han sido nuestros enemigos durante siglos. Lo único cierto es que no nos respetan ni los unos ni los otros. Entiendo el francés lo suficiente para escuchar las conversaciones de los soldados que pasan por el camino a ocupar la batería de cabo Menor y los fuertes de la Cerda, de Hano y de San Pedro. Nos consideran sucios, ignorantes, beatos y con mal gusto.

Marta pasó la pizarra a doña Elvira, que leyó en voz alta:

—«¿Mal gusto? ¿Y por qué nos roban obras de arte a manos llenas?».

Salvador meneó la cabeza.

—Estamos metidos hasta el cuello, y no queda otra que seguir adelante, hasta que consigamos recuperar nuestro país y nuestro rey.

—¡Ja! —exclamó Mercedes, encendida—. Te recuerdo, mi querido hermano, que ese estúpido por el que suspiras abdicó en el Intruso. Solo un majadero cobarde entregaría un reino sin luchar.

—No debemos creer lo que cuentan los josefinos para justificarse —se defendió Salvador.

—Pero tampoco dejaremos de creerlo. ¿Alguien ha visto a ese rey al frente del ejército? ¿Con las tropas de coalición europeas? ¿Alguna noticia de su estancia en Londres?

—Está prisionero en Francia —arguyó cansado.

—Ya quisiera estar también prisionera en Francia —atacó Mercedes con la ironía que le salía de su propia desilusión.

—No me puedo creer que hayas perdido la esperanza en un futuro próspero, Mercedes —constató con desaliento Salvador—. Tú eres la fuerte, la que nos mueves.

—Yo lucho por nosotros, pero no por un fantoche ni por un oportunista. Y porque deseo la paz para seguir adelante con mi vida

—enumeró con el gesto más distendido, más amable—. En eso seguimos juntos, hermanito.

A causa de la incursión en Santoña y del toque de queda, los caminos dejaron de ser seguros, y Moncho, el hojalatero, se quedó en casa, como Marta y Salvador. Esos días se movieron, como conejos nerviosos, entre los semilleros y las huertas, dando un empujón a la cosecha de verano y preparando los cobertizos en la huerta escondida para el invierno. Siempre había faena para el previsor.

Como Salvador había pronosticado, el asalto a Santoña duró cuatro días, y la tropa combinada de ingleses y patriotas se retiró antes de que llegasen los socorros franceses. En esta ocasión fue Mateo Robles el mejor informado, y quien acompañó a Salvador y a Marta a casa, invitado a degustar un pulpo y unas sardinas.

—Gracias por la cerveza —dijo doña Elvira, que se hizo cargo de la damajuana—. Siempre tan atento, don Mateo. Aquí hay confianza.

—Es un placer, doña Elvira, y no quisiera perderme sus guisos por una bagatela como la buena educación. No estoy en condiciones de devolverles la invitación.

—Sentémonos y cuente, don Mateo. Estoy en ascuas —apremió Mercedes, y se acercó a la mesa, ya dispuesta.

—Por favor. —Se aproximó a retirarle la silla—. No hay mucho que contar. Lo que he podido sonsacarle al sargento en medio de su borrachera.

—Conociéndolo, seguro que ha sido suficiente —animó Salvador —. Por el camino se ha resistido a adelantarme nada, así que estoy como vosotras.

—Prefiero que el auditorio esté virgen y no me interrumpa adelantando detalles que resten eficacia al relato —se justificó Mateo, festivo.

Se pasaron las fuentes de verduras con patatas hervidas, pulpo y sardinas, que comieron sin un mísero mendrugo de pan, y lo regaron con la cerveza. El postre era algo inaudito por esos tiempos. Los vecinos y compañeros de cosechas confiaban en el otoño para aprovisionarse de higos, manzanas, castañas y uvas para hacer compota y orujo de cara al invierno.

—La flota se componía de cinco fragatas, una corbeta, un lugre y

un quechemarín; o eso me han contado, porque he escuchado otras versiones. Desembarcaron en varias lanchas en la playa de Berria y se dispusieron a atrincherar la zona mientras los franceses abandonaban Santoña por el lado contrario hacia Laredo.

—¿Quién comandaba a los patriotas? —se interesó Salvador—. ¿Renovales? ¿Llano Ponte?

—Porlier en persona —aclaró Mateo, y Mercedes aguzó el oído —. Fueron los que soportaron el ataque de las tropas que salieron de Santander, pero los rechazaron. Por cierto, nuestro amigo Cornulier también estuvo allí, aunque no participó en la contienda: se quedó de reserva, y controlaba la retaguardia. Temían que los sorprendieran las partidas del alto Asón.

—Como siempre, falta de coordinación y una oportunidad perdida —rezongó Mercedes.

—Es una pena que no seas general, hermanita. Ya habrías expulsado a Napoleón de España.

—Ríete, pero muchas mujeres mostramos más temple que algunos hombres.

—No lo pongo en duda —atajó Mateo la discusión en ciernes entre los dos hermanos—. Sin embargo, es lo que hay: un mundo injusto. Estoy de acuerdo en que este sistema de guerrillas, de golpear y retirarse, es lento y desesperante, sobre todo para la población civil. De hecho, han detenido a los alcaldes de la zona por no alertar del desembarco, y Barthélémy ha detenido a los atalayeros de San Pedro y La Maruca por no avisar de la llegada de la flota. Lo significativo de esta acción es que Porlier alistó a trescientos hombres más para su División Cántabra, entre ellos el propio alcalde mayor de la villa, un tal Pablo del Hoyo.

—¡Ah! Todo un éxito. —Rezumó sarcasmo el comentario de Mercedes—. ¡Qué generosos los ingleses! Tanto barco para trasladar a trescientos españoles…

Mateo se rio de la ocurrencia. Ya se había habituado al genio de la hermana dominante, y no le daba más importancia de la que debía a su comentario. Era su forma de desahogarse, de hacer frente a la angustia y la impotencia que le causaba la situación en la que vivían, y no le parecía mal.

—Imagino que desinfectarán las naves en cuanto desembarquen en La Coruña —contribuyó el cervecero a la idea de Mercedes de

que los españoles no estaban bien considerados.

—¿También usted? —se asustó Salvador—. Que ya tengo suficiente con mi hermana…

—Las ideas de doña Mercedes son un tanto exageradas, pero no del todo alejadas a la realidad. Wellington es un estirado insoportable, por lo que tengo entendido, pero otros, como Mends, son personas afables e inclinadas a nuestra causa.

—La esposa del vinatero Molino —cambió de tema Salvador— tiene una hermana en Cartagena de Indias, y se escriben habitualmente. En sus cartas narra el sentimiento secesionista que se está expandiendo por las colonias al amparo de la falta de gobierno.

—¡Oh! Eso es grave —se dolió doña Elvira—. Las colonias son el sostén del país, y está claro que el Intruso no hará nada.

—¿Qué va a hacer si no gobierna siquiera en España? —retrucó Mercedes, preocupada.

—En cuanto a eso, me han llegado otro tipo de noticias más satisfactorias —anunció Robles—: se han reunido unas Cortes Extraordinarias en la isla de León, fuera del alcance francés. Por el momento, no sé más.

—Ya es bastante —alabó Mercedes—. De vez en cuando, leo algún viejo ejemplar de la *Gaceta de Santander* que trae Salvador, y todo son glorias del ejército francés.

—He observado que nuestro amigo Cornulier —comentó Robles— se pasea por el mercado y no le hace ascos a entablar conversación con los que llegan de los pueblos de alrededor.

—Si sigue llamándolo así, tendré que saludarlo como a alguien entrañable la próxima vez que me lo cruce —bromeó Salvador.

Aunque los ingleses se habían retirado, el toque de queda seguía vigente, por lo que Mateo Robles se despidió y se marchó antes de que empezara a oscurecer.

Mercedes ayudó a recoger con la satisfacción de haber pasado un rato agradable y de haber mantenido una conversación interesante en la que no se había hablado de riego, de plagas o de abono. Se dio cuenta de que su vida social se había reducido de forma considerable.

La vida volvió a normalizarse, porque los vecinos necesitaban comer, aunque el toque de queda, desde el anochecer al amanecer,

no se levantó. Las tropas francesas andaban revueltas, y, por lo que se rumoreaba en los mentideros josefinos, se preparaban para una acción en Asturias. Querían devolver el golpe.

Renovaron el vestuario con ropas más toscas, como las empleadas por Vicen o Chelo, más fuertes y más apropiadas para la huerta y las labores pesadas. De esa guisa, Mercedes ayudó a Vicen a trasladar uno de los semilleros a su casa para plantarlos, mientras que Chelo y Justina se arreglaban con otro. Entró a saludar a la madre, quien había empeorado de un dolor en el vientre. Antes de salir, Vicen la sorprendió con un jarro de leche fresca.

—No diga nada a los demás. Me lo ofreció Moncho, no había para todos. Creo que es producto de algún robo a los franceses.

—Gracias, pero debería quedárselo usted.

—Tengo otro jarro. Le estoy muy agradecida de que nos haya sacado del aislamiento en el que vivíamos sin darnos cuenta. Trabajar juntos, tener alguien con quien hablar… Mi madre está peor y ya no me acompaña. No creo que llegue al invierno, y, si le soy sincera, así lo espero. El invierno pasado, entre el asalto y el robo, luego el hambre y el frío, fue muy duro. No le deseo otro así.

Con la pena agarrada al pecho, Mercedes emprendió el regreso. Caminaba ligera, pero con precaución de no tropezar y que se derramase el preciado líquido. Ensimismada, pensando en la nata y el cuajo para hacer queso, como había aprendido de Pepa en Mogrovejo, no se percató de la proximidad de un caballo hasta que el animal resolló.

Contuvo la respiración, y se le paró el corazón del susto, pero no se volvió, sino que continuó, pegada a las tapias y al amparo de la arboleda, con la esperanza de que el jinete pasara de largo. Desde la incursión de los ingleses en Santoña, vigilaban con más celo la costa, y el camino era transitado por las tropas con más frecuencia de la habitual.

El caballo la adelantó por el centro del camino y se detuvo un poco más adelante. Cuando observó que el jinete desmontaba, rezó lo que se le pasó por la mente y empezó a sudar. No llevaba pistola, porque sería absurdo matar a un soldado, y, si no se entregaba a continuación, condenaría a muchos inocentes que pagarían por su crimen. Apretó los dientes, dispuesta a vender cara la piel, pues el militar, definitivamente, la aguardaba a ella.

—Señora de Hontoria.

Reconoció la voz de barítono del coronel de la Gendarmería Imperial y respiró con alivio.

—Coronel —saludó con un gesto de cabeza.

—¿No le parece una imprudencia pasearse por sitios despoblados?

—¿Pasearme? ¿De verdad que le ha parecido que me paseaba?

El hombre entrecerró los ojos y perdió la seriedad de la que se había revestido para reconvenirla.

—¿Vamos a jugar con el vocabulario? Afortunadamente, dispongo de un rato, así que me viene bien despejar la cabeza y entretenerme con conversaciones de salón.

—Me alegro por usted, pero yo he de buscar el sustento de cada día para mi familia y para ustedes, ya que reclaman más raciones de boca.

—Eso es lo que me disgusta: que se aventure por estos caminos sola. ¿Y su hermano? Es un habitual de la pesca, ¿no es suficiente?

—No. Nos gusta variar de vez en cuando, sobre todo para evitar que nos salgan escamas.

—Espero que el botín haya merecido el riesgo. La acompaño hasta su casa.

Mercedes echó a andar resignada a llevar escolta. Lo observó de reojo mientras él se enrollaba las riendas en la mano e incitaba al caballo a seguirlo. El pelo revuelto por el galope, a pesar del bicornio, le daba una apariencia salvaje, y los ojos tan claros y desvaídos bajo las pobladas cejas eran como imanes, por lo exóticos que le parecían a Mercedes. Cualquier mujer lo tildaría de apuesto, y lo era, reconoció Mercedes en su fuero interno, pero la escarapela tricolor que lucía en el sombrero pesaba demasiado como para dedicarle un pensamiento. A pesar de ser un hombre peligroso por el puesto que desempeñaba, ella se sentía a salvo a su lado, lo que no dejaba de resultar paradójico e inquietante.

—Leche —dijo sin añadir una explicación.

—El hojalatero no ha estado muy listo: se le han escapado las legumbres y la cecina.

—¿Cómo dice? —Mercedes se volvió, pasmada y alarmada.

—Proviene del mercado negro. Ayer asaltaron un carro de avituallamiento a los fuertes cercanos.

—Yo no sé nada de eso —se defendió Mercedes, con el ceño fruncido y dispuesta a defender lo indefendible, aunque la invadió la ansiedad ante la posibilidad de que se la arrebataran.

—Ni le conviene saberlo. No la acuso de nada. Y… no hace falta que agarre tan fuerte el jarro: no le voy a exigir la devolución. No entra en mis funciones.

—Es un alivio. ¿Y de quién depende el perseguir a los que se alimentan con las raciones que nos han robado previamente?

—Emplea el sarcasmo con la misma destreza que sus compatriotas la navaja. ¿No puede enterrar el hacha de guerra durante unos minutos? Es asunto del ayuntamiento y de los arrendatarios de la sisa, gente de su pueblo.

—Siempre hay infames dispuestos a traicionar a quien sea por asegurarse el plato de lentejas.

—Los que quieren vivir en paz viven en paz —recalcó Cornulier —. Hay guerra por unos pocos que han encontrado en el caos la forma de enriquecerse. Le recuerdo que no somos los únicos que exigimos pagos en especie a los vecinos. Si nadie se hubiera rebelado, habríamos convivido en armonía.

—Una armonía muy beneficiosa para ustedes: un país al que saquear, riqueza colonial, hombres para sus batallas. Su hermoso ejército está mandado por franceses, y los soldados provienen de cualquier punto de Europa, arrancados de sus casas para perder la vida por qué o por quién. Sí, es una pena que estos harapientos e ignorantes españoles hayan puesto tantas dificultades a su paraíso.

—Comprendo que, mientras estemos enfrentados, sea imposible una reconciliación; sin embargo, no todos los franceses desprecian a los españoles. Usted no es de Santander, así que ignora que durante los años duros de la Revolución los vecinos de esta ciudad acogieron a una comunidad de sacerdotes que se negó a jurar fidelidad a la Asamblea. Sé lo que es sentir odio y miedo a la vez. Yo era joven, pero maduré a la fuerza. Uno de esos sacerdotes fue mi maestro, y me enseñó el español.

Mercedes se sintió ridícula con su odio. Las personas eran más complejas de lo que a simple vista parecían. Cornulier no había conocido la paz, había crecido en medio de la violencia y, aun así, conservaba un alma piadosa y objetiva.

—Esta es su casa, ¿no? —Se detuvo ante la verja.

—Me ha dejado claro que conoce cada rincón de la ciudad y a cada vecino.

—La vida es dura de por sí como para divertirse a costa del sustento de otro. Me disgusta profundamente el abuso que no conduce a ninguna parte.

—¿Por eso ayudó en la catedral a reconducir las protestas? —recordó Mercedes—. Le pido disculpas. Me he mostrado más desagradable de lo que debería. La guerra despierta lo peor de cada uno.

—Disculpas aceptadas. Espero que, de ahora en adelante, crucemos saludos sin resentimiento.

A Mercedes se le escapó una sonrisa involuntaria.

—No se confíe, coronel; mi humor es muy voluble.

—El temperamento de las españolas ha cruzado los Pirineos.

—No entremos en los tópicos: nadie ganaría. Que tenga buen día.

—Igualmente le deseo.

Mercedes cruzó la verja y la cerró. El coronel metió el pie en el estribo y se impulsó hacia arriba con facilidad, como si formara parte del animal. Ella lo observó alejarse cuando el hombre volvió la cabeza, y la sorprendió todavía allí, mirando. ¿Se había sonreído? Notó cómo se sonrojaba mientras se encaminaba a la entrada de la casa. Le molestaba que el francés pensara en la posibilidad de conquistarla. Que hubiera decidido aceptar una tregua no significaba que fueran a ser amigos. Había descubierto que no era una persona cruel, y le convenía cultivar una relación con alguien de posición relevante. Nunca se sabía cuándo podía hacer falta, aunque no negaba que le inquietaba el conocimiento tan preciso que había demostrado sobre lo que sucedía en cada esquina de la ciudad.

16

Claude evitó las calles estrechas y siguió hacia el convento de San Francisco por la zona de huertas. La costumbre de vaciar los orinales por las ventanas era desagradable, pero si se trataba de un soldado francés el que pasaba por la calle, la puntería se convertía en memorable. Todavía recordaba cómo regresaron dos de sus hombres, a los que había enviado para resolver un problema en el mercado. Les costó varios días devolver el apresto al uniforme. Por más que se había establecido un horario, el carácter español se inclinaba a infringirlo con impunidad, ya que el verano y las numerosas ventanas abiertas contribuían a amparar al infractor. Por otra parte, el prefecto, de quien dependía la policía, tenía otros problemas más acuciantes que perseguir a los vecinos que arrojaban las inmundicias fuera de hora.

Claude esbozó una sonrisa a la vez que dirigía su montura con un leve tirón de riendas. Tras la escaramuza de Santoña y las escasas horas de sueño por el estado de alerta en el que vivían, le había invadido una alegría que no sentía desde hacía bastante tiempo. Su fama de serio y entregado al servicio le precedía, pero no era su carácter, o no deseaba que fuera así. Habían sido las circunstancias las que lo habían obligado a adoptar esa pose. Llevaba muchos años escondiendo su interior y perfeccionando una máscara para que nadie lo reconociera. Se había acostumbrado a vivir con doblez, y, en más de una ocasión, había necesitado recordarse quién era.

Ahora, más que nunca, suspiraba por que acabase esa ansia de conquista de Napoleón, aunque, por las noticias que le enviaban René y Hervé, la ambición del emperador corría pareja con sus éxitos y se alejaba el horizonte de la paz. Gracias a la propaganda viciada, en Francia consideraban que España se había doblegado. Claude les explicó a su tutor y a su hijo que nada más lejos de la realidad: España se había convertido en un tropiezo y, por tanto, en una obcecación de Bonaparte. La única esperanza para los españoles

residiría en crear otro tropiezo que requiriera sacar hombres de España, como que los ingleses desembarcaran en Suecia, por poner un ejemplo. En caso contrario, la sangría para ambos países sería lenta, y la agonía solo concluiría con la muerte de uno de los contendientes.

El sombreado de la arboleda lo alivió del calor estival, y sus pensamientos retornaron al momento en que recuperó la alegría y las ganas de que hubiera paz. Mercedes. Curioso nombre para una mujer tan belicosa y tan poco inclinada a abrir el corazón y conceder una merced. Sin embargo, ese contraste entre su delicada belleza y su lengua afilada, entre su aspecto débil y su genio y fortaleza de espíritu, lo atraían como la miel a la mosca. Tanto la mosca como él sabían que no debían acercarse, que podían quedar atrapados y costarles la vida, pero algo tan fuerte como el destino los empujaba al abismo. Una postura muy del gusto de los lectores de las novelas góticas que se habían puesto de moda en Francia.

Entró en el patio y dejó el caballo en manos del mozo. El despacho, entre sólidos y gruesos muros de piedra, conservaba el frescor de la noche. Arrojó el sombrero sobre un archivo, se quitó el sable y la chaqueta y los colgó de la percha, se remangó la camisa, cogió el jarro de zinc y vertió agua en la palangana. Tras lavarse la cara y las manos, se sintió más cómodo. Se dirigió al tonel de cerveza y abrió la espita: salió espumosa y efervescente.

La mujer había cambiado la forma de vestir: las ropas de viaje que llevaba cuando la conoció eran de buena calidad, de lana suave y bien teñida; el vestido de la catedral denunciaba una posición social desahogada, a pesar de acusar desgaste y parecer anticuados, mientras que el vestido de esa mañana era rústico y de mala confección. No deseaba llamar la atención, y alabó la sensatez, aunque no serviría de nada si se fijaban en ella: no caminaba como una aldeana, por eso la reconoció de lejos, y luego, de cerca, las cuidadas manos, la entonación y la vocalización cuando hablaba. No, no conseguiría engañar a nadie: el hábito no hacía al monje en este caso.

—¿Se puede? —preguntó Léry desde el umbral. Claude lo invitó con la mano—. ¡Qué gusto da entrar aquí! En invierno estas viejas piedras se volverán húmedas e inhóspitas, pero en verano son una bendición. ¿En qué pensaba?

—Nada en concreto —mintió—. Acabo de llegar y me tomaba un descanso. Sírvase una cerveza.

—Gracias. —Con la confianza de años de servicio, el teniente se puso cómodo y se sirvió—. Barthélémy está nervioso por la posibilidad de que intenten un golpe en Santander. El ataque por mar ha abierto un nuevo frente.

—Bonnet se va a adelantar: ya está reuniendo efectivos —atajó Claude con un suspiro.

—Con la edad se ha vuelto un cobarde, e, igual que sucedió durante el asalto de Santoña, teme que lo ataquen cuando Bonnet se encuentre en San Vicente o más allá.

—Razón no le sobra, pero creo que han logrado su objetivo y no disponen de tiempo para preparar un nuevo desembarco. No, no hay nada que temer.

—¿Nosotros vamos?

—No. Nos quedamos. Me han encomendado mantener vigilada la costa y expedito el camino a Reinosa. Y que no se repita ningún tumulto patriota en la ciudad.

—Si Barthélémy decide llevar a cabo su plan de exigir una exacción extraordinaria, lo veo difícil.

—Si al ministro Almenara le siguen llegando protestas y se produjeran disturbios, creo que la caída del general sería segura.

—Es un plan cogido con alfileres —criticó Léry.

—Los mejores planes son aquellos que entran en la legalidad. Son lentos, pero seguros. Desde que se instaló este general y trajo con él a su gentuza, Linois y Helguera, la ciudad se ha vuelto más ingobernable, y con razón. ¿Ve estos papeles? Son todo quejas por las extorsiones de Helguera.

—Fue un escándalo que Barthélémy disolviera la Junta de Subsistencias y permitiera a Helguera ocupar su lugar.

—Otra acción de la que habrá de responder —apuntó Claude.

—Confía demasiado en la justicia para ser un experto en leyes —cuestionó el teniente, reticente.

—En absoluto: es el interés militar lo que mejor funciona en el Imperio en estos tiempos —aseveró Cornulier.

Un jaleo en el claustro rompió la paz de la que disfrutaban; aun así, no se movieron. Si hacía falta un oficial de grado para solventar una disputa entre soldados, ya los avisarían. Claude, bajo la presión

del calor, comprendía la templanza española, por no decir desgana.

Una llamada en el marco de la puerta atrajo la atención de ambos oficiales.

—Buenos días. ¿Les viene bien que rellene el barril?

—Adelante, Robles —invitó el teniente—. El cervecero siempre es bienvenido.

—Debemos estar preparados —continuó Cornulier—. Con tanto movimiento de tropas, harán falta víveres y municiones.

—Ya han sido requeridas varias escoltas para diferentes desplazamientos —informó Léry—. La principal, dentro de dos días desde Reinosa.

—¡Exijo ver a su oficial! —gritó un hombre en el claustro. Escucharon la voz pausada y categórica del soldado de guardia, pero no les llegaron sus palabras.

—¡Esto es un insulto, y quien ha de mantener el orden debe conocer los hechos! —insistía el hombre en la demanda.

—Voy a enterarme de qué sucede. No parece una reyerta de cuartel.

El teniente Léry no tardó en regresar seguido del ciudadano Soraret, un francés encargado de la administración del aguardiente en el ayuntamiento.

—Buenos días, coronel —saludó Soraret, enérgico y congestionado—. Vengo a denunciar un atropello. ¿Necesito presentarme?

—No, no hace falta. Nos conocemos —declaró Cornulier—. Explíquese y así podré ayudarle.

—Usted lo ha dicho: nos conocemos todos, y sé de antemano que no puede hacer nada, pero quiero que haya evidencia del hecho.

—Muy bien, adelante, pues. Y gracias por la confianza que rezuman sus palabras.

—Usted recordará que Amorós declaró el aguardiente exento de impuestos; pues bien, Helguera se ha apoderado de treinta y dos barricas del ayuntamiento, y, cuando he protestado, se ha reído ante mis narices y me ha exigido treinta y siete mil reales para recuperarlas. Es lamentable que esa pandilla de sinvergüenzas que rodea al gobernador cometa tales abusos sin ningún miramiento y con total impunidad.

—Dejaré constancia de su denuncia, pero, por desgracia, tiene

razón. ¿Se ha dirigido al prefecto?

—Por supuesto. En cuanto he nombrado a Helguera, ha escurrido el bulto. ¿Qué poder ejerce ese hombre sobre el ejército?

—Sobre el ejército, ninguno: es español. Lo cobija el propio gobernador bajo su ala, por esa razón no se puede hacer nada. Sin embargo, me gustaría que animara a los encargados de las sisas a que denuncien estos abusos. ¡Quién sabe! Igual en un futuro tengan el suficiente peso para arrastrar a Helguera y a sus partidarios.

—Así lo haré. Por de pronto, nadie se arriesgará a introducir aguardiente ni otros productos que estén sujetos a la codicia de ese hombre. La ciudad y el ejército notarán la falta. ¿A usted no lo han perseguido? —se dirigió a Robles, que rellenaba el barril con ayuda de un embudo.

—Por el momento no, aunque reconozco que no me pagan.

—Para el caso, lo mismo —concluyó el demandante.

Soraret abandonó el despacho más calmado, aunque se fue igual que llegó: sin solucionar el problema ni obtener justicia. Claude archivó la denuncia, con la seguridad que da la experiencia de que, más adelante, aquellos papeles, aparentemente inservibles, cavarían la tumba de Helguera.

—Esto ya está. Hasta la semana que viene. Que pasen buen día —deseó Robles.

—Eso es una utopía —replicó el teniente Léry al cervecero.

Aunque Bonnet concentraba los batallones en la zona de Torrelavega, en Santander se notaba el aumento de soldados de paso parejo a la intranquilidad de los vecinos ante los desmanes y las voces borrachas de los jóvenes. A pesar de los arrestos, los soldados sabían que eran necesarios en el frente y que el castigo se limitaría a unos días de encierro. Así que las peleas y los robos aumentaron de forma significativa, ante la pasividad de las autoridades militares.

A la mañana siguiente, Léry y él se dirigían a los baluartes de la península de La Magdalena por el camino que llamaban Viejo hacia el Alto de Miranda cuando se toparon con un desagradable espectáculo: cuatro soldados borrachos se disponían a violar a una mujer, y otra yacía más allá sin sentido.

La falda de la mujer a la que intentaban forzar se la habían subido, y uno de los hombres, al que reconoció como uno de los

hombres de Linois, la empleaba para sujetarle los brazos y ocultarle la cara mientras animaba a los demás a que se dieran prisa. El primero ya se había bajado los pantalones y los otros dos sujetaban las piernas desnudas de la mujer. Un poco más allá, tirados, distinguió los calzones de encaje que le habían arrancado. La mujer emitía unos gritos extraños por la desesperación. Ante la visión de las blancas piernas de la mujer y del trasero del soldado que se disponía a arrodillarse para llevar a cabo la agresión, a Claude le hirvió la sangre.

—¡Soldados! —gritó enérgico, a la vez que desenvainaba el sable y aproximaba el caballo seguido del teniente, quien lo cubría.

Los cuatro se volvieron, pero no reaccionaron con rapidez a causa del embotamiento por el alcohol, por lo que Léry sacó el pie del estribo y arreó una patada en la cara al único que permanecía de pie y con los pantalones bajados. Los compañeros soltaron a la mujer, que seguía debatiéndose con sus partes al aire, se irguieron como pudieron y mantuvieron la posición, más o menos, de firmes que correspondía ante un oficial.

—Teniente, tome el nombre de estos hombres —ordenó.

La mujer luchaba por liberarse de las faldas y cubrirse. Cornulier desmontó con el sable en la mano y se dirigió a los soldados:

—Usted no está de paso. —Señaló al soldado al que había reconocido.

—Pertenece al sexto batallón del regimiento de línea de Barthélémy —corroboró Léry.

—Vuelvan al cuartel. Me encargaré de ustedes en cuanto regrese, y no les va a salvar el general en esta ocasión. Están bajo la ley militar, y son arrestados por la Gendarmería Imperial.

Los extraños y distorsionados sollozos se hicieron más claros. La mujer había conseguido liberarse de las faldas, y se las bajó lo más deprisa que pudo para cubrirse. A pesar de la cara congestionada y la transformación por el llanto, reconoció a la hermana sordomuda de Mercedes.

Los soldados no aguardaron a contemplar las consecuencias de sus actos y marcharon a paso ligero camino abajo. Léry se había acercado a la mujer mayor para verificar su estado, y él envainó el sable y se arrodilló junto a la joven, que buscaba con la mirada a su compañera. Cuando la descubrió, lanzó otro grito disonante.

—Shhh, shhh —intentó calmarla Claude, consciente, nada más hablar, de que era en vano decir nada, así que trató de captar su atención sin tocarla, inseguro de cómo recibiría el contacto ante la alteración de la que era presa.

La joven temblaba como una hoja y el llanto no la abandonaba; a pesar de ello, trató de levantarse para acudir junto a la mujer, ignorándolo por completo.

—Vive. Tiene un golpe en la sien, pero ha dejado de manar sangre. Debió de oponerse a los agresores —evaluó Léry, a la vez que intentaba espabilar a la señora.

La joven, todavía descompuesta, se arrastró hacia la señora. En esta ocasión, Claude la detuvo con una mano sobre el hombro y la chica se giró con los ojos espantados, pero dispuesta a agredirlo.

—¡Eh! Tranquila. Está viva.

Habló por inercia, pero la muchacha debió de entenderlo de alguna manera. Mantuvo las manos a su vista y se movió despacio, como para mostrarle que podía confiar en él. La joven, cuyo nombre no recordaba, contuvo los desagradables sonidos, propios de una garganta que no sabía pronunciar ni copiar un sonido porque nunca lo había escuchado, aunque siguió temblando con convulsiones, y las lágrimas fluían como un torrente inagotable. La vista se le iba hacia la señora, que parecía recobrar la consciencia en ese instante. El teniente la ayudó a incorporarse, aunque parecía poco centrada en la realidad, y, cuando se llevó la mano a la cabeza, Léry, que fue más rápido, contuvo el gesto para que no se abriera la herida, todavía reciente, y manara sangre de nuevo. Las heridas en la cabeza eran muy escandalosas, como Claude había comprobado por experiencia.

Dejó que Léry se las apañara con la señora y él se centró en la joven, quien intentaba levantarse del suelo con escasa fortuna, porque las piernas le fallaban. Temeroso de sujetarla, le ofreció el brazo. Lo miró con los ojos acuosos y todavía sumidos en el miedo, y él le correspondió con la mirada más cálida que fue capaz de componer, con el deseo de infundirle la confianza que había perdido. La muchacha respiró hondo y se apoyó en él para satisfacción de Claude, que había logrado vencer su recelo.

—¡Marta! —exclamó la señora en cuanto recuperó el ánimo y la voz—. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué te han hecho esos salvajes? —se

lamentó al borde de sus fuerzas.

—Creo que nada, señora; llegamos a tiempo —respondió Léry, que comprendía el español, aunque lo suyo era el italiano—. ¿Puede ponerse de pie o se marea?

Marta tiró del brazo de Cornulier para acercarse a la mujer. Este admiró cómo se recobraba la joven por momentos, aunque su cara y su expresión siguieran descompuestas.

—¡Mi niña! Estoy bien, mareada, pero bien.

Claude descubrió que no era el único que le hablaba, aunque fueran conscientes de que no los oía. Algo le golpeó en la pierna, y bajó la vista a la pizarra que colgaba de la cintura de la joven. Echó en falta el bolsillo y paseó la mirada por el escenario de la agresión. Retiró la mano de Marta y, tras comprobar que era capaz de mantener el equilibrio, se volvió y recogió los calzones rotos, con los que hizo una bola para que no los vieran, y el ridículo. Comprobó que la atención seguía puesta en la señora mayor y arrojó el lío blanco a un arbusto y se aproximó con el bolsillo.

Marta, más tranquila, tomó el bolso y buscó la tiza en el interior. Le temblaba tanto la mano que le costó escribir:

—«Estoy bien. ¿Y usted? ¿Podrá llegar a casa?».

Claude cometió la indiscreción de leer lo que no le estaba destinado. Aguardó a que la señora lo leyera para ofrecerse como alternativa.

—Creo que lo mejor será que las acompañemos a casa. No están en condiciones de caminar. Cabalgará con el teniente, y yo me ocuparé de la señorita.

—Gracias, coronel. Lo cierto es que estoy bastante mareada, y la visión es borrosa.

—Se ha llevado un buen golpe, y ha perdido sangre —explicó Léry—. Deberá pasar un par de días en absoluto reposo para recuperarse.

—Lo importante es la niña, que no le haya sucedido nada —sollozó la mujer, impotente.

Claude reconoció que era tarde para lamentaciones y que deberían haberlo pensado antes de aventurarse por las calles. Recordó en qué circunstancias había sorprendido a Mercedes y se estremeció. Tendría que hablar muy seriamente con el irresponsable del hermano.

Como la señora era más pesada y se encontraba en peor estado, Claude instó a montar a Léry, y entre los dos, uno desde arriba y otro desde abajo, la auparon. Después ayudó a Marta y montó él detrás de ella. De esa guisa llegaron al Alto de Miranda y bajaron por el paseo entre huertas y plátanos, cuya sombra se agradecía. Iban despacio, por consideración a las mujeres.

La joven había dejado de temblar incontroladamente, y las lágrimas se le habían agotado. Claude sabía que esa experiencia no la olvidaría nunca, y lo lamentó. Allí, entre sus brazos, le pareció frágil, etérea. Sin poderlo evitar, como un fogonazo, recordó la piel tan blanca en contraste con el vello de sus partes y el delicioso torneado de sus piernas. Inmediatamente apartó la erótica imagen, avergonzado y molesto. En cuanto se hallaron ante la verja de la casa, Marta se revolvió inquieta. Él la ayudó a bajar y desmontó mientras la chica, nerviosa, sacaba la llave y abría la verja. Sin aguardarlos, corrió por el sendero hacia la casa y llamó a la puerta con los puños hasta que esta cedió. Claude desmontó y, mientras ayudaba a Léry con la señora, asomó Mercedes, alarmada. Su hermana se le echó a los brazos, deshecha en un mar de lágrimas y con convulsiones de nuevo.

—¿Qué ha sucedido? ¿Está herida? ¿La han atacado?

—Hable en plural —corrigió Claude, serio. No pensaba dejarla escapar de un buen rapapolvo en vista de que el único hombre de la casa era incapaz de contener a esas mujeres—. Han tenido suerte de que llegáramos a tiempo.

Cogió a la señora en brazos y aguardó a que Mercedes lo invitara a pasar. La mujer, con los ojos dilatados y la preocupación a flor de piel, apartó a Marta y le señaló el salón.

—No. Será mejor que la lleve a su cama: se encuentra muy mareada por el golpe y la pérdida de sangre.

Mercedes lanzó una imprecación entre dientes muy poco femenina y escribió en la pizarra de la sordomuda antes de guiarlo escalera arriba. Claude la siguió y Léry entró en el salón con Marta.

—Lo siento, Mercedes. Intenté defenderla —murmuró doña Elvira mientras la acomodaban sobre la cama.

—¡Shhh! Descanse ahora, doña Elvira. Luego hablaremos. Voy a atender a estos señores y vuelvo.

—Yo estoy bien. Ocúpese de Marta —rechazó la señora.

Salieron al pasillo y Claude observó la amplitud de la planta con tres puertas, aunque le costaba mantenerse erguido. Bajaron y entraron en el salón, donde Marta aguardaba sentada, ya más compuesta, y Léry de pie, junto a la ventana.

—Su hermana y la señora de compañía han sufrido un ataque cuyas consecuencias, gracias a nuestra intervención, no habrán de lamentar.

—Les estamos muy agradecidas —dijo Mercedes, tiesa y pálida.

—No busco su agradecimiento. En una ocasión apelé a su cordura, pero no me han hecho caso. A su hermana casi le cuesta la virginidad, si no la vida.

Mercedes dirigió una mirada angustiada a Marta y la repasó con más atención: el pelo revuelto, el vestido sucio y roto en algunos sitios, sin medias ni zapatos, los churretes del llanto marcando las mejillas, la mirada atemorizada, desesperada, necesitada de calor. Claude, por la respiración acelerada que marcaba el pecho de Mercedes, comprendió que se había percatado del alcance del suceso. Lamentaba la brusquedad, pero había sido necesario para que le entrara en la cabeza que el riesgo era real.

—¿Están ustedes solas? ¿Dónde se encuentra su hermano? ¿Y si entran los soldados? Para ellos la cancela es un juego y la puerta un reto si saben lo que se esconde detrás.

—Sabremos defendernos.

—¿Ante una horda de hombres desatados? No diga estupideces. Cuando una ciudad cae, no hay casa, ni puerta ni sótano que contenga la lujuria. Usted no ha visto la violencia y la falta de razón y de piedad de hombres que han estado al borde de la muerte.

Mercedes lo contemplaba con los ojos abiertos, asustados ante la diatriba, pálida, con los labios apretados y la respiración tan agitada como al principio. No, no la había tranquilizado, ni lo pretendía, sino todo lo contrario: deseaba imbuirla de todo el temor que pudiera para que se encerrara en casa.

—No soy ninguna inconsciente. Sé a lo que nos arriesgamos —replicó Mercedes con poca consistencia en la voz.

—Pero nunca ha considerado la opción de que pudiera sucederles a ustedes.

—No me conoce para hacer semejante afirmación. Ignora los peligros que he corrido, pero no se preocupe: Marta no volverá a

salir sin un hombre a su lado.

—No, usted no ha entendido nada. Actualmente, si no va del brazo de un oficial, ni su hermano sería capaz de contener una agresión. Fuera cual fuera su declaración, si agrediera a un soldado, sería fusilado sin juicio.

Ahora sí que observó cómo se estremecía la mujer al comprender la indefensión en la que se hallaban.

—En vista de la poca cabeza que reina en esta casa, pasaré a ser su inquilino.

Acababa de pronunciar la palabra mágica que devolvió el color a su cara y la furia a sus ojos. Debía reconocer que prefería a esa mujer que a la asustada. Abrió la boca, pero no llegó a pronunciar nada. Unas voces en el exterior la callaron.

—Es Linois —anunció Léry, con la vista fija en la ventana.

Claude se tensó como la cuerda de un arco. La presencia de ese chacal no auguraba nada bueno, y se preparó para presentar batalla. Agradeció mentalmente a Sologne sus enseñanzas sobre derecho y administración, que tan bien le estaban sirviendo en el ejército.

Como la puerta seguía abierta, el sargento de Barthélémy no consideró la necesidad de llamar al entrar en una propiedad privada y apareció en el umbral del salón seguido de un soldado. Imaginó que habría otros dos por lo menos aguardando fuera. El muy cobarde nunca iba solo.

—Buenos días. Coronel, teniente —saludó a los oficiales de mayor rango y titubeó ante su presencia, como si se planteara si seguir adelante. Finalmente, se decidió—: Los soldados que llegaron hace un rato a San Francisco me relataron lo sucedido, y, al comprobar que la casa no estaba registrada como alojamiento y que vivían varias mujeres solas, me he acercado con la intención de ocupar la casa y ofrecer mi protección.

Claude apretó los dientes y su mirada se afiló como un cuchillo. De todo aquel discurso, dedujo que la agresión no había sido casual. ¿Por qué iban a contarle los soldados a un sargento la falta que habían cometido, si no fuera porque debían dar cuenta de cómo había salido el asunto? Por otra parte, le había faltado tiempo para informarse sobre la casa, luego ya estaba al tanto. Y, por último, conocía su presencia y su intervención, por lo que se había

presentado, sin aliento, allí, para hacerse con el botín ante sus narices.

—Llega tarde, Linois: ya he cerrado el trato con la señora. El teniente y yo ocuparemos la casa.

—Lo siento, coronel, pero ya sabe los rumores que corren por la ciudad sobre la solvencia francesa, ya que muchos demoran el pago. Sin embargo, yo ofrezco un mes por adelantado y en efectivo.

Rebuscó en el bolso y se volvió hacia Mercedes. Antes de que Claude atajara el gesto, la mujer respondió:

—El coronel y el teniente ya me han pagado, sargento: un mes de reserva y otro por adelantado. El acuerdo está cerrado.

Linois no era un buen perdedor, y la furia que asomó a sus ojos así lo confirmó. Aquella era una más de las afrentas que Claude iba acumulando y que avivaban el odio enfermizo del cobarde.

—¿Ha sugerido, sargento, que soy mal pagador?

La mirada fría y afilada de Cornulier le indicó a Linois el peligro que flotaba en el aire. A veces era tanto el odio que se olvidaba de con quién estaba hablando.

—En absoluto, coronel, me refería al ejército en general. Que pasen buen día —deseó por cortesía; y, sin perder tiempo, se dio la media vuelta y salió.

El silencio reinó en la estancia hasta que oyeron el ruido de los cascos que abandonaban el jardín de la entrada y se alejaban por el paseo. Entonces, Claude se volvió hacia Mercedes, quien se le adelantó de nuevo.

—He oído hablar de Linois, de Argomedo y de Helguera. Le debo una disculpa, de nuevo. Esta noche tendrán preparada una habitación con dos camas.

—En realidad, solo hace falta una. Uno de nosotros debe permanecer de guardia en el despacho.

—Dormiré yo en el despacho —se ofreció el teniente.

—No parece que el sargento les tenga mucha estima —adivinó la mujer, preocupada.

—No —corroboró Claude—. Compartimos el mismo infierno, aunque no lo parezca. Será mejor que nos vayamos y las dejemos a ustedes con sus asuntos. —Amagó el ademán de salir y se detuvo para insistir—: No abandonen la casa en lo que resta del día, por favor. —Consideró conveniente añadir la fórmula educada para

aplacar el orgullo de la mujer ante una orden.

17

En cuanto los oficiales de la Gendarmería se fueron, Mercedes se apresuró a cerrar la verja y la puerta de la casa, aunque reconoció la estupidez del acto al recordar las palabras del coronel. Admitía que habían sido muy ingenuos al considerarse a salvo por mediar una puerta, pero ese conocimiento había resquebrajado la confianza y la seguridad con la que se movía, y se sentía demasiado vulnerable como para ser el apoyo del resto de la familia, ni siquiera cuando la secuestraron le tembló el pulso: disparar a un bandolero no traía consecuencias, pero sí a un soldado francés.

Se centró en Marta, quien seguía sentada en el sofá, con la mirada perdida en el infinito. ¿Qué habría pasado realmente? ¿Cómo se sentía? Tomó la pizarra y formuló las preguntas. Marta regresó de donde estuviera, leyó lo escrito y suspiró, cansada y vencida por la tensión de los acontecimientos y del miedo. Con trazo más firme que antes, se entregó a una larga narración.

—«Subíamos por el camino viejo hacia el Alto de Miranda cuando cuatro soldados borrachos, que venían por un ramal lateral, nos salieron al encuentro. Sus intenciones fueron obvias desde el principio, y doña Elvira les hizo frente. Yo estaba nerviosa, pero, cuando vi cómo golpeaban a doña Elvira y esta caía al suelo, perdí los estribos y, en lugar de correr, intenté golpearlos a la vez que me interponía entre ellos y doña Elvira. Los soldados se volvieron riéndose y se dijeron algo, y, por las miradas, comprendí lo que decían. Entonces me acordé de correr, pero ya era tarde. Uno me agarró por la espalda, de los brazos, y otros me cogieron de las piernas, y, al mismo tiempo que me tumbaban en el suelo, me levantaron las faldas para atraparme con ellas e impedir que me defendiera. Sentí cómo me arrancaban el calzón, y me sentí… Sentí tanto miedo, con mi intimidad al aire…, tan indefensa… No llegó a producirse, paró la pesadilla. No entendí qué ocurría porque no veía nada. Luché por deshacerme de las faldas y cubrirme. Reconocí al

coronel, del día en la catedral, y busqué a doña Elvira, que seguía inconsciente. Lo demás imagino que te lo habrán contado».

—«Sí, y me he visto obligada a alojarlos en la casa. Aunque ese es otro tema del que ya hablaremos. Se acabó el asunto del cuadro».

—«No, está casi a punto. No puedo dejarlo».

—«Pondré agua a hervir. Sube y coge ropa limpia. Tomarás un baño antes de meterte en la cama. Ya hablaremos del maldito encargo de Goya».

A Mercedes le hubiera gustado ser tan categórica como se había mostrado el coronel con ella, pero la conmoción de Marta le indicó que no era el momento de iniciar una disputa. La guerra se había convertido en una realidad. Había acertado el francés cuando dijo que se consideraban al margen de las consecuencias. La suerte, que los hacía sentir inmortales, era la culpable, pero se habían vuelto vulnerables. Cada día, cada segundo, se adentraban más en tierras pantanosas, y el riesgo aumentaba. Recordó el fusilamiento en Potes, y el de su padre: aquello era real, eso era la guerra, y no un mal sueño.

Observó cómo Marta se levantaba con dificultad, como si las piernas no la sujetasen, y, pasito a pasito, se encaminaba a la escalera. Ella se dirigió a la cocina y sustituyó el puchero de las legumbres por una olla con agua. Aprovecharía el fuego encendido para la comida, antes de que se consumiera el leño. Ahorraban para el invierno y acumulaban la leña que encontraban en los matorrales del Sardinero bajo una tela encerada en el huerto escondido. Era un bien tan preciado como la comida, y se ocultaba a la vista.

Sacó del cobertizo la bañera redonda con respaldo y la acomodó en un rincón de la cocina. El mero hecho de pensar en lo cerca que Marta había estado de la violación la dejaba sin aliento y con remordimientos. ¿Por qué era tan blanda? ¿Por qué siempre cedía a las locuras de sus hermanos? Pero no podía mantenerlos encerrados en casa para que estuvieran a salvo: necesitaban vivir, igual que ella.

Sintió a Marta a su espalda y se volvió: se movía como un alma en pena. Se acercó y la estrechó entre los brazos, notó cómo los suyos le devolvían el apretón, y así, abrazadas, pasaron unos minutos hasta que Mercedes se desprendió y atendió la olla, que había empezado a hervir. Entre las dos volcaron el agua caliente en

la bañera y la mezclaron con agua del pozo hasta que tomó la temperatura adecuada.

Mercedes dejó sola a su hermana y subió para atender a doña Elvira. Entró en la habitación y la sorprendió junto al aguamanil. Se lavaba la herida, y había teñido el agua de rojo como el paño.

—¿No volverá a sangrar si se quita la costra?

—La herida no la he tocado todavía. Esa sangre es del resto de la cara y del cuello —explicó doña Elvira—. ¿Cómo está Marta?

—Físicamente, mejor que usted. El coronel y el teniente llegaron a tiempo —explicó—; aun así, está afectada.

—Ha sufrido una mala experiencia, pero peor habría sido si a los soldados les hubiera dado tiempo de… —No llegó a mencionarlo, no podía; se le atragantaba la palabra.

—El coronel y el teniente se alojarán en la casa.

Doña Elvira se volvió abruptamente con una ceja levantada.

—¿Cómo es eso?

—Se adelantaron a los secuaces de Barthélémy. El sargento Linois se presentó aquí reclamando una habitación. Nuestra situación ya es del dominio público. Creo que de los males es el menor: son personas educadas.

Doña Elvira resopló.

—Educados o no, son militares e intentarán seducirlas, no lo olvide. ¡Vaya contratiempo! ¿Cómo haremos para escamotearles la comida? Harán preguntas. ¿Y los vecinos que guardan sus semilleros aquí? El coronel no es un oficial cualquiera, ni un estúpido.

—No, no lo es —convino Mercedes—. He pensado en dejarles mi habitación. Compartiremos esta las tres.

—Es la peor: está orientada al norte —objetó doña Elvira.

—Tanto en esta como en la de Salvador las ventanas dan al jardín trasero y al invernadero, mientras que la mía, solo a la puerta de entrada. Creo que es lo más conveniente para mantener el secreto de la huerta.

—Es verdad. ¡Vaya desastre!

—Podría haber sido peor. Lo mejor será considerar lo bueno de la situación y sortear los inconvenientes con imaginación. Traeré el catre que hay en la habitación de Salvador.

—Usted en un catre y el oficial en una mullida cama —refunfuñó

doña Elvira.

—No hay otra cama. Es mejor así. —Doña Elvira hizo el amago de seguirla, pero Mercedes atajó el gesto—. No se mueva, y acuéstese cuando termine. Marta me ayudará.

Entre las dos hermanas vaciaron después la bañera en el jardín y luego trasladaron el catre y una almohada a la habitación de ellas. Mercedes instó a Marta a que se echara junto a doña Elvira hasta la hora de la cena. Entretanto, terminó de poner las sábanas y acomodó sus cosas. Pasó el resto del día acondicionando la habitación para los militares. Pensó que era mucho lujo para unos soldados acostumbrados a dormir en cualquier parte, por ejemplo, en un despacho. Y una idea trajo aparejada otra: ¿sería el coronel militar por convicción, por necesidad o por obligación? Se dio cuenta de que desconocía por completo las motivaciones de ese extraño hombre, quien, de una manera sutil, la ayudaba. No lo había empujado la necesidad de instalarse en una casa, porque ya lo habría hecho durante todo ese tiempo, y en una mejor que la suya; más bien se había ofrecido como si presintiera que haría falta. Lo mismo había sucedido en la catedral: se había adelantado a los deseos de los ciudadanos. Siempre iba por delante, y eso le dio a Mercedes una pista del peligro que acechaba. Repasó los cristales de la ventana que daba a la solana y observó el jardín, desatendido y selvático, que se extendía desde la verja hasta los escalones de la entrada. Lo habían dejado así adrede, para no despertar sospechas sobre los inquilinos ni para que fuera atractivo a los ladrones, pero ya era irrelevante.

La aparición de Salvador con el andar despreocupado la sacó de sus pensamientos, y se apresuró a bajar para contarle las malas noticias y obligarlo a rectificar en los planes que hubiera urdido.

—Hola. Huele bien lo que haya en el puchero. ¿Sabéis preparar pulpo? Me han prometido uno.

—Salvador, habla bajo —ordenó—. Hay noticias.

La seriedad de Mercedes captó la atención de su hermano, tal y como ella se había propuesto. Poco a poco, le fue desgranando la agresión de la que habían sido víctimas Marta y doña Elvira, para terminar con el alojamiento del coronel de la Gendarmería Imperial.

—Lo siento muchísimo, Mercedes. No imaginaba que algo así

pudiera suceder. Hemos ido y venido sin que sucediera nada. No era un camino muy frecuentado, y yo me comprometí con don Bonifacio.

—¿Cómo os ha ido? —se interesó Mercedes, sin hacer caso de las disculpas.

—Mal. Saben con seguridad que, aunque han salido las cartas, no han llegado a su destino. Y luego lo de Escolástico Ugarte.

—¿Qué pasa con ese señor?

—Helguera lo ha llevado a la quiebra al reclamarle personalmente treinta mil reales.

—¿Ese «reclamarle» significa «bajo extorsión»?

—Sí. Es un malnacido al que ampara el gobernador Barthélémy, con quien compartirá el botín. Lo ha denunciado ante la Guardia Nacional de la provincia, la que implantó Amorós con su mejor intención para defender a los civiles, pero son títeres sin función. Los militares franceses están por encima de cualquier español, aunque sea seguidor de José I.

—Entonces, quizá no sea tan mala suerte que alojemos al coronel —se replanteó Mercedes con un suspiro de resignación.

—No, tal vez no lo sea, pero entorpecerá nuestros planes de abastecimiento para sobrevivir en invierno —admitió Salvador.

—Ya veremos. Lo único cierto es que este coronel resulta un enigma.

—Empieza a anochecer —constató Salvador, volviéndose a la ventana—. Será mejor que cenemos antes de que nos quedemos completamente a oscuras. Subiré a avisarlas.

Mercedes puso la mesa para cuatro. Si aparecía el coronel, tendría que comer lo de todos, y, si exigía exquisiteces, que las aportara de los depósitos del ejército.

Salvador trató de mantener una conversación con los chismes del muelle y de la ciudad, pero no logró que doña Elvira y Marta participasen. A Mercedes le preocupó la secuela que pudiera dejarle a su hermana la agresión. Esperaría a ver cómo pasaba la noche y, por la mañana, hablaría con ella. Por doña Elvira no temía: era una mujer adulta y acostumbrada a lidiar con sus miedos.

En cuanto acabaron, Mercedes las empujó escalera arriba y se quedó sola recogiendo. Vio que Salvador salía a la huerta escondida para colaborar en la siembra y los arreglos hasta que fuera noche

cerrada. Metió la vajilla sucia en el barreño y pasó un trapo húmedo por la mesa del salón. Se remangó y, cuando iba a disponerse a fregar, sonó la campana de la verja. Se apresuró al salón, sacó la pistola de la alacena y se la guardó en el bolsillo del delantal. Se dirigió a la puerta principal y abrió la mirilla: la silueta violácea del coronel con el caballo de la brida la sorprendió, pues ya no lo esperaba. Abrió la puerta y cruzó el jardín selvático.

—Buenas noches —dijo a la vez que abría la verja—. Llega tarde, ya hemos cenado, pero queda algo si no le molesta comer a oscuras.

—He comido en el cuartel, gracias; de ahí mi retraso. ¿Dónde puedo dejar el caballo? Aquí delante, a la vista de los que pasan por el camino, representará una tentación.

—¡Oh! No había contemplado este problema. La leñera está vacía; creo que podrá servir. Sígame.

Lo condujo por un camino lateral hacia el jardín trasero, más cuidado desde que lo supervisaban los vecinos. La leñera, que empleaban para guardar el baño y las palanganas donde realizaban la colada, era lo suficientemente alta para acomodar al animal, aunque no le quedaba mucho espacio para moverse. Mercedes iba a realizar un sarcástico comentario acerca del heno cuando observó cómo el oficial descolgaba de la silla un saco con el preciado cereal.

—¿Puedo tomar prestado un cubo?

—Por supuesto. Lo llenaré con agua del pozo —se ofreció, pero el oficial se interpuso en el paso y no se lo permitió.

—No es necesario. El caballo es asunto mío, no de usted. No deseo interferir en sus tareas ni hacer que mi presencia sea una carga.

Mercedes agradeció en su fuero interno que se mostrara amable y no los considerara unos sirvientes. Comprendió que debía corresponder a su gesto y no quedar como una maleducada, por muy enemigo que fuera.

—Cuando termine, búsqueme en la cocina.

Dejó la puerta de acceso al jardín abierta y se puso a fregar a la luz crepuscular. Si tardaba algo más, no vería ni su sombra. El coronel no se hizo esperar, y entró cuando Mercedes ya aclaraba el último vaso. Él se quitó el sombrero, el sable, la bolsa y la casaca, que colgó de uno de los ganchos de donde pendían las capas enceradas para la lluvia y se aprestó a coger el balde con el agua

sucia.

—¿Dónde lo tira?

—Los parterres de flores lo agradecen. No abusamos del jabón —enfatizó para remarcar la carestía—. Déjelo fuera, junto al pozo.

El peso marcó la musculatura de los brazos y de la espalda del militar. Mercedes observó cómo, sin apenas esfuerzo, se perdía en la oscuridad del jardín. Oyó la voz de Salvador, y se llamó estúpida por haberse olvidado de su hermano. Esperaba que el coronel no lo hubiese sorprendido descorriendo el enrejado que daba paso a la huerta secreta.

Regresaron ambos hombres, y la encontraron al pie de la escalera.

—Le agradezco la ayuda. Recoja sus cosas y sígame. Buenas noches, Salvador.

—¿Te espero? —titubeó su hermano.

—No es necesario.

Salvador se inclinó y la besó en la mejilla, como era costumbre entre ellos.

—Buenas noches —deseó, y subió sin mirar atrás.

El oficial se presentó cargando las cosas que había colgado en el gancho, y ella lo precedió. Mercedes abrió la puerta de su antigua estancia, ahora en penumbra, y entró.

—Espero que la encuentre de su gusto. No es una casa con muchos lujos —se disculpó—, pero es cómoda.

Mercedes se dio cuenta de que el oficial agachaba la cabeza para entrar y de que rozaba las vigas. Era alto, más de lo normal, olía a cuero y a caballo y se lo veía fatigado. Mercedes se apiadó de él.

—No hay casi luz, pero si deja la ventana abierta, entra algo de claridad.

—Gracias, está todo bien. ¿Cómo quiere que le pague? ¿Con dinero o con comida? —propuso.

—Con comida —respondió Mercedes sin titubear y sin sonrojarse. ¿De qué les servía el dinero si se morían de hambre? El orgullo no era útil, y ella era una mujer práctica.

—De acuerdo. Le adelanto que no tendrá que alimentarme, porque comeré en el cuartel, y que faltaremos algunas noches. Lo comento para que no se preocupe por nosotros: nos limitaremos a pasar la noche. Mi única exigencia es un poco de agua caliente para

afeitarme por la mañana. A pesar de los años que llevo en campaña, es algo a lo que no he conseguido habituarme: el agua fría.

Con el comentario él intentaba romper el hielo de una conversación excesivamente formal, pero Mercedes no había decidido hasta qué punto de intimidad estaba dispuesta a llegar con el enemigo, por muy educado que fuera.

—No hay problema. Buenas noches.

El oficial le franqueó el paso a la puerta, mientras Mercedes seguía calibrando la frialdad de la respuesta. Se sentía mal por las facilidades que él les había ofrecido, y, al fin y al cabo, casi no vivirían allí, así que en el umbral se volvió.

—Si necesita lavar ropa o algo de costura, no dude en decirlo.

—Gracias, muy amable; no será necesario.

¿Habían brillado sus ojos o había sido efecto de la penumbra y de la luz sesgada? Mercedes abandonó la estancia y cerró la puerta a su espalda. Entró con sigilo en el dormitorio y se desvistió a oscuras, mecida por las respiraciones acompasadas de sus compañeras de habitación. No se había acordado de devolver la pistola a su sitio, la sacó y la dejó en el suelo, junto al catre, antes de echarse. No era lo mismo que la mullida y ancha cama, pero tampoco resultaba un suplicio para sus cansados huesos. Sin percibirlo, se quedó dormida.

Un grito desafinado la despertó. Como un gato, se incorporó y miró hacia el bulto revuelto de Marta, que se debatía como una leona sudorosa. Se levantó a la vez que doña Elvira.

—Ya me ocupo yo de ella —susurró la mujer—. Usted acuéstese. Mañana tendrá que ocuparse de atender al oficial, y no olvide a los vecinos.

Doña Elvira espabiló a Marta y la acunó en sus brazos, como cuando era pequeña y se lastimaba. Marta la reconoció y se tranquilizó. Mercedes se echó y contempló las vigas mientras elucubraba sobre las posibilidades de que su hermana consiguiera superar el trauma.

Se levantó al alba y se encontró con un aliado inesperado en la cocina: Salvador.

—Mucho has madrugado —observó Mercedes.

Se había puesto el vestido de trabajo con el mandil sobre la falda y un chal por encima, sujeto a la cintura por las puntas, como

cualquier aldeana. Había dejado la pistola en su sitio, para que pudiera usarla cualquiera de la casa en caso de peligro.

—Hoy me quedo. Oí anoche a Marta. ¿Está bien? —se interesó preocupado.

—Lo bien que se puede estar después de semejante experiencia. Llevará su tiempo; no podemos hacer nada más que quererla, como siempre.

—Me haré cargo de la huerta con Jonás, así te aliviaré el trabajo.

—No podréis trabajar mientras él se encuentre aquí —susurró.

—Vicen, Chelo y Justina se ocuparán de los semilleros, y eso nos permitirá escabullirnos al otro lado —explicó en voz baja—. Él no se atreverá a entrar en el invernadero mientras estén ellas, y desde fuera no se abarca dónde se encuentra cada uno. Es una suerte que no os haya dado por limpiar los cristales.

—Lo pensamos, pero dedujimos lo mismo que tú: mejor sucios.

Mientras hablaban en voz baja, Mercedes no había permanecido inactiva, y se afanaba en encender el fuego.

—Tráeme una olla con agua —ordenó a su hermano.

Salvador salió con la olla y la llenó con agua del pozo. La luz se acrecentaba por momentos. La colgó del gancho sobre el fuego y regresó al patio para aliviarse en la letrina. Mercedes puso a calentar lo que quedó de la cena para desayunar algo caliente y se dedicó a abrir las contraventanas del piso bajo para que entrara la luz del amanecer. En breve llegarían los vecinos y el hojalatero: el trueque semanal se había convertido en uno de los hitos del día. Regresó a la cocina, retiró la olla protegida con unos trapos y repartió el agua en los aguamaniles que subiría a las habitaciones.

El vapor que emanaba le humedeció los cabellos sueltos y le sofocó la cara. Se irguió en cuanto vació la olla y se tropezó con la figura del oficial, apoyada en la jamba. Se encontraba en mangas de camisa y sin corbatín, por lo que la camisa dejaba al descubierto el inicio del vello del pecho.

—Lamento el retraso. Ahora se lo subo.

—Buenos días. No se apure, yo lo haré.

Estaba tan sorprendida que no reaccionó. El oficial tomó una de las jarras y se perdió por la escalera. ¿Cuánto tiempo llevaba observándola? Salvador regresó y se adueñó de las dos jarras que quedaban.

—Os las dejo en la puerta —informó.

Mercedes se sentó y desayunó un par de cucharadas del potaje, que saboreó despacio para alargar la sensación de que comía más; era una cuestión psicológica con la que engañaba al estómago. Subió la escalera con el ánimo pesado y la mente en su hermana, por lo que no sintió la salida del oficial de la habitación, ya vestido y preparado para irse. Se apartó y pasó rozándola: olía a jabón, un lujo olvidado, un recuerdo del pasado y de Mogrovejo, y a algo más sutil que no supo identificar.

—Me marcho. Hagan el favor de ser prudentes y no se expongan innecesariamente. Esta noche les traeré lo acordado y un baúl con mis cosas. Estoy contento con la habitación.

—Gracias —acertó a contestar Mercedes, todavía aturdida por las sensaciones que percibía, como si hubiera vuelto a la época en que conoció a su marido: el mariposeo, el embobamiento, los suspiros, las imágenes transgresoras y locas que pasaban por la mente, en aquellos años, tontas y anodinas; ahora, eróticas y peligrosas por el conocimiento y el deseo que arrastraban…

El coronel se dirigió a la cocina para salir al jardín trasero en busca de la montura y ella entró en la estancia vacía: abrió la cama para ventilarla, cogió la palangana con el agua sucia y bajó al jardín delantero para regar con ella las plantas y el laurel que crecía junto a la verja. Escuchó el ruido de los cascos del caballo y la voz del hombre apaciguándolo, se apresuró a entrar y lo observó, escondida, a través de la ventana de la sala familiar.

Llevaba al animal de las riendas; abrió la verja y la cerró de nuevo. Montó con la soltura que daba la práctica. Mercedes montaba a diario en Segovia, y reconocía la destreza. Echaba de menos la vida fácil y feliz de los años de casada, aunque su marido hubiera sido un inconsciente. ¡Bendita ingenuidad! Y esa idea trajo aparejada la experiencia de Marta.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Salvador desde la puerta.

—Pensar —mintió—. Olvidaos del asunto del cambio del cuadro. Ya hemos corrido demasiados riesgos innecesarios.

—Por eso mismo no podemos desistir ahora —arguyó Salvador.

—¡Claro que podemos! Porque seguimos con vida.

—Marta no lo entenderá —insistió Salvador.

—Pues ya estás convenciéndola. Si no fuera por tu apoyo, habría

desistido. Casi la perdemos —acusó Mercedes con la voz ronca por la emoción.

—¿Me haces responsable? —se asustó Salvador, y retrocedió hacia la cocina.

Mercedes lo siguió con la palangana vacía bajo el brazo.

—Por supuesto que no —negó con vehemencia—, pero intento que veas el asunto desde mi perspectiva. No es un juego, sino una guerra, y el peligro es real.

—Lo sé, no soy un crío, pero Marta confía…

—Si Marta no ve más allá de sus narices, nosotros habremos de abrirle los ojos, aunque me queda la esperanza de que ya haya calibrado el alcance de la aventura.

Callaron al oír que una puerta de arriba se abría. Al mismo tiempo, el traqueteo del carro de Moncho y las animadas voces de las vecinas anunciaban su llegada.

—Hay que informar sobre nuestros huéspedes —dijo Salvador.

—Por supuesto. Pero no presentará ningún inconveniente —aclaró Mercedes—. Seguro que el coronel conoce las actividades del hojalatero.

18

Su obligación, al cabalgar solo, era mantenerse alerta. Siempre había algún patriota exaltado que se crecía ante un militar aislado. Sin embargo, tras un buen sueño en una mullida cama y un veraniego cielo despejado, su mente erraba entre las diferentes imágenes que Mercedes le había ofrecido. Rememoró la delicadeza de sus manos hundidas en el agua mientras restregaba los platos, la espalda derecha a pesar del peso de la olla cuando vertía el agua en los jarros y tantos otros detalles. Hasta el mandil lo llevaba con la elegancia de una mujer acostumbrada a un nivel de vida superior. Un delantal al que habían liberado esa mañana del peso de un arma. No había dejado de percibir cómo el bolsillo tiraba hacia abajo cuando salió a abrirle la verja la tarde anterior. Estaban prohibidas las armas de fuego en posesión de civiles, pero hizo la vista gorda. No quería sobre su conciencia la vida de tres mujeres si se quedaban indefensas.

Entró en el recinto del convento, entregó la montura al cuidado del mozo de turno, cruzó el patio, recorrió el claustro en el que holgazaneaban enfermos y heridos y se apartó de todo en cuanto cerró la puerta del despacho. Se desprendió de parte del uniforme y se sentó en mangas de camisa a organizar las tareas por orden de prioridad.

El que lo hubieran dejado solo para ensillar el caballo le permitió inspeccionar el patio trasero. La noche anterior, a causa de la aparición del hermano que salió del invernadero, no pudo. Le complació comprobar que disponían de algunos avances en la higiene, como una bañera y una letrina. El invernadero acristalado era un lujo curioso, y asomó la nariz: había varias plantas trepadoras de adorno sobre enrejados, pero los semilleros, lo más importante, se hallaban dispuestos y cuidados sobre las bancadas. Eran bastantes, demasiados para la pequeña huerta que había a la vista. Le llamaron la atención el atril y la mesita llena de tarros con

pinceles y frascos de pinturas. ¿Quién era el artista? Los parterres, al pie del muro divisorio con la propiedad vecina, estaban cuidados, no como los de la entrada.

—¿Descansó bien, mi coronel?

—Muy bien, Fontaines. Gracias.

—El sargento Linois solicita verlo.

—Hágalo pasar —ordenó frunciendo el ceño.

Se recordó quien era y que debía mantener la calma y no entrar a las provocaciones de un miserable suboficial. Simuló escribir para no mirarlo a la cara y que descubriese el deseo de arrancarle la cabeza.

—Buenos días, coronel. Vengo de parte del general de brigada Barthélémy a entregarle esta orden.

La satisfacción con la que rebasó la puerta, la seguridad con la que dejó la hoja sobre la mesa y el recordatorio del cargo militar del gobernador le proporcionaron la información sobre el contenido de la orden: que liberara, sin cargos, a los soldados detenidos por intento de violación. Con la veteranía que había desarrollado en el disimulo y un esfuerzo adicional para no reflejar ninguna emoción, sin mirar la hoja que había delante de él, llamó al cabo Fontaines, que andaba al alcance de su voz y, en cuanto se asomó, ordenó:

—Haga el favor de sacar del calabozo a los detenidos.

Cornulier, sin inmutarse, siguió escribiendo el informe que llevaba entre manos. Linois, por su parte, fastidiado al contemplar su indiferencia, cometió una imprudencia.

—No se ha molestado en leer la orden, luego sabía que actuaba mal.

—Sargento Linois, ¿está juzgando el proceder de un coronel?

Lívido, por el recordatorio de la diferencia de grados, saludó rápidamente y salió.

A Claude no le cupo la menor duda de que allí había mucho más que la simple violación de una civil, y de que esta había sido orquestada por el sargento. ¿Con qué finalidad? Llamó a Fontaines y le dijo que, en cuanto regresara el teniente Léry, le informara. A media mañana, se presentó Léry.

—Necesito que se vigile la casa de los Velarde durante el día de forma discreta.

—Desde ayer se los sigue, aunque no dio ninguna orden.

Claude levantó la cabeza, sorprendido.

—Perfecto. ¿Qué puede contarme?

—Imagino que busca información sobre el asunto de la violación. La sordomuda sale casi diariamente con su hermano y se dirigen a la fábrica de cervezas de Robles; él la deja allí y el hombre se va al muelle, donde, además de pescadores, se reúnen los descontentos, y no me estoy refiriendo solo a los patriotas, sino a los que generan los abusos del gobernador y sus acólitos. Luego, la recoge y regresan a casa. Por cierto, la sordomuda es quien lleva la contabilidad de la cervecera, ¿quién lo diría? Mientras tanto, la mayor y la señora reciben a los vecinos una vez por semana en el invernadero, donde deciden los trueques que realiza el hojalatero. En este punto, le diré que son muy inteligentes: los vecinos se han puesto de acuerdo para ayudarse y el hojalatero es quien consigue lo que necesitan. Ignoro lo que hay en el invernadero.

—Está repleto de semilleros. ¿Y dónde encaja el asunto de la violación? —inquirió Claude, desconcertado.

—Contemplo varias posibilidades: una es el hermano, que ese día no la acompañó él, sino la dueña o señora de compañía. Linois debe de haber reunido evidencias de las protestas de los josefinos y de los civiles franceses e intenta involucrarlo para detenerlo. La otra está relacionada con el asunto de la prostitución. ¿Recuerda a la joven Yvonne?

—Sí. —El interés de Claude se agudizó—. Es la joven con problemas a raíz de un aborto.

—Eso es lo que dicen, pero los rumores entre las mujeres son otros. Algunos disfrutan con las jovencitas que no han sido iniciadas en los asuntos amorosos. La guerra es una buena tapadera para los pervertidos.

—Las personas que siguen a la tropa con permiso están protegidas por las normas militares —objetó Claude.

—Siempre hay alguien que las transgrede, y, personalmente, creo que con Yvonne yendo y viniendo alegremente quien fuera no pudo contenerse.

—¿Por qué no lo denuncia?

—Hacen falta pruebas y que esa persona no la esté amenazando con algo peor, o que sea un oficial o que Barthélémy lo ampare. Son tantas las respuestas…

—Ya, sordomuda y española —reflexionó Claude, asqueado.

—Esa es la conclusión a la que he llegado: ideal para divertirse. Pero los enviados a secuestrarla decidieron disfrutarla antes. ¿Qué tal lo recibieron anoche?

—Con una cortés frialdad —resumió—. Por lo que me cuentas, son personas predecibles, porque llevan una vida metódica. Es fácil sorprenderlos, tenderles una trampa.

—Sí, aunque… —No terminó la frase, y Claude lo miró interrogativo—. Bueno, creo que Linois acudió a la casa para terminar el trabajo, pero se encontró con que usted se le adelantó. Si antes tenía en mente un negocio con la sordomuda, ahora se ha convertido en algo más.

—Una forma de molestarme a través de ellos, quiere decir.

—Aunque mantenga la frialdad, mi querido amigo, Linois es un carroñero que huele la aversión de lejos; y más si es recíproca —opinó Léry.

—Mantenga la vigilancia —ordenó—, y que den aviso en cuanto vean movimiento por parte de los compañeros de Linois. No creo que él mismo se arriesgue.

—Es un hombre impredecible si disfruta con la violencia. No dará la cara a la luz del día, pero tenderá alguna trampa si no lo consigue por las buenas.

La conversación quedó interrumpida por un tumulto en el claustro. Se levantaron y se asomaron para informarse.

—¡Coronel!

Los recién llegados, sudorosos y agitados, se presentaron firmes ante él.

—Porlier avanza hacia aquí. Nos ha derrotado en Castañón.

—¿Porlier? ¡Pero si, tras la incursión en Santoña, han desembarcado en La Coruña hace un par de semanas! —se admiró el teniente Léry.

—Tiene el diablo en el cuerpo ese hombre. A mí ya no me extraña nada de lo que venga de él —vaticinó Cornulier—. ¿Han avisado al general Bonnet?

—Sí, señor, está al tanto.

—Cabo, dé la nueva al gobernador.

Cornulier y Léry regresaron dentro para disponer las órdenes por escrito. Consultaron el plano de la región para localizar el lugar

idóneo en el que esperar a Porlier, aunque eso quedaba en manos de Bonnet, pero no estaba de más conocer el terreno.

—Si acaba de mantener una acción, necesitará reponerse —dedujo Léry.

—Cree que entrará en Liébana —comentó Cornulier.

—Es lo que yo haría. Además, allí hay gente que conoce muy bien la zona.

—¿Qué día es hoy? 31 de julio, mitad de verano —se contestó a sí mismo, pensativo—. ¿Qué se traen entre manos?

—Por cómo actúan, solo golpear: ¿Distraernos para otro desembarco? —planteó Léry.

—¿Una maniobra de distracción? Puede ser cualquier cosa —ponderó Cornulier, derrotado ante tantas posibilidades—. La estrategia militar es un arte al alcance de unos pocos y una ciencia impredecible por la cantidad de factores ajenos de los que depende.

Llamaron a Léry y Claude se quedó solo, observando la inmensidad montañosa de la provincia en el plano. El ejército francés, hasta aquel momento, había triunfado por moverse deprisa; sin embargo, las guerrillas españolas les ganaban la partida en ese aspecto. Napoleón dormía con *La guerra de las Galias* de Julio César en la mesita de noche, y las anotaciones del Emperador se acumulaban en los márgenes; por esa razón él había adquirido la obra. Se sentó y abrió uno de los cajones de la mesa y sacó el ejemplar. Había reconocido el equipamiento y el abastecimiento del romano sobre el terreno en las estrategias de Napoleón. Los romanos habían sido geniales en muchos aspectos, aunque crueles. ¿Pero qué sociedad en aquellos siglos no lo era?

Las imágenes de la plaza de Madame Guillotine llenaron su mente para desmentir la teoría. La sociedad seguía siendo igual de cruel. Para ello bastaba leer el decreto del mariscal Soult del 9 de mayo en Andalucía, por el que «solo se reconocía el ejército de José I y todas las partidas y similares que existían en las provincias se consideraban reuniones de bandidos, y, por tanto, si eran apresados, serían fusilados». Hasta ahí, nada fuera de lo común, pero continuaba con una práctica medieval: «y expuestos los cadáveres en los caminos públicos».

El muerto ya no sufría, pero sí su familia. La muerte, desde tiempos inmemoriales, seguía un rito, diferente según la

civilización, pero un rito de carácter sagrado. El atentar contra esa creencia generaba más violencia; se lo había enseñado el padre Bizeul, y se lo había demostrado con ejemplos históricos. El decreto de Soult era una provocación cuyas consecuencias no se harían esperar.

El resto del día anduvieron a vueltas con el refuerzo de los puestos de vigilancia, las patrullas en los caminos para mantenerlos despejados y las noticias inciertas, que volaban más rápido que las gaviotas, pues no todos los correos llegaban a su destino. Los patriotas habían despertado y amenazaban con dejarlos aislados: Campillo y Longa por Soba y Espinosa de los Monteros, los ingleses por el mar, los lebaniegos, con Porlier al frente, por el oeste y Palencia con la intención de cortar la ruta de Reinosa.

—Será mejor que me acerque a Torrelavega con una compañía de refuerzo para estar cerca de donde hagamos falta —decidió Léry, que se aprestó para pasar fuera un par de días.

Cuando llamaron al rancho, recordó el pago en especie a los Velarde. No era lo usual, porque las raciones eran más valiosas que el dinero, pero le pareció lo justo. Elaboró una lista de lo más elemental y lo más difícil de conseguir, como harina, azúcar, leche, cecina, sal. Le pasó el encargo al cabo Fontaines y le pidió que lo llevase al despacho. Con el aliento de Linois en el cogote, no deseaba aumentar la presión sobre la familia, si Léry estaba en lo cierto.

Ante la ausencia del teniente y el estado de alerta, permaneció de guardia esa noche en el despacho. Había quien no creía en las casualidades o en el cúmulo de circunstancias favorables en un momento dado, pero él había experimentado en más de una ocasión que sí sucedían coincidencias inexplicables. Esa noche fue testigo de una de esas casualidades increíbles: sus hombres habían sorprendido a una partida de patriotas por la zona del Nansa. Decidió echar un vistazo a los prisioneros antes de que cayesen en manos de los hombres de Barthélémy, quienes acostumbraban a propasarse, y luego resultaba imposible recabar información fiable. Salió al patio y la pequeña compañía rodeaba a siete hombres vestidos de paisano, aunque eso, por experiencia, sabía que no indicaba que no fueran militares. Los españoles estaban mal pertrechados, lo que no era óbice para que siguieran adelante con

los ataques y la oposición.

—Sargento, ¿en qué circunstancias los han sorprendido?

Mientras el sargento narraba su versión, hinchada para darse más importancia, y en la que un aviso de un informador tomaba protagonismo por ser el que los condujo hasta ellos, Claude observaba atentamente a los prisioneros: mal vestidos pero con gesto adusto y altanero, muy lejos de mostrarse afligidos o asustados, excepto uno de ellos, que mantenía la cabeza baja para que el pelo largo le ocultara parte de la cara. Le calculó unos años más que a sus compañeros. El aire nocturno le agitó el cabello y dejó entrever un parche oscuro sobre un ojo.

—¿Coronel? —insistió el sargento.

Claude parpadeó desconcertado por el descubrimiento, respiró profundamente y reaccionó. Su mente trabajó a velocidad de vértigo.

—Sargento, nos haremos cargo nosotros mismos de estos hombres: los trasladaremos al pontón de la bahía. Firmaré una orden para el oficial de guardia y me reúno con usted.

—¿El pontón? —se extrañó el sargento, pues conocía el desagrado que le suscitaba a su superior—. Es un lugar infecto.

—Cierto, pero, a causa del estado de alarma, no es recomendable que llenemos el calabozo de prisioneros. Mejor lejos, y, cuando pase, ya veremos.

—Sí, señor.

Entró en el despacho y, nervioso, redactó la orden. Esperaba no equivocarse de persona; la descripción de Basilio había sido minuciosa. Y confió en que las condiciones del viejo barco fueran tan deplorables como le habían descrito. La mente seguía trabajando, y se preguntaba si alguno de los suyos sabría dónde se encontraba. Esa posibilidad lo llevó a tomar otra decisión igual de arriesgada. Abrió el cajón y sacó un cuchillo, que deslizó en el bolsillo.

—¡Fontaines!

A la media hora, abandonaba el convento de San Francisco al frente de la comitiva de prisioneros. Era el único oficial a caballo, y fue al paso para que lo siguieran sin dificultad. Había dejado a Fontaines al frente del despacho tras informarse de la ausencia de Linois, quien se hallaría en alguna oscura misión.

Los gendarmes iban pendientes de los prisioneros, y él escrutaba las sombras de la noche. Se internaron entre las estrechas y oscuras calles, vacías por el toque de queda, y, aunque no vio nada, su sexto sentido lo avisó de que los seguían. Rezó para que no fueran suficientes para asaltarlo, y, al amparo de las sombras de las casas, detectó a un hombre: quien fuera no había tenido tiempo de conseguir ayuda, y solo quería saber dónde los encerrarían. Llegaron a la dársena Chica y pasaron bajo el cobijo del fuerte de San Felipe hasta el muelle principal o dársena de las Naos. Allí, el sargento buscó una lancha que los condujera hasta el barco prisión.

—Que remen los prisioneros —ordenó Claude al sargento—. Usted no los pierda de vista.

Encendieron el farol de popa y un soldado, con otro en la mano, se situó en la proa para alumbrar la superficie del mar. Los prisioneros ignoraban qué hacer con los remos, y uno de los gendarmes, en un mal español, les indicó que debían engancharlos con el estrobo a la escalamera. De reojo, Claude observó que su hombre había realizado la operación con maestría y había colocado el remo de forma adecuada para la boga, mientras los compañeros se mostraban torpes. Los improvisados remeros chocaron entre ellos en más de una ocasión, lo que convirtió la corta travesía en una auténtica aventura.

Abarloaron junto al viejo buque, y tuvo que llamar a voces al soldado de guardia, quien, tras identificarse, les echó una estacha y desplegó la escalerilla de cuerda. Una vez más, Claude comprobó la destreza de un marino frente a la torpeza de los demás. Sobre la cubierta, Cornulier tropezó con un cabo que lo llevó a apoyarse sobre el hombre en cuestión para no caerse. Causó unos segundos de confusión que se resolvieron sin problema.

El barco hedía a enfermedad, a cuerpos sudorosos y a humedad. Trató de no pensar en ello y esperó a que despertaran al oficial para entregarle la orden y hablar un rato con él sobre las condiciones de los presos y del barco.

—No se preocupe —aseguró el cabo con una sonrisa de satisfacción—. Lo más que puede suceder es que nos hundamos y ninguno de estos desgraciados se salvaría. No hay escapatoria.

Claude abandonó la nave más tranquilo al haber comprobado que la guardia se limitaba a dos hombres y un oficial, tanto de día

como de noche, y la guardia de noche confiaba tanto en el mar que los rodeaba que dormían a pierna suelta, a juzgar por lo que tardaron en atenderlos.

Con el trajín, había transcurrido la noche en un suspiro y se acercaba el amanecer, así que cargó el caballo con los alimentos que había conseguido Fontaines y emprendió camino hacia la casa de los Velarde.

Llegó a tiempo de sorprender a los vecinos. Mercedes, doña Elvira y otras dos mujeres rodeaban el carro del hojalatero, que se quedó quieto en cuanto lo vio aparecer con el caballo de la brida. Los rostros se volvieron hacia él de golpe y las voces en el interior del invernadero cesaron. Estaba acostumbrado a ese tipo de recibimiento, entre receloso, precavido y temeroso.

Se detuvo y saludó:

—Buenos días. Sigan con sus asuntos —animó—; solo necesito unos minutos de atención por parte de la señora de Hontoria.

Tiró de las riendas del caballo y pasó junto al carro. De reojo, se fijó en que Léry no se había equivocado: andaban con telas, hortalizas y otros elementos de trueque. Mercedes, con ese vestido tan horrible, a su manera de ver, avanzó delante de él hasta la puerta trasera de la casa. Claude se volvió hacia la grupa del animal y desató las alforjas.

—Será mejor que las vacíe dentro. Es el pago que acordamos —aclaró ante el gesto de extrañeza de ella.

Pasaron a la cocina, y notó la ausencia de la sordomuda.

—Creí que hablaba correctamente el español —dijo, en un tono en el que no cabía duda sobre el enfado, y procedió a dejar las alforjas sobre la mesa.

—Tenemos que comer —contestó, tensa.

—Se lo diré de otra forma: sus vestimentas de aldeanas no engañan a nadie. Cualquiera puede enterarse de que los vecinos vienen a realizar el trueque, a cultivar o llevarse semillas, y que sus hermanos acuden a la cervecera diariamente. ¿Quiere que continúe? Si yo lo sé, cualquiera lo sabe. ¿No le parece a usted que se exponen a sufrir un nuevo ataque?

—¿Me está diciendo que no fue una casualidad? —preguntó alarmada.

—Estoy seguro, aunque los soldados no hablaron, y ahora van de

camino a San Vicente. Son personas de costumbres, y es fácil esperarlas en cualquier recodo si algún desaprensivo quiere pasar un buen rato.

A Claude le hubiera gustado disfrutar con la palidez de la mujer, pero no fue capaz. Ese había sido su propósito inicial, pero se sintió un miserable.

—Escuche: se lo digo porque no les deseo ningún mal —matizó, más atemperado—. Son bastante inocentes, y no miden el peligro que corren. ¿Qué es eso tan importante para que su hermana se exponga de nuevo para acudir a la cervecera? —preguntó para disimular que los había investigado.

—¡Ah! ¿Esta reprimenda ha sido porque pensaba que Marta había salido? —inquirió Mercedes, cayendo en la cuenta—. Marta está recogiendo los bártulos de pintura en el invernadero para que las mujeres puedan trabajar en los semilleros.

—¿De pintura? ¿Es ella la que pinta? —se asombró Claude. Nunca se le hubiera ocurrido que fuera ella la artista.

—Sí, mi hermana es una mujer formada a pesar de su incapacidad. Y la razón de que acuda a la cervecera es el acuerdo con el señor Robles para llevar la contabilidad. Yo tenía una fábrica textil en Segovia, y Marta me ayudaba con los libros de cuentas.

—Formada e inteligente —balbució Claude, quien no salía del estupor.

—Su problema es auditivo, no mental —insistió Mercedes, orgullosa de su hermana.

—Cierto. Algunos compañeros, por desgracia, se han quedado sordos junto a un cañón, pero siguen con su vida adelante. Sin embargo, es bastante infrecuente que sordos de nacimiento lleguen tan lejos como su hermana.

—Eso se debe a que los familiares no se han ocupado de ellos. Es bastante habitual ante el esfuerzo que supone —acusó Mercedes—. ¿Va a vaciar la alforja o va a seguir regañándome?

Claude se sintió un tanto ridículo ante el apremio de ella, pero, como buen perdedor, sonrió y procedió a dejar sobre la mesa lo que había comprado Fontaines a la cantinera: harina, azúcar, sal, cecina, tocino, alubias, vino y un par de pollos ya desplumados. Se preguntó qué pensaría Babette, o si estaría acostumbrada a este tipo de demandas.

—Coronel, ¿esperan algo más que una habitación por este pago?

¿Qué había en su mirada y en su tono de voz? ¿Reto, diversión, desaprobación por el exceso?

—Sí —el gesto de ella se tornó en adusto—: sábanas limpias, agua caliente para afeitarme y, a mí, en particular, no me vendría mal un poco de conversación de vez en cuando. La conversación humaniza.

Según avanzaba en la enumeración, el ceño de la mujer recobró su posición normal, incluso la boca se distendió en un amago de sonrisa.

—Siempre que la conversación no se convierta en un forcejeo de seducción —se avino Mercedes.

—Para su tranquilidad, le diré que, durante el viaje que compartimos, me dejó muy claro el abismo que nos separa.

Entró Marta por la puerta del patio y abrió los ojos como platos ante el botín gastronómico que había en la mesa. El coronel asistió a un curioso intercambio de gestos con los que Mercedes le explicó la procedencia. Claude, ante la dulce mirada de agradecimiento de la joven, se sonrojó, incómodo. Marta cogió la pizarra, garabateó en ella y se la mostró: «*Gracias*», pero, más que la palabra, fueron sus inocentes ojos los que le calaron hasta el alma. Hacía mucho tiempo que nadie le agradecía nada de forma tan absoluta.

—También he traído unas velas. —Y las sacó del bolso de la munición. El inciso le sirvió para recuperar el aplomo.

—Muchas gracias. Procuraré que no les falte luz —comentó, más afable, Mercedes.

—No se moleste: son para ustedes. Traeremos las nuestras. En cuanto pueda, enviaré un carro con un par de baúles para que quede constancia de que ocupamos la casa, en el caso de que volviera Linois. Si algún soldado intentara propasarse o robar en la casa, no duden en mencionar mi nombre.

—Le debo una disculpa, aunque no dejo de preguntarme por qué nos ayuda. ¿Qué le importa lo que nos suceda?

—Digamos que, dentro del oficio de militar, me quedan la conciencia y la ética suficientes para no llevar la guerra más allá de los límites establecidos, y mucho menos, la consecución de mis fines particulares.

—Me alegra oírlo. En correspondencia a su franqueza le diré que,

entre los patriotas, también hay personas que carecen de moral y sacan provecho de su propia gente.

—Son tiempos difíciles para la gente de bien, y muy provechosos para los especuladores sin entrañas. Lamento lo que ustedes están viviendo. Se hace tarde; me esperan mis obligaciones. Es posible que no vengamos esta noche por la alarma que ha provocado el movimiento de los guerrilleros.

Mercedes lo acompañó hasta la puerta delantera y se quedó en el jardín selvático mientras él montaba. Claude repitió la despedida con un gesto de la mano. Se fue con la sensación de que había minado un poco más la seguridad de la mujer, esa obstinación de no querer ver más allá de entre el blanco y el negro, de no aceptar el gris. La guerra exigía fe ciega, aunque fuera injusta. Había que mantener una cabeza muy fría o estar muy cansado de levantar barreras para cambiar de perspectiva o para apreciar las tonalidades. Él llevaba en guerra contra el mundo desde los nueve años; ella acababa de empezar. Esa era la diferencia.

19

A pesar de las malas condiciones, Alfonso Bustamante durmió, ayudado por el cansancio y la tensión que había soportado durante el día. Los habían encerrado en la primera cubierta porque era muy tarde para bajarlos al sollado y la luz del día se filtraba entre los tablones que sujetaban los baos por falta de un buen calafateado. Supuso que los días de lluvia no debían de resultar muy agradables. El olor a salitre, tan familiar, se mezclaba con otro poco deseable en un barco si se quería llegar con la tripulación sana a puerto: el de agua estancada, el de excrementos, el del hedor de los puertos grandes cerrados al oleaje.

Los hombres hablaban en susurros. Se incorporó para realizar un reconocimiento y descubrió que no lo habían atado.

—Excepto aquellos del fondo, que han intentado escaparse, no nos han atado —lo informó Nemesio, uno de los compañeros con los que había sido apresado y el único que procedía, como él, de Potes. Tirso se había salvado por los pelos por haberse alejado para aliviarse.

Echó un vistazo sobre los que tenían una mano esposada a las cuadernas. El murmullo que había escuchado no era solo de esa cubierta, sino que también llegaba de abajo. Lo curioso era el tono bajo que mantenían.

—¿Por qué cuchichean?

—Si los vigilantes escuchan voces, inundan las cubiertas. Los del sollado estuvieron una semana con el agua estancada hasta la cintura y unos cuantos, los enfermos y heridos, fallecieron de fiebres. Dentro de lo que cabe, hemos tenido suerte de llegar de noche y de que no nos llevaran más abajo. Este piso está más saneado, y es de pago.

—No habéis perdido el tiempo en informaros… No son pisos, sino cubiertas. ¿Cómo que es «de pago»?

—Nos exigirán algo de valor; si no tenemos, vamos abajo.

—¿Alguien ha dado algo?

—No, señor, ya indagué. O está muy lleno o nos bajarán en cuanto se den cuenta. Aquí hay una serie de cubos para las necesidades, y dos veces al día uno de nosotros sube a vaciarlos. El de la mañana ya ha subido. A mediodía dejan el rancho y agua fresca.

Agradeció la información con la mente en otra parte. Su ojo, conocedor de la estructura de una nave, repasaba el desgaste de las viejas cuadernas. Se estiró y se puso de pie, dispuesto a recorrer el perímetro y comprobar las zonas en las que la podredumbre hubiera anidado. Los soldados, jóvenes en su mayor parte, se apartaron y lo observaron entre silenciosos y curiosos. Él procedió a la inspección golpeando e intentando mover los pernos que creía holgados. Necesitaba algo punzante, y buscó con la mirada alrededor mientras se palpaba las ropas por costumbre, pues ya los habían registrado y desarmado; aun así, se sorprendió cuando tocó algo sólido en el bolsillo de la casaca, y lo sacó.

—¡Un cuchillo! —se admiró en voz baja uno de los jóvenes.

—¡Chist! Ni se te ocurra moverte o te abro un agujero —amenazó Alfonso, consciente de lo importante que era poseer un arma en una cárcel.

Nemesio se situó a su espalda en un claro ademán de escolta, por lo que siguió con la inspección. Le llevó la mañana sacar cuatro pernos pequeños con ayuda del cuchillo el primero, y los demás, con los propios clavos, para no estropear el cuchillo más de lo necesario.

Sudoroso y en mangas de camisa, celebró una reunión con los hombres de esa cubierta, apiñados en el centro para oír la voz susurrante de Alfonso.

—He localizado un nido de broma en la aleta de estribor.

La cara de estupor de los hombres le recordó que no se hallaba entre marinos, y se explicó.

—La broma es un molusco de aguas cálidas. Este barco ha navegado por el Caribe con la mala fortuna de que no lo detectaron o no lo limpiaron bien. Este molusco es como las termitas de tierra: se aloja en la madera y se nutre de ella. Eso quiere decir que allí —señaló la aleta de estribor— hay una zona en la que las maderas están prácticamente huecas, por lo que será fácil romperlas y abrir

una vía.

—Nos ahogaremos —constató uno de ellos, nervioso.

—Está por encima de la obra viva. De la línea de flotación. Por encima del agua —matizó, desesperado, por tercera vez.

Cuando comprendieron lo que se proponía, empezaron las preguntas:

—Caeremos al agua —objetó uno.

—¿Cómo llegaremos a cubierta? —inquirió otro.

—La barca con la que van y vienen está al otro lado. ¿No se puede abrir el agujero por esa otra parte? —planteó un tercero.

La llegada de la barcaza con el rancho les permitió relajarse, y Alfonso aprovechó para explicarse más ampliamente. Nemesio, pendiente de lo que sucedía en cubierta, los llamó al silencio.

—¡Cerveza! ¿Qué celebramos? —decía uno de los carceleros.

—Alguien de arriba se ha acordado de vosotros —contestó el enviado.

—Va a ser una buena noche —comentaba una voz más grave.

—¿Os beberéis el tonel entero en unas horas? —cuestionó el recién llegado.

—No es tan grande, y llevamos sed atrasada —se regodeó la voz grave.

El enlace se despidió hasta la mañana siguiente y descendió a la lancha. Oyeron el choque de la escala contra las cuadernas y cómo golpeaban los peldaños sobre la cubierta según los iban amontonando al izarlos.

La proximidad de los carceleros y la llegada del rancho los empujó a separarse y a ocupar sus sitios para no llamar la atención. Por la forma de proceder de los franceses, Alfonso comprendió que los temían, y no era de extrañar, ya que no contaban con una guardia en condiciones. Eso era algo que tener en cuenta: el acoso de las partidas y la necesidad de controlar el territorio ocupaban los esfuerzos de los franceses hasta el punto de que los obligaba a desatender otras necesidades. Bajaron la olla del rancho, que estaba colgada de una cuerda con un gancho; después, los cuencos con las cucharas, y, por último, el barril de agua.

Antes de que se abalanzasen sobre la olla, Alfonso se plantó delante de ella con el cuchillo en la mano. Se detuvieron, indecisos.

—Sé por experiencia que los más fuertes abusan de los más

débiles. Mientras yo esté aquí, se repartirá con equidad. —Los retó con la mirada, y se impuso la cordura—. Nemesio, proceda.

El potaje era asqueroso, pero lo engulleron sin rechistar, acostumbrados a lo que había. Alfonso lo apartó sin probarlo y se concentró en cómo tranquilizar a los que no sabían nadar. Para ellos, la probabilidad de escapar era escasa, pero no iba a exponerlo así, entre otras cosas, porque su torpeza podría servirle en la huida. El enrejado de la primera cubierta volvió a abrirse y, con el mismo método, retiraron la olla y los utensilios, que contaban en voz alta para que no faltase ninguno.

A esas horas, el calor y el olor nauseabundo invitaban a dormir. Alfonso se concedió media hora, pues si hurgaba en la madera, se escucharía en medio del silencio. Contempló el cuchillo en su mano: era francés, reglamentario, con la ene de Napoleón grabada en las cachas. No era suyo, pero tampoco recordaba haberse hecho con él en algún momento; además, los habían registrado a conciencia. Recordó el traspiés del coronel y se le detuvo el corazón. ¿Y si era una trampa? ¿Y si esperaban que escapara para matarlo? Demasiado rebuscado: no necesitaban excusas para torturarlos, y menos para asesinarlos. Alguien le había deslizado el cuchillo adrede, de eso estaba seguro. ¿Y si Tirso lo había logrado por el camino? Muy improbable: lo habrían visto los soldados y él mismo. La posibilidad del coronel, por ilógica que pareciera, era la más factible. El uniforme indicaba que pertenecía a la Gendarmería. ¿Y por qué iba a ayudarlo? Era una pregunta sin respuesta.

Pasado un rato, entre el calor y la digestión, los hombres y la guardia sesteaban. Dio un codazo a Nemesio, y se levantaron. Apartaron a los que ocupaban el lugar y eligió a un par de ellos para emplearlos en la labor de zapa. Entregó un perno a cada uno y les enseñó cómo hacerlo: era una cuestión más de maña que de fuerza; debían realizarla con el menor ruido. Ordenó a Nemesio que vigilara y, en el caso de que sintiera que el ruido aumentaba, les advirtiera. Entraron en faena. Gracias a la humedad, la madera no crujía demasiado. Superaron la superficie de la cuaderna. Como había previsto, el interior se desmenuzó en cuanto se hurgó en él. Abordaron la cuaderna exterior, reseca por el sol, y, por tanto, crujiente. Los chasquidos no se hicieron esperar, y Alfonso detuvo la tarea.

—Continuaremos en el atardecer, cuando se realice el trasiego del vaciado de cubos en la cubierta. Habrá bastante ruido, por lo que nos moveremos en círculo para que no noten nada sospechoso. Ahora vayan a liberar de las cadenas a los del fondo, empleando los pernos como palanca.

—No será necesario —intervino un hombre que se adelantó a la luz que entraba por el enrejado—. Soy cerrajero, y con un clavo pequeño, de esos que habéis extraído de la madera, podré liberarlos.

—Nemesio, muéstrale los clavos y que escoja los que necesite.

Se sentó, bastante satisfecho porque la labor había sido más fácil de lo que había imaginado, aunque quedaba lo más difícil.

—Averigüe quiénes saben nadar como para llegar al muelle, aunque necesiten la ayuda de un madero.

Había pensado en desarmar la escalera de acceso al exterior si con ello conseguía la confianza de más hombres. Nemesio los dividió: hacia proa, los que no sabían ni flotar, y hacia popa, los que sí sabían o se defendían en el agua. El grupo de popa era la mitad del de proa, algo que ya preveía.

—Bien. Ahora hay que fabricar una cuerda con las ropas. ¿Algún habilidoso en hacer nudos?

Varios hombres, pescadores apresados y acusados de colaborar con los patriotas, se ofrecieron a confeccionarla bajo las directrices de Alfonso. El clima entre los presos había cambiado: habían espabilado la inactividad, y la esperanza de escapar los animaba a participar. No eran tan ingenuos como para pensar que no les podría costar la vida, pero mejor eso que languidecer día a día o que las fiebres acabaran con uno.

El entretejido con las ropas no llevó mucho. Alfonso ordenó desmontar el peldaño más bajo de la escalera a cubierta, que serviría de contrapeso para lanzarlo hacia arriba y de anclaje en el pasamanos del alcázar.

—No servirá —objetó unos de los hombres—: no pesa lo suficiente, y tampoco asegura mucha resistencia.

—¿Alguna otra idea? —preguntó Alfonso, dirigiéndose a todos.

—¿Cómo son las maderas de fuera? ¿Con ranuras como estas? —preguntó un joven—. Soy un buen escalador. Podría trepar e intentar llegar a cubierta y fijar un extremo.

—Por el estado del barco, es probable que no se haya calafateado en mucho tiempo, pero tiene otros puntos de apoyo como las portas, y, antes de llegar arriba, el pescante, donde se fijan los obenques. —Ante la cara de incomprensión del muchacho, Alfonso concluyó—: Ahora le explico. También le enseñaré un nudo para atarlo.

Mientras subían los cubos inmundos y daban vueltas para hacer un poco de ruido, Alfonso aleccionaba al joven y Nemesio, con los suyos, terminaba la labor del agujero. En cuanto consiguieron una abertura por la que cabía un cuerpo robusto, acolcharon la parte de abajo para no clavarse ninguna astilla.

Alfonso notó la tensión y la ansiedad de los presos: llegaba la hora de la verdad, del enfrentamiento, de la escapada y de la suerte.

—Ahora, descansad un rato —aconsejó Alfonso—. Debemos esperar a que los guardias terminen la fiesta y se duerman. Ya os avisaremos.

Se mantuvieron tranquilos en la creciente oscuridad. Calculaban en voz baja con el vecino las probabilidades, y, en caso de conseguirlo, se planteaban cómo regresarían a sus casas. Mientras tanto, las voces embriagadas de los carceleros llenaban la noche, cada vez más altas de acuerdo con la cantidad de cerveza ingerida.

Alfonso, acostumbrado a esas estériles esperas, dio una cabezada. Nemesio lo sacudió por un hombro, y espabiló. El tenue resplandor del farol que colgaban, encendido, en el palo mayor iluminaba la zona del enrejado y dejaba el resto en penumbra. Las respiraciones pesadas y los ronquidos testimoniaban que algunos, finalmente, se habían entregado al sueño. Mejor así. Sigilosamente, avisaron al chico y a los dos pescadores. Subirían primero para largar un cabo de nudos por el que descenderían los nadadores. El chico pasó sin problemas con la cuerda de ropa anudada a la cintura y, descalzo, se puso de pie en la abertura y con las manos palpó el maderamen en busca de las ranuras. Los que estaban pendientes se quedaron expectantes mientras el chico observaba las distancias a la porta más cercana, y de allí, al pescante de la obencadura.

Se escuchó un suspiro de alivio entre los que aguardaban cuando los pies desnudos desaparecieron y no oyeron un chapoteo. Alfonso sacó la cabeza por la oquedad y miró hacia arriba. La labor era lenta porque iba a tientas, pero parecía bastante seguro cada vez

que avanzaba y se agarraba a ranuras invisibles como una araña. La parte más difícil consistió en alcanzar la porta, pero de ahí al pescante lo realizó en un suspiro, porque la pared se inclinaba hacia dentro. El chico se sentó a descansar entre los obenques y a escuchar, como lo había aleccionado, para localizar dónde se encontraban los guardias.

Alfonso metió la cabeza y se encontró con los hombres de pie y a la espera de noticias. Se llevó un dedo a los labios para recordar el silencio e hizo un gesto afirmativo. La tensión se volvió a sentir entre los presentes.

—Ya ha dado el tirón —dijo Nemesio al cabo de un rato—. Vosotros dos, vuestro turno.

Pasaron los dos pescadores y treparon por la escala de ropa de uno en uno, y se perdieron arriba. No tardaron en asomarse y dejar caer una escala de nudos que llegaba hasta el agua, más firme que la ropa, ya que esta podía rasgarse. Alfonso decidió que primero bajarían la mitad de los nadadores, y se les indicó que no esperasen e intentaran llegar a los muelles.

El tiempo transcurría sin incidentes, y los hombres se movían con cierta disciplina. Para que no se pusieran nerviosos los de cubierta, escogieron a cinco jóvenes de menos peso para que treparan por la escala de ropa hacia arriba, mientras los nadadores seguían descolgándose por la de cáñamo. Alfonso conocía las dificultades de una fuga, y los más torpes, hombres mayores o enfermos, imposibilitaban a los más hábiles.

—Baja, Nemesio —susurró Alfonso.

Nemesio lo miró para negarse, pero Alfonso se impuso con su único ojo penetrante. Ya habían corrido bastante peligro al permitir que los precedieran; en cuanto alguien se cayera al agua, se terminaría todo. Observó cómo Nemesio se escurría por el agujero, y, cuando uno de los hombres se adelantó para colarse, Alfonso se le enfrentó.

—A tu sitio —susurró Alfonso con el cuchillo en la mano.

—Ese se ha colado —escupió el hombre.

—Ese ha hecho lo que yo le he dicho. ¿Algo que objetar? Si quieres, organizamos una pelea y despertamos a los guardias.

—Ya habrán dado cuenta de ellos —insistió, gallito.

—Si así hubiera sido, habrían abierto el enrejado.

Hubo un murmullo de aprobación, y alguien intervino para atemperar el ánimo al broncas. Algunos hombres más, mientras tanto, se habían escabullido al exterior a sus espaldas, y sucedió lo que había previsto: uno se cayó al agua con un grito y el ruido del chapuzón. Alfonso, sin pensárselo dos veces, apartó a los que se asomaron y se deslizó fuera. Con la agilidad de años en el mar, descendió por la cuerda de nudos con gran rapidez y se dejó caer los últimos metros. El frescor del agua le tonificó los músculos, que se desperezaron de golpe. Emergió y buscó los muelles.

—¡Por aquí! —gritó Nemesio.

—¡No! Por el lado más largo —indicó Alfonso.

Nemesio, con la fe ciega en un líder natural, lo siguió sin objeciones. Alfonso trataba de evitar la ruta que habían seguido los demás, la más corta, porque se convertiría en el foco de los militares en cuanto acudieran a la llamada.

Mientras rodeaban la nave, oyeron gritos, maldiciones y carreras. Sin mirar atrás ni arriba, se separaron de ella por proa. Al rato de estar nadando, Alfonso sintió la restricción que le imponían los pulmones. Las escasas farolas de aceite del muelle le servían de faro; sin embargo, el ruido de unos remos lo detuvo. Era difícil discernir de dónde llegaba si se desconocía la orientación del viento, y él no había tenido tiempo de averiguarlo. Contempló la negra superficie del agua y descubrió la dirección en la que se rizaba. No andaba lejos y no venía del barco, luego no era el bote que había allí. ¿Algún pescador? No, era más probable un contrabandista, ya que no llevaba luz de posición.

Intentó avisar a Nemesio, pero se había adelantado bastante, y como no deseaba delatar su presencia, siguió nadando, aunque a un ritmo más lento para que lo soportaran los pulmones. Fijó en su mente la meta, dejó de pensar y se concentró en calcular el lugar al que lo derivaba la corriente. A Nemesio lo había perdido, y continuó en solitario. El chapaleo de los remos se aproximaba, y enseguida se recortó la negra silueta de un pequeño bote cuando se situó entre él y el muelle. Distinguió a varios hombres: uno a los remos y dos inclinados sobre la regala, como si buscaran algo en la oscuridad. El que remaba lo hacía bastante mal, y cada remo iba a su aire.

Un cohete surgió del pontón y los silbatos llenaron el aire. Sobre

el muelle se movieron las sombras de la guardia de noche. El cansancio hacía mella en él, y la duda de salir airoso del paso amenazaba con dar al traste con su fortaleza de ánimo. Entre los hombres del bote se originó una discusión, y la brisa nocturna le trajo una voz conocida.

—¡¿Tirso?! —gritó esperanzado.

La discusión se detuvo y los remos recuperaron la desparejada boga. Ya no le cupo duda de que se trataba de su fiel lugarteniente. Sacó una mano del agua para que lo localizaran. Resonaron tiros en la noche, tanto desde el muelle como desde el pontón prisión. Tirso consiguió llegar a su altura y quien asomó a la regala para ayudarlo a subir fue Nemesio, mientras el otro individuo hacía de contrapeso en el lado contrario.

—Tirso, vaya al otro lado; con uno no es suficiente —ordenó Alfonso cuando zozobró el bote. *Estoy rodeado de marineros de agua dulce*, pensó, *con lo fácil que es cuando te encuentras entre marinos de verdad.*

Subió chorreando y el bote volvió a zozobrar violentamente. Tirso, horrorizado, se aferraba a los remos como si su vida dependiera de ello. En cuanto recuperó el equilibrio, a pesar del cansancio, Alfonso tomó el relevo en los remos junto con el desconocido, más ducho en el oficio, y enfiló en dirección contraria adonde tenía lugar la refriega con los presos que intentaban ganar el muelle, ya ocupado por una patrulla de gendarmes.

Bogaron hacia el interior de la bahía, pero sin perder la costa. El desconocido era fuerte y llevaba bien el ritmo, lo que ya era de agradecer, por el cansancio que acusaba. Tirso le presentó al individuo.

—Es el señor Mateo Robles, dueño de una cervecera en el muelle de Molnedo. Es uno de nuestros informadores: el Hortelano.

—Encantado. Soy el Apicultor. —Jadeó al tirar del remo—. No creo que aguante mucho más: los pulmones me duelen —reconoció, al límite de sus fuerzas.

—Ya estamos —avisó Mateo en cuanto rebasaron la mole de Somorrostro, en la que se perfilaba la iglesia mayor y el fuerte de San Felipe—. Cíe un poco; desembarcaremos más allá del muelle de la ciudad. Hay un arenal que usan los pescadores del Cabildo de Abajo, y no suele estar vigilado.

Con las indicaciones de Mateo, vararon el bote en la fina línea de arena que dejaba al descubierto la baja mar y lo amarraron a un muerto. Echaron a correr para perderse en las calles de la ciudad y evitar que los localizaran. A Alfonso los pulmones le ardían; entre la natación, el remo y la carrera respiraba con mucho ruido y la boca abierta, y, aun así, no entraba suficiente aire. Sudaba, a pesar de estar mojado, pero no se rendía, aunque sí retrasaba a sus compañeros.

—Debemos buscar un refugio por aquí. No puede continuar —decidió Tirso en una parada—. ¿Dónde podemos ocultarnos sin levantar sospechas?

—En la cervecera —ofreció Mateo—. Se encuentra aquí al lado, cerca de los muelles para descargar el lúpulo y la cebada y para el posterior transporte de la cerveza elaborada.

—Seremos un peligro para cualquiera que nos dé cobijo —descartó Alfonso, pero no Tirso.

—Diga lo que diga, es lo mejor. Mírese, no se sostiene de pie y está empapado. Aunque estemos en pleno verano, no está libre de coger una pulmonía, y, en su caso, sería fatal. Será por unas horas, mientras concluye la búsqueda de los fugados.

Alfonso conocía la terquedad de Tirso cuando le asistía la razón, así que cedió. Asintió. Mateo los guio, y lo siguieron en silencio al amparo de las sombras, tan solo roto por la respiración dificultosa de Alfonso y algún que otro disparo de fusil que llegaba de los muelles.

Mateo zigzagueaba bien orientado entre almacenes, fraguas, depósitos de alquitrán y brea delante de un cañaveral. A Alfonso se le estaba haciendo largo, cuando Robles se detuvo en una esquina. La falta de aire le provocaba mareos. Tirso, que andaba pendiente de él, se dio cuenta de que perdía la línea recta y se quedaba atrás. Ordenó a Nemesio que lo ayudara mientras él se adelantaba con Mateo para reconocer el terreno y ver cómo accederían a la cervecería con seguridad.

—No nos detendremos —dijo Alfonso, con voz ahogada, a Nemesio—. Iremos más despacio, pero siempre avanzando.

Respiraba con frecuentes y cortos jadeos y con una voluntad de hierro. No los podían sorprender en el último instante, cuando estaban a punto de conseguirlo. Distinguieron una sombra que se

aproximaba y se detuvieron al resguardo de un árbol.

—Soy yo —susurró Tirso—. Los alrededores de la fábrica están tranquilos. No ha llegado todavía la alarma.

—¡Ánimo, teniente! Usted es un experimentado marino. Son solo tres o cuatro metros —aventuró Nemesio.

—¡Vamos allá! El tiempo se acaba: ya empieza a clarear el firmamento —ordenó Alfonso, y se lanzaron a la carrera para llegar a una puerta lateral, donde Robles aguardaba.

—Por aquí —señaló el cervecero, quien se había hecho con el mando.

Nemesio ayudó a Alfonso y lo empujó al interior. Distinguió a Robles con una palmatoria en la mano, le falló el equilibrio y cayó al suelo. Tirso lo aguantó a tiempo para que no se golpeara la cabeza.

—¡Cójanlo entre los dos y síganme! Todavía no estamos a salvo. Los llevaré a un granero que tengo preparado para estos casos —apremió Robles.

Esquivaron toneles, pasaron por la sala de tueste, por las calderas de cocción y de fermentación y salieron a un patio trasero en el que se erguían un par de graneros y dos cobertizos de malteado.

—Uno de ellos está vacío —explicó Robles—. Entren por esa pequeña puerta de hierro. En cuanto pueda, les facilitaré mantas y comida. Seguirán el régimen de la fábrica. Nos alimentamos principalmente de pescado y cerveza, a no ser que llegue un barco o el producto de algún robo al mercado negro y lo intercambie por cerveza. Se lo servirán Fidel o Pascual si no estoy yo. Son de confianza, como todos los que trabajan para mí. Estarán a oscuras porque la luz se puede apreciar desde el exterior.

Con dificultad pasaron al interior, y Robles cerró la puerta de metal detrás de ellos, aunque no la trancó. A tientas alcanzaron una pared contra la que se dejaron caer y comprobaron, con alivio, que se hallaban sobre un suelo de madera que servía para mantener aislado y seco el cereal.

—Huele raro —dijo Nemesio, sentado contra la pared y jadeando por el esfuerzo.

—A pintura —confirmó Tirso—. Habrán aprovechado para sanear el granero.

Alfonso, tendido sobre el suelo, luchaba por recuperar las fuerzas

y el resuello. Hacía tiempo que no le dolía tanto respirar ni que le afectaba tanto a la cabeza que hasta perdía el equilibrio. Sintió las manos de Tirso, que se apresuraban a desnudarlo para que no cogiera frío con la ropa húmeda.

—El granero, al estar cerrado, conserva el calor del sol. Estará más caliente desnudo.

Nemesio, a pesar de la sudada, comprendió lo molesto de las ropas húmedas y no se lo pensó dos veces: se quedó solo con el calzón. Les sorprendió que por una parte de la pared penetrara la claridad de la salida del sol.

Unos golpes imperativos la despertaron. Miró hacia la ventana: la oscuridad reinaba en el exterior. Se levantó ante la repetición de los golpes apremiantes. Provenían de la puerta delantera. ¿Se habría olvidado la llave el coronel? Se asomó al rellano al mismo tiempo que salía de la habitación Salvador medio vestido.

—¿Qué sucede? —preguntó Mercedes.

—No lo sé —contestó a la vez que abría la habitación de los franceses sin ninguna consideración—. Está vacía. No han venido a pasar la noche.

Entró en el dormitorio, abrió la puerta que daba a la solana con cuidado y se asomó. Entró y cerró sin hacer ruido mientras los golpes retumbaban de nuevo.

—¡Dios mío! ¡Es Linois con sus hombres! ¿Qué hacemos? —se asustó Salvador.

—Nada, Salvador: están a punto de derribar la puerta —dijo Mercedes.

Doña Elvira apareció a su lado.

—Deben abrir. Será peor si entran por la fuerza —opinó la mujer.

—Actúa como siempre. Nosotras nos quedamos en el dormitorio —decidió Mercedes.

20

Claude permanecía de guardia en el despacho, y Fontaines entraba y salía atareado con el uniforme y el lustre de las botas. La cena, a causa de la tensión, le había sentado mal al coronel. A sus veintinueve años comenzaba a acusar el desgaste de los campamentos, de la mala alimentación y de la guerra. No se quejaba, era un afortunado, pero algo había cambiado en él, y ahora ponderaba la vida y las circunstancias desde otra perspectiva; anhelaba que, para bien o para mal de Francia, terminase aquello. La imagen de Mercedes, altiva e inalcanzable, se paseaba por su mente, ajena al destierro que su dueño intentaba imponerle con escaso éxito.

Voces. Redoble de tambor. Alarma. Salió nervioso al claustro y el hombre que estaba en la puerta lo informó.

—Una fuga en el pontón, mi coronel.

—Reúna a los hombres —ordenó.

En cuanto el soldado se alejó, Claude respiró aliviado. Ahora quedaba que hubiera conseguido huir de verdad y no solo salir del barco. Se quedó junto a la puerta de acceso al patio observando las idas y venidas. Distinguió a Linois, medio vestido, que impartía órdenes a los suyos, y, en cuanto regresó el hombre de guardia, le ordenó que se mantuviera cerca de Linois y atendiera a las disposiciones que tomaba para repetírselas a él. Era una corazonada, un presentimiento. Un hombre de paisano entró corriendo en el patio, buscó a Linois y pronunció unas pocas palabras que cambiaron la forma de obrar del sargento. Puso al mando del grupo a otro compañero que salió hacia los muelles, en tanto que Linois se quedaba con sus cuatro hombres de confianza, con quienes urdía los planes paralelos y las fechorías. Eso despertó el interés de Claude, deseoso de atraparlo en una de ellas.

—¡Fontaines! Salga con la compañía y diríjase a los muelles a echar una mano en lo que pueda. Elíjame tres hombres, y que

ensillen los caballos.

Impaciente, contempló cómo se apresuraba Linois para salir. Inevitablemente le sacaría ventaja. Su hombre remoloneaba cerca de él, fingiendo que estaba ocupado. Gracias a la confusión que reinaba en el patio, no advirtieron su presencia. Fontaines dejó el cuartel con la media compañía de gendarmes y se despejó la explanada, por lo que el soldado se dirigió a su encuentro en cuanto Linois abandonó el cuartel con sus acólitos.

—Es algo raro, señor; no van a los muelles, sino a un sitio entre huertas, camino del Alto de Miranda.

El cuerpo se le espabiló de sopetón.

—Guarde el despacho en mi ausencia, y, si regresara el teniente Léry de Torrelavega, dígale que voy detrás de Linois —ordenó.

Se encaminó a los establos, donde los tres gendarmes que había seleccionado Fontaines, lo aguardaban con los caballos preparados. Salieron al trote por el patio y ascendieron por el camino de las atalayas costeras, para evitar las calles centrales, hacia el Sardinero. La ventaja de esa ruta, aunque fuera un poco más larga, era que podían ir al galope. A la altura del río de la Pila, descendieron hacia la bahía y, antes de llegar, torcieron de nuevo por las huertas de Santa Lucía, camino del Alto de Miranda. Claude no se detuvo hasta que llegó a la casa.

La corazonada no había fallado. La verja y la puerta se hallaban abiertas de par en par; atravesó la primera y desmontó precipitadamente. Los tres gendarmes que lo escoltaban lo imitaron sin esperar una orden. Claude intentó serenarse antes de entrar para no delatarse ante Linois. En el vestíbulo se tropezó con dos de los hombres: uno apuntaba con una pistola a la cabeza de Salvador, quien no dejaba de mirar hacia el piso de arriba muy nervioso; el otro registraba el salón con malos modos.

—¡Baje esa pistola, soldado! —ordenó con voz seca, y se dirigió al otro—. Salgan y esperen fuera mis órdenes. ¡Los dos! —puntualizó con energía.

Renuentes, los soldados obedecieron. La voz alterada de doña Elvira se oyó, y Salvador intentó subir, pero lo detuvo Claude cogiéndolo de un brazo con una firmeza que no admitía discusión. Se dirigió a sus hombres.

—Blanchet, salga fuera y vigile los caballos. Allard y Boudin,

aguarden aquí, y que este hombre no se mueva.

Subió él en su lugar.

—Son unos salvajes insensibles —acusaba doña Elvira—. No les asiste ningún derecho.

—¿Quién me lo va a impedir? —oyó la voz de Linois—. Somos vuestros dueños: ya va siendo hora de que os enteréis y os mostréis más sumisas.

La visión que apareció ante los ojos de Claude no era tan mala como había imaginado. Respiró aliviado al comprobar que no había llegado demasiado tarde. Había amanecido, y la luz que entraba por la pequeña ventana era suficiente para iluminar la extraña escena.

—¿Me puede explicar qué hace aquí, sargento, en lugar de estar al frente de los hombres en los muelles cumpliendo con su obligación?

Los rostros de las mujeres se distendieron y reflejaron el alivio que les proporcionaba su presencia. Algo en el interior de él se removió, y se sintió como un héroe.

Era la primera vez que entraba en la sagrada estancia femenina. La cama principal ocupaba la mayor parte del espacio y, en paralelo, habían colocado un catre; el resto, un biombo que aislaba la silla orinal y el palanganero, y, pegado a la pared, se alzaba el armario ropero.

Las dos hermanas se hallaban sentadas en la cama grande, con las sábanas subidas hasta la garganta y las piernas encogidas, con las rodillas casi en la barbilla, de forma que la sábana subía abruptamente. Las habían sorprendido en camisón, igual que a doña Elvira, quien permanecía de pie, envuelta en un chal, muy tiesa y muy digna a la vez que indignada. A los pies, sobre la cama, habían amontonado las faldas y corpiños con los que iban a vestirse.

Linois se volvió con un ramalazo de ira en los ojos. Los dos hombres que lo acompañaban se detuvieron, atentos a la orden que impartiera Linois. Pero una rata como aquella no cometería la imprudencia de atacar al coronel de la Gendarmería Imperial. Claude era un personaje muy por encima del ejército regular, y era del todo impensable deshacerse de él sin consecuencias; ni siquiera el propio Barthélémy se había atrevido a molestarlo, a pesar de que representaba un peligro para sus proyectos.

—Persigo a los fugados —adujo, entrecerrando los ojos.

—¿No está un poco lejos del muelle?

La ironía causó una leve contracción en la cara de Linois, como si fuera una mueca de desprecio.

—Un hombre llegó al cuartel y me comunicó que había visto a varios de los presos por la zona. Estoy efectuando el registro.

—¿Aquí? Creo que ya ha terminado. ¿O pretende buscarlos debajo de las sábanas de las señoras? —El tono y la burla implícita no dejaban mucho margen de respuesta a Linois, quien se batió en retirada, frustrado y airado.

Al pasar junto al aguamanil, estiró la mano y retiró una cadena de oro con un pequeño crucifijo que había en el borde y se la metió en el bolsillo. Era su patética forma de resarcirse, un agravio más que Claude pasó por alto en ese momento porque había otras cosas en juego que ese necio ni siquiera sospechaba, pero tomaba nota de ello. Claude siguió al sargento y a los dos soldados escaleras abajo, cruzaron el vestíbulo y salieron al jardín selvático de la entrada.

—Inspeccionaré el patio trasero —insistió Linois. Antes de que diera la orden a sus subordinados, Claude lo atajó.

—Lo harán mis hombres. Usted peine la calle, si le apetece, o baje al muelle, pero no vuelva a poner los pies aquí. Ambos sabemos qué se proponía, y no estoy dispuesto a tolerar una insolencia más de su parte. ¿Lo ha entendido, sargento?

—Sí, señor —respondió Linois con voz ronca.

Claude era consciente de que había declarado la guerra de forma abierta. Con gente de esa calaña no había otro lenguaje, o lo avasallaban por considerarlo un blando. Esperó allí mismo a que salieran al camino y ordenó a uno de sus hombres que los siguieran y lo informara del rumbo que tomaban. A los otros dos los dejó con las monturas y entró en la casa.

—¿Qué buscaba el sargento? —preguntó Salvador, todavía pálido.

Claude observó a las tres mujeres, agrupadas en la parte superior de la escalera y pendientes de sus palabras. La imagen de Mercedes abrazando a su hermana le recordó el peligro que corrían. Se compadeció de Salvador, porque le sería imposible salvarlas de animales como el sargento o cualquier otro que abusara de su condición de intocable.

—¿Cómo entraron? ¿Qué les dijeron?

—Que habían visto a unos fugitivos entrar en la casa. Intenté disuadirlos de que hubiera entrado alguien, pero se mostraron agresivos y amenazaron con derribar la puerta y llevarnos detenidos por obstrucción a la justicia.

Desgraciadamente, podrían haberlo hecho, y Claude no lo ignoraba: la ley estaba de parte de los militares.

—¿Qué fugitivos son esos? —preguntó Mercedes desde lo alto.

Claude se admiró de la sangre fría de la mujer. Lo miraba con el gesto adusto de quien ha sufrido un atropello y exige justicia. El camisón de encaje, aunque muy diferente de los que usaban las parisinas, más atrevidos y transparentes, le favorecía, y se felicitó de la distancia que le impedía indagar más a fondo sobre las formas de su cuerpo.

—Ha habido una fuga en el barco prisión. Ignoro los detalles. Las calles están muy revueltas, y, seguramente, ordenaré el toque de queda si no han conseguido detenerlos a todos. Enciérrense a conciencia —recomendó—. Pondré a un hombre de vigilancia en el camino. Intentaré venir a dormir, pero no aseguro nada.

Léry ya le había advertido de que vigilaba la casa desde que falló el asalto a la hermana, pero la familia lo ignoraba, por eso informó, bajo el pretexto de la protección, de que había un hombre de vigilancia. A ver si, una vez puestos sobre aviso, se movían con más tiento.

Se despidió y los dejó solos. Los dos hombres, con las bridas en la mano, se pusieron firmes en cuanto asomó al exterior.

—¿Qué han hecho los hombres que eché de la casa?

—Uno de ellos se escurrió a la parte de detrás un buen rato. ¿Tenía que haberlo impedido? Dijeron que buscaban a los presos fugados —contestó el soldado Boudin.

—No. Solo quiero estar informado de sus movimientos. No son trigo limpio. ¿No les parece que están muy lejos de los muelles?

—Corren rumores sobre ese grupo —dijo Blanchet—; llegan muchas quejas sobre su comportamiento, y el general echa tierra sobre el asunto y los disculpa.

—Uno de ustedes vigilará la casa durante el día. Sortéenlo, si quieren. Aquí vuelve Allard.

—Han bajado al muelle —confirmó el aludido sin aliento—. El sargento Linois iba furioso y a paso vivo.

—Lo imagino. ¿Han decidido quién se queda? —Boudin se adjudicó la vigilancia y Claude ordenó a los otros dos—: Vayamos al muelle, a ver qué nuevas nos aguardan.

Por el camino se preguntaba sobre la suerte del tuerto. Una vez en el muelle, Fontaines le narró las peripecias de la fuga y el resultado: siete prisioneros, nueve muertos y cinco desaparecidos.

—Los desaparecidos pueden estar muertos o ahogados —puntualizó—. Dispararon desde el muelle a los nadadores.

Cornulier se acercó a los prisioneros para asegurarse de que no estaba el tuerto y luego exigió que le mostraran los cuerpos recuperados. Una duda le rondaba la cabeza.

—Son muchos para una fuga. ¿Asesinaron a los carceleros? ¿Cuántos presos quedan en el pontón?

—No lo sabemos. Estaba organizando una lancha para devolver a los presos al buque prisión y enterarme de lo que ha sucedido —contestó Fontaines.

—Perfecto. Iré yo. Consígame un bote para adelantarme y siga preparando el traslado.

Las aguas verdosas aportaban un poco de frescor al caluroso día, a pesar de que el sol no había llegado a lo más alto. Desde el combés le echaron una escala de tablones, y Claude trepó con cierta dificultad. Nunca le habían gustado los barcos: él era de tierra adentro. Nada más pisar la cubierta, lo recibió el oficial al cargo. Pese a que se había acicalado, el aliento le olía a cerveza y los ojos, enramados y llorosos, denunciaban la actividad nocturna.

—¿Algún muerto o herido de la guardia? —indagó.

—No, coronel —respondió el oficial, tenso.

—¿Y entonces, cómo pudieron escapar? Forme ahora mismo a los guardianes. Quiero una relación de lo que sucedió anoche.

Con los ojos bajos y nerviosos, se presentaron los otros dos. Tal y como había calculado, solo había tres guardias para más de cincuenta hombres hacinados.

—¿Quién se hallaba de guardia en el momento en que se produjo la fuga?

—Ninguno, coronel —reconoció el oficial—. No suele haber problemas en medio de la bahía.

—Pues anoche los hubo, y nadie dio la voz de alarma. Fue la patrulla del muelle quien se percató de lo que sucedía cuando divisó

el chapoteo blanco en medio de la noche. Van a tener que responder de sus actos ante el general. Por el momento, me enseñarán cómo escaparon.

—Un boquete en las maderas más viejas de la nave. Sígame abajo.

El oficial levantó el enrejado y descendieron a la segunda cubierta. La luz y la brisa entraban a raudales por el agujero que habían practicado, por lo que el hedor resultaba soportable. Al fondo, con grilletes, se agavillaban unos veinte hombres. Cornulier se acercó y los miró detenidamente.

—Son los hombres que no consiguieron salir —dijo el oficial a su lado.

Tampoco estaba el tuerto con la cicatriz hasta el mentón. Se dio la media vuelta y subió los escalones que conducían a la cubierta superior, donde lo recibió el aire más puro. En un rincón se hallaba la prueba del delito.

—¿Eso es un tonel de cerveza? —preguntó acercándose a él.

No le respondieron, tampoco hizo falta: los efluvios manaban de lo que quedaba en el interior.

—¿De dónde ha llegado?

—De la fábrica de Molnedo.

—¿Quién la encargó?

—No lo sabemos. Pensamos que era parte de la ración.

—Ah, ¿sí? ¿Un tonel para tres guardias de una prisión? —Cornulier no evitó la ironía.

El oficial se sonrojó, apretó los labios y agachó la cabeza, consciente de que no se iba a librar de un castigo severo.

Durante el regreso al muelle Claude se cruzó con la lancha de los capturados. Indudablemente, el oficial lebaniego había contado con ayuda para escapar. Se reunió con Fontaines, quien no le contó mucho más y se retiró al convento para redactar un informe.

Léry llegó cuando ya finalizaba la desagradable tarea.

—Ha habido mucho jaleo en mi ausencia —comentó, burlón.

—Más de lo que se imagina —replicó Claude, serio—. La hostilidad con Linois ya es abierta. Se ha presentado en la casa de los hermanos Velarde con la excusa de que se habían escondido allí los fugados.

—¡Vaya pájaro! Ya le recomendé que con ese individuo lo mejor

es dejarlo seco en un callejón; en caso contrario, él intentará hacer lo mismo con usted.

—Ya, ya sé. Le debo una disculpa por no haber seguido su consejo. Urdiré alguna trampa. Me gustaría ser más inteligente y ponerlo en evidencia públicamente.

—Mientras lo ampare Barthélémy, será difícil.

—Hay cosas que un general, por muy corrupto que sea, no puede pasar por alto si desea conservar el respeto de su regimiento —aseguró Claude.

—¿Cuáles son las noticias sobre la fuga?

—Han efectuado un agujero con ayuda de los clavos del propio barco en una zona en la que la madera estaba en muy mal estado. Unos escaparon a nado y otros ganaron la cubierta exterior y se hicieron con el bote amarrado. Entretanto, los guardias roncaban a pierna suelta. ¡Estaban borrachos!

—Les costará algo más que un arresto —comentó Léry—. Es lo que ocurre cuando no hay un superior que los supervise.

—Lograron salir la mayor parte. Al parecer, en algún momento, se produjo una trifulca entre los presos que se fugaban o alguno se cayó al agua y pidió auxilio y los guardias se despertaron. No fueron muy coherentes en las declaraciones, lo que evidenciaba la borrachera.

—Estos españoles… —se rio Léry meneando la cabeza—. ¡Ni para fugarse se ponen de acuerdo! Son indisciplinados incluso en su detrimento.

—Resumiendo: los que no han muerto han sido apresados.

—¿Todos?

—Por lógica. Se ignora si ha habido algún afortunado, porque no se han recuperado todos los cuerpos de los que fueron abatidos en el agua, solo los cercanos al muelle, aunque las mareas pueden arrojar a las playas algún cuerpo más.

En cierta manera Claude se sentía aliviado, porque el asunto ya no estaba en sus manos. Él había cumplido dentro de lo que la ética le permitía. Eso le recordó que debía escribir a casa. A casa, ¡qué eufemismo!, pero el hogar de Sologne era lo más parecido. De su madre guardaba un vago recuerdo, y a sus hermanas no las reconocería después de tantos años. La nostalgia hacía mella en él con más frecuencia, o era cosa de la edad, del desgaste. Ansiaba

algo inalcanzable, por encima de sus posibilidades, de sus fuerzas.

21

Habían estado muy cerca del desastre. Mercedes había cogido por el hombro a Marta y con el otro brazo estrechaba su cintura, en su afán de protegerla. Se revistió de severidad y atrevimiento para ocultar los temblores que le recorrían el cuerpo, en tanto que preguntaba al coronel qué había sucedido para recibir ese trato. Tras una somera explicación y las disculpas de rigor, Cornulier salió de la casa, pero no cerró la puerta. Se quedaron quietos y sin hablar mientras aguardaban a que el jardín delantero quedara despejado, y, solo entonces, se permitieron respirar de alivio.

—Voy a ver cómo consigo cerrar la verja. Esos brutos han destrozado el candado. —Salvador salió decidido sin mirar a las mujeres, como si no deseara saber lo que había pasado arriba.

Mercedes empujó a Marta de regreso a la habitación. Se vistieron en silencio, recogieron el cuarto y bajaron con los orinales a vaciarlos en la letrina. Marta sacó un cubo de agua del pozo, y se dirigieron a la cocina.

—No me gusta nada lo que está sucediendo —murmuró doña Elvira a la vez que trasteaba con el encendido del fuego—. La inseguridad es cada vez mayor.

—¿Y qué podemos hacer? Me preocupa Salvador. Si hubiera hecho una tontería, le habría costado la vida.

—¿Si hubiera hecho? —se revolvió doña Elvira—. Defender a sus hermanas no es una tontería, y no ignora que, tarde o temprano, deberá enfrentarse a ello. Es un hombre, y actuará como tal. ¿Acaso usted se quedaría tan tranquila? No es una santa, y no la critico, pero comprenda a los demás. Esos bárbaros sacan lo peor de las personas.

Mercedes no replicó, porque la buena señora estaba en lo cierto. Se resistía a reconocer ese trágico final; por el contrario, mantenía la esperanza de que sucediera algo que cambiara el curso de los acontecimientos de forma drástica. Miró a su hermana, quien se

ocupaba en poner la mesa, sumida en sus silenciosos pensamientos.

—¡Mirad quién ha venido! —Salvador irrumpió por la puerta trasera precediendo a Mateo Robles.

—¿Cómo ha podido moverse por la ciudad? —se asombró Mercedes—. La Gendarmería anda revolucionada con la fuga de los presos.

—Las cantineras de los conventos en los que se acuartelan las tropas no pueden prescindir de mi servicio. Eso me salva —explicó Robles—. También ayuda que la mayor parte de ellos conocen mi carro y saben a lo que me dedico, así que me dejan en paz.

—¿Quiere sentarse? Nos disponíamos a desayunar unas migas mojadas en caldo —invitó doña Elvira.

—¿Y qué le trae hasta nuestra casa? —indagó Salvador al tiempo que tomaba posición en la mesa.

—Gracias. Ya he desayunado. Es la ventaja de trabajar para las cantineras. Son mujeres recias, pero amables y comprensivas, y siempre ofrecen algo. Tiene usted razón, amigo mío, necesito su ayuda: concretamente mantas. Con las requisas de los franceses para los hospitales, escasean en la población.

—¿Con dos se apaña? —ofreció doña Elvira.

—Perfecto, muy amable. Aprovecho para ofrecerles un hueco en el carro a usted y a su hermana. Regreso a la fábrica.

A la vez que los invitaba, el señor Robles miraba a Marta, como si esperase la confirmación por parte de ella. La indecisión de Mercedes, entre contarle lo que había sucedido y negarse sin más, la aprovechó Marta para informarse y aceptar.

—«¡Marta! Quedamos en que lo dejabas» —le reprochó Mercedes.

—«No quedamos en nada. Soy mayor para decidir y asumir los riesgos» —escribió en la pizarra.

—Di algo, Salvador —recurrió a su hermano.

—Ya se lo advertí —intervino doña Elvira—. Corremos el mismo peligro estemos donde estemos. Da igual en casa que en la fábrica.

—¿Ha sucedido algo grave? —se interesó el señor Robles.

Omitieron el asalto que sufrió Marta, pero le relataron la visita de Linois durante la madrugada y la oportuna aparición del coronel.

—Por desgracia, doña Elvira está en lo cierto. Lo mismo da el lugar en el que nos encontremos —ratificó Robles—. Por lo menos,

gozan de la protección de Cornulier. Si les parece bien, de ahora en adelante, cuando termine el reparto, me pasaré a recogerlos.

—Es usted muy amable —agradeció Salvador—. Será más seguro para nosotros.

Marta, a pesar del miedo que sentía, aceptó sin dudar la invitación del cervecero. Se negaba a vivir aterrorizada, y, por esa razón, estaba más decidida que nunca a terminar el encargo de don Francisco de Goya. Había vivido protegida, en un limbo de comodidad, pero si fuera necesario se echaría al monte para combatir a los franceses. Los odiaba y los temía con la misma intensidad.

Subió a por el chal, no porque hiciera frío en pleno verano, sino para protegerse de la vista de los soldados. Revisó el bolsillo, del que sacó el cuchillo de mesa que servía de vaina al puñal oculto, el ingenio español que le había entregado Mercedes cuando sufrió el asalto. No obstante, el terrible recuerdo de la agresión en la calle la hacía dudar de su capacidad para utilizarlo. Pero debía reaccionar, ser más valiente, más decidida, más dueña de la situación si quería sobrevivir.

Bajó la escalera y se dirigió al exterior por la puerta principal. En la verja aguardaba el carro con Pascual de conductor. El señor Robles y Salvador se habían sentado en la parte trasera, entre los toneles. La ayudaron a subir con ellos y se sentó a contramarcha, con los pies colgando. Observó la calle con recelo, escudriñando las bocacalles y los rincones con posibilidad de esconder a un soldado dispuesto a atacarlos. No lo podía evitar; el temor la atenazaba, aunque no se daba por vencida. Tan pendiente y tan preocupada iba que no se percató del día soleado, ni del cielo despejado ni del nerviosismo del señor Robles hasta que entraron en la cervecera.

El carro pasó directamente al patio trasero, en el que se encontraban los graneros y los cobertizos de malteado y se almacenaban los toneles. La nave delantera era la que cobijaba el proceso de obtención de cerveza. Había comprobado que los hombres de Robles eran gente discreta y colaboradora. Pascual soltó las mulas y se perdió en el interior de la nave; al mismo tiempo, el señor Robles cogió las mantas y, por los modos, apresuraba a Salvador a que se fuera a pescar. Marta, tras despedirse de su hermano, se encaminó hacia el granero, pero la detuvo el cervecero,

quien cogió la pizarra y le pidió la tiza.

—«En el silo están escondidos dos de los presos fugados. Es importante que nadie lo sepa, ni siquiera sus hermanos. ¡Ayúdeme, por favor!».

Marta se quedó sorprendida con aquellas líneas. ¿No había pensado echarse al monte? Pues allí tenía su respuesta: colaboración.

—«Tiene mi silencio. ¿Las mantas son para ellos?».

Robles asintió y reinició el paso hacia el granero vacío. Abrió la puerta de metal, se encogió para pasar al otro lado y la detuvo. Notó que movía los labios y dedujo que les advertía de su presencia. Marta aguardó hasta que Robles le indicó que entrara. No eran dos, sino tres. Siguió al cervecero mientras escrutaba a los dos hombres que se pusieron en pie; el tercero permaneció echado, parecía dormido, aunque lo más probable fuera que estuviera herido. El más joven le resultaba familiar a Marta. Los hombres conversaban sin preocuparse de ella. Era el inconveniente cuando no la acompañaba doña Elvira, quien cuidaba de informarla. Tiró de la manga de Robles y le señaló la pizarra.

—«¿Se ha desmayado? ¿Está herido?» —indagó.

—«No. Está agotado. Tengo que irme si no quiero llamar la atención cambiando de costumbres. Todavía están peinando los muelles los gendarmes. He hablado con ellos y puede usted seguir pintando. No la molestarán».

Asintió y con una mano lo animó a que se fuera. Robles salió y dejó abierta la puerta de hierro para que el fuerte olor de las pinturas no los asfixiara. Marta se volvió hacia los dos hombres que la contemplaban sin disimulo y con curiosidad. El más joven y mejor vestido se adelantó y señaló la pizarra. Marta se la ofreció junto con la tiza.

—«¿Es usted hermana de doña Mercedes?».

—«Sí» —replicó Marta, emocionada y asombrada de que conocieran a Mercedes.

—«Me llamo Tirso de la Riva, y yo los acompañé parte del camino hasta Santander».

A Marta se le iluminó la cara al reconocerlo, y asintió. Así que eran lebaniegos, esos hombres a los que tanto temían los franceses… Los dos hombres se volvieron a la vez hacia el

compañero, desnudo de medio cuerpo hacia arriba y postrado en el suelo, por lo que Marta coligió que algo debió de decir. Le vio mover la cabeza de un lado a otro, y el joven Tirso se arrodilló a su lado. Repasó, preocupada, el cuerpo lleno de cicatrices antiguas, pero, aparte del olor a cloaca, no apreciaba heridas. Por el parche y la tremenda cicatriz que le cruzaba la mejilla, dedujo que era el mismo hombre que había cobijado a su hermana y con quien se hallaban en deuda. Tirso lo meneó por un hombro y Bustamante abrió el ojo enrojecido. Dijo algo, la miraron y el joven habló largo y tendido, a lo que asintió el otro. Como si buscara algo familiar, fijó su ojo en ella, y Marta sintió su escrutinio, retomó la pizarra y escribió:

—«Lamento conocerlo en estas circunstancias. Mi hermana nos habló de usted y de su acogida en Mogrovejo. No puedo ser menos, y estoy a su disposición para ayudar en lo que sea necesario».

Hablaron entre los dos hombres, y Bustamante cerró su ojo.

—«Gracias. Ya nos han proporcionado mantas. Siga usted pintando. No hemos podido sustraernos al embrujo de su pincel, de un gusto muy clásico. ¿Quién es la dama que tan ricamente viste?» —preguntó Tirso, quien trazaba las letras.

—«Es muy amable por definirlo de gusto clásico. Se trata de una copia de un Zurbarán. La dama pertenece a la alta sociedad sevillana y representa a Santa Casilda. ¿Se encuentra enfermo el señor Bustamante?».

—«Muy cansado. El esfuerzo fue muy duro y le duelen los pulmones al respirar. Solo necesita reposo. Espero que nos permitan quedarnos unos días».

—«Llevo un mes y nunca han entrado los soldados hasta aquí. Como mucho, se acercan a la fábrica y realizan sus encargos, pero nada más. Es muy seguro».

Marta los dejó más tranquilos, y se sentaron contra la pared, cerca de Bustamante. Se dirigió a la mesa de los pinceles y se puso la bata, llena de manchas de pintura. Trasteó un rato con los pinceles y eligió los más finos para dar los retoques; luego dedicó un rato a la elaboración de las pinturas: ocres, azul ultramar, amarillo de Nápoles… Finalmente, cogió el tiento y se enfrentó al reto de emular al maestro del Siglo de Oro de la pintura española. Al principio, desacostumbrada a tener testigos, no conseguía

concentrarse, hasta que el trabajo la absorbió y se olvidó de los hombres. Apoyaba el tiento para que le sujetara la mano y no le temblara el pulso, y retocaba aquí y allí, logrando los efectos con las sucesivas veladuras. Empleaba el medio, una mezcla de aceite y barniz muy diluido en trementina, cuando se le secaba la pintura para aplicar otra veladura.

En un momento dado, se sobresaltó cuando sintió la humedad de una respiración en el cuello. Se giró con los ojos dilatados y se encontró a los dos hombres, que se habían acercado demasiado, y observaban, boquiabiertos, el meticuloso trabajo que llevaba a cabo. Ellos se asustaron a su vez y retrocedieron un paso. Tirso se apresuró a tomar la pizarra.

—«No pretendíamos molestarla. Nunca había observado a nadie pintar» —se disculpó azorado.

Marta restó importancia a su comportamiento con una sonrisa. Algo llamó la atención de los hombres, y se volvieron hacia el que estaba tendido: sudaba y se debatía en sueños debajo de la manta.

El más joven debía de estar habituado, pues se acercó más calmado y lo sacudió por el hombro hasta que lo despertó. El hombre se incorporó aturdido y apretándose las sienes al tiempo que negaba con la cabeza las palabras que le dirigían.

Marta tocó el hombro de Tirso y con un gesto de la cara le preguntó qué pasaba.

—«Tras una pesadilla suele quedarse sordo» —escribió el joven —. «Rememora los cañonazos y las explosiones de la batalla en la que resultó herido y se queda sordo durante un buen rato».

Marta lo observó comprensiva. Ella no conocía lo que llamaban sonido, pero le explicaron que para los que oían resultaba traumático perder ese sentido, como sucedía con la vista. Si ella se quedara sin vista, se moriría; siempre lo pensó, y se alegró de no haber oído nunca, porque no lo echaba de menos hasta ese extremo.

Se inclinó y le acarició el rostro. El hombre la miró extrañado y ella sonrió.

—«No pasa nada por no oír. ¿Quiere hablar un rato conmigo? Cuénteme cómo es Mogrovejo. Mi hermana es una pésima narradora».

Se trataba de una mentira piadosa cuya finalidad era distraer al oficial de su carencia temporal. Así los encontró Robles cuando fue

a buscarla, llenos de polvo blanco de tanto escribir y de tanto borrar. Con él entró Pascual, en mangas de camisa y sudoroso por el trabajo, con una olla de la que emanaba el aroma del guiso y un jarro de agua. Marta se despidió hasta el día siguiente y salió del granero al aire fresco del atardecer.

—«Parece que se entiende muy bien con esos hombres» —escribió Mateo.

—«Sí. Son como nosotros: obligados por la guerra y deseando la paz».

Asintió el cervecero y la acompañó hasta donde la aguardaba Salvador, que charlaba con otros dos operarios.

—Los acercará Pascual con el carro —ofreció Mateo—. Siguen revueltos los militares.

Marta era consciente de la discreción que le había rogado el señor Robles, pero no podía callar la presencia del señor Bustamante, a quien tan agradecida estaba su hermana. No se lo perdonaría jamás si llegaba a enterarse. Así que, en cuanto terminaron la única comida decente que hacían en el día, soltó la noticia. Primero el asombro, luego el porqué estaba preso y finalmente los aspavientos de incredulidad de Mercedes fueron propios de una actriz teatral, con la diferencia de que eran sinceros.

Contestó como pudo el aluvión de preguntas y dejó muchas lagunas sin cubrir. Había estado más pendiente de distraerlo que de interrogarlo, y así lo confesó. Mercedes expresó su deseo de acompañarla al día siguiente.

Mercedes no salía de su asombro. ¿Cómo había acabado en un barco prisión un hombre como él? No lo había echado de menos, aunque sí había recordado la apacible vida en Mogrovejo con frecuencia. Añoraba la tranquilidad del valle y la sabiduría rural de Pepa, y el recuerdo de Alfonso era más el de un compañero o amigo. De ahí que su infortunio, el de un hombre que arrastraba tales heridas, le afectara tanto. Transmitía confianza, paz, seguridad; muy diferente a la inquietante sensualidad que emanaba de la persona del coronel.

—No podemos presentarnos en tropel en la cervecera —interrumpió Salvador sus divagaciones—. Levantaríamos sospechas, incluso los pondríamos en peligro.

—Pero me gustaría saludarlo —objetó Mercedes, aunque era

consciente de la razón que asistía a su hermano.

—Escríbele.

Así de fácil. Mercedes se lo tomó al pie de la letra y buscó lo necesario. Cuando terminó, se dio cuenta de que la misiva se asemejaba más a un cuestionario que a una carta; aun así, no la corrigió. Deseaba saber.

Cuando se iban a retirar, se presentó el teniente Léry. Salvador lo acompañó a la cuadra improvisada en la leñera y lo aguardaron en medio de la creciente oscuridad.

—Buenas noches. Lamento que sigan levantados por mi causa.

—Buenas noches, teniente —saludó Mercedes—. En realidad, esperábamos noticias sobre los fugados.

—No deseo ser grosero, pero es un asunto del ejército.

—¡Oh, vamos, teniente! No es un secreto de Estado, y anoche sufrimos las consecuencias de esa fuga. Al menos, concédanos la gracia de informarnos sobre nuestra seguridad —insistió Mercedes.

—Es usted muy persuasiva. No se preocupen de nada: han sido detenidos y la alerta ha cesado.

—¡Qué alivio! —exclamó Salvador—. Hoy dormiremos tranquilos con su presencia.

—¿No les comentó el coronel que un hombre vigila la casa?

—Sí, pero es tan invisible que se nos olvida —replicó doña Elvira —. ¿Y un hombre es suficiente para detener al sargento Linois y a sus hombres?

—No. Su misión es la de avisarnos de su presencia. ¡No pretenderán que el coronel dedique una compañía a su custodia! Conténtense con la cortesía que despliega hacia la familia y no exijan imposibles.

—Somos conscientes del favor de Cornulier —intervino Mercedes —, y se lo agradecemos. Entienda nuestro desasosiego ante semejante bárbaro. ¿Le muestro su habitación?

Se retiraron a dormir y Mercedes escribió en la pizarra de Marta antes de acostarse:

—«Ha cesado la búsqueda de fugados».

Alfonso cerró el ojo y volvió a rememorar la caricia de su mano. La hermana de Mercedes era lo más parecido a un ángel: delicada y perfecta. ¿Compartiría el mismo carácter combativo de su hermana? En el silo reinaba la tranquilidad, lo que, junto con el calor y la

acompasada respiración de los hombres, contribuyó a sumirlo, finalmente, en el sueño. Pero el agotamiento, conjugado con el peligro y el miedo que había experimentado, en lugar del reposo ansiado, despertó los viejos temores y el sufrimiento de la batalla de Trafalgar. La pesadilla ganó terreno y los recuerdos tomaron el cuerpo de la realidad: los gritos encomendándose a Dios, el retumbar de los cañones, el olor a quemado, la sangre y los miembros amputados, el ruido de los mástiles al ser tronchados como árboles por las palanquetas enemigas y la caída de estos arrastrando velas y jarcias que actuaban como proyectiles, el fuego y la espesa humareda… y el sabor salobre en la boca.

Tirso lo zarandeaba para que despertara. Alfonso abrió el ojo, y Marta lo contemplaba preocupada. No oía nada: el miedo a que la sordera fuera permanente lo atenazaba siempre que le sucedía. Otra cicatriz más que sumar al maltrecho cuerpo. Y entonces sucedió el milagro: la joven le sonrió y le acarició la mejilla dañada.

Tirso escribió en la pizarra, la joven asintió y se arrodilló junto a él. Y su vida cambió. La amabilidad, la paciencia con la que leyó las descripciones, cómo inclinaba la cabeza al leer, la sonrisa que afloraba con la lectura, los enormes ojos grises que desbordaban vida, toda la que la sordera le negaba. Hasta que llegó Robles.

A modo de despedida, lo cogió de la mano y se la palmeó como si fuera un niño pequeño y precisara el consuelo de una madre. Alfonso le dio la vuelta y la atrapó, tan menuda y delicada, mano de artista, y se la besó como un caballero cuando requiere a una dama. Por segunda vez, la vio sonrojarse, y a Alfonso lo invadió algo nuevo, la paz de quien llega a un lugar soñado. Cerró el ojo y se tumbó de nuevo, más tranquilo y arrullado por el sueño reparador, sin pesadillas ni negros horizontes, acunado por una imagen más delicada e inocente. Esa noche descansó.

A primera hora de la mañana salieron para asearse y limpiar el recinto mientras Pascual y Robles andaban con el reparto. Aburridos, aguardaban con impaciencia el regreso de la joven sordomuda, de la artista, de la pintora. Como el día anterior, llegó en el carro con su hermano.

—Lo recuerdo a usted —dijo un joven que saltó al suelo para ayudar a Marta—. Salvador Velarde.

—¡Ah! El joven del camino —reconoció Alfonso.

—Será mejor que entremos en el granero —apremió Robles—. Puede presentarse cualquier comprador, y una reunión llamaría la atención. Están prohibidas.

Una vez en el interior, se sucedieron las presentaciones, y Marta le entregó la carta de Mercedes.

—Así que se conocen ustedes… ¡Qué casualidad! —exclamó, asombrado, Robles—. Los dejo; mis obligaciones me reclaman.

Salvador salió con el cervecero y Marta escribió preguntando por su estado. Tras los corteses mensajes que se intercambiaron, Marta se vistió la bata e inició su tarea de forma metódica.

—Lo inaudito es que nos detuvieran los gendarmes —se quejó Tirso, propenso a hablar al comprobar que su superior se hallaba mucho mejor.

—A usted no lo detuvieron —recordó Nemesio.

—Para el caso, lo mismo —insistió Tirso.

—Curiosa carta —interrumpió Alfonso—. Mercedes Velarde plantea una serie de preguntas cuya respuesta me gustaría conocer.

—Esa es la cuestión —se lanzó Tirso como ave de presa—. ¿Cómo nos encontraron? Era una trampa preparada.

—¿Quién nos pasó la información sobre la columna de abastecimiento que venía de Reinosa? —indagó Alfonso.

—El Hortelano. Pero ahora lo conocemos personalmente. ¿Por qué iba a hacerlo? —inquirió Tirso, incómodo ante la duda.

—Nadie lo acusa; de hecho, nos está ayudando. Estoy reuniendo los datos para esclarecer los hechos —explicó Alfonso—. La cuestión no es el asalto en sí, sino que nosotros no solemos participar. Alguien supuso de antemano que, en esa ocasión, estaríamos al frente y nos delató.

—El coronel Cornulier es un hombre de recursos —describió Tirso— y con una buena red de informadores.

—No lo pongo en duda, pero casi estoy seguro de que él no ha intervenido.

Alfonso no mencionó el cuchillo, porque seguía con el runrún en la mente. La forma de proceder del coronel, si realmente había sido él, lo desconcertaba, o, como poco, la incertidumbre sobre la procedencia del arma blanca lo molestaba. Le gustaba tenerlo todo bajo control y las sorpresas, cuantas menos, mejor. Había un traidor que había tejido la trampa y, por una extraña fortuna, había salido

con bien de ella. Al principio lo atribuyó a la suerte, pero, según corría el tiempo, la sospecha iba creciendo al no hallar otra explicación.

—Me interesa saber de dónde ha salido el coronel —planteó Alfonso.

—Como a otros muchos —corroboró Tirso, quien se volvió a mirar a la sordomuda—. ¿Y ella? Se queda a dormir en su casa. Igual puede decirnos algo.

Alfonso se irguió y aprovechó la excusa que se le ofrecía para acercarse a Marta. La muchacha leyó la pizarra y cambió el pincel por la tiza.

—«Es un hombre con mucho poder por la información que posee y, al mismo tiempo, es fácil confiar en él».

—«Una combinación peligrosa y muy efectiva para el puesto que ocupa» —corrigió Alfonso, más versado en ese campo—. «¿Por qué ha aparecido en Santander hace unos meses?».

—«Lo ignoro. Ni siquiera es su regimiento. Es el teniente Léry quien estaba al frente; sin embargo, se llevan muy bien los dos».

—«Ustedes tienen acceso a su dormitorio. ¿Lo han registrado?» —preguntó Alfonso algo apurado, pero estaban en guerra para andarse con remilgos.

—«Por supuesto, pero ya dije que es un hombre inteligente, y debía de esperar eso mismo. Por lo que cuenta el intendente Aldamar, su expediente es intachable: habla idiomas y es educado y considerado, algo raro entre esos militares, pero se ignora de dónde viene o por qué está en Santander. No es el único intrigado».

Alfonso suspiró, derrotado en sus pesquisas. Sin embargo, estaba seguro de que alguien cercano era un doble agente. Recordaba muy bien el momento de la detención: en medio del asalto, en lugar de defender la carga, como era habitual, lo persiguieron a él, que era fácilmente reconocible; es decir, esperaban encontrarlo allí.

Marta retomó el pincel y él se sentó contra la pared, junto a Nemesio y Tirso que dormitaban aburridos. Siguió su ejemplo y cerró el ojo, pero la mente se negaba a descansar y repasaba la información una y otra vez. ¡Pepa! ¿Cuántos días llevaba fuera del valle? Estaría preocupada por él, se comportaba como una gallina clueca desde que regresó de Trafalgar.

Volvió de sus recuerdos, abrió el ojo y sorprendió a Marta, que lo

observaba. La muchacha se sonrojó como si hubiese algo indecoroso en ello y se centró en el lienzo.

¿Cómo sería la vida sin oír? Él, ante esa posibilidad, se angustiaba, pero Marta no parecía infeliz por ese detrimento. Era una mujer dulce, delicada, creativa. Recordó que el coronel francés vivía bajo su techo y se inquietó. ¿Cómo no había pensado en la belleza de las dos hermanas? Porque estaba distraído. El coronel encarnaba a un predador bajo sus maneras afables; reconocía a esos tipos de lejos. Mercedes cortaría cualquier avance, pero Marta era una paloma para un halcón. Y un deseo desmesurado por protegerla creció en él.

22

Claude agradeció al Cielo la oportunidad de encontrarse a solas con Mercedes, que salía de la letrina. Los días eran demasiado largos en verano, y se hallaba cansado por la prolongada jornada. Verla fue como un bálsamo y un acicate a la vez.

—Buenas noches. ¿No hay orinales en la casa?

—Nunca me habían saludado de una forma tan original. ¿Los orinales son el primer tema que sacan a relucir en Francia? ¡Qué avanzados!

Claude prorrumpió en una carcajada mientras retiraba el cabezal y el bocado al caballo.

—No se salga por la tangente. Creí que había sido bastante claro con la orden que di. El soldado que los guarda…

—Que nos vigila —corrigió Mercedes.

—… que los guarda —insistió con paciencia Claude mientras soltaba la cincha— me ha dicho que no han dejado de corretear por el patio y por el invernadero y que su hermana ha ido y venido de la fábrica.

—¿Corretear? Eso lo hacen las ratas que buscan vivir de lo ajeno. Aquí trabajamos y comemos gracias a nuestro esfuerzo.

No había terminado de decirlo cuando Claude colocó la silla en un rincón y se situó frente a ella, más cerca de lo que se había propuesto, para que lo tomara en serio.

—Espero que no esté hablando de mí. Creo que me he comportado con la consideración que merece cualquier persona.

La oscuridad le impedía distinguir el verde de los ojos, pero el gesto serio y rígido que adoptó el rostro de la mujer en un instante no se le escapó, como la respiración agitada bajo el corpiño a rayas que usaba.

—Personalmente, coronel, creo que su conducta ha sido intachable; sin embargo, no olvido que es francés, y los franceses ocupan nuestras tierras y nos roban las cosechas.

—Sí, no pierde la ocasión de recordarme que estamos en bandos distintos —replicó con acritud—. ¿No le parece que bastante difícil es ya la convivencia como para complicarla más?

—Le sobra razón, discúlpeme. He olvidado los buenos modales.

Claude estuvo tentado de desdecirla. Él no se refería al barniz de la educación que disfrazaba los sentimientos, sino a los corazones y el odio que habitaba en ellos. Hasta hacía dos años habían sido dos naciones hermanas, habían luchado codo con codo y habían compartido el mismo enemigo. Incluso los habían recibido calurosamente en abril, cuando entraron en la Península y se situaron en los puntos estratégicos: Burgos, Salamanca, Barcelona, sin que nadie se sublevara. El obispo de Santander, don Rafael Tomás Menéndez de Luarca, a quien conocía por referencia del abad Brieul, fue el que socorrió a los trescientos sacerdotes franceses fugitivos de la Revolución, y, ahora, era el enemigo más enconado de Francia bajo el título de regente. Había hablado con muchos de los comerciantes franceses afincados en la villa, y coincidían en que habían sido muy bien acogidos por los santanderinos y echaban pestes de la política de Napoleón, que había dado al traste con sus intereses comerciales y destruía el trabajo de años de privaciones y de sacrificios.

Mercedes inició el movimiento para internarse en la casa.

—¿Ahora le corre prisa buscar el amparo de la casa? ¿Ha contemplado el cielo tan estrellado?

—Usted es parisino, ¿me equivoco? Para los que estamos habituados al campo el cielo despejado significa rocío, muy beneficioso para las plantas y los sembrados.

—La poesía no es lo suyo —acusó Claude, decepcionado.

—Las llamamos lágrimas de San Lorenzo porque, por estas fechas, los moros asaron al santo en una parrilla. No, no resulta muy poético.

—Respeto la religión, pero he aprendido a dejarla de lado. La encuentro demasiado triste y perniciosa para el optimismo.

—Estoy de acuerdo. Sobrevivir ya es una lucha titánica como para renunciar a las alegrías que nos concede una tregua.

Las escasas ocasiones en las que se relajaba podía ser una interlocutora válida. ¿Cómo sería antes de la guerra? Salvador salió del invernadero y rompió la pequeña conexión que se acababa de

establecer. ¿Cómo no se había percatado de su presencia?

—Buenas noches. ¿Qué miráis con tanto detenimiento? —indagó elevando la vista al firmamento en busca de la causa.

—Las estrellas —contestó Mercedes lacónicamente, y se retiró al interior.

—¡Mmm! Habrá un buen rocío —comentó el hermano antes de seguir a Mercedes.

Claude meneó la cabeza. Sí, era de ciudad, había crecido en París contra su voluntad, porque no le quedó más remedio, pero conservaba la pasión por la vida, a pesar de que contaba con numerosas razones para haberla perdido. Se había revestido de una coraza de indiferencia, pero dentro latía un corazón que anhelaba mucho más. ¡Qué triste pasar por la vida y no disfrutarla como uno quisiera…!

Iba a entrar cuando se lo pensó mejor. Le intrigaba el invernadero, tanta ida y venida. No era de campo, pero unos semilleros no requerían tantos cuidados. Entró en el recinto acristalado y la humedad se le agarró a la piel. La claridad de la luna bastaba para no tropezar con los bancales. Empuñaba el cuchillo reglamentario por prudencia: no olvidaba que su persona representaba un gran trofeo.

Avanzó despacio, desafiando la oscuridad que creaban los rincones y las plantas más tupidas. Repasó sin prisa los semilleros y escudriñó el suelo. Ignoraba qué buscaba, pero el instinto no solía fallarle. Se aproximó al enrejado tan artísticamente dispuesto y pensó que solo una mujer perdería el tiempo en algo inútil, aunque formaba parte de su atractivo. Iba a retirarse cuando notó una ligera corriente de aire. Había algún cristal roto, dedujo, aunque no alcanzaba a verlo. Regresaría por la mañana.

Cerró la puerta trasera y encajó el travesaño de madera. Al pie de la escalera habían dejado una palmatoria para que no subiera a oscuras, un detalle por ser él, pues le constaba que la familia se movía a oscuras por la precariedad. Se habían retirado a dormir y disponía de la casa para él solo. Cogió la vela y entró en el salón. En algunos aspectos su moral se había relativizado, bajo la excusa del deber o de la profesión. Se disculpaba al considerarlo una cuestión de supervivencia. Le superaba la curiosidad, el ansia de saber, de dominar la situación para que esta no lo sorprendiera a su vez.

Abrió los cajones de la alacena y observó los cubiertos desgastados por el uso, la ropa de mesa que ocultaba una caja de balas, los platos desportillados. Registró los detalles en su cerebro y se dirigió al pequeño caballete que había junto a la ventana, deteniéndose en el camino para abrir el costurero que habían dejado sobre la silla poltrona. No había rastro de la pistola, de lo que dedujo que dormía con ella bajo la almohada. ¿Tendría el hermano otra? Seguro que sí, aunque estaban prohibidas bajo pena de muerte.

Elevó la vela a la altura de los ojos y contempló a Mercedes. No estaba terminado, pero se la veía sentada en el sofá de esa misma sala. La artista había comenzado por la figura y la cara, todavía sin rasgos, perfectamente reconocible por la forma. Intuía que dormía con un libro olvidado en el regazo. Transmitía paz, esa que él deseaba y que lo esquivaba. Los detalles de la sala se perdían en amplios trazos a lápiz. Era muy buena: la joven artista podría ganarse la vida pintando si le fallara la familia. O no. Los hombres mediocres eran muy envidiosos y rara vez permitían que una mujer descollase sobre ellos. En la mesa auxiliar se alineaban los frascos con los colores preparados, un plato de cerámica descansaba al lado —la paleta, a juzgar por los restos de pintura— y una profusión de pinceles de todos los tamaños, embutidos en jarras de barro, completaba el instrumental pictórico.

Su pie tropezó con algo, que emitió un ruido sordo al caer, y bajó la vela: un tiento. Lo reconoció porque había presenciado una sesión de la ejecución de un gran retrato a Napoleón. El maestro apoyaba la mano con la que pintaba sobre el tiento para impedir que el pulso estropeara los detalles delicados. El extremo que se fijaba sobre el lienzo estaba protegido por una bola de tela para que no raspara la pintura. Volvió la mirada al cuadro sobre el caballete y no le parecieron unas dimensiones que precisaran del tiento, excepto si el artista, por alguna causa, carecía de pulso, algo inusual en un pintor tan joven como la sordomuda.

Continuó con su inspección por la cocina y luego subió las escaleras. Se encontraba en terreno enemigo, y podían rebanarle el cuello como a un cerdo mientras dormía, así que, siguiendo su costumbre, apoyó en la puerta una silla en equilibrio sobre dos patas y, para rematar, puso encima el orinal de zinc esmaltado, para

que el estrépito fuera mayor. Tiró del colchón y lo dejó en el suelo, donde no esperarían encontrarlo si disparaban a quemarropa desde la puerta o desde la ventana. Nunca se sabía. Se desvistió, colocó la pistola cargada y el sable desenvainado al lado del colchón, apagó la vela y levantó la sábana para introducirse en el lecho.

Mercedes durmió inquieta. La presencia del coronel bastaba para que tensara el cuerpo y afilara la lengua, como una respuesta defensiva a algo desconocido que la atemorizaba. Cuanto más hablaba con el coronel, más incógnitas le suscitaba. El misterio aumentaba el atractivo. A pesar de ser joven en edad, no era una niña que desconociera los caprichos del corazón o los apetitos de la carne, y algo, en su fuero interno, señalaba al coronel como un peligro real. Cada vez que oía hablar sobre él, temblaba ante la posibilidad de que contaran alguna vileza tan afín a los franceses. Por otro lado, sería mejor que escuchara algún acto ignominioso que justificara el considerarlo como un monstruo sin alma y no como una persona digna de aprecio. ¡Cuánta contradicción! Y, con ese dilema en la mente, la sorprendió el alba.

Se deslizó del catre sin hacer ruido y se vistió las ropas de aldeana. Por Marta no había cuidado de que se despertara, pero sí podría molestar a doña Elvira, quien acusaba la edad y el cansancio. Abrió la puerta y, en medio de la oscuridad, tanteó con la mano la pared y bajó la escalera.

Al entrar en la cocina, la recibió la luz de la mañana, que entraba por la ventana y por la puerta abierta al patio. Pensó en Salvador; sin embargo, la silueta del hombre que se ponía de pie frente al horno era la del coronel en mangas de camisa. Sintió que la sangre despertaba de golpe.

—Lamento haberla asustado. Salí a poner algo de heno para que el caballo desayunara también —se disculpó el coronel.

—¿Qué hacía ahí en cuclillas? ¿Ha encendido el fuego? —se admiró Mercedes al ver la llama que prendía en ese momento.

—Por su asombro, deduzco que los hombres españoles no colaboran mucho en las faenas caseras.

No sonreía, aunque su expresión se acercaba bastante a parecerlo. El que no estuviera correctamente vestido no ayudaba a que Mercedes se mostrara amable.

—Ni los españoles ni los de ningún país, que yo sepa, así que no

se arrogue un triunfo. Tiene prisa —dedujo.

—Ninguna. Es más, desayunaré con la familia y aguardaré a los vecinos.

Mercedes intentó mantener la serenidad. Con eso no contaba, y trastocaba los planes.

—¡Cuánta tranquilidad tras la fuga de los presos! —exclamó dirigiéndose al hogar para hervir la leche. Sacó el pan, que habían hecho el día anterior con la contribución de harina y sal del coronel, y se dispuso a cortarlo para mojarlo en la leche—. Creía que en verano era cuando se realizaban las campañas militares.

—Empiezo a asociar la ironía a su persona. La primera impresión que me ha ofrecido es que mi presencia la contraría; lo que me queda por averiguar es la causa: ¿porque mi nacionalidad le molesta, ya que anoche me dejó claro que como persona me estima, o porque no desea presentarse ante sus amigos como colaboradora con el enemigo?

—Muy agudo. Ambas sirven, así que no se devane los sesos —replicó Mercedes con una sonrisa forzada.

—No se preocupe. Como ustedes, otros españoles están forzados a hospedarnos. No creo que las actividades de su hermano en el muelle permitan que los consideren colaboracionistas.

Mercedes se irguió como si la hubieran pinchado y lo miró de frente, pálida.

—Me consta que no ignora la presencia de civiles franceses entre los amotinados.

—¿Amotinados? Un término un tanto exagerado. Dejémoslo en «enérgicas protestas por los abusos de un general avaricioso».

—¿Le hace gracia? —preguntó Salvador desde el umbral de la puerta, ya vestido para salir—. Hay personas a las que les están robando el sustento de la familia, y los que trabajan para ustedes no cobran. ¿Cómo sobrevivirán al invierno?

—Y por eso mismo los he ayudado —replicó Cornulier, imperturbable—. No dramaticen ni carguen contra cualquier francés. Tengo entendido que los ingleses desembarcaron y no se mostraron muy amables con las personas que los alojaron en sus casas, y, sin embargo, no escucho quejas contra ellos ni contra los bandoleros que asaltan las iglesias y nos venden relicarios y copas sagradas.

—No se engañe: despotrican contra ellos igualmente —admitió Salvador—. No se puede esperar ningún favor de un país que ha sido enemigo desde hace siglos. Y a los bandoleros los sufríamos desde antes de la guerra.

—Arrimarse a los ingleses no ha sido una elección muy acertada, que digamos —concedió Cornulier.

—Tampoco su emperador ha estado muy atinado al provocarnos. ¿Desde cuándo se traiciona a los aliados? —atacó Mercedes.

La llegada de doña Elvira y de Marta impidió que el coronel contestara la peliaguda pregunta de Mercedes, aunque se quedó con la intriga de cómo saldría airoso el militar del debate en el que se había adentrado. Los ánimos se serenaron, y se sentaron alrededor de la mesa para compartir el desayuno. *Esta era una de las paradojas de la guerra*, pensó Mercedes. Llenó los cuencos de leche caliente y se los pasaron, se sirvieron los trozos de pan cortados y los regaron con miel antes de mojarlos para que se reblandecieran. El silencio quedó roto por las voces de los vecinos, que se aproximaban a la cancela de la casa. Salvador se levantó y escribió algo apresuradamente en la pizarra de Marta, quien lo leyó y lo borró. Con una sonrisa, se levantó y abrazó a Salvador, que le acarició la mejilla antes de salir a abrir y marcharse hacia el muelle.

Mercedes sorprendió al coronel, que observaba la despedida entre los dos hermanos, con una expresión de melancólica complacencia. ¿O había añoranza detrás de esa mirada? Recordó su reproche a que lo considerara un uniforme, un francés y no un hombre. Ya estaba ahí esa extraña sensación que tanto la conmovía…

—¿Le importaría aguardar aquí mientras realizamos los encargos a Moncho? Si presenciara el intercambio, impediría…

—Lo comprendo; hay asuntos que debería ignorar. No se preocupen, salgan. Yo iré a visitar a mi caballo.

—Gracias —pronunció Mercedes algo sonrojada. Después de lo hablado, le sabía a descortesía mostrar desconfianza.

Marta entró en el salón y doña Elvira y ella salieron a reunirse con Chelo, Vicen y Justina, que ya discutían con Moncho. Jonás, más templado, observaba callado el tira y afloja de los trueques, al que se unió doña Elvira, remangada y llena de energía, con un mantel viejo y unos saquitos que habían confeccionado con parte de

la sal y el azúcar que había traído el coronel y que igualaban en valor al oro.

Terminada la compra y realizados los nuevos encargos, Moncho se despidió y los demás se encaminaron al invernadero. Mercedes notó que Chelo y Vicen, que iban delante, se detenían asustadas al entrar en el patio trasero. Se imaginó la causa y se adelantó.

—Os presento al oficial que se hospeda en la casa: el coronel Cornulier. —El coronel inclinó levemente la cabeza, mientras que los vecinos lo contemplaban esculpidos en piedra—. Sigamos con nuestros quehaceres —animó Mercedes, y entró en el invernadero.

Envarados y silenciosos, la siguieron al interior para reventar en aspavientos, jadeos y reproches.

—¿Sabe lo de las huertas escondidas? —inquirió, furibunda, Justina.

—¡Chitón! —exclamó con voz ahogada doña Elvira—. Por supuesto que no. ¿Por quién nos toma? Pero se va a enterar si continúan así. Cada uno a sus semilleros. Jonás nos traerá agua del pozo, ya que hoy solo nos dedicaremos a la huerta del patio.

Jonás, sin una queja, cogió el cubo y salió. Las mujeres, refunfuñando por lo bajo, se dedicaron a sacar las plantas crecidas para plantarlas en sus huertas y a preparar semilleros nuevos.

—¿No se ha preguntado por qué hay tanto semillero? —incidió Vicen, recelosa.

—Es de ciudad —replicó Mercedes—. Conoce las verduras en el plato, pero dudo que las distinga en el campo.

Más tranquilas, se dedicaron a lo suyo. Jonás entró con dos cubos para el riego y anunció:

—Se va. Ha dejado el caballo ensillado y ha entrado en la casa.

—Que el diablo lo acompañe —maldijo Vicen, la más amoscada por la agresión que sufrió su madre.

Mercedes se estremeció ante lo injusto de la vida. Le hubiera gustado gritar que era un hombre, que los franceses habían sido aliados, que… ¿Por qué intentaba defenderlo? Se mordió el labio inferior, perdida en sentimientos encontrados. Oyeron el resuello del animal y la voz tranquilizadora del coronel, que lo conducía de la brida, y, en cuanto desapareció de la escena, cedió la tensión en el ambiente. Terminaron la faena, que no les llevó más de dos horas, y se despidieron hasta la semana siguiente. Doña Elvira se

quedó en la huerta del patio, fijando guías para las alubias. Cargaron las canastas con plantas sobre la cabeza, cruzaron el patio y se internaron en el pasillo lateral a la casa que conducía a la parte delantera. Allí se tropezaron con Salvador, que regresaba nervioso.

—Hoy hace calor, pero mañana lloverá —vaticinó Jonás al pasar a su lado.

—Estamos acostumbrados al calor; lo que me vuelve loco es la humedad. Ya me ocupo yo de echar la llave —avisó a Mercedes, que cerraba la comitiva.

Mercedes retrocedió y regresó al invernadero para limpiar un poco y dejar el paso libre a la huerta escondida. Apiló los cubos de agua y metió debajo de los bancos las regaderas que habían abandonado aquí y allá. Se disponía a salir al patio cuando entró Salvador agitando una carta en la mano.

—Noticias —anunció.

—¿Del maestro Goya? —Tembló ante el momento tan temido.

—El día 14 han salido de Madrid cinco carros cargados de obras de arte para ser embarcadas en el puerto de la ciudad.

—Baja la voz —instó Mercedes.

Salvador miró alrededor antes de hablar.

—¿Por qué? Estamos solos —añadió en voz baja, tono en el que siguió—: Hoy es 16. ¿De qué medio se habrá valido para que llegue tan rápido? Tenemos tiempo para planificar dónde los asaltaremos.

—¿De qué nos sirve el tiempo si no sabemos cómo hacerlo ni contamos con lo necesario para trasladar el lienzo? Es absurdo —gimió Mercedes, desesperada—. ¡Cinco carros! ¿Cómo localizaremos la caja que nos interesa?

—La ha marcado con una cruz roja. No habrá problema. Es muy meticuloso —siguió Salvador, sin atender a razones.

—Hasta que no hayamos decidido cómo lo haremos, no le comentes nada a Marta. No me gustaría que se ilusionara y que, al final, no pudiéramos realizarlo.

—Eres como una rémora. Cuando no estás de acuerdo con algo, pones trabas en lugar de ayudar —acusó Salvador.

—Soy realista. Y no pongo trabas: preséntame un plan factible y te apoyaré, pero, sinceramente, Salvador, no se me ocurre cómo llevarlo a cabo sin perder la vida. Dime: ¿qué será de Marta si morimos en un intento absurdo? Debe haber un margen razonable

de seguridad y de probabilidad de éxito, y, aun así, nos la jugaremos.

—No te preocupes. Me dedicaré a ello. Tardarán más de una semana en llegar: los caminos no son buenos para los carros.

Doña Elvira gritó desde la puerta de la casa que el carro de la cervecería ya había llegado. Salvador le entregó la carta y salió. Con ella en la mano, fue a reunirse con doña Elvira para contárselo, aprovechando la ausencia de Marta.

Marta conocía muy bien a sus hermanos. Leía en sus expresiones los estados de ánimo y en sus gestos la impaciencia o la decepción como en un libro abierto, habituada como estaba a sustituir el oído por la vista. Enseguida detectó que a Salvador le embargaba una gran inquietud, que estaba como si le hubiera picado una pulga.

—«¿Qué sucede?» —le preguntó.

Salvador negó con la cabeza y Marta lo miró con una ceja levantada, dándole a entender que no lo creía. Su hermano resopló y tomó la pizarra.

—«Hemos recibido la carta que esperábamos. En unos días el cuadro llegará a Santander. Disimula. Mercedes no quería que lo supieras porque carecemos de un plan».

Marta asintió. Comprendía a Mercedes; siempre confiaba en su criterio porque era la sensatez personificada, pero este era un problema suyo y debía solventar ella misma las dificultades. Desde hacía un par de días, una idea le rondaba la cabeza, y la iba a poner en práctica.

23

Como cada madrugada, Alfonso y sus compañeros salieron al patio para hacer un poco de ejercicio y asearse antes de que la fábrica abriera al público. El día anterior habían lavado la ropa y Alfonso ya no se avergonzaba de su destrozado vestuario. Pascual cargaba la carreta para salir en cuanto apareciera Robles.

—¿No hay peligro de que algún trabajador se vaya de la lengua? —interrogó a Pascual.

—Somos solo cuatro y trabajamos aquí desde que se abrió. Somos leales. ¿Quieren conocer la fábrica?

Se mostraron interesados después de dos días inactivos, y siguieron al hombre. Alfonso se detuvo ante una serie de sacos de cebada.

—¿Cómo consiguen la materia prima?

—Contrabando con Francia. Lo saben los franceses y lo permiten, porque, en caso contrario, no beberían cerveza. Es muy triste contar solo con agua o aguardiente malo. Ellos no arriesgan: son nuestras barcas las que esquivan las fragatas inglesas y se juegan la vida.

—¿Y esos cobertizos? —curioseó Tirso.

—Ahí se maltea la cebada. Luego, se hierve en los calderos para que suelte el almidón y este se transforme en azúcar según aumenta la temperatura. La levadura convierte ese azúcar en alcohol durante la fermentación.

—Parece complicado —opinó Tirso.

—En absoluto. Como cualquier trabajo, es pura rutina. La diferencia es que la cerveza se vende tan bien como un aguardiente. No estamos exentos del peligro de que Linois o Helguera requisen la mercancía, como le ha sucedido al encargado de la sisa del aguardiente. No respetan nada, ni les importa la ruina de las personas. Lo revenden a precios prohibitivos y hacen el agosto con nuestro esfuerzo. Si no lo han hecho hasta ahora, es porque temen las represalias de los oficiales, ya que el patrón les rellena los

tonelillos que atesoran en sus despachos.

—Cuando escucho estas cosas, me gustaría ser más valiente y liarme a tiros con ellos —comentó Tirso, impotente.

—Eso sería estúpido —censuró Pascual—. Hay que atacarlos con inteligencia, como lo estamos haciendo. De frente, llevamos las de perder. Es curioso, pero esta situación abusiva ha unido a los influyentes de la ciudad, sean cuales sean su idea política o su nacionalidad, contra un enemigo común: Barthélémy y sus compinches.

—Una falsa alianza —convino Alfonso—. En cuanto desaparezca la causa, volverán a pelearse. Así de estúpidos somos.

El carro abandonó el patio, y Alfonso comenzó la lenta espera de su regreso. Echaba de menos la encantadora presencia de Marta, aunque se sumergiera en el trabajo la mayor parte del día. Se acercó al lienzo y lo contempló.

Admiraba el profundo conocimiento de la joven para llegar a tal maestría. La mujer del cuadro caminaba de costado, sujetando el regazo de la falda sobre el que asomaban unas rosas, y volvía la cabeza para mirar, inequívocamente, al espectador. La figura desprendía serenidad y el vestido era muy lujoso, en seda de tres colores: azul, amarillo y siena. La caída de los pliegues, el brillo de las telas, la palidez de la piel, en contraste con la oscura mirada y los cabellos negros, habían sido tratados con la misma delicadeza y profusión de detalle. Él no era ningún entendido, pero no le cabía duda de que sería imposible que detectaran la copia si no llegaba a manos de un perito. Entonces cayó en la cuenta de que no había realizado la pregunta más elemental: ¿cómo dejaba que una sonrisa de mujer le nublara la inteligencia?

Inquieto ante las incógnitas que surgieron como un surtidor, aguardaba a Marta. El estruendo de la carreta al invadir el patio lo puso en guardia. Luego, los leves pasos de la joven le advirtieron de su inminente aparición por la puerta metálica, y la sonrisa con la que lo saludó consiguió que su determinación se tambalease.

Dejó que se vistiera la bata y comenzara con la metódica rutina mientras reunía el valor para abordarla. La obtención de colores le llevaba un rato, por lo que le cogió la pizarra y garabateó el inicio de la conversación.

—«No entiendo de pintura, pero la he estado contemplando y me

parece muy buena. ¿Por qué en lugar de copiar no pinta algo propio?». —Era una forma sutil de introducir el tema que le intrigaba. Rezó para que no se molestara por la observación.

—«Me alegro de que le guste. La pintura no es para entendidos, sino para el alma. Lo importante es lo que usted siente al verla. Este cuadro es un encargo que me tiene muy preocupada».

—«Dudo de que quien se lo encargó no quede satisfecho» —halagó el ego de la artista.

—«No es por la ejecución, eso ha sido fácil. El encargo es mucho más complejo y peligroso. Se trata de un secreto. ¿Usted guardaría un secreto?».

Alfonso no era tonto, y, cuando leyó el último mensaje, supo que había caído en una red muy bien tendida por una mujer y no por una niña. La intrepidez de los Velarde afloraba de nuevo, pero él no se arredraba ante los retos.

—«Sabe muy bien que sí. Por favor, no se ande con rodeos y dígame por qué se toma tantas molestias para venir a pintar diariamente y mantener escondido el cuadro».

Como venía siendo su costumbre, Marta lo miró de frente y sonrió antes de escribir.

—«Han salido de Madrid cinco carros con obras de arte que serán embarcadas en el puerto de Santander y trasladadas a París. Debemos cambiar el original por esta falsificación antes de que la suban a un barco».

Alfonso leyó la explicación y se quedó anonadado: no entendía nada, y le parecía una locura que se jugaran la vida por una pintura. Levantó la mirada de la pizarra y observó el cuadro en busca de una respuesta. Incapaz de hallarla, volvió a Marta la mirada, aguardando a que le desentrañara el misterio. Ella retomó la escritura.

—«El original de Santa Casilda estaba colgado en el Hospital de la Sangre de Sevilla, y se le achaca la facultad de curar, en nuestro caso, la sordera. Podríamos curarnos».

Alfonso no salía de su asombro, y ese estado letárgico lo libró de echarse a reír y mostrar su escepticismo, además de herir la sensibilidad de Marta, quien escrutaba, ansiosa y esperanzada, su reacción. La última frase despertó su recelo: ¿Podríamos curarnos? ¿Por qué lo incluía a él? ¿Por su sordera transitoria? ¿Por el temor

de que fuera permanente? Sopesó las posibilidades. Fuera lo que fuese lo que esperaba de él, estaba atrapado, así que siguió adelante sintiendo que la soga le apretaba el cuello.

—«¿Quiere decir que planean sustituir el original por la copia porque usted tiene la esperanza de que el cuadro realice un prodigio y recupere el sentido del oído?». —Marta asintió y él continuó—: «¿Y cómo lo van a llevar a cabo?».

La muchacha se encogió de hombros para indicar que no sabían cómo, a lo que Alfonso respondió con un largo suspiro, producto de haber contenido la respiración ante tan inaudita situación. Mercedes le había parecido una persona cabal. ¿De verdad? ¿No había disparado a un bandolero? ¿No había intentado huir por un paraje desconocido? Y a saber cuántas locuras más se les habrían ocurrido a los hermanos. No, no era la familia habitual.

Marta le arrebató la pizarra y escribió las ideas que se le habían pasado por la mente y que sumieron en una estupefacción mayor a Alfonso. Desató la pizarra y, con ella en la mano, se volvió y se sentó pensativo junto a Tirso, quien, discretamente, leyó lo último que había escrito.

—¿Creen en milagros?

—Al menos, ella —respondió Alfonso—. Es a los hermanos a quienes no comprendo.

En ningún momento había detectado un atisbo de necedad o de ensoñación por parte de Marta. Que una mujer fuera religiosa, dulce, amable, responsable, hacendosa y cariñosa entraba en su idea de una buena esposa, pero dudaba de su madurez mental si insistía en tamaño desatino. Les explicó la conversación que habían mantenido mientras Marta se entregaba a su labor pictórica.

—¿Y cómo van a hacerlo? —intervino Nemesio, quien había permanecido callado.

—Quieren hacerse pasar por la banda del Torancés. El cervecero los acercaría en el carro con el cuadro, ellos asaltarían los carros, realizarían el cambio y regresarían con el cuadro auténtico. De lo más sencillo —concluyó Alfonso en un tono de falsa despreocupación.

—Estoy seguro de que esa chica ha leído el Quijote y lo ha creído a pies juntillas —declaró Tirso sonriendo—. ¡Mujeres!

Alfonso recordó que ya conocían la fecha de salida y que eran

cinco los carros cargados con obras de arte. Llevarían una pequeña escolta, por lo que necesitarían reforzarla de alguna manera; es decir, como era lo habitual, se agregarían a una columna de avituallamiento que estaría más protegida. Su mente, en unos minutos, pergeñó ese plan imposible y de forma que resultase conveniente para todas las partes implicadas, aunque quedaba algún fleco suelto.

—Igual no es tan descabellado —pronunció en voz alta, y los dos oyentes se volvieron hacia él con los ojos desorbitados, como si le hubieran crecido cuernos—. Quiero decir que podemos beneficiarnos de él —explicó.

Pasó a exponer la idea y entre los tres fueron limando las asperezas que presentaba: los cabos sueltos, los imponderables. Al final, se sonrieron ante el nuevo e inesperado golpe que supondría para las fuerzas francesas, aunque les quedaba algo importante pendiente: necesitaban un permiso para que no los detuvieran los gendarmes que vigilaban los caminos.

Quedaron en que Tirso localizaría a la Merodia en el mercado al día siguiente y que ella le facilitaría el traslado a Cabezón de la Sal y Puentenansa, y de allí, a Potes. Llevaría una carta de Alfonso para Llano Ponte o Bernardo Crespo, el que se encontrara allí. Por medio de la Merodia, les comunicarían el día y el lugar en los que se efectuaría el asalto, y, si conseguían idear la forma de viajar sin levantar sospechas, allí se encontrarían. Mientras tanto, Nemesio y él permanecerían escondidos en el granero hasta el día clave.

Marta se retiró del cuadro y lanzó un ruido extraño para ellos. Alfonso se levantó y se acercó para averiguar qué le había molestado.

—«Ya he terminado».

—«A mí me parecía que estaba perfecto desde el momento en que lo vi» —confesó su ignorancia—. «¿Esto quiere decir que ya no va a volver por aquí?».

—«A no ser que quiera posar para mí» —planteó Marta con una conquistadora sonrisa.

—«No me considero un buen modelo» —rechazó con timidez, consciente de que observaría con detenimiento sus cicatrices para reproducirlas fielmente.

—«Todos tenemos cicatrices» —contestó ella, como si le hubiera

leído el pensamiento—. «Las mías no se ven, pero son igual de profundas y feas. Aun así, sigo adelante, hacia lo desconocido».

Alfonso leyó la respuesta, y le conmovió hasta el alma: tan joven y tan vulnerable…

—«Me gustaría que estuviera a salvo, lejos de esto, en Mogrovejo».

—«Estoy enamorada de ese sitio sin haberlo visto. Mercedes lo describió como un oasis».

—«La casa es grande y la puerta está abierta, aguardándolas». —Alfonso amplió la invitación de forma vaga, sin olvidarse de que Marta no se movía sin compañía.

—«Es un bonito sueño. Si consigo cumplir el encargo, será mi próximo objetivo».

Salvador volvió a recogerla e intercambió algunas noticias con ellos. Alfonso le contó al hermano que estaban al corriente de la extraña aventura y le reveló lo que habían decidido, aunque faltaba solucionar el asunto del traslado por la provincia: un carro y un cuadro no se escondían en cualquier parte. Por los montes vagaban las partidas de bandoleros, que se echarían sobre ellos como halcones, y en los caminos, los gendarmes. Por otra parte, le recordó que, si los carros no se unían a una columna de avituallamiento, a la División Cántabra no se le había perdido nada en aquella historia, por lo que esos planes se hallaban en el aire.

Finalmente se despidieron, y Alfonso se recostó contra la pared situada frente a la pintura. Se quedó contemplando la exquisita ejecución de Marta: era como tenerla junto a él. Le entristeció que creyera en los milagros. Hacía tiempo que el fervor religioso, que surgía del miedo visceral durante una tormenta en el mar, lo había abandonado, desgastado de tanto uso y decepcionado por tan escasa eficacia.

Claude acudió a la reunión del general Barthélémy lleno de aprensión. La parte baja de la torre del palacio de Pronillo había sido habilitada para las grandes recepciones y como despacho privado. La sala, abigarrada con los trofeos que había expoliado a los españoles, resultaba agobiante, para su gusto. Allí había convocado a los oficiales y suboficiales del ejército de línea que había en la ciudad, y aguardaban a que el gobernador hiciera acto de presencia. Aquello solo significaba una cosa: acción.

Barthélémy entró en la sala y las conversaciones se silenciaron a la vez que se volvieron los hombres hacia el protagonista.

—Caballeros, seré breve. Como ya saben ustedes, el emperador nos ha dejado de la mano de Dios para que nos alimentemos y nos vistamos sobre el terreno. Esto nos ha conducido a mostrarnos desagradables y exigentes con nuestros súbditos; sin embargo, las raciones de boca y de guerra no son suficientes, y los ayuntamientos se muestran cada vez más reacios a facilitarlas. Como gobernador militar de la ciudad de Santander estoy obligado a cumplir con mi parte en el aprovisionamiento del ejército del general Bonnet, pero mis esfuerzos chocan con la terquedad de los funcionarios civiles, que se obstinan en servir lo estipulado por Amorós hace un año. Por lo tanto, me encuentro en la desagradable situación de exigir el cumplimiento por la fuerza. Por esa razón los he reunido a ustedes, quienes deberán contener las algaradas urbanas, en caso de que se produjeran, con mano dura.

»Dentro de una hora me reuniré con el alcalde mayor, don Bonifacio Guerra, y con el intendente, el señor Aldamar, para comunicarles la exacción extraordinaria de un millón doscientos mil reales para asegurar los sueldos y manutención de los soldados. Adelantándome a las quejas de estos señores, he ordenado que arreglen el olvidado patíbulo del paseo de Becedo, como advertencia para los que se nieguen a colaborar. Si no hay preguntas, pueden regresar a sus quehaceres.

La rápida forma de despedirse no daba opción a opinar ni a preguntar; era una fórmula que le gustaba emplear para suavizar el despotismo con el que dirigía. A Claude le sublevó cómo incitaba al propio ejército a echarse encima de la población al mencionar los sueldos y la manutención. Los almacenes de Bonnet en Torrelavega estaban repletos de las requisas efectuadas por tierras de Castilla y no dependían de una ciudad como Santander, que ya no tenía nada que ofrecer. Estaba muy claro que esta requisa acabaría en el bolsillo de Barthélémy tras dejar un pico, para disimular, en las arcas del ejército. ¡Y otra vez la horca! ¿Se quedaría la población tranquila con semejante amenaza? Además de los asaltos de las guerrillas, iban a sufrir una rebelión dentro de la ciudad y la represión caería sobre sus espaldas.

—Coronel, el general quiere verlo en privado.

Claude siguió al secretario de Barthélémy, otro hombre que no le inspiraba la menor simpatía. Lo pasó a una pequeña sala con una decoración tan agobiante y ecléctica como el despacho. Lo aguardaba de pie, y él se quedó junto a la puerta, que cerró el secretario al retirarse.

—Estoy muy disgustado con el asunto de la fuga de prisioneros. He leído en el informe que usted condujo personalmente a un grupo de ellos el día anterior. ¿A qué se debió ese celo?

—Estaba de guardia en medio de la alarma que se produjo. Cuando llegaron los prisioneros, decidí que estarían mejor en el pontón, ya que no deseaba dedicar personal a las labores de vigilancia de los presos. Los hombres no nos sobran. Y los trasladé yo porque no había otro: el teniente Léry se hallaba en Torrelavega con varias compañías, pero esto usted ya lo sabrá.

—Cierto, pero que un coronel se emplee en la labor de trasladar a unos prisioneros y que no se moleste en averiguar quiénes son, cuando usted conoce hasta el caracol que se mueve en la región… —Barthélémy no terminó la frase para dejar paso a la sugerencia, a la acusación sin necesidad de formularla.

—No comprendo qué es lo que le preocupa. Las labores que realice son asunto mío, y ¿por qué iba a interesarme por unos prisioneros detenidos en un asalto?

—Porque uno de esos presos era un trofeo mío —estalló, iracundo, el general—, conseguido por mis informadores. Yo también tengo mis contactos, coronel, y ya que sus servicios no parecen tan eficientes —lo acusó, ahora sí, deliberadamente—, me he empleado a fondo en detener a uno de los cabecillas lebaniegos: el teniente Bustamante, quien intercepta mis correos y los avisos y, además, dirige a los malditos informadores que trabajan para lo que se llama División Cántabra. Sin embargo —realizó una pausa teatral y bajó la voz a un tono sarcástico—, usted no lo advirtió, y se nos ha escapado de entre los dedos.

—Lamento la mala suerte y lo felicito por su agudeza; no obstante, me niego a que me haga responsable de esa huida. El pontón es asunto de sus hombres, y son ellos quienes han fallado; es más, confiaron en su permisividad para faltar a las normas y se emborracharon. Le recuerdo que, aunque la Gendarmería no sea un cuerpo del ejército propiamente dicho, debería contar con él en

asuntos de esa índole para que no suceda lo que ha sucedido: un asunto de descoordinación.

—Así lo resume usted. —Barthélémy se aproximó y lo observó fijamente. Claude mantuvo la mirada y el general desistió en su intento de amilanarlo.

—Está bien. No sé a qué se refiere con la alusión a mi permisividad, porque los que estaban de guardia han sido detenidos y serán castigados. Solo quería que usted supiera a quién había tenido entre las manos.

Barthélémy lo despidió y Claude regresó al convento. Al resguardo en su despacho, se sentó a escribir a su superior para comunicarle el nuevo desacierto del general de brigada Barthélémy, que no redundaba en beneficio del ejército, sino en el propio. En París, sus superiores recababan información de todas partes para mantener al tanto a Napoleón. Le llevó un rato redactarla para que no pareciera desesperada ni exigente, pero con la suficiente fuerza expresiva como para que no cayera en el olvido. Añadió la imposibilidad de pacificar la región con unos métodos tan crueles como ineficaces, algo que quedaba fuera de discusión ante la respuesta de los españoles y el aumento de reclutas que observaba en las guerrillas. Ofreció, de su mano mayor, un panorama poco prometedor si se mantenía semejante trato a la población, bastante mísera de por sí.

Por otra parte, no dejaba de darle vueltas a la detención del teniente Bustamante. Era un hombre, por lo que tenía entendido por Basilio, que no abandonaba el valle. De alguna forma le habían tendido una trampa para que saliera de su refugio. Nadie mejor que él conocía la dificultad de predecir dónde y cuándo darían el golpe, por lo que hacía falta coordinación, un plan y un traidor cercano a los movimientos de Potes. No creía a Barthélémy capaz de dedicarle tanto tiempo a algo tan doméstico, aunque le estuvieran haciendo la vida imposible las guerrillas. Se habría limitado a intimidar y amenazar al traidor, y este habría sido la mente urdidora o la Salomé que le ofrecería la cabeza en una bandeja. ¿Pero quién poseía esa capacidad y ese acceso a información tan privilegiada? Basilio no, desde luego, a no ser que jugara con él.

Acababa de poner el lacre cuando entró el cabo Fontaines.

—Mi coronel, dos funcionarios de la ciudad solicitan una

entrevista.

—Que pasen —ordenó con tono cansado.

No hacía falta mucha imaginación para adivinar que la reunión de Barthélémy con las autoridades civiles había terminado. El intendente Aldamar y el alcalde Guerra entraron con el gesto torcido y augurando tormenta. Las chaquetas de buen corte y con doble abotonadura, los calzones de lana fina hasta la rodilla, las medias de seda y los pies embutidos en chanclos denunciaban la ambición y la posición de los dos civiles. A excepción de los viejos aristócratas, con costumbres demasiado arraigadas como para cambiarlas, el resto de la población española había abandonado el uso de las molestas y asfixiantes pelucas.

—Tomen asiento, por favor —ofreció.

—Estamos bien así; además, no tardaremos mucho en exponer nuestra queja por el trato injusto y abusivo del gobernador.

—¡Fontaines! Cierre la puerta, y que no nos interrumpan. —Se volvió a los dos hombres furibundos—. No gasten saliva, señores: sé a lo que vienen. Mi consejo, que, por cierto, negaré haber dado, es que apelen a las altas instancias. Ustedes son personas de posición y seguramente cuenten con gente influyente entre sus amistades. Señor Aldamar, el cargo de intendente de la provincia no lo adquiere cualquiera —levantó la mano para frenar la protesta—; le recomiendo que acuda a esas personas para forzar la retirada del general Barthélémy. Lo mismo le digo, señor Guerra. Tampoco estoy de acuerdo con el proceder del general, pero soy militar y estoy atado de pies y manos. Es todo lo que puedo hacer por ustedes, y, si hubiera una revuelta, estaré en mi puesto, por desagradable o injusto que lo considere personalmente.

—Respeto su lealtad al uniforme que viste y la cordura que muestra, coronel. Comprenda la frustración que nos embarga al toparnos con la manzana podrida —sentenció el alcalde Guerra, conocido por su temperamento mediador y conciliador.

—Personalmente, lo felicito por la difícil labor que lleva a cabo para preservar a esta ciudad de la devastación, aunque ninguno de los dos bandos se lo ponga fácil: ni el suyo ni el mío.

Abrieron la puerta y salieron los dos hombres, menos furiosos y más determinados a exonerar a Barthélémy de su cargo. El coronel se levantó y rebuscó entre los archivos de la estantería hasta que

dio con ello. Sacó el pliego con el nombre de Aldamar y repasó la información que había registrada. No se había equivocado, y contaba con amistades en París muy cercanas a la familia de los Bonaparte. Era, quizá, quien más podía hacer en favor de los santanderinos. ¿Y la familia Velarde? El encargado de la oficina de correos lo avisó la tarde anterior de la llegada de una carta desde Madrid para la familia. Se acercó a la oficina a inspeccionar la carta: era papel de gran calidad y de factura francesa, lo que volvió a generarle las viejas preguntas sin respuesta: ¿quién les había facilitado el traslado y el coche en Madrid? No le gustaba que quedara constancia de su interés para no levantar alarmas innecesarias, así que no la abrió y la dejó para que la recogieran los destinatarios.

24

Salvador y Marta no habían regresado todavía de la cervecera cuando Chelo se acercó a darles la noticia de la muerte de la madre de Vicenta. Salieron con ella Mercedes y doña Elvira vereda arriba, hacia el Alto de Miranda, y se detuvieron en la humilde casa con la puerta abierta de par en par. Dentro se hallaba un guardia nacional, el cuerpo josefino paralelo a la Gendarmería creado por Amorós, que tomaba nota de los datos de la finada, y el cura, que ungía con los santos óleos a la fallecida. Aguardaron a que los hombres realizaran su labor para después comenzar ellas con la suya. Doña Elvira había tenido el buen sentido de cargar con una sábana de lienzo fino para la mortaja, en previsión de la carencia en la que vivían madre e hija tras el robo que habían sufrido el año anterior. Pasaron un rato con Vicen, quien se lamentó de no poder enterrar a su madre en Iruz.

Cuando volvieron, Marta y Salvador las esperaban con la noticia de la brutal exacción extraordinaria de Barthélémy, que se había extendido como la pólvora y había prendido los ánimos de los ciudadanos. Ellas les participaron el fallecimiento de la madre de Vicen, a la cual le dedicaron unos breves minutos, pues la nueva exacción les atañía más de cerca.

—Los burgueses, patriotas, josefinos o franceses, han acudido al alcalde, quien se declaró incapaz de ejercer de intermediario ante una persona inclemente y decidida a llegar hasta el final, como demuestra el patíbulo alzado en Becedo. Hay mucho en juego, y el invierno se halla a la vuelta de la esquina, demasiado frío y crudo como para que sorprenda a los vecinos con hambre y sin hogar.

—¿Estamos obligados a contribuir? —se preocupó Mercedes.

Se habían sentado a la mesa y daban cuenta de sardinas y panchos. Ella se sentó de espaldas a la puerta y Salvador enfrente, doña Elvira en la cabecera y a su lado Marta con la pizarra a mano para no perderse la conversación que tuviera lugar. Comieron

despacio, como si fuera la última comida que harían. Mercedes apreciaba los escasos manjares como un tesoro. Por Moncho, el hojalatero, sabía que los víveres escaseaban cada vez más. Los que mejor aguantaban, cosas de la vida, eran los pescadores, pero estaban abocados a un régimen de moluscos y peces sin sal, aceite o adobo, por lo que la delgadez era una visión usual entre los ciudadanos. Las monedas o las joyas en los trueques carecían de valor si no había hortalizas, frutas, harina o azúcar que adquirir, y la situación, lejos de mejorar, empeoraba según avanzaba el verano. Y ahora, la nueva exacción de los franceses.

—No nos libra ni la caridad —admitió Salvador—, pero prefieren monedas y joyas. Dicen que es para pagar los sueldos a los soldados.

—¡Qué ironía! Debemos pagar a los que nos roban la vida —dijo Mercedes, resentida y furiosa—. ¡Cómo me gustaría ser hombre para alistarme y dedicarme a matar gabachos! Dejaría pequeñas a las partidas de Longa, Mina o Campillo. ¡Ay! ¡Ten más cuidado, Salvador! —exclamó dolorida por la patada que le propinó su hermano.

Levantó la cabeza del plato y observó que Salvador, pálido, miraba a su espalda. Se volvió con un mal presentimiento que se hizo realidad al encontrarse a la figura del coronel en el umbral. Había regresado más pronto de lo habitual.

—Personalmente, me alegro de que sea mujer —expresó, serio, su opinión—: el mundo sería muy diferente sin una belleza como la suya. Se han olvidado de cerrar la puerta trasera y he entrado. Les ruego que pongan más cuidado en la protección de sus vidas; me desagradaría perder a mis caseros y a quienes van a pagar mi sueldo. —El sarcasmo agrio de sus palabras finales creó un vivo contraste con la galantería inicial. Se adelantó y depositó una alforja sobre el extremo del banco—. He dejado otra en el salón para su hermana. —Sin añadir más, se retiró escaleras arriba.

Mercedes, roja por la vergüenza y la culpa, no fue capaz de pronunciar una disculpa. ¿Cómo se excusaba una persona de lo que sentía, de lo que pensaba? Se llevó las manos a las mejillas para ocultar el sofocón.

—No tiene remedio —acudió en su auxilio doña Elvira—, no lo piense más. No pretenderá que deshojen flores a su paso, aunque reconozco el mérito de los franceses a la hora de halagar a una

mujer.

—¿Qué hay en la alforja? ¿Por qué la ha soltado aquí? —indagó Salvador, más preocupado por las acciones que por las palabras.

Mercedes reaccionó y alargó la mano para desatar el nudo, abrió la alforja y sacó un tarro de miel, un saquito de azúcar; otros de garbanzos, alubias y guisantes, sal y una botella de aceite. El silencio fue elocuente.

—Una de cal y otra de arena —abrió el fuego Salvador—. Porque este tipo desee lavar su culpa, no va a cambiar mi opinión. Voy a hacer una ronda ahí fuera y asegurarme de que están bien cerradas las entradas.

Salvador salió, Marta se retiró al salón para averiguar qué le había traído el coronel y doña Elvira y Mercedes recogieron la cocina y acomodaron en la alacena los nuevos alimentos.

—Tiene razón su hermano: no podemos cambiar la forma de pensar cuando nos asiste la razón —consoló doña Elvira—, aunque sí debemos mostrarnos más amables con aquellos que nos respetan. El coronel nos está ayudando, y esa es una realidad por encima del patriotismo y del odio.

—¿Está hablando de sentimientos? —preguntó, angustiada, Mercedes.

—No necesariamente, sino de sensibilidades —aseguró doña Elvira—. Si fueran los sentimientos los que primaran, ya la habría acosado. Los hombres no se caracterizan por la paciencia, más propia de las mujeres.

Callaron cuando oyeron crujir la escalera bajo el peso de unas botas. El coronel descendió y entró en el salón. Aguardaron expectantes a que asomara por la cocina, pero no apareció.

—¿Está Marta sola en el salón? —preguntó Mercedes.

—No he oído que Salvador regresara —contestó doña Elvira, inquieta.

—Voy a asomarme.

Mercedes dejó que terminara doña Elvira, cruzó el estrecho vestíbulo y se detuvo en el umbral del salón. Habían encendido un par de velas junto al caballete, Cornulier escribía en la pizarra y Marta sonreía divertida. En el pequeño caballete había un nuevo lienzo al que su hermana aplicaba la imprimación. Siempre conseguían sorprenderla Marta y su aguda inteligencia. Intuía que

iniciaría el retrato del coronel. Sobre la mesa vio la otra alforja y una serie de frascos con pigmentos para fabricar los colores: cardenillo, aloe, cúrcuma, azafrán, cochinilla, muy caros y difíciles de obtener en el mercado.

Marta leyó la pizarra y señaló el lienzo en blanco. Cornulier mostró algo del uniforme. Mercedes entró en la habitación y el coronel se volvió.

—Su hermana es muy minuciosa con los detalles —comentó, como si no lo hubiera ofendido hacía un rato.

—Lamento…

—Por favor, no mienta: la prefiero sincera. Sería una estupidez por mi parte pretender que me reciban como si fuera un amigo.

Mientras hablaban, Marta empujaba a Cornulier hasta colocarlo delante de la chimenea. Con el desparpajo de la artista, le colocó la cabeza y los brazos en la posición ideal y contempló su obra con ojo crítico.

—No me atrevo a respirar —comentó entre dientes el coronel.

El buen humor del hombre la ganó, y Mercedes sonrió a su pesar ante la situación apurada del francés.

—Es un momento, hasta que capte la pose que ella considere ideal, pero puede respirar y mover los labios: la expresión no es importante en la ejecución del esbozo —le explicó—. Es un poco frustrante sentirse como un muñeco en sus manos.

Marta volvió a moverlo y a girarle la cabeza en otra actitud más marcial que terminó por convencerla. Se situó ante el lienzo y realizó unos trazos rápidos.

—Es un alivio. Nunca me han pintado —reconoció.

—¿Cómo ha conseguido los pigmentos? Es más complicado encontrarlos que la comida.

—En Francia. Los pedí y me los enviaron.

Misterio resuelto, y había revelado mucho más, un interés inusual, algo más que la sensibilidad de la que hablara doña Elvira. Era un encargo costoso y que no se realizaba en dos días, de lo que Mercedes deducía que Cornulier lo había planeado en cuanto se enteró, cuando sufrió la agresión.

Mercedes se dio cuenta de que su mirada cruzaba el espacio que la separaba del coronel y de que ambos se contemplaban fijamente. Perturbada por haber sido sorprendida, rompió el contacto visual y

notó que se sonrojaba como una inexperta jovencita. Ese hombre conseguía que bajara la guardia, y la alteraba de una forma inexplicable. Marta, concentrada en el esbozo, no se percató del emotivo silencio que reinó en el salón durante unos segundos, y salvó la situación cuando asomó la cabeza por un lado del caballete y liberó de la pose al coronel con un gesto.

—¿Permite que observemos su obra o es de esas personalidades que odian mostrar un trabajo durante la ejecución?

—Carece de manías al respecto, y tampoco le incomodan los comentarios. Ventajas de la sordera —bromeó Mercedes para aligerar el ambiente.

Ambos coincidieron detrás de Marta para contemplar cómo captaba con lápiz las proporciones y retocaba algún elemento decorativo de la habitación que aparecía como fondo. Mercedes no fue ajena a la inquietud que le producía la proximidad de Cornulier. Se negó a mirarlo de tan cerca como estaba, asustada ante la posibilidad de que volviera a quedar atrapada por el embrujo de sus ojos. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué se acentuaban los sentidos en su presencia? Emanaba de su persona una confianza protectora. Recordó que la sintió con Alfonso cuando la rescató en el camino, pero ahora había un matiz diferente: el deseo de que el coronel la envolviera entre los brazos y algo mucho más oscuro e impronunciable que echaba de menos desde la muerte de su marido.

Salvador entró en la casa y oyeron cómo colocaba la tranca en la puerta delantera; la trasera no se ponía hasta que se acostaban, por si se necesitaba usar la letrina.

—¿Va a pintar con esta luz? —inquirió Salvador, extrañado.

—Solo trazará el boceto —explicó Mercedes—, aprovechando la presencia del coronel.

—¿Tendré que posar de día? —indagó, admirado, el coronel.

—Su memoria es prodigiosa para los detalles. Si olvida alguno, con volver a verlo por la noche es suficiente. Para la cara, realizará un dibujo a carboncillo que copiará más adelante en el lienzo.

—Me ilusiona ser modelo y asistir en primera persona al nacimiento de una obra de arte —confesó Cornulier, entusiasmado y sin apartar la vista del lienzo—. Es una pena que no pueda ser más grande, pero sería un engorro para un militar el traslado: viajo

constantemente. Con cada trazo, reconozco un poco más mi silueta. En París, en algunos salones, se llevan a cabo experimentos químicos o físicos realmente espectaculares. La seguridad de la mano de su hermana me los recuerda; el resultado es igual de sorprendente.

A Mercedes le enorgullecía la habilidad artística de Marta, y mucho más si escuchaba palabras de alabanza. Sin embargo, en esta ocasión, ese orgullo quedó velado por la transformación que percibió en el coronel, quien había perdido la seriedad y mostraba sin pudor el asombro que despertaban las ciencias y las artes. Una vez más se preguntó quién era ese hombre, a qué se dedicaba fuera de la vida militar, cómo era su familia si la tenía, y tantas otras preguntas que quedarían sin respuesta, ya que buscarlas supondría ahondar en una relación poco aconsejable.

El buen clima que reinaba en ese momento entre los dos la volvió audaz, y se aventuró a intentar solucionar el problema de Vicen.

—La madre de una vecina, una de las que vienen a cuidar los semilleros —aclaró— y que era la antigua sirvienta de mi tía cuando vivía, ha fallecido esta tarde. Era muy mayor, y las circunstancias no han ayudado a prolongar su vida. Son de Iruz, y a la hija le gustaría enterrarla allí, donde yace la familia; aquí la enterrarían en una fosa común. Yo me he ofrecido a interceder ante usted para que le conceda un permiso para desplazarse hasta allí.

—¿Sola? ¿Y cómo piensan trasladarla? ¿Acaso tienen un carro? ¡No pensará que el del hojalatero resistirá semejante trayecto! ¡Pobre animal!

—¡Ah! Pues… —intentó responder, aturdida—. No, no hemos pensado cómo trasladarla porque carecemos del permiso.

—¿Carecemos? ¿Piensa acompañarla usted? —inquirió el coronel, con una ceja levantada por encima de la otra.

—¡No pretenderá que la deje sola!

—Si mal no recuerdo, usted viajó sola.

—¿Acaso intuyo un tono de reproche en su afirmación? —replicó Mercedes, belicosa.

—Es imposible mantener una conversación sin que terminemos peleados. Compadezco al hombre que se enamore de usted: será el hombre más feliz y el más desdichado a la vez.

—¿Qué insinúa con ese contrasentido?

—Reflejar lo que me inspira usted: belleza llena de espinas, como las rosas.

—Lengua no les falta a ustedes, los franceses —sentenció doña Elvira, irrumpiendo en la habitación—. Es el segundo halago que escucho en sus labios esta noche, coronel. ¿No pretenderá seducir a mis niñas?

Doña Elvira lo expresó en tono ligero, pero a Mercedes no se le escapó la preocupación de la mujer.

—Sería un esfuerzo inútil, señora. Doña Mercedes ha expresado, sin ambages, en qué concepto me tiene como mínimo un par de veces. Si resuelven el problema del carruaje, les facilitaré un permiso, aunque me quedaría más tranquilo si los acompañara su hermano o algún hombre. Yo no puedo facilitarles una escolta, y los caminos son muy peligrosos. Aunque mi opinión no sea bienvenida, no me callaré por eso: no sabría decirle si es usted una insensata o una atrevida —dijo, mirándola a los ojos—, pero cualquiera de las dos opciones acabará con su vida —predijo, y se detuvo unos segundos antes de concluir—: y yo lo lamentaré profundamente.

Se dio la media vuelta, tomó la pizarra que colgaba de la cintura de Marta, que seguía absorta en los trazos generales, y le pidió permiso para retirarse. Marta, ajena a lo que se había hablado, le sonrió y asintió.

Mercedes se quedó en silencio, impactada tanto por las palabras del militar como por la forma de decirlas.

—Mucho había tardado en mostrar sus intenciones —opinó doña Elvira en cuanto el militar desapareció.

—¿De qué habla, doña Elvira? —Se molestó Mercedes con la insistencia de la seducción, y luego susurró—: Lo que me preocupa es que lea en nosotras como en un libro abierto y lo que me agobia es que pienso como él, que tanto el entierro como el encargo de Goya nos cueste la vida.

—Eso está bien. Mientras usted tenga la cabeza ocupada en otras cosas, no hará oídos a los cantos de sirena —vaticinó doña Elvira.

Mercedes, cansada, sacudió la cabeza. Entró Salvador y no dudó en susurrarle el asunto del permiso y el problema que les planteaba.

—¡Un permiso! El Cielo nos asiste —declaró, emocionado, Salvador—. ¿Dónde está Iruz? —Ante la expresión de perplejidad de

Mercedes, concluyó—: Es igual, ellos sabrán. —Y salió sin aclararles nada.

Al día siguiente, Mercedes sorprendió en el patio a sus hermanos, que mantenían una conversación importante, a juzgar por el polvo de tiza que los envolvía. Sin embargo, no llegó a enterarse de la cuestión porque el carro de la cervecería pasó a recogerlos. Salvador se acercaría a la Casa Consistorial para cumplir con la cuota que les habían asignado, para lo que Mercedes había sacado algunas monedas, y las completó con unos pendientes y las alianzas de boda de sus padres. Estaba decidida a no emplear las joyas de Herminia hasta que no se viera obligada. Marta dedicaría la mañana al retrato de Cornulier, que se llevó al granero, y Mercedes acudió a casa de Vicen, quien ya había amortajado a su madre, y le comentó el asunto del permiso. Pensaron en Mocho, pero lo descartaron, porque sería demasiado viaje para una mula vieja, como había predicho el coronel. Jonás aventuró la posibilidad de que el cervecero les dejara el carro y Mercedes expresó sus dudas, a pesar de que fuera una persona encantadora.

Por otra parte, no olvidaba el encargo de Goya. Le sorprendía que Salvador no hubiera vuelto a insistir y que se mostrara despreocupado. ¿Habría entrado en razón? Rezaba por que el milagro se hubiera producido y hubiese renunciado al disparatado asalto de los carros. Cuando cerraba los ojos, el futuro le aterrorizaba, y deseaba que no se produjeran cambios si no eran para mejorar la calidad de vida.

Sus peores temores se confirmaron por la tarde, cuando regresaron Salvador y Marta muy alterados. El asunto del cambio se había estado gestando a sus espaldas, y, por si fuera poco, el señor Bustamante había tomado la iniciativa.

—¿De qué estáis hablando? ¿El señor Bustamante ha perdido la cabeza? ¡No me lo puedo creer!

Se hallaban en el salón, y doña Elvira escribía con afán en la pizarra, que iba y venía entre Marta y ella. Salvador llevaba la voz cantante, y reveló a Mercedes que había puesto en antecedentes a Marta sobre la carta y el asunto del permiso. Marta, a su vez, se lo había contado al teniente lebaniego, quien había pergeñado un plan. Tirso había partido, antes de que despuntara el día, para regresar al valle y organizar la intervención de la División si esos

carros se agregaban a una caravana de avituallamiento. Aunque todo dependía del factor de que los carros formaran parte de una columna de abastecimiento, ya habían contado con la ayuda de Robles, que les proporcionaría el carro de la cervecera para el desplazamiento a Iruz.

Mercedes sintió que se mareaba ante las dimensiones que había tomado el encargo del maldito Goya.

—¿Os habéis percatado de cuánta gente va a estar implicada? —preguntó anonadada.

—No exageres. Vicen no estará al cabo del plan. Ella solo sabrá que vamos a enterrar a su madre a Iruz —aclaró Salvador.

—¿Y una vez allí? —inquirió Mercedes, asombrada por la despreocupación de su hermano.

—Buscaremos una excusa para llegarnos al punto donde tenga lugar el asalto. El señor Bustamante cree que el paso de Las Caldas es el más conveniente. Él sabe mucho de esas cosas.

Mercedes meneaba la cabeza incrédula, resoplaba desbordada por la inconsciencia de sus hermanos, se estrujaba las manos ante la responsabilidad de otras vidas involucradas sin conocimiento del peligro.

—Resumiendo: hasta que no sepan si se forma una columna, ignoramos si los lebaniegos se unirán; pero nosotros, de todas formas, saldremos pasado mañana, como mucho, con el féretro, ya que el señor Robles ha cedido el carro y contamos con el permiso del coronel. Y una vez allí, ¿qué haremos si nos enteramos de que los lebaniegos no participan?

—Seguiremos solos adelante, disfrazados de bandoleros —contestó Salvador—, pero no hay que ser pesimistas. El señor Bustamante y Nemesio nos acompañarán porque tienen que salir de la ciudad también, y Tirso no va a dejarlos solos. Confío en que saldrá bien.

—¿No dice nada, doña Elvira? —demandó Mercedes.

—Que es mejor morir en acción que languidecer de hambre y frío.

—Pues sí que sois animosas —acusó, molesto, Salvador—. ¡Ah! Cuando fui a pagar se respiraba la conspiración entre el alcalde, el intendente y el secretario. Creo que el secretario, el señor Cos, prepara un viaje a Madrid con diversos encargos. Espero que uno de

ellos sea la solicitud de la destitución del gobernador militar.

—No sueñes con ello. —Mercedes volvió a rezumar pesimismo—. El Intruso carece de jurisdicción sobre los militares. La orden tendría que provenir del propio Napoleón.

La conversación se interrumpió abruptamente en cuanto escucharon el relincho de un caballo. Salvador subió para vestirse con la ropa vieja de la huerta y doña Elvira, Marta y ella se metieron en la cocina para calentar la cena y poner la mesa.

El coronel se demoró con los cuidados del caballo, por lo que los encontró comiendo. Saludó y se acercó a Marta para hacerse con la pizarra. Marta, tras leer lo escrito, asintió sonriente, y el coronel se excusó para asearse un poco. Al cabo de un rato, Salvador salió a la huerta mientras ellas recogían la cocina para, después, pasar al salón a coser y a pintar. Oyeron a Cornulier bajar. El coronel entró en el salón y se acercó a contemplar el avance de Marta en el retrato a la vez que hablaba:

—¿Solucionaron el asunto del traslado? —se interesó.

—Sí. El señor Robles ha sido muy amable al ofrecernos el carro de reparto. Mañana hará un recorrido para dejar provistos a los clientes y pasado partiremos a Iruz si contamos con el permiso.

—¿Cuántos van a desplazarse?

—Como sugirió que no sería muy prudente que viajáramos solas, iremos todos: el señor Robles con dos de sus trabajadores, Vicen y nosotros cuatro.

Mercedes había arriesgado mucho, pero había pensado que Marta y doña Elvira no debían quedarse atrás, a merced de Linois.

—Mucho esfuerzo por una mujer que ya no está en este mundo. La mayor parte de nosotros acabaremos en una fosa común, anónimos y sin dejar rastro en la vida de nuestro paso —reflexionó Cornulier en un tono pesimista y triste.

—¿Nadie lo espera en París? —Mercedes se mordió el labio según lo dijo. Se trataba de una cuestión demasiado íntima.

—Sí, un hombre y su hijo, que me han tratado como si fuera de su familia. Pero no he cumplido con lo que se esperaba de un hombre como yo. Debe de ser el cansancio y esta atmósfera tan íntima a la luz del atardecer lo que me torna melancólico e inclinado a las confidencias. Usted aguarda el permiso. Partirán pasado mañana. Iruz. —Se quedó pensativo y Mercedes, sin aire,

hasta que continuó—: Yo también me ausentaré unos días. Mañana traerán el permiso. Háganme el favor de cuidarse: los caminos no son nada seguros. La provincia, fuera de las vías principales, está en manos de las partidas y de los bandoleros.

—Gracias. Cuídese usted también. —¿Le había temblado la voz?

El coronel la observó con curiosidad.

—Debe de ser muy importante para ustedes conseguir ese permiso para dignarse darme las gracias. Esperaba alguna pulla como que no necesitan de permisos de los franceses para trasladarse por su tierra.

Mercedes esbozó una sonrisa ante la inusitada ironía de Cornulier.

—¿Quién sabe? Igual empiezo a deslindar al hombre de la escarapela tricolor que luce.

—Nada me alegraría más que creer sus palabras. Buenas noches.

Mercedes, con la respiración alterada, la culpabilidad en el corazón y la intranquilidad en el alma al considerar la posibilidad de que Cornulier sospechara algo, aguardó a que los pasos del francés se mitigaran arriba para respirar con libertad. Había temido que los nervios la delataran. ¿Lo habría notado el coronel?

—Bueno, ha sido más fácil de lo que pensaba —rompió el silencio doña Elvira—. Le agradezco que nos haya incluido; si nos dejaran aquí, ahogadas por la incertidumbre, no lo habríamos soportado.

—Considérelo una superstición; no me agrada la idea de que la familia se separe de nuevo —reconoció Mercedes, sumida en un negro presagio.

25

Alfonso no descansó esa noche, pergeñando y repasando los detalles del traslado y del posible asalto. Confiaba en que Tirso llegara a Potes sin novedad: una persona sola y con un buen guía, que le habría proporcionado Merodia, se movía con rapidez y seguridad. En cuanto apareció Robles por la fábrica, se ofreció a acompañarlos en el reparto de cerveza: de esa forma hablaría directamente con la familia sobre los detalles. Pascual le indicó que se quitara el parche, ya que sin él no llamaba la atención, y le prestó un sombrero de ala ancha, tanto para protegerse del sol estival como para ocultar el rostro.

La ciudad se le antojó extraña. Los vecinos se movían en silencio y con prisa, no había conversaciones ni saludos, las plazas y el mercado clamaban por voces y risas, solo en las fuentes se formaba una cola para llenar las herradas y los botijos. Los soldados también eran escasos: pensó que a esas horas del día se encontrarían de instrucción, de vigilancia o de ronda por las fortificaciones de la costa.

Terminaron el abastecimiento de los despachos de las diversas autoridades, tanto civiles como militares, y de las cantinas francesas, ubicadas en los conventos de San Francisco y Santa Clara y en el fuerte de San Felipe, y se dirigieron a las huertas de Santa Lucía, que se extendían más arriba de la cervecera. Se detuvieron ante una verja y Pascual le indicó que era allí, pero que disimulara porque vigilaban la casa, así que cargó un barrilito y siguió a Mateo por un jardín bastante descuidado. La casa era de buena construcción, amplia y con una discreta solana orientada al sur, aunque sin pretensiones. Les abrió una señora a la que no conocía y entraron hasta la cocina.

—¡Válgame, Dios! ¿Es usted, señor Bustamante?

—Me alegro de volver a verla, señora de Hontoria.

—Estoy muy enfadada con usted —susurró de espaldas a Robles

—. ¿Cómo ha podido ceder a la locura que le han propuesto mis hermanos?

Alfonso carraspeó nervioso. En el momento en que iniciara la exposición del plan, no habría marcha atrás, y era una acción arriesgada. ¿Pero cuándo la actividad de la guerrilla no lo había sido? La presencia de Marta, que acababa de entrar, lo animó a seguir. Ninguna mujer le había parecido lo suficientemente importante como para jugarse la vida, y se había compadecido de los hombres que caían bajo los hechizos de hembras manipuladoras y terminaban siendo sombras de sí mismos. Pero Marta merecía un esfuerzo por su parte.

—Dicho así, sí lo parece. El señor Robles está al tanto —informó Alfonso, y descargó el barril en el suelo—. Esos carros habrán salido en solitario de Madrid, seguramente con una pequeña escolta, y, como las guerrillas conocen el contenido, les permitirán pasar, porque no les interesa: no hay mercado para las pinturas, y el asunto se complica si se pretende vender a los franceses lo que les has arrebatado. Otra cuestión sería si se tratara de recaudaciones, de municiones o de alimentos. Si en Burgos o Palencia se unieran a una columna de avituallamiento, cambiaría el panorama, porque para la división lebaniega es vital hacerse con ese suculento botín.

—También aumentará la escolta —objetó Mercedes.

—Contamos con ello —replicó Alfonso—. Tirso, mi ayudante, me buscará en Iruz y nos comunicará qué ha sucedido con esos carros y qué decisión han tomado. El lugar idóneo para hacerse con el botín es la zona de Las Caldas, a orillas del Besaya. Se trata de un valle angosto en el que los carros tienen dificultad para maniobrar y los tiros se cansan por la subida. Desde Iruz hay un paso a Las Caldas que une los dos valles, por el que se puede ir y volver en el día. Mientras nosotros nos llevamos lo que nos interesa, Salvador y Robles realizarán el cambio del cuadro.

—En el entierro deberán dar fe de que estuvimos presentes si se abrieran investigaciones —agregó Robles, preocupado.

—Eso puede ser importante o no, según resulte la incursión —ponderó Alfonso.

Salvador se había unido a la reunión de la cocina y escuchaba en silencio.

—La intervención y el interés de su División me ha quedado

clara; sin embargo, nuestra parte está en el aire —expuso Mercedes con mente práctica—. En caso de que no se cumplan sus suposiciones, estos dos locos quieren seguir adelante. Y luego, ¿cómo ocultaremos el cuadro? ¿Cómo lo haremos llegar a Madrid? Y si alguno de nosotros fuera herido, el coronel terminaría descubriéndolo, y ¿cómo se lo explicaríamos?

—Cierto —reconoció Alfonso—. Con los registros que realizan es difícil ocultar nada. Creo que lo mejor será que yo me lleve el cuadro a Mogrovejo hasta que sea posible una comunicación sin riesgo con Madrid. En cuanto a lo de ser herido, Salvador no participará en el asalto, y se mantendrá a salvo hasta que pase el peligro. Yo le indicaré cuándo debe realizar el cambio. También deben tener en cuenta que la estrategia está basada en la participación de la División; si esta, por cualquier razón, no acudiera, el plan no se ejecutará. Es del todo imposible, por lo que no permitiré ninguna locura. Hay que saber perder.

—Ya habéis oído —recalcó Mercedes satisfecha, a la vez que miraba alternativamente a sus hermanos.

Quedaron para partir de madrugada, y, en cuanto se fueron, Salvador salió a avisar a Vicen. El teniente Léry les entregó el ansiado permiso a media mañana.

La comitiva estaba preparada delante de la casa de la finada antes de que despuntara el día. Mercedes se arrebujó en el chal de lana. El mes de agosto avanzaba inexorable: el sol recortaba su recorrido y las temperaturas se mantenían altas, mientras que las noches se alargaban imperceptiblemente a la vez que refrescaban.

Sacaron el féretro a hombros entre Salvador, Moncho, Jonás y Robles y lo deslizaron en la parte trasera del carro, junto a dos barriles de cerveza para pagar el entierro y sobre un catafalco, más amplio que el ataúd, cubierto de un raso negro. Los hombres lucían crespones y ellas vestían de luto con las mantillas de encaje negro sobre la cabeza. Ayudaron a subir a Vicen al carro, al que habían doblado el tiro de dos a cuatro mulas, y se sentaron a su lado Marta y doña Elvira. Mercedes se sentó de espaldas a la marcha junto a Salvador y el señor Robles, que se sentó el último tras hacer una señal a los cuatro hombres que se apretujaban en el banco para que avanzaran. Bustamante, sin el parche en el ojo y bajo su disfraz, guiaba el tiro. Nemesio y dos de los trabajadores de Robles, Fidel y

Pascual, iban pendientes de las mulas por si había que bajarse para animarlas o ayudarlas en algún tramo difícil del camino. Rodearon la ciudad por el camino alto, como les recomendó el hojalatero, y en el fuerte de campaña de Peña Castillo los gendarmes les exigieron la documentación y el permiso de traslado. Tomaron el camino a Vargas y, de allí, a Puente Viesgo. Llegaron a Iruz de noche.

Descargaron el ataúd en la modesta iglesia de San Andrés, donde se oficiaría el funeral, y dejaron a Vicen en casa de unos primos que se ofrecieron a acogerla. Los demás se acomodaron en la posada que les indicaron, aunque solo contaba con dos alcobas encima de la taberna y de la bodega: una para las mujeres, que compartieron el jergón como pudieron, y otra para los caballeros. Nemesio y los dos trabajadores de la cervecera, Fidel y Pascual, durmieron en el pajar. Robles pagó la estancia por adelantado con un barril de cerveza que fue bienvenido por el posadero.

Al día siguiente, asistieron a la misa funeral y al entierro, al que acudieron las mujeres y los viejos que recordaban a la familia. Entre los asistentes, Mercedes descubrió a Tirso, quien se mezcló con discreción e intercambió unas palabras con Bustamante para desaparecer al cabo de un rato. Marta la golpeó con la pizarra y ella se encogió de hombros sin cogerla. Su hermana estaba tan intrigada y ansiosa por conocer las noticias como ella.

Mantenían las conversaciones banales propias entre desconocidos cuando Salvador sugirió prolongar un día más la estancia. Le habían recomendado visitar a una curandera que vivía más arriba de Hijas, en una cabaña perdida en un monte, porque consideraba que cualquier alimaña era más noble que una persona. Su vida no había sido fácil en el valle, y se había aislado. Se dedicaba a recoger hierbas para pócimas y cataplasmas, además de a colocar los huesos desencajados o entablillar los rotos. Era parca de palabras, discreta con las razones por las que le pedían auxilio y no se prestaba a participar en los cotilleos y disputas de las aldeas.

En un apartado de la posada, terminaron de planificar el día siguiente: doña Elvira y Marta se acercarían al monasterio de los franciscanos para pasar allí el resto del día; Mercedes, una vez vencida la reticencia de los hombres, iría con ellos al desfiladero de Las Caldas.

—¡Qué rápido se ha solucionado todo! Tirso es muy eficiente —comentó Mercedes mientras despejaban la mesa para cenar.

—En este caso, ha sido cuestión de suerte —explicó Bustamante—. Cuando Tirso llegó a Potes, Bernardo Crespo había recibido la orden de Llano Ponte de atacar la columna.

—¿Llano Ponte no está en Asturias? —se interesó Robles.

—El dónde se encuentre es lo de menos, si existe una buena información —comentó vagamente Bustamante—. Solo le faltaba decidir el sitio, y se lo facilitó Tirso.

Bernardo Crespo había aceptado el lugar por lo inesperado a causa de la cercanía a Torrelavega. La escolta se relajaría, confiada en haber pasado lo peor: el tramo de Aguilar a Reinosa, donde se producían la mayor parte de los ataques por la dificultad de la orografía y la distancia a cualquier puesto de gendarmes para pedir auxilio. Con la sorpresa, esperaban soslayar parte del peligro.

Tras la frugal cena, salieron fuera y las mujeres se sentaron en el poyo de piedra para observar la noche estrellada; mientras tanto, los hombres hablaban en voz baja y paseaban delante de ellas. Marta se levantó y se dirigió a la parte trasera de la posada. Mercedes no le dio importancia hasta que notó la tardanza de su hermana y la falta de la figura de Bustamante entre los contertulios. Se incorporó e intentó descubrirlos en medio de la oscuridad que los envolvía.

—No los busque —advirtió doña Elvira—. Ha tardado en darse cuenta.

—¿Cuenta de qué? —inquirió desorientada.

—El señor Bustamante muestra cierta inclinación por Marta, y a ella no parece desagradarle.

—¿Y me lo comenta ahora?

—Porque es cuando me he percatado. Está cerca la despedida, e imagino que tendrán asuntos de que hablar.

—Marta no se ha confiado a mí —confesó Mercedes, desolada.

—Ni a mí. No creo que esté enamorada, aunque sí ilusionada. Usted lo conoce mejor que yo; parece un hombre cabal.

—Lo es. Ahora que lo pienso, sería perfecto para ella por el lugar en el que vive —concluyó Mercedes—. Pero la guerra lo desbarata todo, doña Elvira, así que es mejor no hacerse ilusiones. Sentiría mucho que Marta sufriese una decepción.

—Ni es una niña ni es frágil; solo es sorda —recordó doña Elvira.

Callaron cuando la pareja apareció entre unos árboles. Paseaban del brazo, mudos, pues la oscuridad condenaba el uso de la pizarra; sin embargo, Mercedes no ignoraba la cantidad de mensajes que transmitía una mirada, o una pequeña presión en la mano, o una sonrisa. Suspiró con la añoranza del pasado. Se volvió hacia doña Elvira, quien la contemplaba inquisitivamente.

—¿Qué ocurre?

—Nada en especial. Los años corren, usted es joven y el cuerpo y el alma reclaman lo suyo.

—¿A qué se refiere? —indagó Mercedes con un mal presentimiento.

—Al amor. Yo también me he estremecido entre unos brazos, me he derretido por un beso y he suspirado en la noche: son necesidades de la vida. Me quedé viuda con una edad en que se me escapó todo eso cuando enterré a mi marido, pero usted es joven y todavía le quedan por vivir más noches de pasión.

—Una cosa son los deseos y otra, las realidades.

—Algo así presentía —confesó doña Elvira.

Mercedes no preguntó a qué se refería —no era de las que insultaban a la inteligencia de los seres más allegados—, y doña Elvira, aunque fuera la señora de compañía de Marta, se había convertido en una más de la familia en los tiempos que corrían. Intuía que Cornulier, además del respeto, había conseguido de ella algo más profundo e inconfesable que no se atrevía a analizar. En su fuero interno, había negado, había rechazado cualquier inclinación hacia el coronel, pero debía de ser algo más fuerte que su voluntad para que resultase evidente ante las personas que la conocían bien. Había fracasado, reconoció inquieta, porque seguía sin querer ahondar en ello, como si por el mero hecho de no pensar se desvanecería el malhadado sentimiento.

Mercedes había decidido presenciar el ataque ya en Santander, y, por ello, había arreglado unos calzones y una chaqueta viejos de Salvador, que usaba cuando iba de caza. Una vez en la alcoba de techo abuhardillado, con ayuda de Marta, se vistió la camisa y un chaleco pardo y se hizo la lazada del cuello; se calzó botas de cuero con bola en la parte delantera y se enrolló a la cintura una faja de vistosos colores. Colocó una cinta para sujetarse el pelo preparada

debajo de un sombrero junto a la chaqueta y una bolsa con el vestido, por si acaso convenía cambiarse de ropa durante el regreso. De esa guisa se acostó, aunque el nerviosismo no le permitió descansar. Mil dudas la asaltaban y le estrujaban el alma de ansiedad ante la posibilidad de que algo saliera mal.

Marta y doña Elvira dormían profundamente cuando Mercedes escuchó los pasos sigilosos de los hombres, que salían de la alcoba vecina y bajaban. Se levantó con cuidado de no despertarlas, se puso la chaqueta, cogió la bolsa, la cinta y el sombrero y salió al rellano. Debía de ser más de medianoche, noche cálida y oscura, de luna menguante. Los oyó en el exterior y, presa del enfado, se apresuró, consciente de que trataban de dejarla atrás. Sin hacer ruido, atravesó la taberna, abrió la puerta, que estaba sin la tranca, y salió al exterior. Habían uncido a las mulas, y los hombres se acomodaban en ese momento. No se le escapó el asombro de los señores al verla vestida de esa guisa ni el gesto de disgusto de Salvador, pero lo ignoró y, sin pedir ayuda, subió a la parte trasera por sus propios medios, se recostó contra los varales y empezó a recogerse el cabello para esconderlo bajo el sombrero. Nadie pronunció una palabra, y arrancaron hacia el paso que unía el valle del Pas con el del Besaya.

Habían retirado la tela negra, y había quedado a la vista el embalaje del cuadro, de dos metros de alto por un metro de ancho y sesenta centímetros de profundidad, que había servido de catafalco. El enfado y el frío mantuvieron a Mercedes despierta mientras que sus acompañantes roncaban sin consideración. En el pescante, guiando el carro, se turnaban Pascual y Fidel. El traqueteo, la oscuridad y la falta de conversación consiguieron adormilarla hasta que la voz ahogada de alarma de Fidel los espabiló. Se incorporaron y asomaron la cabeza para atisbar hacia donde señalaba el carretero. Con la respiración contenida, Mercedes barrió la negra ladera del monte sin descubrir la causa del desasosiego del hombre.

—Dirígete hacia esos arbustos —ordenó Bustamante a Fidel, y el carro dejó el sendero de tierra y atajó por el prado—. Ya hemos llegado al pie del monte Dobra. Ahí delante está el río Besaya: recorreremos andando lo que falta.

Se detuvo el carro al amparo de unos árboles rodeados de matojos para que no quedara a la vista y se bajaron.

—Le aseguro que no estamos solos —repitió Fidel, nervioso.

—Pueden ser los hombres de Crespo —aventuró Bustamante—. De todas formas, somos unos labriegos en un carro: no representamos ningún peligro. Debemos apresurarnos para contactar con Tirso antes del alba y escoger el lugar idóneo para nosotros.

Fidel y Pascual se apostaron en el carro con la orden de marcharse un rato después de que escucharan el tiroteo si no regresaba ninguno. Salvador y Mateo cargaron con el cuadro, Bustamante y Nemesio abrieron la marcha y ella la cerró.

Alfonso, aunque había restado importancia a la intranquilidad de Fidel, se mantenía alerta, y, según avanzaba a campo través, no dejaba de sondear la oscuridad. Alejados del sendero, rodearon el monte que dominaba Torrelavega y, al mismo tiempo, estrangulaba el paso del río Besaya, junto con la sierra de Ibio enfrente, y formaba el desfiladero de Las Caldas, nombre que le dieron los romanos por el manantial de aguas termales, muy famoso por sus virtudes curativas. Las campanas del convento, construido en el siglo XVII, se mantuvieron mudas, a pesar de que deberían tañer para llamar a maitines. Era el único signo de vida y de acogida a los viajeros por aquel agreste paraje en el que los bosques umbríos de robles, fresnos y hayas, tapizados de helechos, convertían la garganta en impenetrable, hasta que los franceses hicieron acto de presencia.

En junio de 1808, las tropas saquearon el convento, profanaron el sagrario y de la hospedería robaron las sábanas y los reales que dejaron los peregrinos, pero lo peor estaba por llegar. En noviembre de ese año, sirvió de cuartel durante quince días, suficientes para apropiarse de las reservas de trigo, vino, aceite, alubias, jabón, dos cerdos y una mula, además de los jergones, mantas y ropa blanca de la hospedería. Antes de marcharse, incendiaron los tejados de los edificios y rompieron las puertas principales del convento y de la hospedería, lo que obligó a los dominicos a buscar refugio en otra parte.

Alfonso examinó el Camino Real, que, al estrecharse por la presencia de las dos sierras, resultaba visible desde cualquier altura: era la trampa perfecta, pero con el gran inconveniente de la proximidad de las fuerzas francesas acantonadas en Torrelavega. El

plan era audaz y muy arriesgado. El rumor del río le advirtió de que habían llegado. Se aproximaban a la orilla en busca de un vado cuando una sombra se irguió ante él. Sobresaltados, echaron mano a las pistolas, hasta que reconoció la voz tranquilizadora de Tirso.

—¡Teniente! Los esperaba. Imaginé que llegarían por aquí.

—¡Vaya susto! No hay mucho donde escoger —dijo Alfonso, aliviado.

—¡Agáchense! —ordenó Tirso—. Hace un rato he visto a dos cazadores del ejército, enviados para asegurarse de que la ruta está libre de peligro.

—Nos ha parecido que nos seguían. —Alfonso compartió la inquietud de Fidel.

—Es un paso muy frecuentado, y los nervios afloran —corroboró Tirso—. El brigadier Crespo ha venido con treinta hombres a caballo. Los animales están en las estribaciones de la sierra de Ibio, que tendremos que atravesar en la huida. Son jóvenes con buenas piernas y cargan con alforjas para apoderarse de la munición y de la comida y salir corriendo. El asalto no debe durar más de diez minutos o estaremos restando posibilidades a la fuga.

—¿Cómo va a proceder? —se interesó Alfonso.

—Diez tiradores cierran la garganta hacia Torrelavega con la misión de interceptar a cualquier emisario que escapara en busca de ayuda mientras los otros veinte se enfrentan a la escolta compuesta por dieciocho gendarmes más los arrieros.

—Las fuerzas están muy igualadas —comentó Salvador, preocupado.

—En absoluto —refutó Alfonso—. La sorpresa es un aliado muy decisivo. Debemos organizarnos nosotros.

—Ahí delante se puede vadear el río sin peligro. Los monjes lo dispusieron así para que los vecinos llegasen al monasterio sin problema, aunque está en cuesta —informó Tirso—. En el momento en que empiecen a saquear los carros correremos hacia los que contienen el cargamento de arte. Veo que cargan con el embalaje completo. ¿No será complicado huir con algo así?

—Está previsto desembalar el original y enrollar la tela —dijo Mercedes.

—¡Está loca! ¿Qué hace usted aquí? No la había reconocido —exclamó, escandalizado Tirso.

—Es tarde para arrepentimientos —dictaminó Alfonso—. Busquemos un sitio en el que aguardar antes de que amanezca. Ya clarea el cielo.

Siguieron los pasos de Tirso y vadearon el río, encajado en riberas con mucha pendiente y que se abrazaba a la curva del monte Dobra. El exceso de arbustos y árboles que envolvían el camino les favorecía, y el terraplén les serviría de escondrijo. Tirso volvió a hablar:

—Los cinco carros de Madrid son los últimos. Es una táctica habitual: dejan al final lo que menos les importa por si se encontraran en apuros y debieran echar a correr.

—Este es el lugar: el principio del desfiladero. Los carros avanzarán y quedaremos a la altura de los últimos cuando los ataquen.

Alfonso impartió las últimas recomendaciones:

—No os mováis mientras los gendarmes defiendan la columna. Yo daré la orden cuando crea que es el momento idóneo para realizar el intercambio. Como no sabemos en qué carro se encuentra, cada uno se subirá a uno diferente para buscar la marca roja. Nadie debe tomar la iniciativa sin mi permiso. ¿Ha quedado claro?

Asintieron y se tumbaron boca abajo a aguardar los acontecimientos. Alfonso escrutó la ladera de enfrente, pero, a causa de las sombras y de la vegetación, no detectó a los lebaniegos, perfectamente mimetizados con el terreno. El lugar que habían escogido estaba relativamente cerca del camino, por lo que no disfrutaban de una visión completa del valle: se hallaban a merced de la actuación de Bernardo Crespo: si este fallaba, caerían prisioneros irremediablemente, porque no habría posibilidad de escapar y los descubrirían en cuanto los gendarmes se dispersaran para buscar a los asaltantes.

Observó el escenario que se extendía delante de sus ojos y se reconvino por haberse mostrado débil ante la determinación de Mercedes a participar en el ataque, una imprudencia imperdonable en un militar. La idea de no despertarla había primado, y se las prometieron muy felices hasta que asomó a la puerta de la taberna ataviada como un jovenzuelo. La ofuscación, la prisa y los nervios no le dejaron prever la insensatez de la mujer, y permitió que los

acompañara. Tampoco quiso quedarse en el carro cuando se le insistió y ella amenazó con seguirlos. No había tiempo para mantener una lucha de voluntades, y se rindió sin presentar batalla.

El sordo ruido de los cascos de unos caballos al trote y el alboroto de unas aves, que emprendieron el vuelo asustadas, interrumpieron los tardíos remordimientos. El sol despuntaba y acababa con las sombras en las cumbres, mientras el desfiladero permanecía en una media penumbra. Dos cazadores, a juzgar por el uniforme verde, flanqueaban a un oficial de la Gendarmería Imperial, reconocible por el bicornio.

Mercedes se estremeció cuando reconoció al coronel y se pegó más al suelo para fundirse en él. Primero fue el miedo de que la viera, la preocupación por lo que diría si descubriera su presencia; lo segundo fue el temor de que pudiera resultar herido o algo peor. Hasta ese momento, no había sido plenamente consciente de lo que significaba que las lealtades estuvieran divididas, de la situación en la que debían de encontrarse muchos hombres en esa guerra, de las actitudes falsas y forzadas para mantener a salvo a los seres queridos.

Para su tranquilidad, los jinetes no se detuvieron y continuaron, confiados en la cercanía de la meta de la columna de abastecimiento: los almacenes torrelaveguenses. Pero algo había cambiado en el interior de Mercedes, y su visión, determinada por los factores que la envolvían, ya no era blanca ni negra, sino una masa ambigua y grisácea.

El valle, a excepción del escándalo de las aves y del rumor de las aguas, estaba solitario. Ni un arriero, ni un aldeano asomaron al camino, como si intuyeran la inminente tragedia. La nueva espera tranquilizó sus nervios, y, allí tumbada, al calorcillo del sol matutino, se sumió en una agradable duermevela hasta que empezó a cansarse y prefirió la acción a aquella inactividad. Suspiró.

—Es exasperante este tiempo muerto —susurró Salvador a su lado.

La mirada molesta de Tirso le impidió responder. Aquello era peor que el silencio monacal, pero aguantó dispuesta a demostrar que valía tanto como ellos. A los pocos minutos, Bustamante, Nemesio y Robles se irguieron un poco, buscando la razón de lo que hubieran escuchado.

—Vienen —susurró Bustamante—. Creo que Fidel estaba en lo cierto: no estamos solos. Igual las partidas guerrilleras de Campillo o de Longa han tenido la misma idea. No sería la primera vez.

Mercedes prestó atención, pero no vio ni oyó nada que no fuera propio de la naturaleza. Al cabo de un rato, el ruido de los arreos, las voces de los arrieros y los crujidos de los carros que avanzaban lentamente llenaron el desfiladero. El hormigueo nervioso tensó el cuerpo, se acentuó la respiración, la sangre fluyó descontrolada y el temor a lo desconocido le agarró el estómago y le agarrotó las manos, al mismo tiempo. Allí agazapada, se sintió segura de la ventaja ante la ignorancia de los franceses del peligro que los acechaba. El coronel, afortunadamente, no había regresado, y el sentimiento de culpabilidad se había evaporado bajo el calor estival y el frenesí de la acción venidera. El suelo le transmitía la cercanía de la columna: pronto desfilaría ante sus narices. La ansiedad y el sudor aumentaban; intentó secarse la mano para que no se le resbalara la pistola. Al igual que la espera durante el amanecer, se le hizo eterna la llegada. Observó la aparente tranquilidad de los hombres que la rodeaban y los envidió. Bustamante, Nemesio y Tirso, más acostumbrados a la acción, vigilaban las laderas en lugar del camino.

Ya casi se hallaban encima; el estrépito aumentó, se distinguían palabras en español y en francés, de lo que dedujo que los arrieros eran españoles. Los primeros jinetes, con sus vistosos uniformes de colores, azul, rojo y blanco, desfilaron por delante, y unos metros detrás llegaba la primera carreta. Los caballos levantaban el polvo del camino y los carros desplazaban las piedras menudas. Mercedes, olvidados los nervios, los temores y los compañeros, contemplaba el paso sucesivo de soldados y carros hasta que un disparo la devolvió a la realidad. El asalto comenzaba. Aferró su pistola y la amartilló sin temblarle la mano; había entrado en otra fase, más fría, más irreal, más metódica, con los sentidos en pleno rendimiento.

El desbarajuste reinó en los primeros minutos: los arrieros azuzaron a las caballerías para escapar, los soldados intentaban tranquilizar a las monturas para que no los derribasen al suelo y un oficial gritaba órdenes con la esperanza de imponerse al caos: consiguió que los carros detuvieran la marcha y que los militares se agruparan para hacer frente al peligro.

El desconcierto de Tirso por el lado en el que se producía el ataque confirmó las sospechas de que alguien más se había unido a la aventura. Bustamante y él juntaron las cabezas e intercambiaron algunas palabras, pero a causa del crujido de los carros, los relinchos de los animales y los gritos de los hombres, no le llegó noticia alguna. El gesto de Bustamante con la mano exigía calma. El ataque se estaba produciendo por la cola, mientras que Bernardo Crespo con sus hombres se encontraban en la ladera de la sierra de Ibio. Los disparos fueron esporádicos hasta que se escuchó la descarga organizada y cerrada de la formación lebaniega. En medio del infierno que se había desatado, unos gritaban en francés y otros en español. Mercedes levantó la cabeza y contempló horrorizada cómo un gendarme se inclinaba sobre el cuello del caballo para caer finalmente; el animal, asustado, lo arrastró unos metros. En ese instante, Bustamante dio la orden de salir y de buscar el carro.

Tirso y Robles cargaron con la falsificación, mientras que Salvador y ella siguieron a Bustamante y a Nemesio, que se abrían paso con una pistola en una mano y un cuchillo en la otra. Bustamante se agachó y recogió el fusil 1777 del jinete muerto. Mercedes vació la mente de cualquier pensamiento de temor y se concentró en la misión: sorteó un par de cuerpos caídos y evitó mirarlos a la cara. Los arrieros españoles no les hicieron frente: por el contrario, se habían bajado y observaban agazapados entre las inquietas mulas, así que los gendarmes franceses fueron reducidos rápidamente. Los lebaniegos, como había hecho el marino, corrían a desarmar a los caídos para que no hubiera sorpresas desagradables. Algunos tiros hacia Torrelavega dieron fe de que habían cortado tanto la carretera como la posibilidad de buscar ayuda.

Los asaltantes no perdieron el tiempo. Mientras unos reunían a un lado del camino a los franceses que habían hecho prisioneros y les despojaban de las armas y de los caballos; otros se subían a los carros desordenadamente para llenar las alforjas. Hubo discusiones que no comprendió entre los asaltantes hasta que se acercaron a los últimos carros. Bernardo Crespo discutía con un tipo mal encarado que Mercedes reconoció enseguida: el torancés.

—¡Vamos! ¡Deprisa! —acució Bustamante.

Mercedes recordó que iba disfrazada y se sintió más fuerte. Salvador subió al primer carro y ella, al segundo. Levantó la lona y

buscó entre las cajas de similar tamaño la marca roja. Nerviosa, negó con la cabeza y saltó fuera para dirigirse al carro siguiente.

—¡Aquí! —gritó Salvador.

Tirso y Robles se acercaron con la falsificación en tanto que Salvador bajaba el original; Nemesio y Bustamante les guardaban las espaldas, pendientes de que no los sorprendieran indefensos. En cuanto lo dejaron en el suelo para subir la falsificación, Mercedes sacó el cuchillo y empezó a desenclavar la tapa. Enseguida la ayudaron Tirso y Robles, que lo hicieron más rápido. El cuadro se hallaba envuelto en una lona encerada, y, una vez descubierta la pintura, Mercedes la extrajo del marco, que pesaba demasiado para huir. Con las prisas y los nervios, la tela se desgarró por un lateral, a la altura de la cola del vestido de la santa. Salvador enrolló el principio de la lona encerada en torno a una de las molduras del marco roto y sin clavos, y, con cuidado, dispusieron la pintura sobre el resto de la lona, y las enrollaron juntas sobre el grueso eje. Robles terminó con un atado de cuerda.

Ocupados los lebaniegos y los bandoleros en hacerse con las municiones y los alimentos, no los molestaron. El tiempo corría en su contra como para organizar una trifulca entre ellos.

—¡Suerte! —se desearon los unos a los otros.

Casi sin despedirse, se separaron: Tirso, Nemesio y Bustamante, con el botín pictórico, corrieron a reunirse con los lebaniegos; Salvador y Mateo cargaron con los restos del delito para arrojarlos al río de regreso al carro que los aguardaba escondido.

—¿Adónde vas? —preguntó Salvador cuando la vio seguir la columna hacia un carro con provisiones.

—A coger algo. Ahora voy.

Oyó jurar a su hermano, pero no volvió la cabeza. Se encaramó al carro en el que ya había un hombre que descargaba y lo recogía un compañero. Nadie dijo nada, y ella se apropió de un cesto de mimbre y lo fue llenando de legumbres, sal, harina y una damajuana de aceite. Al ir a bajar se encontró en un dilema, porque no podía hacerlo con la carga a la vez, así que deslizó el cesto al lado del hombre que recibía lo de su compañero y descendió. Al volverse para coger el cesto y la garrafa, lo sorprendió intentando robarle el botín. Sin pensarlo, sacó la pistola y le apuntó a la cabeza con pulso firme.

—Hay de sobra para todos. ¡Suelta eso o te vuelo la cabeza!

—¡Una mujer! —exclamó sorprendido el bandido.

Mercedes se sintió desfallecer al darse cuenta de quién era el adversario, pero, paradójicamente, al bandido le sucedió lo mismo.

—¡Tú! —exclamó de nuevo el torancés—. ¡Maldita sea!

—Decide: disparo o me permites ir con mi cesto —exigió Mercedes con una valentía que ignoraba de dónde salía.

—¡Vete con tu cesto! No merece la pena dejarse la piel ni mancharse las manos con un demonio como tú. Así que ahora los lebaniegos reclutan mujeres… ¡¿Adónde vamos a parar?!

Mercedes, con la desconfianza reflejada en la cara, mantuvo la pistola en alto mientras se agachaba para recoger el pesado cesto y el aceite. El torancés se rio.

—O la pistola o el cesto. A pesar de que me costaste un hombre, me caes bien, mujer. Recoge tu parte y vete en paz.

Sin embargo, los ojos traicionaron al torancés, que miró a la espalda de Mercedes. El compañero había bajado y se aproximaba para sorprenderla por detrás. Mercedes se movió con la rapidez de un gato y aprovechó su baja estatura para volverse al tiempo que se agachaba, de forma que el traidor abrazó el aire y recibía el disparo de Mercedes desde el suelo. Como movida por un resorte, tiró la pistola, que ya no le servía, se incorporó con la pesada cesta y la damajuana y echó a correr como alma que lleva el diablo hacia el río.

Por suerte, el torancés no la siguió, sino que, alertado por un silbido, salió corriendo con lo que había afanado en dirección contraria. No había calculado lo que costaba huir con tanto peso, pero, aun así, no cejó en su empeño. En el río, Robles y Salvador, que habían astillado la caja y desperdigado los restos, aguardaban inquietos.

—¡Dame y corre! Ya están abandonando el lugar —gritó, nervioso, Salvador.

Vadearon el cauce con el agua hasta las rodillas y siguieron la sombra del monte. Los dos hombres se turnaban con el peso del cesto mientras avanzaban lo más deprisa que podían y sin precaución, con el miedo a las consecuencias prendido en los pies. Mercedes, abrazada a la damajuana, se preguntaba cómo reconocerían el lugar exacto en el que habían dejado el carro; sin

embargo, fueron Fidel y Pascual los que los vieron primero y salieron del escondrijo arreando las mulas hacia el camino. En la parte trasera del carro había amarrado un ramaje a modo de escoba con la intención de borrar las huellas de las rodaduras. Mercedes creyó que los pulmones le iban a reventar, y las piernas las sentía endebles. Como ya lo había experimentado en otra ocasión, centró su mente en la meta: el carro tomó el camino y el ramaje levantó un poco de polvo, pero no se detuvo. A pesar de la carga, Salvador y Robles lo alcanzaron antes que ella, arrojaron la cesta al interior y treparon, sudorosos y derrengados, por un costado. Mercedes, en un último esfuerzo, consiguió asirse a la mano de su hermano, que la alzó, al tiempo que Robles la liberaba de la garrafa, y cayó de bruces en el interior. Jadeante y dolorida, fue incapaz de levantarse, y se quedó allí para regodeo de los hombres.

—Casi no llegas, hermanita —bromeó Salvador, aliviado y entre resoplidos.

—No cantemos victoria —dijo Robles con la mirada puesta en el valle que quedaba atrás—. Cualquier hombre a caballo puede alcanzarnos. Hay que meter todo esto en el entrepaño falso de debajo del asiento.

La realidad volvió a imponerse. Mercedes se incorporó, a pesar del dolor en el pecho y el pulso acelerado por la carrera. Cuando terminaron de esconder el botín, guardaron silencio mientras recobraban el resuello y oteaban los alrededores con los oídos puestos en el camino que dejaban, temiendo la aparición de los gendarmes a caballo. ¿Qué sucedería si al frente de esos gendarmes aparecía el coronel? ¿Por qué le preocupaban tanto el francés y su opinión cuando los problemas a los que se enfrentaba eran mucho más acuciantes?

Cuanto mayor era la distancia que recorrían, más aumentaban las posibilidades; aun así, no se atrevieron a abrir la boca, y permanecieron expectantes hasta llegar al pie de Hijas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Fidel.

—Subir —contestó Mercedes.

—¿Estás loca? —intervino Salvador.

—No, muy cuerda. Ten por seguro que alguien comprobará la verdad.

—¿El coronel? ¿Por qué iba a dudar de nosotros? —inquirió

Salvador—. Y eso si llega hasta aquí.

—El coronel es amable, pero un zorro —convino Robles—. Batirán la zona, sin duda. Estoy de acuerdo con hablar con la vieja. La sobornaremos con una arroba de harina a cambio de una historia.

—Creo que le otorgáis más eficacia de la que merece ese coronel. Se ha creado una fama y vive de ella. No me ha parecido ningún lince —criticó Salvador.

—Esos son los más peligrosos, los que no lo parecen —ratificó Robles.

Los hombres se volvieron de espaldas para que Mercedes pudiera cambiarse de ropa. Llegaron a las cuatro casas que formaban la aldea, aparentemente abandonadas, y subieron hasta la solitaria cabaña de la curandera, quien se mostró más que dispuesta a jurar que habían pasado allí el día para curar un forúnculo. Mercedes, de paso, compró algunos ungüentos para los resfriados invernales. Robles le entregó a cambio la canasta que Mercedes había robado para transportar los víveres, aunque debía esconderla hasta que pasara el peligro.

Tras una corta conversación, en la que les confirmó el abandono del valle por las mujeres y los niños ante la ausencia de los hombres, se despidieron y regresaron al carro. Cuando entraron en el valle del Pas, empezaba a oscurecer. A la puerta de la posada, sentadas en el poyo de piedra, aguardaban doña Elvira y Marta, quienes, en cuanto los divisaron, se precipitaron al camino a recibirlos.

—Ha sido el día más angustioso que hemos pasado —reconoció doña Elvira con lágrimas en los ojos al comprobar que regresaban sanos y salvos.

—Cenamos y os contamos después. Hoy no hemos comido nada —recordó Salvador.

26

Claude no podía creer que tuviera tan mala suerte. Había puesto especial cuidado para que se trasladaran el avituallamiento y el correo sin tropiezo, hasta el punto de desplazarse personalmente para el cometido. Tras el reconocimiento de los cazadores, había decidido adelantarse para avisar a los oficiales en el puesto de Torrelavega de la inminente llegada de los carros. Se aprestaban a celebrarlo cuando les comunicaron que se habían escuchado disparos en la garganta de Las Caldas.

El teniente al mando, en ausencia del general Bonnet, que se había desplazado a Santoña, dio las órdenes pertinentes, y, en diez minutos, se había congregado una compañía en el patio. Partieron al galope hacia el verde desfiladero, que se situaba a unos ocho kilómetros. Claude no comprendía cómo le sorprendía aún la audacia de los españoles. Llegaron al escenario de los hechos y encontraron que los gendarmes que habían quedado indemnes ayudaban a los heridos, y los carreteros procuraban arreglar el desaguisado que los patriotas habían producido en el saqueo de los carros. Buscó al sargento al que había dejado de responsable y lo localizó junto a los heridos más graves.

—¿Alguna baja? —se interesó.

—Dos por el momento, mi coronel. En medio de la sorpresa, me apresté a hacerles frente en la creencia de que se trataba de una partida de bandoleros, por el disparo perfectamente reconocible de un trabuco, hasta que tuvo lugar una descarga cerrada de los Betsy ingleses y descubrí que el camino se hallaba cortado; entonces comprendí que había militares también: nos rendimos para evitar una matanza cuerpo a cuerpo: son más diestros con los cuchillos que nosotros. Parece que ahora luchan juntos bandoleros y militares.

—¿Atacaron unidos bajo un mismo mando?

—Ahora que lo menciona, discutieron el militar lebaniego y el

bandolero —replicó el sargento.

—¿Lebaniego?

—Sí, señor: Bernardo Crespo; así lo llamó el bandolero. Lo cierto es que no se recataron de pronunciar nombres: aquí y allá, los oyeron los hombres. Estoy reuniendo la información para redactar el informe.

—Muy eficiente, sargento. Siga con ello —alabó Cornulier.

Claude se desplazó de carro en carro para averiguar qué les habían dejado y, aliviado, comprobó que, al no poder robar las carretas por la cercanía de Torrelavega y porque les ralentizaría la huida, se habían limitado a llenar las alforjas y a robarles las monturas y las armas a la escolta, de lo que dedujo que era inútil la persecución, pues, como ya sabía por experiencia, era imposible seguirlos por los montes. Llegó a los últimos carros, sobre los que sabía poco, excepto que habían partido de Madrid cargados con objetos de arte «adquiridos» por algunos generales. Para él carecían de interés, pues no eran cuestión del ejército. Regresaba siguiendo la línea de los carros cuando las palabras que escuchó entre los dos carreteros que recomponían una lona lo obligaron a detenerse.

—¿De qué mujer hablan? —preguntó intrigado.

Los dos españoles se miraron inquietos y recelosos; no contaban con que los entendiera. Uno se encogió de hombros y habló:

—Había una mujer vestida de hombre. No sabemos más.

—¿Morena o rubia? —Según formuló la pregunta, se llamó estúpido: morena, por supuesto, como cualquier española.

—No sabemos. Se cubría con un sombrero de ala ancha. Ni siquiera nos enteramos de que era una mujer hasta que el bandolero la reconoció.

—¿Era una habitual entre ellos?

—No creo que fuera de ellos. Intentaron robarle lo que había conseguido y le reprocharon que hubiera matado a uno de sus hombres.

—Ella sacó una pistola y apuntó al torancés sin pestañear —se animó el compañero, evidentemente asombrado por la osadía de la mujer.

—Sí, por un instante pensamos que los días del torancés habían terminado —sonrió el primero—, pero el bandolero intentó jugársela, entreteniéndola para que el compañero la atacara por la

espalda, y ella le disparó. —Señaló el muerto al pie del carro—. ¡Vaya hembra!

Claude se inclinó sobre el muerto y reconoció a un hombre acostumbrado a la intemperie, por el estado de sus ropas y de la barba. Una pistola, unos pasos más allá, atrajo su atención; la recogió y notó el olor de la pólvora: había sido disparada recientemente.

—¿El bandolero disparó?

—No. Solo la mujer. Fue más rápida que ellos. Alguien silbó, y salieron todos corriendo.

—Si no venía con los bandoleros, llegaría con los lebaniegos —tanteó la posibilidad Claude.

—No lo creo —corrigió el otro carretero—. Defendió sus víveres como una leona y corrió hacia el río. Los lebaniegos huyeron hacia el oeste, por la sierra de Ibio.

—Hacia el río —repitió Claude, pensativo.

Se separó de la columna, que tardaría en retomar el camino, ya que estaban despejando un carro para el traslado de los heridos, y se encaminó al río, escudriñando las hierbas y el terreno por donde pasaba hasta la ribera con la pistola todavía en la mano. Este discurría con el estiaje propio de final del verano, por lo que no resultaba complicado vadearlo. Levantó la vista del agua y del pedregal y se halló frente a un valle sinuoso que conducía al vecino valle de Toranzo, el centro de operaciones del bandolero junto con Reocín. Caminó por el pedregal, aunque sin un fin concreto; se fijó en una serie de astillas que las aguas habían depositado en los remansos. Recogió algunas de ellas y se percató de que la madera no se encontraba muy hinchada: no llevaban mucho tiempo en el agua. Ignoraba si aquello significaba algo, pero lo archivó en su memoria. Reparó de nuevo en la pistola, que no había soltado, y le pareció familiar. No era un arma militar, demasiado pequeña, sino más propia de un civil o de una mujer. Recordó que Mercedes poseía una. Las alarmas de la mente se le activaron. ¿Dónde quedaba Iruz?

Una mujer sola, corriendo con peso… Su mente daba vueltas al dato. No estaba sola, sin duda. Sin embargo, el gran interrogante era: ¿de quién o de quiénes se trataba? Desechó la imagen de Mercedes, por obsesiva e increíble. Lo curioso del ataque era la

confluencia de personas con diferentes intereses que se habían congregado para apoderarse de un botín tan escaso: unas raciones de boca y mucha munición. ¿Los cartuchos y la pólvora eran suficientes para justificar el despliegue o habría algo más que pasaba por alto? ¿Transportarían oro o algo similar en los carros que procedían de Madrid?

Le hicieron una seña desde el camino y regresó; el teniente del ejército retomaba el camino a Torrelavega. Preguntó a los carreteros dónde quedaba Iruz, y la respuesta no le agradó; recelaba de las coincidencias. Guardó el arma en una de las alforjas y montó. Designó los miembros de la escolta y dividió la compañía en dos grupos: uno de ellos, bajo el mando del sargento de gendarmes, se adentraría en la sierra de Ibio; y el otro, bajo su mando, exploraría el valle al pie del Dobra que conducía a Toranzo. Le pareció más interesante el asunto de la mujer misteriosa que constatar la presencia y huida de los lebaniegos y de los bandoleros.

El sol alcanzaba lo más alto cuando se internaron en el valle, y el aire, a causa del calor, se volvió pesado. Ordenó que se extendieran a ambos lados del camino y buscaran pistas o huellas de actividad reciente. No había llovido, así que sería probable encontrar algo, por nimio que fuera. Claude se quedó en el camino a la espera de que lo avisaran en caso de que encontrasen una pista; en ningún momento se le ocurrió salir detrás de los ladrones, consciente de lo vano de tal acción. Le interesaba más aquella extraña alianza para asaltar el abastecimiento.

Bajo unos árboles, uno de los hombres requirió su presencia. Se acercó y le señalaron las evidencias de que un carro había estado allí largo rato, a juzgar por las huellas hundidas de las ruedas y las calvas en la hierba que habían causado los animales de tiro al pastar. Habían dado con el lugar donde esperaban a la mujer. Los carreteros la vieron correr sola, pero ¿qué hacía una mujer sola? Igual eran varias mujeres y una sola la intrépida que se acercó por su parte del botín; en ese caso, serían aldeanas de la zona. ¿Cómo se habían enterado del asalto? El torancés conocía a la mujer, luego no podía tratarse de la familia Velarde.

Llamó a los hombres y siguieron el camino hacia el río Pas, en la zona de Toranzo, aunque no mostraba las rodaduras de ningún carro. Se desviaron a Hijas, la mayor aldea de por allí, a media

altura del monte, para indagar sobre la presencia de un carro. No había un alma a la vista y las casas estaban cerradas a cal y canto. No era la primera aldea que había encontrado abandonada por el peligro que suponía vivir aislado; o bien se encerraban en sus casas: había miedo en cuanto llegaban extraños, y más si lucían el uniforme francés.

Merodearon por el caserío hasta que dieron con las rodaduras de un carro que seguía el arroyo del Moro hacia el valle más ancho. La hierba alta facilitaba el seguimiento de las huellas por el surco que dejaban las ruedas a su paso.

—Es raro que no hayamos dado con la pista hasta aquí y ahora no se cuiden de borrar su paso —comentó uno de sus hombres.

—O que se trate de otro carro —elucubró Claude—. Todo es posible.

—Mucha coincidencia.

—Yo tampoco confío en ellas; sin embargo, no se me olvidará la ejecución del soldado Lecoq.

—Aquello fue muy mala suerte, coronel, pero tiene razón: de vez en cuando, se dan desafortunadas coincidencias.

En cuanto alcanzaron la zona baja, más pedregosa y segada para facilitar el tránsito, perdieron la pista.

—Oscurece —observó Claude—. Tenemos dos opciones: el convento o la posada.

—Coronel, eso se reduce a una opción —sonrió el soldado.

—Cierto. Ha sido una tontería mía.

Torcieron hacia el norte en el sentido en el que fluía el Pas en busca del mar y tropezaron con la posada. En el mesón había luz y gente, estaban a tiempo de cenar algo. Claude descabalgó y entregó las riendas a uno de los soldados para que condujeran a los animales al establo situado detrás, mientras que él negociaba el alojamiento. Entró en el mesón, lleno de conversaciones, y se detuvieron ante su presencia uniformada; estaba acostumbrado a ese tipo de recibimientos. En el mostrador se hallaban acodados tres viejos con más arrugas que una camisa, y, a un costado, sentados en bancos, cenaba la familia Velarde, que compartía la mesa con otros hombres. Inclinó la cabeza como reconocimiento y saludó; fue correspondido a pesar de la tensión del ambiente. Los tres lugareños se despidieron y abandonaron la taberna.

El posadero, un hombre fornido y entrado en años, se dirigió a él.

—No disponemos de habitaciones. Está completo.

—Nos contentamos con el establo —dijo.

—También está completo —aseguró, nervioso, el posadero.

En ese instante, entró uno de los soldados.

—Mi coronel, venga a ver lo que hemos descubierto —susurró una vez a su lado.

—Un carro —se adelantó Claude en un murmullo.

—Sí, señor —confirmó el hombre, perplejo.

El señor Robles, el cervecero, se levantó de la mesa y se acercó.

—Si no tiene inconveniente en compartir la habitación, el señor Velarde y yo lo invitamos. Los hombres harán un hueco a los suyos en el pajar.

Claude se tomó unos segundos en responder. Era todo un desafío, y mostraban una gran sangre fría si se hallaban involucrados en el ataque de Las Caldas.

—Gracias por el ofrecimiento; acepto el arreglo. Bisset, acomoden los caballos y organicen los turnos de guardia. Les llevarán algo de comer. No quiero problemas entre los hombres que compartan el pajar. —Esto último lo dijo tanto para el soldado como para el señor Robles.

—Mis hombres no son provocadores, aunque, si les meten un dedo en un ojo, responden —aseguró Robles.

—No sucederá nada parecido. Advierta a los compañeros —ordenó a Bisset.

El soldado salió y Claude acordó con el posadero la cena y el precio del alojamiento. Cuando terminó, vio que los hombres de Robles se habían retirado y había sitio libre junto a los Velarde.

—Los hacía de regreso a Santander —comentó como si no diera importancia a las palabras, en un tono de mera conversación.

—Nos hemos retrasado para acercarnos a Hijas —respondió Salvador con el mismo tono relajado—. ¿Y usted? Está lejos del Camino Real.

—¿No han llegado hasta aquí las noticias? —se extrañó Claude.

Evaluó las expresiones de inocencia de los reunidos, quienes no apartaron la mirada, como si aguardaran alguna aclaración.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Mercedes, al comprobar que

callaba.

—Han asaltado una columna de abastecimiento en Las Caldas.

—¿Eso dónde queda? —indagó Salvador.

—En el valle de al lado, a las puertas de Torrelavega —aclaró Robles.

La mente de Claude trabajaba deprisa: si eran ellos, se descubría ante su audacia. Los Velarde venían de Madrid y no conocían, aparentemente, la región; pero eso no significaba nada, porque los acompañaba Robles. ¿Y ellas? ¿Las imaginaba vestidas de varón y matando a un hombre?

—¿Y qué hay tan interesante en Hijas? —se atrevió a preguntar.

Llegó el posadero con un espeso puré de legumbres y hortalizas en el que brillaba por su ausencia cualquier tipo de carne, tocino o embutido y dejó un jarro de agua y vasos de barro. En cuanto se retiró, Mercedes desveló la intriga.

—Una curandera. En la ciudad es muy difícil obtener remedios y hierbas. Hemos ido para aprovisionarnos y adquirir ungüentos con los que comerciar para conseguir raciones. Es la gran preocupación de cualquier español: cómo resistir el invierno que se nos echa encima.

Claude no pudo evitar que aflorara una sonrisa.

—Le agradezco que me recuerde, una vez más, que los franceses somos unos molestos entrometidos.

—Mi hermana es un… —empezó Salvador aturdido, pero fue interrumpido por Claude.

—Su hermana es sincera; en caso contrario, no sería ella. Mientras han estado por allí, ¿no habrán visto un carro que no fuera el suyo?

Negaron con la cabeza y mostraron interés.

—¿Se llevaron muchos carros? Debieron de tardar en darse cuenta del asalto cuando Torrelavega está tan cerca. Es fácil alcanzar un carro —comentó Robles.

—No, no se llevaron ninguno, pero hay evidencias de que hubo uno ajeno por los alrededores.

Mientras hablaban, Claude seguía con la mente abierta: habían acudido a un entierro. ¿Se habrían enterado allí del paso de la columna? ¿Alguno de los asistentes formaba parte de los bandoleros y se había ido de la lengua? ¿Cómo podían haberse sumado al

asalto en tan corto espacio de tiempo? ¿Mercedes sería la mujer? Esta y otras preguntas le martilleaban en la cabeza. Ponderaba las posibilidades y evaluaba el grado de factibilidad de su participación. ¿Creía a Mercedes capaz de una acción así? Había sido testigo del viaje en solitario, pero de ahí a participar en un asalto mediaba una distancia. Con los ojos fijos en el plato, no se atrevía a levantar la mirada por temor a revelar el interés que le despertaba esa mujer.

—No le será difícil dar con él —aventuró Robles—. No deben de quedar muchos en manos de los labradores. Convendrá en que sus compatriotas son muy eficientes en las requisas.

—Disiento con usted. A los españoles les sobra arrojo e ingenio para esquivar tanto a mis compatriotas como a los suyos. No olvide que las partidas de guerrilleros se comportan con sus paisanos igual de mal que nosotros; son muchas las quejas que me llegan de sus desmanes y robos.

—Es lamentable, no puedo negarlo —reconoció, abatido, Robles.

—Es la guerra —matizó amablemente Claude.

Terminó de comer y se excusó para cerciorarse de que sus hombres se hallaban bien antes de retirarse a dormir. Las señoras se levantaron, y se preguntó si debajo de las faldas llevaría Mercedes pantalones de hombre. Había descartado a la sordomuda porque la mujer había hablado con el bandolero, y, por tanto, a la señora de compañía. Si eran ellos, la mujer era Mercedes. Como si le hubiera leído el pensamiento, esta se levantó las faldas para ascender por las empinadas escaleras y enseñó media pierna enfundada en medias de algodón y un botín de cordones. Los señores lo esperarían en el mostrador, y así dejaban espacio a las mujeres para que se acomodasen sin molestias.

Una vez fuera, impartió algunas órdenes a sus hombres como que revisaran, en cuanto se durmieran los españoles, el carro del cervecero y les recordó que evitaran cualquier roce con ellos. Se informó de cómo habían establecido las guardias. Bisset se ofreció a dormir en el pasillo de la posada por si lo necesitaba. Claude agradeció la sugerencia, pero la rechazó: ni Robles ni Velarde serían tan majaderos como para asesinar a un coronel de la Gendarmería Imperial de forma tan evidente, y con la responsabilidad del bienestar de cuatro mujeres. Regresó al interior de la posada y subió

al cuarto con ellos. Las señoras no habían permanecido ociosas y habían juntado los dos jergones en el suelo con las mantas cruzadas de una forma muy ingeniosa para que el colchón pareciera uno.

Tardó en dormirse, más que por los compañeros, por el repaso que realizó de lo que había observado en ese día. Llegó al convencimiento de que había sido una coincidencia que los Velarde se hallaran allí, porque un fallecimiento no se podía planear. Sin embargo, de alguna manera, la oportunidad podía haber surgido *a posteriori*, en la posada o en el cementerio, pero faltaban datos: ¿ellos solos iban a asaltar la columna o sabían que habría más implicados? No veía a sus compañeros de lecho jugándose la vida por unas viandas cuando esa parte, hasta el día de autos, la tenían cubierta por los pagos que realizaba él mismo en especie y por lo que obtenía el cervecero de sus ventas y de la pesca. Entonces, ¿cuál podría ser la razón si ellos hubieran participado? ¿Qué había en los carros que venían de Madrid? Tendría gracia que la razón del asalto hubieran sido esos malditos carros que había permitido que se sumaran a la expedición y no la columna de avituallamiento en sí. En cuanto volviera a Torrelavega, exigiría una relación de la carga de esos carros. Con esa idea, se durmió hasta el amanecer.

Se despertó el primero. Pegado a su espalda roncaba Velarde sin consideración. ¡No! Los ronquidos pertenecían a Robles. Se removió y sus compañeros se espabilaron a la vez, se dieron los buenos días entre resoplidos legañosos y se levantaron. Habían dormido vestidos, por lo que se estiraron las ropas con las manos para estar lo más presentables posible. Luego, sujetaron el jarro de agua por turnos para lavarse la cara y las manos y, sin afeitarse, se pusieron las chaquetas y cogieron los sombreros.

Bajaron al mesón, donde el mesonero disponía el frugal desayuno sobre la mesa larga de roble, y salieron al exterior para aliviarse. Los hombres que habían compartido el establo desayunaban desparramados por el prado vecino unas sopas de avena. Conversaban y contemplaban los primeros rayos de sol mientras los caballos y las mulas pastaban.

Entraron y se tropezaron con las mujeres, que descendían por la escalera vestidas con los trajes de campesinas, el velo de encaje negro sobre los hombros y el sombrero de paja en la mano.

—¿Regresan hoy a la ciudad? —preguntó Claude para abrir la

conversación.

—Sí, en cuanto llegue Vicen —replicó Mercedes—. Se ha quedado en casa de unos primos.

Cuando ella hablaba, era una bendición, porque eso le permitía escrutarla, repasar ese rostro perfecto, esa mirada retadora, esos labios lacerantes y despectivos, y, sin embargo, en conjunto, resultaba de un atractivo enloquecedor. Ya desde adolescente sentía debilidad por las mujeres fuertes y transgresoras, por lo que, en más de una ocasión, recibió una reprimenda de su tutor, René Sologne, por frecuentar compañías poco convenientes: su destino era una mujer sumisa, honesta y bien dispuesta para continuar con el linaje familiar y no esas que correteaban por las calles como si fueran chicuelos.

—Tardaré unos días en volver —informó Claude—; aún me queda trabajo por la zona para reunir los cabos sueltos de este inusitado asalto.

—¿Inusitado? —intervino Salvador—. Creí que los asaltos en busca de abastecimiento eran el pan de cada día.

—Sí, pero no tan cerca de un puesto tan importante como Torrelavega en el que siempre hay tropas acuarteladas. Que una división como la lebaniega salga tan lejos de su ámbito para robar unas raciones, algunas cajas de munición, dieciocho monturas y otros tantos fusiles no me parece lógico. Demasiado riesgo y esfuerzo para tan poco provecho, ¿no les parece?

—No entiendo sobre asuntos militares, pero, por lo que he oído, las tropas patriotas están mal equipadas —terció Robles, ocupado en rebañar el cuenco.

—Por eso mismo, en otras ocasiones, se apoderan de todo —concluyó Claude—. Queda otra alternativa.

Nada más decirlo observó las reacciones que abarcaban desde la expectación a cierto nerviosismo. Llegado a ese punto, la intuición le susurró que no eran tan inocentes. Solo se escuchaba el continuo rasgueo de la pizarra y el ruido sordo de la cuchara de palo sobre el cuenco de barro.

—¿No resulta agotador su oficio? —inquirió Salvador—. Elucubrar teorías una detrás de otra.

—Porque eres un vago, mi querido hermano. Comprendo la fascinación que se esconde detrás de un misterio —abogó por su

causa la mujer que le quitaba el sueño—. ¿Cuál es esa alternativa?

—Que fuera una distracción para ocultar algo más trascendental o facilitar una huida.

—¿Una huida? ¿De quién? —indagó Robles.

—No hemos localizado a todos los que huyeron del pontón.

—Ha pasado más de una semana. Creí que ya habían terminado con eso. —Mercedes frunció el ceño.

—Pues esa teoría me parece más disparatada que la primera —adujo Robles—. ¿Una división para recoger a unos soldados imberbes?

—Una división para recoger a un personaje con mucha información —matizó Claude—, un personaje clave en la organización de la división.

Mientras lo decía, su mirada de lince captó la lividez de la sordomuda al leer la pizarra y cómo apretaba los dientes y los labios. Aquello fue una sorpresa, en tanto que los demás entraban en un debate sobre oficiales y personajes relevantes con información en la sociedad santanderina que no venía a cuento.

La llegada de la hija de la fallecida terminó con el delicado momento. Se levantaron y salieron al exterior, donde los aguardaba el carro preparado. Ayudó a subir a las mujeres, que se instalaron sobre unos cojines y unas mantas. Se ajustaron los sombreros de paja, como los que empleaban los labriegos, para protegerse del sol. Los hombres las siguieron con un par de botijos llenos de agua para calmar la sed en el camino.

—No encontramos nada, coronel, y registramos a conciencia el carro. Ni siquiera había doble fondo —comunicó Bisset en cuanto se alejó el carro.

27

Mercedes sacó el abanico y empezó a agitarlo con energía. Necesitaba un medio para aliviar la tensión de la «inocente» charla que habían mantenido. La presencia de Vicen le impedía cambiar impresiones con doña Elvira y con Marta, quien respiraba con dificultad y andaba perdida en sus pensamientos. El paisaje verde, tan diferente al amarillento de la meseta, pasó desapercibido ante sus ojos, así como las altas cumbres que cobijaban el Pas en su carrera hacia el mar. Ni los grillos ni el piar de los pájaros consiguieron sacarla de los negros presagios.

No le cabía ninguna duda de que el coronel sospechaba de ellos; le faltaban indicios, cierto, pero ahí residía lo extraño de la situación: las evidencias se obtenían con una detención y torturas. ¿Por qué no los había detenido? Se moría de ganas por saber lo que estarían pensando los hombres. ¿Habría pasado el peligro o jugaba al gato y al ratón? ¿No les había confesado que seguían la estela de un carro? Sin embargo, lo que le dejó sin aliento fue la alusión a Bustamante. ¿Cuándo había descubierto la identidad de uno de los fugados? Y Salvador lo consideraba corto de luces, ¡por favor!, su mente deductiva era brillante. ¿Lo admiraba? Cerró los ojos y agitó con más energía el abanico.

—Como siga así, vamos a coger un resfriado —la reprendió doña Elvira.

Mercedes abrió los ojos y se topó con la mirada interrogativa de Vicen.

—No consigo acostumbrarme a la presencia de los franceses —se disculpó—. Me invade el temor de hacer algo incorrecto y de que me arresten.

—Si solo la arrestaran a una… —convino Vicen, comprensiva.

—¿Qué tal se encuentra? —se interesó doña Elvira para cambiar de tema—. ¿Pasó buena noche?

—Sí. En cierta manera, es un alivio su muerte: ya no sufrirá más.

¡Quién sabe cómo terminaremos los demás!

Era una visión negativa del futuro, pero no cabía hacerse otras ilusiones.

—Dígame que cierre la boca si la importuno con mis sugerencias: ¿ha considerado la idea de compartir su vida con el zapatero? —lanzó doña Elvira.

Las cejas de Mercedes amenazaron con tocar la raíz del pelo. ¿Qué se proponía doña Elvira?

—Es usted muy observadora —reconoció Vicen, sonrojada—. No estoy enamorada, ya no tengo edad para esas cosas, pero sería agradable vivir acompañada por un buen hombre. Jonás no se ha pronunciado, pero los detalles y la amabilidad conmigo lo sugieren.

—Ahora que se ha quedado sola, seguramente se decidirá —aseguró doña Elvira—, aunque queda el engorroso luto.

—¿Luto? ¿Quién guarda luto en una guerra? No queda tiempo para esas cosas, hay que vivir lo más posible —exclamó Mercedes, soliviantada—. ¡Perdóneme, Vicen! No olvido que era su madre, pero creo que, tras unos meses, usted debería sondear las intenciones de Jonás. Nosotras no guardamos mucho más luto por mi padre o yo, por mi marido: la idea de vestir de negro de la mañana a la noche durante años no me atraía.

—Tiene usted razón, no me ofende. Mi madre tampoco querría que me quedase sola y con los soldados yendo y viniendo a los fortines de la costa por el camino que pasa por delante de la casa. —Suspiró Vicen—. ¿Unos meses? ¿Y si me muero de miedo antes?

Mercedes y doña Elvira se sonrieron. Esta última tomó la mano de Vicen y se la palmeó para insuflarle calor y ánimo.

—No espere tanto. Le aseguro que no seremos nosotras quienes la critiquemos por ello —dijo doña Elvira con una sonrisa.

En Vargas se desviaron hacia Renedo de Piélagos para evitar Torrelavega y de allí se dirigieron a Arce, donde se detuvieron en un prado para que descansaran los animales. Aprovecharon para estirar las piernas y comer algo de embutido y fruta que les había proporcionado el posadero. Fidel y Pascual se mantuvieron aparte para dejarles un poco de privacidad, y, en cuanto Vicen se alejó en busca de un lugar recatado para su necesidad, se agruparon para hablar sobre cómo iban a proceder.

—No podremos sacar lo robado delante de la casa —dijo Robles

—; probablemente no habrán retirado la vigilancia. Además, la presencia de Vicen lo desaconseja. Me lo llevaré y os lo traeré más adelante.

—Es lo más prudente —admitió Salvador.

—¿Qué os pareció la conversación de la mañana? —Mercedes no se guardó lo que le preocupaba.

—Extraña —valoró Salvador sin entrar en detalles.

—¿Extraña? —se sublevó Mercedes—. Le falta poco para atar cabos, si no lo ha hecho ya. No comprendo por qué no nos detuvo allí mismo.

Marta le pasó la pizarra y leyó:

—«Lo siento mucho. Si nos descubren, será por mi culpa».

Mercedes podía haber sido cruel y haber contestado que debía haberlo pensado antes, pero era tarde para arrepentimientos. Estaba tan furiosa que le devolvió la pizarra sin contestar.

—No dramatices —atajó Salvador, nervioso—. Reconozco que algo sospecha.

—Fidel y Pascual durmieron con un ojo abierto, y me han contado que los gendarmes se pasaron parte de la noche revisando el carro, golpeando aquí y allá para localizar dobles fondos. Afortunadamente, no dieron con él: al estar tan lleno, suena macizo —reveló Robles.

—Así que ya no hay peligro. No creo que haga nada: problemas más serios que nosotros lo acucian —concluyó Salvador, intentando resultar convincente.

Mercedes miró interrogativamente a su hermano y al cervecero: exigía una explicación a los dos hombres, que se dirigían miradas y se mostraban renuentes a añadir nada más. La aproximación de Vicen los salvó del tenso silencio, y retomaron una conversación banal sobre el clima y la distancia que les quedaba por recorrer.

Llegaron poco antes de que oscureciera. Robles y sus hombres se despidieron frente a la casa de los Velarde y bajaron hacia la cervecera.

—Creo que lo mejor será que esta noche duerma con nosotros —ofreció Mercedes a Vicen—. No es lo mismo regresar a casa de noche que de día: se ven las cosas de diferente manera.

—Le agradezco de corazón la amable invitación —aceptó Vicen sin hacerse rogar.

No se atrevieron a usar la habitación del coronel por si se presentaba el teniente, así que la acomodaron en el sofá de la sala. Cenaron los restos de la comida y se retiraron a dormir. A pesar de la intranquilidad en la que vivía, Mercedes, destrozada por el incómodo viaje, se rindió al sueño reparador, habituada al humilde catre.

Doña Elvira, buena madrugadora, la despertó cuando abandonó la habitación. La tenue luz del amanecer se colaba por la pequeña ventana abierta, así como la escandalera de los estorninos que anunciaban la salida del sol. Estiró los doloridos huesos y envidió a Marta, quien dormía ajena a las disputas de los pájaros. Se levantó y se aseó con agua fría, bienvenida para arrastrar el sudor y refrescar la piel. Las noches no resultaban tan sofocantes como en Madrid, pero el dormir las tres juntas en un cuarto tan pequeño y con solo un ventanuco como ventilación no resultaba agradable, aunque en pleno invierno, sin posibilidad de calentarse, sería una bendición. Se vistió y bajó a la cocina.

—Nuestra huésped ya está en el invernadero —anunció doña Elvira en cuanto apareció por la puerta—. Me he dormido a causa del cansancio del viaje. Los años pesan cada vez más. Está con Jonás, quien ha venido estos dos días.

—Entonces los dejaré solos —decidió Mercedes, y se sentó a la mesa.

—¿A quién dejas solos? —preguntó Salvador desde el umbral—. Voy a la ciudad a informarme de lo que ha sucedido con el asunto de las contribuciones extraordinarias en nuestra ausencia.

—Ten cuidado y no te metas en líos —recomendó Mercedes, como si fuera su madre.

—Siempre lo tengo.

No había terminado de hablar cuando golpearon violentamente la puerta de entrada. Se miraron con aprensión. La llamada volvió a repetirse igual de agresiva. Salvador salió al vestíbulo y Mercedes y doña Elvira se asomaron desde la puerta de la cocina. Salvador retiró la tranca y abrió.

—¿Salvador Velarde?

Mercedes se estremeció al reconocer la voz del sargento Linois antes de llegar a verlo.

—Sabe muy bien que soy yo —replicó Salvador, hostil.

—Queda usted detenido como rehén hasta el cobro de la exacción extraordinaria.

—¡Eso no es posible! —exclamó Mercedes, saliendo en defensa de su hermano—. Hemos pagado lo que se nos exigió.

—Yo de eso no sé nada. Me limito a cumplir órdenes —escupió Linois con una sonrisa lobuna.

—¿Qué órdenes son esas y de quién? —reclamó Mercedes, nerviosa al comprobar que dos soldados habían cogido a Salvador por los brazos y lo sacaban al exterior sin contemplaciones.

—Del gobernador, señora, ¿de quién si no?

—¡Suéltenlo! No tienen ningún derecho. —Avanzó e intentó detener a uno de los soldados cuando el sargento le propinó tal golpe en la cara con el brazo que la arrojó al suelo.

En medio del aturdimiento, oyó los juramentos de Salvador y el alarido de doña Elvira. Cuando quiso recuperarse, ya arrastraban a su hermano por la calle. Vicen y Jonás aparecieron desde el patio posterior atraídos por el jaleo.

—¡Se lo llevan! —gritó exasperada.

—No podemos hacer nada —dijo doña Elvira, reteniéndola para que no saliera detrás.

—¿Cuándo regresaba el coronel? —preguntó Vicen.

—¡El coronel! —exclamó Mercedes, con un rayo de esperanza en los ojos que se apagó antes de tomar forma—. No lo sé, habló de días.

—De cualquier forma, es nuestra llave para sacar del aprieto a Salvador —opinó doña Elvira—. No pasa nada porque esté retenido unos días. Igual se deshace el malentendido y regresa en unas horas.

Mercedes agradecía los ánimos de doña Elvira, pero el mero hecho de que hubiera sido Linois el encargado de venir a buscarlo no la tranquilizaba.

—Será mejor que nos vayamos; aquí no podemos hacer nada más —dijo Jonás, tirando de Vicen—. Estaremos pendientes. Confiemos en que quede en un susto.

Mercedes y doña Elvira no se movieron de la verja, observando a la pareja mientras subía por el camino con paso ágil.

—¿Usted lo cree, doña Elvira?

—Lo que yo sé es que no podemos hacer nada por el momento — eludió la respuesta que les atemorizaba.

El traqueteo de un carro las obligó a girarse hacia la parte baja del camino.

—Es Robles —reconoció doña Elvira.

A los pocos minutos se detenían las mulas ante la verja y se apeaban Fidel y el cervecero, preocupados.

—¿Qué ha sucedido? Nos hemos cruzado con Linois y llevaba detenido a Salvador.

—Lo acusan de no pagar la contribución, pero es falso —explicó Mercedes, angustiada.

—¿Y ese golpe en la cara? ¿La han agredido? —se alarmó.

—Intentó detenerlos, la muy imprudente —explicó doña Elvira, enfadada.

—¡Cobardes! —exclamó, furioso, Robles—. Por los rumores que me han llegado, creo que no es el único detenido. Voy a acercarme a la plaza Vieja, a ver si me entero de algo.

—Lo acompaño —se ofreció Mercedes con prontitud.

—Arréglese un poco mientras descargo el barril que me encargó. —Recalcó la última palabra para significar que no era de cerveza, sino que estaba lleno con lo robado—. La espero.

Mercedes entró corriendo y se tropezó en la escalera con Marta. Tiró de ella hacia arriba para que la siguiera. Escribió en la pizarra la detención de Salvador y se refrescó el golpe en la frente, que empezaba a hincharse y a doler. Marta le pasó la pizarra pidiendo más datos.

—«Doña Elvira te lo cuenta con más calma. Tengo prisa» —escribió Mercedes, y procedió a peinarse, a sacudirse el polvo de las mangas y a quitarse el delantal.

Marta la dejó sola con sus tribulaciones. Mercedes respiró hondo y ordenó a sus nervios que se apaciguaran si quería ser útil en algo a Salvador: la histeria no conducía a nada. Una vez serenada y convencida del sensato proceder de Robles, bajó a reunirse con él.

Parte del camino lo hicieron en el carro; luego, Robles encargó a Fidel el reparto y ellos siguieron a pie hasta la plaza Vieja, en la que se congregaban los ciudadanos indignados por la ineficacia del alcalde, don Bonifacio Rodríguez Guerra. El calor, entre aquellas calles tan estrechas que dificultaban la ventilación, y los olores, tanto corporales como de los albañales en medio de la calle, se concentraron entre la gente apretujada en la pequeña plaza ante la

casa consistorial.

—¡Doña Mercedes! —Buscó entre el gentío quién la llamaba y dio con la angustiada señora de Molino, que se abría paso a codazos hacia ella.

—Es la esposa del vinatero —reconoció Robles.

—¡Qué desgracia y qué abuso! —exclamó la mujer cuando llegó a su lado—. Han detenido a Vicente.

—Y a Salvador —informó Mercedes—. A pesar de que pagamos.

—Eso no les importa. No se ha reunido la suma que ha exigido esa sanguijuela, y ha tomado rehenes para forzar la recaudación —se lamentó la buena señora—. No han detenido a cualquiera, solo a los que pertenecen a familias con posibles para que paguen el dinero que falta.

—Algunas son personas afectas al reinado de José I. ¡No se atreverá a tocarles un pelo! —preguntó Mercedes con el corazón en un puño.

—Sería un escándalo. De hecho, ya lo es —reafirmó la señora de Molino.

—Voy a intentar hablar con el alcalde —dijo Robles, pero la señora lo detuvo.

—Ya he estado con él. No servirá de nada. El pobre hombre estaba muy atribulado, y se siente impotente ante el despotismo que despliega el gobernador Barthélémy.

—¿Sabe dónde los retienen y cuántos son?

—Sí, en el calabozo del fuerte San Felipe. Por lo que he oído al alcalde, son diez de los comerciantes más relevantes de la ciudad: López Dóriga, al que vaciaron el almacén de mantas el año pasado, y Labat, entre ellos. ¡Ay, Dios mío! ¡Mi pobre Vicente! ¿Qué le darán de comer con lo delicado que está del estómago? —se preocupó la señora de Molino.

—Será mejor que se retiren a sus casas —recomendó Robles—. Está claro que no conseguirán nada aquí. Yo me acercaré al fuerte para obtener más información e intentar verlos, aunque esto último no lo prometo.

—Lo acompaño —dijo Mercedes muy decidida.

—Será mejor que no. No se han atrevido con las mujeres, pero ¿quién sabe? Ya le han marcado la cara. Además, no se trata de una detención por traición. Creo que los liberarán en cuanto obtengan lo

que buscan y quedará como una anécdota.

—¡Ojalá sea así! —suspiró algo más aliviada Mercedes.

Antes de despedirse, acordaron que si no pasaba por la casa antes de la noche sería porque el asunto seguía su curso y no había más que esperar a que los liberasen. Mercedes acompañó a la señora del vinatero hasta la puerta de su casa, que vivía en la calle del Príncipe, detrás de la Aduana, y continuó hacia las huertas de Santa Lucía. Hasta que no se halló sola y libre de la cháchara de la señora no cayó en la cuenta de que en la detención de Salvador había algo extraño. La señora de Molino había mencionado que las personas detenidas eran personas relevantes, mientras que Salvador era un desconocido en la ciudad, ellos venían de Madrid. Podía tratarse de una equivocación; aun así, no se tranquilizó.

Llegó a casa y le salieron al encuentro Marta y doña Elvira.

—Es un alivio saber que se trata de una cuestión de intimidación y no de otra cosa. No les harán daño por la cuenta que les trae; soliviantarían una ciudad que les es afecta en la medida de lo posible —dedujo doña Elvira.

El día fue largo. Mercedes se sentó en el patio junto al invernadero para acompañar a Marta, quien, con un amplio cuaderno sobre las rodillas, daba los últimos retoques a un retrato que había realizado de Alfonso Bustamante a carboncillo. Había sacado el caballete, que permanecía cubierto por el paño que preservaba la pintura. Tras observar el afán de su hermana, Mercedes cogió la pizarra dispuesta a mantener la conversación pendiente.

—«Es lamentable el daño que causa la guerra; debió de ser un hombre muy atractivo antes de ser herido».

—«Sí que lo era» —convino Marta—. «La estructura del rostro no lo ha cambiado. Lo más llamativo es el parche, porque la cicatriz podría ocultarla una barba».

Marta le pasó la pizarra y contempló el retrato.

—«Le quedaría mal la barba porque no le crecería pelo en esa zona. Seguro que ya lo ha intentado» —opinó Mercedes—. «Me ha parecido que ha mostrado interés por ti durante la excursión a Iruz».

Marta se sonrió al leerlo y la miró cómplice.

—«¿Desde cuándo eres tan diplomática? ¿Por qué no me

preguntas lo que te mueres por saber?».

—«Él es una persona amable, pero un poco mayor para ti» —tanteó Mercedes.

—«Es más que amable: honrado, leal a la patria a la que ha servido, inteligente, instruido y ha visto mundo, y, aun así, se ha fijado en mí» —afirmó satisfecha.

—«Cierto, pero no es difícil que un hombre se fije en ti. No eres tan ingenua como para ignorar que atraes la mirada de cualquier caballero».

—«Hasta que se dan cuenta de mi tara y ahí acaban mis expectativas. Pero no ha sucedido lo mismo con él. A excepción de la edad y de las lesiones que ha sufrido, es un buen partido: caballeroso y con hacienda, y, por lo que me has contado, la casa y el pueblo son agradables para vivir».

—«¿Hasta dónde has llegado a comprometerte con él?» —se alarmó Mercedes.

—«No hemos decidido nada. Esta guerra impide hacer promesas que no se pueden mantener. Nos hemos despedido sin más» —suspiró Marta.

—«¿Estás enamorada?».

—«No, pero me agrada. Creo que es una persona con la que sería fácil compartir mi vida. ¡Y podría tener hijos!».

—«¡Oh, Marta, cariño!» —escribió Mercedes, enternecida por las necesidades como mujer que empezaban a acuciar a su hermana—. «¡Cuánto desearía que te fuera bien en la vida!».

—«Si la guerra no me lo arrebata, podría cumplirse mi sueño».

Mercedes se levantó y la abrazó, pese al riesgo de mancharse con el carboncillo o con la tiza.

—«Y ya que estamos de confidencias, ¿qué me dices de ti?» —sondeó Marta, con un brillo pícaro en los ojos.

—«Sigo sin encontrar al hombre ideal. La experiencia con mi marido me abrió los ojos y me he vuelto muy exigente».

—«Mentirosa».

Marta le alargó la pizarra con la acusación, se levantó y retiró el paño que ocultaba el retrato del coronel, todavía inconcluso.

—«Te veo venir: no hay nada ni lo habrá» —atajó Mercedes, seria y con una ceja alzada.

—«Te conozco: no eres inmune a su presencia: te revuelves como

un gato y enseñas las uñas. A él tampoco le complace la inclinación que siente hacia ti, pero es más sincero consigo mismo» —evaluó Marta con acierto.

—«¿Cómo que no le complace?» —inquirió, picada, Mercedes.

—«A ambos os vence el orgullo y la lealtad a la patria. Si fuerais capaces de aceptaros como personas y no como naciones, esos sentimientos prosperarían».

—«La realidad es que la guerra nos separa, sean cuales sean nuestros sentimientos. Además, ¿qué sabemos de él? ¿Y si tiene una esposa en Francia? No sería la primera mujer engañada y luego abandonada».

—«Luego admites que te atrae. Algo es algo. Haremos frente juntas a lo que nos depare el futuro».

Mercedes se sonrió al leer la pizarra. Su hermana se salía con la suya, pero tenía razón: de nada servía adelantar acontecimientos. Se habían cumplido ya dos años de enfrentamiento, por lo que no podía prolongarse mucho más la situación cuando el hambre y la miseria los acorralaban y presagiaban un invierno muy duro. ¿Cuánto más soportarían ejércitos y civiles? ¿Quién cedería primero? No entendía mucho de política, pero le parecía que andaban en tablas los dos bandos: aunque los españoles perdían ciudades, que iban cayendo como fruta madura por los duros asedios a los que las sometían los franceses, los gabachos, a pesar de las conquistas, no se aventuraban por los campos y los montes, donde eran abatidos como piezas de caza por los patriotas.

Se quedó contemplando el pequeño retrato del coronel, de pie, junto a la chimenea de la sala, con su uniforme de gendarme imperial de élite: era muy atractivo y sagaz y, por tanto, un quebradero de cabeza para ella por ambas cualidades. Lo respetaba, porque obraba de acuerdo con lo que representaba, y lo temía, al contrario que sus hermanos, que se mostraban demasiado confiados para su tranquilidad.

Llegó la noche sin noticias, y dedujeron que Robles no había conseguido hablar con los detenidos o encontrar algún soldado conocido que le dijese algo acerca de su estado. O, simplemente, que la situación se desarrollaba según lo previsto y que serían liberados en cuanto se cumpliera la exigencia del gobernador militar. Se acostaron resignadas y con la esperanza de que al día

siguiente el alcalde hubiera reunido los miles de reales que faltaban.

—«¿Y si los pusiéramos nosotras?» —propuso Marta.

—«Me lo he planteado, pero sería una imprudencia por varias razones: llamaríamos la atención por poseer ese dinero y nos costaría más disgustos que ventajas; si tuviera la seguridad de que no fuera a parar a los bolsillos de Barthélémy y Linois, no lo dudaría, así como de que con ello conseguiría la libertad de Salvador. Pero estoy convencida de que nos seguirían extorsionando con falsas esperanzas. Si estuviera el coronel, no me lo pensaría dos veces, porque es un hombre de honor».

—«¿Qué temes?» —se preocupó Marta.

—«No me atrevo a decirlo en voz alta, pero ese sargento nos ha buscado las cosquillas desde que llegamos».

—«No adelantemos acontecimientos» —escribió doña Elvira, que había seguido las lecturas de reojo—. «Hay que dormir. No ganamos nada con conjeturas».

La mañana se presentó grisácea. El viento era asurado y el calor se dejó sentir a pesar de la ausencia de sol. Mercedes se vistió la ropa de faena: falda y corpiño encima de la blusa, unas medias de algodón basto y las alpargatas de tela y esparto. Se recogió el pelo en un moño y bajó a desayunar.

—Hace tanto tiempo que no me pongo un vestido decente que, cuando tenga que asistir al teatro o corresponder a una invitación, no voy a saber arreglarme —comentó al entrar en la cocina.

—No se apure, no hay visos de que eso suceda un día de estos; a no ser que el coronel la invite a una soirée de esas que organizan los oficiales para su esparcimiento —añadió doña Elvira maliciosamente.

—Sabe muy bien que no aceptaría —replicó Mercedes, sentándose a la mesa—. ¿No queda leche? Me estaba aficionando a lo bueno.

—Pan de centeno remojado en agua y miel. No está mal —animó doña Elvira—. Deberíamos empezar con las conservas para el invierno —continuó—. Ha sido un acierto lo de la huerta escondida. Dentro de lo que cabe, no nos ha ido tan mal.

—Espero que se mantenga la racha —deseó Mercedes santiguándose.

Terminaron de desayunar y se levantaron para entrar en el

invernadero y pasar al huerto. En el vestíbulo se cruzaron con Marta, que bajaba fresca como una lechuga tras dormir a pierna suelta. Ella se encargaría de recoger la cocina por ser la última. A Mercedes le fascinaba la cantidad de horas que dormía.

—¿Desde cuándo no sufre pesadillas? —preguntó a doña Elvira.

—Marta es muy sensible y fuerte a la vez: no se permite flaquear y ser una carga para los demás.

—Unas veces me parece una ingenua y una niña caprichosa y otras, una mujer hecha y derecha —confió Mercedes. Se detuvo en el medio del patio para observar el cielo y vaticinó—: Hoy lloverá.

—La contradicción es lo natural a su edad; es joven y está aprendiendo a ser mujer.

—Me preocupa el asunto del cuadro —confesó Mercedes.

—A ella no. Sabe dónde se encuentra; solo es cuestión de tiempo.

—No me refería a eso, sino al milagro que espera.

—La esperanza forma parte de nosotros y nos empuja hacia delante, y, si no sale bien algo, buscamos otra cosa en la que depositarla que nos sirva para avanzar. ¿Acaso a usted no la mueve la esperanza? ¿No tiene la esperanza de ver a Salvador de nuevo? ¿No espera que termine la guerra y sea posible un encuentro con el coronel?

—Qué absurdos somos, ¿no? —planteó Mercedes—. Vivimos de la ilusión y no de la realidad.

—Depende de lo que cada uno entienda por realidad. Ahora mismo, creo que para Marta el milagro ya se ha producido —concluyó doña Elvira.

—¿Se refiere al señor Bustamante? He hablado con ella y está bastante ilusionada, incluso habla de hijos —dijo Mercedes, enternecida.

—Esa será su realidad y su milagro —resumió doña Elvira—. Preocúpese más por usted.

28

Claude llegó a media mañana al palacio de Pronillo, escoltando un par de carretas con abastos y las cinco con el botín de arte que procedían de Madrid. Había examinado el contenido de las cinco galeras y no encontró nada fuera de lo común, aunque, por supuesto, no iban a declarar abiertamente si había algo turbio; sin embargo, las cajas correspondían con las dimensiones propias de cualquier cuadro. Había recibido orden de Barthélémy de que las dejara allí, donde pudiera vigilarlas personalmente, y, como no era de su incumbencia lo que sucediera con esas pinturas, obedeció.

Barthélémy se hallaba en su cuartel, la Bolsa del consulado, así que se dirigió al convento. Se sorprendió al encontrar el camino desierto y el convento en estado de alerta. Se preguntó qué habría sucedido. Se dirigió al establo y el hijo del cabo Fontaines le puso al corriente de las novedades en el cuartel: la detención de diez hombres de familias conocidas de la ciudad para forzar la recaudación, y, esa misma mañana, habían ahorcado a uno de ellos en Becedo como escarmiento y ahora temían una revuelta.

Como una exhalación entró en el despacho, y el teniente Léry se levantó inmediatamente.

—Ya le han informado —constató al reconocer la ira en el rostro de su superior—. Ha sido una lástima. Si llega a venir un par de horas antes, igual habría podido evitarlo.

—Ha sido una decisión del general. Carecemos de jurisdicción en las decisiones del gobernador.

—Cierto, pero intuyo que no ha sido una orden del general. He leído la orden, porque se la exigí a Linois, y Barthélémy se limitaba a autorizar medidas coercitivas para que pagasen los trescientos mil reales, no un ahorcamiento. Ignoro si ellas lo saben.

—¿Ellas? ¿A quiénes se refiere?

—Creí que lo sabía todo —tartamudeó, pálido, Léry.

—¿De qué está hablando? —Claude empezó a temblar de cólera

ante la posibilidad de que fuera cierta la idea que le había cruzado la mente.

—Del ahorcado: Salvador Velarde.

La noticia cayó como un jarro de agua fría en el ánimo encendido de Claude. Se apoyó con ambas manos sobre la pared del recinto monacal y metió la cabeza entre los hombros; le faltaba el aire, se mareaba, se ahogaba, como si hubiera sido a él al que hubieran colgado. Necesitó unos minutos para recuperar la presencia de ánimo, de hacerse a la idea y de cómo debía proceder. Lo primero, la información.

—Dígame qué ha sucedido —exigió al tiempo que tomaba asiento, más blanco que la pared sobre la que se había apoyado.

—Hace dos días Barthélémy ordenó encarcelar a diez hombres importantes de la ciudad, pero Linois incluyó a un undécimo que no pertenecía a la élite: ni siquiera era de aquí.

—Es decir, que no figuraba en la lista del general porque no era una persona relevante de la ciudad, ya que procedía de Madrid.

—Así es —confirmó Léry—. Los encerraron en el fuerte de San Felipe, y, por lo que sé, los comerciantes y el alcalde han estado moviéndose para recaudar el dinero, pero no es fácil: llevamos dos años viviendo a su costa y las fortunas tienen un límite; además, las familias adineradas dependen del comercio con las colonias, y está cortado. Por eso Linois se ha atrevido a ahorcarlo, interpretando en provecho propio la orden de presionarlos, y el general no hará nada: no estaba en la lista. Se hablará de ello entre los vecinos, pero quedará relegado en el olvido por otras cuestiones más acuciantes —explicó en voz baja y con calma el teniente, consciente de cómo le afectaba a su amigo.

—Y todo por hacerme daño a través de un inocente —se limitó a poner en palabras lo que pensaban ambos.

—Eso creo.

—¿Dónde está el cuerpo? ¿Dónde están ellas?

—No sé si sigue colgado. Imagino que, con este calor, lo mandarán retirar pronto. Ellas están en casa, pues el vigilante no ha venido; es probable que no se hayan enterado, porque la ejecución no se ha anunciado.

—¿No se ha anunciado? ¿Entonces de qué sirve la ejecución? ¿No era de escarmiento para que pagasen?

—Por eso le comenté que igual podría haber intervenido. Ha sido muy raro.

—Vaya a Becedo y hágase con el cuerpo. Tráigalo aquí, al hospital. Yo iré con un par de hombres a buscar a alguien que lo amortaje.

—Espero que la población no se rebele —expresó su temor el teniente.

—Hoy no lo creo, pero en cuanto se extienda la noticia y reaccionen… Lo que está claro es que no pueden mandar dos a la vez en un país. Los dos hermanos no se ponen de acuerdo en la forma de proceder en España, cada uno tiene su forma de actuar y, al final, esto es un caos: lo que José I consigue por una parte lo pierde Napoleón por otra. Y aquí estamos, empantanados —arguyó Claude, agotado.

La terrible noticia le había robado las fuerzas. Había compartido casa, mesa y lecho, por decirlo de alguna manera, con Salvador. Era un joven normal, amante de su país, algo que no consideraba un crimen, pero la forma y la causa por la que había muerto sí eran un crimen, y Linois lo iba a pagar muy caro.

Avisó a dos hombres, fueron a los establos, salieron hacia las huertas de Santa Lucía, subieron por el camino del Alto de Miranda y, al llegar a la casa de los Velarde, buscaron al vigilante. Claude intercambió unas palabras con él y dejó a los dos hombres que lo acompañaban de refuerzo. Sospechaba que Linois no perdería el tiempo y aparecería a disfrutar de su triunfo. Después, siguió hasta la casa de Vicen, desmontó y llamó a la puerta. Se puso en un sitio donde lo viera bien la mujer, que no tardó en abrir en cuanto comprobó su identidad.

—Necesito su ayuda y la de alguna mujer más. Ha sucedido algo terrible. Imagino que, por estar ustedes tan aisladas, no se han enterado todavía: Salvador Velarde ha muerto.

Pasó a explicarle lo que sabía y lo que pretendía que hicieran y quedaron al cabo de una hora en el hospital del convento de San Francisco. Debían moverse con rapidez y sin que las hermanas percibieran nada inusual. La mujer se mostró de acuerdo.

Como le quedaba tiempo, bajó hasta el muelle y entró en la Bolsa del consulado, rezando para no toparse con Linois por temor a estrangularlo con sus propias manos. En el despacho se encontró

con un grupo de familiares de los presos y varios ediles que escuchaban las excusas del gobernador militar con caras de pocos amigos.

—Estoy con ustedes, señores; yo no he dado esa orden —intentaba explicar sobre las voces acusadoras, pero fue una misión imposible. Ante tanta voz airada, el general optó por salir de allí e hizo una indicación a su secretario y a Cornulier para que lo siguieran hasta un saloncito privado.

—Coronel, no me mire así. Mis instrucciones han sido malinterpretadas por ese inepto de Linois. Me limité a indicarle que no suavizara la estancia de los rehenes para que los familiares se apresuraran en el pago. Ayer dejamos pasar al alcalde y a algún otro personaje importante para que dieran cuenta de cómo se hallaban, pero nada más lejos de mi intención que asustarlos.

—Pues yo creo que lo ha conseguido con mucha eficacia —comentó Claude con tono irónico y sin morderse la lengua—. ¿Y ahora cómo va a resolver esta situación tan incómoda con los leales súbditos de su majestad José I?

—A quién sean leales no es de mi incumbencia. Lo que me abruma es la posibilidad de que la ciudad se alce contra nosotros, como responsable militar —simplificó con indolencia Barthélémy.

—Sugiero una reunión de emergencia en casa de una persona neutral, ¿quizá el señor Sárraga, el asentista de víveres? —propuso el secretario del general, un individuo avispado e interesado, como todos los cuervos que rodeaban a Barthélémy.

—¡Sí! Muy buena idea, mi querido Laboire, y que acudan el alcalde Rodríguez Guerra, el marqués de Villafuerte, el señor Aldamar… Para tranquilizar los ánimos, usted no faltará: lo aprecian, y necesito el mayor apoyo posible. —Barthélémy no impartía órdenes tajantes, pero sus deseos se asemejaban mucho.

A Claude no le gustó que lo involucrara en algo en lo que no había participado ni entraba en sus obligaciones.

—Me firmará un permiso para amortajar al reo en el hospital y enterrarlo decentemente. Es lo menos que puede hacer si desea la paz.

Claude tampoco se anduvo con paños calientes y exigió lo que pensó que correspondía, ya que tan preocupado estaba por las consecuencias. Se retiró con el permiso firmado en el bolsillo.

Desmontaba en los establos cuando entró Léry.

—He tenido problemas para hacerme con el cadáver y ahora no lo aceptan en el hospital. Está en el suelo del claustro.

—Tenga. Es un permiso del general para amortajarlo y para que la familia lo entierre en el cementerio del convento. En cuanto pueda, encargue un ataúd; yo lo pago.

—¡Coronel! Hay unos vecinos que solicitan verle —informó un soldado del cuerpo de guardia de la puerta—, y, aunque se les ha negado la entrada, ellos insisten en que usted los ha citado aquí.

—Déjelos pasar: los esperaba —confirmó, y se volvió a Léry—. Dese prisa: consiga una sala y agua. Yo me encargo de ellos.

Los vio entrar en el patio, juntos y llenos de aprensión: dos mujeres y un hombre que no era el hojalatero. Observaron a los niños que jugaban a cargo de Alizee, la hija de Babette, la cantinera, quien los vigilaba mientras pelaba hortalizas que echaba a un puchero; recorrieron con la mirada a los soldados que descansaban en las puertas de los barracones, al herrero en plena faena y a las mujeres que manejaban el horno de pan, hasta que se fijaron en él. Casi sintió el alivio de los tres cuando lo reconocieron y acortaron la distancia con premura y nerviosismo.

—Coronel —el hombre inclinó la cabeza al presentarse—, Jonás, el zapatero. Sé que requirió dos mujeres, pero comprenderá que la ciudad no reúne condiciones para que transiten solas por las calles.

—Dije dos mujeres porque son las necesarias para la labor, pero no molesta su presencia.

—Estamos consternados por la noticia. No comprendemos la razón que los asiste para ahorcar a ese joven —se atrevió a objetar el zapatero, aunque rezumando miedo por la osadía.

—Le ruego que no manifieste su malestar dentro de este recinto si no quiere terminar como el finado. Por lo demás, reciban ustedes mis condolencias. Lo único de lo que me lamento es de haber estado ausente cuando el señor Velarde ha necesitado mi ayuda. Ahora, mi deber es socorrer a la familia en un momento tan doloroso.

—Estamos casi seguros de que ignoran la suerte que ha corrido el hermano. El señor Robles, el cervecero, quedó en informarlos —añadió Vicen.

No había pensado en Robles, y eso era un fallo. Podía presentarse con la noticia en cualquier momento, y temía la

reacción de Mercedes.

—¡Fontaines! —llamó al cabo en cuanto lo vio—. Pídale a su mujer una sábana fina y limpia para amortajar un cuerpo y que la cargue a mi cuenta de lavandería. Síganme.

Los condujo hacia el claustro y Léry les salió al encuentro.

—La segunda celda —indicó el teniente.

Estaba acostumbrado a ver muertos, y en las peores circunstancias que ofrecía la guerra; sin embargo, este no era un muerto cualquiera: era el que le iba a cerrar el acceso a la mujer que lo conmovía; de ahí el origen de ese desasosiego, de la cólera que se desataba en su interior, de la rebeldía que sujetaba con mano de hierro para no dar al traste con algo mucho más importante que sus sentimientos: su madre y sus hermanas, donde quiera que estuvieran, y que dependían de él.

Entró el primero y se acercó al cuerpo que yacía en el suelo de piedra. No era agradable el rostro de un ahorcado ni el estado del cuello; olía a orines y excrementos liberados cuando se pierde la vida. Pero había algo más. Se agachó para observar mejor la obra de Linois: el cuerpo mostraba moratones y diversos cortes dolorosos, la sangre formaba coágulos en la cara, en el cuello y en el pecho. Siguió el rastro hasta descubrir la amputación de las orejas. La imaginación corrió desbocada y le congeló el alma ante la posibilidad de que Mercedes recibiera el macabro presente. El odio de Linois superaba al suyo, y se divertía haciendo daño a quienes lo rodeaban, ya que Claude no podía atacarlo a él.

—Sí, antes de colgarlo, le dieron una paliza —confirmó el teniente en voz baja.

Claude se incorporó y se volvió a las tres personas que aguardaban sobrecogidas. La imagen de Salvador los atrapó y las caras reflejaron el horror que les produjo. Se santiguaron a la vez y las mujeres prorrumpieron en un llanto sordo y contenido. Claude guardó silencio mientras se desahogaban con plegarias y se persignaban repetidas veces, como si con ello pudieran devolverle la vida.

—Tienen agua y un paño para lavarlo. Mi asistente les traerá una sábana para amortajarlo y les facilitará lo que necesiten. He de salir: alguien debe darles la noticia —explicó.

—¿Va a permitir que las hermanas lo vean en ese estado? —

preguntó Léry.

—No —contestó, y dirigió la mirada a los tres vecinos.

—Nosotros no contaremos lo que hemos visto —aseguró Jonás—. Son buena gente, y no tiene objeto hacerles sufrir más, pero desearán despedirse de él.

—Debemos estar de acuerdo en esto: aguardarán aquí hasta que traigan el ataúd, vendrá un sacerdote para ungirle los óleos, se cerrará el ataúd y solo ustedes serán testigos de que se halla dentro. No permitiré que la familia dude y exprese su deseo de comprobarlo. Deben convencerlas de que, con su testimonio, es suficiente.

—Será difícil, pero lo intentaremos —objetó Vicen con voz temblona—. Son muy cabezonas, sobre todo, la mayor.

—Pues, por piedad, inventen lo que sea, mientan, pero consigan que esa tapa no se abra —rogó Claude.

Salió al claustro seguido de Léry, quien lo acompañó en silencio, y se encaminó abstraído hacia el despacho, varias puertas más allá. Linois ignoraba que había firmado su sentencia de muerte. En la cabeza trazaba planes locos y disparatados de venganza; por experiencia sabía que alguno acabaría tomando forma. En la entrada tropezaron con Basilio, que los aguardaba sentado en el poyo de piedra, bajo uno de los arcos románicos.

—¡Coronel! —llamó un chiquillo que llegaba corriendo—. El secretario de su excelencia el gobernador me ha encargado que le entregue este mensaje.

Alargó la mano y Claude lo cogió y lo abrió mientras entraba en el despacho. El teniente se puso la chaqueta y recogió sus cosas.

—Es la dirección de la casa a la que debo acudir para cubrirle las espaldas al general en este asunto —informó a Léry.

—Si no me necesita, me pasearé por la ciudad con una escolta para asegurar la tranquilidad.

El teniente abandonó la estancia y entró Basilio, el tratante de ganado, quien se mantuvo en silencio a la espera de que el coronel saliera de su trance. Claude mantenía en la mano el mensaje, que leía y releía aparentemente; sin embargo, en su mente iban encajando los cubos de un rompecabezas cuidadosamente elaborado. Cuando una media sonrisa de triunfo transformó su rostro, Basilio deseó hallarse a kilómetros de allí.

—Lo primero, Basilio, cuénteme qué sucedió en Las Caldas.

—Eso va a ser difícil, porque no lo saben ni ellos. ¿No se encontraba usted allí?

—Sí, pero me gusta escuchar otras versiones. Siempre surge información nueva.

—Un hombre de la partida de Manuel García…

—¿Manuel García?

—El torancés, un bandolero, coronel. Uno de los hombres de su partida me dijo que vieron llegar a los lebaniegos por el valle del Nansa y sospechó que había acción en perspectiva. No ignoraba la llegada de la columna de avituallamiento, pero el torancés no iba a asaltarla por estar fuertemente escoltada. Sin embargo, en cuanto descubrió que era el objetivo de los lebaniegos, sin contar con ellos, decidió darles una sorpresa con su intervención. Para los bandoleros las condiciones habían cambiado, y ustedes se encontraban en minoría.

—O sea, que no estaban coordinados los bandoleros con los lebaniegos. He oído hablar de la presencia de una mujer a mis hombres —aventuró Cornulier.

—¿Una mujer? Primera noticia. Igual alguna lugareña que se agregó a la rapiña. El hambre empuja al riesgo.

—Todavía no me ha dicho nada que yo no supiera, Basilio. Me sirve de muy poco como informante.

—Como acabo de explicarle, las decisiones se toman sobre la marcha, según la oportunidad. Es imposible conocer planes de antemano cuando los ignoran los propios jefes de la partida. Un día dicen Reinosa y al siguiente susurran Cabezón de la Sal, pero acaban en Cóbreces, coronel.

—A propósito de eso, ¿no me había comentado que el teniente Bustamante nunca salía del valle?

—«Nunca» es una afirmación imprudente: prefiero decir que «no suele».

—Me pregunto cómo o quién sabría cuándo va a salir para que lo apresen ante la dificultad que usted ha explicado de conocer las decisiones.

Basilio entrecerró los ojos pensativo.

—¿Está sugiriendo que alguien le ha tendido una trampa? Yo no he sido. Sinceramente, coronel, yo le informaré de los movimientos

de tropas porque me veo obligado, pero no traicionaré a una persona que merece mi respeto.

—Particularmente, no lo forzaría a ello. De hecho, me doy perfecta cuenta de que colabora lo mínimo. Será mejor que cambiemos de tema: tengo una misión para usted, y espero que juegue sus cartas con astucia. Si saliera bien, sabré recompensarlo, porque el interés que me mueve en este negocio es personal.

Cornulier notó que había despertado el interés del doble informante, cuyos ojos brillaron ante la posibilidad de acción. Desgranó cada paso de un plan bien elaborado con la intención de que Linois cayera en una ratonera.

—¿Alguna objeción? —concluyó Claude tras la exposición.

—Se trata de un soldado francés, señor.

—¿Es que usted nunca ha tenido alguna rivalidad de la que haya deseado deshacerse?

—Por supuesto. No lo juzgo, pero si algo saliera mal, mi vida valdría menos que la de una oveja en medio de una manada de lobos.

—Por eso mismo estoy dispuesto a compensarlo largamente; además, piense que a mí tampoco me haría gracia que se conociera mi participación, de ahí que cuente con su pericia para cerrar la trampa. Es hábil con la falsedad, no puede salir mal.

Dejó que el hombre repasara mentalmente el plan y se decidiera. Le había ofrecido un cebo extra: su propia persona ante la posibilidad de chantajearlo más adelante. El dicho de que quien se mete en un negocio sucio corre el riesgo de enfangarse de por vida —aunque no creía que Basilio se atreviera— era una realidad.

—De acuerdo —aceptó, y a Claude le faltó poco para mostrar su satisfacción—. Deduzco que debe ejecutarse pronto.

—Mañana por la mañana sin falta —confirmó Claude.

—Aquí estaré.

Claude encargó a Fontaines que indagara dónde se alojaba el prior del convento tras su desalojo para resolver el asunto del entierro: debía ser en el camposanto del mismo convento.

Era noche cerrada cuando consiguió salir para cumplir con la desagradable labor. Los días se acortaban a pasos agigantados y anunciaban el otoño. El camino lo realizó distraído y en silencio. En la cabeza elaboraba una conversación tras otra, y ninguna le

satisfacía. ¿Cómo se daba una noticia así? ¿Cómo sería recibido a partir de entonces? ¿Cómo se disculpaba? ¿Y de qué debía disculparse? ¿De ser francés? ¿De invadir su país? ¿De que un homicida francés hubiera asesinado a su hermano? Cayó en la cuenta de que nunca se había sentido tan abrumado ni tan nervioso ante una situación semejante. Había escrito muchas cartas a familiares de compañeros caídos en acción y, aunque la labor era triste, no le embargaba la desazón y la renuencia a cumplir con el deber como en ese momento. Había creado un vínculo con la familia Velarde por una serie de razones que no serían correspondidas ni bien recibidas a partir de ese día.

Despertó del letargo cuando notó que el animal se había detenido. Inconscientemente, había guiado a la montura hasta la verja. Se volvió y buscó a los gendarmes a los que había puesto de guardia, quienes ya se aproximaban. Tras darle el parte de que nadie se había acercado a ver a la familia durante el día, desmontó, abrió la verja y los dejó pasar.

—Esperadme aquí. He de dar la mala noticia.

Como un reo camino del cadalso, entró en la casa por la parte de detrás. En la cocina brillaba la tenue y parpadeante luz de una vela. Alrededor de la mesa se hallaban sentadas las tres mujeres con los rosarios en las manos y murmuraban los avemarías con la rapidez que daba la experiencia. Por un instante pensó que Robles se le había adelantado, pero no había rastro de lágrimas ni de dolor en los rostros. Se interrumpieron y lo observaron preocupadas y ávidas de noticias, aunque no preguntaron nada.

—Buenas noches. —No obtuvo respuesta, y, según avanzaban los segundos, la tensión aumentaba—. He llegado esta mañana de Torrelavega y me he encontrado con la desagradable noticia de la detención de su hermano.

—¿Puede hacer algo? ¿Lo ha visto? ¿Cómo está? —Mercedes se puso de pie para quedar a su altura, y lo miraba esperanzada. Sus preguntas le sonaron a Claude como disparos a bocajarro y directos al corazón. Herido, cambió el peso de un pie a otro.

—No, he llegado demasiado tarde; ya no se puede hacer nada. Lo lamento de veras. —Escuchó su voz más grave y lenta que de costumbre. Observó la consternación y la incomprensión que mostraron los rostros de las dos mujeres, mientras que la

sordomuda, más avezada en la interpretación de los gestos, mostró la alarma.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Mercedes, inquieta y confusa.

Claude sabía por experiencia que quienes recibían una noticia así pasaban antes por la fase de la incredulidad: el cerebro se tomaba su tiempo para procesar la información.

—Que no llegué a tiempo para impedir que ahorcaran a su hermano —reveló sobrecogido, comprendiendo que no había otra forma de decirlo.

Tras un momento, que le pareció eterno, Mercedes abrió la boca como si le faltara el aire, se dobló hacia delante, se llevó la mano que sostenía el rosario al corazón y se mordió los nudillos de la otra para amortiguar el sollozo que emitió, como un perro herido; pero lo que lo desencajó fue el alarido distorsionado de la sordomuda.

Avanzó con la intención de sostener a Mercedes, pero esta se hallaba ya de rodillas en el suelo, inconsolable. Levantó la mirada y la más joven berreaba en brazos de doña Elvira, quien, a su vez, apretaba los dientes y los labios para enmudecer el llanto que brotaba incontinente de sus ojos.

Claude, allí de pie, no se atrevía a moverse, a irse sin más y dejar aquella desolación detrás; pero tampoco sabía cómo ofrecer consuelo porque nunca lo había hecho.

—¿Por qué?

La pregunta partió de la más entera, de la que más había vivido, de la que había aprendido a gestionar el dolor.

—Por odio. El asunto de las detenciones para recaudar no ha tenido nada que ver; ni siquiera figuraba en la lista de los que debían ser detenidos —confesó.

—Ese sargento… Linois —escupió doña Elvira—. Maldita sea la hora en que nació —maldijo con la impotencia y la desesperación de quien se siente víctima.

Mercedes permanecía todavía con el puño en la boca, ahogando los jadeos que le producían el llanto descontrolado y el dolor que pugnaba por salir en forma de alarido, con la cabeza gacha del vencido, como si la cercanía del suelo la confortara. A Claude se le removieron las entrañas, no le agradó verla derrotada: los valientes eran fuertes ante la adversidad. Luego, pensó en él, en lo que había perdido, pues el odio y la furia de esa mujer, a la que tanto

admiraba, arrasarían como el cólera contra lo que fuera francés. No deseaba ser el blanco de esa mirada, no quería presenciar esa transformación, se negaba a asistir a la destrucción que provocaría la venganza mal dirigida. Se movió para irse cuando la voz estrangulada de Mercedes lo detuvo.

—¿Se va? —jadeó irreconocible—. ¡Cobarde! Nos deja solas para que ese malnacido regrese y termine lo que un día comenzó.

Sus palabras fueron como un latigazo en el alma para Claude, y cambió de plan.

—Mis hombres esperan fuera. Acomodaremos a los animales detrás y regresaré con ellos.

29

Mercedes lo vio salir, distorsionada la alta figura uniformada por las lágrimas que brotaban sin llamarlas. Le dolía el corazón de una forma tan física que le asustaba, que la dejaba sin fuerzas para respirar, para llorar, para ponerse de pie. El llanto desafinado de Marta llenaba la cocina, pero no podía socorrerla. Cómo, si ella misma no conseguía superarlo. La mente le exigía levantarse y tragarse el dolor, pero el cuerpo se negaba a secundarla, y allí seguía, postrada en el frío suelo de la cocina.

Cerró los ojos y visualizó a Salvador, alegre, confiado, joven. «*Por odio*», recordó las palabras del coronel. ¿Por qué lo odiaban? ¿O las odiaban? ¿Por qué nadie las había informado para despedirse antes de que le arrebataran la vida de una forma tan vergonzosa? ¿Por qué no habían sabido nada de Robles? Según iba asimilando la noticia, las preguntas empezaron a brotar como las setas tras un día de lluvia. Hizo acopio de fuerzas y se levantó. Se mareó; le dolían la cabeza, el pecho, los ojos. El inconexo lamento de Marta fue remitiendo a medida que le fallaban las fuerzas. Doña Elvira la mantenía abrazada con fuerza y la observaba a ella con el gesto pétreo y surcado por regueros de lágrimas secos.

—¿Nos entregarán el cuerpo? —preguntó la mujer.

—Hay muchas preguntas sin respuestas —replicó Mercedes, agotada—. Subid y acostaos. Yo me quedaré para aclarar qué ha sucedido y lo que nos espera mañana.

No añadió nada; se movió para llamar la atención de Marta y le indicó que fueran arriba con la mano. Marta salió de su letargo y se levantó, tomó la pizarra, escribió en ella y se la pasó a Mercedes.

—«Lo siento. Ha sido por mi culpa».

Mercedes lo leyó perpleja y cayó en la cuenta de la razón por la que se culpaba.

—«No. No nos han descubierto. Hablaré con el coronel y trataré de averiguar qué ha sucedido, pero no ha sido por eso».

Marta lo leyó, lo borró ya más tranquila y la miró, cansada, triste y derrotada, con los ojos enrojecidos e hinchados. Doña Elvira tiró de ella y la condujo, desmadejada, arriba. Oyó a los caballos relinchar en la parte trasera y se acercó a la pila para asearse la cara. Dicen que la muerte de un ser querido se presiente. No había sido su caso, sino que había permanecido confiada en que saldría con los demás rehenes. Se secó la cara con un paño, cogió la palmatoria de latón que iluminaba la mesa, sobre la que se habían quedado olvidados los rosarios y los infructuosos rezos, y se encaminó al salón. Colocó la palmatoria sobre la repisa de la chimenea, se sentó en el sofá y contempló cómo el pábilo de la vela bailaba al son de la corriente de aire. Aunque el sueño la huía, la lasitud se adueñó de su cuerpo como consecuencia de la profunda tristeza que la anegaba.

Oyó que los hombres entraban y la voz de Cornulier, en susurros, explicaba que compartirían la habitación. Ascendieron por las escaleras, que crujieron bajo el peso de los cuerpos fuertes de los soldados, y que no volverían a crujir bajo el peso de Salvador. Allí, en la penumbra, los recuerdos de su hermano llenaron los minutos. Ignoraba el tiempo que había transcurrido, porque se evadió del mundo real, pero, cuando despertó de aquel extraño letargo, reparó en la presencia del coronel, sentado en el otro extremo del sofá, acompañándola en silencio para no perturbarla. Sintió cómo una gota caía sobre las manos entrecruzadas en el regazo, elevó una de ellas hasta el mentón húmedo por las lágrimas que corrían silentes. No se había percatado de que seguía llorando. Reunió el coraje suficiente para preguntar en un hilo de voz:

—¿Bajo qué cargos lo ahorcaron?

—Me pregunta por una muerte legal. Comprendo su derecho a saber, pero le ruego que no indague. Le aseguro que me estoy ocupando personalmente del asunto. Sus vecinos, el zapatero, la mujer a la que acompañaron a Iruz y la lechera, lo han amortajado, y lo velan esta noche: ellos darán fe de su muerte y presencia en el ataúd, que, una vez cerrado, no volverá abrirse. Un sacerdote le ha ungido los santos óleos. Lo acompañarán a la iglesia, donde he encargado una misa por su alma, y a continuación será enterrado en el cementerio del convento. Yo no podré asistir, pero el teniente Léry estará a su disposición para lo que dispongan.

—Que no indague —repitió Mercedes con voz desmayada—. ¿Sabe lo terrible que suena eso? ¿Usted se ocupa? La justicia no ejercerá su derecho sobre un francés y menos por haber asesinado a un español.

—Si mi plan sale bien, espero ofrecerle la cabeza de Linois al finalizar el día.

—¿Por qué toma partido? ¿No es traición a su patria?

Mercedes observó que Cornulier apretaba los labios y el puño que descansaba sobre el respaldo del sofá. Le intrigaba ese hombre. El patriotismo la había cegado, y no había reparado en su constante presencia y en la ayuda que había recibido de él. Contempló su perfil sereno y varonil, en el que destacaba la nariz con grupa, mientras se centraba en la llama vacilante de la única vela que los alumbraba. El coronel se hallaba en mangas de camisa y la corbata colgaba sin nudo, pero conservaba el chaleco. La llama perdió interés para él, y se volvió a ella.

—No había orden contra Salvador, por lo que el sargento sobrepasó sus atribuciones: fue un asesinato. Y un asesino, sea de la nacionalidad que sea, es un asesino. No me parece que haya traición por ninguna parte, y el único partido que tomo es el de la justicia que me inculcó mi tutor, abogado por vocación.

—Pero no ha sido solo en esta ocasión. Me he dado cuenta de que se ha convertido en una especie de ángel de la guarda para mi familia —se sinceró Mercedes.

—Me agradan sus palabras; sin embargo, haré como que no las he escuchado para que no me acuse de haberlas suscitado en un momento de debilidad. Recuerde que, en más de una ocasión, no se ha mordido la lengua, y conozco su forma de pensar, que es muy distinta.

—No mezcle las convicciones con la vulnerabilidad. Como usted, he de descubrir a las personas que se ocultan debajo de los uniformes o de las lealtades. Le agradezco su caballerosidad en ese aspecto y me encuentro en deuda con usted por ocuparse de los detalles del entierro y traernos la noticia. Todo ello le habrá ocasionado unos gastos, y le ruego que acepte su restitución. Podemos hacer frente a un entierro digno.

—Eso no podrá ser, y la razón es egoísta, lo confieso. Si no hubiera intervenido en los manejos de Linois, si no me hubiera

cruzado en su camino, Salvador seguiría vivo y ustedes… vivirían tranquilas. A Linois lo ciega el odio hacia mi persona, y ha buscado la forma más efectiva de lacerarme, ya que no puede enfrentarse a un superior.

—¿En qué le afecta a usted la muerte de Salvador?

—¿De verdad me lo pregunta? Entonces, eso convierte mis esperanzas en humo.

Mercedes sintió como si algo, muy lejano y ajeno a ella, como un recuerdo, le golpeara el corazón. En la embotada mente, llena por el dolor, se abrió un resquicio a un sentimiento olvidado por el imperativo de una guerra: el amor.

Se quedó quieta, sin bajar la mirada que horadaba la oscuridad en busca de una correspondencia en los ojos de Cornulier, y allí se engancharon, en silencio, hasta que la llama de la vela agotó el pábilo y los sumió en la más completa oscuridad. Solo entonces, el coronel suspiró.

—Es usted muy valiente. —Mercedes se sorprendió de su propia voz en la oscuridad—. Me halaga que alguien con su moral y sentido del honor y del deber se fije en mí; sin embargo, nos separa un abismo, y no hablo solo de nuestras lealtades, sino también del conflicto que nos envuelve. No soy libre: debo cuidar de mi hermana y mi país está en peligro; y usted tampoco lo es.

—Soy consciente de ello; pero en sus palabras no encuentro ninguna orientación sobre su inclinación.

—¿Y qué importa si no puede ser? Admitir algo imposible es dar un paso hacia la infelicidad.

—El corazón no entiende de esos límites —argumentó, incansable, Cornulier.

—Claudico. Al final, sí se está aprovechando de mi vulnerabilidad. Reconoceré que no me es indiferente, pero eso no conduce a ninguna parte.

—Hoy, no; pero la guerra no es eterna; acabará y, entonces, la buscaré —replicó Cornulier, ilusionado.

—Han pasado casi tres años desde que empezó y ya no soy la misma: he deseado y he hecho cosas que nunca imaginé. ¿Quiénes seremos dentro de unos años más? —razonó Mercedes, con la clarividencia que ofrece el dolor.

—Dos personas más sabias que valorarán las prioridades de la

vida de forma muy diferente —contestó Cornulier.

—Lo dice como si ya lo hubiera experimentado —reflexionó Mercedes.

—Sí, pero usted no; por eso la comprendo y por eso esperaré.

—Es usted muy misterioso. Ahora que lo pienso, no sé nada sobre usted.

—Conoce lo más importante sobre mí; lo demás son detalles triviales. Suba a descansar, que, aunque no lo crea, dormirá. Por la mañana, enviaré al cervecero a recogerlas y las llevará a la iglesia.

—¡Oh! El señor Robles. Me he olvidado de él —se lamentó al tiempo que se ponía de pie.

—Yo no —replicó lacónico, y murmuró más bajo—: Lo tengo muy presente.

—Es extraño que no nos haya informado de lo que estaba sucediendo. Igual no pudo acceder al fuerte y enterarse —comentó Mercedes, cansada—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Mercedes subió las escaleras y entró en la habitación. Doña Elvira y Marta dormían acurrucadas. No se desvistió para no hacer ruido, y se echó sobre el catre. Con la mente atolondrada y el corazón saturado por los sentimientos contradictorios que había experimentado en el espacio de escasas horas, se sumió en un extraño sueño en el que se mezclaban el dolor, la ira y un sentimiento más cálido, muy cercano al agradecimiento y a la ansiada paz.

30

A Claude solo le dio tiempo a echar una cabezada. Como había ordenado, bajaron los dos soldados y lo despertaron. Salieron por la puerta trasera, ensillaron los caballos y los condujeron a la parte de delante, donde, una vez traspasada la verja, montaron y se perdieron en el alba camino del muelle. Sorprendió a Robles y a sus hombres cargando el carro para el reparto de la mañana y lo rodearon en cuanto descabalgó. Reconocieron que estaban al tanto de lo sucedido y, aparte de la ira y de la impotencia que sentían ante un acto así, no habían reunido el valor de presentarse en la casa de la familia. Confesaron que no se les ocurrió que lo hubieran ejecutado sin conocimiento de las hermanas y protestaron por el trato tan deshumanizado.

—¿Cómo íbamos a prever que no se lo comunicarían a la familia? —se lamentó Robles—. Si lo hubiera sabido, incluso que lo iban a colgar, que también lo ignoraba a pesar de haber preguntado por su suerte, habría acudido al lado de las hermanas.

Claude aceptó las disculpas, anotó mentalmente el dato de que Robles se había interesado por Salvador y no había obtenido contestación, y acordó enviarle recado de la hora en la que trasladarían el cadáver a la iglesia para que fuera a buscar a las señoras.

Cumplidas sus obligaciones con los Velarde, se centró en el largo día que le quedaba por delante. En el convento, la vida cuartelera seguía la rutina. Se pasó por la cantina y mantuvo una ilustrativa charla, largo tiempo demorada, con Babette, quien se avino, encantada, a prestarle ayuda. En el despacho lo aguardaba Léry, sepultado bajo las diligencias del día.

—Se quedó —constató Léry, en cuanto asomó la nariz.

—Sí. No resultó como había previsto. Al principio, sí, y pensé en salir corriendo, lo confieso, pero la hermana mayor me acusó de cobarde en cuanto intuyó la intención y me reprochó que las dejara

desamparadas ante la perversidad de Linois. Aquello me ancló allí.

—Dio de lleno en la diana del honor —concluyó Léry, sin mostrar satisfacción alguna—. Lo conoce bien, aunque he de admitir que igual no iba tan desencaminada respecto al sargento.

—¿Dónde anda Linois? —inquirió Claude, planificando el próximo movimiento.

—Durmiendo. Le tocó guardia. Lo tengo vigilado.

—Siempre tan eficiente, ¿qué haría sin usted? —lo alabó—. Envíe un mensaje al cervecero indicándole la hora de la misa funeral para que recoja a las señoras. Voy a asearme y a cambiarme de ropa. He de estar presentable en la reunión de Barthélémy con las autoridades de la ciudad con las que desea solventar el asunto de los arrestos.

—No los soltará hasta que haya arruinado a las familias. Es su forma de actuar.

—Necesito un favor más. Si se encontrara cerca de Linois en algún momento de la mañana, grite a su compañero, para que lo oiga el sargento, que esta tarde tiene una cita ineludible en Rúa Mayor.

—¿Es la trampa? —indagó Léry.

—Lo es —confirmó Claude.

—Lo extenderé entre los suboficiales: que simulen que esta tarde tienen una cita en esa calle.

—Teniente, llega el sacerdote —anunció el guardia de la puerta.

—¡Ahora salgo! —gritó Léry, y se volvió a Cornulier—. Estaré pendiente de ellas a lo largo del día —prometió mientras se ponía la casaca, se colgaba la espada y se acomodaba el bicornio bajo el brazo.

Claude tomó un baño asistido por el cabo Fontaines, que llevó la ropa a su mujer para que cepillase la casaca y lavara la camisa y el calzón; el hijo más joven se dedicó a abrillantar las botas. Al cabo de una hora, se asomó a la puerta, ya vestido impecablemente con las charreteras doradas rutilantes, como correspondía a un oficial de su grado, bien afeitado y peinado a la moda. En ese momento salía el cortejo fúnebre, compuesto por los vecinos de la familia, Robles, sus hombres y las tres mujeres dolientes con las cabezas cubiertas por largos y sencillos velos negros. Emprendían el camino en dirección contraria adonde se hallaba él, hacia el cementerio del

convento. Delante del féretro abría la comitiva Léry, seguido por el sacerdote con dos monaguillos que lo asistían con los ungüentos del oficio y el incensario, que meneaban de un lado a otro para esparcir el aroma. Divisó la figura de Basilio en el patio y supo que había llegado la hora de desaparecer de la escena.

Basilio remoloneó por el patio. Había visto al coronel cuando abandonaba el cuartel en su caballo, por lo que le correspondía a él simular el encuentro con Linois. El solo pensamiento de cruzar unas palabras con ese sargento le erizaba el pelo de la nuca. Había oído que había torturado salvajemente a un español sin razón aparente y que ahora había ahorcado a un hombre tras cortarle las orejas. Se lo habían contado los aguadores de la fuente de Becedo, que fueron de los pocos asistentes a tan horroroso espectáculo.

No hablaba francés, pero comprendía lo suficiente como para hacerse entender, aunque el coronel le había asegurado que el sargento hablaba español. Como si hubiera sido conjurado por el diablo, Linois, con el pelo revuelto y mal vestido, surgió de una de las cabañas, construidas junto a los muros que rodeaban el patio con la rapidez de la necesidad. Basilio se paseó por delante de él con aire despistado.

—¡Eh! ¡Usted! ¿No es uno de los informadores de Cornulier? —llamó Linois.

—Sí, señor sargento —respondió Basilio, acentuando la zalamería—. Tengo una noticia para él, pero no está. Me han dicho que lo espere.

—Va y viene, pero suele aparecer a primera hora. Es un hombre de costumbres. Es raro que no esté.

—¡Vaya lío! No me perdonará. Eso me pasa por meterme donde nadie me llama. Desapareceré de su vista una temporada, hasta que se le pase la furia.

—¡Vamos, hombre! No será para tanto. —Basilio movió la cabeza, dudoso—. ¿Cuál es el drama?

—Se trata de un asunto personal del coronel en el que le he fallado.

Basilio detectó en qué segundo había captado el interés malicioso de Linois.

—¿Un asunto personal? ¿De esos que nadie desea que se conozcan?

Basilio no contestó, pero la expresión de alarma por haber hablado de más y la renuencia a explicarse acabaron con las reservas de Linois.

—No tema de alguna indiscreción por mi parte. Es más, le propongo un negocio sustancioso para usted. Al fin de cuentas, ¿no vende información en ambos bandos? —El sargento esbozó una sonrisa de hiena ante la nueva acción que preveía.

Basilio aceptó el lingote de oro que se perdió en su bolsillo con la rapidez de un prestidigitador y, entonces, se tornó locuaz hasta en los detalles más sórdidos. Cuando terminó, como conocía la catadura del canalla con el que había tratado, según traspasó la puerta del recinto del convento, siguió el camino, atravesó la puerta de San Francisco y anduvo confiado hasta que perdió de vista los muros de la ciudad y echó a correr para perderse entre calles. Entró en una casa vacía, de las muchas que había, y aguardó. No se había equivocado en su apreciación, y distinguió a dos soldados de infantería que corrían para darle alcance, darle muerte y recuperar el lingote. Si algo había aprendido era a conocer con quién trataba y también a tener paciencia.

No abandonó el resguardo y al poco rato divisó el avance lento y por separado de los dos soldados que regresaban sobre sus pasos. Husmeaban entre los callejones con los fusiles 1777 preparados para disparar al menor movimiento sospechoso y miraban a lo lejos en busca de su figura. Si eran secuaces de Linois, no tardarían mucho en abandonar la búsqueda, porque debían actuar con rapidez si no querían que se les escapase la presa. El sol apretaba, aunque septiembre se echaba encima, y se tendió sobre la madera desnuda de la casa abandonada para dormir un buen rato. No dejaría su escondrijo hasta la noche.

Claude permaneció de pie junto a la puerta. La casa de la condesa viuda de Isla no era tan ostentosa como correspondería a alguien que disfrutaba de ese título, aunque tampoco se podía fiar por las apariencias, pues, con un ave rapaz como Barthélémy sobrevolando la ciudad, no era conveniente hacer gala de riqueza.

La casa se ubicaba en la calle Rúa Mayor, como le había contado el padre Bizeul después de su repatriación a Francia. Había sido una de las benefactoras de los trescientos sacerdotes que huyeron de Francia en los terribles tiempos de la Revolución. Por esa razón, el

secretario del gobernador había cambiado de opinión y había elegido su casa como lugar neutral donde reunirse con los indignados próceres civiles.

Doña Juana Velasco no usaba crespina, una prenda poco frecuente en España, y llevaba el pelo blanco recogido en un alto moño. Pese a la edad, mantenía una mente clara y unos movimientos ágiles. Una vez que llegaron los interesados, se retiró discretamente de la escena, en la que no había cabida para las mujeres, y cerró las puertas. Del lado de la ciudad, habían acudido el alcalde, Bonifacio Rodríguez de la Guerra; el intendente Aldamar; el comisario de policía, Pedro Darripe, un vendido a los intereses de Barthélémy; el marqués de Valbuena, Joaquín Sárraga, y Justo Laurens, asentistas del ejército estos últimos; por parte del gobernador tan solo se hallaban el propio Barthélémy con el secretario Laboire, que lo seguía como perro faldero; el señor Helguera y él mismo, como representante de la Gendarmería Imperial. Antes de sentarse, se formaron corrillos en los que se murmuraban las últimas recomendaciones, momento que aprovechó el intendente Aldamar para intercambiar unas palabras discretas con él.

—Imagino que tendrá conocimiento del viaje a Madrid del secretario del ayuntamiento, el señor Cos.

—Sí. Por lo que leí en la petición, le han confiado una serie de gestiones con los ministros
O'Farril,
Almenara y el conde de Montarco para que se le concediera empleo y condecoraciones a una serie de personalidades de la ciudad.

—Efectivamente —miró alrededor antes de seguir—, y, extraoficialmente, para que solicitara el relevo de Barthélémy.

—Les deseo suerte —murmuró Cornulier.

Aldamar asintió y se separó. A Claude le hizo gracia que, a pesar de residir en la ciudad tan solo unos meses, ya confiaran en él: la desesperación obligaba a buscar aliados. Se sentaron en círculo, menos el comisario Darripe, que se quedó junto a la chimenea, y él, que optó por situarse cerca de la puerta, con la ansiedad de quien aguarda el resultado de la intriga elaborada. La reunión comenzó en un tono contenido por parte del alcalde Bonifacio, quien leyó una relación de quejas y pasó a enumerar las frecuentes exacciones que

se habían llevado a cabo a lo largo del año para sostener al ejército.

Cómo justificaría esas acusaciones y qué explicaciones, medianamente convincentes, ofrecería Barthélémy fueron cuestiones que quedaron relegadas ante los gritos y el ruido que traspasaron las puertas cerradas. La sorpresa paralizó a los señores reunidos, quienes se volvieron expectantes hacia la entrada. Claude sacó la pistola y desenvainó el sable y Darripe lo imitó. Las dos hojas, en lugar de ser abiertas, fueron empujadas, el resbalón dobló la cerradura y la madera crujió hasta ceder a la fuerza. Ambas hojas se abrieron violentamente y dieron paso a dos bandoleros que ocultaban la cara bajo unos pañuelos. La condesa, lívida, los seguía con el trabuco de un tercero incrustado en los riñones.

Nadie llegó a hablar, aturdidos ante el asalto, y los dos bandoleros se detuvieron bruscamente en el centro de la sala, como si se encontraran en el sitio equivocado. Claude, en sobre aviso, aprovechó esos segundos de desconcierto para golpear a uno de ellos en la cabeza con la culata de la pistola, a la vez que desviaba el trabuco que apuntaba a la condesa hacia el techo. La bala se incrustó en una moldura y produjo una suave lluvia de yeso pulverizado sobre algunos de los presentes. Darripe, por su parte, redujo al tercer bandolero. Los gritos de las criadas revelaron la presencia de más asaltantes. Ya repuestos, los hombres de la sala se hicieron cargo de los detenidos y el comisario y él se internaron en la casa para detener al resto.

Subieron las escaleras, pues el jaleo provenía de las estancias superiores. Oyeron el golpe de cajones y objetos que caen al suelo y la apertura violenta de puertas entre el llanto y los gritos de histeria de dos mujeres a las que arrastraban por el suelo, a juzgar por el ruido. Claude se asomó al pasillo vacío e hizo una seña a Darripe para que entrara en la estancia opuesta a la de él. Lo hicieron a la vez y Claude llegó a tiempo de detener la violación de la muchacha a la que habían empujado sobre la cama. Con tanto grito, el asaltante no oyó su llegada, lo que le facilitó dejarlo sin sentido. La chica se escurrió de debajo y se acurrucó en un rincón sollozando y recomponiendo el corpiño roto. Claude cogió de los pies al intruso y lo arrastró, en medio del marasmo de ropas y objetos esparcidos por el suelo, al pasillo, y, luego, escaleras abajo. Darripe, más considerado, condujo a su detenido bajo la amenaza de la pistola.

Mientras tanto, en el salón, había continuado el drama y habían desenmascarado a los tres bandoleros: Linois balbucía palabras de acusación hacia un informador español y hacia el coronel Cornulier, ante un perplejo y escéptico general Barthélémy y unos enojados señores ciudadanos.

—Le aseguro, general, que esto lo ha tramado el coronel Cornulier, que envió a su informante para tenderme la trampa —confesaba atropelladamente.

—¡Esto es más de lo que podemos soportar! —exclamó Aldamar, echándole una mano al intuir la verdad que se vislumbraba en el fondo—. ¿No se le ocurre el nombre de otra persona para enfangarlo con semejante mentira?

—¡Y vestidos a la usanza de los bandoleros, con ropas españolas para acusar a los nuestros de los desmanes de su ejército! —se quejó el marqués de Valbuena, ajeno a la realidad.

Claude se mantuvo en silencio, facilitando que Linois se pusiera la soga al cuello él solito, y en ningún momento se mostró molesto por la implicación del sargento. Los españoles ya gritaban lo suficientemente alto para que fuera necesario o eficaz por su parte.

—¡Cállese! —gritó el gobernador, abrumado por el giro inesperado que había tomado la reunión—. Coronel, comisario, lleven a estos hombres al fuerte de San Felipe, liberen a los rehenes y metan a estos desertores en el calabozo.

—¡No somos desertores, general! —chilló Linois, cada vez más consciente del alcance de su acción.

Claude no se hizo repetir la orden y, con un gesto de entendimiento con el comisario, ataron a los detenidos con los cordones de los cortinajes y los condujeron al exterior de la casa. En la calle, se habían congregado los curiosos atraídos por los gritos de las mujeres y el disparo. Claude envió a un chiquillo para que requiriera una escolta de gendarmes en el convento, mientras tanto Darripe dispersaba a los vecinos con la somera explicación de que habían detenido a unos delincuentes. Claude extrajo una soga del zurrón de la montura y unió con ella a los detenidos.

—Me las pagará, coronel —escupió Linois—. Al general no le quedará más remedio que liberarme si quiere que cierre la boca. Se ha metido en un buen lío.

Lejos de entrar en la provocación, siguió con la tarea en silencio

y sin dedicarle una sola mirada. Cuando terminó, llegaron los gendarmes, montó en el caballo y emprendieron el camino hacia el fuerte.

Observó la altura del sol y calculó que la misa estaría a punto de terminar y, en breve, Salvador Velarde descansaría en paz. Imaginó el desconsuelo de las tres mujeres y se prometió que, cuando llegase la noche, Linois ya no estaría en condiciones de hacer daño a nadie. Por el camino, los reos que conducía atados atrajeron a los más jóvenes que correteaban por las calles, que los siguieron en procesión insultando y arrojándoles chinas a los supuestos bandoleros como una nueva diversión.

Según se aproximaban al destino, los chicos, muchos de ellos harapientos, se fueron quedando rezagados, y terminaron por regresar a sus calles. Entraron en el recinto amurallado al patio de armas. Era tan antiguo que se limitaba a ser una construcción cuadrada con torreones en cada esquina y las estructuras interiores se adosaban a la murallas, dejando el patio central despejado. Se apeó frente a la casa sin ventanas que servía de prisión y entró en tanto el comisario y sus hombres aguardaban fuera.

—Sargento Cellier, coronel —se presentó el hombre al frente del fuerte.

Al oír el nombre, al coronel le vino el recuerdo del tonel de cerveza que llegó al pontón de la bahía y rezó para que no se emborrachase y permitiese escapar a los presos, aunque ya se ocuparía personalmente de que no hubiera lugar a esa posibilidad.

—Sargento, por orden del gobernador, libere a los rehenes. Le traigo nuevos inquilinos, y le firmaré el parte de entrega si me lo facilita.

Claude aguardó a los retenidos, pues, aunque la orden había partido del general, deseaba que hubiera constancia de que él se encontraba detrás de ello. Oyó el ruido metálico de las llaves y de las rejas al abrirse, así como las voces retraídas ante el cambio que se producía, tras varios días recluidos.

—¡Coronel! —exclamó el señor Molino—. ¿Ya consiguió el gobernador lo que quería?

—No lo creo. Ha habido una circunstancia que ha complicado la recaudación y se ha visto obligado a liberarlos.

—¿Qué circunstancia? —se atrevió a indagar otro de ellos.

—Una, llamada Linois, que espera fuera a ocupar su lugar; sin embargo, no deseo ser aguafiestas, y será el alcalde quien les relate la historia. A mí me urge reunir un consejo de guerra: he de juzgar a unos desertores.

Los nuevos prisioneros fueron metidos a empellones en las celdas, que conservaban el calor y el olor de los anteriores inquilinos.

—Cellier, busque a varios hombres para que lo ayuden a colocar unas mesas y unas sillas en la explanada del fuerte: se va a celebrar un consejo de guerra en un par de horas.

Montó en el caballo y se dirigió al trote por la calle de La Ribera hacia el convento de San Francisco. En los establos, ordenó a André, el hijo de Fontaines, que avisara a su madre.

Se retiró al despacho para decidir el nombre de los oficiales que formarían parte del consejo: el teniente coronel de húsares, Lescot; el coronel del regimiento de Ligne, Mathivet; el general de brigada, Barthélémy, quien, por ser el de mayor rango, presidiría el consejo, y él, como oficial de mayor grado de la Gendarmería. Demasiado honor para un sargento y tres soldados rasos. Si se hubiera tratado de un oficial, el asunto habría sido más complicado. Escribió los mensajes y llamó al soldado de guardia para que se encargara de que los destinatarios los recibieran y luego se entregó a otra labor más prolija y en la que había tenido al mejor maestro, su tutor René Sologne: a preparar los cargos contra Linois.

La mujer de Fontaines lo interrumpió cuando le trajo la comida. Entró con una sonrisa y su casaca militar sin mangas por ser verano, aunque conservaba el gorro rojo cuartelero que la protegía del terrible sol español.

—Ha corrido la noticia como la pólvora. Habrá mucha audiencia —anunció mientras aguardaba a que él apartara los papeles para dejar la bandeja.

—Está muy contenta —observó Claude—. ¿La perseguía?

—Como a todas, aunque no se atrevió a nada, pero amenazaba fanfarroneando de inmunidad por los favores que le hacía al general.

—Esa inmunidad se le ha terminado. Ha dado al traste con un negocio de Barthélémy de muchos reales.

—Eso dicen. ¿Los rehenes que ha tenido que soltar?

—¡Ajá! Y ya he dicho suficiente. Perdería interés el consejo de guerra si dijera demasiado. ¿Podría correr la noticia de que la corte marcial se reunirá a las seis de la tarde en el fuerte? Sería conveniente que hubiera mucho público, y si alguien pudiera aportar pruebas de cualquier tipo de acusación, que se pase por aquí sin pérdida de tiempo. Avise a su marido: necesito que me ayude con los preparativos.

A las seis en punto, cuando remitía el calor en la explanada, se reunieron los oficiales que formarían el consejo. Sobre las sillas que ocuparían habían levantado un tinglado para dar sombra. Barthélémy se aproximó con paso seguro y el ceño fruncido.

—Señores, antes de que comience el consejo, debo anticiparme y avisarles de que esos hombres tratarán de manchar el nombre de muchos de nosotros, como ya lo intentaron, con escasa fortuna, con el coronel Cornulier.

Aquella declaración traía aparejadas dos realidades: la primera, que Barthélémy intuía que Cornulier no era tan inocente en la pantomima de Linois como bandolero; la segunda, que tampoco lo era el general de las acusaciones que vertieran a la desesperada los acusados. No hacían falta muchas luces para comprender la verdad, pero no eran los únicos que tenían cuentas pendientes con Linois, como descubrió por el entusiasmo que se había apoderado de los regimientos ante la noticia de la caída en desgracia del sargento y de algunos de sus secuaces. Los que se habían librado se movían por la sombra a la espera del devenir de los acontecimientos.

—Estos hombres —continuó Barthélémy— han mancillado el honor de este ejército al disfrazarse de bandoleros e irrumpir para robar en una casa cuando tenía lugar una reunión muy importante, sin dejarme otra opción que la de actuar como lo estoy haciendo. —Claude observó alguna que otra mueca de satisfacción por parte de los oficiales—. Así que abreviaré este consejo con la anuencia de ustedes, a no ser que deseen escuchar a los presos. —Los oficiales movieron negativamente la cabeza y murmuraron su aprobación—. Así pues, estamos de acuerdo con aplicar la máxima pena, según el código militar.

El tribunal había decidido antes de celebrar el juicio.

Tomaron asiento y condujeron a los cuatro presos a su presencia. Todavía disfrazados, los dejaron de pie bajo el sol ante el consejo.

El oficial que ejercía de fiscal leyó los cargos, redactados por Cornulier, de deserción por no vestir el uniforme, robo con el ejercicio de la fuerza y violación frustrada en la persona de una criada. La sorpresa se produjo cuando llamó a declarar a la cantinera conocida como Babette, quien relató con numerosos y escabrosos detalles la violación reiterada de doncellas y cómo las obligaban a aceptar sus requerimientos bajo amenazas: en otras palabras, a ejercer de barraganas e incluso de prostitutas. La virginidad era subastada con total impunidad de los delincuentes, que esgrimían el amparo del general de brigada.

Cuando se mencionó la participación de Barthélémy, Claude miró de reojo al general, quien escuchaba con el ceño fruncido, pues era su obligación, por ley, cuidar de las personas bajo su mando, incluidas las cantineras y familiares de los soldados, amparados por los fueros militares napoleónicos.

En cuanto se retiró Babette, Barthélémy cortó la iniciativa del fiscal tomando la palabra. La prisa por concluir aquello se manifestó de nuevo cuando el general de brigada resolvió terminar la relación de cargos, privando a los espectadores de unos suculentos chismorreos.

—Este consejo ya ha deliberado sobre los cargos que se les imputa a estos cuatro hombres, aunque el más grave es el de deserción, como sus ropas indican, por lo que los condenamos a la pena de muerte.

Las protestas de los cuatro hombres, sudorosos bajo el inclemente sol, fueron sofocadas por el griterío eufórico de las tropas, de los vivanderos y de los familiares que los acompañaban. Barthélémy dio la orden de que se seleccionara un pelotón de ejecución.

—¿Fusilados? —interrumpió Cornulier al general—. Eso es para los soldados, y estos hombres no llevan el uniforme, por lo que rigen las leyes comunes —declaró.

Los compañeros de mesa lo miraron estupefactos, pero, en cuanto comprendieron el giro que había tomado la cuestión, apoyaron su demanda.

—¡No disponemos de una guillotina! —se sublevó el general ante la idea.

—Pues a la antigua usanza —propuso el teniente coronel de

húsares, Lescot, con una sonrisa aviesa—: con el hacha.

Los demás apoyaron la idea y Barthélémy se plegó a la exigencia de sus hombres; no se hallaba en situación de negar nada. Cuando preguntó cómo lo llevarían a cabo, Claude hizo una seña a Fontaines, que se adelantó con cuatro hombres, ya con las pequeñas hachas de combate en la mano.

—Cornulier, no conocía sus inclinaciones sádicas —murmuró el coronel de infantería, satisfecho.

—¿No son demasiado pequeñas para una decapitación? —objetó el general.

—Si sirven para partir leña, servirán para decapitar, digo yo —se adelantó Lescot, tremendamente complacido con el giro de los acontecimientos.

—Si están de acuerdo, así sea —volvió a ceder Barthélémy, a quien se le había escapado el curso de los acontecimientos cuando creía que era quien manejaba el tribunal. Hasta ese momento, no había concedido la importancia debida a la inteligencia de Cornulier.

Mientras tanto, Linois se desgañitaba gritando tropelías en las que habían participado muchos de los presentes, reclamando favores y amenazando a quien ya no podía hacer daño. La tropa festejaba la decisión del consejo de guerra, y se silenció cuando el general de brigada se puso de pie y anunció que la pena sería aplicada de inmediato con la peculiaridad de que, en lugar de ser fusilados como soldados, serían decapitados como civiles, ya que no vestían el uniforme e iban como brigantes españoles.

Claude disfrutó, sin remordimiento, de la lividez de los semblantes de los reos y del entusiasmo de los asistentes. A una señal suya, Fontaines se adelantó con los cuatro hombres que portaban las hachas, un cesto de mimbre y una banqueta que serviría para apoyar la cabeza a falta de un tocón. En cuanto vieron los preparativos, como hombres de guerra, comprendieron que la muerte no iba a ser tan plácida como una bala. Dos de ellos aflojaron los intestinos ante la rechifla de los asistentes. Los insultos volaban más altos que los gritos de acusación o de petición de clemencia de los condenados. Entre dos tuvieron que doblegar al primero de ellos, que lloraba y pataleaba mostrando la cobardía que ocultaba tras la bravuconería con la que había tratado a los

compañeros de armas. Una vez de rodillas, el hachazo del soldado fue rápido, aunque no certero, ya que no era verdugo de profesión, así que fueron varios los hachazos hasta que consiguió separar la cabeza que rodó ensangrentada en tanto el cuerpo sufría convulsiones.

El macabro espectáculo, que conservaban en la retina los procedentes de París de los años de la guillotina, se repitió con el siguiente soldado aprendiz a verdugo, pero Claude no reparaba en ello: solo tenía ojos para Linois, quien contemplaba la carnicería horrorizado. Lo había planeado al detalle con Fontaines, y habían decidido dejar a Linois en último lugar para que presenciara su muerte tres veces. Cuando, en medio de una laguna de sangre, le tocó el turno de arrodillarse, la tropa calló expectante, y, antes de doblarse, buscó con la mirada a Cornulier, quien se la sostuvo impasible.

—¡Nos veremos en el infierno, coronel! ¡Lo maldigo…!

No pudo terminar; Fontaines lo empujó hacia delante y el hacha fue implacable, aunque, como en las otras ocasiones, imprecisa en el corte.

Los presentes, al término de la ejecución, aplaudieron a los verdugos que se disponían a retirar los cuerpos y el cesto de mimbre con las cabezas. Barthélémy, muy serio, se ausentó sin pronunciar una palabra, momento que aprovecharon los oficiales para felicitar a Claude.

—Ignoro cómo ha conseguido hacer caer a Linois, pero cuenta usted con mi admiración, Cornulier —confesó sin rubor el teniente coronel de los húsares.

—Y con mi reconocimiento. Me tenía harto ese individuo al que amparaba el general —añadió el coronel de infantería.

Claude sintió que le tiraban de la casaca; bajó la vista y se encontró con uno de los hijos de Fontaines.

—De parte de mi padre.

Se agachó y tomó el paquete que le entregaba el chiquillo. Cansado de tan esperpéntico espectáculo, buscó su caballo y se retiró al convento para abrirlo. Una tela encerada protegía la siniestra caja de madera, que dejó a un lado, con la deferencia que le producía el dueño del contenido, y se inclinó por una cadena de oro con una cruz, la misma que Linois robó delante de sus narices la

noche que lo sorprendió en el dormitorio de las mujeres. La cogió entre los dedos y la contempló pensativo, como si fuera a revelarle qué hacer con el contenido de la caja. Y así debió de ser, porque se le encendió una luz al caer en la cuenta de que Salvador llevaba enterrado escasamente unas horas. Se levantó, llamó al soldado de la puerta, envolvió la caja y se metió la cadena en el bolsillo.

—No regresaré al cuartel hasta mañana si alguien pregunta por mí —informó al soldado de guardia.

Se encaminó al cementerio y, como se temía, habían colocado la losa, pero no la habían sellado todavía. Habló con el enterrador, quien la retiró y removió un poco la tierra para hacer un pequeño hoyo en el que depositó la caja con las orejas de Salvador. Ayudó a recolocar la losa que esperaba la labor del grabador y regresó al patio, entró en los establos y salió con su montura de las riendas.

31

Mateo Robles, tras la breve visita del coronel de la Gendarmería, se sentó anonadado ante su escritorio. No se acostumbraba a la idea de que Salvador Velarde, tan vital, había muerto. Lo conocía tan solo de unos meses atrás, pero la familia lo había involucrado de tal forma en sus arriesgados enredos que parecía que fueran amigos de toda la vida. Bullía la sangre por las venas de los hermanos. Pensó en informar del infortunio a Bustamante —no se le había escapado el interés por la pintora—, pero antes debía reunir más datos, los que le ofrecerían los vecinos que lo habían amortajado. El coronel, aunque había admitido la tortura y el odio que mediaban entre Linois y él, había eludido entrar en detalles. En cuanto llegó un muchacho con el mensaje sobre la hora del funeral y del entierro, se anudó el corbatín negro, avisó a los hombres sobre su ausencia y Pascual y Fidel se subieron al carro para participar en las exequias.

Llegaron ante la casa de los Velarde y se bajó de un salto. Tanto la verja como la puerta principal, que lucía un crespón, se hallaban abiertas, y entró. En el salón, ya vestidas de riguroso luto, aguardaban silenciosas las tres mujeres, sumidas en recuerdos de tiempos mejores. Sus rostros, todavía descubiertos, se volvieron con la languidez que la tristeza infiere a los movimientos.

—Estoy desolado por la noticia. Salvador se había convertido en un amigo para mí, tan extrovertido, dinámico y apasionado…, y ahora me cuesta hacerme a la idea. Lamento mucho la pérdida que han sufrido y lo echaré de menos, personalmente.

—Entre nosotros sobran las palabras de cortesía, señor Robles —contestó Mercedes, la hermana sensata e intrépida, como una buena paradoja—. Ha arriesgado mucho por nosotros y se lo agradecemos de corazón, pues, sin su ayuda, nada habría sido posible. Es usted el mago que consigue realizar los sueños más disparatados. Y todavía seguimos colgadas de su brazo.

—Encantado de poder servirlas.

Mercedes se levantó y se echó el velo de encaje negro sobre el rostro; Marta y doña Elvira la imitaron. Salieron delante de Mateo, quien se encargó de cerrar la puerta y la verja mientras Fidel las ayudaba a acomodarse sobre los cojines que habían dispuesto en el carro. Él subió junto a Pascual, que guiaba, y Fidel se sentó detrás, de espaldas a ellas para dejarles algo de privacidad, con los pies colgando.

Llegaron a la iglesia de San Francisco y se encontraron con la sorpresa de que no estaban solos: los rehenes que habían sido liberados se hallaban allí; algunos, como el señor Molino, con las señoras del brazo para presentarles sus condolencias y mostrar el horror y la repulsa que les producía semejante tratamiento a los fieles partidarios de su majestad, José I.

Mateo, atento a lo que se decía en presencia de las hermanas, las empujaba discretamente al interior del recinto y se entremetía en los pésames para que no escucharan más de lo conveniente; aun así, no pudo evitar que alguna palabra llegase a los oídos de la familia. El recinto sagrado olía a incienso y a cera de los velones que la alumbraban. Se sentaron en la primera fila, obviando los sitios reservados para las autoridades y personas relevantes de la ciudad. El resto de los asistentes aguardó fuera la llegada del féretro, que no tardó mucho más.

Las puertas de la nave principal se abrieron para dejar paso al sacerdote que precedía al cortejo fúnebre. Los latines que recitaba resonaron en el templo, y Mateo sintió cómo los cuerpos de las mujeres se tensaban. A pesar de que la conocía y la respetaba por sus muchas virtudes y habilidades, no había conseguido superar la angustia que le invadía cuando Marta emitía algún sonido: doña Elvira y Mercedes sollozaban quedamente, en tanto que el llanto distorsionado de Marta resonaba en el recinto, sobrecogiendo a los presentes.

Avanzó el féretro precedido por el teniente Léry con paso marcial y a hombros de Moncho, el latonero, de Jonás, el zapatero, y de Pascual y Fidel, quienes lo dejaron sobre el catafalco preparado frente al altar. A Mateo le resultó paradójico que un oficial francés acompañara a Velarde en su último viaje: la guerra proporcionaba momentos extraños como aquel.

Al finalizar el funeral, los hombres volvieron a aupar el féretro

para introducirlo en la zona conventual, la cual atravesaron hasta el cementerio, seguidos por más gente de la que había en un principio y que había acudido al propagarse la noticia, entre ellos distinguió al alcalde don Bonifacio con algunos de los concejales y el señor Aldamar. Tras el responso por el difunto, se procedió a la inhumación y el llanto de Marta volvió a escucharse, esta vez, entre las lápidas.

—Por favor —le susurró Mercedes—, abone los gastos.

Mateo notó el roce de una bolsa de terciopelo que le ofrecía discretamente la viuda. Asintió y la hizo desaparecer en el bolsillo interior de la chaqueta. Mientras ellas recibían las palabras de consuelo de las autoridades, se acercó al sacerdote que había oficiado y a uno de los padres franciscanos que lo acompañaban, pendientes de recibir el estipendio. El oficial francés se reunió con ellos.

—El coronel me ha ordenado que me haga cargo de los gastos —explicó el teniente.

—Conozco a las señoras, y dudo de que les agrade que alguien ajeno a la familia —expuso con tiento— se haga cargo de algo tan personal.

El oficial titubeó unos segundos, inseguro del terreno que pisaba, pero no se arredró: era un soldado y cumplía órdenes.

—¿Qué le parece si usted se ocupa del sacerdote y yo del entierro?

Mateo sopesó la situación y se dijo que el arreglo resultaba conveniente: el orgullo quedaba a salvo y los franceses, al fin y al cabo, eran los culpables de lo sucedido. La economía se impuso en el ánimo del cervecero, y aceptó.

—No lo comente a las señoras —rogó Mateo.

—Descuide. Me limito a cumplir con el deseo del coronel. Se lo advertiré.

En el regreso a casa fueron escoltados por el teniente y un soldado de la Gendarmería que lo acompañaba. En el carro de la cervecería subieron las mujeres, incluidas las vecinas, y en el del hojalatero, los hombres: Moncho, Jonás y Mateo, quien no desaprovechó el tiempo para sonsacar al zapatero.

—¿Qué ha sucedido exactamente? —inquirió, serio.

—Por favor, no me pregunte. Ha sido terrible; en mi vida he

pasado tanto miedo. Allí, solo, con Vicen y Justina, que no dejaban de llorar y de rezar mientras lo amortajaban.

—Yo sí quiero saber, tengo que saber —exigió—. ¿Qué sucedió? ¿Qué explicación le dieron?

—Explicación, ninguna. Lo que vi no lo olvidaré en la vida —siguió, renuente a soltar prenda. Mateo empezó a perder la paciencia y Jonás se explicó—: el coronel nos ha prohibido relatar lo que hemos visto. No desea que se enteren las hermanas, y os aseguro que lo entiendo. No seré yo quien abra la boca.

—Yo no soy de la familia, Jonás, y deseo un relato pormenorizado antes de llegar a la casa.

Por fin, la voluntad del zapatero se quebró, y se desahogó con detalles prolijos, tanto de las razones de la detención como del estado del cuerpo, y tampoco calló la intervención del coronel para que el cuerpo recibiera el trato debido y fuera amortajado y enterrado con dignidad.

Moncho y Mateo escucharon en silencio la amargura y la impotencia que destilaron las palabras de Jonás y se sobrecogieron y maldijeron en algunos puntos. Las sospechas de Mateo de que el coronel había puesto los ojos en Mercedes eran ciertas. No le caía mal el hombre, pero le urgía conocer las debilidades del enemigo. Por otra parte, estaba seguro de que no conseguiría que la mujer se fijara en él: era demasiado orgullosa y leal como para perdonar.

Miró hacia el carro que los precedía en un vano intento de descubrir lo que habían adivinado las mujeres de las conversaciones sueltas y las palabras balbucientes de los rehenes, aunque ni por asomo llegarían a imaginar la inquina de Linois.

Con la mente en tan tristes pensamientos se halló frente a la verja de la que había partido por la mañana. Las mujeres bajaron del carro socorridas por los hombres, incluso el teniente descabalgó para acompañarlas al interior de la vivienda. Vicen, Justina y Chelo las siguieron y se sentaron con ellas. Los hombres, indecisos, se quedaron en el jardín selvático de la entrada.

—¿Qué hacemos? —se preguntaron.

—Esperar —respondió el teniente—. El coronel está ausente por una razón. Deberían aguardar a que venga. Estoy seguro de que querrán escuchar lo tenga que decir.

—¿Puede anticiparnos algo? —indagó Mateo.

—No. Conozco sus planes, pero ignoro cómo se habrán desarrollado. También vivo la intriga.

—Usted es francés —acusó innecesariamente Jonás—. ¿Cómo pueden hacer eso a un hombre?

—Le perdonaré la ofensa porque no es un hombre de guerra, pero los españoles tratan de la misma forma a los nuestros. En cualquier parte, bajo cualquier bandera, encontrará manzanas podridas: Linois es una de ellas, de la que no me envanezco.

—Dejemos las diferencias a un lado, señores —pidió Mateo, cansado—, y esperemos las nuevas que nos traiga el coronel.

Vicen salió de la casa y ofreció agua. Se habían sentado desperdigados por el jardín, dormitando o contemplando el cielo para no confraternizar con el enemigo más de lo necesario. El teniente y su hombre se dedicaron a cepillar las monturas y a darles de beber agua del pozo en un cubo que habían encontrado junto a la huerta.

Cuando el sol empezaba a declinar, llegó el coronel con dos soldados de escolta. Al encontrar a los hombres solos, les comentó que el sargento Linois había sido arrestado por ir disfrazado de brigante y asaltar una casa en la ciudad, momento en el que fue detenido, se le formó un consejo de guerra y se le condenó a muerte por decapitación, como a un vulgar desertor.

—¿Por qué razón asaltaría una casa disfrazado de bandolero español? —inquirió Mateo.

—Ni idea —mintió Cornulier.

Las tres vecinas salieron de la casa con la intención de recogerse antes de que anocheciera y Moncho y Jonás las acompañaron. En cuanto se quedaron solos, Mateo preguntó:

—¿No le parece mucha casualidad que Linois cometiera semejante error al día siguiente de colgar a un inocente?

—Cierto, es mucha casualidad —admitió el coronel con tono neutro.

—¿Y que antes de terminar el día ya haya sido ejecutado? —redundó Mateo.

—Costó cumplir la sentencia porque carecíamos de verdugo, y se requirieron algunos hachazos de más —continuó Cornulier, serio y en el mismo tono—, pero los hombres pusieron empeño en la labor y fueron muy aplaudidos por los espectadores.

Por el rabillo del ojo, Mateo sorprendió la disimulada sonrisa del teniente.

—Comprendo. Era un hombre muy apreciado por los suyos —concluyó Mateo, al tanto de la ironía de la que hacía gala el francés —. Le agradezco la deferencia que ha mostrado por mi amigo. Había pensado pasar la noche aquí, pero ya ha desaparecido peligro de que sufran ningún atropello.

—Hay una vigilancia permanentemente de la casa. El teniente se encarga de ello.

—De poco ha servido con Salvador —observó Mateo.

—Eligió el momento en que ni el teniente ni yo nos encontrábamos en el cuartel —se disculpó Cornulier—. Lo ha pagado: murió tres veces antes de que le tocase el turno.

—¿Asistió a la carnicería de sus compañeros? —se interesó el teniente.

—Sí. En el cuartel se lo contarán con detalle: no se habla de otra cosa. Yo estoy cansado, y me queda darle la noticia a la familia.

Mateo y el teniente se despidieron. Léry se alejó con los soldados y dejaron solo al coronel; él se subió al carro con Pascual y Fidel y tomaron el camino hacia el muelle.

—Curioso personaje el coronel —comentó Pascual.

—Sí, sí que lo es —reconoció Mateo—, pero tiene algo que me pone nervioso. Creo que es la impasibilidad con la que contempla lo que lo rodea, como si no fuera con él, pero esa mirada de halcón lo delata. No me gustaría que se fijara en mí como presa.

32

Claude asomó por la puerta y Mercedes se puso de pie en cuanto se percató de su presencia. A excepción del día en que la conoció en el coche de San Vicente de la Barquera, era la primera vez que vestía elegantemente; el luto no la envejecía. La calidad de las telas y los costosos encajes denunciaban la buena posición que habían disfrutado las hermanas antes de la guerra. En dos zancadas se presentó ante ella y, sin decir nada, sacó una cadena del interior de su casaca y la colgó de la mano enguantada ante sus ojos. Por la expresión de su rostro supo que había reconocido la cruz, la que ella lucía desde la muerte de su madre y que le había robado Linois aquella inquietante noche.

—Un consejo de guerra ha juzgado al sargento Linois por deserción, y ha sido decapitado esta misma tarde junto con tres de sus secuaces —anunció Claude.

—¡Loado sea el Señor! —exclamó, incontenible, doña Elvira—. La justicia divina existe —confirmó a la vez que lo garabateaba en la pizarra.

Mercedes, arrasada por una oleada de alivio, no acertó a pronunciar palabra, y los ojos se le anegaron de lágrimas. Para Claude fue suficiente; sonrió cómplice, y ella le correspondió.

El grito de Marta rompió la comunión de dos personas tan afines como enfrentadas por la guerra. Claude realizó una venia rápida y se retiró a su habitación para dejarles un poco de intimidad. Se quitó la chaqueta y la sacudió antes de colgarla del respaldo de la única silla, continuó con el chaleco y se deshizo la corbata. Se asomó a la ventana y paseó la vista distraídamente por el selvático jardín delantero; necesitaba un poco de paz tras el sangriento espectáculo, y la naturaleza se la proporcionaba a manos llenas. Abrió la ventana y una ráfaga de aire cálido agitó los pliegues de la camisa y secó el sudor que había acumulado bajo tanto abrigo. Oyó que las mujeres subían y se revolvían en su habitación hasta que se

hizo el silencio más absoluto.

La luna, sin llegar a ser llena, iluminaba el jardín confiriéndole una apariencia mágica, como si fuera una ilustración de cuento. Se apoyó con ambas manos en la parte alta de la ventana y cerró los ojos en un intento de relajarse, de sacudirse la tensión que lo había atenazado a lo largo del día ante la posibilidad de que algo de su alambicado plan se torciera. Sin embargo, la trama fluyó de forma natural hasta su destino, sin desviarse una coma. Doña Elvira tenía razón: justicia divina. Ni la serenidad ni el sueño acudían en su auxilio. Abrió los ojos y notó movimiento entre los arbustos. Los sentidos se espabilaron; sin embargo, el peligro llevaba faldas, y el color del vestido permitía que la figura se confundiera con las sombras. Sin pensárselo dos veces, bajó a reunirse con ella. Había dejado la puerta principal abierta y salió, pero no la localizó donde recordaba.

—¿Usted tampoco puede dormir?

La voz llegó del rincón opuesto del jardín. Claude se dirigió a su encuentro.

—No. Ha sido un día muy complicado.

—Gracias. No me han pasado desapercibidos sus esfuerzos para mantenernos en la ignorancia de lo que le sucedió a Salvador.

—Pero han sido vanos —se lamentó Claude.

—No ha fracasado, si es eso lo que le preocupa, pero tanto cuidado y algunas palabras sueltas en los pésames me han permitido atar cabos. Y ahora, la muerte de Linois. Ha actuado muy rápido.

—No lo suficiente. Siempre lamentaré haber llegado tarde.

—No le hago responsable de lo sucedido, si es eso lo que le perturba —aseguró Mercedes—. Desde que llegamos, ese hombre nos ha perseguido como un sabueso.

—No solo a ustedes. Si hubiera asistido a su ejecución, habría presenciado el entusiasmo y la celebración de los compañeros del regimiento ante su muerte.

Notó que ella se estremecía y se percató de que no llevaba ninguna prenda de abrigo, pues él mismo se hallaba en mangas de camisa.

—Entremos. El otoño empieza a sentirse.

La guio al interior, pero le impidió subir las escaleras.

—Sé que no es el momento apropiado y que nunca lo será, por lo que he decidido pedirle un favor —señaló el salón.

Claude se dirigió al lugar en el que reposaba el cuaderno de Marta. Rebuscó entre las láminas, se detuvo en una de ellas y la dejó sobre la mesa. Mercedes se acercó, y quedaron hombro con hombro ante el retrato.

—Me gusta este, y, antes de pedírselo a su hermana, desearía contar con su beneplácito.

—¿Cómo negarme cuando le debo tanto?

Claude se volvió hacia ella y se topó con sus labios húmedos, rojos en medio de la palidez que iluminaba la luz de la luna que entraba por la ventana. La mirada ascendió hasta sus ojos, que brillaban cristalinos.

—No estoy hablando de deudas, sino de sentimientos.

Nada más decirlo, se inclinó y la besó con temor. Al no intuir rechazo, se arriesgó y la envolvió en un abrazo. Su cuerpo, delgado y frágil al tacto, se estremeció, pero no se negó. Saboreó sus labios, y se abrieron, sabios en esas lides. Una vez rendidos, deslizó la boca por el borde de la mandíbula en busca de nuevas plazas que conquistar y se detuvo entre la base de la oreja y el principio del cuello, cuyo aroma le llegó, y gimió ante la promesa de su suavidad y calidez. ¿Cuánto hacía que no estrechaba a una mujer?

No era ningún santo, pero tampoco un promiscuo. Le hastiaba la fanfarronería de los hombres en los cuarteles cuando hablaban de mujeres, a las que coleccionaban como si fueran trofeos de caza. La fina gasa de encaje negro que la cubría pudorosamente desde el cuello hasta el nacimiento del pecho le impedía avanzar en sus pretensiones, por lo que se empleó a fondo en la parte expuesta. La deseaba, y la duda lo frenaba hasta que su rendición le ofreció la ocasión. La sujetó para que no cayera y la acercó al sofá, en el que se sentaron. En lugar de volver al ataque, dejó espacio para que se lo pensara mientras se miraban a la luz de la luna, que trocaba la realidad de los objetos, obtenía un brillo místico de lo que lo rodeaba y creaba un ambiente de irrealidad muy sugerente y romántico.

Se inclinó de nuevo, transcurrido un tiempo prudencial, y atrapó sus labios húmedos y sabrosos, y, como forma de consentimiento, sintió sus pequeñas y delicadas manos deslizarse bajo la camisa sin

corbata para acariciarle el pecho. Gimió, no supo si había sido él o ella, tampoco le importó, perdido en la promesa de más. El momento de hablar había quedado atrás y las manos de ambos se afanaron en desvestirse poco a poco, descubriéndose, gozando de la calidez del otro, del cuerpo por explorar. Mercedes no era virgen, y, aunque tímida, conocía el placer.

Se besaron de nuevo, sin prisa, lo que estaba sucediendo era importante, demasiado para someterlo a la presión de un mero desahogo. Desnudos de medio cuerpo hacia arriba, se acariciaron. Claude recorrió los pechos con la lengua y ella le masajeaba la cabeza mientras jadeaba quedamente. Bajó hacia el ombligo y recordó que no había engendrado hijos. La puso de pie y tiró del delicado vestido de seda negro hacia abajo para liberar las caderas y cayó a los pies del sofá. Los calzones, sujetados por lazos, eran también negros y resaltaban la palidez de la piel perfecta. Mercedes se tendió en el sofá como muda invitación. No sabría decir si era la mujer más hermosa, pero sí era a la que más temía, porque una palabra suya sería suficiente para destrozarle el corazón o para convertirlo en el hombre más feliz de la Tierra. Deslizó la mano por el monte de Venus y se encontró atrapado entre sus piernas, que buscaron la espalda ancha y musculosa de soldado. No había marcha atrás; sacó un pañuelo del calzón militar, que terminó de bajarse, y avanzó hacia el fruto que le ofrecía, al calor interior del cuerpo que se le rendía, pleno, húmedo y palpitante de deseo, pero antes de llegar al final salió para derramarse en la mano que sujetaba el pañuelo. Se buscaron las bocas y se fundieron en un beso plácido. Se acariciaron las caras, sin dejar de mirarse en medio de la noche de luna. Claude se acurrucó en su pecho y durmió con una serenidad que había olvidado. Cuando la sintió removerse, se despertó.

—He de subir —susurró ella por toda explicación, y él comprendió: la luz de la luna, la noche mágica, la irrealidad y el misterio habían desaparecido y la cruda realidad imponía su presencia.

Se levantaron y la ayudó a anudarse el calzón. Separaron las prendas mezcladas y cada uno recuperó las suyas.

—Quiero que sepa…

—Nada —interrumpió Mercedes—, no quiero saber nada. No

manchemos esta noche con falsas promesas ni palabras huecas, por favor.

—No iba a prometer nada, porque ignoro qué será de mí en un futuro; pero sí puedo hablar de mis sentimientos, porque son míos y no de Francia: no es usted una más, es el amor de mi vida, y, por esa razón, no puedo arrastrarla de campamento en campamento, como hacen muchos de mis hombres. No es la vida que deseo para mí, y menos para mi familia. Como española, no sería bien recibida y los suyos la repudiarían; se convertiría en una escoria si yo perdiera la vida en un camino, y se quedaría sin protección.

—Le agradezco su honestidad. También seré sincera: es curioso lo que puede soportar un corazón: el dolor y el amor a un tiempo. Yo tampoco soy libre: mi hermana me necesita.

—Y sin embargo…, nos queremos —concluyó Claude en voz baja, con la desesperación reflejada el rostro y en el ademán del cuerpo derrotado.

Mercedes no dijo nada, no había nada más que añadir. Reparó en la lámina que seguía sobre la mesa.

—Quédese con ella; yo me quedaré con la suya: es lo justo.

Se dio la media vuelta y subió a la habitación dejándolo solo, con la triste realidad por compañía. En cuanto recompuso sus prendas, se acercó al cuaderno, y con el filo del cuchillo cortó la hoja con la imagen de Mercedes sentada en el sofá con un libro en el regazo. Luego, pasó las hojas en busca de un retrato que había atisbado cuando buscaba el de Mercedes, pero no quiso delatarse ante ella. Allí estaba: la cara desfigurada y el parche en el ojo, el teniente Alfonso Bustamante. La lámina era reciente porque ese cuaderno lo había revisado en otra ocasión. Dedujo que los Velarde habían estado en contacto con el teniente cuando este escapó. La ejecución del retrato era magistral; sin embargo, ¿cuándo lo había realizado? Le constaba que no había estado escondido en la casa. La cervecera. Marta se desplazaba diariamente allí. Robles lo había ayudado, por lo que sería un informante sin lugar a dudas. Ahora su teoría sobre las razones que asistían a los lebaniegos para realizar el asalto de Las Caldas tomaba consistencia, y él había concedido los permisos para el desplazamiento. ¿Quién había sido la cabeza pensante? Si admitía esa teoría, la idea de la participación de Mercedes cobraba cuerpo, y se estremeció.

Cuando se levantó, el coronel ya había partido. A pesar del luto, decidieron continuar con la rutina diaria para no caer en una tristeza profunda. Se vistieron las ropas de faena: camisa y corpiño con amplia falda oscura y delantal; y se dedicaron a recoger algunos frutos de la huerta para comer esos días y a lavar ropa. Mientras tanto, Marta se entregaba con frenesí a la pintura en el jardín; no quería olvidarse de Salvador como le había sucedido con el padre, cuyos rasgos ya se le desdibujaban en la memoria.

Por la tarde, se afanaron en limpiar el cuarto de Salvador para usarlo como almacén y secadero en cuanto recogieran las cosechas de maíz, patatas y otras hortalizas. Guardaron los objetos personales de Salvador: unos gemelos, un alfiler de corbata, un reloj de bolsillo que había pertenecido a su padre y poco más, ya que Salvador se había visto en la necesidad de vender bastantes cosas. Las chaquetas de buen paño las aprovecharían para confeccionar corpiños y adaptarían las camisas para ellas. A Mercedes se le escapaban las lágrimas al doblar las prendas, que conservaban el olor de su hermano. ¿Es que no se agotaban nunca?

—Vicen y Justina no han soltado prenda. ¿Qué piensa usted? —sondeó Mercedes a doña Elvira.

—Lo único que se puede pensar, pero que nadie se atreve a decir. Hay ocasiones que considero una suerte que Marta no oiga.

—No es tonta. Aunque no pregunte, estoy segura de que lo imagina. Ha habido una confabulación de silencio, y no nos permitieron ver el cadáver de Salvador. Eso ya resulta bastante elocuente de por sí.

—Y de que contamos con el aprecio de las personas que nos rodean, que no es poco con la desconfianza que reina —contempló doña Elvira, más práctica.

Vicen, Justina y Chelo desgranaron en sus oídos el final de Linois, relato que corría como el vino por las tabernas para placer de los parroquianos. A Mercedes le pareció macabro y sangriento, en contra de la opinión de Vicen, quien aseguró que, aun así, se le hacía benigna la muerte. La miró de frente y Vicen, como si hubiera caído en la cuenta de algo, apartó la mirada y siguió trasplantando lo que había crecido. Mercedes recordó que Vicen había amortajado a Salvador y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Claude se sentó en su despacho, pero se encontraba envuelto en una

nube de irrealidad. Había sido la mejor noche de su vida y también la más corta, pues no se hacía a la idea de que había acariciado el apasionado cuerpo de Mercedes y de que le había pertenecido por unos breves minutos, tan breves que se le escapaban por los recovecos de la memoria para su desesperación. Necesitaba más.

—¿Otra vez ausente? —escuchó el reproche de Léry—. Lleva una mañana pasmado, mirando la nada.

—Ya sé que soy un estúpido por suspirar por algo que no puede ser —replicó, y se estiró delante del escritorio.

—Al menos, como usted lo quiere —concretó Léry, quien lo conocía bastante bien.

—Estoy sorprendido. Nunca me he sentido así. Me han gustado otras mujeres y he disfrutado de su compañía, pero esto es diferente.

—Prefiero quedarme en que me gusten las mujeres y dejar el amor aparte. Rara vez trae algo bueno aparejado.

—Coronel, un mensaje del general Barthélémy —anunció el soldado de guardia, y le entregó la nota.

—Vaya, quiere verme. Me cita en Pronillo. A ver qué se le ha ocurrido ahora —suspiró, resignado, Claude.

—Se aburre sin Linois —comentó, irónico, Léry—. Debo reconocer que estuvo genial. Irrumpir vestido de bandolero en plena reunión.

—Le hice creer que me lucraba dirigiendo un burdel de mujeres finas para oficiales, y, como era día de cobro en el ejército —sonrió Claude—, el burdel estaría a rebosar de clientes y de dinero. De ahí que algunos de ustedes pasaran por delante de él dejando caer la cita en la Rúa Mayor: le dio más verosimilitud. Basilio se hizo pasar por el que me proporcionaba carne fresca, pero había venido con las manos vacías y tarde para avisarme. A Linois lo venció el odio y le anuló la escasa inteligencia que poseía. Lo de disfrazarse de bandoleros con el rostro tapado fue idea de él, imagino que para despistar a los oficiales que se encontraran en la cama, pero reconozco que me vino de perlas.

Salió del despacho con la risa de Léry resonando en los oídos. Había amanecido nublado, y se decía que terminaría lloviendo. Entró en el patio de armas del palacio bajo una lluvia fina y, antes de llegar a la torre, un soldado le salió al encuentro para hacerse

cargo de la montura. Un poco más allá, se hallaba el carro del cervecero con dos de sus hombres custodiándolo. Llegó a la puerta, y le sorprendió que no hubiera un guardia, ni siquiera se topó con el secretario en la antesala. Oyó la voz del general, que se dirigía a alguien, por la puerta entreabierta que daba acceso al despacho del palacio, y decidió esperar a que lo invitaran a entrar. No tardó en darse cuenta de que la conversación no estaba destinada a sus oídos, ya que era el objeto de esta.

—Ya me ha demostrado su inteligencia en el asunto de la detención del lebaniego, así que no me venga ahora con remilgos. Es lo suficientemente hábil como para idear algo parecido para atrapar al coronel Cornulier. No se me escapa que ese Maquiavelo estaba detrás de la jugarreta que le han gastado a Linois. Me hice el loco porque me convenía, y porque el sargento fue estúpido y, últimamente, cometía demasiados errores. —Se hizo un silencio y, luego, continuó—: La mera presencia de Cornulier me pone de mal humor. Esa mirada aguda y fría, esa nariz de ave rapaz, esa rigidez de costumbres… ¡Bah! Carece de sangre en las venas, pero sé que está en Santander por mí, lo intuyo. Cada vez que me muevo, surge un reproche a sus labios, un gesto de desaprobación. Me hastía con su código del honor. ¿Dónde está el honor en un campo de batalla sino enfangado? No se ganan las guerras con honor. Pero ese hombre me preocupa; si pide mi cabeza, ha demostrado que puede obtenerla. Así que —Claude tuvo que aguzar el oído, porque el general bajó la voz— no me venga con melindres y tráigame la suya: algo gordo, de lo que no se pueda zafar; en caso contrario, perderá todo, y me encargaré personalmente de que sus paisanos sepan quién es usted.

Tras la amenaza, Claude oyó removerse a la persona con la que hablaba y se retiró hacia la puerta de entrada; fingió que llegaba en ese momento procurando que sus pasos resonasen con fuerza.

—¡Laboire! —llamó con energía.

—¡Pase, coronel! —La voz grave de Barthélémy sonó atenuada.

Obedeció y entró en el despacho. Aunque sabía que había otra persona, no dejó de sorprenderse al descubrir quién era el interlocutor.

—Laboire y el soldado de guardia se hallan atendiendo una delicada misión de mi esposa. ¡Ah! ¡Mujeres! —exclamó el general,

y se volvió para admirar el cuadro que reposaba sobre la pared a la espera de ser colgado.

—No hay quien las entienda —replicó Claude con la manida sentencia.

—¿Y quién necesita entenderlas? —retrucó el general, con una expresión entre provocativa y soez.

—Yo he terminado —anunció Robles; retiró el embudo y cerró con un taco de madera el barril de cerveza que descansaba sobre la tijera. Cargó con el barril vacío y, tras una inclinación de cabeza a modo de saludo, abandonó la estancia.

—¿Entiende usted de arte?

—No, señor —mintió.

—Yo tampoco. Nunca he comprendido cómo esos pretenciosos aristócratas pagan fortunas por cuadros como este. Es uno de los que transportaban los carros que llegaron de Madrid para embarcarlos, pero, como estamos bloqueados, los he retenido hasta nueva orden.

—Imagino que tendrán dueño —aventuró Claude.

—El mariscal Soult. Pero dudo de que se dé cuenta si le falta alguno: son tantos los que se lleva…

Claude se calló. El mariscal, por lo que había oído, no era un necio, y estaba seguro de que había registrado cada lienzo que había robado.

—Este cuadro en particular es especial —continuó Barthélémy—. Me ha comentado mi secretario, que está más al tanto que yo de estos asuntos, que tiene un valor añadido: hace milagros. Estaba en un hospital del sur y, al parecer, curaba a enfermos desahuciados. Los españoles son ignorantes y crédulos hasta límites insospechados —despreció el gobernador—, pero a mí me viene bien, pues aumenta su precio. En fin, la razón por la que lo he llamado es porque llegarán víveres y municiones desde Francia por la ruta de Bilbao. Los campos españoles ya no dan más hasta la próxima cosecha, y no es cuestión de pasar hambre en esta endiablada ciudad. El invierno va a ser largo. ¡Qué suerte tienen los que están destinados en el sur!

—¡Nicolás! ¿Puedes venir un momento? —se oyó la voz de la amante alemana que lo acompañaba.

—¡Mujeres! No respetan el trabajo de uno. Ahora vuelvo.

Claude se quedó solo, se aproximó al cuadro y, para ver la firma del autor, se acuclilló: Zurbarán. El olor penetrante de la pintura le llenó las fosas nasales. Sorprendido, pegó la nariz a la tela y lo confirmó; llevó la mano a un lado, tanteó el marco y observó que había algún que otro clavo metido con prisa y no con el primor de un pintor orgulloso de su obra. En su sospecha, descartó los rasguños, que podían haberse producido durante un traslado inadecuado, como indicio. Se retiró y lo contempló con más atención: la mujer no era una belleza, pero las joyas que lucía indicaban la riqueza suficiente para casarse sin dificultad. El collar de eslabones, a juego con el cinturón, era digno de una reina.

Atraído por tanta opulencia, se aproximó para observar las gemas que lo adornaban. Le llamó la atención una de ellas: pasaba casi desapercibida porque se hallaba en el lado contrario al espectador y, por tanto, en la parte más oscura, pero dudaba de que en el siglo XVII ya existiera la bandera republicana francesa. El detalle se perdía en la inmensidad del lienzo, solo era detectado si se buscaba. No solo le chocó el descubrimiento; sino también, el atrevimiento y la burla implícita del detalle: el autor se reía del ladrón.

Oyó los pasos y la voz del general que regresaba y se alejó del cuadro. No era asunto suyo, y a Barthélémy le vendría bien un poco de su medicina: entre usurpadores andaba el juego, se robaban los unos a los otros.

Terminaron de organizar la protección del abastecimiento y Claude regresó al convento, caviloso. Había sido un estúpido y el cervecero, muy hábil en el engaño; aun así, algo no cuadraba. Recordó su lema de que entre el blanco y el negro existía el gris. Y eso era esa guerra: muy gris, tan gris que se perdía el horizonte y se confundían los límites.

El cervecero había regalado, muy convenientemente, una barrica de cerveza a los oficiales más importantes y, con la excusa de rellenarlos, accedía a los despachos desde los que se impartían órdenes y se tomaban decisiones trascendentes. De ello, no era difícil deducir que espiaba para los rebeldes lebaniegos, incluso sería uno de los hombres del marino tuerto. Sin embargo, por lo que había oído, lo había traicionado tendiéndole una trampa. Robles era el traidor que buscaba. Pero el juego no terminaba ahí. Si no estaba

equivocado en sus deducciones, había cubierto su felonía escondiendo a Bustamante, el traicionado. Brillante, por arriesgado y temerario.

¿Y la familia Velarde? Seguía siendo un enigma en ese juego. Mantenía una estrecha relación con el cervecero. ¿Casualidad? Robles se llevaba bien con las autoridades de la ciudad, fueran del bando que fueran, sabía moverse y mentir sin remordimiento, muy loable para un doble agente. ¿Pero lo era? El general lo había amenazado. Cayó en la cuenta de que era el único comerciante de la ciudad que había evitado la codicia de Helguera y que Argomedo había permitido que arribaran las barcazas con la cebada necesaria para elaborar la bebida sin coste alguno ni sisa por su parte. No, nada era casualidad. Lo extraño era que él no se hubiera percatado antes de las señales tan evidentes que dejaba tras de sí. Solo le faltaba encontrar el eslabón perdido entre los Velarde y el cervecero.

En cuanto cruzó el umbral del despacho, anduvo ocupado con los preparativos de la escolta que partiría hacia Bilbao antes del alba. Acordaron que Léry saldría con una compañía de gendarmes. La tarde transcurría sin incidentes, y decidió llegar más temprano a la casa para disfrutar de la compañía femenina. Había notado que la frialdad que flotaba cuando llegaba había sido sustituida, desde el fallecimiento de Velarde, por una cálida acogida, que agradecía en su fuero interno. El trayecto se le hizo corto; condujo el caballo a la parte trasera y lo desensilló.

La puerta de la casa al patio estaba abierta, y se oía trastear a alguien en la cocina con el preparativo para la cena. Encontró el cubo sobre el borde del pozo, lo llenó y lo dejó en el improvisado establo para que bebiera el animal. La puerta del invernadero invitaba a visitarlo: Marta retocaba el último retrato de Salvador, al resguardo de la fina lluvia que seguía persistente. El hermano estaba sentado en el sofá de la casa con la chimenea de fondo. La minuciosidad en los detalles y la predilección por los fondos oscuros le recordaron el cuadro de Zurbarán. Y una idea encadenó otra y se quedó paralizado en el centro del acristalamiento, donde se concentraba la humedad y el olor de la tierra se mezclaba con el de la trementina. Le pareció un disparate y la desechó; sin embargo, algo quedó, porque siguió un impulso y cogió la pizarra.

—«¿Le puedo hacer un encargo? Quiero gastar una broma a mi tutor».

Los ojos de Marta se achisparon ante la posibilidad de introducir un cambio en la rutina.

—«¿Qué tipo de broma?».

—«¿Puede reproducir la obra de otro pintor?».

El gesto de Marta se ensombreció y lo miró especulativa y recelosa.

—«No se trata de nada ilegal» —se apresuró a matizar—. «Tengo una copia de un retrato de Napoleón, que me regaló en una ocasión, y me gustaría que sustituyera el rostro del emperador por el mío».

La sonrisa traviesa regresó al bello rostro, que asintió con vehemencia.

—«Voy a buscarlo».

Claude subió a su cuarto y rebuscó en una arqueta de madera en la que guardaba los objetos personales. Sacó de una funda de tela un cartón que guardaba una copia del tamaño de un pliego de un retrato ecuestre de Napoleón. Se trataba de un obsequio del propio Emperador como muestra de gratitud por un peculiar servicio.

Cuando bajó, coincidió con Mercedes, que iba a avisar a Marta para que recogiera.

—Cada día cenaremos antes, para que no nos sorprenda la noche —explicó la mujer.

—Traeré más velas —ofreció.

—Siempre serán bienvenidas, pero es un derroche innecesario.

—En diciembre se le juntará el desayuno con la cena —se chanceó Claude.

—Esperemos que no. Antes hacíamos una comida a mediodía, y la cena era más ligera. Moncho ha comentado esta mañana que se está fabricando un engrudo con grasa de pescado que prende muy bien, aunque huele muy mal.

—Una mala imitación de la grasa de ballena —decidió Claude.

—Algo así. Ahora las malas imitaciones son las reinas: pan de centeno, achicoria. La gente es muy imaginativa y los estómagos, muy agradecidos.

—Hablando de imitaciones. Le llevo esta copia a Marta. ¿Podrá hacerme una réplica?

Reparó en que la reacción de Mercedes fue muy similar a la de

Marta, aunque se sobrepuso con rapidez.

—Creo que sí. Muchos pintores aprenden copiando de los maestros hasta que se sueltan con estilo propio.

—Imagino que es una tentación muy grande emularlos. En París hay muchos artistas callejeros que venden réplicas de obras conocidas a personas que carecen de medios para comprar la obra original. Yo pretendo que sustituya la cara de Napoleón por la mía.

—Ignoraba esa inclinación narcisista suya —se burló Mercedes, y a Claude le agradó que le tomara el pelo y saliera de su caparazón.

—Es una broma que quiero gastarle a mi tutor. He recibido una carta en la que me preguntaba, con ironía, si iba a tardar mucho en pacificar España y regresar.

—Comprendo. Y esta será su contestación —se adelantó, seria.

—Sí, pero intuyo que no lo está interpretando correctamente —receló Claude.

—¿Y cómo debo entenderlo?

—Nunca dominaremos España. Napoleón ha perdido una partida que ha dado por ganada cuando abandonó la Península. En Francia, la propaganda funciona a favor del Emperador y oculta lo que realmente está sucediendo. No confiesa que nos cuesta un triunfo mantener despejados los caminos, que las guerrillas nos aguijonean sin piedad, que los mariscales buscan batallas a campo abierto para derrotar a los españoles y que a los españoles les importa un comino si son derrotados: se dispersan las fuerzas en guerrillas y hasta la siguiente.

—¿Nos admira? —El tono de extrañeza de Mercedes le hizo sonreír.

—No soy un traidor a mi país por admitir la realidad. Cada vez que actuamos, cada vez que ofendemos a un español, estamos retrocediendo un paso: esa ha sido la equivocación. En Santander, la avaricia de Barthélémy ha causado un daño irreparable; a él sí lo considero un traidor, pues no ha mirado por Francia, sino por su propio lucro.

—Me sorprende su sinceridad, y le agradezco la confianza. Para un hombre de su posición no debe de resultar fácil admitir las debilidades tácticas.

Se habían entretenido hablando en el umbral de la puerta de la casa, y Marta salió del invernadero antes de que ellos cruzaran el

patio, por lo que los interrumpió. Claude y Mercedes echaron una carrera para evitar mojarse y entraron atropelladamente y acalorados. Marta se apartó para dejarles espacio mientras se sacudían como perros. Claude le mostró la copia y enseguida vislumbró el entusiasmo de la joven ante un reto.

—¿Quién es el autor? —se interesó Mercedes.

—Jacques-Louis David, pintor de la corte. Representa a Napoleón cruzando los Alpes.

—No se ofenda, pero me parece igual de pretencioso que Napoleón.

—No me ofendo, pero ¿ha pensado cómo se sintieron Alejandro Magno o Julio César?

—Resulta reconfortante encontrar a un hombre que aprecie el humor —resumió Mercedes, y esbozó una sonrisa—. Será un regalo curioso para su tutor.

Regresaron a la casa, y Claude se relajó al comprender que había conseguido apaciguar el recelo de las mujeres. Se iba a retirar al salón mientras ellas cenaban cuando Mercedes volvió a sorprenderlo.

—¿Ha cenado? Hoy ha venido muy pronto; siéntese con nosotras.

Claude se sintió muy complacido por la invitación a participar de un momento tan familiar e íntimo. Incluso esa noche pasó un rato charlando con ellas sobre la vida que hacían en Segovia y cómo se defendieron con el taller textil.

La relación experimentó un avance significativo, aunque continuaba siendo lenta. Las Velarde se habían acostumbrado a su presencia y habían suavizado el trato, pero Mercedes seguía tan inalcanzable como el día que la conoció en el coche de línea.

33

Entró septiembre y los días pasaron apacibles, sin sobresaltos, con un tiempo seco ideal para la vendimia y las frutas de otoño. Claude, como francés, estaba familiarizado con las labores en los viñedos y se integró en la pequeña comunidad de los vecinos de la familia. Ayudó a Moncho a desempolvar una alquitara que había confeccionado en latón para emplearla en cuanto terminara la vendimia en octubre. Entonces, destilarían los hollejos de las uvas pisadas y obtendrían el preciado aguardiente.

Siguió con interés el proceso pictórico de Marta, y no le cupo duda de que era la autora de la falsificación de la que se vanagloriaba Barthélémy. Las casualidades fueron encajando y tomando forma en su mente: la razón del asalto, quién era el informador, la presencia del cervecero, el único que sabía cómo ponerse en contacto con los lebaniegos, ya que los hermanos carecían de contactos, y la enigmática mujer. El solo pensamiento de que Mercedes había corrido peligro, de que había disparado a un hombre, le atenazaba el estómago. Y esa locura ¿por qué? Por Marta. Por un milagro. En parte le enternecía, y en parte le entraban ganas de sacudirlas por los hombros y gritarles hasta quedarse ronco. Sin embargo, como ya era habitual en él, sonreía, disimulaba, y esa postura se le hacía, cada vez, más cuesta arriba. Pero, igual que cuando se cometía un crimen hacía falta un cadáver, todavía no había encontrado la pintura original. ¿Dónde la escondían?

Una cosa condujo a otra y esa aceptación de su presencia lo llevó a descubrir el secreto mejor guardado: la huerta escondida detrás del enrejado. El hambre o la necesidad agudizaban el ingenio, una sentencia que había oído en alguna parte. En ningún momento aquella revelación le planteó un cargo de conciencia: los soldados del ejército napoleónico estaban bien alimentados y bien vestidos, dentro de lo que significaba pertenecer a un ejército. Y esas huertas

producían para el consumo familiar, no para mantener un regimiento. Por el contrario, para él fue un alivio comprobar que contaban con reservas porque, tarde o temprano, sería llamado a otro destino y no podría protegerlas. Ese era otro tema que lo desvelaba y le angustiaba.

Robles, desde la entrevista de la que fue testigo involuntario, cayó convenientemente enfermo. Claude imaginaba que el cervecero, si no era ningún tonto, se cuidaría de buscarle las esquinas, y, por esa razón, había simulado unas fiebres. Pascual se pasaba de vez en cuando a saludarlas y dejaba algún pescado; ellas correspondían con una cesta de verduras variadas y solicitaban noticias del señor Robles, pero resultaban escuetas y vagas, por lo que se preocuparon seriamente por él. La carestía de algunos productos de primera necesidad se notaba. El bloqueo sistemático de la bahía al que los sometían los ingleses impedía que llegasen víveres de Francia o de América.

No obstante, el que un barco con un cargamento de harina consiguiera burlar el bloqueo y arribara al puerto supuso que los santanderinos lo vitorearan. Los obradores de pan trabajaron incansablemente para atender la demanda de colas interminables. Mercedes y doña Elvira se sustituyeron para permanecer de pie y no perder el turno.

Y las noches… Las noches pertenecían a los amantes, irredentos y desesperados. Mercedes se escabullía cuando la casa dormía y se reunía con él en su cama, donde se amaban en silencio. Había logrado convencer a Mercedes de la estupidez que cometían al renunciar a lo poco que se les ofrecía, aunque fuera una locura. Era una mujer apasionada, entregada sin rubor, tan fuerte en la cama y en los sentimientos como en la vida. Quería confesarle que la admiraba porque sabía lo que había hecho, que era suyo, pero las circunstancias imponían las reglas. Vivían el día a día, lo que les permitía la guerra. ¿Y después? Era el gran interrogante que le impedía hacer promesas. No la rebajaría a una vulgar amante mintiéndole, ni sería tan rastrero como para engañarse a sí mismo.

Cuando le vino la menstruación, se limitaron a bajar al salón y a compartir recuerdos de la niñez. No se había sincerado con ella en ese aspecto, solo le había informado de que una madre y dos hermanas dependían de lo que él hiciera. Por otro lado, le preocupó

descubrir que Mercedes había perdido el brillo y la fuerza que emanaba cuando la conoció en el coche de línea: los rasgos se habían afilado por la mala alimentación, por el dolor, por la preocupación; aun así, seguía siendo atractiva. Él cuidaba de no dejarla embarazada y ella apreciaba esos pequeños gestos que decían mucho sobre su carácter. La soñaba durante el día y la poseía durante la noche, insaciable.

Cada día amanecía más tarde y los árboles lucían el ramaje otoñal, entre ocre y amarillento, el sol calentaba a mediodía y refrescaba al atardecer. Mercedes también se levantaba más tarde, cansada y ojerosa, como si no durmiera lo suficiente.

—No hay duda de que habéis despertado la admiración del coronel —dijo doña Elvira, segura de lo que hablaba.

—Y él ha despertado la mía, doña Elvira —reconoció Mercedes afligida, consciente de que la mujer no ignoraba lo que sucedía—. Y esa será mi cruz.

—¡Cuánto lo lamento! Lo que aquí suceda no saldrá de entre estas paredes —aseguró doña Elvira—. Espero que no pierda la cabeza y salga detrás de él cuando lo destinen a otro sitio.

—Pierda cuidado. Estamos atados a nuestras obligaciones y a nuestra patria: esa es la tragedia.

La ausencia de Salvador se notaba por la falta de noticias de la guerra. Salían muy poco, se relacionaban solo con los vecinos y habían perdido el interés por aquello que no formara parte de su entorno. A Mercedes le hastiaban la guerra, el hambre, la ira. Se había creado una burbuja y tiraba adelante como un ser sin vida, y su hermana y doña Elvira la imitaban. ¿Qué otra cosa podían hacer? Lo único que la mantenía, que la asombraba y por lo que suspiraba tenía nombre galo. ¿Qué sería de ella cuando partiera?

Así transcurrió septiembre, como una sombra, como un sueño. Y entró octubre, como un huracán que trastornaría sus vidas; se anunció con una serie de chubascos ininterrumpidos que empaparon los campos resecos. Los bosques se vistieron de rojo vino, ocres y amarillos; el mar se tornó bravo, oscuro y amenazante; los montes frente a la ciudad mostraban coronas de nubes bajas.

El primer día de octubre se decretó el toque de queda, para desasosiego de los vecinos. A partir de las nueve de la noche, señal que daría el campanero de la torre de la catedral, se prohibió salir

de casa sin motivo justificado y sin llevar un farol para su fácil reconocimiento. El coronel las puso al corriente de que se trataba de una medida cautelar, para que no se produjera ningún altercado durante el cambio de mando. El toque se mantuvo hasta el día 6, en que hizo su entrada en la ciudad el nuevo general de brigada Boyer para sustituir a Barthélémy en el puesto de gobernador militar.

Doña Elvira, la del oído más agudo a pesar de la edad, era quien anunciaba las visitas o los incidentes que tenían lugar ante la verja de la casa.

—Oigo el carro. Será Pascual —le dijo a Mercedes.

—Ya salgo yo —se ofreció Mercedes—. ¿Hay algo preparado?

—Yo también. No hay nada que hacer, y un poco de chismorreo siempre despeja la mente —se apuntó la señora—. Al lado de la puerta dejé la cesta anoche.

Salieron a la verja y les sorprendió la presencia del señor Robles, a quien saludaron con cariño y contentas de que hubiera superado las fiebres. Mercedes lo encontró muy recuperado y en absoluto delgado y ojeroso, que sería lo propio de alguien que ha sufrido los rigores de una enfermedad por tiempo tan prolongado. La alusión de una noticia importante, que esperaba la ciudad con ansiedad, relegó sus sensaciones al olvido.

—Al fin, las cartas y las quejas vertidas en la corte del Intruso han tenido oídos —comentó el hombre, apoyando el pie en la pezonera de la rueda para bajar—. Ha llegado un juez instructor y ha convocado a las autoridades militares y civiles en el ayuntamiento el día 13.

—Dentro de dos días —calculó doña Elvira—. ¿Y para qué?

—Se habla de una instrucción sumaria a Barthélémy.

—No entiendo nada. ¿Qué quiere decir? —indagó Mercedes, interesada.

—Han enviado un juez instructor, que pertenece a la Gendarmería imperial, para instruir la causa criminal del general.

—¿Lo van a juzgar? —inquirió, incrédula, doña Elvira.

—Todavía no. Creo que se trata de recoger los testimonios de los ciudadanos sobre la conducta del general como gobernador militar. Y a la luz de esos testimonios, se decidirá si habrá juicio.

—¡Ah! —exclamó doña Elvira, decepcionada—. Ya me extrañaba a mí que hubiera justicia.

—Por algo hay que empezar —declaró Mercedes, más animada —. Primero, Linois; y ahora, Barthélémy.

—Don Bonifacio se merece un aplauso. En realidad, ha sido su secretario, el señor Cos, quien lo ha logrado —desveló Robles con satisfacción—. No las entretengo más, he de seguir con el trabajo. Solo quería saludarlas y comprobar que están bien, aunque Pascual me ha informado puntualmente.

—Ha sido muy amable por su parte, en las condiciones en que se hallaba, que no se olvidara de nuestro bienestar —agradeció Mercedes—. Acepte estas verduras.

—¡Oh! Se lo agradezco. No he traído nada con lo que contribuir —reconoció contrariado.

—No se preocupe —restó importancia doña Elvira—. Habrá otras ocasiones en las que seremos nosotras las que quedemos en deuda.

La mañana continuó con las labores propias del campo: los semilleros fueron sustituidos por secaderos de patatas, legumbres y hortalizas para conservar de cara al invierno. Mercedes pensó que su tía Herminia nunca imaginó el empleo tan práctico que le darían a un lugar tan primorosamente ideado para el esparcimiento.

El coronel se presentó de improviso a media tarde. Descansaban en el patio aprovechando los tibios rayos solares entre nubes mientras Marta culminaba el encargo de Cornulier con gran destreza.

—Buenas tardes —saludó.

—Buenas tardes —respondieron al unísono.

—El señor Robles ya nos ha traído la buena noticia de que el general Barthélémy debe responder por sus delitos —se adelantó Mercedes.

—Yo no alzaría las campanas al vuelo en ese aspecto —cortó las expectativas Cornulier—. Se trata de una investigación previa, de redactar un expediente con las acusaciones formuladas —aclaró—, a partir del cual se decidirá si hay razón para un juicio.

—¡Dios nos coja confesadas si no llega el juicio porque la venganza de ese hombre caerá sobre nuestras cabezas! —vaticinó doña Elvira, pesimista.

—En ese sentido, no habrá problema —aseguró Cornulier—. Pase lo que pase, Barthélémy será apartado de Santander.

—¿Será mejor el sustituto? —se preocupó Mercedes.

—El general Pierre Boyer es un húsar, un perro viejo de la guerra, por lo tanto, antepondrá los intereses del ejército al de cualquier civil. Ningún general consigue las insignias siendo suave. Lo importante es que no sea un avaricioso y destine las sisas al ejército y no en provecho propio, que no gobierne como un reyezuelo ni permita a sus hombres que siembren el descontento entre las gentes de las que dependen.

Se hizo un silencio tras el largo discurso del coronel.

—A franqueza no le gana nadie —lo rompió Mercedes, desinflada.

—No tiene objeto mentir o crear falsas expectativas. En vista de que se me han adelantado con la noticia, vuelvo a mis responsabilidades. Que pasen un buen día.

Las dejó solas, rumiando la nueva.

—Nada ha cambiado —concluyó doña Elvira—. Tiene razón. ¿Qué esperábamos? La guerra continua y nosotras seguiremos en la cuerda floja, nos guste o no.

Claude condujo la montura por las calles en dirección a la plaza Vieja. Robles. Así que el cervecero había salido de su escondrijo, tras desaparecer oportunamente, en cuanto se enteró de que Barthélémy había perdido su puesto y su poder en la ciudad. Esquivó a un chiquillo que se le cruzó. Robles no era tonto y sabía hasta dónde podía llegar, y no se había atrevido con un coronel de la Gendarmería. Como estaba al cabo de cualquier información, no ignoraría los movimientos de las autoridades para desbancar al general, y se quitó de en medio hasta que consiguieran deponer a Barthélémy. ¿Qué haría ahora? Esa era la clave. Era un hombre peligroso, y no podía dejarlo suelto. Se llevó la mano enguantada a la nariz: no conseguía acostumbrarse al olor de la podredumbre de las calles. A pesar de los sucesivos bandos de las autoridades para mantener la higiene, el español, fiel a su carácter, incumplía cualquier norma al respecto y ponía en peligro la salud de los vecinos: el cólera y el tifus eran las enfermedades más comunes.

El tiempo se le acababa. Con el juez instructor Vaillant en la ciudad para incoar la sumaria, había terminado su misión. Desmontó frente al ayuntamiento y ató el caballo en una de las argollas incrustadas en la pared. Subió las escaleras hasta la primera planta, donde se hallaban los despachos, y en el vestíbulo preguntó

por el juez instructor. Mientras aguardaba el regreso del conserje, se miró en el espejo. Se colocó el pelo hacia delante con una mano, para arreglar lo que había revuelto la brisa. Había cambiado, casi no reconocía al hombre que contemplaba. ¿Dónde quedaba la mirada indiferente? ¿Los ojos aburridos? ¿Y los labios secos? Había un nuevo brillo entre las pestañas, voluptuosidad en la sonrisa, destilaba amor y pasión por la vida. Mercedes había trastocado su plácida entrega al ejército, y, si antes añoraba la vida civil y recuperar lo que le pertenecía, ahora se había convertido en una prioridad. ¿Cuánto quedaba para la paz? No esperaría, ya no, y así se lo había comunicado a su amigo y antiguo tutor, René Sologne.

El conserje se aproximó con una lentitud estudiada. Caminaba erguido, como si formara parte del protocolo. El esfuerzo del hombre ignorante le arrancó una sonrisa, y, a su invitación, lo siguió por el estrecho y oscuro pasillo. Vaillant, con quien ya había coincidido en otra ocasión parecida, lo recibió con efusividad. Pertenecía al cuerpo jurídico de la Gendarmería Imperial, y se ganó su simpatía cuando supo que era pupilo de René Sologne, hombre con gran conocimiento de la ley.

—He escuchado a las autoridades, y va a ser una instrucción larga —le comentó preocupado—. Los testigos se han agolpado en la plaza esta mañana, y he tenido que dispersarlos hasta nueva orden.

Su apariencia era apocada, carecía de la planta de un soldado, bajo y grueso; no obstante, su inteligencia y diligencia en los casos que le encargaban eran famosas en el cuerpo.

—Estoy seguro de que el gobernador civil le puede prestar ayuda y organizar las citas para declarar —propuso Claude.

—Aldamar, ¿no? —recordó con aire distraído.

—Sí. Mañana se lo presentaré. ¿Cree que lo juzgarán?

—Entre nosotros, según mi experiencia, lo dudo. El Emperador no prescindirá de sus generales. Si las denuncias fueran de compañeros de armas… Pero, por lo que he visto, son reclamaciones civiles, aunque algunos sean de nacionalidad francesa, y estamos en guerra. Y si, por un casual, llegase a sentarse ante un tribunal, lo eximirán por la misma circunstancia. No es lego en estas lides, Cornulier, y no ignora que el ejército tiene preferencia sobre cualquier disputa civil, por injusto que nos

parezca.

—Si no me necesita, regresaré al despacho.

—No. Me han pasado sus informes; muy completos, coronel, lo felicito. Rezuman la mano de un buen maestro.

Claude se retiró pensativo. Se resistía a dejar indefensas a las Velarde. ¿Indefensas? La imagen de Mercedes colgada de la horca en Becedo, como su hermano Salvador, por haber disparado a un francés le espeluznaba. Era muy capaz de hacerlo, y sin duda alguna si fuera Marta la que corriera peligro.

—Increíble, señor Cos, una traición en toda regla —se lamentaba el alcalde don Bonifacio a su secretario en el pasillo de los despachos consistoriales.

—Buenos días, señor alcalde —saludó Claude—, los imaginaba de celebración.

—¡Ay, coronel! —exclamó pesaroso el buen hombre—. Así debería ser, pero los que eran amigos en el infortunio se vuelven enemigos cuando han resuelto sus penas. El intendente Aldamar ha convocado a las autoridades y a los hacendados para exigirnos cien mil reales para atender el hospital militar. Durante la reunión, solo escuchamos ruegos y amenazas. Para los vecinos de la ciudad no ha cambiado nada, y cada vez es más difícil hacer frente a esos costes. La mayor parte de nuestros comerciantes han huido a América, como el conde de Campo-Giro, o a otras villas, como López-Dóriga, cansado del continuo saqueo de sus almacenes. Hasta Labat ha salido corriendo para evitar las exigencias de sus compatriotas. Es insostenible.

—Los tiempos de guerra siempre son difíciles. —Según salió semejante perogrullada de su boca, se arrepintió de no haber sido más ocurrente. Rodríguez de la Guerra buscaba algún consuelo, e intentó enmendarlo—. Los gobernadores militares seguirán siendo nombrados, y la vida diaria y las exigencias no cambiarán: nuestro ejército vive de lo que obtiene sobre el terreno, por lo que las exacciones continuarán.

—No cobramos. Este invierno será terrible con el hambre por compañía. ¿Comprende mi responsabilidad?

—Perfectamente. Lo único que puedo hacer es permitirle que se desahogue.

—Ya ha hecho mucho, coronel; no crea que somos ciegos y

sordos. Se lo agradecemos.

Se despidió del atribulado alcalde y regresó al convento. Entregó el caballo en el establo y se cruzó en el claustro con Léry.

—Estamos de enhorabuena. ¿Dónde se había metido?

—En la Casa Consistorial, con el juez de instrucción. ¿Qué ha sucedido? —se interesó Claude.

—El nuevo gobernador militar no ha perdido el tiempo: ha ordenado desmantelar el patíbulo alzado en Becedo por Barthélémy.

—Nos priva de su horrorosa imagen, lo cual no significa que prescinda de su empleo, de una forma más íntima —recalcó irónico.

—No tiene un buen día —constató Léry.

—Me he tropezado en el pasillo del consistorio con Bonifacio Rodríguez, quien se lamentaba de la defección de Aldamar. El intendente les ha exigido una cuantiosa contribución para el hospital militar. Y esa será la primera de otras más.

—Las necesidades del ejército siguen siendo las mismas. Los favorecidos seremos nosotros, que nos llegarán las sisas sin mermar por la avaricia de Barthélémy.

—No quise echar leña al fuego.

Pasaron un par de semanas entretenidos con las nuevas disposiciones del gobernador y con las citas para recabar las declaraciones sobre los abusos de Barthélémy. En la provincia, se mantenían las refriegas habituales con las diferentes partidas que habitaban en los montes de la provincia.

Recibió carta de René Sologne, que lo ponía al corriente de las buenas perspectivas de su hijo Hervé para sacar adelante el patrimonio de los Vair, pues Napoleón había mostrado un gran interés en la remolacha azucarera de Silesia y, a causa del bloqueo inglés con América, deseaba que se produjera en suelo francés. Al parecer, Hervé se había lanzado de cabeza y ya estaba plantando remolacha. Se sonrió al imaginarse a su amigo en semejantes lides agrarias de las que debería ocuparse él. Otra vez esa idea recurrente de licenciarse. ¿Le permitirían retirarse? Dependía de lo que le rondase por la cabeza a Napoleón. ¿Podría recuperar a su familia? Resultaba muy complicado comunicarse con ellas.

Mientras tanto, con estas ideas en la cabeza, regresaba cada noche a la habitación, a las sábanas remendadas, a los brazos amantes de Mercedes. Allí, entre sus pechos sonrosados, con la piel

húmeda de besos, bajo la mirada ardiente del deseo, con el sonido de las palabras amorosas en los oídos, olvidaba su nombre, dejaba el mundo fuera y las preocupaciones se diluían perdidas en el interior del cuerpo incandescente de la amada, encendido con el calor de las manos, con los suaves mordiscos, con las caricias que exigían gemidos de placer como premio.

Y, tras el amor, la guerra. Desde las atalayas costeras de San Pedro les llegó el aviso de avistamiento de barcos enemigos. Bastantes, según la declaración del capitán de un quechemarín corsario procedente de San Juan de Luz. El cuerpo de gendarmes se puso en marcha para vigilar la costa y, en cuanto pasaron de largo frente a la boca de la bahía santanderina, envió aviso a Santoña y a Castro. Claude intuyó que intentaban un nuevo golpe en la villa santoñesa. Sin embargo, llegó un temporal del noroeste que obligó a las naves, fondeadas en el Fraile, a garrear, según el informe de la compañía de guardia, y las que pudieron levaron anclas y se adentraron en el mar, pero alguna embarcación no pudo izarla y la perdió. A los tres días, el día 26, naufragaron en la barra de Santoña un cañonero y dos naves: Sorpresa y Gorrión. En la boca del puerto de Elanchove hallaron los restos del Estrago, aunque no a la tripulación, que, según declaraciones de testigos, alcanzaron la costa a nado sin novedad y se perdieron en el interior de la provincia.

En esa ocasión el temporal los salvó, porque, una vez más, no estaban preparados para hacer frente a una amenaza de esa naturaleza: el mar era un dominio indiscutible de los españoles y de los ingleses.

34

Alfonso se removió inquieto en la silla frailera de su despacho en la Torre del Infantado. Tirso permanecía sentado en el banco y, recostado contra la pared, analizaba lo que acababa de oír.

—Si no lo he entendido mal, Napoleón pretende que España sea una provincia más de Francia y que todos hablemos francés.

—No sé si llegaría a tanto; algo así interpreto también —confirmó Alfonso—. Ya lo ha hecho con Italia y Holanda; no es nada nuevo.

—¿Y su hermano José?

—Lo obligó a renunciar una vez y volverá a hacerlo.

—En la otra ocasión le ofreció la corona de España —objetó Tirso.

Alfonso repasó la misiva que había llegado de La Coruña. Una partida española había interceptado una carta y documentos que había enviado el embajador en París, Azanza, al ministro Urquijo en los que desvelaba los propósitos de Napoleón. De ahí que en febrero el Emperador, a través de un decreto imperial, estableciera la separación de las provincias al norte del Ebro: Cataluña, Aragón, Navarra y Vizcaya; a esta última adscribió la provincia montañesa, con independencia absoluta de José I y su Gobierno. En su lugar, había nombrado a un gobernador con amplios poderes militares y civiles. ¡Vaya pájaro Napoleón!

—No sé, Tirso, ignoro lo que hará con su hermano; lo cierto es lo que está haciendo. Este año que viene será decisivo para dirimir nuestro futuro —predijo Alfonso, frotándose las manos por la cara cansada.

—La Regencia está organizando el ejército, y Potes será un reducto importante —animó Tirso—. Resistiremos; siempre lo hemos hecho.

Alfonso observó al animoso joven. Él también lo deseaba, pero era perro viejo, mientras que Tirso confiaba, inexperto en los

asuntos políticos y militares. Ya había disensiones entre Porlier y Renovales por hacerse con el poder, porque cada uno quería llevar la guerra a su manera.

Dejó los pliegos sobre la mesa y la mirada recayó sobre la navaja napoleónica que apareció en su bolsillo en la nave pontón. Descansaba junto al recado de escribir para no perderla de vista; entrañaba un enigma para él. Había barajado varias hipótesis, a cada cual más disparatada, y la única razonable la había desechado por imposible. Mil veces había repasado aquella noche, y no se le iba de la cabeza el tropezón del coronel en la cubierta del pontón, incluso jugó con la probabilidad de que la perdiera… ¿en su bolsillo? No solo sería una gran casualidad, sino también una gran puntería. ¿Y el coronel de la Gendarmería por qué lo iba a ayudar? No lo conocía. Había otro rompecabezas que había discutido ampliamente con Tirso, y no llegaron tampoco a ninguna conclusión: la traición. El mensaje que dio pie a la detención procedía del Hortelano; sin embargo, además de negarlo en persona, los ayudó en la fuga y en el asalto de Las Caldas. La aventura relacionada con Santander estaba envuelta en un misterio inextricable.

Y la familia Velarde. Desde que Basilio les había llevado la nueva del ahorcamiento de Salvador, no descansaba bien. Varias veces le había propuesto a Tirso introducirse en la ciudad para traerse a las mujeres, y otras tantas veces había quedado aplazado por peligroso: primero, cuando tuvo lugar el cambio de gobernador; y después, por el desembarco planeado por la Regencia en Santoña y Guetaria y que los elementos naturales hicieron fracasar estrepitosamente.

Así, en esa angustia perpetua, había pasado casi tres meses. Soñaba con la delicada y sonriente Marta y sufría por ella. No dudaba del arrojo de Mercedes, pero ¿qué podían hacer tres mujeres en una ciudad bajo el yugo de los militares? Ni Salvador se había librado de la violencia.

—Se ha quedado muy callado. Sigue pensando en ellas. —No era una pregunta. Tirso lo había sorprendido caviloso en más de una ocasión—. Robles cuida de que no les falte nada.

—No es suficiente. En cuanto haya otra intentona de entrar en Santander, allí estaré.

Claude se echó el capote por encima de la casaca antes de

abandonar el despacho. Allí sentado, entre papeles y los muros viejos y mohosos del convento, el frío y la humedad otoñal se le metían en los huesos y se quedaba destemplado para el resto del día. La larga conversación que había mantenido con Basilio había dado sus frutos. Atravesó el vacío y oscuro claustro, pues los galenos ya se habían retirado y los enfermos y heridos descansaban en los jergones, y salió al patio de entrada, que, por el contrario, bullía de actividad en torno a los fuegos, donde los soldados contaban sus anécdotas o viejas historias de otros escenarios de guerra. Entró en la abigarrada cantina y el calor humano y el vaho lo envolvieron. Babette, en cuanto lo vio, echó de una mesa a un par de borrachos y lo invitó a sentarse.

—No hace falta que moleste a los parroquianos por mí. Me entrega algo de comer y me lo tomo en el despacho.

—Mientras yo regente esta cantina, usted comerá caliente y sentado. Y si quiere algo más, se lo preparo para que se lo lleve —afirmó rotunda la cantinera con las jarras que retiraba en la mano.

—Esa preferencia me acarreará muchos enemigos —objetó, socarrón, Claude.

—¿Usted? Usted no tiene enemigos, al menos en este regimiento. Y que se atreva alguien a decir algo. Tengo una gallina en pepitoria y *ratatouille*.

—¿Gallina? —se asombró un capitán de la mesa de al lado—. A mí solo me ha ofrecido el *ratatouille* de verduras —se quejó el hombre.

—¿Acaso es usted el coronel Cornulier? —desafió Babette, levantando una ceja y mirándolo firme.

—Perdone, coronel —se retractó el capitán.

—Sírvame ambos, y, si hubiera queso y miel, me lo llevaría.

—Para usted hay de todo —aseguró la cantinera antes de retirarse, y desafiaba con la mirada a quien tuviera el valor de interponerse en su camino.

—Si gusta, capitán, compartiremos la gallina —ofreció Claude.

—Gracias, coronel, pero Babette me echaría de la taberna, y es la mejor cocinera del regimiento. No me agradaría enemistarme con ella —reconoció el capitán, sonriente—. Las mujeres lo adoran. Ya me habría gustado a mí ser su héroe, pero, a veces, entremeterte en los asuntos de los compañeros no resulta muy saludable.

—Lo entiendo. De hecho, es labor de la Gendarmería, siempre que lo denuncien, como hizo Babette. Una de sus cartas fue la que me trajo aquí.

—No me engañe, coronel, sé cómo funciona el ejército. Usted vino a por Barthélémy y porque este ha abusado del propio ejército. No creo que lo castiguen a pesar de todo —se sinceró el capitán.

—Cierto. Lo más probable es que le palmeen el hombro en cuanto llegue a Francia, pero las autoridades locales han conseguido quitárselo de encima —le confió Claude.

—Yo también quiero volver a casa. Tengo familia a la que no veo desde hace años. Estoy cansado de luchar contra sombras cada vez que me adentro en esos valles. Cada palmo de tierra que ganamos está regado con sangre, y ya he visto demasiada.

—Guardo en el bolsillo mi permiso de vuelta —confesó Claude.

—¿Nos abandona? ¿Regresa a París o lo envían a otro sitio? —se interesó el capitán.

—En principio, a París.

—¿Llevaría una carta?

—Entregaré las que dejen en el despacho de la Gendarmería. Partiré dentro de una semana.

El capitán, agradecido, abandonó la mesa de al lado y salió del establecimiento. La hija de Babette llegó con la gallina y el *ratatouille*. Mientras comía, se preguntaba cómo le daría la noticia a Mercedes y si encontraría el valor suficiente para irse sin mirar atrás. No hacía más que darle vueltas al problema, y la única solución que se le había ocurrido tenía mucho de improvisación y no le gustaba. Y, aun así, quedaba que ellas aceptaran.

Cabalgó en la oscuridad de la fría noche hasta la casa en la que lo esperaban unos brazos impacientes, una boca ardiente, un cuerpo caliente y algo mucho más importante: una alma gemela que llenaba su mente de una vida inexistente.

Entró en la casa y lo recibió el tibio ambiente que había generado la actividad de las mujeres, ya acostadas para no gastar velas ni leña, en previsión de días mucho más helados. Dejó el queso y la miel sobre la mesa de la cocina para que pudieran realizar un buen desayuno y subió acompañado por el crujir de los escalones bajo su peso. Abrió la puerta y la escasa claridad, que se filtraba por la ventana que daba a la solana, mostró el suave bulto

del cuerpo de Mercedes bajo la ropa de cama. Se removió al oírlo.

—Buenas noches. —Su voz era grave para una mujer, pero él lo prefería a las atipladas que le taladraban los tímpanos.

—Buenas noches —respondió, y procedió a desvestirse—. No te muevas y mantén caliente el lecho, que llego helado —advirtió al notar su ademán de salir para ayudarlo.

Nunca había contado con servicio, excepto para que le preparasen el baño, le lavasen la ropa o atendiesen el caballo. Sus amigos y compañeros se burlaban de su excentricidad, pero, desde los doce años, había aprendido a prescindir de esas comodidades por temor a ser reconocido. Se deslizó bajo la sábana y, como ya venía siendo costumbre, se quedaron mirándose, sin tocarse, disfrutando de la presencia del otro, y hablaban sobre las noticias y lo que habían hecho durante el día para terminar abrazándose y entregándose a la pasión.

—Hoy nos ha visitado el señor Robles y las noticias han sido tristes. Perdemos terreno: Gerona ha caído y Granada está al cabo de sus fuerzas. Las colonias siguen con sus ansias de independencia ahora que no podemos defendernos: Colombia en julio y Chile en septiembre. ¿Dónde acabaremos? Esto es un desastre —susurró Mercedes, alicaída.

Claude no preguntaba cómo había obtenido esa información. Al igual que los franceses difundían mentiras a través de la *Gaceta*, los santanderinos se las averiguaban para obtener las que divulgaba la Regencia desde Cádiz. Él, mejor que nadie, conocía el valor de la información veraz.

—Ahora mismo tienes otros problemas más acuciantes. Me gustaría ayudarte a resolverlos si aceptas mi consejo.

—No sé qué consejo aliviaría el frío y el hambre. El invierno está a punto de empezar.

—Me reclaman de París. En una semana saldré de viaje para no regresar —soltó abruptamente lo que le acongojaba. No halló otra forma de decirlo.

El silencio se instaló, como un fantasma gélido, entre los dos.

—Me aterra la idea de dejarte aquí —continuó—. Como en otra ocasión te comenté, no puedo arrastrarte a una vida incierta. Me he roto la cabeza para asegurar vuestro bienestar en lo que quede de esta maldita guerra y solo se me ha ocurrido una salida. No me

preguntes cómo lo sé, pero lo sé, esa es la realidad. ¿De acuerdo?

—En una guerra no hay un sitio seguro —negó Mercedes—. No nos separemos con mentiras.

—No lo son. Recuerda: sin preguntas ni reproches; y escucha lo que he pensado: el reducto mejor guardado es el valle de Liébana. El teniente Bustamante, pese a su terrorífico aspecto, es un buen hombre.

—¿Lo conoces? —se alarmó Mercedes.

—Nada de preguntas; limítate a escuchar —insistió Claude—. Esto es importante para mí. Cuando nos encontramos en San Vicente, venías de haber estado alojada en su casa. —Esa era una de las raras declaraciones que había sonsacado a Basilio, bajo palabra de no tomar represalias contra la mujer—. Si no me equivoco, él no os negará cobijo. Yo me quedaría más tranquilo si supiera que estáis bajo su amparo y al resguardo de esos montes y no aquí, bajo los caprichos de los ejércitos y los abusos de los gobernadores. Prefiero soportar los celos a morirme de angustia por ignorar la suerte que estés corriendo.

—¿Celos? ¿De quién? ¿Del señor Bustamante? —se extrañó Mercedes, aunque Claude, por el tono, supo que la halagaba en lo más íntimo. ¿Qué mujer se resistía al más elemental sentimiento?

—¡Dios mío, Claude! —continuó al caer en la cuenta de algo más grave—. Hasta dónde estás enterado de mis andanzas…

—Eso es lo de menos. Lo importante ahora es que no esté equivocado y que el señor Bustamante, como lo llamas, os acoja. Yo me encargaría de que llegaseis a San Vicente de la Barquera a salvo.

—Sin duda lo hará, y de muy buen talante, pero no por la razón que piensas. Es Marta el objeto de su veneración.

—¿Marta? —Aquello sí que no lo había imaginado.

—Sí, Marta. Es hermosa por dentro y por fuera y ese hombre ha sabido verlo, sin tener en cuenta su sordera. Mogrovejo es el lugar ideal para ella.

—Mogrovejo —repitió Claude, sin salir de su asombro.

—¿Y cómo has pensado que lleguemos hasta allí con los ejércitos de por medio?

—Me falta atar un par de cabos sueltos. Primero quería asegurarme de que ese hombre era el indicado.

—¿Cómo lo has sabido? —intentó averiguar Mercedes de nuevo

—. Sí, ya te he oído, sin preguntas, pero no puedo remediarlo. Me das miedo.

—¿Me tienes miedo? Mi único miedo es que te pase algo, no encontrarte cuando termine esta guerra, que me olvides…

—¡No! Eso no. No podré olvidarte —aseguró Mercedes, y alargó la mano para acariciarlo, y él la atrapó y la estrechó contra su corazón.

—No me temas —rogó—. Ambos guardamos historias en los pliegues del alma, secretos que nos separan. Confío en que llegará un día en el que podamos descifrarlos, escritos en la piel, escuchados entre labios hinchados de besos, o recitados en largas miradas.

—¡Claude!

Mercedes lo buscó debajo de la sábana y lo encontró. A oscuras, los sentidos se intensificaban, la piel despedía el ardor del amor, la carne se debatía entre la ansiedad y el placer, los labios descubrían sensaciones ocultas y los ojos se inundaban del sabor a lágrimas derramadas de felicidad y de tristeza. Claude, dividido entre el dolor de la separación y la esperanza del reencuentro, se perdió en el interior que lo reclamaba y ahogó los gemidos de la culminación. La unión fue tan breve, como la vida cuando es placentera. Demasiado breve para recordar: otro temor más que se sumaba a la larga lista de inseguridades que lo embargaban. En esta ocasión, no fue el amanecer quien lo despertó, sino una Mercedes exigente y salvaje que lo reclamó y lo montó como si fuera un potro, desatada, desinhibida, furiosa con el destino y desesperada por la separación. Agotada y sudorosa, desfalleció sobre él, y él la abrazó y la retuvo contra el corazón, que latía desbocado. Más serena, se deshizo del abrazo y se deslizó a un lado; gimió consciente de su locura y se tapó la cara con las manos.

—Ni se te ocurra arrepentirte; como mucho te dejo avergonzarte, si quieres —añadió con una risita satisfecha.

—¿De qué te ríes? —preguntó Mercedes, abriendo los dedos para mirarlo a través de ellos sin retirar la mano.

—De tu pudor. Me halaga que te hayas desfogado conmigo. Será un recuerdo muy preciado para mí.

—No, por favor. No sé qué me ha pasado —intentó disculparse —. Pensarás… pensarás… —No conseguía darle forma a ese

pensamiento.

—Pensaré que eres la mujer más hermosa y más ardiente, y más generosa y honesta con los sentimientos. Eres tan especial que me siento pequeño a tu lado.

—Adulador —sonrió aliviada.

Se levantaron y Mercedes salió primero para dejarle espacio para afeitarse. Ya no se recataban ante Marta y doña Elvira, quienes estaban al corriente de lo que ocurría. Ninguna de las dos mostró disconformidad ni le reprochó a Mercedes su comportamiento, algo que agradeció profundamente. Bastante difícil era ya la vida como para que te la complicaran más aquellos a quienes aprecias.

Cuando Claude bajó, pasó por delante de la cocina y las encontró susurrando a la vez que doña Elvira escribía frenéticamente en la pizarra. En medio de la mesa, el queso y la miel habían quedado olvidados ante las inquietantes noticias que modificarían su vida una vez más. Se giraron al oírlo y él las saludó con una inclinación de cabeza y siguió hacia el improvisado establo.

Dirigió la montura cuesta abajo, hacia los muelles de Molnedo, donde se situaba la fábrica de cerveza. Entró en el patio y los halló cargando el carro para iniciar el reparto.

—¡Coronel! ¡Vaya sorpresa! —exclamó Robles en mangas de camisa—. ¿Qué desea?

—Buenos días —saludó a la vez que recorría con la mirada el lugar.

—Creo que nunca nos ha visitado. ¿Quiere que le muestre cómo fabricamos la cerveza?

—Si dispone de tiempo, me agradaría —aceptó. Así sería más fácil entrar en una conversación tan delicada.

Robles, habituado a explicar el proceso de la fabricación, se dilató en satisfacer la curiosidad del inesperado invitado. Pascual y Fidel salieron para realizar el reparto sin él y se quedaron solos, un buen momento para llevar a cabo su plan.

—Y eso es todo. No es complejo, y se trata de una actividad industrial que data de la Edad Media y está muy extendida por Europa.

—¿Y estos son los graneros? —preguntó Claude.

—Sí, aunque solo está lleno uno. El otro está vacío. No llega suficiente cebada.

—¿Puedo verlo? ¿Cómo es por dentro?

La pregunta y la razón eran tan estúpidas que levantó el recelo del cervecero, aunque lo disimuló bien.

—Por supuesto. —Robles se encaminó al silo vacío y abrió la puerta de hierro.

—¡Vaya! Es más espacioso de lo que parece por fuera y hay luz —comentó admirado Claude, aunque se mantuvo prudentemente fuera. Sin embargo, desde la puerta, se hizo una idea del magnífico escondite que suponía. Un olor penetrante y familiar llegó hasta él. Era complicado ventilar bien algo tan cerrado.

—Muy ingeniosa la forma de iluminarlo —alabó Claude—. ¿Alabastro?

—Sí. Lo he visto en algunas iglesias de Aragón —comentó Robles sin conseguir ocultar su recelo.

—Una fábrica muy bien cuidada y que debe de ser rentable, a pesar de que los oficiales, a los que nos ha obsequiado con un barril y la correspondiente tijera para sostenerlo, no le paguemos el rellenado.

Claude se percató de que el hombre palidecía, la mirada se tornaba seria y alerta, había dejado de sonreír y aguardaba tenso el golpe de gracia.

—¿Adónde quiere llegar, coronel? —planteó Robles, inquieto.

—A cómo ha conseguido mantener a salvo de la rapiñas de Helguera un negocio tan boyante. ¿No le parece lógico que me lo pregunte? —concluyó Claude—. Abandone la estúpida idea de atacarme. —Se adelantó a la sombra que cruzó por los ojos de Robles—. Hace tiempo que sé mucho más sobre usted, pero no me ha interesado su doble juego hasta ahora.

—¿Qué ha cambiado? —indagó el cervecero, todavía en guardia.

—Hagamos un trato —propuso Claude—. Yo he de volver a Francia, pero no puedo abandonar a tres mujeres a los vaivenes de esta guerra. Usted las acompañará a San Vicente de la Barquera y de allí se las arreglará por su cuenta para llegar a Gijón o La Coruña, donde embarcará al destino que usted escoja. Le aconsejaría que no se encuentre en España en el plazo de un mes. El señor Bustamante recibirá una interesante nota con los detalles de una traición, a resultas de la cual fue detenido.

—¿Por qué no me delata ahora? ¿Qué le importa a usted

Bustamante? Es su enemigo.

—Demasiadas preguntas —objetó Claude—. Se lo he puesto muy fácil. Solo tiene que acompañar a las mujeres hasta San Vicente y luego será libre.

—¿Libre? Seré un exiliado.

—Pero libre, con vida y lejos de este maldito lugar. ¿Quién le asegura que saldrá con vida de esta guerra? Yo ya he vivido una situación parecida durante la Revolución en Francia. Ahora gobiernan los afectos a Bonaparte en España, pero, en cuanto cambie la situación, los patriotas perseguirán y encarcelarán a los colaboradores: el vencedor siempre busca la cabeza del vencido. Usted podrá mantenerla puesta.

—¿Por qué se interesa por ellas? ¿Por Mercedes? ¿Por qué San Vicente?

—Haré como que no lo he oído. No ignora que poseen casa además de la conservera. Es una población más pequeña y lejos del gobernador y de sus sisas. Podrán resistir mejor el invierno allí que aquí, en un sitio tan aislado.

—Aquí cuentan con amigos —arguyó Robles.

—Sí, ya lo comprobé cuando ahorcaron a Salvador —ironizó Claude.

—Eso fue diferente —se defendió el cervecero rojo—. No podía llamar la atención de Barthélémy.

—Eso fue como siempre. Uno mira por su vida y no por la del vecino: es la guerra. Le alabo su discreta salida de escena cuando el general le pidió mi cabeza. No pienso dejarlo aquí para que siga haciendo de las suyas en mi ausencia, de ahí que advierta a Bustamante del peligro.

—¿Pero usted de qué lado está? —preguntó, desorientado, Robles.

—Del de Francia y del mío. No espero que lo comprenda y no voy a explicárselo, porque no le incumbe. Limítese a cumplir con su parte y yo cumpliré con la mía: no es tan complicado. Tenga por seguro que, aunque yo no esté, sabré dónde está usted, no le quepa la menor duda. Le estoy ofreciendo una oportunidad que otros muchos habrían aprovechado a ojos cerrados: rehacer su vida en otro país.

—Es usted un enigma. Ignoro qué trama, pero no me gustaría

que me salpicara la sangre de esas mujeres. Hasta los traidores tenemos un límite. Haré lo que me dice si me asegura que ellas no forman parte de un oscuro juego.

—En absoluto. Tiene mi palabra —ofreció, contundente.

35

Los sentimientos dividían en dos a Mercedes: su hermana y Claude. En cuanto comentó el ofrecimiento del coronel a facilitarles el traslado a Mogrovejo, el rostro de Marta se iluminó de tal manera que deslumbraba. Ella misma estaría ilusionada si no fuera porque aquello imposibilitaría cualquier comunicación con Claude, pero el peligro que corrían allí, indefensas frente al invierno y a los soldados que desfilaban hacia las baterías de la costa por delante de la verja, era real.

Mogrovejo. Con sus historias sobre cómo había vivido allí, lo había idealizado, se había convertido en un sueño, pero la guerra todo lo mutaba: ¿lo seguiría siendo? Y la mente saltaba de la alegría, de la esperanza, a la tristeza por la separación, a la incertidumbre del futuro. Comprendía a Marta, había sufrido lo mismo que ella. ¿Lo mismo? No. El abismo que la separaba de Claude era mucho más grande y mucho más incierto; tanto que presentía la despedida como definitiva.

Esa noche, Claude regresó pronto y las reunió en la cocina, al calor de la lumbre, donde habían calentado la única comida del día y bajo los reflejos del pábilo de la vela que había en el centro de la mesa, alrededor de la cual se sentaban como conspiradores, con las caras iluminadas y las sombras a la espalda. El hombre ganaba apostura en la misma proporción que pasaban los días y se aproximaba el desenlace: esos ojos aguamarina en los que se perdía, esa boca sensual y promiscua, ese cuerpo que la llamaba bajo el uniforme, esa voz grave que le susurraba amor eterno.

—Ya está todo arreglado —escuchó, perdida en el movimiento de sus labios—. El sábado saldrá un coche correo hacia San Vicente. El señor Robles las acompañará en el viaje. Mercedes escribirá un mensaje, que entregará uno de mis hombres, a la mujer que conoce allí para que las aloje.

—¿Cómo sabrá el señor Bustamante que estamos allí? ¿Cómo

iremos a Potes? Es un largo camino. Y llevaremos mucho equipaje —acució Mercedes a Claude.

—Bustamante lo sabrá, no os preocupéis —aseguró—. Puede que esté al tanto incluso antes de que lleguéis allí. Otro asunto será cuándo pueda enviar a alguien a recogeros. San Vicente sigue en manos francesas.

Mercedes no perdía de vista a Marta; había revivido, sonrojada, con la ilusión en los ojos y la sonrisa fácil. Seguía las indicaciones como un perro de presa, bebiendo cada letra que leía, mordiéndose el labio de impaciencia. Se alegraba por ella; saldría beneficiada de aquella nueva aventura.

Como cada noche, se retiraron y conversaron un rato antes de entregarse a los brazos del otro. La sorpresa fue por la mañana, cuando la despertó un poco antes para revelarle su intención.

—Esta ha sido nuestra última noche. No he querido decírtelo para que no sufrieras y disfrutaras —confesó.

—Pero tú lo sabías —le reprochó desilusionada.

—Sí, y me ha costado una noche en vela, vigilando tu sueño, grabando tu imagen en mi mente, soñando con los ojos abiertos contigo, construyendo una vida imaginaria juntos. Si sigo con vida, volveré por ti, no lo dudes nunca.

—¿Es una promesa? —inquirió Mercedes con los ojos anegados.

—Es una promesa. Me acompañará tu retrato.

—Me quedo con el tuyo. No sé nada sobre ti —se quejó Mercedes otra vez.

—En los días de la Revolución, lo perdí todo y me convertí en humo. Desde entonces, no existo. Necesito recuperar mi identidad, ser alguien tangible de nuevo, y eso significará que la guerra habrá terminado y regresaré por ti.

—Dices cosas muy raras, pero te esperaré. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Claude partió y ellas se apresuraron a desenterrar el baúl y a recuperar la caja de música. Otro de los baúles lo ocupó Marta con los utensilios de pintura, colores, caballetes y varias resmas de hojas que le había traído Claude para que no le faltaran en aquel pueblo perdido en la ladera de un monte.

Avisaron a los vecinos del inesperado viaje, aunque no les participaron la intervención del coronel en la decisión. Se habían

enterado del coche correo y de que admitía pasajeros, y habían decidido que lo mejor era pasar el invierno en San Vicente, en una comunidad más pequeña y resguardada en la que el pescado que llegaba a la conservera adornaría la mesa una vez al día y donde las exacciones no eran continuas ni tan exigentes.

—Podéis ocupar la casa, utilizar el invernadero y sacar el fruto de la huerta clandestina —ofreció Mercedes.

—No, no —rechazó Jonás—. Vivir en una casa de este tamaño es una forma de llamar la atención, pero aprovecharemos el invernadero y la huerta.

—Las echaremos de menos —dijo Vicen—. Ha sido una pena lo de su hermano, y comprendo que se sientan desamparadas aquí.

—Me crucé en la calle con el carro de la cervecera y Pascual me comentó que el señor Robles también se va —comentó Moncho, el hojalatero.

—Sí, nos acompaña hasta San Vicente, y él seguirá a Gijón —reconoció doña Elvira—. Ha mencionado algún negocio por allí, pero volverá.

—No lo creo. Pascual estaba muy contento porque les confiaba la fábrica, aunque, con los tiempos que corren, igual lo hizo por si no regresaba.

El no regresar era sinónimo de muerte para Mercedes: si Claude no regresaba sería porque había muerto. Notó un revoltijo de tripas y un ligero mareo ante la idea.

—¡No dé más explicaciones, hombre! —lo amonestó Vicen—. La señora ha palidecido.

Tras abrazos y recomendaciones, las dejaron solas. Esa noche, Mercedes compartió la cama con el frío y la ausencia, y así sería en adelante. Ni cuando falleció su marido experimentó un vacío tan inmenso, una pérdida tan doliente.

Ocupadas con los preparativos de algunos productos que habían acopiado para el invierno y que se llevarían con ellas, llegó el día señalado. En el vestíbulo se acumulaban los baúles y los paquetes. Marta contaba con el cuchillo camuflado, pero ella había perdido la pistola en el asalto de Las Caldas y, aunque rebuscó entre las cosas de Salvador no encontró la de él; sin embargo, le constaba que la tenía. ¿Dónde la habría escondido? Revolvieron la casa, pero no apareció.

—Es igual —decidió doña Elvira, más práctica—. Si la usamos, nos cuelgan.

Mercedes no le rebatió el ingenuo argumento de tan afligida como estaba. Claude tampoco se presentó esa noche, la última.

Durmieron mal, y madrugaron para recoger las ropas de cama, que también se llevaban. Se aliviaron en la letrina y se lavaron someramente junto al pozo, pese al frío. Fue Marta quien descubrió la pistola y una polvorera en la letrina. En medio de la oscuridad, oyeron el crujir de un carro y el resuello de las mulas antes de que llegara a la verja. Mercedes la escondió rápidamente en el ridículo de doña Elvira. Robles apareció acompañado de Pascual. Aparte de los saludos protocolarios, guardaron silencio. Ellos se ocuparon de cargar el abultado equipaje mientras ellas cerraban la casa. Se acomodaron en la parte trasera del carro entre los baúles y emprendieron la marcha hacia el convento de San Francisco, fuera de la muralla y junto a las cocheras de las diligencias.

Resonaba el rodar de las ruedas sobre la parte empedrada y discurría más apacible sobre los tramos de tierra apisonada, la tenue luz de petróleo de las escasas farolas los rescataba de las sombras y los edificios, silenciosos y oscuros, se apretujaban y les cerraban el paso estrechando las calles. No se tropezaron con la ronda ni con persona alguna, por lo que no sufrieron ningún contratiempo. Los estorninos comenzaron a alborotar anunciando el alba gris, y, aunque estaba nuboso, no llovía, y era de agradecer. Se detuvieron ante el coche, al que estaban unciendo las caballerías en ese momento.

Se apearon y Mercedes miró en derredor, buscando a Claude. ¿No iba a despedirse? ¿No lo volvería a ver más? El desasosiego se le instaló en el estómago, que rugió, vacío, como si ya hubiera dado cuenta del frugal desayuno que se habían permitido. Observó cómo enganchaban al tronco los caballos enjaezados con arneses de buena talabartería. En cuanto terminó el mayoral el trabajo con ayuda de los mozos, ordenó que subieran el equipaje en tanto él deslizaba un fusil francés debajo del pescante y se ceñía dos pistolas al cinto. Fue, en ese momento, cuando Mercedes divisó a Claude, que llegaba a buen paso desde el convento. Caminaba erguido, con el capote revoloteando alrededor y el rostro en sombra por el enorme bicornio. El corazón se le disparó de ansiedad. Se apartó de la

diligencia, para no entorpecer el trabajo de los hombres que subían los pesados baúles al techo bajo las indicaciones de doña Elvira, y su hermana la siguió por costumbre. Claude no llegó hasta ellas y le hizo una seña para que se acercase.

—Te esperé anoche —confesó apenada.

—Si hubiera ido, no habría sido capaz de dejarte marchar. Es mejor así. Quiero decirte algo importante. No sé qué sucederá por el camino, pero te ruego que, bajo ningún concepto, confíes en Robles. Comprendo que es un amigo, pero en tiempos de guerra no hay amigos. No lo olvides. Él tiene sus propios intereses, y mientras los vuestros coincidan con los suyos, será amigo.

—¿Qué ha hecho? ¿Por qué desconfías de él?

—Ahora no hay tiempo de eso —dijo alzando la vista detrás de ella.

—Le agradecemos mucho lo que está haciendo por nosotras —oyó a doña Elvira, que había terminado con el equipaje.

Mercedes notó que había perdido la atención del coronel, quien inclinaba ligeramente la cabeza para saludar. Al mismo tiempo, el bolsillo del abrigo de viaje cedió ante un peso inesperado.

—Para el camino —susurró Claude—. Está cargado. —Alargó un paquete subrepticiamente—. Y pólvora y balas.

Mercedes lo cogió y lo hizo desaparecer en la bolsa de viaje. Ocurrió tan rápido que ni siquiera pensó. Claude estaba muy cerca de Marta y escribía en la pizarra. Mercedes solo tenía ojos para él, para acariciarlo con la mirada, a pesar de que la rehuía, para no olvidarlo.

—Doña Elvira, cuide bien de las dos —pidió innecesariamente el coronel.

Palabras huecas, nerviosas, para evitar la trascendencia de la despedida. Mercedes, envuelta en una nube de irrealidad, con el deseo y la tristeza reflejados en el rostro, asistía impotente a la separación definitiva.

Pascual se retiró sudoroso y Robles le palmeó la espalda mientras murmuraba las últimas recomendaciones. Claude le entregaba a doña Elvira los permisos de traslado y le daba las explicaciones pertinentes. Una compañía de gendarmes a caballo se sumó, así como dos comerciantes que subieron, sin demora, al coche.

—Subid antes de que os quiten el mejor sitio —recomendó

Claude.

Mercedes atrapó su mirada y así, enganchados, se dijeron adiós: sin tocarse, sin hablarse, ya estaba dicho todo. Mercedes reaccionó al leve empujón de doña Elvira y subió también, intentando que las lágrimas no se derramasen y confesasen, escandalosas, su secreto a voces.

—Parece usted muy emocionada —reveló Robles observándola. Recordó la advertencia de Claude.

—Dejo mucho aquí. No puedo olvidar a Salvador.

El recuerdo de su hermano permitió que las lágrimas, henchidas de amor carnal, fluyesen disfrazadas de amor fraternal.

—Por supuesto. Una pena, pero la vida sigue adelante —concedió Robles.

Mercedes agradeció el silencioso llanto compañero de doña Elvira, quien la cubrió eficazmente. Marta, perdida en su eterno silencio, viajaba en una nube de ignorancia hacia un destino idealizado.

El grito del mayoral y el chasquido de los arneses al tensarse anunciaron que partían. Buscó la figura de Claude y la descubrió retirada, observándola desde un segundo plano. Apretó los dientes para no gritar.

—Mercedes, ¿rezamos para que San Cristóbal nos acompañe?

La extraña propuesta de doña Elvira, pendiente de lo que sucedía a su alrededor, la devolvió a la realidad, y aceptó la distracción, a la que añadió una oración de su cosecha por Salvador, al notar que el señor Robles la escrutaba con interés.

Al cabo de un rato, cuando ya corrían hacia Torrelavega, recordó varias cosas extrañas que sucedieron durante la despedida en las que, en ese momento, ocupada con el dolor de la separación, no cayó en la cuenta. El reducido espacio en el coche impedía que resolviera esas dudas, pero, en cuanto realizaron la primera parada, mientras se aliviaban, sacó la pistola. Casi se le resbaló de la mano cuando la reconoció como suya, la que había perdido en el asalto.

—¿Qué sucede? ¿Ha visto un fantasma? —indagó doña Elvira, en tanto que se recolocaba el refajo. Marta estaba un poco más allá.

—Lo sabe. Sabe todo. ¡Oh, Dios mío! —exclamó Mercedes asustada.

—¿Qué es lo que sabe? ¿Quién sabe? ¿De qué habla? —inquirió

doña Elvira a su vez, alarmada.

—El coronel Cornulier. No lo engañamos en Iruz. Había encontrado mi pistola. Todo este tiempo no ignoraba… ¡Qué ingenuas hemos sido! Hemos jugado como niños a un juego de adultos.

Marta golpeó la pizarra para que la informaran de qué sucedía, cuál era la alarma.

—¡Tranquilícese! —conminó doña Elvira, más templada, y atendió la demanda de su pupila—. ¿Qué le preocupa a estas alturas? Si eso es cierto, estamos a salvo. Ha tenido tiempo de sobra para detenernos si hubiera querido. O a Robles o a Salvador, que todavía vivía; y no lo hizo.

—No es por nuestra vida, sino por lo que significa. Me ha devuelto mi propia pistola. ¡Qué vergüenza! ¿Qué habrá pensado? —se lamentaba Mercedes, desolada.

—¡Vamos, vamos! No se comporte como una niña. Él, mejor que nadie, conoce las reglas de la guerra —argumentó doña Elvira—. ¿Ha preguntado? ¿Ha realizado algún reproche? ¿Ha exigido sinceridad o lealtad?

—Fuera de nuestros sentimientos, no, porque ya conocía mis movimientos.

—Ignoramos hasta dónde llegan esos conocimientos, y, como es inteligente, no ha cometido la imprudencia de ponerla en la tesitura de escoger lealtades. Si acepta mi opinión, creo que es un hombre íntegro de pies a cabeza, con la realidad por delante.

—Siempre tan sensata, doña Elvira —reconoció Mercedes más calmada.

—Usted también lo es, si no se deja llevar por el pánico. El amor trastoca la percepción de lo que nos rodea. Ahora que ha quedado atrás, retome las riendas: la guerra no admite distracciones.

—Hablando de distracciones —recordó Mercedes—. Me previno contra Robles.

—¿Robles? —se extrañó doña Elvira.

—«¿Robles?» —mostró la pizarra Marta.

No hubo tiempo para explicaciones, pues el cochero sonó el cuerno de aviso. Se acomodaron en sus sitios y descubrieron que se habían quedado solos.

—¿Y los comerciantes? —preguntó Mercedes.

—Se quedan en Torrelavega, y los gendarmes nos abandonarán en breve porque tomarán el Camino Real —explicó Robles—. Los coches correo no se anuncian para que las partidas no controlen su paso. Los posibles viajeros se inscriben y son advertidos con unas horas de antelación.

—Así que es bastante probable que viajemos solos la mayor parte del camino —dedujo doña Elvira—. Mejor, más cómodos. ¿Qué espera encontrar en Gijón, señor Robles?

—Es un puerto abierto y con más movimiento que Santander. Voy a indagar cómo anda por allí la industria de la cerveza.

—¿También lo han arruinado las exacciones? —aventuró Mercedes.

—Lo cierto es que los franceses no pagan —reconoció Robles.

—¡Vaya desfachatez! —se quejó doña Elvira.

—¿Y cómo es que ustedes han tomado una decisión tan radical? ¿Qué esperan encontrar en San Vicente que no tengan en Santander?

—San Vicente de la Barquera ha sido la excusa que le hemos puesto al coronel para que nos extendiera los permisos y nos facilitara el traslado, pero no es nuestra intención quedarnos allí —reveló Mercedes.

—¡Oh! ¿Y a mí que me había parecido que había cierto entendimiento entre ustedes por la solemnidad con la que se miraban?

—No es muy aficionado al sarcasmo. No puedo evitar que los hombres me miren. ¡Y qué poco me conoce si realmente piensa eso de mí! La muerte de Salvador es reciente y ¿me acusa de confraternizar con el enemigo? —Lo dijo sin enfado; más bien, asombrada. No convenía conceder más importancia a lo que no debía tenerla y provocar el efecto contrario.

—La única alternativa que se me ocurre es Bustamante —coligió Robles, y Mercedes sonrió—. ¿Cómo van a trasladarse hasta Potes? No hay coche de postas.

—Dios proveerá —dijo doña Elvira con un suspiro.

—Tras el asalto de Las Caldas, ya las creo capaces de todo —confesó Robles sonriendo—. Embaucarán a alguien sin dudarlo.

Aunque no le gustó el término, porque implicaba bajeza y utilización de una persona, no lo desmintió. En realidad, así habían

actuado cuando se planeó el asunto de Las Caldas. Eso recondujo su pensamiento hasta Claude. ¿Qué pensaría de ella? ¿Que era una mujer sin escrúpulos? ¿Que le había mentido? Doña Elvira daba por sentado que lo había entendido, pero ella no lo tenía tan claro.
Marta no cabía en sí de alegría. Lamentaba la tristeza de Mercedes, pero el coronel, aunque se hubieran quedado en Santander, se habría marchado igualmente. Y mejor que estar solas era buscar refugio en Potes. Le caía muy bien el coronel, lo conoció un poco mientras lo pintaba y le sorprendió, en no pocas ocasiones, pendiente de su hermana: estaba enamorado y no conseguía disimularlo. Se alegró por Mercedes, a pesar del peligro que entrañaba la relación. Su sensata hermana se había enamorado también. ¿Quién era capaz de librarse del atractivo amor cuando te tocaba en el corazón?

Ella no lo conocía; no de esa forma apasionada de sentirlo. Le gustaba Alfonso porque la trataba con amabilidad, porque no le importaba su sordera, porque le habían gustado los relatos de Mercedes sobre Mogrovejo, porque anhelaba no ser una pesada carga en las relaciones que Mercedes mantuviera en el futuro. Debía buscarse la vida, y Alfonso era una buena alternativa. Su mirada tuerta le había hablado de soledad, así como sus palabras y su tacto de cariño contenido y nunca derramado. Había sido un militar, como Cornulier, y la guerra le robó la vida, como se la estaba robando a todos, pero ahora, inesperadamente, había surgido el sol, la esperanza, la posibilidad, y había despertado el corazón sumido en el dolor por la pérdida de Salvador.

El futuro había dado un giro inesperado, y confiaba en que saliera bien. El camino y el traqueteo eran pesados. Los veía gesticular, pero no le interesaba lo que decían, con la mente ocupada en elucubraciones y planes sobre la futura vida. ¿Le propondría matrimonio? ¿No se retractaría en el último momento asustado de su sordera? Debía confiar en lo que había detectado, en lo que había visto. Acostumbrada a prescindir del oído, se fijaba en otras cosas que le decían mucho más que las palabras sobre las personas, porque no estaban en guardia y no las disfrazaban con mentiras o palabras educadas: los gestos, los ademanes, la intención: todo lo captaba el ojo de pintora, incluso iba más lejos, calaba hasta el alma.

Pararon varias veces a cambiar de tiro y continuaron el viaje de noche. Como disponían de espacio, se pusieron cómodos, y ella se durmió sobre el regazo de doña Elvira, que la serenaba como si fuera el de su madre. Cuando despertó, había luz. Se arrebujó en la capa porque el frío amanecer se colaba por cualquier resquicio de las mal encajadas puertas y ventanas. Escribió en la pizarra y se la pasó a doña Elvira, que miraba por la ventana.

—«¿Falta mucho?».

—«No. ¿Ves aquello? Es San Vicente de la Barquera; se lo he oído al cochero, que se lo ha gritado a uno de los mozos».

Mercedes y Robles dormían como benditos, y ella se entretuvo con el maravilloso paisaje costero que se abría a su paso. Bajaron una pronunciada cuesta desde la que se divisaba la villa coronada por el castillo y una iglesia. La ría aislaba el núcleo de la población como defensa natural. Cruzaron un largo puente de piedra y se internaron entre el caserío de pescadores hasta llegar al empedrado que daba acceso a la noble villa. Mercedes se despertó y la empujó, por lo que perdió contacto visual con el exterior. Su hermana se estiró y ella le dejó espacio para que se recompusiera. Robles seguía en el limbo de los justos a pesar del desagradable traqueteo.

Mercedes habló y miró por la ventana. Robles se despertó por fin y se unió a la conversación. A ella seguía sin importarle lo que decían; prefería observar. Así que Robles no era trigo limpio… Por cómo se había conducido Cornulier, lo creía a pies juntillas. Los había engañado, pero no conseguía hacerse a esa idea. Robles siempre se había mostrado colaborador, un amigo. ¿Qué había hecho para que levantara recelos? La brusca parada del coche detuvo de la misma manera los pensamientos. El corazón se le aceleró: habían concluido la primera etapa hacia Potes.

Robles las ayudó a bajar los escalones. Marta asistió a cómo su hermana saludaba efusivamente a una mujer madura y delgada, que presentaron como la encargada de la conservera y quien las alojaría. El mayoral los apremió para que bajasen el equipaje y doña Eladia señaló un pequeño carro. Los baúles se los dejaron a Robles y a los mozos, en tanto ellas se ocuparon de los fardos y las bolsas de cuero y de tela.

Una pareja de gendarmes llegó hasta el coche a recoger el correo y les exigió los permisos. Doña Elvira se ocupó de ellos. Robles

intercambió unas palabras a la vez que mostraba el suyo. Los gendarmes se retiraron y ellos continuaron con el trasiego.

Envuelta en su sordera, no tuvo que soportar las conversaciones protocolarias, ni los graznidos de las gaviotas ni las imprecaciones del mayoral a causa del retraso por tan abultado equipaje. Luego, llegó la despedida de Robles, al que abrazó con verdadero afecto, consciente de que nunca volverían a cruzarse sus vidas.

Salió el coche y Robles se asomó otra vez a la ventana para agitar la mano. Allí se quedaron, paradas, contemplando cómo se alejaba el carruaje y, con él, otra etapa de su existencia. Mercedes le tocó el hombro para que estuviera pendiente, la carreta arrancó y ellas lo siguieron a pie hasta la casa de doña Eladia.

—«Vuestra casa está destrozada por los soldados franceses que se instalaron en ella el año pasado, así que nos recibe en la suya» —escribió doña Elvira para informarla—. «No han llegado noticias de Liébana, así que no sabemos el tiempo que estaremos aquí».

Marta echó una mirada alrededor y se asomó a una especie de balcón entre dos casas mientras descargaban el carro. Recordó lo que había contado Mercedes acerca de la sospecha de que algunos de los muebles les pertenecían, sustraídos de la casa de la tía Herminia. Le gustó la maravillosa vista sobre la ría. Hacía frío y la humedad se filtraba en el hueso, pero el aire era limpio, por lo que estarían a salvo del tifus y el cólera que se ensañaban con la ciudad.

36

Alfonso atendió a lo que le contaba Basilio con el ceño fruncido. Aseguraba que se había enterado por mera casualidad del traslado de las Velarde, y, como recordaba que una de ellas había estado alojada en su casa, prestó atención. Desconfiaba, y mucho. Ya le habían tendido una trampa, y no deseaba caer en otra. Las tres mujeres habían decidido abandonar Santander con todo el bagaje y viajar hasta San Vicente con Robles. ¿Por qué Robles no había escrito, que estaba más en contacto con ellas y conocería mejor sus intenciones? Evidentemente, Basilio desconocía que el cervecero fuera otro informador. Procuraba que los agentes ignoraran quiénes eran sus compañeros, siempre que fuera posible.

—¿Y dice que ya habrán salido de la ciudad?

—Hoy es sábado, y hoy salía un coche correo hacia Llanes —aseguró Basilio.

—Iré yo a verlas —se ofreció Tirso, que intuía las razones de su reticencia.

—Ya lo hablaremos —rechazó Alfonso prudentemente—. Así que el coronel Cornulier deja España… —repitió pensativo.

—Por lo que tengo entendido, ya ha cumplido su misión aquí: retirar al general Barthélémy del panorama político.

—¿Qué le parecía el coronel? —indagó Alfonso.

—No lo he conocido personalmente, pero en la ciudad se lo considera un hombre justo y las autoridades lo aprecian y confían en su criterio; pero no es un hombre de guerra, si es eso lo que me pregunta. No me lo imagino al frente de un regimiento en el campo de batalla —contestó Basilio.

—Gracias, eso es todo. Recabe información sobre los cambios que se produzcan con el nuevo gobernador. Al frente de la Gendarmería volverá a quedar el teniente Léry, supongo.

—Eso creo. No he oído que el coronel vaya a ser sustituido —confirmó Basilio, y salió del despacho.

Alfonso aguardó hasta que los pasos resonaron descendiendo por la escalera de la Torre.

—No iremos ninguno de los dos. No desconfío de ellas, pero podrían estar empleándolas como anzuelo. Es muy raro este viaje, aunque ya no cuenten con la presencia de Salvador.

—La cuestión es si piensan pasar allí el invierno o si su intención es llegar hasta aquí —planteó Tirso, más pragmático.

—¿Venir aquí? —repitió Alfonso, anonadado.

—¿Qué tiene eso de extraño? Están solas, ¿adónde van a ir? La mayor ya ha estado aquí y Marta bebe los vientos por usted.

—No exagere, Tirso, nos separa la edad y… —No se atrevió a seguir.

—¡Oh! No se haga de menos. Es usted noble y ella, una mujer sensible que sabrá apreciar la oportunidad que se le ofrece.

—No estamos hablando de eso, Tirso, sino de las razones de este desplazamiento.

—En ningún momento he cambiado de tema. E insisto en que la única forma de salir de dudas es reunirse con ellas. No será la primera vez que me introduzco en esa villa.

—De acuerdo —cedió Alfonso, ganando la curiosidad a la prudencia.

Llevaban dos días en la villa marinera y ya habían recorrido la conservera, acompañadas de las explicaciones de Eladia sobre el funcionamiento y sobre cómo se realizaba el trabajo; habían explorado la pequeña villa y habían bajado a los arenales. Como Mercedes se temió, el pescado siguió siendo la fuente de alimento, aderezado de unas raquíticas hortalizas, ya que el invierno era adverso. Se notaba el hambre: el pescado no era suficiente para llenar un estómago.

Por la mañana, cuando Eladia se ausentó, llegó un chiquillo harapiento del poblado de pescadores con una nota.

—¡Es del señor Riva! —exclamó emocionada. Doña Elvira levantó la cabeza de la costura—. Quiere entrevistarse conmigo. El chico me conducirá hasta él.

—No puede salir sola —objetó doña Elvira—. Iremos las tres, como estos días, así no llamaremos la atención del guardia de la puerta.

Seguían vistiendo las ropas aldeanas, con los pañuelos anudados

en la frente. Se echaron las capas de lana por encima y metieron los pies, calzados con alpargatas de lona, en las abarcas de madera para evitar la humedad y el barro. Mercedes las odiaba porque las obligaba a caminar más despacio, aunque reconocía la eficacia para mantener los pies secos.

El chiquillo las condujo pacientemente, calle abajo, hasta un chamizo en el que ahumaban pescado.

—Buenos días —saludó Tirso desde el interior—. Me pareció el sitio más discreto, y regresarán con unos cuantos arenques.

—Nos alegramos de verlo. Lo cierto es que ha acudido rápido —alabó Mercedes, emocionada de que ya se hubiera establecido el contacto.

—No la comprendo. ¿Qué quiere decir? ¿Nos han avisado de su venida?

—Nosotras no; ignorábamos cómo hacerlo, pero supusimos que ustedes se enterarían de que estábamos en San Vicente —aseguró Mercedes, mientras su mente elucubraba de qué medio se habría valido Cornulier.

—Entiendo —respondió Tirso con el pulso acelerado, y se asomó a la puerta del ahumadero para asegurarse de que no había nadie por allí.

—Entramos en el juego de los informadores, pero no debe temer nada; en esta ocasión no hay traición, sino la ayuda de un amigo —alegó Mercedes.

—¿Robles?

—Ignoro si mantiene algún contacto con ustedes desde la aventura de este verano. Lo cierto es que nos ha acompañado hasta aquí. La cuestión ahora es si el señor Bustamante nos acogería en Mogrovejo. —Abordó Mercedes el problema sin preámbulos.

—No les quepa la menor duda, aunque será una sorpresa para él. Habrá que planificar cómo las llevaremos hasta allí. La entrada y la salida al valle están vigiladas.

—Ya hemos pensado en eso. Traemos mucho equipaje, por lo que nos desplazaremos en el carro de la conservera hasta Cades. Necesitamos un sitio donde dormir en el pueblo y otro medio para llegar a Potes desde allí.

—¿Equipaje? ¿Carro? —repitió Riva, asombrado—. ¡Eso es imposible! No hay un camino decente para que pase un carro. Y

antes de llegar a las herrerías nos detendría cualquier patrulla de gendarmes.

—El desplazamiento hasta Cades está solucionado. El problema será a partir de allí —concretó Mercedes—. Tenemos unos permisos con la población en blanco. Marta los rellenará imitando la letra del coronel Cornulier.

—Son ustedes increíbles. ¿Y el sello?

—Ya están sellados y firmados. Solo falta la población. ¿Le parece bien Cades?

—Sí. Es la aldea limítrofe, hasta donde llega la vigilancia. ¿Cómo los han obtenido?

—Eso es otra historia que ahora no viene al caso. Usted debe adelantarse y buscarnos un sitio para dormir y otro medio para trasladar nuestros baúles.

—Aunque encuentre un carro, nos retrasará y seremos un blanco perfecto para bandoleros y franceses.

—Señor de la Riva, no sea tan pesimista, por favor. Lo intentaremos y ya se verá —aseguró Mercedes—. Le doy un día de ventaja. Los pescadores nos han asegurado que no habrá tormentas en esta semana, así que debemos apresurarnos y aprovechar el buen tiempo. Pasaremos la primera noche en Pesués y la siguiente en Cades.

Mercedes no dejó opción al hombre, quien la contemplaba impotente, pero ya estaba acostumbrada a los obstáculos, y no por ello iba a permitir que sus planes se tambaleasen. La duda no era buena consejera.

Regresaron a casa y comentaron sus planes con Eladia, ya que contaban con el carro de la conservera.

—¿Van a ir solas? —se asombró la mujer—. Juanjo, el conductor, echará a correr a la menor dificultad. No creo que haya salido nunca de la zona, y las herrerías se encuentran en el interior.

—No está lejos, a menos de un día de distancia por lento que vayamos —objetó doña Elvira.

—Ustedes han viajado mucho; nosotros, lo más lejos que hemos ido ha sido a Comillas o a Pesués —arguyó Eladia, asustada.

—No me gustaría dejar sin transporte a la fábrica, así que tendrá que buscar a alguien que nos lleve y traiga el carro de vuelta. Procure que sea de su confianza si no quiere que el carro

desaparezca junto con el conductor —advirtió Mercedes, imponiéndose a los temores de la mujer.

Al final, Eladia, ante el temor de perder el preciado carro, convenció a Juanjo y a un amigo de este, que tenía unos parientes en Pesués y que les permitirían dormir en el pajar, para que las acompañaran. El carro no era muy grande y lo tiraba una sola mula, así que ellas caminaron detrás. Gervasio, espigado y de piel correosa por la intemperie, era pastor y tiraba de la mula mientras que Juanjo, grueso y ancho, guiaba desde el banco.

—No me importa caminar, pero el paseo nos va a llevar más tiempo del que habíamos calculado —comentó Elvira.

Salieron al amanecer, en cuanto abrieron la puerta del recinto amurallado, y no hubo problema con la guardia en cuanto reconocieron el permiso de Cornulier. Al principio, la mula anduvo ligera a pesar del peso, y a ellas les costó seguirla para regocijo de los dos viejos. El día estaba nublado y el aire frío cortaba el aliento; sin embargo, ellas no lo sintieron a causa del ritmo de la caminata. Al cabo de una hora, el ritmo se ralentizó, la mula acusaba el cansancio y se detuvieron en una aldea para que abrevara. Aprovecharon para descansar sentadas sobre un muro de piedra.

—Estoy rendida —reconoció doña Elvira—, aunque no me molestan los pies. No soy joven y los huesos se resienten.

—No es la edad, doña Elvira: nosotras también estamos cansadas, y nos queda un largo trayecto todavía. Lo que me preocupa es la mula.

—¿La mula? Esa llegará —vaticinó doña Elvira—. Son Gervasio y Juanjo los que me dan mala espina. Creo que lo han hecho adrede eso de llevarnos trotando. El pastor está acostumbrado a caminar por los montes noche y día.

—Eso me importa menos: el camino recorrido recorrido está. Me preocupa el tramo que nos quedará a oscuras —confesó Mercedes.

Sin embargo, el pastor se orientaba bien, y encontraron la humilde casa. En una sola habitación, con el suelo de tierra prensada, dormían los padres con cuatro críos harapientos. Por lo que pudo atisbar Mercedes desde la puerta, no había muebles, y de la chimenea colgaba un gancho con una olla de hierro. A excepción de Gervasio, no los dejaron entrar, y les indicaron el establo vacío.

Condujeron la carreta hasta él, pero, ante el mal olor, Mercedes

retrocedió. Juanjo esbozó una sonrisa y los ojos le brillaron de diversión.

—Carecemos de una mala luz y de leña para una hoguera —objetó doña Elvira—, así que no podemos quedarnos al raso con este frío. —Y añadió en un susurro—: No me fío de esta gente. Somos extrañas para ellos y presas fáciles.

—Yo también desconfío. Creo que cuentan con que no entremos ahí. Vamos a sorprenderlos. —Se volvió a Juanjo—. Meta el carro, por favor.

—El carro les servirá de techo para dormir fuera si no desean entrar —ofreció Juanjo.

—No se preocupe por nosotras; en peores situaciones nos hemos visto. Meta el carro y la mula. Si se escapase la mula, nos veríamos obligadas a abandonar el carro aquí con nuestras pertenencias, y es algo que debemos prevenir, ¿verdad?

La idea de que la vieja mula escapase resultaba ridícula, pero era una forma de eludir la palabra «robo». El brillo de diversión en los ojos se trocó por el de recelo, como buen montañés. Salió Gervasio de la casa con una pavesa encendida y entró en el establo. Mercedes, dispuesta a no dejarlos solos, lo siguió tocando la pistola que llevaba en el bolsillo, preparada para hacer uso de ella si fuera necesario.

Gervasio cogió un par de ramas de un montón que había acumulado contra una de las paredes. No quedaba mucho espacio con el carro y la mula dentro. Entre los dos hombres retiraron los atalajes y acercaron al animal al abrevadero.

—No hay comida —pronunció con voz gruesa.

—¿Para la mula tampoco? —insistió Mercedes.

—¿Ve algún animal? —fue su respuesta, y salió. Juanjo lo siguió afuera.

Las tres se pusieron manos a la obra para limpiar un rincón.

—Dormiremos realmente aquí —señaló Mercedes el rincón alejado—, pero fingiremos que estamos junto al fuego: hay que crear unos bultos falsos.

—¡Vaya nochecita nos espera! —murmuró doña Elvira, y extendió las mantas mientras Marta y Mercedes simulaban unos cuerpos con las ropas de las camas que deshicieron por la mañana —. ¿Cómo nos dividimos las guardias?

—¿Seremos capaces de permanecer despiertas? —planteó Mercedes—. Nos gana el cansancio.

—Seguro que no. Necesitaríamos algún tipo de aviso —comentó doña Elvira, y se dirigió hacia una de las paredes, donde colgaban varias esquilas de ovejas.

Mercedes observó cómo las diseminaba sobre el suelo delante de la puerta y se sonrió. Le tranquilizaba el sistema de alarma. Se acostaron y Mercedes eligió quedarse la primera; ambas sacaron las pistolas para tenerlas a mano. Como se temía, Mercedes se durmió y no despertó a doña Elvira; sin embargo, pese al cansancio, el sentido de la inseguridad se mantuvo alerta y el suave sonido de la esquila al ser desplazada la espabiló. Instintivamente, cogió la pistola y se puso lentamente de pie, pegada a la pared. Notó que doña Elvira se incorporaba despacio para no llamar la atención del intruso, que estaría centrada en los bultos falsos. El fuego estaba totalmente apagado y no había luna, por lo que la oscuridad en el recinto era completa. Aun así, Mercedes intuyó las sombras y los pasos cautelosos que arrastraron otra esquila más.

—Si dan un paso más, les vuelo la cabeza —amenazó, presta a disparar si se le echaban encima.

Eladia tenía razón: como cobardes, salieron corriendo a trompicones. Mercedes se asomó a la puerta con la pistola preparada, pero no fue necesario usarla. Los dos hombres corrían por el sendero que conducía de vuelta a San Vicente. Miró hacia la casa, que permanecía tranquila. ¿Estarían al tanto de los planes de los dos viejos?

—¿Qué hacemos? —indagó doña Elvira a su lado.

—¿Oye los pájaros? Pronto amanecerá. Hasta que no lleguemos a esas herrerías, no estaremos a salvo. Vamos a sacar el carro.

Tardaron un rato en colocar los arneses a la mula y meterla entre los varales y atarlos a causa de la oscuridad. Dejaron dormir a Marta mientras ellas trabajaban. En cuanto lo consiguieron, Mercedes tiró de la mula para sacarla del establo y doña Elvira despertó a Marta. Entre las dos recogieron las ropas y salieron al frío exterior. Marta cogió el pellejo y se acercó al pozo para llenarlo de agua. A esas alturas, Mercedes estaba segura de que las vigilaban desde el interior de la casa, pero no se atrevieron a asomar la nariz. Indicó a Marta que subiera al carro y le tendió las riendas.

—Doña Elvira, usted cierra la marcha con la pistola preparada; yo tiro de la mula en cuanto se ponga vaga.

Cada una se colocó en su sitio e iniciaron el camino hacia el interior, atentas a los ruidos y temiendo una emboscada de los dos cobardes. En cuanto recorrieron unos kilómetros y bajo la luz del día, ganaron confianza. Se turnaron en el asiento del carro, por lo que llevaron un buen ritmo. Les rugían las tripas, pero estaban hechas al hambre y siguieron adelante; les urgía llegar antes de que oscureciera. Luego, tendrían tiempo de resarcirse.

El frío sol de noviembre disolvió la niebla y les permitió disfrutar del verdor del camino. Como el día anterior, el ejercicio les calentó el cuerpo. La guerra había paralizado el comercio, no había ganado que conducir al monte y los caminos eran inseguros, y no se cruzaron con nadie. Avanzaron confiadas hasta que el sol comenzó a declinar y las dudas sobre la distancia atenazaron a Mercedes, aunque no las compartió con sus compañeras: había que seguir adelante sin otra opción. Cuando vislumbraron algunas casas sueltas, renació la esperanza: ¿sería aquello? Pasaron por delante de ellas y comprobaron la soledad que las llenaba, las puertas rotas, las huertas abandonadas y los corrales vacíos.

—En breve será de noche y perderemos el camino. No era la idea, pero creo que deberíamos pasar la noche aquí —propuso.

—Hemos tenido mucha suerte hasta ahora. Es extraño que no nos hayamos cruzado con nadie —comentó doña Elvira.

—La gente sencilla vive en lo alto de los montes, en las cabañas que los pastores construyen en los puertos de montaña para resguardarse mientras vigilan el ganado que han subido.

—¿También en invierno? —se extrañó doña Elvira.

—No les queda más remedio si quieren sobrevivir.

Marta se mostró alarmada y palmeó para llamar su atención. Señaló hacia delante. Miraron el camino curvo y no vieron nada. Marta trazó la curva sobre la palma de su mano y señaló el lado contrario.

—Las pistolas. Dejemos el carro solo, seguro que lo han visto. —Miró en derredor y escogió el sitio—. Allí arriba, detrás de esos árboles. Dispararemos hacia abajo en caso de necesidad. ¡Suerte!

Corrieron ladera arriba, sorteando los arbustos. Mercedes vio que su hermana esgrimía la navaja en una mano. El corazón le latía

desbocado, y rezaba por que fuera gente de paz. Se agacharon detrás de un árbol caído, dispuestas a no rendirse si las atacaban. Según se acercaban los extraños, sus esperanzas de salir del apuro iban disminuyendo. Se trataba de un grupo numeroso, no de un par de viajeros o de lugareños. ¿Franceses? Aunque tuvieran permisos de desplazamiento, allí no había testigos si les apeteciera pasar un buen rato. Los nervios se le tensaron al límite, le sudaban las manos y sintió ganas de vomitar. Apretó los dientes sin apartar la mirada del camino. Aparecieron los primeros caballos y se detuvieron en cuanto se dieron de bruces con el carro. Se apearon con premura y lo rodearon. La oscuridad aumentaba por segundos. No eran franceses, aunque vestían algunas prendas mezcladas con otras españolas: ¿bandoleros?

—¡Mercedes! —gritó uno de ellos. Una voz familiar.

Marta, de vista aguda a pesar de la oscuridad creciente, lo reconoció primero, se levantó y rodeó el tronco para bajar corriendo antes de que pudieran pararla. Doña Elvira se puso de pie y se detuvo cuando se dio cuenta de que Mercedes, inclinada, vomitaba bilis, pues tenía el estómago vacío.

—¡Los nervios! —justificó entrecortadamente—. Ya no podía más.

—Tranquila. Son Riva y Bustamante. Han venido a buscarnos. Estamos a salvo. Ya terminó nuestro viaje.

Mercedes sacó fuerzas, mareada, y se irguió. Se apoyó en doña Elvira para descender hasta el camino, donde Marta se abrazaba al señor Bustamante sin ningún recato. Ella también había pasado miedo.

—¿Solas? ¿Sin ningún carretero? —preguntó Bustamante, sin decidirse a inclinarse hacia la admiración o a la furia.

—Nos dejaron tiradas —contestó doña Elvira—. Mejor solas que mal acompañadas.

—Están locas, de eso no me cabe duda —concluyó Bustamante, meneando la cabeza enfadado—. Nemesio, hágase cargo del carro. Doña Elvira cabalgará con el señor de la Riva. Mercedes…

—Yo iré con Nemesio en el carro. No me encuentro bien —confesó.

El hombre no dijo nada, hizo una seña a Marta y ella asintió ilusionada. Montó Bustamante y, desde arriba, ayudó a Marta, que

sabía montar porque Salvador y ella le habían enseñado en El Retiro. Salvador. Mal momento para acordarse de él.

La mula siguió a los caballos en medio de la oscuridad y a los dos kilómetros distinguieron las luces de las ventanas de algunas casas.

—Cades —dijo Nemesio—. Nos inquietamos al ver que empezaba a oscurecer y no llegaban.

—¿No hay soldados franceses? —se preocupó Mercedes.

—No siempre. Vienen para abastecerse de herraduras y clavos, pero no se quedan mucho tiempo: nos temen.

—El señor de la Riva nos aseguró que estaba vigilado el paso.

—Exploradores. Carecen de suficientes hombres para controlar el territorio y, cuando han intentado dejar una compañía de hombres de vigilancia, los hemos apresado. Ahora se acercan cuando necesitan proveerse.

Mercedes respiró más aliviada. Aunque no hubieran ido a buscarlas, lo habrían conseguido. No se encontraban tan lejos después de todo. En Cades durmieron las tres juntas en una habitación de la posada con la tranquilidad de los justos. Mercedes no había calibrado el agotamiento que causaban los nervios, la responsabilidad y el esfuerzo del camino. Ahora todo eso descansaba sobre los hombros de la compañía lebaniega. Marta irradiaba felicidad por los cuatro costados, pero sucumbió igualmente. Al día siguiente madrugaron. Aún les faltaba un buen trecho hasta Mogrovejo. El ruido de las fraguas reverberaba en el valle. Mercedes se sintió indispuesta de nuevo, y no escapó a los ojos vigilantes de doña Elvira, quien la ayudó a recomponerse.

—No sé qué me pasa. No consigo que las tripas se queden quietas. ¿Es así el hambre? ¿El miedo?

—¿O el embarazo? —concluyó doña Elvira, seria.

Mercedes se quedó paralizada ante la noticia. Respiró hondo mientras intentaba recordar cuándo había sido el último sangrado.

—No es posible —negó incrédula—. Puso mucho cuidado. Además, yo no puedo tener hijos.

—Está muy extendido echar la culpa a la mujer; los hombres son perfectos —criticó doña Elvira con amargura—. Está claro que el defectuoso era su marido: es algo que ellos no admitirán nunca. Es mejor echar la culpa a la mujer.

—¡Oh, Dios mío! Estoy en un aprieto —dijo Mercedes,

comprendiendo la amplitud del drama.

—De momento, ¡chitón! Ya veremos cómo se desarrollan las cosas —aconsejó doña Elvira.

Salieron de la humilde posada y Bustamante se les acercó.

—No hay carros; los que emplean para el hierro han sido confiscados por los franceses —anunció.

—Es igual. Seguiremos con el de la conservera —decidió Mercedes—. No tiene objeto deshacernos de él si no hay quien lo lleve de vuelta.

—El camino es difícil para una sola mula con ese peso. ¿Qué traéis ahí? —preguntó, admirado de tanto baúl.

—Nuestra vida. Es lo que tenemos: ajuar de casa, de cocina, ropas, lo necesario para que pinte Marta… ¿Qué quiere que le diga?

—El carro nos retrasará bastante. Enviaré a Tirso con doña Elvira por delante para que nos preparen la llegada en Linares. Pasaremos una noche más fuera.

El río cantarín se deslizaba a un lado, los árboles desnudos de su follaje acentuaban lo agreste del lugar al quedar la roca gris despojada del verdor. Las nieves no habían llegado y las cumbres se alzaban peladas y amenazantes. Si no fuera por la preocupación del embarazo, sería feliz. ¡Un hijo! Le ilusionaba y le avergonzaba al mismo tiempo. ¿Qué dirían si supieran que era hijo de un francés? ¡No! ¡Imposible! Tenía que inventarse una mentira. En medio de la tribulación, se le pasó la mañana.

37

La presencia de Marta y la alegría que manifestó cuando lo vio atenuaron su enfado. ¿Qué las había empujado a emprender semejante locura de viaje? ¿Por qué Robles no las había detenido? Desde que lo dejó en Las Caldas no había vuelto a recibir una nota del Hortelano, excepto para comunicarle la muerte de Velarde.

Alfonso tiró de una de las riendas para evitar que el caballo se distrajera. Marta no suponía una carga agobiante para el animal. Le sorprendió la familiaridad de la mujer con los caballos hasta que descubrió que sabía montar. Iban tan despacio a causa del carro que les dio tiempo de pasarse la pizarra un par de veces. Le parecía un sueño tenerla entre los brazos, que se apoyara en su pecho en los tramos difíciles, que le llegara el aroma de su cabello. Era la esperanza en medio de tanta desolación.

Rebasaron el Colláu Joz y discurrieron por un ancho valle sin apenas pendiente: habían llegado a la cima y, hasta que no rebasaran el desvío al castillo de Piñeres, no comenzaría el descenso a Linares.

Llegaron pronto, pero casi no había luz. En aquellos valles, a causa de las elevadas cumbres, el sol invernal, al no alzarse mucho en el cielo, los dejaba sumidos en la penumbra y en una humedad permanentes. Sin embargo, eran ricos en árboles caducifolios: fresnos, hayas, castaños, incluso encinas y viñedos más propios de zonas calurosas, pero que crecían al socaire de los montes, que los protegían del viento marino.

Tirso y doña Elvira habían encendido un fuego en el que se asaban un par de liebres en unos espetones. El interior de la torre Pontón lo habían limpiado para que se instalasen las mujeres y disfrutaran de cierta intimidad. Ayudó a bajar a Marta y desmontó detrás de ella. Le sorprendió que Mercedes no se hubiera recuperado: pálida y ojerosa, no ofrecía buen aspecto. Se dirigió hacia ella mientras sus hombres se ocupaban de desensillar y

almohazar los caballos.

—Linares es una zona segura —comentó para que no se preocupara—. Además de esta torre, que es la única que se mantiene en pie, había otras dos de las que solo quedan los cimientos. Desde la Edad Media, este valle de Lamasón es la entrada a Liébana, y estaba bien fortificada. Nunca sospechamos que volviéramos a sufrir una invasión, y se abandonaron.

—Está claro que hemos retrocedido siglos y nos encontramos como don Pelayo ante los moros —convino Mercedes.

—¿Por qué han corrido este riesgo tan grande?

—Porque se nos ofreció la oportunidad y porque nos quedábamos solas. Y no me refiero a nuestro hermano, sino también al señor Robles y al coronel Cornulier. No me mire así. Estoy cansada y no es el momento, pero tengo una curiosa historia que contarle.

—Y yo estaré impaciente por escucharla. Pero estoy de acuerdo en que no es el momento.

El día siguiente fue especialmente largo. Tirso se quedó en Potes con los hombres, mientras que Nemesio siguió adelante con el carro y doña Elvira a su lado; Mercedes montó el caballo de Tirso, ya más recuperada. El tramo de Potes a Mogrovejo lo recorrieron a oscuras, pero se trataba de un camino familiar y seguro. Encendieron un par de teas para ahuyentar a los lobos y a algún improbable oso que se hubiera resistido a invernar. Pepa, avisada de antemano, aguardaba impaciente con las habitaciones preparadas y la casa caliente, aunque el único fuego que permanecía encendido era el de la cocina.

—¡Lino, los caballos! —ordenó Pepa—. Traslade el carro al patio —indicó a Nemesio—, mañana lo descargaremos. Entren ustedes. Hay caldo para calentar los huesos y un poco de queso y miel en la mesa que está sobre el trébede. ¡Bienvenida de nuevo! —saludó, afectuosa, a Mercedes.

Alfonso realizó las presentaciones de forma rápida, las dejó sentándose al calor que les proporcionaba el suelo y él se fue al salón para evitar el olor de la leña de la cocina. No había terminado de despojarse del capote y del sombrero cuando Pepa entró con una bandeja y el caldo prometido.

—Es un ángel. Siempre consideré que tenía buen gusto —

comentó en voz baja.

—Me aterra que me rechace —confesó en un susurro.

—No lo hará. La observaré, pero su mirada es inteligente —opinó Pepa.

—Siempre tan atenta conmigo, Pepa —agradeció Alfonso.

A la mañana siguiente, Alfonso se levantó con una sensación extraña: la casa estaba llena, había vida. Bajó las escaleras y se asomó a la cocina. Pepa trajinaba sola.

—No se levantarán hasta tarde —vaticinó la mujer—. Estaban agotadas anoche.

—Hoy no iré a Potes. Voy a hablar con Nemesio. Hay que descargar el carro.

Cuando regresó, entró en el salón y descubrió a Marta, quieta, contemplando a Santa Casilda. Había improvisado un marco y descansaba, sin colgar, sobre una pared: era demasiado alto para aquella casa. El que no se diera la vuelta cuando se acercó se le hizo extraño, algo a lo que tendría que habituarse, al mundo silencioso en el que vivía. Se puso a su lado y ella lo enlazó por el brazo de una forma tan natural y sin preocuparse de los dictados sociales que lo cogió desprevenido, aunque le agradó en lo más íntimo. A pesar de sacarle casi diez años, él se sentía cohibido como un adolescente y Marta, la inocente y frágil niña, era quien llevaba la iniciativa, con sonrisa franca y una determinación admirable, sin falsos pudores.

—«¿Tú crees que hace milagros?» —escribió Marta, y le pasó la pizarra.

—«Si tú lo crees, yo lo creeré» —contestó él.

Observó cómo lo leía y supo al instante que la había defraudado.

—«Es una pena. No busco un marido complaciente, sino un compañero que me ayude a vivir».

—«¿Un marido? ¿No corres mucho? Apenas nos conocemos» —objetó él, frustrado.

—«Si no lo propongo yo, tú no lo harás. Sé lo que piensas: me acabas de responder como a una niña, y no lo soy. Es verdad que he caído en la tentación de la posibilidad, por remota que fuera, de un milagro, pero necesitaba desterrar esa mera probabilidad».

—«Tengo veintiocho años y estoy lesionado. ¿Qué interés despierto en ti?».

—«Tengo diecinueve y, si le pasara algo a Mercedes, me incapacitarían para ser dueña de lo que me corresponde por mi tara y me encerrarían de por vida en un convento. Tú me necesitas tanto como yo a ti. ¿Puedes tener hijos? Yo quiero hijos, aunque no los oiga, puedo tenerlos».

A Alfonso se le arrugó el alma ante tanta sinceridad. Se había equivocado: era una mujer con las prioridades muy claras. La miró a los ojos y se impregnó de su dulzura. Aguardaba su decisión.

—«Cuando estudié anatomía, el oído no formaba parte de la concepción». —La muda y franca sonrisa de Marta no se hizo esperar, y aprovechó para continuar—: «Si me aceptas, me casaré contigo, aunque te repito que sales perdiendo. Soy yo el ganador en esta partida».

—«Perfecto. Acabas de revelarte como un mal jugador. Voy a ganarte siempre al ajedrez». —Le pasó la pizarra con una pícara sonrisa.

—«Espero no defraudarte».

—«Te pondré a prueba: mi hermana está embarazada, aunque ella piensa que no lo sé. Si la echas, me iré con ella».

Alfonso alzó una ceja sorprendido y asustado de la revelación. ¿A qué jugaban las hermanas? Mercedes era una temeraria.

—«¿Chantaje?» —acusó pálido.

—«No. Yo no juego; es una realidad. No abandonaré a mi hermana ni en mi propio interés».

Por supuesto que no. Marta era directa como una avispa cuando pica.

—«Debo pensarlo. Es muy grave, y esto es una comunidad muy pequeña».

—«Gracias por tu honestidad».

Ahí no terminaron las sorpresas. Sacó del bolsillo de la falda de campesina un sobre lacrado y se lo tendió. Desorientado, lo cogió y leyó que estaba dirigido a él; sin embargo, no era la letra de Marta. La miró y ella se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—«Apareció en mi bolsillo. No sé cuándo ni dónde me lo deslizaron. Sospecho de Robles o de Cornulier: son las dos personas que he tenido más cercanas».

Oyó voces arriba y dedujo que las mujeres se habían levantado. Se lo indicó a Marta con un gesto, y la muchacha salió. Se quedó

solo con el desconcierto de la curiosa conversación pintado en la cara. Pepa entró con la bandeja del desayuno.

—Ya se han levantado. Les serviré el desayuno en la cocina. ¿Qué sucede?

—¿Por qué lo pregunta? —Y al momento se arrepintió. Era transparente para Pepa, que lo conocía desde niño—. Estoy en un dilema: si me caso con la joven, tendremos problemas a causa de Mercedes.

—¿Está dispuesta a casarse con usted?

—Sí, me lo ha pedido, pero con la condición de acoger a la mayor, que se encuentra en un apuro —confesó Alfonso, impotente.

—Sí, es una mujer de temple. Se refiere al embarazo, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó admirado.

—El revuelo de arriba se ha debido a los vómitos. Me lo pareció anoche, pero ahora lo he confirmado.

—¿Y voy a tener que vivir rodeado de mujeres? Me dais miedo.

—¿Un héroe de Trafalgar? Tiene fama y nombre suficientes para soportar cualquier vacío social, si es que se produce. Esas mujeres son sangre nueva, y fuertes. Las necesitaremos para salir adelante en cuanto termine la guerra.

—¡Usted no piensa así! ¿Por qué las apoya? —indagó entrecerrando los ojos.

—Porque yo no he sido una santa, también cometí mis errores; y porque necesita una mujer. Lo he visto estos meses encerrado y deprimido, rondando alrededor de la casa cuando no estaba de servicio. Acabará loco sin una mujer que lo atosigue.

Pepa se retiró y se quedó pensativo ante el desayuno. Las oyó bajar y saludarse en la cocina, donde entraron para saciar el hambre una vez descansadas. Debía hablar con Mercedes antes de tomar una decisión, aunque Marta no lo reconociera; era su tutora legal y quien debía supervisar las acciones de la menor. Ahora bien, ¿sabía él lo que estaba haciendo? ¿En dónde se estaba metiendo? Iba a trastocar una vida apacible por un sinvivir al lado de las dos hermanas. ¿Acaso no se había quejado de esa absoluta tranquilidad que le recordaba que la vida había terminado para él? Junto a Marta podría sentirse vivo de nuevo, con esperanza, con amarguras y alegrías. Sí, merecía la pena vivir y luchar por seguir adelante.

—Buenos días. ¿Qué le pasa al desayuno? —indagó Mercedes al

entrar.

—¡Ah! Nada. Me quedé pensativo. ¿Puede sentarse conmigo un rato?

—Sí, aunque habré de ayudar a subir el equipaje en breve. —Tomó asiento enfrente y apoyó los brazos sobre la mesa.

—¿Ha hablado con Marta?

—¿Sobre qué? Siempre hablo con ella —receló Mercedes.

—No sé cómo encauzar la conversación —comentó azorado—. Creo que lo caballeroso sería decir que pretendo casarme con ella.

El recelo cambió a diversión en la expresión de la mujer.

—Marta lo ha acorralado y lo ha obligado —dedujo—. No tiene por qué aceptar, aunque me sorprende la falta de ética de Marta.

—¡Oh, no! No se equivoque. Es evidente que ella lo ha propuesto porque era mi inclinación también, pero reconozco que me frenaban los reparos de la edad y de las lesiones: no resulto atractivo.

—Señor Bustamante, a mi hermana le importan otras prendas en un caballero, como la sinceridad, la lealtad, la amabilidad y el buen corazón. Si ustedes están de acuerdo, ¿cuál es el problema que lo agobia?

—¿Usted estaba al tanto de sus sentimientos?

—De sus intenciones —matizó con inteligencia— sí. No necesita de mi consentimiento. Puede que la ley no la considere capaz de tomar sus decisiones; yo sí.

—Perfecto. Lo imaginaba, pero me pareció lo correcto consultarla. Me debe una explicación, le recuerdo.

No le dio tiempo a responder porque fue requerida desde fuera: Nemesio y Lino metían los baúles, y se volvió a posponer la conversación. Acabó el desayuno con los ruidos y el arrastre del equipaje, los pasos, las imprecaciones y las voces de las mujeres sobre dónde querían cada cosa.

Se sentó en el sofá para estar más cómodo y leer la extraña carta que había llegado al bolsillo de Marta. Observó el lacre antes de romperlo: debía de proceder de alguna autoridad o de alguien cercano, porque el lacre no estaba al alcance de cualquiera. No había sello. Lo rompió y, por la buena calidad, dedujo que tendría marca de aguas: papel francés. El asunto se ponía interesante, y procedió a su lectura:

«Entre nosotros media una deuda de honor, y apelo a su nobleza para que ampare a estas mujeres hasta que esta guerra termine, independientemente de quién sea el vencedor».

No había firma ni nada más. Apelaba a la inteligencia del destinatario: él. Dobló el pliego y lo mantuvo en la mano, que dejó descansar sobre el muslo mientras reflexionaba: otra vez intuía la sombra del coronel Cornulier; no se lo quitaba de la mente y cada vez comprendía menos. ¿Se había convertido en una marioneta en sus manos? Demasiado alambicado. Las escandalosas hermanas que llenaban la casa de voces tenían la clave del enigma que le quitaba el sueño desde su escapada del pontón.

Cuando Nemesio terminó con el pesado traslado, Alfonso le propuso un paseo hasta las colmenas, para alejarse de la casa hasta que las mujeres terminaran de acomodarse. Doña Elvira y Marta compartían habitación como venían haciendo desde siempre, y Mercedes se reinstaló en la que ya había ocupado anteriormente, y sobraban habitaciones.

Se volvió a mitad de la subida del monte y contempló el viejo torreón junto a la gran casa y el establo. Hijos. Marta no había propuesto un matrimonio de conveniencia, y le satisfizo. En lo más íntimo, se abría una puerta a la posibilidad de que naciera el amor. Empezaba a creer que sería posible.

Regresaron antes de anochecer y Nemesio se fue a ayudar a Lino con los animales antes de cenar en la cocina. Alfonso se encontró con la mesa del salón dispuesta como si hubiera invitados y ellas iban y venían laboriosas como abejas. Le reservaron la presidencia de la mesa, comieron en silencio y con fruición, paladeando cada bocado. Ese día, con todo el trasiego para colocar los vestidos, el ajuar de porcelanas, cacerolas, cubiertos, ropa de cama, es decir, lo que había pertenecido a la tía Herminia, no se habían encendido las chimeneas, por lo que se sentía la humedad.

Mientras Mercedes y doña Elvira ayudaban a Pepa a recoger, Marta subió por unas mantas para distribuirlas en el salón, donde se sentaron para afrontar esa conversación tanto tiempo dilatada.

—Pregunte y contestaré —ofreció Mercedes, envuelta en la manta y con un vaso de orujo casero en la mano.

—Esto parece un cónclave. Pensé que sería una conversación más

privada —opinó Alfonso, que compartía el sofá y la manta con Marta.

—Hace tiempo que dejamos las conversaciones privadas para luego repetirlas en apartes. Es más económico y enriquecedor participar todos los interesados. ¡Pepa, venga! ¡Se oye muy mal a tanta distancia! Se lo aseguro yo —terminó Mercedes con una sonrisa.

Alfonso se sobresaltó con la insólita invitación. Ponderaba todavía si era plenamente consciente de lo que sería convivir con las mujeres. Apartó por el momento esa impresión, ya que le vencía la curiosidad por conocer los detalles de la azarosa vida de las hermanas y, de paso, resolver sus propios enigmas.

—¿Recuerdan cuando me detuvieron y me encerraron en el pontón? Allí sucedió algo que todavía no he resuelto o, al menos, no le encuentro lógica.

Les relató el descubrimiento de la navaja francesa y la increíble sospecha sobre el coronel Cornulier.

—Me parece inconcebible —continuó— hasta que pensé que usted podría haber comentado algo. Se alojaba en su casa.

Por unos instantes, solo se escuchó el rasguear de la tiza sobre la pizarra.

—No. Se equivoca. Es cierto que conocí al coronel en el coche de San Vicente a Santander, pero no hablamos durante el trayecto; es más, corté de raíz cualquier pretensión a mantener siquiera una conversación banal. El coronel se trasladó a la casa precisamente aquella noche en la que se fugó porque el sargento Linois nos acosaba. Con la excusa de buscar a los presos, entró en la casa, pero sus intenciones eran más siniestras, y el coronel salió al paso en nuestra defensa —explicó Mercedes.

—Eso no lo entiendo. ¿Por qué se sentía en la obligación de protegerlas? Todavía vivía Salvador.

Notó que las hermanas cruzaban la mirada, y fue Marta, para su sorpresa, quien asintió. Mercedes respiró fuerte antes de contestar.

—Unos días antes, intentaron violar a Marta, y fueron el coronel y el teniente de la Gendarmería quienes lo impidieron. Se presentaron en casa y… se disculparon de algo que no hicieron, pero fue así. Debo decir que Cornulier no es el tipo de militar francés con el que estamos acostumbrados a lidiar.

Marta empujó la pizarra hacia él y leyó:

—«No me hicieron nada. El coronel llegó a tiempo. Quedó en un susto». —La miró y estaba roja como las amapolas en primavera.

—«Y si hubiera sucedido lo peor, lo lamentaría por ti; pero no cambiaría mi forma de mirarte» —la tranquilizó, y recibió la sonrisa más tierna como recompensa.

—Vuestra declaración me deja de nuevo con la intriga —manifestó—. ¿Y después qué pasó? ¿Cómo encaja la muerte de Salvador y la estrecha relación con el coronel?

—La muerte de Salvador no tuvo nada que ver con las disposiciones de Barthélémy para retener rehenes que garantizaran el pago de las exacciones. El sargento Linois, uno de los perros del gobernador, se valió de ellas para inferir el mayor daño posible a la familia: nos odiábamos. Estaba detrás del ataque a Marta, y, cuando Cornulier salió en nuestra defensa, el asunto se enconó. Entre ellos también había cuentas pendientes.

—¿Me está diciendo que la muerte de Salvador fue a causa del odio entre dos franceses? —Alfonso no salía del asombro. La historia se complicaba por momentos—. ¿Puede hablarme abiertamente sobre ese coronel? Para mí es una pieza clave que figura en todas partes, pero no consigo colocarla.

—Por lo que yo sé, porque comparto su opinión en cuanto a considerarlo un personaje enigmático, llegó a España con la orden de investigar al gobernador militar Barthélémy, pues tanto franceses como españoles se quejaban de la conducta de ese hombre, incluso de su propio regimiento lo acusaban de asuntos internos, creo que de violación y prostitución de mujeres a su cargo. El caso es que mientras estuvo destinado en Santander, como mayor grado de la Gendarmería, mantuvo un contacto estrecho con las autoridades civiles y la población santanderina, y, en lo que podía, paliaba los efectos nocivos del general y asesoraba sobre las denuncias. De hecho, no me pregunte cómo, porque estábamos bajo el dolor por la muerte de Salvador, pero el mismo día del entierro Cornulier consiguió formar un consejo de guerra para condenar a muerte al sargento y a varios secuaces. Nos lo contaron después.

—¡Qué efectivo, el coronel! ¿Por qué no lo fue con Salvador?

—Estaba ausente. El sargento Linois se cuidó de eso.

—¿Es del coronel el hijo que espera? No la juzgo: intento

comprender la nota que me envía y la razón por la que se encuentran aquí.

Ahora fue él quien las sorprendió, y se miraron entre ellas desorientadas.

—Lo sé por Pepa —mintió para proteger a Marta, y Pepa no lo contradijo—. Y no, no afectará a mi decisión de casarme con Marta.

—El cómo lo haya averiguado es lo de menos; no se trataba de un secreto —intervino doña Elvira—. ¿De qué nota habla? —preguntó extrañada.

Alfonso miró a Marta, que asintió. Se levantó, la recogió de encima del pequeño escritorio y regresó con ella en la mano.

—Se la encontró Marta en el bolsillo del vestido. Iba dirigida a mí, con mi nombre, de eso no hay duda. Estaba lacrada, y el papel se fabrica en Francia. —Se la entregó a Mercedes, quien la abrió, la leyó rápidamente y se la pasó a doña Elvira.

—«Pensé que era de Robles» —escribió Marta, y enseñó la pizarra.

—¡Robles! —exclamó Alfonso—. ¿Qué pinta él en esto? Por los permisos de los que disponéis, deduzco que el viaje ha sido idea de Cornulier.

—Sí —admitió Mercedes—. Había recibido la orden de regresar a Francia, y no le gustaba la idea de dejarnos solas. La casa está en el camino de la costa y es zona de paso de los soldados. No sé cómo, pero sabía que habíamos participado en el asalto de Las Caldas, aunque nunca dijo nada al respecto.

—¿Y cómo lo sabe entonces? —inquirió Alfonso, decidido a llegar al fondo del asunto, cada vez más intrincado.

—Cuando disparé al bandolero se me cayó la pistola. Iba cargada con la comida que conseguí…

—¿Después de que nos despidiéramos permaneció allí? —La pregunta fue en un tono más alto del habitual, y la mujer lo miró con la culpabilidad esculpida en el rostro.

—Había comida —replicó en voz baja, como si eso fuera suficiente justificación. Alfonso respiró profundamente y se armó de paciencia para escuchar hasta el final—. El caso es que, cuando nos despedimos, me la devolvió.

—¡Santo Dios! ¿Qué más sabía el coronel?

—Lo ignoro. Nunca hablaba. Reconozco que fui tan ingenua que

pensé que no imaginaría algo así en años, pero me equivoqué. Es terriblemente perspicaz, y me inquieta hasta dónde hayan llegado sus pesquisas.

—¿Le dijo que estaba embarazada?

—No. No lo sabía ni yo.

—Se le escapó la noticia más importante —ironizó Alfonso. Volvió a centrarse en la nota—. ¿Le prometió algo? Me pide que las ampare hasta que termine la guerra.

—Sí, que, si Dios lo permitía, regresaría por mí.

—¿Qué sabe de él? ¿De su vida en Francia? ¿De su familia? Cualquier pista nos vendría bien para comprender la razón de su proceder. Si es cierto lo que dice, que no lo pongo en duda, no comprendo la deuda de honor a la que alude en la misiva. Por un momento he supuesto que era mi libertad a cambio de mi ayuda a ustedes, pero ha tirado esa idea por el suelo: cuando me facilitó la navaja, no había nada entre ustedes todavía, luego la razón es otra.

—No lo va a comprender, pero lo ignoro absolutamente todo sobre él, a excepción de nombre y rango. ¡Ah! Y de que tiene un tutor en París —añadió Mercedes, avergonzada.

—Un poco mayor para mantener un tutor, ¿no le parece? —Se arrepintió del sarcasmo cuando detectó un brillo sospechoso en los ojos de Mercedes. Nunca le había parecido una mujer sensiblera.

—No lo tenga en cuenta —dijo la mujer, secándose una lágrima con la mano—. No entiendo por qué se me saltan las lágrimas con tanta facilidad.

—Es el embarazo —comunicó Pepa—. Se dice que debilita el carácter de la mujer.

Alfonso respiró más tranquilo. No se había enfadado con ella, sino con la situación. Cornulier era una anguila que se le escurría entre las manos. Se le había cruzado por la mente que ni siquiera ese fuera su nombre. De pronto, recordó otro cabo suelto.

—¡Robles! ¿Estaba al tanto de su relación con el coronel? ¿Por qué siguió viaje a Llanes?

—Nos ha dicho que le costaba conseguir cebada por encontrarse el puerto cerrado. Se iba a Gijón a investigar cómo andaba por allí la industria de la cerveza.

—¿De la noche a la mañana no conseguía cebada? ¡Qué extraño! —expresó en voz alta lo que pensaba.

—Pues más extraño le va a sonar lo que me recomendó Cornulier acerca de él: que no me fiara ni un pelo, por muy amigo que me pareciera. Que lo sería en tanto que no interfiriera en sus planes —declaró Mercedes.

—¡Por fin se hace alguna luz! —exclamó Alfonso con el ojo brillante—. Fue él quien me tendió la trampa y la razón por la que me detuvieron. Pero ¿para quién trabajaba? Me parece muy enrevesado que fuera para Cornulier; ¿molestarse tanto para detenerme y más tarde facilitarme la fuga? Carece de sentido.

—¿Y lo tiene el que le traicionara y luego le ayudara a esconderse? Incluso tomó parte en el asalto —razonó Mercedes.

—Sí, lo tiene —afirmó con rotundidad y un brillo fiero en el ojo —. De hecho, sospeché de él porque acudimos a instancia de un mensaje suyo, pero Tirso me obligó a cambiar de opinión, y a mí me faltaban pruebas. Está claro que Robles no calculó que yo me escapase. Quien ordenara mi detención me quería vivo, pero, por la razón que fuera, igual por el mismo Cornulier, no se enteró a tiempo de que yo había llegado entre los presos, y pasé desapercibido. El caso es que Robles no esperaba volver a encontrarme, y se vio obligado a fingir para que no lo descubriéramos como traidor.

—Tiene razón, Mercedes; en menudo berenjenal hemos estado metidas, y nosotras en Babia. —Se santiguó doña Elvira, asustada.

—Hablando de berenjenas, ¿qué ha sucedido con don Bonifacio? —Alfonso comprendió que las había dejado amedrentadas y reflexivas e intentó banalizar la conversación.

—¡Pobre hombre! —suspiró doña Elvira—. El intendente Aldamar ha querido premiar su esfuerzo por echar a Barthélémy y ha pedido que se le conceda esa berenjena…

—La Cruz de la Real Orden de España —matizó Mercedes sonriendo.

—¿Les parece serio un rey que reparte berenjenas como premio? —insistió doña Elvira en sus trece, indignada—. Ante semejante afrenta, no ha celebrado la imposición ni ha querido lucirla.

—El general Bonnet lo ha amenazado con la muerte, y el bueno de Bonifacio sigue dando largas al asunto —intervino Mercedes, entre risas secundadas por los demás.

—Aguantará, estoy seguro —convino Alfonso, más tranquilo tras

la tensión—. ¿Sabéis que ha creado su propia red de informadores y mantiene correo con el general Llano Ponte?

—¿De verdad? ¡No! —exclamó doña Elvira, admirada.

—El muy tunante… Los tiene muy engañados. Parece una mosca muerta, siempre hablando de concordia entre unos y otros —añadió Mercedes.

—Su principal preocupación es preservar la ciudad y los ciudadanos con el menor daño posible. Una misión hercúlea, aunque reconozco que, hasta ahora, lo ha conseguido.

La conversación languideció y el cansancio hizo su presencia. Recogieron las mantas y los vasos de orujo vacíos y se retiraron a dormir.

Alfonso regresó a Potes con Nemesio y puso al corriente de sus descubrimientos a Tirso. Comenzó los preparativos para la boda y habló con los franciscanos de Santo Toribio. Por otro lado, ese invierno andaba la Regencia muy eficiente. Habían creado seis unidades de ejército y estaban intentando crear la séptima, que comprendería aquellas provincias en las que Napoleón había establecido un gobernador militar independiente de José I. Al frente de aquel habían nombrado al teniente general Mendizábal Iraeta y al brigadier Porlier como comandante de la Vanguardia con su División Cántabra.

La comarca de Liébana había sido designada como sede preferente de este ejército, y Tirso desplegó un plano en el que había señalado los lugares en los que se ubicaría lo necesario para el mantenimiento de ese ejército. Un hospital en Potes y, si fuera necesario, lo ampliarían con el convento de Santo Toribio. El director de la Real Fábrica de Artillería de La Cavada, el señor Villanueva, que había huido con los suministros de armas y municiones que pudo esconder a las requisas de los franceses, organizaría la Armería en Valmeo, donde contaban ya con varias fraguas. Los almacenes de abastecimiento se repartirían entre Valdeón y Liébana, pero el más importante se situaría en Mogrovejo, donde habían previsto construir varios parapetos en la ladera de la montaña para convertir los almacenes en inaccesibles. Y, por último, se crearía una academia de oficiales, sargentos y cabos en Colio para la formación de los cadetes.

Alfonso suspiró de satisfacción cuando se irguió: había mucho

trabajo por delante, pero la ofensiva estaba en marcha.

38

MOGROVEJO, ABRIL DE 1813

Mercedes se reacomodó en el coche tras superar un bache. Llevaba casi un mes fuera de casa y estaba ansiosa de estrechar entre los brazos a su retoño. Era un viaje obligado por esas fechas para reabrir la actividad de la conservera, y lo repetía en octubre para cerrarla: el trabajo era estacional.

Recordó el día en que se enfrentó a Eladia. La encargada de la conservera, cuando se enteró de la boda de Marta con Bustamante y comprendió que pretendían dirigir la fábrica, levantó mil calumnias a sus espaldas, sobre traiciones e inmoralidad por hallarse embarazada sin marido, para que el pueblo le arrebataran la conservera. El que la esposa de Bustamante fuera copropietaria detuvo a los más radicales de intentar algo contra ella. Nadie conocía la verdad, y en Mogrovejo elaboraron cuidadosamente un rumor en el que Robles figuraba como padre desaparecido y, probablemente, fallecido, por lo que no había podido remediar la situación y casarse. No resultaba muy digno, pero bastante mejor que reconocer su amor por un militar francés.

Lo cierto era que nunca había imaginado que Eladia cobijara un alma tan negra y tan envidiosa. Fue Alfonso quien le ofreció la clave para salir adelante: «*Busca a sus enemigos. Una persona así de retorcida, seguro que los tiene*». Y los tenía. La mujer del capitán del puerto, doña Clara, había trabajado de soltera en la conservera y le contó que, como sabía leer y escribir, había descubierto las cuentas falsas de Eladia. «*Algo debió de sospechar la mujer, porque se me adelantó con falsos testimonios a doña Herminia, y me puso en la calle*». Con ayuda de doña Clara rebatió los ataques de Eladia, la denunció por robo y recuperó los muebles de su tía. En su lugar, contrató a doña Clara, quien se reveló como una mujer competente en los asuntos organizativos y en contabilidad y devolvieron el

antiguo esplendor a la casa de la tía para que les sirviera de estancia en San Vicente.

Sumida en sus recuerdos, no se percató de que había llegado a Cades hasta que el coche se detuvo ante la posada. Aguardó a que la escolta de cadetes de Colio, que le había enviado Alfonso, se apeara de sus monturas y le ofrecieran su ayuda. Sin embargo, fue Tirso de la Riva quien abrió la puerta.

—¡Tirso! ¿Usted por aquí? —se extrañó al tiempo que se alegraba.

—¡Qué remedio! Los partes de la guerra no llegan a Potes.

Mercedes agradeció el descanso y bajó a estirar las piernas antes de la cena. Desde que los franceses habían abandonado la zona y el bandolerismo era perseguido con saña, se había iniciado un tímido desplazamiento de las gentes entre las villas y los pueblos vecinos para participar en los mercados.

—¿Y qué noticias hay? He estado más interesada por llegar a acuerdos para que nos vendan las capturas los pescadores que por la guerra.

—El coronel Longa está acorralado en Castro Urdiales, pero parece que mantiene a los franceses en jaque. Santander ha sido liberado definitivamente.

—¡Oh! Desde la derrota en Rusia, parece que la presión francesa cede por fin —se alegró Mercedes, aunque por dentro temblaba por la suerte de Claude.

—Aún falta. No cantemos victoria tan pronto —recomendó Tirso, prudente.

Pasó la noche en Cades y a la mañana siguiente partió hacia Linares y Potes acompañada por el parlanchín de Tirso, el asistente de su cuñado.

—Me gustaría pedirle un favor —dijo en un momento determinado Tirso.

—¿De qué se trata? —se interesó Mercedes.

—Usted es una persona relevante en San Vicente a pesar de lo que se comente a sus espaldas. En cuanto termine la guerra, he pensado en establecerme en la villa como abogado. Su patrocinio y el que pudiera llevar los asuntos jurídicos de la conservera me ayudarían a conseguir una clientela.

—Cuente con ello, Tirso. Nada me agradaría más. ¿En esa

decisión suya ha tenido alguna influencia la hija de la viuda del anterior alcalde?

—No se le escapa nada —reconoció, azorado, Tirso—. El carácter del teniente ha cambiado mucho desde que se casó con su hermana. Creo que, si se hace con la persona adecuada, el matrimonio es una bendición.

—Sí, sí que lo es —confirmó Mercedes con nostalgia.

Al poco de contraer nupcias, Marta quedó embarazada. Con una diferencia de tres meses dieron a luz las dos hermanas. Fue una suerte contar con la ayuda de Pepa y doña Elvira para criarlos el primer año. La tranquilidad de la casa se había roto, pero Alfonso nunca se quejó, y mostró una paciencia digna de un santo. En cuanto los niños comenzaron a andar y a pronunciar sus primeras palabras, el hombre se involucró en los juegos, les enseñaba las colmenas, la vida de los animales, de los insectos y a diferenciar las plantas. Con dos años, Claudio y Sito correteaban detrás del teniente para que les contara más cosas, y lo escuchaban embelesados.

El coche entró en Potes, y los recibió Alfonso, que se hallaba en su despacho en la Torre del Infantado. Tirso se quedó allí y ella, acompañada por su cuñado, continuó hasta Mogrovejo.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, los esperaban fuera para recibirlos. Mercedes abrazó a Claudio y luego lo observó para comprobar si se había perdido algún cambio durante el mes de ausencia. La voz de Alfonso, tras dar la orden a Lino de que se hiciera cargo de su equipaje y de las viandas en conserva que había llevado para abastecer la despensa, tronó:

—¿Qué es ese cloqueo? ¿Tenemos gallinas?

Mercedes se incorporó sin soltar la mano de Claudio. Observó cómo Alfonso se dirigía hacia el vacío gallinero que había junto a los establos.

—Ya la tenemos organizada —resopló doña Elvira, inquieta.

—No es la primera vez. Ya se le pasará —replicó Pepa, serena.

—¿Qué ocurre? —indagó Mercedes, pero no obtuvo contestación, porque un nuevo grito de Alfonso la tensó.

—¿Y este cerdo? —Se dio la vuelta y regresó a grandes zancadas adonde aguardaban las mujeres—. El gallinero está lleno. ¿De dónde han salido esos bichos?

—Las gallinas de los huevos y el cerdo del vientre de la cerda —respondió Pepa, impertérrita—. Es increíble que a su edad no haya aprendido eso.

Y sin dar lugar a la réplica airada de su señor, entró en la casa. Marta, a la que no había hecho falta que le escribieran la conversación para captar la idea, rodeó con sus brazos a Alfonso, le plantó un beso de bienvenida y le sonrió zalamera. Mercedes se sonrió cuando advirtió que el enfado de su cuñado se había evaporado con la misma rapidez que había llegado. Los dejó solos y entró detrás de doña Elvira, que cargaba con Sito.

—Le debe una a Marta, Pepa —le dijo Mercedes una vez en la cocina.

—Estaba planeado —confesó Pepa con una mueca.

—Yo no las tenía todas conmigo —comentó doña Elvira—. El señor es muy puntilloso con colaborar en el mantenimiento del ejército.

—Y estoy de acuerdo —redundó Pepa—, pero cuando hay excedentes. Si hubiera seguido las órdenes del señor, estaríamos muertas de hambre.

Alfonso se rindió a la confabulación. Era evidente que las cumbres, horadadas por numerosas cuevas en las que curaban el queso, habían servido como corrales de los animales que escamoteaban a las requisas militares.

Pasó una semana de suaves lluvias primaverales mezcladas con ratos soleados. Los campos mostraban un verde joven y lujurioso, mientras que los árboles, coronados del nuevo ramaje, prometían abundante fruto. Mercedes divisó la llegada de un coche grande al pie del pueblo, lo observó con recelo y, cuando tomó el camino de la torre medieval, alertó a la casa de una visita inesperada. Cogió su pistola, después de comprobar que estaba cargada, y se la metió en el delantal. Nunca estaba de más ser precavida. Aguardó en el umbral de la puerta, mientras las demás espiaban por las ventanas. El imponente coche de seis caballos de tiro, con mayoral y postillón en el pescante, se detuvo ante la casa.

Soltó el aire que había retenido cuando se apeó Alfonso, quien se volvió para ayudar a bajar a un personaje corpulento y entrado en años. En cuanto abandonó el interior oscuro, Mercedes reconoció al maestro pintor de la corte en funciones: don Francisco de Goya.

—¡Maestro! —Se adelantó para recibirlo.

En un abrir y cerrar de ojos, apareció Marta a su lado. El hombre, de luto riguroso, pues hacía escasamente un año que había fallecido su esposa, mostraba las arrugas y el cabello canoso que delataban su avanzada edad.

—Mi querida discípula. —Su gesto se suavizó en cuanto se encontró con Marta, quien le sonrió feliz. Goya tomó la pizarra y escribió—: «Ya me han contado vuestro dichoso matrimonio. Me alegro de que queden hombres que reconozcan el talento de una mujer».

Mercedes los precedió al interior de la casa y pasaron al salón. Don Francisco enseguida se fijó en el cuadro de Santa Casilda, que presidía la estancia apoyado sobre la pared.

—¡Magnífico! —exclamó emocionado don Francisco, quien, a pesar de ser sordo, hablaba—. ¡Qué riqueza! ¡El detalle del brocado y los reflejos de la seda! ¡Oh! ¿Qué ha sucedido con la cola de la falda?

—«Me temo que fue culpa mía, don Francisco» —escribió Mercedes, azorada, en la pizarra de su hermana—. «Se rasgó un poco el lienzo al sacarlo del marco con las prisas. Estábamos en pleno ataque».

—Comprendo, comprendo —se apresuró Goya a restarle importancia—. No podemos escoger el mejor momento para llevar a cabo algo así. De todas formas, la felicito por su arrojo. Espero que estén dispuestas a desprenderse de él —planteó Goya, preocupado.

—«Habrá que devolverlo, aunque no haya realizado su milagro» —escribió Alfonso en la pizarra, temeroso de la reacción de su esposa.

—«¿Quién dice que no ha realizado el milagro?» —objetó Marta, ofendida—. «Estaba destinada a un convento y en su lugar me ha dado una familia maravillosa. ¡Eso es un gran milagro!».

Alfonso miró a su esposa con tal arrobo que a Mercedes se le estrujó el corazón de añoranza. ¿Dónde estaría Claude? ¿Muerto en Rusia? ¿Olvidado su cuerpo en algún camino extraño?

Acomodaron al maestro en una habitación, que le pareció espartana a Mercedes para alguien acostumbrado a moverse en la corte, y se reunieron en el salón para disfrutar de la cena y una larga velada en la que intercambiaron noticias.

—Los ejércitos se desplazan hacia la frontera de los Pirineos, acosando a los franceses que se han refugiado en Pamplona, en Vitoria o San Sebastián —contaba el maestro con un vaso de orujo en la mano—. Pero el resto de España, malnutrida y mísera, goza de una reciente libertad que me ha permitido el desplazamiento a Palencia, y, desde allí, por el puerto de Piedrasluengas he accedido al valle de Liébana. ¡Vaya sitio más intrincado! Me complace que nuestra Santa Casilda haya estado tan bien custodiada.

—«¿Qué va a hacer con ella?» —se interesó Alfonso, y le pasó la pizarra.

—Hubo un proyecto, en tiempos de Fernando VI, de abrir un museo de pintura y escultura, pero quedó relegado en el olvido. Esa idea, tras el expolio de los mariscales y generales franceses, vuelve a cobrar fuerza entre los amantes del arte y se sopesa como lugar idóneo el edificio que Carlos III destinó a Ciencias Naturales. Entre las obras que se están recuperando y algunas donaciones, se espera que haya suficiente fondo para iniciarlo. Mientras tanto, lo conservaré con la esperanza de que alivie mi vejez. Si mi querida niña ha conseguido su milagro, espero que no se le niegue el suyo a este viejo.

—«¿En qué está trabajando?» —preguntó Marta.

—«En el aguafuerte». —Y luego se dirigió a los demás—. Mi intención es librarme de las horribles imágenes que me ha ofrecido esta cruenta guerra y que pueblan mi mente por las noches y dejar testimonio de lo que una guerra significa a las generaciones posteriores. Lo felicito, señor Bustamante, porque disfruta de la juventud y belleza de su esposa, que lo ayuda a olvidar las cicatrices que hablan solas de lo que ha sufrido.

—«Aun así, alguna pesadilla me acompaña de vez en cuando» —refutó Alfonso—. «No olvido, en medio del dolor, el rostro del hombre al que ofrecí que se agarrase a mi brazo. Reflejaba el miedo y el horror de lo que habíamos vivido. Es curioso cómo nos aferramos a la vida, aunque esta nos haya dado la espalda».

—¡Trafalgar! ¿De qué nos sirvió la alianza con Francia? Hemos sido traicionados por nuestras naciones vecinas una y otra vez y no aprendemos —ponderó don Francisco.

—«Usted, que se mueve por Madrid, ¿cree que respetará Fernando VII la labor realizada por las Cortes en Cádiz?» —se

interesó Mercedes, tras borrar lo escrito por Alfonso.

—La guerra no ha terminado —respondió, cauto, el maestro—. Ahora vendrán las consecuencias, los ajustes de cuentas a los que consideran traidores, y habrá más sangre derramada. La barbarie no pertenece en exclusiva a los ejércitos: la he presenciado en las aldeas, entre los civiles. No sé qué es peor.

Don Francisco se quedó unas semanas en las que disfrutó de las labores del campo y de largos paseos a la vera del río Deva. Marta aprovechó para enseñarle los retratos que había realizado de las personas que la rodeaban y se sintió orgullosa de la opinión de su maestro. Llegó el día de la despedida junto con la noticia de la ordalía de sangre y fuego que había sufrido Castro Urdiales, a causa de su resistencia al ataque francés. Una nueva página negra en la crónica de una guerra.

La inesperada visita de don Francisco de Goya llevó a las mujeres a replantearse su estilo de vida. Aunque vivieran en el campo, no implicaba que parecieran aldeanas. Sacaron los preciosos vestidos de algodón y los graciosos sombreros a juego, se rizaron el cabello y se adornaron como si fueran a un baile, deseosas de volver a sentirse atractivas. Mercedes se desplazó con doña Elvira a Santander, donde vendieron algunas alhajas de la tía para completar el mobiliario de las habitaciones que todavía estaban vacías y en desuso, y disponer de un par de dormitorios más para invitados. Habilitaron un despacho para Alfonso y cubrieron las paredes de estantes con libros para que sirviera de biblioteca a su vez. Fuera de la casa había una especie de hórreo donde se guardaban las cosechas; lo repararon, abrieron ventanas y lo acondicionaron como taller de pintura para Marta. Pepa mantuvo el herbolario que tanto beneficio les proporcionaba con la venta a las boticas y Alfonso, cuyo trabajo en Potes se había reducido por la ausencia del ejército y la falta de espionaje, retomó la explotación de los recursos que le ofrecían la tierra, el ganado y las colmenas.

Para Mercedes la noche se había convertido en su aliada, cuando, en la intimidad de su cuarto, contemplaba la imagen que su hermana había plasmado con tanto acierto: de pie, ante la chimenea de la casa de Santander, Claude lucía el uniforme de la Gendarmería y la miraba con esos inconfundibles ojos líquidos, de un azul desvaído y cristalino, un color extraño que había heredado

el hijo. Al menos, le había quedado la prueba física de que no había sido un sueño, de que había amado.

EPÍLOGO

MOGROVEJO, JULIO DE 1814

A un lado de la vieja torre habían instalado un toldo para preservarse del sol y poder disfrutar del aire libre. Los niños jugaban bajo la atenta mirada de las dos hermanas, quienes disfrutaban de una limonada sentadas en unos amplios sillones de cestería con cómodos cojines.

Mercedes contempló con nostalgia los ojos aguamarina de su hijo, como los de su padre. Habían pasado tres años y la guerra había terminado. Habían desterrado a Napoleón a Elba y ella seguía sin noticias de Claude. O había muerto o la había olvidado. Habían sido años muy duros, primero por la guerra, después por la terrible revancha que tomaron los patriotas sobre los afrancesados, pero lo más indignante fue la miseria humana que se agazapó tras esa reivindicación nacional: gente mediocre, débil y cobarde que denunció en provecho propio.

No olvidaría el trato innoble que recibió don Bonifacio Rodríguez, después de haber soportado las amenazas de los generales franceses, de haber colaborado estrechamente con Llano Ponte, de haber dado la cara por los ciudadanos santanderinos en más de una ocasión, lo arrastraron hasta el banquillo de los acusados por colaboracionista con el enemigo. Julián Bringas, el antiguo alcalde, andaba detrás de aquella conspiración, cuando fue él quien abandonó a la ciudad para acompañar a los enfermos que embarcó hacia Asturias, aunque le salió mal la jugada, pues su barco fue capturado por los corsarios franceses y lo recluyeron en Bayona, de donde escapó, y se refugió en La Coruña. ¡Vaya ironía del destino! Se hizo justicia y don Bonifacio salió limpio del lodazal en el que intentaron sumirlo, pero con la tristeza en el alma por la falta de recompensa de sus esfuerzos y de haber arriesgado la vida para preservar incólume la ciudad.

Si la guerra se entabló contra la invasión de los franceses, la

posguerra fue el resultado de una guerra civil soterrada.

—Es un gusto disfrutar de estos días tan largos —dijo doña Elvira acercándose.

Marta le sonrió con la mano sobre el abultado vientre. Esperaba su segundo hijo. El primero, un varón como el de Mercedes, jugaba con su primo. Alfonso y ella habían congeniado muy bien a pesar de la diferencia de edad, y Marta irradiaba esa felicidad.

—¡Un coche! —gritó Pepa desde el invernadero, donde gozaba de mejor visión sobre el camino a Potes—. ¡Avisaré al señor!

—¿Visita? ¿Esperamos a alguien? —se extrañó doña Elvira, y escribió en la pizarra para alertar a Marta.

—No ha comentado nada Alfonso —añadió Mercedes.

Perezosas, no se movieron. La torre servía de obstáculo para ver lo que sucedía en la casa y ofrecía un poco de privacidad, innecesaria en aquellos montes escasamente poblados por pastores y campesinos que habían sobrevivido al hambre y a la guerra. Tardarían años en recuperarse demográficamente.

Al cabo de un rato, cuando ya habían olvidado el coche de caballos, las sorprendió Alfonso, que se aproximaba con una pareja de mediana edad muy bien vestida para lo que estaban acostumbradas por aquellas tierras.

—¿Quiénes serán? —se preguntó en voz alta Mercedes, entrecerrando los ojos para distinguirlos mejor.

Se pusieron de pie para recibirlos, y Alfonso procedió a las presentaciones en francés, idioma que adoptaron de inmediato, y las citó una por una y luego se dirigió a ellos.

—Os presento al señor Hervé Sologne y a su esposa, Marie. Hervé Sologne y yo nos conocimos en unas circunstancias muy apuradas: en plena batalla naval en Trafalgar. A mí me quedaron las secuelas que ya conocéis; él tuvo más suerte, y solo le quedó una ligera cojera.

El francés sonrió y contestó algo que se le escapó a Mercedes, inquieta por la descarada inspección a la que la sometía la señora Sologne.

—Mercedes, ¿te importaría avisar a Pepa para que nos saque un refrigerio? —le pidió Alfonso.

Lo notó nervioso y accedió. Su intuición le decía que sucedía algo importante. ¿A qué venía un viejo compañero de fatigas? ¡Y

francés, nada menos! No parecía que les fuera mal económicamente. Igual por eso la observó con ese descaro la mujer, porque eran unas campesinas para ella, a pesar de que, según su opinión, iban muy elegantes para vivir en el campo.

Entró por la puerta de delante y, antes de llegar a la cocina, la detuvo un movimiento en el salón. Se asomó para averiguar quién estaba y se quedó de piedra. El retrato de Marta, que llevaba grabado en la retina, había cobrado vida, y, allí, de pie ante la chimenea, la observaba Claude. No lucía el uniforme, sino una elegante chaqueta color tabaco y una corbata de nudo complicado y sujetado con un alfiler en el que brillaba un topacio rodeado de brillantes. Llamaban la atención los pantalones largos, de color más claro, que llegaban hasta unos brillantes zapatos: parecía un maniquí de moda recién llegado de Francia.

Se observaron incapaces de superar la sorpresa de encontrarse frente a frente. A Mercedes le desbordaron las sensaciones que se le agolparon en el corazón: irrealidad por su presencia, alegría de que siguiera vivo, recelo de que sintiera lo mismo, angustia y esperanza a la vez. Sin embargo, se limitó a llorar; primero fueron unas lágrimas las que rodaron, precursoras de una abundante cascada.

Claude acortó el espacio que los separaba e, indeciso, se detuvo delante de ella.

—Te prometí que regresaría por ti —recordó nervioso—. Si todavía sientes algo por mí…

Mercedes, incapaz de responder por la presión que le atenazaba la garganta, asintió y unos brazos la estrecharon contra el pecho sobre el que se abandonó. Era él, abrazaba su cuerpo de nuevo y sentía el calor; escuchaba sus palabras de alivio al hallarla viva y le contaba lo que la había echado de menos, siempre en su mente y con el corazón roto por la distancia y la incertidumbre. Se olvidó de Pepa y de quienes aguardaban en el jardín bajo el entoldado, hasta que la fuente se secó y dejó de estremecerse como una niña. Claude le ofreció un precioso pañuelo de encaje, con unas siglas bordadas. Se fijó en su mano, ancha, bien cuidada, en la que destacaba un grueso anillo de oro con un sello. ¡Qué cambiado estaba! Las sienes clareaban un poco. ¿Cómo la vería a ella? ¿Igual de cambiada? Había sido madre, recordó.

—Tenemos mucho de qué hablar —Claude mantenía mayor

dominio sobre el encuentro que ella—, pero nos están esperando fuera. Me acompañan mi hermana y su marido, que es como un hermano también.

—¿Tu hermana? —repitió Mercedes, comprendiendo por qué la había observado tan detenidamente. Ella estaba en antecedentes y sabía que era la razón del viaje.

—No querían dejarme venir solo. Tenían miedo de perderme otra vez o de que me retuvieras en España.

—¿Te vas? —No reaccionaba, y repetía como un loro las ideas que iba desgranando Claude.

—Nos vamos. Espero que me acompañes, que aceptes ser mi esposa.

No supo qué contestar. Era tan precipitado, tan inesperado…

—Creí que habías muerto —atinó a decir en medio de la confusión.

—¿Te has casado? —preguntó alarmado.

—¡No! —negó con energía—. Es que no me hago a la idea de que estés aquí.

—Está bien —respiró aliviado—. Juego con ventaja. Hablaremos después. Vamos a reunirnos con los de fuera. Tengo especial interés en conocer a Bustamante.

—Es mi cuñado —aclaró Mercedes más tranquila. Aquel era un terreno más conocido, más confortable, porque una idea, con la que no había contado, se acababa de instalar en su mente: vivir en Francia.

Se enlazó con su brazo, una vez recompuesta del llanto, y lo condujo al exterior a través del jardín hasta el prado donde habían colocado el toldo, al pie de la vetusta torre. Habían sacado más asientos y otra mesa y conversaban amigablemente ante unos platos de queso fresco con pan y miel y unas jarras de limonada. Marie, a quien había prejuzgado, había sentado en sus rodillas a Claudio, y el chiquillo la escuchaba entusiasmado. ¿Le habían dicho que era su sobrino o lo había adivinado?

—No voy a desaparecer, soy real. No hace falta que me aprietes el brazo con tanta fuerza —se quejó sonriendo Claude según se aproximaban al grupo.

—Hay algo que no te he dicho.

—Tiempo habrá. Son muchas cosas las que tendremos que

contarnos. Tres años es mucho tiempo.

Se sentaron en las sillas que les habían reservado. Sonrientes y expectantes los reunidos, intentaban adivinar, escudriñando sus rostros, cómo había sido el encuentro. Mercedes sonrió nerviosa, sin saber muy bien cómo dirigir la conversación. Fue Alfonso quien tomó las riendas de la situación, siempre tan comprensivo y amable.

—Imagino que querréis conocer los pormenores de la desastrosa batalla en la que nos vimos envueltos Sologne y yo. Él era oficial en el Indomptable y yo, en el Neptuno.

—El Indomptable —intervino Sologne en español— se hundió cerca de la costa, y se ahogaron todos. Había muchos marineros que no sabían nadar. Ese pequeño detalle me salvó.

Mercedes descubrió sorprendida que Marie le hablaba en español al chiquillo.

—El Neptuno fue desarbolado y apresado —retomó el relato Alfonso—, pero, a pesar de que la mayor parte de los oficiales estábamos heridos, conseguimos zafarlo de los ingleses, con la escasa fortuna de que nos hundimos cerca de la costa. Ordené que echaran al agua todo lo que flotara y se improvisaron varias balsas.

—Yo me había mantenido a flote a la espera de un milagro —continuó Sologne—, y este se produjo cuando los descubrí muy cerca. Nadé hasta ellos, ignorando la pierna herida, pero me rechazaron en cuanto se dieron cuenta de que era francés. Entonces, un hombre, lleno de heridas y con una cuenca vacía y sangrante me tendió la mano y me dijo: «*Aférrese, gabacho, porque a mí ya no me queda fuerza para sostenerlo*». Y así, en el agua, agarrado al brazo que me tendió, me arrastraron con la balsa hasta la playa. En el hospital que habilitaron en Cádiz lo busqué para agradecerle el que me salvara la vida, pero se batía con la fiebre cuando di con él. Me enteré del nombre y del lugar de procedencia, por si alguna vez volvíamos a cruzarnos, pues había contraído una deuda de honor.

—Hervé me había relatado la odisea y me había dado todo tipo de detalles sobre el oficial que lo había salvado cuando se enteró de que mi destino era Santander. Esa fue la razón —concluyó Claude— por la que, en cuanto descubrí que era uno de los prisioneros, lo llevé al pontón, le facilité la navaja y emborraché a los guardias.

—Pensamos que Robles había sido el artífice de la treta del tonel de cerveza —comentó Alfonso, interesado.

—En absoluto. Robles fue la razón de que estuviera allí encerrado: era uno de los perros de Barthélémy.

Las exclamaciones de asombro y de horror se sucedieron, incluida Marta, que fue la última que lo leyó.

—Al final, llegué a esa conclusión. Fue muy hábil confundiéndonos al ofrecernos su ayuda para mantenernos escondidos y en el asunto de Las Caldas —reconoció Alfonso con fastidio.

—Ese fue el problema —explicó Claude—, que poseía una inteligencia fuera de lo común y un gran don de gentes que facilitaba que confiaran en él. Yo no lo descubrí tampoco: fue la casualidad la que me llevó a escuchar una conversación que mantuvo con Barthélémy. Entonces, até cabos y anduve con tiento con él por la familiaridad de trato y confianza que tenía con los Velarde.

—¡Salvador! ¡No hizo nada por Salvador! —exclamó Mercedes, angustiada—. Se ofreció a acercarse al fuerte, y no volvimos a saber de él. Nos engañó, y, cuando nos enteramos, ya lo habían ahorcado.

Un velo de tristeza cayó sobre la reunión.

—Siempre lamentaré no haber estado en ese momento —dijo Claude. Extendió el brazo y enlazó la mano de ella para darle ánimo —. El único engaño que hubo ahí por parte de Robles fue que sabía de antemano que no podía hacer nada, pero, por cómo encajó la noticia de la ejecución, ignoraba que el plan de Linois llegara tan lejos. En realidad, nadie imaginó el fatal desenlace.

—¿Por qué permitió que las acompañara hasta San Vicente? —inquirió Alfonso.

Mercedes volvió la cabeza hacia Claude, ansiosa por desvelar los hilos que habían quedado sin rematar.

—Hablé con él y lo amenacé: le di un mes para salir del país, al cabo del cual le enviaría una nota denunciando su traición. A cambio, debía acompañar a las mujeres hasta San Vicente. Aun así, no me fie y previne a Mercedes.

—Fue una prevención muy vaga —se quejó Mercedes—. Si llego a saber…

—Lo hubieras matado de un tiro en cualquier vuelta del camino. Lo sé —terminó Claude—, por eso no te lo dije.

—Ignora cómo acabó aquella aventura. ¡Vaya locas! —intervino

Alfonso, sonriendo con el recuerdo que desgranó a continuación para deleite de los Sologne.

—El teniente Léry cayó en acción poco después —explicó Claude —. Pareces muy encariñada con el niño. ¿Ya echas de menos a tu hijo? Fuiste tú la que se empecinó en acompañarnos —le recordó Claude a su hermana.

Marie lo había acaparado y lo mantenía sobre las rodillas, entretenido con el panecillo de miel, aunque se estaba poniendo perdido.

—¡Anda, cállate! A ti también se te caerá la baba con este niño tan encantador, ¿verdad, Claudio? Tienes un papá muy ciego —le dijo al niño, que se volvió a mirarlo.

Mercedes nunca olvidaría cómo le cambió la expresión a Claude: la sonrisa se congeló en el tiempo y pasó a desaparecer bajo la expresión de incredulidad que se ablandó con la ternura de la comprensión. Se volvió a Mercedes con los ojos empañados por la emoción en busca de la confirmación.

—No fuiste muy eficaz —susurró al notar que se había convertido en el centro de atención.

—¡El marquesado tiene un heredero! —exclamó Marie, emocionada—. ¡Qué pena que madre no esté ya con nosotros!

—¿Marquesado? ¿De qué habla? —Se volvió Mercedes hacia él extrañada.

—¿He dicho algo que no debiera? —Marie miró a su hermano, cohibida.

—No, es que no hemos tenido tiempo para hablar. —Se volvió a Mercedes—. Mi nombre es realmente Claude Cornulier, marqués de Vair. Cuando nos conocimos no podía emplear el título de la familia, como me correspondía por derecho al fallecer mi padre en la prisión mientras esperaba a que lo guillotinaran. Yo tenía por aquel entonces nueve años.

»Nuestra familia, oriunda de la Bretaña, a lo largo de los siglos ha ofrecido obispos y guerreros destacados que ganaron tierras y favores que conservaron durante generaciones hasta llegar a mi padre, el último marqués de Vair. A causa de los desmanes y de la peligrosidad de los caminos, mi padre se desplazó a París para sacarme del monasterio en el que estudiaba, como parte de la preparación de un futuro marqués. Fue en esos días cuando los

jacobinos se alzaron con el poder y la Revolución se radicalizó de la noche a la mañana. Mi padre, advertido del peligro, decidió que regresaríamos por separado y me dejó en casa del abogado de la familia, René Sologne, con la esperanza de que sería más fácil, para un joven de nueve años, viajar en alguna barcaza por el Loira. Sin embargo, fue detenido a las afueras de París y yo me negué a abandonar la ciudad mientras ignorase su suerte. El 21 de enero sucedió lo impensable: la ejecución de los reyes.

»Y la sangre de los nobles comenzó a correr en la plaza donde se instaló la guillotina. Cada día repasaba las listas de los condenados y suspiraba de alivio cuando no encontraba el nombre del marqués. Sin embargo, la fatalidad, en forma de enfermedad, se adelantó a *madame guillotine*. Sologne no me permitió reclamar el cuerpo, y se limitó a comunicárselo a mi madre, que residía en el Chateau de Vair, entre Nantes y Angers, a la orilla del Loira.

»Todavía conservo la carta de mi madre en la que me informaba que se embarcaba con mis dos hermanas rumbo a Inglaterra; residirían en la casa que poseíamos en Falmouth, y me instó a que me reuniera con ellas. En un principio, deploré la cobarde respuesta de mi madre y el hecho de que no luchara por recuperar el cuerpo de mi padre, pero más adelante, cuando se produjo el violento levantamiento contrarrevolucionario de La Vendée, me alegré de que no estuvieran allí. Devastaron la zona y las tierras del marquesado de Vair fueron requisadas.

»No fue hasta el mes de termidor cuando se devolvieron los derechos, siempre que tuvieras dinero para comprar la voluntad del agente encargado, por lo que se prolongó la agonía. Entre René y Hervé, con paciencia y tras un par de años, consiguieron ponerla a mi nombre y solucionar los obstáculos legales. Entretanto, a causa del bloqueo y de la guerra, mi madre y mis hermanas quedaron incomunicadas en Inglaterra. De tarde en tarde, llegaba alguna carta a través de amigos en Holanda, pero era una vía muy complicada, y se perdía la mayor parte por el camino. Fueron años angustiosos en los que ya no recordaba la cara de mi madre, y los Sologne pasaron a ser mi familia más inmediata.

—¿Vair? —repitió Mercedes en voz baja.

—Sí. Serás la marquesa de Vair, cuyas tierras se encuentran en Ancenis, a pocas leguas de Nantes. Te gustará.

—Pero no soy noble —objetó.

Los Sologne se rieron.

—La mayor parte de la aristocracia francesa actual no es noble, querida —informó Marie—. Muchos proceden de la oficialidad cercana a Napoleón, que los premió con las tierras y los títulos de los nobles a los que ejecutaron durante la Revolución. Hubo familias enteras que desaparecieron. Fue terrible. Nosotras huimos por el puerto de Nantes antes de que los capitanes abusaran de los precios para pasar el canal. La familia era propietaria de una pequeña mansión en Falmouth, una herencia que recibió nuestra abuela por parte de madre, que era inglesa. Había estado largo tiempo alquilada, y cuando falleció el arrendatario, nuestro padre la arregló para pasar algún verano allí, pero nunca lo hicimos. ¿Quién nos iba a decir que nuestra vida dependería de su previsión? Al no tener que pagar alquiler, pudimos subsistir con los escasos beneficios que daban las tierras. Pasamos necesidades nunca soñadas por personas de nuestra alcurnia, pero lo peor fue el desprecio de los ingleses. La situación de pobreza impidió que mis hermanas y yo contrajésemos matrimonio, a lo que se sumó la esperanza de regresar un día, de que Claude recuperara lo que era nuestro.

—Me alegro de que se hayan terminado sus tribulaciones —animó Mercedes, comprendiendo que no había sido la única que había sufrido por esa guerra.

—Ahora me explico esa posición ambigua que adoptó durante su estancia en Santander —dijo Alfonso—. Se me escapaba la razón de la ayuda a las autoridades, la humanidad que desplegaba allá por donde se movía, que no concordaba con la de sus compatriotas.

—No era yo solo. Había más compañeros de armas que pensaban como yo: que Napoleón se equivocaba; pero los acontecimientos nos arrastraban como hojas sueltas. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que los hombres era iguales en todas partes, fuera cual fuera la nacionalidad. Yo había vivido la revolución en la que se desataron los odios y la justicia fue cegada en provecho de unos pocos bajo el lema de «Libertad, Igualdad y Fraternidad». Cuando estos cayeron con la reacción termidoriana, sufrieron la ira de los que primero habían sido víctimas, y se comportaron igual. Y, luego, llegó Napoleón, incendiando Europa para mayor gloria de Francia,

pero la gloria era de él y la sangre, la de los franceses. No hace falta ser un adivino para comprender el dilema al que se enfrentarían los santanderinos cuando terminase la guerra: a sus propios congéneres convertidos en chacales.

—Cierto. Todavía sufrimos las consecuencias de una persecución de afrancesados: señalas con el dedo y dejas una persona o una familia destrozadas —convino Alfonso.

—¿Recuerdas al alcalde Bonifacio Rodríguez? —sondeó Mercedes—. Él fue una de las víctimas de los chacales, aunque salió airoso.

—Lo lamento profundamente —dijo Claude, apenado—. Ese hombre se enfrentó al general Bonnet y participó en la caída de Barthélémy. No se lo merecía.

—¿Qué pasó con Barthélémy? Terminó el sumario y se lo llevaron a Francia —se interesó Alfonso.

—Nada —contestó vivamente Claude—. Se organizó un simulacro de tribunal, y faltó poco para aplaudirlo. Pero hubo un extraño escándalo que lo molestó profundamente: lo acusaron de timador cuando intentó vender un cuadro al Museo del Louvre, un Zurbarán, concretamente. ¿Habéis oído algo al respecto?

—¿También sabías eso? —se admiró Mercedes.

—Me costó comprender la razón de que os arriesgaseis de esa manera por un cuadro, pero sí, llegué a reunir las piezas del rompecabezas cuando Marta accedió a reproducir la pintura de Napoleón con mi rostro. —Sonrió Claude divertido—. Se está haciendo de noche, y el camino de regreso a Potes es largo.

—Vuestro equipaje estará a punto de llegar —anunció Alfonso—. He enviado a recogerlo y he ordenado que os preparen las habitaciones. Son mis invitados.

Mercedes se alegró de no separarse de Claude: se le había pasado la tarde en un suspiro. Durante la cena, más distendidos, siguieron intercambiando relatos y confidencias. Hervé recomendó a Claude que no esperase a reconocer el hijo como heredero y solucionase el asunto antes de emprender el viaje de regreso. Alfonso se comprometió en organizar una boda rápida en Santo Toribio. Tras la cena, los Sologne disfrutaron de las pinturas de Marta, a la que alabaron como una gran artista.

Mercedes aprovechó la ocasión para escabullirse con Claude

fuera de la casa. Había refrescado porque estaban en la montaña y el cielo permanecía despejado y cuajado de estrellas.

—Mira, esa es la Vía Láctea, la que siguen los peregrinos hacia Santiago de Compostela —explicó Mercedes.

Pero Claude no deseaba hablar de las estrellas, sino besarla. Buscó sus labios y bebió, sediento; buscó la calidez del cuello y se estremeció en el deseo tanto tiempo dormido. Se separó y la contempló.

—Gracias por ese hijo. Si me hubieras dicho…

—No lo sabía. No lo supe hasta que llegué aquí. De todas formas, recuerda nuestra situación: nada hubiera cambiado. Ha sido mejor así. No nos ha faltado de nada, ni siquiera cariño. —Mercedes se dio la vuelta y miró a la noche, apoyada sobre el pecho de Claude—. ¿Cómo será el futuro?

—Como nosotros queramos. No volveré a dejar en manos de otros mi vida —respondió Claude—. Sé que eres fuerte, y te adaptarás bien. ¡Ah! Y tengo una noticia que te gustará. Hervé ha apostado por la incipiente industria conservera que ha empezado a desarrollarse en Nantes. Hemos adquirido unos terrenos, y el proyecto ya está en marcha. Le conté que vosotras erais dueñas de una conservera y se mostró muy interesado: necesitamos materia prima, aunque Hervé introducirá avances técnicos muy importantes.

—Tan pronto hablas en singular como en plural —observó Mercedes.

—Somos socios —aclaró Claude—: él es la cabeza pensante y organizativa y yo, el socio capitalista, aunque puede cambiar un poco nuestra posición si tú intervienes.

—¿Me estás invitando a formar parte de una empresa? —Se volvió a mirarlo admirada.

—Yo no soy empresario. Sé de leyes, de contabilidad, lo que me enseñó René, por eso dejo la iniciativa a Hervé. Pero tú tienes experiencia por tu fábrica textil…

—Que destruyeron hasta los cimientos los ingleses, nuestros aliados —completó Mercedes la frase con sorna—. Me encantará hablar con Hervé.

—Ya tienes el futuro por el que me has preguntado.

—Eres un buen cazador. En pleno corazón: pieza abatida —sonrió Mercedes.

Los hombres desaparecieron al día siguiente. Acompañaron a Alfonso para realizar las gestiones de la boda. Marie y doña Elvira se cuidaron de los niños y Mercedes pudo hablar con Marta.

—«Me parece una idea excelente. Yo puedo dirigir la conservera desde aquí y así nos mantendremos unidas» —aprobó Marta—. «No te preocupes por mí. Estoy bien arropada por doña Elvira y Pepa, que se comportan como gallinas cluecas, y Alfonso es un gran compañero».

—«Es una pena que no lo ames como yo a Claude».

—«¿Quién dice que no lo quiero? A lo mejor no con esa pasión que destiláis vosotros. Os miráis y tengo miedo de que prendáis fuego a la casa. Me parece bien que os caséis cuanto antes porque engendrarás otro hijo antes de llegar a tu nuevo hogar. Cuando nosotros nos miramos hay ternura: me consuela si lloro, me acaricia la mejilla y, cuando le brilla el ojo, me ilumina la cara. Es un placer acurrucarme y perderme en el calor de sus brazos».

—«Eso es amor» —escribió Mercedes, conmovida—, «otra forma de amor, pero tan importante como la mía. Me alegro mucho, y me iré más tranquila».

La boda fue sencilla, y bajaron a Potes a comer. Los Sologne no conocían la comarca y se dedicaron a recorrer las aldeas de alrededor. Mercedes y Hervé se enzarzaron en una conversación sobre la importancia de la industria conservera en el futuro y el dinero que generaría. Prolongaron la estancia hasta finales de agosto y disfrutaron de una semana en la costa, en San Vicente y alrededores, con la excusa de visitar la fábrica.

—El sistema de salazón está obsoleto. Lo aprendieron los soldados en el frente cuando las conservas no llegaban en buen estado, de ahí que el ejército tuviera que comer sobre el terreno, pero no siempre era posible —explicaba Hervé en la oficina de la conservera, donde se habían reunido tras el recorrido—. Bonaparte, desesperado por este inconveniente que limitaba la movilidad, estableció un premio de doce mil francos a quien encontrara un procedimiento de conservación de alimentos más eficaz. Un maestro confitero de Nantes, Nicolás Appert, ganó el premio en 1810. Introdujo alimentos en frascos de vidrio y los tapó con corchos sujetos con alambre y sellados con cera o lacre.

—Eso es un invento español que copiasteis los franceses para los

vinos espumosos —se adelantó Mercedes, dispuesta a reivindicar el ingenio patrio.

—Cierto —admitió Hervé—, pero no he terminado. No es suficiente para que se conserven. Falta lo más importante. Los ponía, ya sellados, a hervir largo tiempo. Todavía se desconocen las causas, pero los alimentos están perfectos al cabo de seis u ocho meses. Siguen haciendo pruebas sobre qué alimentos quedan mejor y cuánto tiempo aguanta cada uno, pues las características no son las mismas, aunque el resultado es evidente.

—Ya estoy ansiosa por probarlo aquí —manifestó Mercedes.

—Tendremos que estudiar el planteamiento —propuso Hervé—, para apoyarnos las dos conserveras: la de aquí y la de allí.

Las temperaturas suaves del valle de Liébana acompañaron la estancia de los invitados. Los días pasaban plácidos y la partida se aproximaba, inexorable. Mercedes y Claude recuperaron el tiempo perdido y cada noche, a partir de sus nupcias, se convirtió en una noche de bodas.

Ese tiempo prestado, esas conversaciones bajo el toldo al pie de la vieja torre sirvieron para conocerse mejor y estrechar lazos entre los Bustamante, los Sologne y los Cornulier, separados por una guerra fratricida y unidos por algo mucho más humano como el amor.

AGRADECIMIENTOS

Se trata de un apartado que procuro que no falte en ninguna de mis novelas porque refleja el trabajo que hay detrás, y las personas que colaboran: unas, de forma desinteresada; y otras, por oficio.

Entre las desinteresadas se halla mi equipo habitual de lectores cero: Flor, Isabel y Fernando. Son los que me ayudan con la estructura de la novela para que resulte atractiva, ágil y que enganche desde el principio hasta el final. Vamos, que la acción no decaiga, que las descripciones no aburran y que las secuencias y la trama fluyan hasta el desenlace sin tropiezo. Y que no me olvide de datos, esos que traicioneramente se quedan en mi cabeza, escondidos en un rincón, camuflados para que no los recuerde o piense que ya los escribí. Luego, llega la corrección de estilo. En esta ocasión, he tenido la ayuda inestimable de mi querida compañera de fatigas literarias: Helena Tur. Un saludo desde estas líneas.

Pero mi mayor agradecimiento es para el jurado del X Premio de Novela Histórica «Ciudad de Úbeda», quienes me otorgaron el galardón y la edición de la obra. Tanto sus halagadoras palabras en el acta del premio como sus elogiosas manifestaciones acerca de la novela han sido un orgullo para mí. He de destacar la encomiable labor de Pablo Lozano, al frente de la comisión organizadora del certamen, perfecto anfitrión de la ciudad de Úbeda, patrimonio de la humanidad.

Y aquí llegamos a los colaboradores por oficio. Durante la Feria del Libro de Madrid los conocí —coincidencias de la vida— y me acogieron tan entusiasmados como yo y deseosos de comenzar una nueva andadura. Porque cada novela, cada edición es una aventura para todos los implicados. A pesar de las novelas que llevo publicadas, no dejo de sentir esa inquietud o ese temor a defraudar a mis seguidores: «*¿Y si no les gusta? ¿Y si se han cansado de leerme?*». Ha sido un placer trabajar con expertos en la edición

como Carlos Alonso y Conchi Gábana, editores de Pàmies. Le agradezco a Carlos el gusto estético de la portada y a Conchi su implacable corrección: no hay nada que iguale a la satisfacción de aprender algo nuevo.

No olvido la labor del informático, mi sobrino Pablo Bargues, el encargado de dar visibilidad a la información recopilada para cada novela: escenarios, personajes históricos, trasfondo histórico, bibliografía, fotos y planos. En fin, ya sabéis, el material empleado en la fabulación y que los curiosos encontraréis en www.elenabargues.com.

Por último, como siempre, quiero mencionar a la familia sufridora de mis imaginarias ausencias o de mis encierros febriles. Gracias a su apoyo, esta historia se encuentra entre tus manos, querido lector, para tu disfrute.

ELENA BARGUES (Valencia, 1960). Licenciada en Historia Moderna y Contemporánea por la Universidad de Cantabria, reside en Santander y se dedica a recorrer los arenales del Sardinero, su factoría de ideas, para luego plasmarlas sobre el papel. Creció en el seno de una familia que le inculcó la afición a la lectura y se decidió a escribir ya entradita en años. Su primera novela salió a la luz en el año 2014, y, desde entonces, no ha dejado de publicar.

Actualmente comparte su vida, además de con Javier y sus dos hijas, con la novela histórica y la novela romántica. Se sube a la moto con su marido y se convierte en una *friki* del museo Naval Militar de Madrid, del museo de Artillería de Segovia o de cualquier fortaleza que le recuerde a las francesas de Vauban.

Su vida literaria está recogida en su web: www.elenabargues.com.